SUPERVIVIENTE

Juan García Hernández



Juan García Hernández

Superviviente

Superviviente
Juan García Hernández

© “Superviviente”. Juan García Hernández. 2009-2011.
Obra registrada en la Propiedad Intelectual. Contacto: jgarciaher@gmail.com

Ésta es una novela y por lo tanto todos los personajes, situaciones o diálogos que en ella aparecen son imaginarios y no se refieren a nadie en particular.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Para Marga y Miguel.

“El infierno está todo en esta palabra: Soledad”

Víctor Hugo.

SEÑOR R

Finales de marzo

A lo largo de la historia la especie humana se ha enfrentado, en multitud de ocasiones, con pandemias que acabaron con gran parte de las poblaciones donde estas tuvieron una mayor expansión. Y ha habido muchas. Desde las ya remotas en el tiempo como la que asoló Atenas, en el año 430 antes de Cristo, pasando por la famosa y terrible peste negra de la Edad Media, que acabó con una cuarta parte de la población europea. Hasta las más modernas, como la llamada "gripe española" de 1918 que mató, en menos de seis meses, a veinticinco millones de personas en todo el mundo.

Ninguna de esas pandemias, ni siquiera en sus momentos más virulentos, logró amenazar con acabar, de una manera definitiva, con toda la especie humana. Los humanos, al igual que las ratas y las cucarachas, parecía que podían sobrevivir a cualquier desastre, aunque estos se llevaran por delante a millones de personas.

Siempre hubo alertas y avisos de nuevas pandemias que podrían propagarse y acabar, o al menos diezmar, poblaciones o asentamientos en cualquier lugar del mundo, preferentemente países del Sur este de Asia o cerca de los trópicos.

La única pandemia que podría acabar con la Humanidad sería aquella que fuese creada expresamente para ello. Dado que la Naturaleza no suele hacer esas cosas, el responsable de una hipotética pandemia definitiva sería la creada por el propio hombre. Bien por experimentación con fines militares o por la investigación en la cura de enfermedades contagiosas. Estos ensayos científicos, sea cual sea su finalidad, son altamente peligrosos si no se toman unas férreas medidas de seguridad. Que pasan por llevarlos a cabo en instalaciones especiales con personal altamente cualificado.

Gracias a la literatura, la televisión y al cine, se han escenificado en multitud de ocasiones historias catastrofistas. Debidas casi siempre al escape accidental de algún virus artificial realizado con oscuros fines militares, y que llevaba de manera irremediable, a la destrucción o amenazaba con ello, de toda la Humanidad. En estas ocasiones, si bien no se lograba la pérdida total de la población mundial, si que dejaban con vida escasas poblaciones o grupúsculos, casi siempre teniendo que lidiar los supervivientes con los problemas de una convivencia post apocalíptica. Incluso, ya rallando el paroxismo, muchas veces se conjeturaba con un mundo en el que los contagiados por la

pandemia no morían, pero quedan infectados, y se convertían en monstruos o zombis que vagaban por las calles y campos en busca de sabrosos supervivientes.

Hasta aquel aciago martes todo eso era lo que yo sabía sobre pandemias y enfermedades víricas infecciosas. Lo que había leído alguna vez en Internet o visto en algún reportaje de televisión. Aquel fue un día que hubiera pasado a la historia como el peor día de la Humanidad.

Si hubiera quedado alguien para recordarlo.

Desde luego, en la tarde de ese día, cuando salí de la oficina, no pensaba ni de lejos en nada de eso. Ni siquiera cuando en el metro, cuando salía el convoy de Nuevos Ministerios y me dirigía a la estación de República Argentina, me di cuenta de la inusual cantidad de gente que, dentro del vagón, estornudaba o echaba mano del socorrido pañuelo de papel. Los expertos auguraban una dura primavera para los alérgicos y a finales de marzo la alergia al plátano, aquel maldito árbol que proliferaba por cualquier rincón de Madrid, estaba en su máximo apogeo.

Nada más llegar a mi casa, bastante tarde como era habitual en España, me dispuse a llevar a cabo mi rutina diaria desde que vivía solo. Esto es, quitarme la ropa, los zapatos y ponerme el pijama, para pasar en menos de cinco minutos al sillón, a ver unas tres o cuatro horas, de media, de televisión, mientras cenaba en la mesa portátil que había comprado una madrugada en la tele tienda. No es porque la tele me fuera especialmente atractiva o entretenida, sino que eso me evitaba tener que acostarme después de llegar del *curro*; el cansado, rutinario y poco gratificante trabajo al que me dedicaba. Un administrativo gris y aburrido, así era como me sentía y lo que debía parecer a ojos de los demás.

Ya no me da miedo reconocer que era un fracaso de persona, que me había abandonado física e intelectualmente y que había llegado a un punto en el cual me sentía a gusto en mi propia desolación. Me recreaba en lo desgraciado que era, en lo poco que había hecho para remediarlo y en mi total falta de expectativas a corto y largo plazo para encontrar algún aliciente que diese un giro a mi vida.

Cuando estudiaba en la Universidad, mi madre puso todas sus esperanzas en que alcanzase algún puesto de categoría en alguna multinacional en la que pudiese recorrer el mundo e ir ascendiendo hasta alcanzar un puesto de alto ejecutivo. Ay, las madres. Sin embargo, después de salir de la facultad, me di de bruces con el mercado laboral, pasándome un par de años en barbecho, llamando de puerta en puerta hasta que mi madre se dio cuenta de que si lograba meterme en alguna oficina de mala muerte como administrativo podía darse con un canto en los dientes.

En mi actual condición, los días de la semana pasaban uno tras otro sin apenas diferencia, salvo el color de la corbata y el cambio del primer o segundo plato del menú del día en el restaurante habitual.

El postre siempre era el mismo: “Una pieza de fruta, por favor”.

La última vez que había tenido una relación con una mujer, se entiende que sexual, porque relación formal confieso que jamás, fue en el lavabo de señoras de la discoteca donde se celebraba una fiesta de Navidad que organizó la empresa hacía más de seis años, y en la que, después de una tremenda borrachera, logré enrollarme con Catalina Fuentes Martínez, una de las secretarias de Dirección. Fue con más pena que gloria, porque la tal Catalina lo hizo para dar celos al Subdirector de ventas, que había sido amante de esta tiempo atrás. No sólo no dio resultado sino que la echaron

en cara, entre risas y bromas, que me hubiera elegido a mí como la persona indicada para llevar a cabo su plan. Con el triste de la oficina.

Así que, cuando aquel martes 24 de marzo me acosté a las dos de la mañana, después de tragarme una película en la televisión, de manera paciente y asimilando los numerosos cortes publicitarios, lo hice con esa sensación reconfortante y familiar de que había vuelto a malgastar otro día de mi vida. Y no me importaba.

Al día siguiente, cuando el maldito despertador sonó, como todos los días a las siete y media de la mañana, me levanté y me dirigí directamente a la ducha, que era lo único que de verdad lograba despertarme.

A esas horas, mientras desayunaba, escuchaba como todos los días, las agudas voces de los críos del tercero, que debían estar preparándose para ir al colegio. También me enteraba del casi continuo rumor de las cisternas, duchas, toses, estornudos, tacones, enjuagues bucales, ventosidades mañaneras y demás ruidos matinales de mis vecinos, preparándose cada cual para empezar sus respectivas tareas diarias. *Marujas*, *curritos*, oficinistas, niños y ancianos desvelados que todas las mañanas repetíamos la misma función en mi bloque de viviendas de Getafe, donde vivía emancipado desde hacía dos años.

Esta apatía nunca había llegado tan lejos en mi vida. Desde pequeño había tenido tendencia a encerrarme en mi mundo, con mis juguetes y mis historias inventadas que pululaban por mi imaginación. Disfrutaba más de un libro, de aquellos que debías ir de una página a otra para seguir el relato, que de las chapas o canicas con la gente de mi barrio. Luego el instituto, la edad del pavo y el paso a la Universidad no fueron más que etapas que iba cumpliendo poco a poco, consolidando aquel carácter tímido y poco proclive a adaptarse a los vaivenes del mundo.

Me había acomodado tanto en mi mismo que no me daba cuenta de que me dirigía, como una roca por una pendiente, a un abismo de muy difícil salida. Necesitaba un giro de 180 grados en mi vida, pero aquella mañana el único cambio que se vislumbraba en mi horizonte era el del fondo de escritorio de mi monitor.

***

El día anterior había sido un día muy extraño. Por todas partes había gente con mala cara, estornudando y tosiendo la mayoría de ellos. A pesar del aumento en las últimas semanas de los niveles de polen, sobre todo de ciprés y plátano, no era normal aquello. Algo pasaba.

En la oficina más de lo mismo, donde todo el mundo hacía los mismos comentarios. Que si se trataba de una epidemia de gripe, que estaba coleando fuerte después del invierno, que si era un repunte exagerado de polen, a pesar que en la web de la Comunidad de Madrid no indicaba nada anormal en los índices del mismo que publicaban a diario. Otros opinaban que la contaminación de la capital, normalmente alta, estaba ese día por las nubes. “Que suerte tienes, Miguel”, me decían, tú no estás con el *kleenex* todo el día. Y la verdad es que tenían razón. A parte de mi bajo estado de ánimo, algo por otra parte normal en mí, ese día no tenía ninguna otra molestia. Ni siquiera me picaba la nariz lo más mínimo.

Las noticias de la tele de momento no mencionaron nada de todo aquello. Continuaban hablando sobre las corrupciones y tejemanejes de los políticos; de lo mal que se llevaba tal jugador

con su entrenador; además de los grandes resultados de audiencia de sus informativos con respecto a la competencia, que seguramente estarían en ese momento diciendo lo mismo, pero a su favor. Como tantas noches me acosté a la una y media de la mañana sin novedad.

Al día siguiente me levanté algo ilusionado, porque ya era jueves y quedaba algo menos para poder disfrutar del fin de semana, que para mí era estar en pijama hasta la hora de comer y ver dos o tres películas seguidas para acostarme de nuevo.

A la hora del desayuno escuché menos ruidos de los habituales en el vecindario, aunque tampoco me extrañó demasiado.

Al salir a la calle, en dirección al autobús, me topé con un vecino que venía de vuelta. Me comentó que se volvía a casa porque estaba enfermo, debía haber cogido la maldita gripe, me dijo. Había gente que estornudaba de forma exagerada. Otros de forma más discreta y los menos, nada, aunque se les veía con mala cara y a punto de empezar a estornudar en cualquier momento. Empecé a preocuparme, porque si bien no era hipocondríaco, si que tenía algo de aprensión a respirar el aire viciado de un autobús lleno de gente enferma.

En la oficina había habido ya tres bajas por enfermedad, algo que no pasaba desde hacía años. Y todos los que estaban allí tenían mal aspecto, con caras pálidas la mayoría, y con pinta de que, de un momento a otro, se iban a poner a estornudar. Me tomé un *frenadol*, por si acaso, aunque si de verdad era una epidemia de gripe ya estaría contagiado.

Aquella tarde, en el restaurante donde comía todos los días, la mayoría de los telediarios se hicieron eco de aquel extraño virus que estaba haciendo estragos en la población, aunque todavía no era noticia de portada. Y como siempre, otra vez a repasar, una y otra vez, las grandes pandemias de la historia. De momento el presentador habitual de deportes no estaba. ¿Estaría de baja?

Varios comensales cercanos tenían sus propias teorías que, de manera desinteresada, querían compartir con los que allí nos encontrábamos. Unos exclamaban indignados que la culpa era de la manipulación genética de los alimentos: “No hacen más que mierda para matarnos poco a poco”. Otros proferían que el responsable de todo era la polución de los coches: “Criad coches y comeremos fuel”, pregonaba un tipo bajito, que se había crecido ante la exasperada concurrencia. Como yo también me había animado no quise perder la oportunidad de poder expresarme como aquellos conciudadanos cabreados: “La culpa la tienen los jodidos militares y sus virus de laboratorio hechos para exterminarnos”, exclamé en voz alta.

Se hizo un silencio tan largo e incómodo que bajé la cabeza y me escondí en mi café con leche.

Aquella tarde mi jefe, un cornudo con muy mala leche, fue hasta mi puesto y me pidió que me quedase a echar unas horas extra para sacar la tarea de mis compañeros enfermos. Y todo ello sin cobrar y sin ni siquiera dar las gracias.

****

¿Se habría pasado ya la gripe? Aquella mañana, antes de meterme en la ducha, puse la televisión un momento, por si decían algo al respecto. Mi sorpresa fue que en todas las cadenas era de lo único que se hablaba. ¿Tan grave era?

Al parecer, el Gobierno había dado la alerta por epidemia gripal y había decretado algunas instrucciones, a las diferentes comunidades autónomas, para que siguieran el protocolo sanitario

para aquellos casos. No obstante, aseguraban que estaba totalmente descartada una pandemia, recomendando a la gente que no se automedicara, y que acudieran antes a sus centros de salud.

En todas las cadenas ponían por enésima vez, pero en versión larga, multitud de reportajes recordando las diferentes epidemias de gripe y otras enfermedades infecciosas a lo largo de la historia.

Subí la persiana del salón, desde donde podía ver la calle principal de mi barrio, y donde descubrí muy sorprendido una larga cola de gente esperando en la puerta de la farmacia, que todavía no había abierto. "Lo de siempre —pensé—, basta que digan en la tele que no se preocupen y ya sale todo el mundo a cargarse de aspirinas y pastillas". Especulé que no tardarían en empezar las habituales estafas vía Internet, de venta de medicamentos, o espabilados que irían por las multitudes al grito de: "Tengo *tamiflu*, oiga. Barato, barato."

Aquella mañana, en el autobús, pude ir sentado por primera vez en mucho tiempo. Se notaba que las bajas por enfermedad empezaban a ser considerables. Nadie se atrevía a tocar los asideros aún a costa de perder los dientes en cualquier frenada. Me había fijado que había mucha reticencia en darse la mano o saludarse con los consabidos besos de cortesía. El famoso dicho de que corra el aire estaba más presente que nunca.

En la oficina se estaba empezando a pensar en cerrar hasta nuevo aviso, porque la gente que faltaba era ya más numerosa que la que se encontraba allí. Y los que quedaban no tenían visos de venir al siguiente día. El único sano que había, que era yo, no estaba dispuesto a hacer más horas extras por mucho que el cornudo lo mandase. De todos modos no tuve que aguantarlo, porque aquel día no fue a la oficina.

No le volvería a ver nunca más.

Por la noche me acosté pronto, por temor a enfermar sino dormía bien. Me tomé otro *frenadol* con un vaso de leche caliente y me dormí al poco rato.

***

A pesar de ser sábado me levanté pronto, sobre las ocho de la mañana. Encendí la televisión.

El panorama había cambiado bastante. Al parecer, aunque había mucha gente que enfermaba de *Gripe X*, como ya la habían bautizado los medios de comunicación, siempre ávidos de apodos para sus amarillentos titulares, los que ya la tenían estaban empezando a recuperarse. En todos los canales los reporteros preguntaban a convalecientes que explicaban que se sentían mucho mejor y que creían que al día siguiente iban a estar ya en plena forma. En los atestados hospitales, donde se había acudido en masa, estaban dando altas a diestro y siniestro, más que nada porque todavía había una ingente cantidad de gente que empezaba a enfermar. Un viejo algo senil, a modo de respuesta a la pregunta del reportero de si se sentía bien, dio un par de pasos de baile un tanto bochornosos y se marchó cantando el *Soy minero* de Antonio Molina.

Ya no había colas en la farmacia de mi barrio y la gente, a pesar de que muchos todavía estornudaban, empezaron de nuevo con sus rutinas diarias, comentando siempre, entre ellos, que lo peor había pasado y que ya no había de que preocuparse. Qué rápido se nos olvidan las penalidades, pensé. Ayer parecía que nos sobrevenía el día del Juicio Final y al día siguiente la gente preparaba de nuevo las vacaciones de verano.

SEÑOR R

Esa vuelta a la normalidad pude comprobarla cuando bajé al *Dia* a hacer la compra semanal, como todos los sábados por la mañana. Me puse el chándal, como hacía la mayoría de la gente en mi barrio cuando iba a comprar. Al salir a la calle noté el calor del sol en mi cara, lo que me dio bastantes ánimos. En el supermercado me dejé llevar por mi optimista estado anímico y me pasé un poco en el gasto. Sobre todo por esos pequeños lujos como carnes rojas o postres achocolatados de los que normalmente no se abusa. Hasta me animé a llevarme un par de pizzas, a pesar de que siempre he renegado de ellas por considerarlas demasiado grasientas. Pero ese día no me importaba ponerme como un cerdo.

Era un día magnifico.

***

El estridente sonido de la sirena de una ambulancia me despertó sobresaltado a las cinco de la mañana. Me levanté porque, a través de la persiana, se colaban los destellos anaranjados y parpadeantes de las luces de emergencia. Al salir al balconcillo vi como varios sanitarios del SUMMA 112 sacaban del portal de enfrente a un hombre de mediana edad. No le di más importancia y me acosté.

Por la mañana me levanté muy tarde, sobre las doce. Con la boca seca y los ojos hinchados. Tras desperezarme fui primero a comer algo. Ni siquiera me lavé la cara. ¿Para qué si no iba a ver a nadie? Mientras me comía una tostada, con mermelada de fresa y mantequilla, me di cuenta de que en el patio de vecinos no se oía nada. Sólo el ladrido esporádico de algún perro acompañado de varias toses que venían del cuarto piso. Pero era raro que un domingo por la mañana no hubiera el jaleo típico de las cocinas oliendo a comida, niños alborotando o música flamenca a todo volumen.

Encendí la radio de la cocina. Lo que escuché en Radio Nacional era muy preocupante. Demasiado, quizás. Se había declarado el estado de alarma. O lo que es lo mismo, se prohibía, por el bien de los procedimientos sanitarios, la libre circulación de gente por varias zonas prescritas por el Gobierno como esenciales. Así que los hospitales, comisarías, cuarteles, aeropuertos, edificios oficiales o centros sanitarios, estarían bajo vigilancia policial estricta, prohibiendo el acceso a los mismos a todo aquel que no tuviera permiso. Se instaba a la gente a no bloquear los hospitales incidiendo en que todos los ciudadanos serían atendidos, por turno, mediante hospitales de campaña que serían instalados en cada barrio.

Los dedos de mis pies se encogieron en mis zapatillas. No me lo podía creer. ¿Qué había pasado? El día anterior parecía que lo de la gripe había sido algo pasajero y de nuevo todo estaba igual o mucho peor. Me senté un momento en la silla de la cocina mientras me preparaba otra taza de café. Me estaba empezando a angustiar. ¿Y si enfermaba? ¿Dónde me atenderían?

Al instante salté corriendo en busca de mi vecino de enfrente, un hombre ya entrado en años y viudo al que le gustaba andar mucho por el barrio. Algo debía saber. Nunca había mantenido con él una conversación más larga que un cortés saludo o las típicas frases de ascensor.

Tuve que llamar varias veces. Cuando estaba a punto de volver a mi piso, se abrió la puerta.

—Andrés, ¿qué es lo que está pasando? —pregunté nervioso. No me había dado cuenta de que llevaba todavía mis zapatillas de andar por casa—. ¿Ha escuchado lo de la declaración del estado de alarma?

—Lo he visto en la tele. Lo ha comunicado la Vicepresidencia del Gobierno —contestó al tiempo que reprimía una tos. Estaba enfermo.

—Pero si ayer parecía que se había acabado, o al menos, había mejorado este asunto. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Andrés me miró algo sorprendido por mi buen color.

—¿Tú no estás enfermo, Miguel?

Aquella pregunta me hizo sentir incómodo, porque no lo expresó como si fuera algo bueno, sino como diciendo: "¿Y por qué tú estás bien y yo no, capullo?".

—De momento estoy bien, pero empiezo a notar ya algún que otro síntoma —mentí—. Creo que no tardaré en caer.

—Pues, contestando a tus preguntas, te diré que los médicos y científicos han dicho que esa mejoría de ayer es una fase valle de la enfermedad, es decir, es una mejoría transitoria previa a un empeoramiento brusco y por lo que estoy oyendo es mortal.

¡Mortal! ¿Tan grave era? ¿Cómo es que no podían atajar aquella epidemia? Empecé a angustiarme por segunda vez, a pesar de que no tenía ningún síntoma. Sin embargo, como la gente enfermaba poco a poco pensé que mi cuerpo aguantaría algo más antes de acabar igual.

—¿Se sabe ya cuántos han muerto? —indagué esperanzado de que me diese una cifra asimilable.

Andrés me volvió a observar detenidamente.

—Veo que no te has informado mucho esta mañana. En la tele están diciendo que en España hay reconocidas al menos más de dieciocho mil víctimas mortales. El canal ese yanqui de la CNN habla de cifras, a nivel global, de más de dos millones de personas. Y aumenta de manera exponencial. A saber la cantidad de gente que habrá muerto hasta la noche.

Esto se les escapa de las manos. Fue lo primero que pensé al escuchar tan turbadoras cifra de muertos.

—Mira, Miguel. Perdona, pero me vuelvo dentro. Esta mañana he salido a la calle, a la farmacia, y estaba saqueada. Por lo visto hay alguno que empieza a descontrolarse. Como toda la Policía está vigilando hospitales y centros de salud, los sinvergüenzas de siempre están aprovechándose de la situación. Te aconsejo que no salgas y cierres bien. Si tienes problemas dame golpes a la pared del salón y hablamos aunque sea a gritos, pero yo no salgo más. No hasta que esto pase.

Me despedí con una congoja creciente ante las noticias que acababa de recibir. En ese momento me acordé de mi madre, que vivía sola en Madrid, en Carabanchel. La llamé, pero no contestó. Tal como estaban las cosas me preocupé aun más.

Necesitaba más información. Internet estaba totalmente *kaput*. Puse la tele comprobando que en todos los canales se hablaba exclusivamente de la *Gripe X*. Lo primero que averigüé fue que ya no la llamaban así, sino pandemia global. O pandemia, a secas. Lo segundo fue que las cosas estaban peor de lo que me había contado Andrés. Se hablaba de una estimación de contagiados del 95% de la población mundial. Y subiendo. Se habían cerrado todos los aeropuertos, puertos navales y fronteras terrestres para evitar la propagación. Algo tardío que ya no servía de mucho, puesto que las noticias que llegaban de todo el mundo eran que el contagio había sido universal. Desde que se

conocieron los primeros infectados habían pasado tres días. En ese tiempo los aviones, barcos, y toda clase de vehículos habían seguido yendo a cualquier parte del mundo sin ninguna limitación. El virus se había servido de los adelantos tecnológicos del hombre para acabar con él de la manera más rápida.

Según la comunidad médica había tres fases en la enfermedad. La primera, de incubación, que duraba dos días y que se podía confundir, por sus síntomas similares, con la de una gripe normal. La segunda fase duraba poco más de un día y era conocida como la fase valle, que evidenciaba que los enfermos mejoraban hasta el punto de parecer sanos. Era una fase transitoria, ya que a las veinte ó veinticuatro horas se producía un decaimiento general, acompañado de dolores musculares y una fiebre muy alta. Tras un día, o dos como mucho, el enfermo moría. No había cura alguna. No al menos que se conociese.

En mi cabeza figuraba la cifra de 95% de contagiados y subiendo. Eso era la mayor parte de la Humanidad. En menos de dos semanas podía morir toda la población humana. En cinco días un afectado por la pandemia moría. Así de simple. Mi vecino Andrés, sin ir más lejos, estaba a dos días de *palmarla*.

Al cabo de un buen rato, tratando de asimilar todo aquello, mientras seguían llegando imágenes terribles de todo el mundo, todas las cadenas conectaron con el Palacio de la Moncloa, donde se iba a anunciar algo importante. Ya no era la vicepresidenta la que hablaba sino un secretario desconocido, que excusó la no aparición del presidente y la propia vicepresidenta porque ambos estaban enfermos. El propio secretario presentaba signos evidentes de estar infectado. Anunció que, ante el cariz que estaba tomando la situación, para evitar el pánico y descontrol de la población, se había declarado el estado de sitio. En consecuencia, los militares, siguiendo las órdenes del Gobierno, se harían cargo de la situación. Anulando de manera temporal todos los derechos constitucionales de los ciudadanos. Eso hizo darme cuenta de que la pandemia había sobrepasado a todo el mundo. La CNN mostraba ya carros de combate circulando por New York, o a la Guardia Nacional patrullando por las calles de todas las poblaciones grandes estadounidenses. En Londres había habido una matanza de civiles que habían saqueado el centro, siendo reducidos por los soldados. En París, Roma, Moscú, Buenos Aires... Daba igual, en todas partes ocurría lo mismo.

En España las tropas se estaban posicionando en los lugares sensibles y en las calles principales, pero ya había habido disturbios graves a las puertas de grandes centros comerciales y hospitales.

El día anterior había hecho la compra y tenía lo suficiente como para no tener que salir en varias semanas. Si la racionaba bien incluso podría ingeniármelas para estar un mes sin exponerme a salir fuera. Pensé que tener agua potable era lo más vital, no fuera a ser que la cortaran. Llené la bañera, además de varios cubos y barreños grandes. De momento, bebería del grifo y lo otro lo dejaría como suministro de reserva. Mi mente consideraba cualquier idea que me permitiese aguantar allí, escondido en mi piso como una cucaracha, hasta que todo se arreglase.

Bajé todas las persianas, dejando un pequeño resquicio en una del salón para observar lo que pasaba en la calle sin ser visto.

Fuera estaba todo tranquilo. Tanto que empecé a pensar en salir a intentar comprar algunas provisiones más porque al día siguiente ya no podría. Me daba pavor hacerlo, pero más miedo me entraba pensar que me quedaría sin provisiones en poco tiempo.

SEÑOR R

De aquella impulsiva manera, cogí la cartera y me fui.

No había mucha gente por la calle, a pesar de ser primera hora de la tarde. Al declararse el estado de sitio había toque de queda, que empezaba a las nueve de la noche. Así que tenía tiempo de sobra. Me dirigí al *Dia*, que era el supermercado más cercano. Allí montaban guardia dos soldados con cara de pocos amigos, con evidentes signos de estar enfermos. No me dejaron entrar. Me dijeron que ese *Dia* estaba muy saqueado y no estaba abierto al público hasta nueva orden. Seguí caminando, en dirección a la amplia avenida del Paseo de la Estación, por cuyo subsuelo circulaban los trenes de RENFE y Metro.

A lado de la misma estación pude ver como los militares habían montado un punto de control. Un *check point*, cortando el paso con dos vehículos blindados de ruedas neumáticas y una veintena de soldados. Aquella visión, que creía más propia de otros lugares con Gobiernos poco o nada democráticos, se me antojaba muy turbadora. Controlaban el paso a todo vehículo para registrarlos por si llevaban productos obtenidos de saqueos. La mayoría de los soldados llevaban puestas máscaras antigás. Supuse que por si tenían que echar mano a las granadas de gas lacrimógeno, que tenían preparadas en caso de acumulación peligrosa de gente. Eso me hizo comprender que no había vuelta atrás. La pandemia iba demasiado rápida y era imparable.

Tomé la calle Ramón y Cajal y probé suerte en la frutería que regentaban unos marroquíes. Estaba abierta aunque abarrotada de gente que había tenido la misma idea que yo. Después de una hora de colas y empujones, sólo pude hacerme con una bolsa de naranjas y unos espárragos trigueros. “Menos es nada”, pensé. Metí la compra en la mochila que llevaba y seguí andando, ya más confiado en mi seguridad porque no había visto ningún altercado, además de que había policías y militares por doquier.

Llegué a la Calle Madrid, la zona más concurrida de Getafe, donde en un día normal casi no se podía andar de la gente que la transitaba. En aquella ocasión sólo había algunos valientes o ilusos. Yo me encontraba entre los segundos.

Dos soldados, sin máscaras de gas, que patrullaban por la zona, me dieron el alto. Les llamó la atención mi buen estado físico, porque todo el mundo, incluidos ellos mismos, daban muestras más que evidentes de estar infectados. Algunos en fases más tempranas que otros, pero todos con menos de cinco días de vida. La Humanidad entera se acabaría en menos de una semana. Ver para creer.

Sólo yo, que todavía estaba sorprendido ante mi resistencia al virus, tenía un aspecto normal. Había pensado en quedarme en casa sin salir por si me contagiaba, pero había estado hablando con Andrés, que lo estaba, y antes había estado dos días completos yendo a trabajar rodeado de contagiados. Era una tontería preocuparse de ello a esas alturas. Si yo seguía sin síntomas era debido a que tenía una resistencia mayor en mi sistema inmunitario. Aún así, creía que sucumbiría como los demás. Sólo era cuestión de tiempo.

—¿Adónde vas? —inquirió uno de los soldados, de no más de veinte años, que llevaba un enorme fusil de francotirador de aspecto temible—. ¿Estás merodeando o buscando algo que saquear?

Miré al otro soldado, no mucho mayor que su compañero, armado con un fusil de asalto. Ambos tenían ganas de meterse conmigo. Supongo que el ser tan jóvenes, armados hasta los dientes y en estado de sitio, los había envalentonado. Intenté no ponerme nervioso, para no ponerlos a ellos de la

misma forma.

—¿Saquear? No, por Dios. Sólo trato de comprar algo de comida en algún sitio. No tengo muchas cosas en casa y voy a pasar hambre.

Los dos soldados se miraron y rieron.

—Tranquilo, que no te vas a morir de hambre. Veo que estas en *valle*, así que ya sabes —dijo el chulito de veinte años del fusil aterrador, creyendo que yo estaba en la etapa de mejoría previa a la tumba.

—Anda, tira *palante*, que para lo que te queda... Date prisa, que en dos horas hay toque de queda. Al que pillemos por la calle nos lo llevamos al calabozo y le damos de hostias.

Me fui sin rechistar, algo indignado ante el poco tacto de aquellos bravucones armados. Aunque contento de haberme librado de ellos.

Ya no vi más tiendas abiertas y las pocas personas que seguíamos por la calle andábamos con mucho cuidado, intentando esquivar a los soldados, que a la mínima te pedían la documentación y se metían con cualquiera.

Al subir a mi piso respiré hondo un buen rato, todavía muy nervioso por la salida, y eso que no había pasado nada grave. Sin embargo, supe que si aquello no se arreglaba de forma inmediata todo se iba a ir a la mierda.

Eché el cerrojo y me cercioré de que todas las persianas y ventanas estaban bien cerradas. Aún así tenía la sensación de que me aguardaban horas muy terribles en los siguientes días. Aquello me sumió más aún en mi preocupación. ¿Cómo iba a afrontar aquellos problemas a los que no estaba acostumbrado?

“Alguien nos iba a ayudar, alguien tenía que hacerlo”, me consolaba. Aquello no podía estar tan mal. Los científicos eran gente muy preparada, había enormes y potentes ordenadores, premios Nobel de medicina, laboratorios de alta tecnología. “Si, seguro que estaban dando ya con una solución. Seguro que al día siguiente, cuando pusiese de nuevo el Telediario, informarían de que la pandemia había logrado ser contenida”.

***

Sólo un canal de televisión emitía: TVE 1. Lo único que salía eran mensajes de texto avisando a la población sobre el estado de sitio y su significado. Básicamente que los derechos constitucionales se los pasaban por el orto. El que se negase a colaborar recibirá una visita de los chicos de camuflaje. Ya no se decía nada de bajas, ni de cómo estaba la cosa. Nada. ¿Sería porque ya no había nadie trabajando en la tele? ¿Estarían todos contagiados? Mi pesimismo volvió a surgir con fuerza.

Aquella desinformación, y la preocupante falta de patrullas militares o policías, hicieron que al cabo de unas pocas horas se desatara el pánico. Primario, animal, básico. Se trataba de salvar la vida como fuese. Sin importar nada ni nadie más.

Al ver como se iba muriendo la gente se vino abajo todo lo establecido hasta entonces. Los cadáveres empezaron a amontonarse en las calles. Los militares ordenaron que se sacaran de las casas para que los camiones del Ejército pasaran a recogerlos y evitar así otras enfermedades. Al principio, la gente se negó a sacar a sus hijos, padres, o hermanos muertos. Estaban indignados por no poder dar un entierro digno a sus seres queridos. Pero el miedo a posibles represalias o

enfermedades les hizo ceder. Eran tantos que no se daba a basto. No se sabía adónde se los llevaban. Lo normal era que hubieran habilitado fosas comunes en descampados o sitios así, porque estaba claro que los cementerios no estaban preparados para aquel volumen de defunciones. De la indignación inicial se pasó a quitarse literalmente al muerto de encima. Incluso alguno hubo que tiró por la ventana el cuerpo de algún familiar, provocando lamentables escenas de restos humanos por doquier, ya que muchos quedaban en mitad de las carreteras siendo pisoteados por los ocasionales vehículos que pasaban por allí a toda velocidad, puesto que eran saqueadores o perseguidores de estos.

Además, en las calles los infectados que se encontraban en la fase valle, sabedores de que su tiempo de vida estaba ya limitado a unas pocas horas, un día como mucho, se abandonaban a la bebida, orgías sexuales, atrocidades y saqueos. Muchos padres, que salían a buscar algo de comida para sus familias, y tenían la mala fortuna de tropezarse con aquellos sujetos, eran asesinados sin contemplaciones. Las rencillas, venganzas y rencores acumulados durante años entre vecinos, amigos o enemigos explotaban en ese momento. Se podían oír por cualquier parte disparos de escopeta o gritos de hombres, mujeres y niños.

Los soldados sólo se dejaban ver para recoger cadáveres, aunque cada vez con menos frecuencia, signo evidente de que también ellos estaban sucumbiendo. Ya no intentaban imponer el orden. También se veía algún que otro carro de combate, a los que habían puesto una especie de pala quitanieves, para apartar la fenomenal maraña de coches que estaban atascados en las principales carreteras. Muchos de los que conducían aquellos vehículos eran gente que, en su momento, había optado por salir de las ciudades, creyendo en vano, que en el campo estarían a salvo. No fue así, muriendo la mayoría abrazados a los volantes o arrollados por los tanques de los militares, que ya no se andaban con remilgos y aplastaban o fusilaban a cualquiera que se interpusiera en su camino.

A través del resquicio de la persiana de mi salón pude ver como un grupo de una veintena de individuos exaltados, armados con palos, escopetas de caza, cuchillos y navajas, montaban guardia por la calle, deteniendo a todo aquel que pasaba por allí. Reconocí a un vecino cercano, siempre muy amable y atento. Estaba sacudiendo con un bate de béisbol la cabeza de un pobre anciano. A los hombres los mataban a pesar de los ruegos de estos. Al menos vi como esa chusma propinó una brutal paliza a dos. A las mujeres..., bueno, si eran poco agraciadas las mataban allí mismo y si eran atractivas las violaban después de meterlas en algún portal. Luego salían sólo ellos con aquella asquerosa sonrisa de satisfacción en la cara.

Cuando desde una ventana justo debajo de mi casa, alguien cansado de aquella barbarie, los disparó con su escopeta de caza y mató a dos de ellos, fue cuando me asusté de verdad. Porque la pandilla de asesinos, después de subir y despedazar al pobre desgraciado que les había atacado, optaron por entrar en los otros pisos en busca de bebida o posibles víctimas. En seguida fui a asegurar la puerta de la entrada, poniendo un aparatoso mueble del salón, que me costó mucho trasladarlo, no sólo por el peso, sino porque no quería delatarme por el ruido al arrastrarlo. Lo hacía tan despacio que tardé casi una hora en completar la operación. Justo cuando escuché a los pandilleros entrar en el piso de abajo. Mi piso era un segundo, así que me iba a tocar pronto su visita.

SEÑOR R

Me hice con el cuchillo de cocina y una llave inglesa. No tenía nada más contundente. Sabía que si entraban no tenía más opción que la lucha, puesto que ya había visto lo que les pasaba a los que suplicaban por su vida. Jamás en mi vida había estado tan asustado y aterrorizado. Tenía la boca completamente seca y el corazón brincaba en mi pecho. ¿Cómo habíamos llegado a esto? "No puede ser —me decía—. Esto es una pesadilla". Sólo una semana atrás aquella gente había estado comprando en el mismo lugar que yo de la manera más normal del mundo. Ahora estaban allí, tosiendo e intentando vivir con una intensidad brutal sus últimas horas. Comprendí que la gente buena, los que todavía no habían muerto, estaban escondidos en sus casas, mientras que los hijos de puta, que eran minoría pero solían ser más atrevidos, estaban llevando sus miserias hasta el final.

Abrían las puertas disparando a las cerraduras con las escopetas. Después, alguno golpeaba con un mazo y echaban la puerta abajo.

Tenía un más que evidente temblor en piernas y brazos. Ya me las veía luchando cuerpo a cuerpo, cuando desde la calle llegaron ecos de disparos.

Eran fusiles de asalto militares.

Los asesinos que estaban en mi portal salieron de nuevo afuera. Les oí gritar algo así como que se rendían. Al cabo de unos segundos se volvieron a escuchar los silbidos de las balas, seguido de ruidos de pisadas de numerosas botas y lo que parecía el arrastre de los cadáveres de los pandilleros. Acto seguido se subieron en algún vehículo pesado, marchándose igual de rápido que habían llegado. ¿Habría ya algún cambio en el estado de las cosas y se estaba restableciendo el orden?

Volví a encender la televisión, pero todo seguía igual. Igual de mal.

***

Llevaba dos días encerrado a cal y canto en mi casa. Tenía tanto miedo de salir y encontrarme con algún infectado degenerado en fase valle, o soldados con ganas de pegar tiros, que no hacía prácticamente ningún ruido, por si me oía algún vecino, si es que sobrevivía alguno. Por lo que dijeron los entendidos en la pandemia global, los afectados tenían sólo cinco días de esperanza de vida. Eso quería decir que si aguantaba encerrado un par de semanas todo habría acabado, o al menos algo arreglarían los que se supone que tenían que hacerlo. No sabía si podría aguantar tanto tiempo, porque si bien tenía mucha comida almacenada, aquel día la electricidad había empezado a fallar. De momento seguía, pero entre corte y corte pasaba cada vez más tiempo y temí que un día de aquellos volvería a sumirme en la edad de piedra. Sin electricidad aquello se iba a poner muy mal porque la comida de la nevera se estropearía pronto. Al menos, el agua corriente seguía saliendo con normalidad.

Aquella noche pensé en cenar las dos pizzas que compré anteriormente. Era mucho, pero al menos aquel día comería en abundancia. Decidí intentar comer primero lo que se pudiera estropear fuera de la nevera y dejar las conservas para el final. Lo malo es que no tenía muchas de aquellas últimas. Apenas dos latas de atún y una de mejillones. Ni siquiera una mísera fabada *Litoral*.

Por la tarde estuve casi dos horas pegado a la persiana del salón, observando a través de la abertura. En todo ese tiempo no vi ni una sola persona, ni escuché nada salvo el esporádico ladrido de algún pobre perro encerrado en algún piso. "Esos lo van a tener jodido si se mueren sus dueños". Esa quietud me hizo empezar a desterrar mi miedo y a pensar en salir a la calle, bien para

comprobar cómo estaba el panorama, o para buscar comida o ayuda. Me entretuve un buen rato preparando la ropa y el armamento que iba a utilizar para la hipotética salida.

Como no tenía más ropa sufrida que unos vaqueros y una sudadera no tardé mucho en recolectar el equipo de comando. Aunque más que un comando parecía un pueblerino de Arkansas. Tardé en fabricarme, con unos listones de madera, cartón y cinta aislante, una especie de vaina para alojar mi cuchillo de cocina, para poder así llevarlo encima sin peligro de cortarme a mí mismo. La llave inglesa, después de mucho pensarlo, preferí dejarla en casa. Sólo en los videojuegos las herramientas podían servir de arma. En la vida real dudé de que me pudiera hacer un buen servicio en un cometido más marcial. También me llevé mi minúscula navajita multiusos, que utilizaba en el trabajo para cortar el pan a la hora de la comida. Multiusos era un decir, porque sólo tenía la pequeña hoja de menos de siete centímetros y un abrelatas.

Así pasé lo que quedaba de día. A ratos me decía que al día siguiente lo intentaría, pero en otros momentos pensaba que lo mejor era seguir atrincherado en casa unos días más para asegurarme de que los infectados peligrosos, que hubiera todavía pululando por la calle, se hubieran muerto. Pensé que esa misma noche, al acostarme, decidiría algo, aunque más o menos ya sabía lo que iba a hacer.

Abril

Después de un abundante desayuno, a base de café frío y galletas, me dispuse a salir a la calle. Estaba muy nervioso. Era posible que tuviera problemas de algún tipo. Incluso era factible que me mataran los soldados o los individuos descarriados que quedasen todavía con vida. Jamás me había metido en problemas y no sabía cómo iba a reaccionar si me daba de bruces con un desalmado o con alguien que necesitara ayuda. ¿Sería capaz de lanzarme a socorrer a alguna mujer u hombre que estuviese siendo atacado por un grupo de saqueadores? Mi razón decía que si, pero mi ánimo me indicaba otra cosa.

Esa mañana comprobé que ya no había luz. La electricidad debía haber sido cortada o simplemente, a falta de personal de mantenimiento que se ocupara de esas cosas, hizo que se desconectase automáticamente en las centrales o donde quiera que viniese la luz. ¡Qué ignorantes éramos los civilizados cuando las cosas iban bien! Nadie sabía cómo y de dónde venía la electricidad, el agua, el gas y tantas otras cosas que damos por supuesto. A la edad de piedra, ahí es donde había vuelto. A lo mejor en la de piedra no, pero al menos mi calidad de vida había retrocedido unos cuantos siglos atrás. Sólo había pasado dos horas sin luz y ya me había dado cuenta de lo dependiente que era el hombre de la misma. Sin ir más lejos, no había podido calentar el café, de sobre, en el microondas. Ni siquiera en los quemadores porque mi cocina era de vitro cerámica. Me consolé pensando que tal vez pudiera conseguir un camping gas en alguna ferretería o comercio. Si la situación estaba como yo creía, es decir, con poca gente fuera, tendría que empezar a pensar en ir acaparando material de supervivencia. Ahora podía alimentarme más o menos bien con lo que había, pero llegaría un momento en que tendría que buscarme un sitio mejor preparado que mi modesto piso de cuarenta y cinco metros cuadrados. Y si salía, ¿habría más supervivientes como yo? Daba ya por supuesto que me había tocado la lotería inmunológica y que mi cuerpo había sido una excepción. Lo que no sabía era si había más gente como yo. Y desde luego no tenía ni idea de si esos hipotéticos supervivientes serían amistosos.

Después de orinar me dirigí a la puerta. Comprobé por enésima vez que la vaina con el cuchillo de cocina estaba bien colocada debajo de la sudadera. También me hice con mi pequeña mochila deportiva. Creí que al llevarla me permitiría ir recolectando alguna cosa por el camino.

Recolectando. Que primitivo me sonó aquello.

SEÑOR R

Antes de irme decidí acercarme al piso de Andrés, plegando la oreja en la misma para comprobar si había alguien adentro. Aunque estaba seguro de que no. Golpeé la puerta con los nudillos y esperé. Casi aliviado de que no me abriera decidí irme. Al salir del portal observé primero a ambos lados de la calle. Al no hallar a nadie me dirigí a buen paso hacia el Paseo de la Estación.

En la calle de mi portal no descubrí ningún cadáver. Los soldados que habían matado a aquellos pandilleros por lo menos se habían llevado los cuerpos, pero a lo lejos podía ver alguno tirado en medio de la calle. Como si de una película del Oeste se tratara. Como si un pistolero hubiera pasado por allí sembrando de muertos el lugar por donde había pasado. Se me empezó a acelerar el pulso ante la idea de tener que pasar al lado de aquel cadáver. Algo me decía que tendría que irme acostumbrando a esa visión, porque no iba a ser una excepción a partir de entonces.

A pesar de las recogidas masivas de cadáveres que habían realizado los militares, todavía se encontraban muchos de aquellos esparcidos por doquier. Durante el trayecto, recorriendo el largo Paseo de la Estación, a veces hallé hasta pequeños grupos reunidos. Aunque la mayoría había muerto por la pandemia muchos presentaban signos evidentes de haber fallecido de manera violenta, a consecuencia de disparos, armas blancas e incluso por palizas. Otras veces, para mi profundo pesar, comprobaba lo ruin que podía ser el ser humano en situaciones límite. Descubrí cadáveres de mujeres desnudas, que habían sido violadas o de niños, incluso muy pequeños, muertos de un tiro junto a sus padres. Supongo que muchos de esos asesinos pensarían que matando a la gente contagiada se acabaría con el problema. “Muerto el perro se acabó la rabia”. O simplemente, porque habían sido unos hijos de puta.

Si bien parecía que yo había sido inmune a la pandemia empecé a pensar que todos esos cadáveres, expuestos a la intemperie, serían también un caldo de cultivo para otras enfermedades que también podrían acabar conmigo. De hecho, en algunas partes empezaba a oler muy mal, producto de la incipiente descomposición de los cuerpos que llevaban más tiempo. También vi como algunos perros se alimentaban de ellos. Por lo visto sólo el ser humano había sido víctima de la pandemia, no así los animales. Al menos había visto perros, gatos y pájaros vivos. También había oído algún ladrido de algunos animales que se habían quedado atrapados en los pisos de sus amos, y que ahora se habían convertido en sus cárceles de muerte.

Al aproximarme a la estación, donde estaba aquel *check point* del Ejército, iba distinguiendo cada vez más automóviles bloqueando la carretera. Todos habían querido salir de la ciudad como fuera y se encontraron con un monumental atasco. Algunos vehículos, sobre todo los más cercanos al puesto militar, presentaban daños producidos por las balas de los dos vehículos blindados que cerraban el paso. No había que ser un lince para imaginarse lo que pasó. Una vez que el pánico se hubo apoderado de la población, esta intentó huir y se toparon con férreos controles militares. Algunos, los más nerviosos, tratarían de forzar la salida y los soldados, más nerviosos aún, contestaron con una lluvia de balas. El primer coche de la larga fila, que estaba a cinco metros del *check point,* estaba literalmente acribillado a balazos de gran calibre. No quise seguir mirando, porque había un bulto amorfo en el asiento del conductor. Giré a la izquierda y me dirigí al centro de Getafe.

El centro estaba más despejado de cadáveres de lo que esperaba. Al parecer, al ser una zona más

comprometida había sido más controlada y limpiada de cuerpos que las demás. Pude así tener un respiro mental ante tanta visión de muerte. Hasta entonces, el único muerto que había visto en mi vida había sido mi padre, que murió de cáncer de pulmón cuando yo era niño.

La mayoría de los locales comerciales del centro estaban en mejores condiciones que los de las calles más alejadas, debido a que habían sido vigiladas. Aun así la mayoría parecía que, en mayor o menor medida, habían sufrido algún tipo de saqueo o acto vandálico. Pudiera ser que los propios soldados determinaron en dejar a un lado sus deberes y cometieron algunos excesos. La primera ferretería que vi no tenía aspecto de haber sido muy desvalijada. Empecé a recorrer todos los estantes de dentro de la tienda, buscando un camping gas. No tardé mucho en hallarlo. Me hice con dos, uno de tamaño más grande que otro. También cogí mecheros, alejando un poco más a la edad de piedra, un mazo de cinco kilos, por si tenía que aporrear alguna puerta, un hacha vizcaína con mango rojo y unos guantes de trabajo, por si los necesitara para romper cristales sin peligro de dañarme. No quise hacerme con más cosas porque tampoco era cuestión de ir muy cargado. Era tentador dejarse llevar por el ansia y ponerse a saquear cualquier tienda. Sin embargo, además de no casar con mi carácter, no lo necesitaba. ¿Para qué iba a almacenar cosas que no iba a utilizar? Eso sólo lo hacían los que sufrían el Síndrome de Diógenes. Yo padecía el del superviviente, si es que había alguno llamado así. Excepto el mazo, que llevaba en la mano, metí todo lo demás en la mochila y no quise seguir explorando por allí.

Al salir me di cuenta de que, a escasos metros, apoyada en la pared, había una bicicleta de montaña. No me lo pensé mucho. Tras comprobar que estaba en buenas condiciones, me subí en ella. El mazo lo tenía que seguir llevando en una mano, a pesar del peso, que era algo incómodo. Al menos fui algo más rápido, porque tanta caminata vagabundeando podía terminar por reventarme, ya que mi condición física era muy lamentable. Tuve que reconocer que había sido un oficinista poco activo.

Decidí que, como primer día, ya estaba bien. No quería tentar a la suerte. Así que me dirigí de nuevo a mi casa. A pesar del terrible drama que me rodeaba por doquier, me puse contento de haber podido regresar sano y salvo. Además de haber podido conseguir utensilios que me vendrían muy bien. No estaba mal para un administrativo. Aquella primera salida me había dado ánimos para intentar ir algo más lejos. De momento, me quedaría allí unos días más, haciendo breves salidas como la de aquel día. Luego iría a Carabanchel para encontrar y dar un merecido descanso a los restos de mi madre.

Supuse que era lo menos que podía hacer por ella.

***

Durante dos días volví a recluirme en mi piso.

La primera noche que pasé, después de aquella primera salida, fue un poco triste. A pesar de no haber tenido amistad con nadie, ni un amor al que echar de menos, no podía dejar de cavilar sobre el funesto destino de tanta gente inocente en aquellos días. En el terrible silencio que había por todas partes. Un mutismo desolador que no invitaba al optimismo, sino más bien a todo lo contrario. Y eso que todavía no había visto lo peor. La de cientos, miles de cadáveres, que por todas partes debían amontonarse en los lugares más insospechados.

SEÑOR R

Tenía pensado dirigirme primero a Carabanchel para enterrar a mi madre, si lograba encontrar el cuerpo. Algo que presuponía muy complicado.

Preparé una maleta de tipo *trolley* con alguna ropa. No mucha, puesto que pensaba adquirir más por el camino según lo fuese necesitando. En la mochila seguiría llevando las cosas que tomé el día anterior. Y eso fue todo. “Lo justo y necesario, que es la mitad de lo imprescindible”, como siempre me decía mi madre. Qué cosas, en aquel momento la recordaba muchas veces y había estado días sin hablar con ella porque se me olvidaba siempre llamarla.

Como ir en bicicleta hasta allí, a pesar de no ser excesiva distancia, era imposible con el equipaje, determiné salir primero a hacerme con un coche. A pesar de que las carreteras principales estarían atestadas de coches bloqueándolas seguro que era en un carril, el de salida, quedando el otro medianamente despejado. O al menos eso pensaba tras recordar que, en el atasco que había visto en el Paseo de la Estación, el otro carril estaba despejado. Quizás todo estuviera así. Sería mejor avanzar por calles secundarias.

Así que me volví a aventurar al exterior, en busca de un pequeño utilitario. Aunque yo tenía carné de conducir no tenía coche y hacía mucho tiempo que no conducía uno. Al menos, nadie iba a ver el ridículo que hiciese o los estropicios que ocasionase por mi conducción novel.

Me llevó un tiempo dar con un vehículo que no tuviera ningún cuerpo en su interior. No quería tocar ninguno. El elegido fue un pequeño Citroën C2. No era muy potente, pero era ideal para poder meterme en sitios complicados. Además, estaba abandonado con las llaves puestas.

Me senté al volante. Mis manos parecían acordarse de lo que había que hacer. Recordé que mi profesor de auto escuela me solía decir que arrancara pisando siempre el embrague, ya que era algo bueno para la mecánica del vehículo. Giré la llave, pisando el pedal correspondiente y el coche arrancó perfectamente. Metí la primera marcha. Nada. El coche no se movía. A punto de bajarme, creyendo que estaba averiado, me di cuenta de que no había quitado el freno de mano. Con una estúpida sonrisa en la cara probé de nuevo. Esta vez sí, el coche avanzó.

No es que lo hiciese muy bien, pero al menos se movía. Al rato me aventuré incluso a pasar a segunda cuando el motor estaba ya a punto de reventar. Frenazos muy bruscos con giros de volante imprevistos. Si hubiera habido más vehículos en movimiento lo hubiera pasado mal. Como el depósito de gasolina estaba casi lleno y no había problemas de coches atascados en esa calle, me dediqué un buen rato a circular por la zona para familiarizarme en la conducción, que poco a poco iba logrando hacer medianamente bien, aunque sin pasar de segunda. Eso sí, con el cinturón de seguridad abrochado, no fuera que por un golpe tonto me fracturara la cabeza, ya que no estaba el mundo para tener una herida de aquel calibre. A pesar de mi precaución di varios raspones a la carrocería, al apurar el espacio entre coches o algún que otro bordillazo imprevisto.

Aquello era otro mundo. Ir en coche me permitió hacer una buena exploración por todo el centro de Getafe, aun a velocidad muy baja. Más de una vez tuve que ir esquivando cadáveres de personas, además de coches, camiones o motos, que en medio de las calles aparecían con demasiada frecuencia.

Una de las veces tuve que salir del coche, para empujar algún otro, que me bloqueaba el camino sin ningún resquicio por donde pasar. En esas estaba, absorto en el esfuerzo de empujar un Renault Mégane, mientras controlaba su volante para que a su vez girara, que no me di cuenta de que un

perro se encontraba detrás de mí. Y era un perro robusto.

Me metí dentro del Mégane y cerré la puerta. El perro era un rottweiler negro. Se acercó a la puerta y la olisqueó. Gruñó un poco ladrando varias veces, aunque no de manera agresiva. Luego se subió al capó del coche y se me quedó mirando. "No hay que mirarlos a los ojos", recordé de alguna conversación que había oído alguna vez. Eso les enfurecía. Era como una provocación para ellos. Pero no podía evitarlo. Sólo el cristal del coche me separaba de aquella enorme cabeza babeante. Reparé en que su morro tenía restos de sangre. ¿Se habría estado alimentando de cadáveres? Si era así, un mordisco de este podría ser un regalito lleno de enfermedades. Me acordé de *Cujo*, aquel perro rabioso de la novela homónima que Stephen King escribió hacía mucho tiempo. Y no me gustó nada el parecido con mi situación.

Me di cuenta de que me había dejado el cuchillo en el Citroën, ya que la vaina metida en el cinturón me molestaba para conducir. Qué torpe había sido. Mi único medio de defensa estaba a tres metros de distancia. No era mucho pero, ¿cómo iba a conseguir salvarlo?

El perro me observaba, abría la boca como bostezando y jadeaba con su enorme lengua afuera. Parecía satisfecho. Debía haber comido hacía poco y por lo tanto podía quedarse esperando sin problemas. Además, si salía corriendo del coche, para meterme en el otro, tenía que hacer una maniobra complicada para poder abrir la puerta. Si el chucho entonces se decidía por atacarme me embestiría por la espalda sin problema alguno.

El Mégane no tenía las llaves y dentro del mismo sólo había papeles, varios chalecos reflectantes y poco más. Nada de utilidad para utilizar como posible arma defensiva. Pensé que, a lo mejor, el perro sólo echaba de menos el contacto con humanos. Podía ser que estuviera esperando a que saliera a abrazarlo. Lo mismo quería un nuevo dueño que le hiciera carantoñas de vez en cuando. Total, no había ladrado apenas ni parecía nervioso. Esta idea fue cobrando más fuerza. Tanto que empecé a pensar en futuros nombres para el perro. Cuando este agachó la cabeza, como para dormirse, abrí la puerta del Mégane con intención de salir a hacerme su amigo.

El rottweiler se levantó como por medio de un resorte. Con una rapidez inusual se puso al lado de la puerta en cuestión de milésimas de segundo. No parecía contento ni esperanzado en convertirse en mi mejor amigo. Un ladrido ensordecedor, seguido de unos gruñidos de mala bestia, me hizo comprender que si salía del coche me comería vivo.

Desolado, casi me puse a llorar ante aquel giro de los acontecimientos. Apenas una hora antes estaba conduciendo más o menos bien, con esperanzas de ir a buscar los restos de mi madre. Y ahora estaba sentado a un metro de la muerte. Desesperanzado, empecé a gritar como un loco, llamando al perro con toda clase de improperios mientras daba golpes al salpicadero del coche. Eso no hizo más que enrabietar aun más al perro, que llegó a abalanzarse contra el cristal sin consecuencias.

Decidí calmarme y pensar. Me desplacé hacia los asientos traseros. Moviendo el respaldo de uno de ellos pude acceder al maletero. El chucho, al ver cómo me movía, siguió ladrando al tiempo que se desplazaba a su vez hacia la parte de atrás. Encontré una caja de herramientas. Dentro había una llave inglesa de buen tamaño. Al parecer, iba a descubrir si de verdad se podía utilizar una herramienta como arma ofensiva. Un buen golpe en la cabeza debería dejarlo, al menos, aturdido. Aunque no sabía el aguante de aquellos animales, cuya testa era enorme y con pinta de soportar

cualquier cosa. El perro, si me atacaba, intentaría morder los brazos o las piernas. Con la navajita multiusos, que si llevaba encima, empecé a despedazar la tapicería del coche, intentando sacar la suficiente tela como para protegerme las extremidades. Utilicé las alfombrillas para las piernas, ya que eran resistentes. Me las até con los cables que arranqué del salpicadero, que había desmontado parcialmente con ayuda de otras herramientas que había en la caja. En un buen rato me pude hacer unas protecciones para los brazos y piernas. Intenté que el perro se acercara al lado de mi puerta, para poder así asestarle un primer golpe con la misma. Si tenía suerte, aquello lo retardaría en poder reaccionar. Así podría volver a atacarlo con la llave inglesa y meterme en el Citroën.

Tras unos minutos abriendo y cerrando la puerta, para llamar su atención, el perro se acercó. Respiré hondo. Agarrando la llave inglesa con la mano derecha, abrí la puerta con ímpetu. En contra de lo esperado el golpe no fue muy potente; el perro logró apartar la cabeza y el choque dio en el cuerpo. De todos modos, ya por inercia, salí gritando como un loco y me abalancé hacia él. El rottweiler retrocedió un instante mientras gruñía, quizás algo sorprendido ante mi temeraria acometida. Eso no lo arredró y contraatacó hecho una furia. Debido a mi precipitación, la llave inglesa impactó débilmente contra su cabeza. El perro se me tiró encima buscando mi cuello.

Aterrado por el ataque y con el perro encima de mí, casi perdí el equilibrio. Lo que hubiera supuesto mi final. Logré apoyarme en el capó del Citroën para hacer fuerza, asestándole un golpe con la izquierda y apartándolo de mí. En esos dos o tres segundos que tuve, antes de que volviera a abalanzarse sobre mí, pude entrar en el Citroën por la puerta del copiloto. Oyendo in extremis el fuerte golpe de su cuerpo justo cuando cerraba la puerta. Me di cuenta de que las protecciones que me había fabricado no habían servido de nada. Unas se habían caído justo cuando salía del Mégane, y las otras se habían aflojado demasiado. Tuve suerte de que no fuera a por mis extremidades. De haberlo hecho, habría muerto.

Arranqué el coche y salí de allí tan rápido como pude. El perro ni me siguió. Yo estaba tan asustado, nervioso y exhausto que me fui a casa llorando de rabia, miedo y alivio.

***

La experiencia del rottweiler me había hecho comprender que, a partir de entonces, los perros, o al menos algunas razas de estos, iban a ser un peligro en aquel nuevo mundo sin hombres. Y un peligro letal. Por lo tanto, si quería seguir saliendo a la calle, debería conseguir armas de fuego. Un cuchillo, si no se sabía manejar en plan ofensivo, como era mi caso, no servía de nada. Me dispuse a salir de nuevo a buscar armas con el Citroën C2 que tenía a la puerta del portal. Todavía no sabía si había más supervivientes a parte de mí. Si me encontraba con alguien quería estar en condiciones de poder defenderme si fuera necesario.

Pensé en ir primero a la Comisaría de la Policía Nacional, que estaba cerca de mi piso. Allí, si no había sido saqueada, podía encontrar algún tipo de armamento. Y si no, siempre podría acercarme a alguno de los numerosos *check points* de soldados que debía haber en cualquier lugar, como el de la estación, donde poder proveerme de lo necesario.

Mientras me dirigía a la Comisaría, pude ver a lo lejos una manada de media docena de canes, varios de ellos lo bastante grandes como para ser considerados un peligro real.

Yo había realizado el servicio militar hacía ya casi quince años. Nueve meses en los que, debido

a mi destino en oficinas, sólo realicé durante la instrucción una docena de disparos con un destartalado CETME. Y de aquello ni me acordaba. Por lo tanto, antes de pegar tiros, tendría que practicar todo lo posible.

La puerta de la Comisaría estaba cerrada, tal y como me temía, bloqueada desde dentro. No iba ser tan fácil como llegar y servirse uno mismo. Además, desde lo del ataque del perro estaba muy nervioso. Cada vez que escuchaba un ladrido lejano me ponía en guardia. Con el mazo de cinco kilos empecé a golpear a los cristales, que con un ensordecedor ruido se esparcieron por todo el rellano. Dentro, bloqueando la entrada, había apilados numerosos muebles. Siguiendo con el mazo fui haciendo un buen boquete en uno de ellos. Tuve que detenerme unas cuantas veces a descansar pero, poco a poco, logré que la abertura fuera lo suficientemente ancha como para poder deslizarme por ella. Mi escuchimizado cuerpo me lo permitiría. Metí primero el mazo, por si necesitaba forzar alguna puerta, y me deslicé adentro.

Debido a los muebles, que tapaban la entrada, todo estaba muy oscuro. Me acordé de que no había traído ninguna linterna, a pesar de que en casa, por la falta de electricidad, tenía que ir con ellas por la noche. Suponía que ahí dentro encontraría alguna. Con el mazo preparado subí al piso superior. Si había armas supuse que estarían en algún armero en alguna zona poco visible.

No había ningún cadáver. Me imaginé que la mayoría de los policías habrían muerto fuera, en sus últimos destinos. Aun así, alguien tuvo que quedarse dentro para bloquear la entrada.

En la primera planta y en una misma habitación, hallé tres cadáveres. Dos de ellos eran policías. El otro de una mujer civil. Olía bastante mal, así que no me acerqué ni a recoger las pistolas de sus cinturones. No quería tocar nada de ningún muerto. No por respeto, sino por higiene. Cerré la puerta para seguir mi exploración. Los despachos estaban bastante despejados.

No encontraba ningún arma, ni armero ni nada parecido. Sólo papeles. Pensé que lo lógico es que no las tuvieran almacenadas en una planta administrativa como aquella, donde pasarían detenidos y civiles con denuncias. Volví a bajar a la entrada para ver si había un sótano. Allí encontré una entrada al garaje, donde sólo había tres desvencijados coches, aunque ninguno policial. Parecían más pruebas de algún delito que coches oficiales de la secreta. Sin embargo, no hallé nada de armamento.

Salí algo frustrado de la Comisaría. ¿Dónde más podría conseguir un arma? Al momento me acordé de que había un lugar donde seguro que algo podría encontrar.

***

La Base aérea de Getafe era un lugar enorme que ocupaba todo el este de la ciudad. Recordé que durante aquellos días de locura en el vecindario se oía, de vez en cuando, la salida o entrada de algún tipo de aparato, bien aviones o helicópteros. Debido a su lógica importancia en la crisis de la pandemia, estaba seguro de que tuvo que estar muy bien vigilada.

Y así fue, en efecto, o por lo menos, en los accesos. Encontré, incluso, un carro de combate enorme a la entrada de la base, varios vehículos mecanizados similares a los que vi en la estación de tren, unos cuantos camiones y jeeps *URO* del Ejército, tanto del de tierra como del aire. Había alambradas y cintas de pinchos desplegados en el suelo. Me llamó la atención no encontrar ningún cadáver de soldados. Ni siquiera civiles. Como no podía entrar con el coche tuve que ir a pie. Me

llevé el mazo. Miré dentro de los camiones con esperanzas de que alguno llevara armas dentro. Nada, sólo eran transporte de tropas. Había edificios a mi izquierda y veía los grandes hangares en frente. Uno de ellos me llamó la atención, porque en su entrada había una especie de muro hecho con sacos de tierra. A los lados se encontraban varios cuerpos de soldados tirados de cualquier manera.

Según caminaba, me acerqué a otro de aquellos enormes carros de combate. A su lado, casi ocultos, encontré otros tres cadáveres de soldados. Un poco más adelante hallé dos más.

Al llegar a los sacos de arena reparé en que, detrás del parapeto, había una media docena de muertos más. Ahí fue cuando empecé a comprender lo que había pasado. Supuse que los soldados del hangar se habían atrincherado allí, seguramente se insubordinaron a sus superiores por algún motivo. A lo mejor querían ir con sus familias para cuidar de sus hijos o mujeres, o sabiendo que iban a morir por la pandemia les dio igual todo y dejaron de obedecer. A saber, el caso es que los otros soldados que dejé atrás debieron de combatir contra ellos. Mirando mejor el tanque me di cuenta de que su cañón apuntaba directamente al hangar.

En el interior del enorme hangar había estacionado un avión de hélice. Un *Hércules* de carga, de esos que solían ir a llevar material de la Cruz Roja a zonas de catástrofe. Lo que de verdad me llamó la atención fueron los enormes contenedores que se hallaban a su lado. Parecían dispuestos para subirlos a bordo del aparato. En uno de ellos puede leer, en inglés: *5,56x45 Mm. OTAN munition*. Donde había balas solía también haber armas. Confirmé que se trataba de un contenedor cargado de munición para fusiles de asalto del Ejército. El contenedor no estaba cerrado, así que pude sacar una caja de madera que contenía muchísimos cargadores. Estos eran semitransparentes y dejaban ver las balas, para así saber las que quedaban en caso de fregado.

Había también varios contenedores con la inscripción *Heckler & Koch HK G36E*. Presumí, con acierto, que eran los fusiles. Y así, en un momento, tuve ante mí todo un arsenal de armas. Saqué uno de los fusiles, que no tenía cargador, y me quedé sorprendido ante su poco peso. Parecía ser todo de plástico, como de juguete. No se parecía en nada al *chopo* de madera de la mili. Tenía una buena asa y una pequeña mira con la que se lograba ver algo más cerca al objetivo apuntado. Poseía una culata plegable, lo que me iba a venir muy bien para operar con el fusil en el interior del coche si hiciera falta o en recintos cerrados.

No sabía cómo manejarlo, ni poner el cargador, ni limpiarlo. Pero ya aprendería. Tenía mucho tiempo para ello. Si estropeaba algún arma tenía muchos más. Me llevé, en varios viajes al coche, tres fusiles suplementarios y cuatro cajones de municiones. Eran muchas balas, pero tendría que entrenar y seguro que gastaría muchísimas.

***

Antes de salir hacia Carabanchel decidí quedarme un par de días más por la zona, para entrenarme en el uso de los nuevos fusiles militares. Me parecía que con esas cosas había que ir con cuidado, no fuera a ser que cuando lo necesitara de verdad no supiera utilizarlos. Por la mañana estuve examinando uno de los fusiles, para entender cómo se ponía y quitaba el seguro, como se amartillaba para cargarlo, algo que me sonaba de la mili y que menos mal que se hacía de forma parecida a las armas de entonces. Incluso logré desmontarla y montarla de nuevo, también algo

importante de saber, porque cada cierto tiempo tendría que limpiarla si no quería que se estropeara. Había seis pasadores que hacía que su montaje y desmontaje fuera muy cómodo. Que detalle de la industria del armamento, todo muy fácil para poder seguir matando sin excusas.

Con el maletero lleno con todos los cajones de munición y los fusiles, me fui a buscar un buen sitio donde practicar. Supuse que algún descampado sería lo más adecuado. Cualquier lugar despejado donde poder disparar en línea recta sin obstáculos. Al oeste de la ciudad se estaba levantando, en su momento, una mega zona de pisos donde había muchos solares. Eran unos terrenos grandes, ideales para poder practicar sin problemas.

Como iba por una carretera secundaria apenas había algún vehículo bloqueándola, así que pude pasar por primera vez a cuarta velocidad. Atravesé la carretera de Toledo, por un estrecho puente, que unía la zona central de Getafe con el Bercial. Justo a la mitad me detuve en seco al descubrir una escena desoladora.

La autovía de Toledo siempre había tenido mucho tráfico, pero lo que vi entonces fue muy impactante. Tanto los carriles de entrada, como los de salida de Madrid, estaban literalmente colapsados de vehículos. La gente había intentado huir, llegando a utilizar todos los carriles para ello. Se podía divisar, hasta donde alcanzaba la vista, una infinita y brillante columna de coches, camiones o autobuses. Todos juntos, como en un atasco típico de Madrid en hora punta, pero con un silencio que sobrecogía. Ese silencio al que no me terminaba de acostumbrar: el de la soledad más absoluta.

Lo que más pavor me daba era la cantidad de aves de todo tipo que sobrevolaban y se posaban en los vehículos, intentando sacar algo provechoso de los cadáveres. Había grajos, urracas e incluso vi un cuervo enorme. La feliz hora de los carroñeros. También había muchos perros, de todas razas y tamaños, correteando de manera solitaria o en pequeñas manadas. Entraban y salían por las ventanillas rotas o bajadas de los coches. Era un espectáculo dantesco.

Sin pensarlo mucho saqué el fusil del coche, quite el seguro, amartillé el arma y apuntando al cielo, disparé. El retroceso fue brusco, aunque menos violento de lo que esperaba. El ruido, que cortó la quietud reinante de manera sobrecogedora, espantó a las aves y perros de las cercanías, acompañado de una sinfonía de ladridos, gañidos lastimeros y del presuroso revoloteo de los pájaros. Al poco tiempo, todo volvió a quedar sumido en aquel misterioso mutismo.

A los pocos minutos encontré un buen descampado, entre varios grandes bloques de pisos. Con el fusil en la mano, sabiendo ya que funcionaba perfectamente, tenía menos miedo de encontrarme con algún perro peligroso. Sólo hallé un par de inofensivos gatos, que se me quedaron mirando unos momentos antes de seguir su errático camino.

Saqué un cajón de munición. Cada uno de los cuatro que llevaba debía contener unos doscientos cargadores. Cada cargador tenía treinta balas. Por lo tanto, estaba bien provisto. Incluso para disparar algunas cuantas veces en ráfaga, que era una de las opciones de la palanquita del seguro; la otra era disparo tiro a tiro. Empecé a probar con esta última, que era la más apropiada. Puse algunos escombros a una buena distancia para intentar hacer blanco. Respiré hondo y empecé a disparar. Al principio, poco a poco, haciendo una pausa entre cada disparo. Luego me fui animando, y al segundo cargador, ya estaba disparando de manera sostenida. Gracias a la pequeña mira lenticular podía ver el blanco de forma más clara. Aunque muchos disparos se desviaban, la mayoría lograban

impactar. También era cierto que la distancia no era demasiado grande. Pero todo era empezar. El eco de los disparos todavía resonaba dolorosamente en mis oídos.

Al cabo de un buen rato, debido al retroceso, se me empezó a entumecer el hombro derecho. Decidí disparar un último cargador en modo de ráfaga. De esta forma, al disparar, salían unas cinco balas seguidas por lo que tuve que sujetar firmemente el arma, puesto que tenía tendencia a elevarse. Nunca me habían gustado las armas, pero reconocí que me divertí bastante jugando ese día con el fusil. En el futuro me acordaría muchas veces de aquellos primeros disparos, porque ese entrenamiento me salvaría la vida en muchas ocasiones.

Recogí todo y me volví a subir en el coche. Ya no tenía más excusas para empezar mi viaje. Al día siguiente me iría de allí.

***

No tenía nada planeado. Vivía al día. Lo único que tenía claro, a corto plazo, era intentar enterrar a mi madre, si lograba dar con ella. Más allá de este propósito, todo sería fruto del destino o de la improvisación. Por una parte deseaba salir de Getafe, de mi piso, donde no podía llevar una vida más o menos tranquila en un edificio que empezaba a apestar, debido a la descomposición de los cadáveres de mis antiguos vecinos. Y esto era una constante en cualquier bloque. En los pocos a los que había entrado no había podido quedarme mucho tiempo explorando debido a ese olor tan desagradable. El olor de la muerte. Además, corría el riesgo de enfermar de verdad en aquellas tumbas de altura. Debía encontrar algún lugar donde instalarme, lo suficientemente despejado y alejado de cualquier cuerpo en estado de descomposición. Pensé en alguna casa aislada o un chalé. Algo así me vendría bien. Una vez despejado de posibles cuerpos sería más fácil sobrevivir que hacerlo en el interior de un piso.

Pero lo primero era la familia. Tras meter las pocas cosas que me iba a llevar, me aparté para siempre de mi hogar sin mirar por el retrovisor. Alejándome así de mi antigua vida, de oficinista corriente, con una vida corriente en un mundo corriente. En aquel preciso momento empezaba a vivir de verdad. Para lo bueno o lo malo. Y estaba terriblemente asustado.

Como la carretera de Toledo estaba bloqueada, supuse que la autovía de Andalucía estaría igual o peor, por lo que opté por ir hacia Leganés. Desde allí podría ir a Carabanchel por más lugares que desde Getafe.

Fue una buena idea. Sólo de vez en cuando tenía que esquivar grupos de vehículos. Aunque en alguna ocasión tuve que bajar y empujar algún otro para poder pasar. Pero nada que no pudiera solucionar. Eso sí, para evitar situaciones como la del rottweiler que me atacó en Getafe, siempre que salía del coche primero me aseguraba, mirando a todas partes, de que no había peligro. Y, desde luego, siempre con el fusil preparado. A pesar de que con el mango del arma plegado se quedaba más corto en longitud, seguía siendo un poco engorroso de utilizar en el interior del coche. Pensé que no estaría mal hacerme con una pistola en cuanto se me presentara la ocasión. A cortas distancias sería más manejable si me encontraba con un chucho peligroso. Con este pensamiento me dirigí a la Comisaría de la Policía Nacional de Leganés, ya que tenía que pasar por allí obligatoriamente. Esperaba que estuviera mejor surtida que la de Getafe.

La entrada a la misma parecía tener mejor aspecto. No estaba bloqueada y no parecía saqueada.

Seguramente, la vigilaron hasta el final. Aparqué justo en la puerta y subí por las escaleras. Llevaba mi fusil preparado. En los bolsillos portaba dos cargadores más. Apunté mentalmente que tenía que encontrar algún chaleco, o algo parecido, para llevar la munición de forma más cómoda. La puerta estaba cerrada, pero de un culatazo rompí los cristales y me deslicé por la abertura.

Aunque era mediodía, había poca luz en el interior. Otro asunto sin arreglar, pensé. ¿Qué me hubiera costado traerme una puta linterna? Al igual que me había pasado toda la vida con los paraguas, eran cosas que siempre se me olvidaban.

En la planta baja sólo di con una buena bolsa de viaje, que tomé para ir metiendo lo que hallase de utilidad. En la planta de arriba descubrí una pequeña pistola con una caja de munición. En realidad, era un revolver. Demasiado poco para hacer frente a una manada de perros enfurecidos. Aun así, no tenía funda. De todos modos la cogí, al igual que la caja de municiones, metiéndolo todo en la bolsa.

Volví a la planta baja y descubrí una puerta que bajaba al sótano. Allí estaban los calabozos, donde no había ningún cadáver. En otra zona opuesta descubrí las taquillas de los policías, sin nada de interés. A su lado había una sala con material. ¡Por fin di con el armero! Aunque no había fusiles encontré unas cuantas escopetas del calibre doce, de esas que en las pelis salía el malo cargándolas con un movimiento de manos, ¡clac! hacia atrás y ¡clac! hacia adelante.

Ese armero debió ser para uso de algún grupo especial de intervención, porque había escopetas que tenían incorporadas una pequeña linterna, lo cual me iba a venir muy bien. Metí en la bolsa dos de las escopetas y un montón de cajas de cartuchos. La bolsa tenía dos pequeñas ruedas en un extremo, lo que me facilitó la tarea de su transporte, ya que empezaba a cansarme de llevar tanto armamento. Observé que había chalecos antibalas, pero no creí necesario hacerme con ninguno.

También había chalecos con bolsillos, que eran idóneos para meter los cargadores y alguna otra cosa que fuera a necesitar de primera mano. Me puse uno, dejando en los laterales del mismo los cargadores que llevaba en los bolsillos del pantalón.

También localicé unos monos negros y unas semibotas especiales. De ambas cosas cogí de mi talla y lo metí todo en la bolsa. Tenía pinta de ser ropa cómoda para asaltos y yo iba a necesitar algo así para mis andanzas por Madrid. En otro armario más pequeño descubrí lo mejor. Un montón de pistolas automáticas. Eché cuatro de ellas a la más que abultada bolsa. Además de unas cuantas cajas más de munición. Pensé que en caso de necesitarlas podría hacerme con más en otras comisarías. Y ya, aprovechando, me hice con varias cartucheras, que debían ser también especiales porque la pistola me quedaba muy baja, pegada a la pierna, justo a la altura de mi mano para su rápido acceso. Me coloqué una, atada también por abajo, lo que se ajustaba a la perfección a mi cuerpo. Enfundé una de las pistolas descargadas para irme habituando a su contacto.

Con todo aquel material salí de la Comisaría. El Citroën estaba lleno de pertrechos. Tenía un auténtico arsenal de armas y municiones. Parecía que iba a la guerra. ¿No me estaría pasando? “No —me dije—, cuando logre dar con una casa guardaré todo esto, por si lo necesitase algún día”. Tampoco sabía si yo era la única persona viva que quedaba en la faz de la Tierra. Podía ser que hubiera sobrevivido más gente y estos no fueran muy amistosos. Tenía que estar preparado para ello, por si las moscas. De todos modos, mi confianza empezaba a subir como la espuma.

SEÑOR R

***

Salí de Leganés al día siguiente, en dirección a Carabanchel. Había dormido en el coche. No tenía ganas de entrar en ninguna casa y pernoctar en la cama de otra persona. Al menos, esa noche no. Con el asiento reclinado al máximo pude descansar durante algunas horas. Cuando la postura se hizo demasiado incómoda arranqué y me fui. Tenía las ansias y el nerviosismo por seguir viendo aquel mundo del que yo parecía ser su único dueño.

En contra de lo que esperaba, la carretera M-421 que iba directa a Carabanchel Alto, estaba bastante despejada de vehículos. No tardé ni diez minutos en llegar a la calle del General Ricardos. Subiendo esa vía por Muñoz Grandes llegué al Hospital Central de la Defensa, que estaba muy cerca del piso donde vivía, o había vivido, mi madre.

Al pasar frente al Hospital no noté que hubiera sido objeto de saqueos. Al haber sido un hospital militar, supuse que sería un centro primordial a la hora de su protección. Varios carros de combate apostados en las cercanías lo corroboraban. Hubiera sido un suicidio intentar saquear aquel edificio por parte de cualquier oportunista.

Seguí despacio, ya que por esas calles había una mayor densidad de vehículos, alguno atravesado en mitad de una calle, lo que me hacía estar callejeando, buscando otras alternativas menos congestionadas. La media hora que tardé en llegar a la Glorieta de los Cármenes me hizo comprender lo difícil que iba ser circular por el interior de Madrid.

Decidí seguir a pie el resto del camino, ya que no estaba lejos. Para eso me vestí para la ocasión. Quería ir preparado ante cualquier imprevisto. Me enfundé el mono policial de color negro, el chaleco multiusos, donde guardé dos cargadores del fusil. En el cinturón de la pistola, aparte del arma, llevaba tres cargadores más para la misma. Me calcé las semibotas policiales, aunque con reservas por si me fuesen a hacer daño, aunque las notaba bastante cómodas. El equipo de comando lo completaba con el fusil del Ejército. “Demasiado marcial”, pensé. Sonreí al visualizarme en plan GEO, como si estuviera preparando un asalto a la casa de un grupo terrorista. Era una ropa cómoda, hecha para aquellas situaciones, así que no le di más vueltas a mi aspecto. ¿A quién le iba a importar?

Pensé que me faltaba encontrar alguna gran bolsa o algo parecido, para cuando hallase el cuerpo de mi madre. No había pensado en lo que me iba a topar. En realidad, no había querido especular sobre ello. En ese momento, que me veía a menos de doscientos metros de presenciar una escena que seguro que iba a impresionar, fue cuando empecé a darme cuenta de que no sabía dónde iba a enterrarla, ni cómo iba a trasladarla, ya que el coche estaba hasta arriba de cosas.

Mientras andaba por la calle, con el fusil a mano, escuché sonidos como de latas y plásticos. Provenían del interior de un portal, a unos diez metros a la izquierda de donde yo me encontraba. Me puse en alerta, quitando el seguro al fusil. Andaba de manera casi imperceptible, ya que aquellas botas, de suela blanda, no hacían el menor ruido. Parecía un gato a la caza de un ratón.

A consecuencia de la tensión noté la boca muy reseca. Intenté montar el arma con sigilo. Mi falta de experiencia me hizo hacer más ruido de lo que me hubiera gustado. Fue entonces cuando se produjo un súbito silencio. Sin duda, el perro había escuchado el ruido que había hecho.

“Como salga del portal lo frío a balazos”, pensé asustado ante la idea. No me apetecía disparar a

nadie, ni siquiera a un pobre chucho que estaría intentando sobrevivir como yo. Como no sabía si el perro sería amistoso o no, creí que lo mejor era no dar tiempo a este a reaccionar. Era mejor prevenir que curar.

Me encontraba a menos de dos metros, pegado a la pared para no entrar de frente. Esperando sin atreverme a actuar. Pasaron unos veinte angustiosos segundos hasta que volví a oír el sonido de unas bolsas siendo manipuladas. El perro debía haber vuelto a lo suyo, aunque me extrañó que no me hubiese olfateado. Con los nervios noté como me corría una gota de sudor por la frente. Pensé que podía darme la vuelta, poco a poco, e ir por otra calle. Sabía que no podía estar así siempre, retrocediendo ante cualquier amenaza, y que a lo mejor no era más que un pequeño perrito asustado. Así que me armé de valor apretando el fusil con tanta fuerza, que se me quedaron blancos los nudillos. Me adelanté varios pasos, apuntando continuamente al interior del portal, con el tembloroso dedo en el gatillo. En vez de un perro lo que me encontré fue a un hombre tapado con una manta. Estaba intentando abrir una lata de piña.

Me sorprendió la visión de un ser humano vivo, pero me mantuve firme con el arma apuntando a su cuerpo. No sabía si estaba armado y si podía ser peligroso.

El hombre, muy asustado en un principio, imploró mi ayuda. Creyendo por mi aspecto que era policía, me suplicó que no le matara.

—Tranquilo, no pienso hacerte daño si tú no me lo haces —dije con voz firme y clara. Como no llevaba ningún arma visible bajé mi fusil para no parecer tan amenazador.

El pobre desgraciado, al ver mi gesto, se incorporó un poco, tapándose aun más con la manta. Pareció calmarse e incluso intentó sonreír, aunque sólo consiguió forzar más bien una especie de mueca grotesca. Era un hombre de mediana edad, bajito, calvo y con aspecto de haber sido gordo alguna vez. Tenía un aspecto demacrado, quizás debido a la malnutrición, la pandemia, ya que seguramente estaba infectado o las penalidades. O a todo junto. Al segundo pude comprobar que mentalmente no estaba mucho mejor. La locura había hecho mella en él.

—Llevo dos semanas alimentándome de conservas. Por favor, dame algo de comer, casi no me queda nada —suplicó con las manos entrecruzadas.

El portal olía a excrementos, comida podrida y orines. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que aquel insalubre lugar era su refugio.

—¿Por qué no estás en tu casa o en algún lugar más saludable que aquí? —inquirí con perplejidad ante tanta miseria, habiendo tantos sitios donde poder ir para no estar bajo aquellas condiciones tan deplorables.

—Soy camionero, de Asturias. La *Gripe X* me pilló en Madrid, cargando para volver a mi tierra, y ya no pude salir. Todo estaba atascado. Luego empezaron los ataques, los saqueos. Me robaron todo: el camión, la ropa, el teléfono... Llevo dos semanas sin saber nada de mi familia... No sé si murieron; no sé nada. Sólo sé que en este portal algunos vecinos me bajaban algo de comida, pero hace una semana que no veo a nadie y me muero de hambre. ¡Por Dios, dame algo! —suplicó de forma desgarradora.

—¿Por qué no has salido a buscar algo? —pregunté incrédulo.

El hombre me miró, forzando de nuevo aquella horrible mueca. Entonces retiró la manta para que viese una de esas escenas que no se olvidan en la vida. Pase el tiempo que pase.

SEÑOR R

La pierna derecha estaba en buen estado, pero la izquierda... De la rodilla hacia abajo la tenía llena de restos de sangre coagulada. Numerosas laceraciones, mordeduras... Heridas todas ellas infectadas que supuraban pus y despedían un horrible hedor difícil de soportar. Lo que unido a los excrementos del propio hombre, que no se había movido en muchos días por estar postrado, daba una imagen espeluznante.

—¡Por Dios! —exclamé, aterrado ante aquella visión—. ¿Qué te ha pasado en la pierna?

—Me atacaron un par de perros hace dos días —gimoteó—. Se me olvidó cerrar la puerta y esos cabrones casi me comen vivo.

—¿No estás enfermo? —inquirí extrañado.

—Sí, ahora sí. Aunque estuve mucho tiempo sin ningún tipo de síntoma. Creí que me libraba, que era inmune o algo así, pero hace tres días la cogí. Veo que tú has sido más afortunado.

Eso me hizo pensar que era posible que yo corriese la misma suerte que aquel pobre desdichado. Podía ser que tardase en desarrollar la enfermedad. Lo que me llenó de angustia. Me dieron ganas de salir corriendo de allí y dejar que aquel tipo se muriera de una vez. No quería cargar con la responsabilidad de cuidar a alguien que estaba en fase terminal. No me sentía capaz.

—Me llamo Santiago. ¿Y tú? ¿Eres policía? —indagó tapándose de nuevo con la manta para volver a intentar abrir la lata de piña.

Si la infección de las heridas no le mataba, en unas horas lo iba a hacer la *Gripe X*. Aquel hombre no tenía solución. De todos modos, ¿sería capaz de abandonarlo así, como si fuera un animal?

—Me llamo Miguel. ¿Puedo hacer algo por ti, Santiago? —me ofrecí sin mucho entusiasmo.

Este me miró y suplicó que le buscara algo de comida en algún piso de aquel mismo portal.

—Seguro que algo habrá. Por favor, no me dejes sin comida. O al menos consígueme un abrelatas. ¡Joder con la puta lata! —espetó haciendo ademán de tirarla. Al ver que me ponía en guardia se asustó y me pidió perdón. Estaba completamente desquiciado.

Por un segundo pensé en salir de allí corriendo para dejar atrás aquel olor a muerte. Sin embargo, todavía había algo de humanidad en mí y accedí a subir e intentar encontrar algo.

Mientras le oía dar las gracias una y otra vez, empecé a ascender por las escaleras. En el primer piso había dos puertas. Probé con la más cercana, ya que no quería perder mucho tiempo con aquel asunto.

Como no había forzado todavía ninguna puerta, no sabía muy bien cómo hacerlo. Me acordé de la forma en que los saqueadores de mi bloque echaron abajo la puerta de mi vecino y lamenté no haber cogido alguna de las escopetas que saqué de la Comisaría. Supuse que con el fusil podría hacer lo mismo. Sin pensarlo mucho más, disparé un tiro contra la cerradura.

Di de lleno en la misma, pero una esquirla de metal saltó a mi cara. No me dio en un ojo de milagro. Sólo me rozó la mejilla, aunque me provocó un corte muy doloroso que sangró de manera escandalosa.

Que gilipollas había sido, disparando a bocajarro como en las películas. Sin casco ni gafas protectoras, ni protección de ningún tipo. Menos mal que me había librado de un daño que me podría haber matado o causado un estropicio difícil de subsanar. Podía oír a Santiago aullar de miedo, muy asustado por la tremenda detonación del disparo seguido por mis aullidos de dolor y

rabia.

Al menos, la puerta se había abierto. Corrí en busca de algún lugar donde poder limpiarme la herida. El baño parecía aseado y había jabón. Buscando un poco encontré un pequeño botiquín en el que había *betadine*, gasas estériles, tiritas y cosas por el estilo, incluso aspirinas. Esperaba que no me hicieran falta puntos porque no sabía cómo hacerlo. En un segundo había pasado de estar en una situación controlada a otra que podía haber sido mortal. No podía volver a cometer un error así.

Me limpié la herida a conciencia, que todavía sangraba. Me apliqué el *betadine* apretando con fuerza con una gasita para contener la hemorragia. Una vez que esta paró de sangrar, me apliqué otra gasita limpia que sostuve con un par de tiritas. Cogí el botiquín para llevármelo, ya era una buena adquisición. Estuve tentado de salir de allí de una vez, pero los gritos de Santiago me conmovieron y traté de buscar algo de comida. No encontré mucho. Un par de latas de sardinas en aceite y una bolsa con cuatro patatas mohosas. Además de un bote de mayonesa, una tableta de chocolate que estaba a la mitad y un zumo de frutas. También encontré un abrelatas. Lo metí todo en una bolsa de plástico y volví a bajar. Pensé que Santiago no sobreviviría a aquel día, por lo que supuse que no necesitaría mucho más.

Este había comentado que llevaba tres días con la enfermedad. Por lo tanto, sólo era cuestión de poco tiempo que sucumbiera. Había descartado totalmente la idea de llevármelo de allí. No serviría de nada y corría el riesgo de que me infectase algo.

Cuando le di la bolsa, Santiago se puso a llorar de agradecimiento. Pero al ver que me iba rogó que no lo dejara allí solo de nuevo.

—Lo siento, amigo, tengo que hacer algo muy importante —dije con impaciencia.

Santiago sollozó. Estuve tentado de ceder, pero al segundo se me quitó de la cabeza. Aquel olor...

Me fui. Con muchos remordimientos, pero con alivio de alejarme de allí. Hasta que no doblé la esquina de la calle no dejé de escuchar sus sollozos. De todas formas, aquel hombre había sufrido muchísimo y la *Gripe X*, retrasando su aparición en él, le había jugado una mala pasada. Hubiera sido preferible haber muerto junto con todos los demás. Tal vez habría sido mejor que nos hubiese matado a todos de una vez.

Asqueado por el episodio de Santiago, tanto por el olor como por mi comportamiento, decidí buscar a mi madre sin más tardanza.

Contemplando la posibilidad de tener que forzar la puerta de su casa, y para que no me volviera a pasar lo mismo que la anterior vez, decidí regresar al coche a buscar una de las escopetas y algo con que protegerme la cara. En la tele, cuando salían policías descerrajando una puerta, normalmente llevaban cascos con pantallas protectoras, pero no podía volver a la Comisaría de Leganés para hacerme con alguno. Busqué alguna ferretería por la zona.

Tardé un buen rato en hallar una. Me hice con un casco de trabajo y unas gafas protectoras de esas que utilizaban los canteros o los que trabajaban con radiales. También encontré varias bolsas enormes de plástico en las cuales meter los restos de mi madre. Metí todo en la mochila que había cogido del coche, junto con la escopeta, y volví a marcharme, pasando esta vez por otra calle distinta a la de Santiago.

Había dejado el fusil, porque no podía moverme bien con dos armas largas. No era mal cambio,

porque la escopeta era una buena arma de defensa. Es más, gracias a la dispersión de la munición de postas, a corta distancia era mucho más letal. No hacía falta apuntar demasiado bien para darle al blanco, lo que para un inexperto como yo era lo ideal. Además, la pequeña linterna acoplada al cañón me serviría para poder ver en lugares oscuros sin tener que bajar la guardia. Había dejado los cartuchos que llevaba en el chaleco, siendo sustituidos por unos cuantos de escopeta. Asimismo, seguía llevando la pistola. Por lo tanto, en absoluto podía decirse que iba desarmado.

Me quedé un rato frente al portal del piso de mi madre. Miré hacia su balcón, quizás esperando que saliera. Con una más que creciente congoja, subí hasta el segundo piso. Frente a la puerta me puse el casco, las gafas y me abroché bien el cuello del chaleco para evitar que se me colase cualquier esquirla. Quité el seguro de la escopeta. Tras montarla, disparé a una cierta distancia para evitar en lo posible algún resto volante.

Esta vez funcionó. La puerta no se abrió en el momento pero, tras un fuerte empujón, cedió sin más complicaciones. Me puse la escopeta a la espalda guardando el casco y las gafas. Miré en todas las habitaciones pero no hallé a mi madre. Era algo que había temido, o mejor dicho, casi había suplicado. La lógica me decía que estaría enterrada en alguna fosa común. Sólo deseaba que hubiera sido de las primeras en morir, antes que tener que vivir la brutal decadencia que sobrevino después.

Me senté en la mesa del comedor, dejando las cosas encima de la mesa. Por primera vez, desde que comenzó la pandemia, me puse a llorar.

***

Aquella noche no dormí nada. Encontrarme en la casa de mi madre no me daba más que tristeza. Al mismo tiempo, me sobrevinieron unos grandes remordimientos por haber dejado a Santiago en su portal. Con sus patatas mohosas y rodeado de excrementos.

Antes del amanecer, viendo que me era imposible conciliar el sueño, me vestí y salí a buscar a Santiago. Quería ayudarle de verdad. Por lo menos, a trasladarle al piso donde le conseguí la comida. Allí tendría una muerte digna en una cama y no en un sucio portal donde las ratas o los perros acabarían con sus restos.

Santiago seguía allí. Estaba vivo, pero su aspecto era mucho peor. Sin duda, aquel era su último día. Sin embargo, al menos no moriría solo. Yo le acompañaría hasta el final.

Cuando me vio se asustó mucho. Al principio le costó reconocerme. Creo que pensaba que mi aparición el día anterior había sido un sueño. En ese momento, al verme de nuevo, se dio cuenta de que era real.

—Miguel, tengo hambre —dijo nada más verme.

—Lo sé, amigo —asentí, al tiempo que empezaba a subir por las escaleras—. Voy un momento arriba, a cambiarme de ropa para ayudarte a subir y meterte en una cama.

Santiago me miró con cara de no entender lo que decía o lo que quería decir con aquello. Daba igual. Subí al piso al que había entrado el día anterior. Busqué en los armarios algo que ponerme para subir a Santiago. Sin duda me iba a ensuciar y era mejor cambiarme de ropa. Hallé el típico mono azul de trabajo, algo grande pero ideal para lo que quería hacer. Me puse unos guantes de fregar y unos zapatos, que no eran de mi talla pero que me servirían para completar un desechable atuendo de emergencia.

Con esa guisa volví a bajar. Me puse en cuclillas frente a Santiago.

—Voy a agarrarte y vamos a subir por las escaleras hasta el piso de arriba. Es posible que te duela la pierna, pero allí estarás mejor y podré cuidarte.

El pobre hombre empezó a llorar de nuevo. Este, sumido literalmente en la mierda, sólo había conocido lo peor del ser humano. El que yo le ayudara en ese trance lo había conmovido en lo más hondo. Gimiendo sin parar no cesó de darme las gracias.

Intenté respirar por la boca, para no tener que soportar aquel hedor que emanaba de él. Tiré la manta fuera del portal y agarré a Santiago por la cintura, pasando su brazo izquierdo por mi cuello, para que apoyándose en mí lograra levantarse. Algo que costó bastante. Al alzarlo pude escuchar el desagradable sonido de los excrementos cayendo al suelo. El olor era aún peor. Intenté no pensar en ello y empezamos a andar muy despacio hacia la escalera. Santiago iba cojeando con visibles muestras de dolor. Gemía y lloraba, pero al menos avanzábamos. Hubo varios momentos en los que creí que iba a soltarle por el esfuerzo y las nauseas que me provocaba. Afortunadamente, peldaño a peldaño logramos alcanzar el rellano.

Con mucho esfuerzo, logré llevarle hasta el plato de ducha. Allí le puse una silla de metal de la cocina. Tras ayudarle a desnudarse, lo dejé sentado para que se diese una ducha fría. Cuando acabó de limpiarse más o menos todos los restos, le di ropa limpia que encontré en los armarios. Todavía seguía oliendo mal, porque debido a sus heridas no había podido limpiarse todo lo bien que hubiera sido deseable, pero ya no era aquella indescriptible fetidez del portal.

Le ayudé a tumbarse en la cama de matrimonio. Parecía que incluso había recobrado algo de color.

—¿Quieres que te traiga algo?

Santiago me miró agradecido y me pidió un vaso de agua. También encontré algunas galletas. Cuando regresé a la habitación me di cuenta de que había muerto. Su cara tenía grabada una sonrisa. No aquella mueca, mezcla de locura y dolor, que había visto el día anterior. Sino la sonrisa de un hombre que había muerto en paz.

Saqué de mi mochila las grandes bolsas que había destinado al cuerpo de mi madre y que ahora servirían para envolver a Santiago.

—No te preocupes, amigo. Tendrás la paz que no encontraste en vida.

Enterré a Santiago en un parque cercano. Tuve que ir a la ferretería de nuevo a buscar un pico y una pala. Hice un profundo hoyo, para evitar que los perros lograran dar con los restos. Tras una fatigosa operación, logré dar reposo a sus restos.

Había venido a enterrar a mi madre y acabé haciéndolo con un desconocido.

***

Dormí otra vez en el coche, incapaz de hacerlo en ninguna cama. Me sentía extraño en las casas abandonadas de otros, incluso en la de mi propia madre.

Tras desayunar un par de barritas de chocolate me dirigí en dirección norte.

Para alejar de mis pensamientos lo ocurrido el día anterior puse algo de música a buen volumen. Por las desiertas y silenciosas calles de Madrid sonaba a mi paso el atronador eco de U2. Mientras tanto, decidía todo el rato si ir hacia la izquierda o hacia la derecha, según el atasco de coches que

hubiera en cada calle. Iba tarareando al principio para pasar a gritar después las letras de las canciones, casi más como un medio de exorcizar mis temores y malestar. Miré por el retrovisor interior y comprobé que mi mejilla ya no sangraba, aunque la zona estaba muy colorada. Esperaba que no se me infectase. Me detuve en varias farmacias, pero todas estaban saqueadas hasta de lo más mundano. Lógico por otra parte.

Se encendió la luz de la reserva. En todo aquel tiempo no me había fijado en el nivel de gasolina. Después de tanto callejear y con un conductor novel al volante, había hecho bajar el nivel demasiado rápido. ¿Cómo podía llenar el depósito? Estaba claro que las gasolineras estaban descartadas, porque todas tenían surtidores eléctricos. Si no quería cambiar de coche tendría que sacarlo de otros vehículos. Algo me sonaba de cómo llevar a cabo aquella operación, de haberla visto alguna vez o haber leído cómo se hacía. Por lo pronto necesitaba un trozo de tubo flexible, como los del gas butano, además de una garrafa de buen tamaño donde poder verter la gasolina.

Callejeando un poco di con una estación de servicio. Aunque los surtidores no funcionaban podía encontrar los utensilios necesarios. Al parecer, el sacar la gasolina debió ser un problema bastante común porque encontré, en la tienda de la misma, un tubo con una pera que hacía las aspiraciones para no tener que meter la boca. Encontré también, al pie de uno de los surtidores, una garrafa con un embudo. Tras asegurarme de que el "donante" era un coche de gasolina, introduje el tubo por el depósito. Aspiré con la perilla varias veces, cerciorándome de que funcionaba gracias al tubo transparente que succionaba el combustible. Después, quité la pera metiendo el tubo en la garrafa. Las leyes físicas hicieron el resto. Había sido más fácil de lo que creía. Lo único malo es que tenía que utilizar la garrafa de puente, ya que no podía hacerlo con el Citroën en paralelo. Para que funcionase aquel sistema la garrafa tenía que estar siempre por debajo del nivel del depósito del "donante". Tuve que repetir la operación media docena de veces para llenar el depósito. Luego me guardé tanto el tubo como la garrafa para poder utilizarlo en otra ocasión.

Saber que la falta de gasolina no me representaría más problemas en el futuro me hizo sentir muy bien. Hasta que pensé en otros hipotéticos problemas que tendría que resolver. Como cargar una batería de un coche a otro, algo que debería saber hacer porque los coches sin funcionamiento agotaban con el tiempo la carga de sus baterías. Si quería cambiar de coche alguna vez, o tener varios, era indispensable saber cómo hacerlo.

De momento, aproveché para hacerme con unas pinzas en la propia estación de servicio. Más adelante, sobre todo guiándome por las instrucciones del envase de las mismas, podría averiguarlo. También me llevé una guía de carreteras, ya que mi conocimiento de Madrid se limitaba a las calles y carreteras principales.

La idea del cambio de vehículo iba cobrando fuerza, puesto que no dejaba de meter cosas que iba adquiriendo por todas partes. Creí que lo primordial era encontrar un lugar donde poder vivir. Luego podría tener varios coches más para diferentes necesidades. Mi pequeño C2 podría ser muy útil para callejear por las abarrotadas calles madrileñas.

De camino al norte de la ciudad, se me vino a la mente aquellas enormes mansiones, o chalés, de los ricachones que vivían en urbanizaciones privadas del estilo de La Moraleja o similares. Según la guía de carreteras tenía que ir por la Calle 30 y conectar con la Avenida de Burgos o la M-40 para llegar a la Moraleja. Lo más seguro era que estuvieran atascadas de vehículos, tal y como

comprobé en la Carretera de Toledo. Preferí entonces ir callejeando hasta allí, aunque tardase mucho más. Tampoco es que tuviera prisa y además quería pasarme por la Gran Vía. Ansiaba ver esa gran calle de Madrid sin gente, bajo aquel sobrecogedor silencio que ahora imperaba. Después intentaría dormir en el centro, quizás en una suite del Hotel Palas. En un hotel me sería más fácil conciliar el sueño que en la cama de un particular. Al menos no tendría que ver las fotos de la gente que había vivido allí.

Como ya andaba algo cansado, después de varios días durmiendo en el coche, pensé en ir directamente al hotel. Me perdí varias veces y otras tantas tuve que buscar alternativas ante el embrollo de las calles. Algunas de ellas lo estaban por vehículos militares o barricadas improvisadas, pero al final conseguí llegar a la fuente de Neptuno y de ahí al Palas.

Al llegar a la puerta me encontré con esta bloqueada para evitar los saqueos. La mayoría de los cristales de las ventanas de la planta baja y primera estaban rotos, no así la de los demás. Saqué la escopeta, con el casco de currito y las gafas, por si me hicieran falta. Me di cuenta de que iba a tener que utilizar algo más si quería abrir aquellas puertas. Medité un rato la forma de poder entrar. Hasta que descubrí que, en la calle que daba a la Plaza de las Cortes, la calle del Marqués de Cuba, había un camión militar estacionado en la acera. Aunque tenía un golpe en un lateral parecía en buen estado. Me acerqué a inspeccionarlo. Tras comprobar que el cadáver de su conductor estaba dentro con las llaves puestas, decidí tratar de hacer un alunizaje en la entrada del hotel. Luego deseché la idea por parecerme demasiado brutal, ya que podía herirme. Lo ocurrido con la esquirla del disparo me hizo meditar mejor las cosas. Era posible que aquello funcione en las películas pero en la vida real no solía ser así, o al menos no salía tan bien.

De todos modos, se me ocurrió una idea. Trataría de amarrar alguna cadena al camión y de ahí a una de las puertas del hotel para tirar de ella.

La que iba a liar sólo por un capricho. No lo pensé más. Tras sacar el cadáver del soldado, y dejarlo sentado en la pared, arranqué el monstruoso camión militar. A pesar de que el trayecto era de tan sólo una decena de metros, me llevó su tiempo recorrerlos. Al igual que situar el vehículo más o menos en una posición correcta, con la parte trasera muy pegada a la puerta del hotel. Para completar mi plan sólo tenía que encontrar una cadena o algo para atar al chasis del camión.

Eso me llevó más tiempo aún. Subí por la Plaza de las Cortes, pasando al lado del Congreso de los Diputados, en la Carrera de San Jerónimo, donde había muchísimos vehículos militares en el interior del recinto. Uno de esos vehículos era un camión que tenía, en su parte delantera, un mecanismo con cable y gancho de recuperación. Como los coches todoterreno, pero a lo grande.

Las Cortes, al ser un sitio estratégico, había sido bien reforzado de tropas, tal y como supuse al contabilizar media docena de camiones de transporte además de varios coches. El camión que me interesaba tenía las llaves puestas. No me llevó nada de tiempo arrancar y sacarlo de allí con cierta maña. Creí que mientras no pasase de segunda no habría problemas. Que casi me llevase la garita de entrada no fue motivo para desanimarme. Volví a bajar por la Plaza de las Cortes y frente al hotel, ya con los dos camiones estacionados, decidí terminar con aquello de una vez por todas. Estiré el cable con el gancho de forma manual. Ignoraba si podía hacerlo de forma automática. Era igual, fuerza bruta. Pasé el gancho con el cable por una abertura de la puerta, que tenía el cristal roto y lo uní con el propio cable. A continuación, me monté en el camión, arranqué, di marcha atrás y...

SEÑOR R

¡Salió entero el marco de la puerta! Detrás cayeron varios muebles y enseres puestos como parapeto, con un sonido tan brutal que parecía que había habido un terremoto. Aquello sí que había sido una entrada triunfal.

Sonriendo ante tanta bestialidad por un simple antojo pude entrar sin problemas por la gran abertura. Encendí la linterna de la escopeta, puesto que no había más que una tenue claridad en el interior, dirigiéndome de inmediato a las escaleras. En la sexta planta di con una de mis codiciadas suites. No obstante, al entrar, a pesar de que era bastante grande, no me satisfizo tanto porque el esfuerzo había sido demasiado grande. Al menos conseguí dormir plácidamente en una cama.

***

Siempre he sido una persona introvertida, aunque no tímida, al que le gustaba relacionarse poco con la gente. No es que no me gustara hablar, pero me aburría pronto de las vanas conversaciones que, día tras día, surgían con los compañeros, los vecinos, la familia,... Odiaba esa costumbre, tan de este país, de salir a tomar unas cañas, no porque no me gustara la cerveza, sino porque había que ir a sitios normalmente masificados. No me gustaban las aglomeraciones y eso me hizo distanciarme de gente que no entendía que hubiese personas a las que ese tipo de vida no fuese con ellos.

Quizás por esa forma de ser no me sentía demasiado mal en un mundo sin gente. Si hubiera sido una persona más extrovertida, hubiera acabado pintando unos ojos a una pelota y hablado con ella: "Hola señor Wilson. ¿Qué tal está hoy?"

Esa forma de ser era lo que me iba a mantener en la cordura. Los introvertidos éramos más resistentes a aquel tipo de situaciones. Al menos yo, de momento, me veía ridículo si le hablaba a un objeto. El día que empezase a hacerlo tendría que asimilar que mi mente se estaba empezando a ir.

El sueño acumulado, unido a la comodidad de la enorme cama de mi suite, me hizo retrasar la hora de levantarme hasta casi el mediodía, cuando la luz que entraba por los ventanales calentó de verás la estancia. La pereza me invadía por primera vez en muchos días y decidí pasar allí aquel día.

Pensé en ir a la cocina para ver si encontraba algo comestible. En un hotel de gran lujo como aquel, sin pinta de haber sido demasiado saqueado, todavía tenía que haber comida en buen estado. Incluso las cámaras frigoríficas podrían haber aguantado algo.

Me puse una camiseta, un pantalón vaquero y mis deportivas de siempre. Sólo me llevé la escopeta, más que nada porque tenía la linterna incorporada. No creía que allí dentro hubiera perros. Me había asegurado de que ninguno pudiera pasar por el hueco de la entrada que tuve que hacer. Lo bloqueé de nuevo colocando algunos enseres en él.

Gracias a las amplias ventanas entraba mucha luz. Ya no era necesario el uso de luz artificial. Los pasillos de las plantas, por las que tenía que pasar para ir a la cocina, estaban exquisitamente decorados, quizás demasiado clásico para mi gusto. No me resistí a pintarle un bigote a un señor decimonónico que me miraba a través de una pintura del pasillo. No era una obra de arte, sino uno de esos cuadros imitando a otros clásicos. Mi primera gamberrada. No había roto ni un cristal, ni había rallado ningún coche a propósito, ni nada fuera del orden, desde la pandemia. Abandonarse al vandalismo, además de ser algo inútil, era un gasto de energía y un retroceso personal que no estaba

dispuesto a llevar a cabo. Asimismo, todavía era pronto para dejar atrás más de treinta años de educación y civismo. Por lo que un simple bigote no me iba a convertir en un bárbaro.

El hall del hotel, que el día antes no había tenido tiempo de admirar demasiado, era muy elegante aunque abusando un poco del barroquismo. No me gustaba, pero supuse que fue del agrado de los clientes que acostumbraron a ir por allí. Banqueros, estrellas de cine, del rock, mafiosos rusos... En fin, los que habían tenido dinero a espuertas. Todos ellos, seguramente, se encontraban en aquel momento, en el mejor de los casos, en una fosa común. Tanto dinero para nada.

Cuando abrí las dos puertas del restaurante del hotel me di un buen susto. Un nauseabundo olor a putrefacción que me hizo dar arcadas. Me até un pañuelo en la boca e intenté pasar lo más rápido posible por la sala. Al principio creí que todos esos cadáveres, que yacían por todas partes de la amplia estancia, eran miembros de seguridad encargados de vigilar las instalaciones. Luego reparé en que eran los uniformes del personal del hotel. Desde los administrativos hasta el personal de limpieza, pasando por seguridad, botones, gerente... No había duda de que les habían obligado a permanecer en sus puestos hasta el final. Al menos, esa gente había retirado los posibles cadáveres de los clientes, pero se reunieron allí para morir. Mirando más detenidamente a la veintena de personas de ambos sexos, en avanzado estado de descomposición, me di cuenta de que hubo una orgía entre ellos. Lo supuse por la posición de algunos cuerpos, desnudos y entremezclados con otros. Quizás el saber que la muerte era cuestión de horas, y el no poder salir de allí, había desatado en ellos un desenfreno desesperado. También había sido una bacanal de comida y excesos alcohólicos, a juzgar por la gran cantidad de botellas de todo tipo que había en las mesas y por el suelo. Numerosos restos de comida se encontraban igualmente esparcidos por doquier. Había sido una fiesta a la romana en toda regla. Y hasta el final.

En la cocina había varios cuerpos. Supuse que esa pareja necesitó algo más de intimidad. En la cámara había todavía mucha comida, aunque la mayor parte de ella se había echado a perder ya que la puerta estaba abierta. Quedaban, eso sí, algunas latas de conserva y varias botellas. Me llevé una botella de Moët & Chandon y un par de pequeñas latas de caviar. Quise darme un homenaje. Para llenar el estómago me hice con algunas conservas de pescado, más mundanas que las anteriores, pero que irían mejor con el hambre que ya tenía. Eché de menos una barra de pan, algo que ya sólo podía catar en mi imaginación. En poco menos de un año muchos de los productos que ahora podía disfrutar estarían estropeados. Cada vez me iba a ser más difícil encontrar algo decente que llevarme a la boca. Eso tendría que solucionarlo antes que el asunto de las pinzas de la batería del coche. Mi futura supervivencia iba en ello.

Al volver al hall, todavía seguía con ese asqueroso olor a muerte impregnado en la nariz cuando en la calle, detrás de la puerta principal, escuché unos cuantos ladridos enfurecidos. Tomé la escopeta, que había llevado colgada de su correa a la espalda y quité el seguro. El boquete por el que había entrado estaba bien cubierto, aún así puse encima un sillón de la zona de espera. Había una manada de chuchos. Debían ser media docena y me habían descubierto. Estaban intentando entrar. Me entró miedo de pensar que podían acceder por cualquier otra parte del hotel, como alguna puerta de servicio. No había mirado en la cocina si esta tenía alguna puerta que daba al exterior. De todos modos, la sala estaba cerrada. Si entraban por la cocina no podrían avanzar más. Los perros eran listos, pero todavía no sabían abrir puertas.

SEÑOR R

Regresé a recoger las provisiones y subí a mi habitación. Tenía esperanzas de que al no volver a oler mi rastro se terminarían marchando. De momento, desde mi suite no los podía oír. Hacía varios días que no había visto ningún perro y ahora, de repente, tenía al menos a seis de ellos. Seguro que andaban errantes por toda la ciudad, formando improvisadas manadas. Quizás para cazar a semejantes solitarios con alguna garantía. Durante mis paseos alguno debió oler mi rastro. Puestos a pensar, un humano vivo debía suponerles una buena presa. Mucho más grande que las ratas, gatos y otros animales de los que se alimentaban ahora. Eso me inquietó un poco.

No obstante, iba bien armado. Suponía que, en caso de enfrentamiento, sólo con hacer un disparo los aterraría lo suficiente como para no tener que matar a ningún perro, algo que por otra parte odiaría tener que hacer.

No quise volver a salir de la habitación para no extender mi olor, así que me quedé en mi enorme suite, comiendo caviar y bebiendo champaña francés. Por primera vez eché de menos la televisión, compañero otrora de tantas y tantas otras noches en vela.

***

A la mañana siguiente, bien temprano, me vestí con el que ya llamaba mi traje de faena. Es decir, el policial. Quería estar preparado por si tenía que vérmelas con los perros del día anterior, aunque estaba seguro de que ya se habían ido.

Guardé mis cosas en la mochila. Con la escopeta en ristre, me dispuse a salir por el mismo sitio que entré. Procuré no hacer mucho ruido al quitar el sillón y los otros pequeños enseres que había utilizado para bloquear la entrada. Me asomé con cautela y comprobé que no había cerca ningún perro. Me deslicé rápidamente con la escopeta bien sujeta, sin seguro puesto, montada y lista para abrir fuego. Me acerqué a la parte derecha del hotel, donde tenía mi coche aparcado.

Respiré tranquilo cuando subí y arranqué. No veía a los perros por ningún lado. Se debieron cansado de husmear y decidieron ir a otra parte.

Subiendo por la Carrera de San Jerónimo, en dirección a la Puerta del Sol, noté que tenía un ligero dolor de cabeza, producto indudable de aquella botella de Moët & Chandon que me bebí entera la noche anterior.

Llegué a la Puerta del Sol en muy poco tiempo. El lugar más emblemático de Madrid estaba, literalmente, arrasado. Aparte de una gran cantidad de vehículos desparramados por doquier, muchos de ellos aplastados por el paso de los carros de combate, había gran cantidad de cadáveres. Normal que la zona oliese a muerte antes de llegar allí. Subí totalmente la ventanilla, pero aun así apestaba.

Por la situación de los cuerpos, muchos de ellos uniformados de militares, pude deducir que esa zona había sido un *check point* muy importante. La estatua ecuestre de Carlos III estaba caída de su pedestal. El oso y el madroño no estaban en su sitio. Tardé varios minutos en hallarlo tirado de mala manera a la entrada de la calle Arenal. Había, al fondo de esa calle, un carro de combate empotrado en un edificio. Otro tanque estaba encajado a su vez en la entrada de la Casa de Correos. La imagen era dantesca. Había visto ya, en la última semana, muchas escenas que merecían aquel calificativo. Parecía el escenario de una guerra.

La calle del Carmen estaba bloqueada por varios camiones militares, uno de ellos parcialmente

quemado. La Calle Preciados, la antaño atestada calle peatonal llena de comercios y de vida, ahora estaba inusualmente despejada. Varios coches se hallaban aplastados a ambos lados. Deduje que por el paso de algún carro de combate. Por lo que pude entrar con el coche sin ningún tipo de problema.

Los comercios de toda la calle estaban saqueados, incluido el *Corte Inglés*. Había algunos cuerpos de personas, aunque no muchos, tirados por la vía. Lentamente, llegué a la Plaza del Callao. Allí se repitieron las mismas horribles vistas de destrucción que en la Puerta del Sol. Muchos vehículos arrollados, tanques, camiones de tropas... Y cuerpos. Cientos de ellos. Me llamó la atención que varios de aquellos, de soldados, llevaran unas máscaras NBQ como se decía en el argot militar. Eran contra gases, productos químicos y bacteriológicos. Supuse que me vendría bien hacerme con alguna para no tener que respirar aquel aire putrefacto, además de poder utilizarla luego para mis exploraciones. No quería ninguna de los soldados muertos, ya que supondría mi posible sentencia de muerte por alguna infección. En la parte trasera de uno de los camiones de tropas comprobé que había bastante material militar. En vez de la escopeta decidí llevar el fusil de asalto, con dos cargadores en el chaleco.

Salí del coche. El olor, una vez fuera de la relativa protección del vehículo, era insoportable. Ahí dejé mi desayuno. Con el estómago todavía revuelto me animé a seguir y acabar cuanto antes. El camión militar tenía muchas cajas de munición, del mismo tipo y calibre que la de mi fusil. Como no necesitaba más balas, no las toqué. En otra caja encontré varias bolsas verdes, en cuyo interior estaban las preciadas máscaras. Me hice con dos. Siempre varias cosas del mismo tipo, por si acaso. Una de las bolsas la guardé en la mochila de la espalda. La otra me la puse, ajustándola lo mejor que supe. Respiré profundamente. Apestaba a plástico y a ocre, pero se soportaba mejor que lo de fuera. La pantalla era amplia y daba una buena visión periférica. También hallé varios cascos militares. Escogí uno que se adaptaba bien al tamaño de mi cabeza. Así podría sustituir al casco de trabajador de la construcción que ya tenía, poco fiable para protegerme de las posibles esquirlas que saltasen de las puertas que forzase. El casco militar era de kevlar. Ya puestos a conseguir un buen equipo, aquel casco era sin duda la mejor opción.

Al darme la vuelta, para volver al coche, y al igual que en aquella ocasión en Getafe donde me sorprendió aquel enorme rottweiler, esta vez olisqueaban mi coche cuatro perros. Dos de ellos eran pastores alemanes, otro era un bóxer y el otro un chucho de tamaño pequeño sin raza determinada. Tenían pinta de no haber comido algo decente en varios días. Supuse que la carne putrefacta no les iba mucho, así que el olor a humano vivo los había puesto en estado de alerta.

Con la máscara todavía puesta podía notar como mi respiración se había acelerado. Alcé el fusil hasta la altura de mi vista. Quité el seguro y monté el arma. Los perros me oyeron y se quedaron mirando con curiosidad al camión. Eché un vistazo a través de la mira óptica integrada del fusil. El primer perro, un pastor alemán precioso, se me quedó algo más cerca que a simple vista. Eso me dio más seguridad de poder acertar a la primera. Paso a paso, me fui acercando al borde de la parte trasera del camión. Quería asegurarme de que no había más perros debajo.

Podía oír mi sonora respiración dentro de la máscara. Estaba sudando por el calor y los nervios. Tenía que controlarme un poco o lo pasaría mal. Estuve tentado de quitarme la máscara, pero no quería correr riesgos, ya que me podían atacar justo cuando me la quitase.

Disparé. Fue casi sin querer, más producto de la tensión que de mi deseo. Pero lo hice. Un único

disparo que empujó mi hombro derecho de forma seca y violenta debido al retroceso. El pastor alemán al que apuntaba cayó al suelo, muerto en el acto. Los otros perros huyeron despavoridos por la Calle Preciados. Me pasé por los labios mi lengua reseca y miré a mi alrededor. No había ningún perro más. Lentamente, bajé del camión y me acerqué al pobre animal. No quise mirar demasiado al perro muerto, pero pude advertir que el disparo le había dado de lleno en el pecho. Un disparo certero y sin sufrimiento. Monté de nuevo en el coche. Tras quitarme la máscara, dejar el casco y la otra bolsa, puse la música a todo volumen y grité:

—¡Soy el puto amo!

***

Había decidido no dejarme sorprender una tercera vez por los perros. A lo lejos, cruzaba de vez en cuando algún cánido solitario, pero no había vuelto a ver a la manada que me atacó el día anterior en Callao. Pasé la noche en las cercanías, porque al día siguiente quería ir andando por la Gran Vía. Me sentía envalentonado por mi victorioso cara a cara con los perros. Con todo aquel equipo y armamento, iba muy confiado. Deseaba hacer realidad un sueño de siempre: ir por todo el centro de la carretera de la principal y más conocida calle de Madrid.

Allí estaba yo. Hacía sólo dos semanas iba a trabajar a una triste oficina con un traje barato de setenta euros y una corbata de saldo. Y en ese momento estaba andando, por la mitad de la carretera que cruzaba la Gran Vía, vestido con un mono negro de la Policía, un chaleco con cargadores de fusil, con la máscara antigás a la espalda, metida en una bolsa y el casco militar atado (y a mano) en el cinturón. Además, tenía en la funda una pistola de nueve milímetros y portaba un fusil de asalto a la altura de los ojos, oteando de vez en cuando por la mira óptica. ¡Vaya cambio en menos de dos semanas!

Mientras iba andando pensaba en que la búsqueda de un lugar habitable, más o menos fijo, se podía complicar bastante. Afortunadamente, estábamos en primavera y la búsqueda sería más cómoda que en tiempo invernal. Pero debía ser una casa independiente, como ya la había empezado a visualizar mentalmente. A poder ser, rodeada de un terreno. El nauseabundo aroma a muerte, que había flotando en el aire del centro de Madrid, hacía inviable encontrar un sitio para instalarme por aquella zona. Y eso que ya había visto lugares que debían tener enormes pisos y hubieran sido una buena opción. Tampoco quería alejarme demasiado de la capital, ya que era un lugar propicio donde poder buscar cualquier cosa que me fuera haciendo falta. Por eso me reafirmé en mi intención inicial de ir a La Moraleja, a ocupar alguna de aquellas mansiones que los banqueros, estrellas de la música o el fútbol debieron poseer.

En una de las paradas ocasionales que iba haciendo, para buscar cualquier cosa que me sirviera, o para cerciorarme de que no se me echaba encima ningún animal, descubrí un coche en buen estado que podría cumplir mis deseos de espacio. El Citroën se me había quedado pequeño, con el maletero a rebosar de munición, armas y otros efectos militares. Los asientos traseros, aun plegados, estaban llenos de provisiones. Teniendo a mi disposición miles de coches de todas clases, que podía utilizar, era tontería no hacerlo.

El coche era un monovolumen, un Chrysler Grand Voyager de color gris plateado; enorme y compacto. Tenía siete plazas, pero los asientos se podían plegar de todas las maneras dejando un

enorme espacio de carga. Justo lo que necesitaba.

"Sería ideal si arrancase", pensé mientras me acercaba. No había cadáveres dentro, pero las puertas estaban cerradas. Si rompía el cristal del portón trasero podría entrar. ¿Y luego? ¿Cómo arrancaría sin llaves? Otro tema que tendría que aprender. Lo anoté en la lista mental de tareas.

Dando un rodeo al coche descubrí que en el asiento del copiloto había múltiples papeles tirados. En varios de ellos estaba anotada la misma dirección: la Calle del Desengaño. Estaba muy cerca de allí. Con un poco de suerte esperaba encontrar la llave en el piso. Me dirigí hacia allí con prisa para ver si terminaba pronto. La calle era estrecha. Discurría paralela a la Gran Vía, por la zona norte, donde había multitud de contenedores de obra. El piso, un segundo, estaba en un edificio antiguo, con balcones típicos de Madrid y fachada ennegrecida por el humo de los coches. Abrí la puerta del portal y subí por las viejas escaleras de madera. Había mucho material preparado para reformas, que sin duda le hubiera venido bien al lugar.

La puerta del segundo piso, en teoría de los propietarios del monovolumen, era muy acorde con el lugar: viejo y algo deteriorado. Me puse el casco y la máscara, arrepintiéndome de no haber llevado también la escopeta. Tendría que abrir fuego con el fusil y podía saltar muchas más esquirlas. Me separé varios metros hasta la escalera. Ahí me agazapé y apunté. Disparé un tiro que sonó atronadoramente por todo el pasillo. Fallé. Volví a disparar con la posición de la palanquita en disparo múltiple. Otra vez fallé. La cerradura era minúscula. Lo intenté de nuevo. Esta vez alguna bala, de las cinco o seis que disparé automáticamente, dio de lleno reventando el bombín de la cerradura. Tras un fuerte empujón, la puerta cedió.

El piso por fuera era viejo, pero por dentro era muy moderno y decorado con sentido de la estética. Debieron ser una familia numerosa, ya que había cuatro habitaciones con camas. Al menos habían sido cinco personas, aunque sólo estaba el cuerpo, ya muy descompuesto, de una mujer adulta. Gracias a la máscara NBQ evité tener que soportar el mal olor del lugar.

Empecé a buscar las llaves, si es que estaban allí. Registré los típicos lugares donde podrían estar. Miré por el mueble de la entrada, el salón y en las mesillas de la habitación de matrimonio, donde las hallé finalmente. Tenía un llavero con el logotipo de Chrysler, así que no había dudas.

Me fijé en varias fotografías que había en la habitación, donde aparecía la familia al completo. El matrimonio, de unos cuarenta años, posaba junto a sus tres hijos, de entre seis u ocho años hasta doce, más o menos. La mujer era preciosa, o al menos lo había sido, visto el cadáver que había en el salón. Hasta ese momento, no había pensado en la verdadera dimensión de la catástrofe que había supuesto para la Humanidad. Literalmente, nos habíamos extinguido en dos días. Casi todos, claro. Pero el futuro del hombre se había terminado. Tanto miedo por las armas nucleares o meteoritos del espacio y al final nos ganaron unos seres microscópicos al estilo de "La Guerra de los mundos" de H. G. Wells. No le di más vueltas y me fui a donde estaba el coche. Apreté el mando del cierre centralizado y funcionó perfectamente.

Era de cambio automático. Supuse que así sería más fácil su conducción. Arranqué y tras estudiar cómo funcionaba la palanca de cambios automática salí despacio, como a trompicones. Poco a poco iba acelerando, y como no tenía que cambiar de marchas, era como llevar un coche de choque de las ferias, pero enorme. Tenía bastante gasoil, porque era diesel, así que no tenía que preocuparme de ello de momento. Por el cuentakilómetros también me di cuenta de que era bastante

nuevo. Al menos, las averías mecánicas por el uso quedarían descartadas a corto plazo. Aparqué al lado del pequeño Citroën y empecé a trasladar todas las cosas de un vehículo a otro. Las puertas traseras eran de corredera, lo que resultaba muy cómodo a la hora de cargar por los laterales, además de por el gran portón trasero. Plegué los asientos de atrás, dejando un espacio enorme como una furgoneta, para ir colocando todo. Aun así me sobró mucho espacio después de completar la mudanza. En caso de tener que dormir dentro lo haría de forma mucho más cómoda que en el otro, y eso siempre era algo a tener en cuenta. Aunque me daba algo de pena dejar al C2, el monovolumen era otra historia. El motor era mucho más potente, el gran espacio, el confort, sin embrague ni marchas... No había duda sobre mi elección. Mi único temor era que, al ser mucho más aparatoso, no podría pasar por sitios en los que si había podido hacerlo con el Citroën. “Pero no se podía tener todo en la vida”, me dije sonriendo.

Mientras me hacía con el coche, circulé lentamente por la Gran Vía y la Calle de Alcalá, para después subir al norte por el Paseo de Recoletos. Creí que la carretera estaría atascada, por ser un lugar muy transitado y céntrico. Pero por eso mismo, por ser una arteria de la capital, las Autoridades se cuidaron de que quedara despejada. Para los militares aquello significaba, literalmente, abrir un camino por la fuerza. Había un carril por sentido sin nada bloqueándolos. El resto de los carriles, e incluso en gran parte de las aceras, estaba repleta de cientos de coches, autobuses y camiones, que arrollados por los carros de combate, presentaban una caótica línea de chatarra entremezclada. En algunos de esos vehículos, y fuera de ellos, se podían distinguir claramente los restos de sus propietarios, que no habían tenido tiempo de abandonarlos cuando fueron aplastados. Eso había sido un genocidio, no producto de la pandemia. ¿Cuánta gente podía haber muerto a consecuencia de los militares, saqueadores y gentuza que había aprovechado el caos para llevar la muerte a tantos inocentes? Me daba pavor pensarlo.

Mi intención inicial había sido bajar al Paseo del Prado, para entrar en el Museo y comprobar si habían sido respetadas las obras expuestas. Fantaseé con llevarme a mi futura morada algún retrato pintado por Velázquez o Goya. Sin embargo, visto como estaba la zona, preferí no quedarme más tiempo por allí. Lo más seguro era que el Museo hubiera sido saqueado y como no tenía ganas de confirmarlo proseguí por el único carril libre que subía por Recoletos y la Castellana.

Giré a la derecha, a la altura del Barrio de Salamanca, y me metí por la Calle de José Ortega y Gasset, con vistas a encontrar un sitio donde pasar la noche. La calle estaba atestada de vehículos, a pesar de tener cuatro carriles en un tramo. Opté por callejear un poco por el barrio. Metiéndome por Claudio Coello sólo pude girar hacia Serrano. Tal vez con el Citroën hubiera podido moverme mejor, pero el Chrysler era grande y el giro que necesitaba suponía un contratiempo. Para evitar meterme más profundamente, con el riesgo de no poder salir luego y perder así el coche, decidí dejarlo para seguir a pie y encontrar algún sitio donde pernoctar. Además del fusil, me puse a la espalda la escopeta, por si tenía que llamar a la puerta.

Doblé por Padilla y llegué a la Calle Velázquez en poco tiempo. En esta amplia calle, bajando un poco, encontré un hermoso edificio con fachada de piedra blanca en los bajos y ladrillo rojo en las plantas. Los balcones y las ventanas estaban adornados con ciertas florituras que le daban un aspecto clásico. Eran residenciales, así que decidí que sería un buen sitio para descansar.

Subí hasta el ático. Abrí la puerta de uno de los pisos sin demasiados problemas. Este era muy

señorial y grande. Estaba decorado de forma muy clásica. Debió haber había pertenecido a alguien con mucho excedente monetario en su cuenta corriente. “Los ricos también lloran”, pensé mientras echaba un vistazo por las diferentes habitaciones. Techos altos, grandes ventanas y muebles caros de anticuario. La habitación de matrimonio era enorme, muy regia y casi ostentosa. Por las fotos de la casa, además de que sólo una de las mesillas tenía efectos personales, deduje que había pertenecido a alguna mujer, de mediana edad y apariencia aristócrata. No me gustaba el rictus de su cara, altiva y seria. Me la hubiera imaginado como una ricachona frígida amante de las pieles, sino hubiera encontrado un consolador en uno de los bolsos que guardaba en el enorme ropero. Fuera de la vista del servicio, claro.

Ya no me sentía como un ladrón cuando abría los cajones o miraba por cualquier sitio. Era un superviviente. Por lo tanto, era necesario para sobrevivir. Husmear, o entrar en cualquier casa, tienda o vehículo, había dejado de ser un acto casi morboso por inspeccionar cosas ajenas, para pasar a ser algo más básico, como era la búsqueda de todo aquello que me pudiera servir para pasar el día o el futuro más inmediato. De vez en cuando, a lo largo de mis exploraciones, me encontraba diarios, juguetes sexuales, cartas íntimas, extractos bancarios comprometidos, secretos guardados en armarios, cajones o cajas y un sinfín de cosas muy personales. Una vez pasada la curiosidad del principio, luego no eran más interesantes que cualquier mueble. Algunas veces, para entretenerme, leía algunas de esas cartas o diarios. Pero al no conocer a la persona que las había escrito, no dejaban de ser meros extractos de novelas con personajes anónimos sin el menor interés. Reconozco que, alguna vez, sobre todo los primeros días tras la pandemia, había fantaseado con acercarme a las viviendas de conocidos por mí y descubrir qué secretos escondían. Luego se me quitaban las ganas porque no merecía el esfuerzo a realizar y, en el fondo, me parecía algo deleznable.

Pensando en estas cosas comí un poco en la misma habitación. Me limpié de manera vulgar en las cortinas de raso y decidí acostarme pronto para salir bien temprano por la mañana.

Conseguí algo para desayunar en aquel lujoso apartamento. Un café frío y bollitos de chocolate. Gracias a que estaban envueltos individualmente, todavía eran comestibles. Me había levantado bastante pronto, sobre las siete. Mientras desayunaba, escuchaba a los pájaros piar alegremente en el exterior. Aquello me hizo pensar que no hablaba casi nada en voz alta. Salvo alguna palabrota, o frase malsonante producto de algún resbalón o alguna situación que lo requería, no había dicho dos frases seguidas desde hacía mucho.

—¡Se me va a olvidar hablar! —dije en voz alta.

El sonido de mi propia voz, amplificado en aquella vacía cocina, sonó demasiado estridente. Si seguía así me veía contando mis penas a una pelota: “Hola, señor Wilson”.

Lo quesería el primer paso para avanzar, lenta pero inexorablemente, hacia la locura. En vista de que no me atraía esa opción podía leer cada día, en voz alta, algunos párrafos de algún libro. O intentar buscar alguna camada de perros y llevarme un cachorro, para criarlo y tener así algo de compañía. Así no me sentiría como un gilipollas hablando con un objeto. Un perro, al menos, entendía algunas cosas y serviría como apoyo psicológico. Recordaba haber leído alguna vez que, en las terapias de apoyo a niños autistas, habían utilizado perros dando resultados muy favorables.

Salí del portal y me dirigí al coche.

—Espero que no me hayan robado el radio casete —dije de nuevo en voz alta, tratando de

seguir con mí plan de hablar de vez en cuando en voz alta, aunque sólo dijese tonterías.

Como por la M-30, llamada oficialmente Calle 30, debía ser imposible circular, decidí callejear por el Barrio de Salamanca, para salir de nuevo a la Castellana, e ir subiendo más o menos sin problemas por el carril habilitado por los militares. Al final de la misma tuve que echar mano de la guía de carreteras. Pude comprobar que la Calle 30 y la Avenida de Burgos estaban colapsadas. Estaba ya cerca de la Moraleja, pero para llegar hasta allí debía atravesar la Universidad Autónoma de Madrid y pasar así al Parque Empresarial de La Moraleja. Desde aquel lugar ya no tendría ningún problema en circular hacia la urbanización. Ese era mi plan.

De momento, tras dejar la Castellana me perdí un poco por la zona de Fuencarral. Me puse de nuevo en ruta al llegar a las vías del tren que separaban este barrio de la Autónoma. Pasé por un túnel subterráneo y pude al fin cruzar a la Avenida de Santo Domingo de la Calzada, que estaba atestada de coches, aunque sin llegar a ser intransitable. Esta carretera circunvalaba la Universidad y me dejaría, tras cruzar la M-40, en el Parque Empresarial. Por lo poco que pude ver de la Universidad debió albergar a un gran destacamento militar, ya que había estacionados por todas partes numerosos carros de combate, camiones y todo tipo de vehículos del Ejército. Era una zona muy bien comunicada, por lo que no me extrañó que la eligieran como base provisional.

La mega urbanización de la Moraleja tenía unas zonas bien definidas. Al norte, pisos y chalés adosados lindando con la Carretera de Burgos. Al sur, viviendas unifamiliares independientes, chalés en su mayoría, con piscina y parcela de jardín. Nada ostentoso, pero que por vivir allí les habría costado un ojo de la cara. Al este, un campo de golf para uso y disfrute de los acaudalados miembros de algún club en el que seguro habría sido difícil entrar. Y por fin, en el centro, como protegidos por todos los demás, las mansiones. Todas con su buena superficie de terreno, algunas incluso con su bosquecillo privado, con unas piscinas de tamaño olímpico, y rodeadas por muros que no dejaban ver el interior.

Elegir una de aquellas mansiones iba a ser difícil. Había que dedicarle tiempo, porque deseaba encontrar una casa que fuera grande, aunque no excesivamente. Que tuviera un buen terreno, a ser posible con muchos árboles. Necesitaba ver verde si iba a salir a Madrid de tanto en tanto a explorar por sus calles grises. Que tuviera piscina también era una buena opción. La idea de poder remojarme durante el abrasador verano madrileño me seducía bastante.

Me metí en el interior de la urbanización para empezar a buscar. Me detuve justo enfrente de la puerta de la primera mansión que encontré. En esos momentos era importante tener mucha precaución. Los acaudalados siempre habían tenido miedo a que alguien entrase en sus propiedades. Por lo que la mayoría, por no decir todas, de las fincas habían tenido perros de guardia. Muchos de ellos entrenados. ¿Cuántos habrían sobrevivido sin alimento a aquellas dos semanas? Lo mismo ninguno. Sin embargo, podía ser que algunos se hubieran alimentado de los cuerpos de los antiguos moradores. Lo que estaba claro es que, si había algún lugar en todo Madrid con muchos perros peligrosos, era aquella zona.

Me llevé toda la artillería posible: fusil, escopeta y pistola. Todas cargadas, montadas y con su seguro puesto. Lo completaba el casco, aunque no la máscara, además de cargadores extras en chaleco y cinturón.

La finca de aquella primera mansión tenía un muro de piedra y verjas de hierro. Todo cubierto

por una espesa vegetación en altura para evitar miradas curiosas. La puerta principal era también de hierro forjado. En condiciones normales hubiera sido complicado entrar sin ser visto, ya que lo más probable era que tuviese algún tipo de alarma. En ese momento no tenía más protección que el muro. Con un poco de paciencia, y algo de destreza, logré escalar la puerta. Una vez en la parte de arriba de la misma, le di unos cuantos golpes con la culata de la escopeta, tratando de llamar la atención a los posibles perros que hubiera en el recinto. Entre golpe y golpe esperaba unos segundos, quedándome inmóvil mientras escuchaba. No escuché nada. Salté al suelo y me dirigí a la entrada de la casa. De momento, lo que había visto del terreno no me convencía mucho. Muchos setos y pocos árboles. Además, la casa, aun siendo enorme, tenía pinta de necesitar algunos buenos arreglos en el exterior. "¿Qué paso *Rockefeller*, te gastaste todo el dinero en la Bolsa?", pensé mientras miraba al interior a través de las ventanas. Me gustó menos, demasiado clásico y recargado, parecía una mansión de aquellas que les gustaban a los mafiosos rusos. Era de horteras con pasta.

Aquello era una pérdida de tiempo. Volví a saltar la valla y me metí en el coche. Seguí por la estrecha carretera, llena de árboles a las lindes. Dejé atrás un par de mansiones, descartándolas simplemente por el aspecto del vallado, ya que no podía ver el interior. Preferí adentrarme más al centro, donde estaba seguro de que estarían las más golosas.

No me equivoqué. Más hacia el interior, aumentaba bastante el tamaño de las fincas valladas. La siguiente que exploré tenía un terreno enorme, muy arbolado con pinos. Quizás un poco rústico ya que había demasiadas malas hierbas. La mansión no era excesivamente grande y hubiera sido perfecta si hubiese estado terminada. Con razón fue tan fácil entrar. No había mucho que robar.

Proseguí incansable, con la idea de encontrar algo definitivo ese día. Tuve que volver sobre mis pasos, ya que la carretera iba al norte y empezaba a distinguir los horribles adosados de los *quiero y no puedo*.

Me paré delante de una entrada espectacular. La finca tenía hasta nombre: "Villa Casaverde". Tras saltar la cuidada verja, me sorprendió el tamaño descomunal de la mansión. Me pareció demasiado grande, incluso para un millonario. Parecía más un hotel. Al lado de la entrada había una pequeña casita que debió haber pertenecido al guardia de la finca. Seguía un pequeño camino asfaltado para los vehículos, que terminaba en una pequeña glorieta, justo enfrente de la escalera de entrada. El terreno circundante era enorme, con prados muy cuidados, setos con formas diversas y hasta un pequeño lago artificial. A lo lejos, podía divisar la piscina, que supuse guardaría un tamaño proporcional a la casa.

Como ya se me echaba la noche encima, aunque todavía había luz, decidí quedarme allí a dormir. No la iba a elegir por su desmesurado tamaño, pero al menos aquel día me daría un homenaje.

Tras forzar la puerta a mi estilo, entré en un maravilloso hall. No miré más que en uno de los enormes salones, en la cocina, que parecía industrial y en una de las habitaciones. No descubrí ningún cuerpo y no olía a descomposición, por lo que deduje que aquella gente se largó pronto de allí, antes de que empezasen los verdaderos problemas.

Esa noche no pude conciliar demasiado el sueño. Tanto ajetreo diario y dormir cada día en un sitio diferente me empezaba a saturar. No lograba desconectar. Era paradójico, pero creía que, si me

establecía por fin en algún sitio, mi cuerpo y mi mente se tranquilizarían lo suficiente como para poder descansar.

***

Las pocas horas que logré dormir me supieron a poco. Aún así, me pudo el ansia de buscar cuanto antes la casa de mis sueños. Y si no era la de mis sueños tampoco iba a pasar nada. Aunque era cierto que me estaba impacientando. ¿Tendría ahora estrés post traumático por los sucesos de la pandemia? Descarté seguir auto analizándome y me levanté de un salto. En el baño, decorado a juego con el aspecto general de la casa, me duché con agua fría, como era ya habitual en los últimos tiempos, y volví a ponerme la ropa de faena. En la cocina encontré mucha comida envasada. Tanta, que me propuse venir otro día con el monovolumen y llenarlo hasta arriba.

Hacía un día radiante, quizás demasiado caluroso. No me había percatado de lo bien que se respiraba. Al ser una zona tan abierta, sin edificios próximos, no ocurría como en el centro de Madrid. Todavía no había visto ningún cadáver, y las mansiones que había visitado no tenían aspecto de haber sido saqueadas. ¿Los había protegido la Policía o el Ejército? No olvidaba que allí había vivido mucho pez gordo.

En esas estaba cuando oí un ladrido a lo lejos. De manera automática preparé el fusil. Tras esperar un buen rato y no escuchar ningún ladrido más, me relajé un poco. Volví a saltar la valla y me metí en el coche. Cuando estaba desplazándome despacio se me cruzó un perro muy pequeño. No lo atropellé de milagro. Aunque me hizo frenar tan bruscamente que, de no haber llevado el cinturón de seguridad, habría acabado besando el parabrisas. Estuve tentado de salir y acribillarlo a balazos. Tras el sofoco, producto de la rabia, este dio paso a la pena. El perro tenía aspecto famélico y era demasiado pequeño como para considerarlo un peligro. Estaba detrás del coche, observándome. Busqué unas galletas en mi equipaje. Salí del coche sin hacer movimientos bruscos, dispuesto a darle alguna. Incluso se me pasó por la cabeza intentar atraparlo para conseguir así la compañía que había ansiado.

El perrito era un Yorkshire, una raza de canes muy pequeños. Solían ser muy ladradores, aunque siempre por culpa de los dueños que los mimaban demasiado. Aquel parecía muy hambriento y su pelaje estaba muy descuidado.

—Lo has tenido que pasar mal. ¿Eh, amigo? —susurré, para intentar tranquilizarlo, mientras me seguía mirando con temor y curiosidad al mismo tiempo—. ¿Quieres una galletita?

Le tendí la galleta al tiempo que me agachaba.

El perrito dudó en un principio. Luego se acercó poco a poco. En un momento dado me quitó la galleta de los dedos y se alejó un poco mientras se la comía con avidez.

—¿Quieres otra?

Saqué una galleta más y este se volvió a acercar. Casi iba a volver a hacerse con ella, cuando se detuvo. Estaba muy tenso.

Eso me extrañó. Con rapidez me llevé el fusil a la mano al ver como el perro se daba la vuelta y salía corriendo, al tiempo que soltaba un gañido lastimero. Había huido porque algo le había asustado y yo no había hecho nada para ello.

Me di la vuelta y miré a todas partes con el fusil preparado. Un enorme perro salió de entre la

maleza, a unos veinte metros de mi posición. Se detuvo en mitad de la carretera. Me miró fijamente sin mostrar ningún gesto hostil.

Quité el seguro muy despacio y apunté al animal sin hacer movimientos bruscos. "¿Disparo antes de que se me eche encima? A lo mejor se va porque le doy miedo o porque tiene otras cosas mejor que hacer", me dije. "A lo mejor, esos veinte metros los recorre en dos segundos y en ese tiempo lo tendré colgado de la garganta". De nuevo la lucha entre el lado superviviente y el culpable. Decidí darle una oportunidad.

Aquello casi acabó con mi vida.

Veinte metros era una distancia muy reducida para un perro tan grande como aquel, así que no le supuso más que un trote fugaz. Tanto que disparé a la desesperada. Una bala le alcanzó en los cuartos traseros, haciendo que el salto final, con el que se me echaba encima, fuera menos violento. Aun así, los dos caímos al suelo. Gracias a que llevaba puesto el casco militar no me rompí la nuca en el impacto con la carretera. Sólo me dio tiempo a agarrar su enorme cabeza, intentando separarla de mi cara con todas mis fuerzas.

Producto de la adrenalina, la desesperación o el miedo. O una mezcla de las tres cosas, el caso es que conseguí echar a un lado el enorme cuerpo del perro. La herida en una de las patas traseras perdía mucha sangre. Aún así, todavía era muy peligroso. Me levanté de inmediato. Saqué la pistola, que era lo que tenía más a mano. Disparé, pero no salió ninguna bala.

"¡Por Dios, quita el seguro! ¡Quítalo!", resonaban mis gritos en mi cabeza.

El perro se arrastró un poco hacia mí, gruñendo de manera escalofriante. Un sólo impacto en su testuz bastó para dejarlo tieso. No contento con ello le vacié medio cargador, producto de la rabia que sentía por habérmela jugado de aquella manera.

"¡Soy un gilipollas! ¡Soy un gilipollas!", me decía una y otra vez.

Monté de nuevo en el coche, con el susto todavía metido en el cuerpo, las pulsaciones por las nubes y ligeros temblores en las piernas. Seguí mi camino por la carretera en aquellas precarias condiciones.

Todavía muy alterado, me paré a los diez minutos, frente a otra valla de piedra. Estacioné el coche junto a la puerta principal. Bajé tras cerciorarme de que no había ningún otro chucho en las cercanías y escalé el acceso. Volví a golpear la puerta. Al no ver acercarse a ningún perro, salté al interior del recinto.

El terreno no era muy grande, pero estaba muy bien proporcionado, con una parte más boscosa con algunos ejemplares enormes de pinos y algunos bellos árboles caducifolios, también con muchos años y buen grosor de los troncos. El resto era una especie de pradera, con algún pequeño arbusto de tanto en tanto. El césped, bien cuidado, estaba por doquier. Rodeando todo el recinto había frondosas y altas arizónicas. Un estrecho camino de piedra llevaba a la piscina, que no tenía forma rectangular, sino una curiosa similitud a la de un riñón. Era grande y estaba tapada con una funda para las invernadas.

Lo mejor, sin duda, era la casa. Era grande, aunque no del tamaño descomunal de las anteriores que había visto. Aun así se la veía muy amplia. Tenía un aspecto exterior muy moderno. Líneas angulosas, muy acristalada con amplios ventanales que aprovechaban la luz exterior. Nada que ver con el estilo clásico de casa a la americana que predominaba por la zona. Esta era de hormigón,

acero y cristal. Tipo *loft*. El que la había construido sabía lo que quería y se la había hecho un buen arquitecto. Tenía dos plantas, aunque la planta baja era mucho más amplia, ideal para hacer la vida allí. En la planta de arriba estarían los dormitorios.

No quería descerrajar la cerradura, así que di un rodeo a toda la casa para ver si había alguna otra forma de entrar. Si había suerte esperaba que hubiesen dejado alguna puerta o ventana sin cerrar. Mientras la rodeaba pude admirar la excelente planta de diseño moderno. Toda de color blanco, donde sobresalía el aspecto de los grandes ventanales de la entrada y algunas otras zonas.

Había en la parte de atrás, en la planta de arriba, un balcón perteneciente a alguna de las habitaciones. Pude observar que el acceso al mismo, mediante unas puertas que se abrían en corredera, no estaba totalmente cerrado. Si lograba escalar aquella fachada podría entrar sin tener que destrozar nada. Pensé que, si me subía encima del techo de mi coche, podría auparme mejor hasta la canalización del desagüe. Desde ahí no tendría que trepar mucho más para alcanzar mi objetivo.

La puerta de entrada a la finca era eléctrica, aunque también se podía abrir de forma manual. Al no tener ninguna llave no vi de qué manera forzarla. Desistí y pensé que, a lo mejor, en vez de colocar mi coche, podría intentarlo con un armario donde se guardaban las cosas del jardín y que estaba por las cercanías. Me llevó un rato vaciarlo para situarlo adonde yo quería. Al ser de plástico creí que tendría suficiente aguante para soportar mi peso. Me quité todo el peso que pude: fusil, escopeta, chaleco y la mochila, quedándome sólo con la pistola.

Coloqué el armario ligeramente inclinado, para utilizarlo como rampa ya que con mi peso se podía venir hacia delante. Como un malabarista fui trepando muy despacio, pensando en todo momento dónde iba a poner las manos y los pies. Al encaramarme en lo más alto del armario, pude desde allí asir el repiso de una pequeña ventana, seguramente de algún baño o cuarto almacén. Haciendo un esfuerzo hercúleo logré poner ambos pies en firme en el repiso. Desde allí, hasta el balcón fue fácil, ya que utilicé como apoyo la cañería del desagüe por una parte y por otra la propia pared de la casa. Esta tenía, cada cierta altura, una serie de uniones en las placas de hormigón blanco, que formaban la fachada, y así me permitieron meter un pie para poder impulsarme fácilmente hacia arriba.

Al llegar a lo alto y tras respirar profundamente, extenuado por el esfuerzo, abrí la corredera de cristal. Entré en la que parecía ser una habitación infantil. Por pura precaución básica desenfundé la pistola, aunque con el seguro puesto. En la habitación pude encontrar una linterna para críos.

Salí al pasillo. El aspecto del interior era espectacular. Un diseño muy moderno y espacioso. Muy iluminado gracias a la gran cantidad de acristalamiento en las paredes. En un mundo sin electricidad venía bien una casa de aquellas características. No tenía muchos muebles, pero los que había eran grandes, de colores suaves, prácticos y muy modernos. Muy eclécticos. Desde arriba pude ver el enorme salón. Precioso, con grandes sofás blancos encima de un entarimado de madera que cubría una parte grande del salón. El resto era suelo de terrazo liso y blanco. Tenía muchos detalles de decoración en madera que contrastaban con la frialdad del blanco. Reinaba en el salón una chimenea muy moderna que se encontraba en medio de la zona de los sofás. Había visto algo parecido, pero más grande, una vez en un hotel en un viaje a Suiza. Quedaba muy acogedor. Había una gran mesa de comedor y una mesa de billar que me hizo dar una exclamación de alegría. Desde

luego, la casa estaba ganando muchos enteros.

Seguí por la parte de arriba. Además de la habitación infantil, había dos más destinadas a los hijos de los dueños de la casa, aunque ya no estaban decoradas con motivos infantiles. Parecían más de adolescentes. Todas ellas eran grandes y luminosas. La habitación de matrimonio era espectacular. Parecía una suite de un hotel vanguardista. La cama, grande y sencilla, tenía un cabecero de madera en vengué, con unas mesillas muy angulosas del mismo color. El suelo era de parquet oscuro, que daba un ambiente muy cálido, en contraste con el sempiterno blanco del resto de la casa. La habitación tenía un enorme baño con un baño jacuzzi y un plato de ducha. En general, mucha profusión de mármol. Tenía un ventanal muy grande que dejaba ver el jardín exterior. Para rematar el conjunto, había una sala sin puerta, en la misma habitación, que daba a dos grandes vestidores: para el marido y la mujer.

La planta la completaba un estudio de trabajo y dos baños, además del acceso a una terraza común muy grande, donde había un jacuzzi de cuatro plazas y un pequeño jardín minimalista, de estilo muy zen, con maderas delicadas, gravilla y plantas de decoración que evidentemente estaban secas.

Abajo, además del gran salón, había al otro lado otra sala, con un salón totalmente distinto, decorado con las paredes en ladrillo y aspecto muy cálido con los suelos de parqué claros. La cocina, de un tamaño proporcional a todo lo demás, estaba equipada con todo y tenía en un lateral una puerta que daba al jardín. Desde allí salí a la parte de atrás, cerca de donde había subido, donde había varias mesas y sillas de jardín sin colocar. Desde la cocina también se accedía a una especie de bodega. Una impresionante sala decorada con ladrillo visto. Esta era multiusos donde, además de una buena colección de vinos, hallé una barra con un pequeño bar y un futbolín. Parecía un bar de copas en pequeño, incluso tenía un aseo en el mismo. Aunque no me entretuve mucho allí. Se hacía necesario encender la linterna ya que no había ventanas.

Desde el pasillo central de la casa, que dividía el salón principal de la cocina y el otro salón, se llegaba a otra puerta de acceso al garaje. Allí sólo había un todoterreno, un precioso Range Rover, aunque había espacio más que suficiente para tres o cuatro coches más. Desde luego, aquella gente había vivido a lo grande.

Sin embargo, no fue el espléndido aspecto de la casa lo que hizo decantarme por ella. Ni la mesa de billar, ni sus dos enormes salones, ni la piscina, ni el jacuzzi, ni el bar del sótano. Ni siquiera el cuidado y bonito jardín. Fue un pequeño cuarto oscuro, al lado del garaje, lo que me hizo sonreír y dar un grito de alegría haciéndome en ese instante nuevo propietario de aquella casa.

Un pequeño letrero metálico en la puerta indicaba: "Grupo electrógeno".

***

Aquella noche dormí en el que en adelante iba a ser mi nuevo hogar. La cama de matrimonio, enorme y muy cómoda, me permitió descansar ocho horas seguidas por primera vez en mucho tiempo. No es que las otras camas de las otras casas y pisos donde me había alojado hasta entonces fuesen incómodas, sino que me sentía un usurpador. Al proclamar aquella casa como mía, todo lo de su interior pasó en mi mente a ser considerado como propio. Fue el acicate que me sirvió para poder conciliar de nuevo el sueño.

SEÑOR R

El día anterior, antes de acostarme, había buscado con ahínco las llaves de la casa y la entrada. Logré encontrar un juego de las mismas en el estudio de la parte de arriba. Pude entonces meter el coche en el garaje, dentro ya de la finca.

Tras desayunar, vacié completamente uno de los grandes armarios que había en el gran salón principal, con vistas a habilitarlo como armero. Quería tener a mano mi arsenal particular, con los cuatro fusiles de asalto y las dos escopetas, además de las dos pistolas. Ahí guardé también las cajas de municiones, cascos, chalecos y cinturones.

Luego me metí de lleno con el grupo electrógeno. Si lograba hacerlo funcionar de manera manual, podría volver a disponer de electricidad. Estaba seguro de que el anterior dueño tuvo aquel grupo para evitar que en una caída de la tensión se le echaran a perder los ordenadores que tenía en el estudio. Más bien los datos de esos ordenadores, como también las neveras donde había almacenada tanta comida perecedera. La previsión de aquella gente me había venido de perlas.

Aunque no sabía mucho de esas cosas, sí sabía que el grupo disponía de una batería para el arranque del mismo. También que integraba un sistema de refrigeración, del que debía estar al tanto para llenarlo de agua cuando fuese necesario y que disponía de un motor diésel para su funcionamiento. Algo fácil de mantener, ya que gasóleo no me faltaría. Para arrancarlo utilicé las llaves que se encontraban justo al lado de la puerta, colgadas en una escarpia. Giré la misma y pulsé el botón de encendido. El motor diésel arrancó ruidosamente. Me llevé un manual de la máquina que encontré cerca, para estudiarlo con detenimiento, ya que era muy importante que supiera cómo realizarle el mantenimiento necesario. Por primera vez en dos semanas volví a disponer de luz eléctrica. Sabía que cuantas más bombillas o aparatos estuvieran en funcionamiento, más obligaría a funcionar al motor del grupo, con el consiguiente consumo y posibilidad de sobrecarga. Así que me propuse encenderlo sólo lo indispensable. Por las noches, a la hora de acostarme, lo apagaría sin falta. No obstante, ya podía volver a utilizar cualquier aparato de la casa. Incluso podría ver alguna película en vídeo, o utilizar el microondas para hacer unas palomitas. De nuevo dejaba la Edad de Piedra atrás. Y eso me llenó de júbilo.

Aprovechando la electricidad, pude cocinar en la vitro cerámica para hacerme un café bien caliente como a mí me gustaba y no había podido disfrutar hasta ese momento. El resto de la tarde la dediqué a inspeccionar más a fondo la casa. Bajé al *bareto*, como así bauticé al sótano donde estaba la barra y la bodega. Encendí las luces y la decoración me pareció un poco hortera. Tipo pub discotequero con mucho espejo y luces.

Volví al espacioso salón principal, que tenía una puerta que daba también al jardín, a la parte de la piscina. Me di cuenta de que no había mirado en la nevera ni el arcón congelador. Tenía que tirar todo lo que se hubiera echado a perder. Así lo dejaría todo en perfecto estado.

La nevera no tenía más que un par de pizzas mohosas y algún *táper* con comida ya estropeada. Lo metí todo en una gran bolsa de basura. El arcón, sin embargo, estaba hasta arriba de comida en mal estado. El fuerte olor me echó para atrás. Con paciencia vacié todo en unas cuantas bolsas, con la intención de llevarlo a algún sitio lejos, para evitar alguna plaga.

Mientras cargaba el monovolumen pensaba en un lugar donde poder dejar la basura. Pensé en la casa que había visto en construcción anteriormente, con aquel terreno tan descuidado. Estaba lejos para que los olores no llegaran y a su vez cerca como para no tener que conducir mucho rato.

SEÑOR R

Llevaría y enterraría la basura para que los perros no la olfatearan. Tampoco era cuestión de hacer un vertedero. Así que, tras cargar el coche y coger la pala, con la máscara puesta, me fui deprisa de allí.

Al llegar me puse inmediatamente a cavar un buen agujero donde eché, al cabo de un buen rato, todas las bolsas. Luego, volví a taparlo y preparé otro depósito cerca para las próximas visitas. Según me acercaba de nuevo a mi casa, la cual ya la tenía como tal, volví a ver al pequeño Yorkshire. Estaba andando por el lado derecho de la carretera. No había traído nada de comida, así que no podía atraerlo fácilmente, aunque esperaba que me recordase. Un perrito así en la finca daría mucha vida. Tenía que atraerlo como fuera.

Detuve el coche a escasos metros, para no asustarlo, y me bajé. Eso sí, con el fusil preparado y cerciorándome de que no me iba a pasar lo del día anterior. Cogí una piedra y se la ofrecí al perrito, para ver si picaba y se acercaba lo suficiente como para poder atraparlo. Le llamé la atención y el perro me observó con cautela. Me reconoció porque se acercó a mí moviendo con poca energía su pequeño rabito. Estaba realmente alicaído, falto de alimento y de higiene. No había duda de que una semana más y hubiera muerto de inanición, o comido por otros perros.

Supuse que se dejó atrapar, porque cuando descubrió lo que le ofrecía no hizo ademán de escapar. Con un rápido movimiento lo agarré. No hizo gesto hostil, ni ladró lo más mínimo. Tenía muchas ganas de contacto humano, de quien fuera. Tras las primeras caricias en la cabeza se acurrucó en mis brazos como un bebé.

Lo dejé en el asiento del copiloto y lo llevé a casa. Allí le abrí un par de latas de conservas, que se comió muy rápido, además de agua y galletas. Como olía mal lo subí a uno de los baños de arriba con intención de darle un buen lavado. Gracias al grupo electrógeno tenía electricidad para hacer funcionar el calentador y como el gas provenía de un gran depósito, pude disponer de agua caliente. Gruñó un poco, pero se dejó hacer. No había duda de que entendía que iba a estar mejor conmigo que afuera, donde no sabía buscarse la vida como otros perros. El pobre había sido sin duda la mascota malcriada de alguno de los habitantes de la zona, que lo había tratado más como un niño que como el perro que era. Decidí llamarle *Zas*, un nombre corto y sonoro, ideal para que supiese que me dirigía a él si le llamaba. El perrito me miró con sus acuosos ojillos y pareció conforme con aquel nombramiento.

***

El mantenimiento del grupo electrógeno era algo que me llevaba bastante tiempo a la semana. No era echar gasóleo cada dos días y olvidarse. La calidad de vida que proporcionaba aquel invento costaba lo suyo. El motor tenía que tener su nivel de aceite siempre entre el mínimo y el máximo. Además, los filtros del aceite había que cambiarlos según el uso que se le diera. Al depender para todo del grupo, para la necesaria electricidad diaria, hacía que este estuviera en constante funcionamiento durante horas, lo que me obligaba a cambiar los filtros cada semana. El del aire también había que sustituirlo cuando el piloto "chivato" lo indicaba. El alternador también tenía su mantenimiento. Estudiando el manual de la máquina me hacía un lío terrible sobre esto. Lo único que tenía en claro es que debía reemplazar los cojinetes cada cuarenta mil horas de servicio. Unos cinco años, lo que me dejaba todavía mucho margen hasta llegar a ello. Esperaba que para entonces

tuviera más claro cómo llevarlo a cabo. Aunque sí que debía engrasarlos cada cierto tiempo. Las baterías del grupo había que llenarlas regularmente con electrolito y agua destilada. Había un buen bidón de aquella mezcla, así que al menos tendría para unos meses. De todas formas, un par de horas a la semana no me las quitaba nadie limpiando y reponiendo líquidos a la *cafetera*, como así la llamaba. En el manual encontré varias direcciones de servicios de mantenimiento oficiales en Madrid. Para proveerme de los aceites, filtros, electrolito y demás tendría que acercarme a alguno de ellos en un futuro no muy lejano. Me propuse encender el grupo sólo cuando lo necesitase de veras, así evitaría un desgaste mayor y tener que dedicar a su mantenimiento demasiado tiempo. Tampoco era necesario vivir como un marqués.

Otra tarea que se convirtió en una rutina semanal era el cuidado del jardín. El espléndido aspecto que tenía no era producto de podar unas pocas ramas. En el pasado de eso se ocuparía a diario algún jardinero, así que ahora era yo el que una mañana de la semana se dedicaba a la tarea. Me hice con un cortacésped manual que encontré en una casa cercana. Aquello me llevaba tanto tiempo que decidí dejar que se secara casi todo para dedicarme sólo a una parcela, frente al salón acristalado de la cada, al lado de la piscina. Quería mantener aquella zona por si en el verano podía bañarme en la piscina. También tenía que cortar las diferentes clases de arbustos, ramas de árboles, retirar hojas y ramas. En fin, un trabajo que había que echarle muchas horas para poder dejar decente el jardín y que no pareciera un erial. Sobre la piscina, que todavía tenía su cubierta protectora, no me había puesto a pensar de qué manera me las iba a apañar para dejar el agua en óptimas condiciones. Sabía que había que tener cuidado con el cloro, para no pasarme o quedarme corto, y conocer cómo funcionaba la depuradora, que tenía un motor independiente y no necesitaba del uso de la *cafetera*.

Luego estaba el cuidado de la casa. Ahora que hacía toda la vida casi exclusivamente en el salón, la cocina y en la habitación de matrimonio, tenía que limpiar de tanto en tanto. No era bueno abandonarse a la pereza y dejar que la mierda se acumulase. Así que otra mañana de la semana se la dedicaba a este menester.

En un mundo en el cual ya no tenía obligaciones diarias laborales, debía ocupar mi tiempo en aquellas tareas rutinarias, al menos tres o cuatro veces por semana, para mantenerme activo. Eso evitaba caer en depresiones o en la estéril pereza. Ambas cosas no me conducirían a nada bueno. Tenía que estar activo, ya que era bueno para el cuerpo y la mente. Cuando no tenía que hacer una tarea doméstica me iba de exploración, o bien a las casas cercanas o por Madrid capital. Esas salidas eran aprovechadas para hacerme con herramientas, comida, armas o cualquier otra cosa que en ese momento creyera que tendría alguna utilidad para mí. En especial, algún medicamento o productos para el botiquín, asegurándome de que no estuvieran caducados o defectuosos, aunque estos eran difíciles de conseguir por el saqueo de la mayoría de las farmacias. Me di cuenta de que el mejor suministrador de medicinas eran los pisos que habían sido habitados por ancianos. Cuando entraba en alguna casa, era lo primero que buscaba. A veces, encontraba muchas cosas que ya tenía, pero que podía necesitar en el futuro. Entonces apuntaba en una pequeña libreta la dirección del piso y lo que podía encontrar allí. Anotaba también las direcciones de las comisarías de Policía o cuarteles, así como las armas y municiones que contenían, haciendo hincapié en qué parte de los edificios se hallaban. Todos esos pisos, o edificios oficiales, eran mis almacenes donde acudir en un

momento dado. Tenía *pisos francos* con fármacos de todo tipo, conservas, linternas, armas, ropa, baterías de coche, comida para *Zas*, calzado y un sin fin de útiles más. Tenía tantas hojas con datos apuntados, que empecé a clasificarlo mejor como productos y lugares donde podía conseguirlos rápidamente. Esa minuciosidad en la clasificación era lo único que había podido poner en práctica, en aquel mundo hostil, de mi anterior trabajo como administrativo. Al final, me di cuenta de que estaba intentando poner orden a mi caótica vida. No me podía engañar, el orden era lo único que podía mantenerme cuerdo.

También me ayudaba mucho la presencia del pequeño *Zas*. Todavía algo asustadizo, empezaba a mostrar signos de que me aceptaba como su nuevo amo. Siempre que lo llamaba venía rápidamente. La nostalgia y pena de los primeros días que había mostrado dio paso, producto de la buena alimentación y buen trato por mi parte, a estar cada vez más activo y alegre. De vez en cuando daba algún breve ladrido, pero no era habitual y podía estar horas sin hacerlo. Supuse que en su etapa de vagabundo aprendió que en aquel mundo tan peligroso era más conveniente estar callado. Solía *hablar* con él, al principio algo cortado por la situación de saber que no me entendía nada, para luego hacerlo de manera constante. Creía que *Zas* era una buena terapia, como la de hacer las tareas domésticas, para no caer en el pozo de la tristeza por la brutal soledad en la que vivía. Y parecía que funcionaba.

Los domingos, para seguir con la histórica tradición cristiana, no hacía nada que supusiera trabajar. Lo dedicaba al ocio o la vida contemplativa. Leía alguno de los cientos de libros que me había ido trayendo de mis incursiones. Siempre me había gustado leer y era un magnifico entretenimiento. Una de las habitaciones de los niños la había dejado como biblioteca. Además de novelas, había conseguido enormes tomos de enciclopedias, libros temáticos y de todo tipo que también me encantaba ojear. Conseguí varias consolas portátiles para distraerme de vez en cuando con ellas. Aprovechaba los momentos en los que la *cafetera* estaba encendida para tenerlas puntualmente cargadas. Asimismo, me hice con cientos de juegos para ellas que me había traído de una tienda de un centro comercial. Al igual que multitud de películas en DVD que me solía poner al menos un par de noches a la semana. Eran pequeños lujos que me hacían llevar una vida francamente cómoda. Es más, no me daba reparo reconocer que ahora vivía muchísimo mejor que antes, al menos en lo material. Aunque era dura, llevaba una vida aburguesada.

En el aspecto social, dada mi pésima vida anterior, al menos estaba igualado en ese aspecto.

Mayo

A veces me iba por ahí a pegar tiros con las armas. Por una parte me servía como diversión y por otra como un entrenamiento necesario. Podía decirse que, desde aquellos imprecisos primeros disparos en Getafe hasta entonces, había ganado mucho en puntería y soltura en su manejo, así como en las otras armas. Mi última adquisición a este respecto era un fusil de francotirador que hallé en uno de los edificios de la Universidad Autónoma que había sido ocupada por los militares. Tenían una cantidad ingente de todo tipo de material militar. El fusil poseía una asombrosa capacidad debido a su largo alcance. Gracias a su sofisticada mira óptica podía hacer blanco a más de medio kilómetro de distancia. El rifle tenía un bípode que me ayudaba a mantenerlo estable mientras me encontraba agazapado. Aun así, la fuerza del retroceso, mayor que el fusil de asalto, me molestaba bastante en el tiro. Debía aprender a controlarlo. De momento, aquel tipo de arma me serviría más de juguete que otra cosa, porque no le veía mucha utilidad, salvo como buen "prismático". Aparte, el ruido era atronador y me dolían los oídos si disparaba varias veces seguidas. Aunque reconocí que, en caso de detectar algún problema desde lejos, sería una gran ventaja cuando lo supiera utilizar correctamente.

Había pensado dirigirme hacia algún rascacielos del complejo de oficinas de los antiguos terrenos del Real Madrid para entrenarme un poco en su uso. Aunque la excesiva altura de cualquiera de los cuatro enormes edificios, y tener que subir andando, me hizo cambiar de idea. En uno de ellos incluso me percaté de que tenía la parte superior calcinada, por algún tipo de incendio descontrolado. Opté mejor por ir a Azca, donde había edificios de altura mucho más contenidos. Uno de ellos, la Torre Picasso, era el más alto de aquella zona, con una altura de unos ciento cincuenta metros. Me creí con ganas de subir andando. No pude ni acercarme, ya que la zona hedía porque había en su interior una ZCC, *zona de concentración de cadáveres*, como las llamaba para abreviar.

Las consecuencias de la pandemia, unidas al pánico, huidas en masa, represión del Ejército y otras catástrofes, habían hecho que los muertos que no habían sido retirados se concentrasen en aquellas ZCC. Las autopistas, al menos las más importantes, eran ZCC. El aeropuerto de Barajas, que había sido controlado por los militares desde un principio, y como había podido comprobar en una de mis anteriores exploraciones, era una inmensa ZCC. Cualquier hospital, edificio oficial,

cuartel e incluso estadios de todo tipo, donde habían metido a los enfermos que no cabían en otras partes, eran todas unas espantosas ZCC.

Todas esas zonas tenían en común varias cosas: el olor. Después de mes y medio era ya muy difícil de soportar. Tanto que se podía saber dónde había una ZCC desde centenares de metros antes de llegar. Además de que había innumerables pájaros carroñeros de todo tipo en el entorno. Empecé a observar incluso el vuelo de varios buitres leonados, una especie que antes sólo se dejaba ver en varias reservas de la España más agreste. También había urracas, grajos y hasta algún cuervo. Las ZCC solían ser zonas en las que merodeaban perros, sobre todo los más grandes y peligrosos, que atraídos por la matanza, intentaban sacar algo de provecho. Las ratas también se estaban convirtiendo en un gran problema y se las podía ver a centenares por los lugares más colapsados. Ignoraba hasta que punto aquellos animales podían alimentarse de una carne en tan malas condiciones, pero esperaba que en unos meses, producto de la descomposición total de los cuerpos y la llegada del frío, se les acabase aquella reserva de carne y fuesen disminuyendo paulatinamente de número.

De momento, eran áreas que solía evitar porque eran también un peligroso foco de enfermedades.

En el resto de la ciudad, donde no había ZCC, siempre olía de forma parecida, aunque de manera más contenida, producto de aquella descomposición generalizada, donde prácticamente en cada bloque de viviendas había cadáveres. Era fácil discernir qué puerta podía abrir o cuál no.

El miedo a contagiarme con alguna enfermedad derivada de tanta podredumbre me hizo pensar en aislarme en mi casa durante algunos meses, para así ir dando tiempo a que esa descomposición masiva fuera pasando. Tendría de sobra con los suministros que fuera encontrando en la urbanización o alrededores. Mis exploraciones tendrían que sufrir un paréntesis, así que decidí permanecer lo menos posible en el interior de la ciudad. El tórrido verano madrileño podía hacer de la ciudad una inmensa y maloliente tumba abierta al aire libre.

Intenté hacer un anillo de seguridad higiénica en torno a mi casa. Recorrí todas las mansiones y casas de los alrededores, quemando los pocos cadáveres que encontraba de personas y animales. También quemaba la comida caducada, inservible y la basura que había acumulada en los hogares. En general, tratando de dejar una zona aséptica que no atrajese a ningún perro errante o, peor aún, a las ratas. Empecé a llevar algo más lejos mi propia basura, para quemarla. La posibilidad de que cientos de ratas avanzaran por mi calle me ponía los pelos de punta y no quería verlo ni en pintura.

Los perros, animales que creía mis enemigos, eran los que, tras la imposibilidad de seguir comiendo la carne putrefacta de los humanos, tendrían que comer ratas si querían sobrevivir. Y así podrían controlar su desmesurado número. Los animales del campo, antaño doblegados a sus confinamientos naturales, tendrían que empezar a expandirse por el mundo. Los buitres ya habían llegado a la ciudad, tal y como había comprobado. Suponía que pronto llegarían otros. Me puse a repasar mentalmente si había animales salvajes potencialmente peligrosos para mí.

En España, el depredador más grande y peligroso era el oso pardo. Pero este era muy escaso que vivía aislado en Asturias y en algún punto más del norte. No creía que, ni en todo el resto de mi vida, pudiesen llegar hasta mi morada. Los que si podían hacerlo algún día, aunque tardarían, eran los lobos. Antes de la pandemia ya los había por la zona de la meseta norte. Era cuestión de tiempo

SEÑOR R

que sin el hombre, su principal competidor, se extenderían por todas partes, según sus presas potenciales fueran ampliando a su vez sus dominios, como los ciervos, corzos o jabalíes. Los lobos podrían ser muy peligrosos. Si los perros domésticos estaban asilvestrados, tras menos de mes y medio, siendo realmente peligrosos, no quería ni pensar en las manadas de lobos que vinieran del monte.

Empecé a cavilar que, durante los aciagos días de la pandemia, era posible que a algunas lumbreras del Zoo se le ocurriese dejar libres a los animales para que intentasen sobrevivir por su cuenta. ¿Habría monos, camellos, elefantes o tigres andando por la Casa Campo, o peor aún, a este lado del Manzanares?

Dejé de pensar porque me estaba empezando a angustiar. Quería seguir siendo el dueño de la situación, o al menos creerlo. Notaba que algo podía ir mal en cualquier momento. Mi única opción frente al miedo era anticiparme. Por eso llevé a cabo el anillo de seguridad higiénica.

No era cuestión de ponerse catastrofista con el futuro, pero tenía que tener un plan B. Por si un incendio asolaba la urbanización donde vivía, por si llegaba la lluvia ácida, por si aparecía un oso o los lobos. En definitiva, tenía que estar preparado ante cualquier amenaza. Si eran animales tenía suficientes armas y municiones para mantenerlos a raya. Y si era un incendio tenía varios coches preparados para salir de allí cuanto antes. La mejor prevención era estar siempre alerta y no dejarme llevar por la autocomplacencia de creerme a salvo en mi jaula de oro.

***

Siguiendo con mis rutinas diarias, decidí estudiar cómo llevar a cabo el próximo mantenimiento de la piscina. Me había animado, ya que había encontrado en un armario de la cocina varias garrafas de anti algas, floculantes y de cloro. Todas con sus instrucciones detalladas de uso. Además, en el garaje había encontrado una pértiga con un limpia fondos, que me vendría de perlas para dejar la piscina apta para el baño, y un kit para medir el PH del agua, para saber si esta necesitaba más o menos cloro. Incluso había una “Biblia” con el método de llevar a cabo un óptimo mantenimiento. Una ficha con una tabla explicando los posibles problemas del agua, su causa y la solución. Era perfecto. Aunque todavía no hacía, ni mucho menos, tiempo para darse un baño, la piscina ya estaría preparada para el futuro verano madrileño. Esta era muy bonita. Destapando un poco la cubierta protectora me di cuenta de que el agua estaba en buenas condiciones y que tenía hasta luces para poder darse un baño por la noche. Poniendo, eso sí, la *cafetera* en marcha. Me subió mucho el ánimo saber que aquel verano me iba a poder dar un chapuzón y hacer una barbacoa en la enorme parrilla que había también guardada en el garaje. Eso y unas cervezas y sería una auténtica fiesta. Para ello necesitaría carne, y no me refería a la enlatada, sino un entrecot de los buenos.

Hasta entonces me había estado alimentando de comida que se conservaba bien en sus envases y que no estaban caducados. Incluso podía comer todavía patatas fritas en bolsa, galletas de chocolate o panecillos. Pero esos alimentos, que todavía había a montones por todas partes, les quedaban pocas semanas antes de ponerse duros como una piedra o estropeados. Las latas y conservas podían durar varios años, pero también acabarían por estropearse. No comía frutas y verduras, tan necesarias para no enfermar de escorbuto. Algo que sonaba a los tiempos de los piratas, pero sin vitamina C tomada regularmente, podía acabar sin dientes y con grave peligro mortal. Aquel si era

un buen problema a solucionar. Mucho más que el mantenimiento de una piscina.

Tenía un buen terreno para cultivar algo. De nuevo me di cuenta de lo poco que sabía de tantas cosas. ¿Cómo narices se cultivaban tomates, lechugas y otras verduras? ¿De dónde iba a sacar frutas frescas? Aquello me angustió.

Pensé que en alguna de las casas de la zona, debía haber algún árbol frutal, o algún huerto que sus propietarios hubieran cultivado como entretenimiento. Podía ser una labor ardua, pero me iba mi sustento en ello. Aquel día me preparé de nuevo, con la intención de encontrar una solución a aquel problema. Salí con el Range Rover que había encontrado en el garaje de la casa. Al ser un cuatro por cuatro podía pasar por sitios o caminos difíciles mejor que otros vehículos.

Estuve cerca de tres días saltando verjas, comprobando si en alguno de los terrenos de las casas o chales de la urbanización había algún tipo de huerto. No hallé mucho, la verdad. Aquella gente había sido demasiado sofisticada para ir de agricultores. A punto de rendirme, vi en una de ellas cuatro arbolitos con pinta de ser frutales. Estaban dentro de un pequeño cercado y parecía que estaban muy cuidados. Uno de ellos debía ser un naranjo porque había varias de estas frutas caídas por el suelo. De todos modos, me quedé con el lugar para poder trasplantar aquellos arbolitos a mi terreno. Ignoraba cómo poder hacerlo y si podrían sobrevivir llegado el caso, pero no se me ocurría nada mejor.

Al menos encontré, en un pequeño cobertizo anexo a aquel huerto, un montón de herramientas para podar y cuidar los árboles. También hallé un póster, editado por el Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, sobre las temporadas de las frutas y verduras, detallando la recolección óptima y tardía de las clases más conocidas de las mismas. Había algunas bolsas de abono y fertilizantes que me vendrían bien para empezar. Estaban en una bolsa con el nombre de una tienda de Madrid. Entre varios servicios anunciaba el de un suministrador de semillas en pleno centro de la ciudad. A medio camino entre la Puerta de Toledo y la Plaza Mayor, en La Latina; en la Plaza de la Cebada. Y eso quería decir que me tocaba otra vez meterme en unos lugares que no me gustaba frecuentar, ya que por el centro era peliagudo moverse en coche, por no hablar de los muchísimos cadáveres que encontraría. En realidad, todo el centro era una especie de enorme ZCC. Y donde había una ZCC, podía haber peligro. Pero la posibilidad de poder hacerme con semillas me convenció para intentarlo.

Según conducía el todoterreno, enfilando la Castellana por el único carril transitable, pensaba en la comida. Sobre todo en las carnes. Mi dieta no era mala porque seguía consumiendo muchas cosas ricas en vitaminas, que todavía no se habían estropeado. Deduje que, a la larga, tendría que ponerme a cazar para conseguir carne fresca. Hasta los vegetarianos más estrictos habían tenido que tomar las vitaminas que no habían conseguido por no comer la carne que podría suministrársela. Tenía las armas apropiadas para cazar. Otra cosa es que pudiera acercarme lo suficiente. Y sobre todo si me atrevería, ya no sólo a matar al animal, sino a despellejarlo y trocearlo para llevármelo.

Giré hacia la Calle de Alcalá. En vez de pasar por la Puerta del Sol, que estaba demasiado saturada, decidí hacerlo por la Calle de Sevilla, y cruzar luego la Calle Atocha. En la de Conde de Romanones me tuve que parar porque varios coches bloqueaban la carretera. La paralela del Doctor Cortezo estaba peor, así que dejé el coche allí. Tras equiparme con el equipo policial completo, máscara incluida y bien colocada porque el olor era espantoso, me dispuse a seguir caminando. La

Plaza de la Cebada estaba cerca, así que no creí correr demasiados riesgos.

Aprovechando que estaba por allí, decidí entrar en el Mercado de la Cebada. Quizás encontrase algo interesante.

El mercado tenía cuatro plantas, de ellas dos eran de puestos y las demás de plazas de aparcamiento. Había amplios ventanales en la fachada principal, que durante el día proporcionaban la suficiente luz en el interior como para andar sin cuidado, aunque no se veía tan bien en algunas zonas más en la penumbra. En esas situaciones, mi mejor baza era mi escopeta con luz táctica incorporada.

El lugar era enorme. Daba impresión debido a los ecos de los múltiples sonidos que había: el correr del agua por alguna parte o las ratas y pájaros revoloteando. No había ningún cuerpo, pero apestaba francamente mal por la carne y otros alimentos en descomposición de algunos puestos. Subí a la segunda planta. Me di cuenta de que el moderno ascensor de cristal estaba casi arrancado de su soporte y levitada milagrosamente por encima de mi cabeza, sólo asegurado por un cable.

El mercado había sido saqueado, pero en algunos puestos, sobre todo de ultramarinos, pude encontrar cosas aprovechables: bacalao en salazón, pepinillos en vinagre, conservas, frutos secos, etc. Lo guardé todo en la mochila que llevaba colgada a la espalda. Cuando me disponía a salir de allí un extraño sonido me llamó la atención.

No parecía provenir de ratas o pájaros. Era como si estuvieran escarbando. Pensé que sería un perro, o varios. No quise seguir indagando así que traté de salir sin armar ruido. Según bajaba por la escalera, me tropecé y aunque pude agarrarme a la barandilla, manteniendo el equilibrio, la escopeta se me descolgó bruscamente. Esta, basculando en su cinta, dio un tremendo “campanazo” contra una papelera roja que había en el rellano. El sonido, además, se amplificó en aquel lugar tan vacío, haciendo que el eco fuese exagerado.

El ruido de *eso* escarbando cesó. Pasó un par de minutos en los que no me atreví a moverme lo más mínimo. Después, poco a poco, me incorporé con la escopeta en la mano. Cuando me disponía a seguir bajando las escaleras, escuché otro rumor mucho más cercano. Esa vez logré identificarlo: era el resoplido de un animal. Y además, grande.

No había duda de que *eso* me estaba olfateando. Le oía resoplar con ansia, como si buscara con ahínco el origen de aquel olor. Mi olor. Supe que no podía ser un perro, ya que era un sonido demasiado grave. Sin duda, me había olido y se acercaba. Bajé las escaleras casi a trompicones en dirección a la salida. Estaba a menos de veinte metros de ella cuando a mi espalda escuché el rugido más enorme, aterrador y salvaje que había oído en toda mi vida. Giré la cabeza. Al fondo del pasillo en el cual me encontraba, había un enorme oso pardo.

¿De dónde había salido aquel animal? Todo apuntaba a que del Zoo. Ya que se había incorporado por medio de sus patas traseras para amenazarme, algo que no solían hacer los que eran salvajes.

El terror que experimenté entonces fue también el mayor de mi vida. No me avergoncé lo más mínimo al sentir como me orinaba encima. A escasos metros detrás de mí tenía a una más que segura muerte si no hacía algo y lo hacía rápido. Tuve el tiempo justo para lamentar no haber traído el fusil de asalto, ya que sin duda tenía más poder destructivo a distancia que las postas de la escopeta. No sabía si un disparo con esta podría detener la más que previsible carga del plantígrado.

SEÑOR R

El oso, visiblemente irritado con mi presencia, me veía como un competidor que quería disputarle el posible despojo que se estaba comiendo. Lo que le hacía ser más peligroso todavía.

Había oído decir que en circunstancias así lo peor que se podía hacer era huir, y que lo mejor era asustarlo gritando mientras se daba un paso hacia adelante. Pero había que estar en la situación. Estaba tan acojonado que la simple idea de dar un grito a un animal enfurecido se me antojaba un disparate. No obstante, algo debía hacer porque el oso, quieto pero alzado ya a cuatro patas, lanzaba zarpazos al aire. No había ninguna duda de que estaba amenazándome.

Sin muchas más opciones, sostuve con fuerza la escopeta y disparé al techo. El atronador disparo resonó mucho más gracias a la enorme caja de resonancia que era el propio Mercado. El oso saltó hacia atrás con asombrosa agilidad. Rugiendo, volvió a subir las escaleras y escapó de allí. Sin pensarlo mucho yo hice lo mismo pero en sentido contrario, saliendo a toda prisa a la calle.

Detrás del Mercado de la Cebada estaba la plaza homónima y allí la tienda donde en teoría debían estar mis ansiadas semillas. Quizás con un poco de suerte hasta algún pequeño brote de algo que pudiera llevar a mi jardín.

Tras el terrible episodio con el oso estaba más que angustiado por saber que hasta allí había llegado la vida salvaje o semisalvaje. Sin pararme de dar la vuelta, por si lo veía salir, aunque lo dudaba porque se había asustado más que yo tras el disparo, llegué a la tienda. Al contrario que otras no parecía haber sido fruto del saqueo. No había más que plantas y eso no debió ser demasiado apetecible a los saqueadores. Así, pude disponer a mi antojo de todo lo que había, aunque no pude llevarme todo lo que hubiera querido.

Por lo pronto, encontré poca variedad de semillas, aunque las que había eran de las que yo consideraba primordiales. Como lechuga, tomates, judías verdes, zanahorias y nabos. Incluso ajo. También encontré semillas de frutales como: manzano, peral, ciruelo, cerezo, limonero, naranjo y melocotonero. Había de otras más exóticas, aunque dudaba que estas pudieran crecer en el extremo clima madrileño, que pasaba de más de treinta y cinco grados en verano a heladoras cifras en invierno. Pensé en construir un invernadero. Luego lo deseché por mi falta de pericia para los trabajos manuales. Lo que si iba a hacer era salir al campo a recolectar. En las afueras de Madrid debía haber naves, huertos o plantaciones de algún tipo. Sólo era cuestión de planificarse bien. Ir anotando, como hacía con los *pisos francos* que tenía controlados, pero con zonas de recolección, según lo que diesen de sí. Eso era válido sólo para los árboles frutales, porque las verduras debía plantarlas yo. Pasé de los frutales, porque además tardarían años en crecer, para así centrarme en la recolección de lo que había por el campo o la ciudad y hacer un huerto con las verduras básicas.

Volví al coche con cuidado y a toda prisa para no tener que volver a encontrarme con el oso. Mientras arrancaba pensaba en lo ocurrido.

“Desde luego, el centro se está poniendo insoportable”.

****

Después de mi traumática experiencia con el oso decidí que tenía que andar con más ojo en mis futuras exploraciones fuera de la casa. Estaba seguro de que aquel animal era originario del Zoo. Seguramente, soltado por sus cuidadores para que pudiera buscarse la vida en aquel mundo nuevo. De haber sido salvaje habría sido más cauteloso en su ataque y yo me encontraría en esos momentos

siendo su agradable digestión. Los animales que habían sido criados en cautividad no actuaban como los salvajes. No sabían cazar y sólo su instinto los guiaba. El oso de aquel día se mostró como un animal muy asustado. Peligroso por tanto porque ese animal no sabía qué hacer ante mí presencia y reaccionaba con violencia ante lo desconocido. Por eso tenía que idear algo para adelantarme a esa posible amenaza. Una solución podía ser llevar un perro que me avisara de la presencia de un oso, lobo o de otros perros con algo de antelación. Miraba a *Zas*, que estaba tumbado en mi regazo, y no lo veía en la situación. Tenía que buscar un cachorro, a ser posible de una raza cazadora, para que fuese de utilidad cuando creciese.

Tenía que solucionar primero el tema de la comida fresca. Decidí plantar algunas semillas de árboles frutales en una parte del jardín. Tampoco perdía nada y esperaba que alguna de ellas germinara. Los manzanos y naranjos eran los más adaptables y podrían salir adelante sin muchas complicaciones. Por si acaso probé con otros tipos. Otra parte mucho mayor del jardín la dediqué a las verduras. Aunque no pude hacer mucho más que desbrozar la parcela, lo que me llevó bastante tiempo.

Gracias a un mapa fui trazando una cuadrícula para ir rastreando la zona por orden. Tal y como ya había pensado apuntaría los lugares donde encontrase árboles frutales. Empezaría por los chalés del sur de la urbanización. La mayoría de ellos poseía jardín, así que confiaba en que algunos de los antiguos propietarios hubieran sido aficionados al cultivo de frutales. Además de mi equipo de guerra llevaba una pala, herramientas de poda y varios sacos de fertilizantes por si encontraba algún frutal poder empezar a cuidarlo para que no quedara desatendido y se echase a perder.

Las dos primeras horas de búsqueda fueron muy desalentadoras. La gente que vivió por allí debió haber sido poco de campo. En ninguno de los seis chalés que visité hallé ningún frutal o alguna pequeña huerta. Sólo pinos, árboles caducifolios o setos. Muchas flores y hermosas plantas decorativas, ya marchitas, pero ni rastro de nada productivo. Cuando estaba a punto de dejarlo para seguir otro día, pasé con el coche al lado de la tapia de un chalé en cuyo terreno pude vislumbrar unos hermosos melocotones, que eran de los primeros de la temporada. Me faltó tiempo para frenar y salir del coche. Estaba eufórico. El terreno no era grande, pero los propietarios del mismo le habían echado muchas horas al mismo. Espaciados cada metro y medio había una docena de melocotoneros que estaban dando ya sus frutos. Aunque faltaba todavía un par de semanas para que estuviesen lo suficientemente maduros. Había varios perales que todavía no habían dado nada. A estos les quedaba por lo menos hasta julio. Lo mismo que los dos ciruelos que completaban aquel maravilloso vergel. Todo a poco de menos de cinco minutos de casa. Dediqué unas sonoras gracias a los desconocidos que habían hecho aquello posible. No tuve que tocar nada de los árboles, ya que estaban en buenas condiciones. Abrí la llave de paso del agua, para que la reseca tierra se empapase. Eso sí, tendría que hacerlo cada pocos días si no quería que acabaran secos.

Tras apuntar en el mapa mi hallazgo comprobé que el vecino de al lado tenía un pequeño invernadero y una huerta aledaña con lechugas y tomates. Era más que seguro que ambos vecinos se habían dado consejos mutuamente. Mucha casualidad hubiera sido que viviesen dos agricultores en el mismo vecindario. ¿Quién le aconsejó a quien meterse en aquella afición? A saber, pero les estaba muy agradecido.

Apenas pude aprovechar un par de lechugas. Las tomateras estaban en mejor estado. Salvo unos

cuantos tomates los demás estaban en buenas condiciones. Tras recolectar algunos regué las plantas y limpié la zona de hojas y hierbas que habían crecido. Allí había herramientas para arar y desbrozar las malas hierbas, así que no necesitaría traerlas en el coche.

Volví a casa muy contento. *Zas* lo notó y daba saltitos a mí alrededor, atreviéndose incluso a estar un buen rato conmigo en el jardín de la casa. Aquel era uno de aquellos días en los que tenía la impresión de que las cosas iban a salir bien en el futuro.

***

Llevaba unos días en los que salía bien poco de la casa. Sólo para ir a la huerta a regar y poco más. Como de momento tenía de todo, y no echaba en falta nada, no tenía que ir a Madrid a hacerme con provisiones. Era posible que desde lo del oso estuviera algo preocupado con que cada salida pudiera ser algo más que una exploración rutinaria. También quería dejar pasar algo de tiempo porque la ciudad, sobre todo las zonas céntricas o cercanas a las ZCC, olían muy mal. Acercarme por allí era exponerme demasiado a contraer alguna enfermedad producto de la descomposición de los cadáveres. Las provisiones enlatadas las conseguía fácilmente por la urbanización, al igual que cualquier otra cosa. También quería echar horas a mi propio huerto. La preparación del terreno llevaba su tiempo, lo que unido a las otras tareas de mantenimiento de la *cafetera* y la casa me quitaron por un tiempo las ganas de salir.

La amplitud de la casa y el jardín hacía que no sintiese agobio en ningún momento. Mi constante presencia había hecho que *Zas* se sintiera más seguro y ya no tuviera reparos en estar en el jardín todo el tiempo que quisiera. Le había cogido cariño al perrito. Daba mucha vida a la casa y le hablaba casi como a un igual. Era muy terapéutico ante la soledad.

A parte de los quehaceres diarios de mantenimiento, me dedicaba un rato al ocio todas las noches. Alguna vez iba al *bareto* a tomar alguna copa, mientras escuchaba la música a todo trapo o tranquilamente, según mi estado de ánimo. También jugaba con alguna consola o leía, incluso llegué a instalarme un *Scalextric*, pero lo tuve que quitar porque esas cosas sólo servían de algo si se hacían carreras con alguien, si no era algo penoso. Otras veces me ponía alguna película en el DVD, sobre todo comedias. No quería saber nada de cine de autor o comprometido. Esas me deprimían.

La cuestión del sexo, o mejor dicho la falta del mismo, no lo llevaba demasiado mal. Los días eran tan agotadores con los quehaceres rutinarios, que la energía sexual que tenía acumulada se iba controlando. Era una especie de síndrome monacal. Si no trabajaba entonces pensaba y si pensaba terminaba por hacerlo con el sexo. Así que lo mejor era trabajar y cansarse. En general, llevaba bastante bien mi celibato. “A todo se acostumbra uno”, me decía de vez en cuando a modo de consuelo.

Mi aguante físico había aumentado mucho. Incluso empezaba a desarrollar aquellos aletargados músculos de antaño, gracias al continuo esfuerzo físico que conllevaba estar de un lado a otro portando material pesado y trabajando la tierra.

Entre las rutinas diarias estaba también la limpieza de las armas. Esto lo hacía de manera muy minuciosa porque me iba la vida en ello. Las baterías de las luces tácticas de las escopetas estaban siempre cargadas y en buen estado. Las pistolas, fusiles y las propias escopetas, solía limpiarlas a

conciencia, algo que me relajaba de alguna manera. Me hice con un buen machete al que gustaba de mantener bien afilado. Con todo el equipo puesto tenía un aspecto demasiado marcial, pero eso a los animales no creí que les importase demasiado. No podía escatimar recursos con mi propia seguridad. Cada vez que salía, aunque fuera a la casa de al lado, debía vestirme de comando. Jamás debía dejar que me sorprendiese algún perro u otro animal peligroso, porque sería mi final. Debía combatir la pereza cada vez que salía, y me obligaba a mí mismo a llevar el mono negro, las botas, chaleco, máscara, casco, municiones de reserva, machete y fusil o escopeta. Si lo hacía en coche, en el monovolumen, o en el todoterreno, siempre transportaba, además de mi equipo oficial, el fusil de francotirador que guardaba en el maletero, munición de sobra para todas las armas, varias linternas, agua, cuerdas y algunas herramientas. Todo por duplicado en los dos coches para no tener que estar pasando las cosas cada vez que elegía un vehículo u otro. Me había vuelto un poco paranoico, pero era necesario para no volver a tener aquella desagradable sensación de sentir mi orina bajando por mi pantalón.

Junio

Empecé a atravesar una etapa en la cual me costaba conciliar el sueño. Porque daba demasiadas vueltas a las cosas. Sobre todo a lo que había vivido hasta aquel momento.

Pensaba en la enorme cantidad de muertos que había visto, tantos como para llenar varias vidas. Las horribles cosas que había visto. El salvajismo, por otra parte normal de los animales, y el menos comprensible de los hombres. Estaba un poco deprimido. Por lo menos estaba incubando una depresión, a no ser que hiciese algo. Tenía que lograr dar esquinazo a esa sensación o lo iba a pasar mal. Me molestaba admitirlo pero incluso yo, un tipo que siempre se había lisonjeado de ser muy independiente, echaba de menos hablar con alguien. Aunque me doliese admitirlo, los humanos éramos unos animales sociales y necesitábamos contacto con otros humanos. *Zas* me daba compañía, pero no podía compararse.

Me levanté de la cama de un salto, no queriendo pensar más en ello. Estaba dispuesto a ponerme manos a la obra. Necesitaba hacer algo nuevo, algo que rompiese la monotonía caótica de mi vida. Parecía algo paradójico pero así lo sentía. Me dispuse a hacer una especie de fiesta. En realidad, lo que buscaba era un escenario para agarrarme una buena cogorza, algo que no había hecho en años y que en ese momento, consideraba bastante necesaria dada mi situación actual.

Me fui al *bareto* y empecé a preparar el lugar. Puse música atronadora y me serví una primera copa de ron con coca cola, que era lo que más me apetecía. Al segundo sorbo bajé la música al mínimo y empecé a bostezar. Miré el futbolín, que en esas circunstancias era una inútil mesa con figuritas de madera. ¿A quién quería engañar? Hacer una fiesta sólo para uno mismo era lo más triste que había en la vida. Noté como me desanimaba aún más. Cuando volví a salir al jardín me vino a la mente algo que podía volver a consolarme o, al menos, pasar un buen rato. Algo que había pensado hacía tiempo. Me iba a ir al estadio Santiago Bernabéu a pegar unas buenas patadas al balón y a traerme alguna copa de la *Champion League* para ponerla en el salón, si no las habían saqueado antes que era lo más seguro. No es que fuera seguidor del Real Madrid. Ni siquiera era aficionado al fútbol, pero me daba un morbo particular ir allí y entretenerme un rato en un lugar emblemático de la ciudad.

El trayecto fue relativamente corto. El Paseo de la Castellana, o mejor dicho el único carril por el que podía circular, se habían convertido en una ruta bien transitada por mí. De ahí partía a

cualquier punto de la capital. Ir desde allí al Bernabéu era tan fácil como pasar simplemente por su lado. Dejé el coche en la Avenida de Concha Espina. Dentro del vehículo terminé de prepararme con el equipo normal: fusil de asalto y máscara NBQ.

La zona, atestada de coches, debió ser un punto importante. Dado el tamaño del estadio no me extrañó que lo hubieran utilizado como hospital provisional o cuartel de tropas. De hecho, había numerosos camiones militares y civiles por las cercanías. Estos últimos eran volquetes, lo que me causó cierta sorpresa.

Entré por la zona de acceso de la "torre A", donde había un enorme cartel informativo para los turistas. Las verjas de hierro estaban abiertas y había, esparcidos por la zona, varios cuerpos de soldados. También había unos cuantos de civiles uniformados, seguramente de algún cuerpo de seguridad privado. Todos llevaban puestas máscaras similares a la mía.

Con algo de intranquilidad subí por las escaleras de acceso, con el fusil bien preparado al estilo militar, como había visto en multitud de películas y en los informativos, cuando salían los *marines* patrullando por las ciudades iraquíes. Si ellos lo llevaban así es que era la forma óptima de tener el arma bien preparada cuando hiciese falta. Y era verdad.

Por los enormes pasillos del estadio, según avanzaba e iba ascendiendo, me iba encontrando con multitud de cuerpos. Sobre todo de soldados, que en un estado de avanzada descomposición, me hacía imaginar la pestilencia que debía reinar allí. Había hecho bien en llevar la máscara. Lo que no me pareció tan buena idea fue seguir avanzando, porque a cada paso aumentaba el número de muertos. Algo me decía que no siguiera. Pero no podía retroceder. No hasta que descubriese el por qué de tantos militares en aquel lugar. No era algo normal.

Subí por las escaleras que un día fueron mecánicas. Pasé por la sala de trofeos, intentando todavía llevar a cabo mi infantil propósito de hacerme con una de las famosas copas. Tal y como había temido, alguno tuvo esa idea antes.

Al menos pisaría el césped y si encontraba un balón hasta me entretendría un rato. Al salir de las bocas de uno de los vomitorios vi otra nueva escena espeluznante y sobrecogedora.

Toda la superficie del campo, hasta el más mínimo resquicio, era un enorme agujero. En su inmenso interior, de forma totalmente desordenada, había cientos, miles de cadáveres a los que no había dado tiempo de enterrar. En el fondo norte había un enorme helicóptero militar de carga tipo *Chinook* de dos rotores. Estaba empotrado entre las butacas. El lugar, con un silencio que ponía la piel de gallina, era o había sido una de las improvisadas fosas comunes hechas para dar salida a la ingente cantidad de muertos que iba dejando la pandemia. En un momento dado, los enterradores sucumbieron y no pudieron terminar su trabajo. Sólo les dio tiempo a echar tierra en uno de los laterales de la fosa común. Supuse que los enormes helicópteros, como el que estaba estrellado en el estadio, habían traído tierra desde otros lugares para proceder al entierro.

La visión de tantos cadáveres apilados me conmovió. Mujeres, niños y hombres de todas las edades. Muchísimos bebés. Todos puestos con prisas y sin respeto, con los cuerpos entremezclados de manera caótica. Y aquel silencio aterrador... No me atreví a despojarme de la máscara porque el olor debía ser tremendo.

Salí corriendo de allí con lágrimas en los ojos. Me fui por otra parte y fue peor. Di con una cola de cadáveres de civiles y militares entremezclados, con camillas por todas partes llenas de cuerpos.

SEÑOR R

Muchos de los cuales ni siquiera habrían muerto cuando los tiraron. Me di cuenta entonces del por qué había en el exterior tal cantidad de camiones con volquete. Traían a los muertos en ellos. El Bernabéu era una gigantesca tumba.

A los pies de la "torre A" me puse en cuclillas. Tras quitarme la máscara me puse a sollozar. Aquello había sido un golpe muy duro a mi moral. Intenté reponerme respirando lentamente. Solían ser ejercicios que servían para relajar o para apaciguar los nervios. Me vino bastante bien para no dejarme llevar por el desconsuelo. Lo que había sido una intención de distraerme de la dura realidad se había convertido en otro paso más hacia la desesperación.

***

Aprovechando que había un anticiclón muy potente, y que el calor madrileño empezaba a ser sofocante, pensé en ir habilitando la piscina. El agua, y esa agradable sensación a verano a pesar de estar todavía en la estación anterior, me ayudarían a relajarme para tranquilizar un poco mi espíritu, demasiado exaltado por el último acontecimiento truculento. Necesitaba desconectar un poco de la dura realidad. Asimismo, las horas de luz se habían alargado tanto, que daba tiempo a hacer muchas cosas antes de la puesta del sol, que en esa época del año llegaba bien pasadas las nueve de la noche. Se acercaba la noche de San Juan.

Retiré la lona que cubría el vaso y procedí a medir el PH, con el kit que tenía para ello, para ver en qué estado estaba el agua. Gracias a la ficha que había encontrado en el garaje, junto a los productos de mantenimiento, fui llevando a cabo todos los pasos necesarios para dejar el agua lo más higiénica posible. No había problema de algas y el fondo estaba bastante bien. Aun así le pasé el limpia fondos. Puse en marcha el pequeño motor de la depuradora, que se hallaba en un hueco de buenas dimensiones en un lateral de la piscina, al que se accedía mediante una trampilla. Debía dejarlo funcionando todo el día para que pudiera depurar aquella gran cantidad de agua. El motor funcionaba como el del grupo electrógeno, mediante gasóleo. Por lo que no necesitaba la corriente eléctrica para su tarea. Añadí cloro y tras pasar de nuevo el medidor del PH y comprobar que estaba en su nivel óptimo, quedó el agua perfecta para su uso. Debía controlar el cloro cada semana para evitar que variase, tanto por defecto como por exceso. *Zas* me miraba divertido, contento al ver tal cantidad de agua. Quizás le recordaba a su antigua vida.

—No te preocupes, pequeño *wookie* —dije mientras el perrito daba unos ladridos de forma muy excitada y animada—, ya tendrás la oportunidad de hacer unos largos.

A pesar del trabajo que suponía el mantenimiento de la piscina, me empezaba a animar ante la perspectiva de poder darme un baño al día siguiente, una vez que la depuradora hubiera terminado de dejar el agua en perfectas condiciones. Saqué un par de cervezas tibias. Era un día perfecto para un pequeño picnic.

—Espera. No te muevas, *Zas*. Voy a poner algo de música.

Entré corriendo en la casa y salí con el porta cedés que estaba en una de las habitaciones de arriba. Le puse un par de pilas, de las que siempre tenía repuestos en gran cantidad. Tras situarlo encima de una de las mesas de plástico del jardín, puse un CD de U2 a todo volumen.

—Supongo que a los vecinos no les molestará —bromeé mientras *Zas* ladraba como un loco, excitado por el alto volumen de la música.

Así me pasé toda la mañana y buena parte de la tarde. Con una cerveza tras otra, al menos seis, limpiando la piscina mientras bailoteaba y cantaba.

De vez en cuando necesitaría echar mano de aquellas válvulas de escape si quería seguir cuerdo. De la verja hacia adentro era mi mundo seguro, perfecto y autosuficiente. Fuera de aquella hectárea de terreno estaba la mayor tragedia que había sufrido la Humanidad. Y eso, si no estaba dispuesto a asimilarlo, podía llegar a ser mi tumba.

***

Lo que me dio vida, cuando más falta me hacía, fue la piscina. La bendita piscina. Al día siguiente de que terminase el obligado mantenimiento, viendo que la temperatura al mediodía seguía siendo alta, decidí probar a darme un chapuzón. Un par de largos era mi plan. Pero estuve casi una hora. No fue más porque el agua todavía estaba fría a pesar del calor ambiental.

Como primera prueba había sido altamente satisfactoria. El verano, que ya se iba aproximando, pintaba muy bien. Incluso, alguna noche de esas que costaba conciliar el sueño, por el tórrido aire de secador que solía haber en julio, podría darme un baño nocturno. La piscina estaba equipada con luces en su interior que podría permitirlo. A *Zas* también le gustó darse unos cuantos remojones y era muy gracioso verle nadar con aquellas patitas. Se notaba que en su anterior vida había disfrutado de algo parecido.

De manera un tanto estúpida había estado buscando, en los armarios de toda la casa, algún bañador que ponerme. Luego, tras pararme a pensar el por qué debía ponerme un bañador cuando nadie me podía mirar, decidí bañarme desnudo. Reconozco que mi pudor me pudo al principio y me desnudaba sólo cuando *Zas* ya se había metido o estaba en otra parte del jardín. Tras un par de veces me olvidé de esas tonterías, e incluso me quedaba de tal guisa hasta que ponía punto y final a la sesión de baño, tanto dentro como fuera de la piscina.

Aquel baño del medio día se había convertido en el mejor momento del día, tanto para mí como para *Zas*, que al notar que se acercaba la hora se ponía a ladrar para que me diera cuenta. Tras el baño me quedaba muy relajado y animado. Lástima que la casa no tuviera una similar en el interior, como habría en alguna otra mansión, para poder seguir bañándome cuando terminase la temporada veraniega.

Tenía la intención de salir a Madrid, a buscar varias cosas para el mantenimiento de la *cafetera*. Se me estaba acabando el electrolito y necesitaba encontrar más para reponer las baterías. En las instrucciones del grupo había una pegatina en la que se detallaban varias direcciones de empresas de mantenimiento. La más cercana era una ubicada cerca de la Avenida de América, en un polígono industrial.

Como un bombero cuando iba a alguna urgencia. Así me sentía cada vez que salía de mi casa. Equipado con el traje policial, armas, coche y mapa.

Si hubiera sabido que ese día iba a ser el más importante de mi vida me habría puesto algo menos marcial.

La sempiterna Castellana me esperaba como siempre. El sofocante calor de esos últimos días estaba acelerando la descomposición de los cadáveres de las calles y edificios. Pasando cerca de ciertas ZCC de Madrid debía llevar puesta la máscara mientras conducía. La Castellana era una de

ellas.

Giré a la derecha, al llegar a la calle de María de Molina, de allí a la Avenida de América no tardé nada. Para acceder al polígono, donde se encontraba la empresa de mantenimiento, debía bajar del coche e ir a pie ya que había demasiados vehículos atascando los accesos.

Aunque esa zona no olía como la Castellana, notaba ese desagradable tufillo a muerte que no me apetecía sentir lo más mínimo. Por lo tanto, seguí con la máscara puesta, aunque dentro de ella pasaba un calor terrible. Tanto que notaba como el sudor me corrían por la frente y las mejillas.

Aquel polígono no era como los que estaba acostumbrado a ver. Había naves industriales y viviendas mezcladas sin ningún orden. ¿Quién había ganado terreno a quien? Tenía la precaución de detenerme cada cierto tiempo, para mirar en todas las direcciones y así no dejarme sorprender ante un imprevisto. Al sur, hallé rotulado en una de las fachadas el nombre de la empresa que buscaba.

La puerta de aluminio estaba cerrada, pero al lado había otra más pequeña, de acceso de personal, que estaba abierta. Reventada, más bien.

Previendo que podía encontrarme con un lugar oscuro, me había llevado una de las estupendas linternas de bomberos que se podían llevar en el pecho, sin necesidad de utilizar las manos para su manejo. Cortesía del Parque de Bomberos de Alcobendas, entre otras cosas que me llevé de allí un día que pasé mientras exploraba la zona.

Entré con mucho sigilo con el fusil preparado. Muchos edificios, con los accesos abiertos, podían albergar algún perro que se hubiera colado como ya había visto alguna vez. Subí las escaleras que daban a la zona administrativa de la empresa. Sin cadáveres, aunque todo muy desordenado.

En la zona de almacén había muestras de que había sido saqueado a conciencia. Un lugar con grupos electrógenos había sido un sitio a tener en cuenta al principio de la crisis cuando la electricidad empezó a fallar. De esos no había ni rastro, aunque había bastante material de mantenimiento. Hallé garrafas que iban desde los cinco a los veinte litros de capacidad. Estas últimas eran las que me convenían y maldije la hora en la que dejé el coche tan apartado. Debía volver y acercar el monovolumen, o bien dejarme los riñones en el trayecto. Al ser un almacén, debían de tener alguna forma de transporte rodado. Me di cuenta de que sólo había una carretilla desvencijada que tenía una de las ruedas neumáticas casi destrozada. Al menos no me deslomaría. No podía llevar nada a cuestas que me impidiese hacer un pronto uso del fusil. Tirando de la carretilla no tendría ese problema.

Pensé en llevarme dos garrafas de veinte litros, pero el peso lo hacía inviable. “No seas avaricioso, llévate una y otro día te acercas algo más con el coche y te las llevas todas”, pensé de manera racional.

El paseo hasta donde había dejado el coche, en la calle Francisco Silvela, no era largo. Pero al ir cargado y pendiente de lo que me rodeaba, podía convertirse en un viaje lento y por lo tanto en algo peligroso.

Según iba pasando por el barrio, de pisos modestos, tenía que ir deteniéndome cada cierto tiempo para colocar la maldita rueda, o lo que quedaba de ella, para poder avanzar. Aprovechaba esos momentos para observar si me seguía, o acechaba, algún perro. O algo peor.

SEÑOR R

En una de esas paradas, cuando ya tenía a la vista la calle donde estaba el coche, escuché un estridente sonido de vajillas rotas. Dejé la carretilla y me preparé para cualquier cosa, con el fusil a la altura de los ojos, listo para volarle la cabeza a cualquier animal. El ruido había sido demasiado escandaloso como para haber sido ocasionado por algún ave. Algo se había chocado con alguna pila de platos, o vasos, y los había derribado. Fue un sonido que provino desde lo alto de alguna parte, a veinte metros por la calle por la que había pasado. En concreto, de un modesto edificio de seis plantas que tenía en sus bajos un mercado *Eroski*.

Tenía dos opciones. Salir de allí cuanto antes o investigar el origen del ruido.

Aún sabiendo que lo segundo equivalía a la posibilidad de meterme en otro lío pensé que valía la pena correr el riesgo. Dejé la carretilla y me puse de nuevo la máscara y el casco. Empecé a acercarme al edificio sospechoso. Había pasado ya casi dos meses y medio desde que empezó la pandemia, tiempo más que suficiente para haber acabado con todos los perros encerrados en sus pisos. A no ser que hubiera comida en alguno de ellos, que pudiese haber mantenido con vida a alguno. Por comida me refería a sus dueños. Estaba seguro de que el causante de aquel ruido había sido algún chucho, que sobrevivía desesperado en el interior de algún piso o que había logrado entrar por algún hueco. Tenía que tener cuidado, porque si era grande podía ser muy peligroso si lo sorprendía encerrado.

Había dos portales en el edificio. Uno de ellos hedía, tras quitarme momentáneamente la máscara. Demasiado para tratarse de un edificio de viviendas normal. El otro portal no olía a putrefacción, aunque sí a rancio. Decidí empezar por aquel último tras volver a ajustarme la máscara y encender la linterna de los bomberos.

El portal era muy oscuro. Era un bloque de viviendas de los típicos barrios obreros, que en la década de los setenta se hicieron a diestro y siniestro, para alojar a los cientos de miles de trabajadores que venían del campo a la ciudad a buscarse la vida. Yo era de Carabanchel, aunque viví en Getafe los últimos años, y en esos sitios había barrios así.

Muy despacio y con el fusil preparado, fui ascendiendo. No tenía ni la más remota idea de qué lugar había podido provenir aquel ruido. Me dispuse a hacer un reconocimiento de cada planta, aunque no pensaba ir puerta por puerta. En la primera planta esperé a que cualquier rumor delatase el piso en el que se encontraba el perro en cuestión, si es que era un perro. Preferí no pensar en osos y otras bestias peores. Apagué la linterna porque no me hacía falta, ya que entraba la luz suficiente de las ventanas de las escaleras. En cada puerta arrimaba la cabeza para escuchar. Gracias a las estupendas botas policiales mis pasos eran imperceptibles. Ya tenía cierta destreza en esas cuestiones y me movía casi como un verdadero profesional.

En la primera planta no sentí nada, así que proseguí mi inspección. En la segunda, cuando tenía puesta la oreja en una de las puertas de la planta, escuché un débil sonido, como de un roce en la pared. Pero no provenía del interior del piso, sino de la planta de arriba. Algo me estaba vigilando o esperando en la tercera planta. Mi corazón empezó a palpitar a un ritmo frenético. Volvían los *momentos locos*, como decían los ex combatientes que habían estado en alguna guerra. Notaba como me estaba empezando a poner tenso, producto de la adrenalina que estaba empezando a segregar.

Sin hacer nada de ruido, intentando respirar lentamente, para no delatarme por el sonido de mi

transpiración a través de la máscara, fui subiendo como a cámara lenta hacia la tercera planta. Me di cuenta de que, para mantener mi cadencia en la respiración, estaba expulsando el aire hacia arriba, provocando que se empañase la pantalla de la máscara. Estaba muy nervioso.

No podía quitarme la máscara en ese momento porque me obligaría a hacer demasiado ruido. Seguí subiendo mientras mi visión se iba haciendo más pobre.

Los cuatro o cinco últimos escalones los subí lo más deprisa que pude, intentando sorprender a lo que fuese que estuviese en el rellano.

Para mí sorpresa advertí, a través de mi empañada pantalla, una figura humana.

Aquello corroboraba que no estaba solo en el mundo.

Aquella persona, sorprendida ante mi inesperado asalto, había retrocedido y se había metido en uno de los pisos que tenía la puerta abierta, cerrándola de golpe con un estrépito que me sacó de mi perplejidad.

Todavía estaba tan conmocionado por mi descubrimiento, de la manera más casual posible de que otra persona estaba viva en Madrid, que me hizo perder unos valiosos segundos. *El otro* podía escaparse, armarse o pegarme un tiro, si no actuaba con rapidez.

Me quité la máscara y la guardé, agradeciendo el frescor del aire en mi sudorosa cara. Me puse en movimiento, situándome al lado derecho de la puerta por la que había entrado *el otro*. Pensé que aporrear la puerta, o disparar a la cerradura para entrar, podía parecer demasiado agresivo. No quería que creyese que estaba intentando darle caza. Después de todo, *el otro* no se había mostrado ofensivo. Mientras que yo parecía que estaba tratando de atraparlo.

—¿Hola? ¿Estás ahí? —pregunté de manera absurda sabiendo ya la respuesta.

Me agaché, por si me disparaba desde el otro lado. Un disparo con un fusil de asalto podía atravesar fácilmente una pared como aquella.

—No quiero hacerte daño. Estoy tan sorprendido como tú. Sólo quiero ayudarte si lo deseas —dije intentando que no se notase mi nerviosismo. Mi corazón seguía a mil por hora.

No hubo respuesta. Cuando iba a hablar de nuevo, noté como una sombra pasaba por el cristal de la ventana de detrás de mí. Me di la vuelta y vi que *el otro* había escapado por la terraza del exterior a la repisa de la ventana de la escalera.

“Buenos recursos”, pensé. Si era capaz de saltar desde una altura de un tercero es que tenía muchas agallas. O estaba muy desesperado.

Por aquella ventana tenía que haber ido hacia algún piso de la tercera planta del otro edificio. Bajé todo lo rápido que pude y entré en el portal, que olía que apestaba a cuerpos en descomposición. No quise ponerme de nuevo la máscara, para que no me pasara lo de antes. Aguanté la respiración y subí hasta la tercera planta. Allí me quedé inmóvil intentando discernir algún eco que delatase la presencia del *otro*. Fue inútil, sólo escuchaba mi agitada respiración.

Estaba tan nervioso que no me di cuenta de que mi dedo índice derecho estaba presionando demasiado el gatillo del fusil. Cuando se me disparó el arma de manera accidental, casi me dio un paro cardíaco. No fui el único que se asustó. De la planta de abajo llegó un grito ahogado. *El otro* había delatado su posición y corría despavorido por las escaleras hacia la calle. Sin perder un segundo salí tras él.

Al llegar al portal logré ver un pie que rápidamente desaparecía por la entrada del supermercado

Eroski de la esquina. ¿Tendría salida por el otro lado? Casi seguro que sí, para sacar la basura o descargar los camiones de los proveedores. Me la iba a jugar. En vez de entrar por la entrada principal, como *el otro* supondría, decidí dar un rodeo e ir por detrás. Si de verdad había otra entrada y *el otro* salía por allí, sería mío. Me dio tiempo de lanzar la linterna al interior de la entrada principal, para que creyera que había entrado por ahí, y así forzarle a meterse en la trampa.

Había acertado. Al otro lado estaba la entrada para los proveedores del *Eroski*. Con toda la rapidez posible me situé a un lado de la misma y esperé.

Acerté de nuevo, porque a los cinco segundos escuché como *el otro* corría en mi dirección. Nada más vislumbrar su figura saliendo al exterior me abalancé sobre él, derribándolo sin ningún problema. Ambos caímos en la acera. Mi casco militar me salvó de un aparatoso golpe contra el suelo. *El otro* quedó sin daño encima de mí, haciendo esfuerzos en vano por escabullirse. Fue entonces cuando me di cuenta de dos cosas:

Que yo era más fuerte. Y que no era él, sino ella.

****

Zas estaba inquieto. No se separaba de mí desde hacía un día. Desde que llevé a aquella asustada chica a la casa. Yo todavía estaba asimilando lo que había pasado durante las últimas cuarenta y ocho horas, y costaba hacerse a la idea de que, en ese preciso instante, en mi dormitorio, estaba descansando una chica de veinticinco años llamada Sara.

Zas se acurrucó en mi regazo. Mientras le acariciaba la cabeza bebía un café frío y me puse a recordar todo lo que había pasado desde aquel encuentro fortuito.

Tras el demoledor placaje en la puerta de atrás del *Eroski*, la chica empezó a llorar, derrotada ante mi victoriosa estratagema. Cuando me pude incorporar descubrí asombrado que se trataba de una chica joven, a pesar de que la suciedad y varios pequeños cortes que cubrían su cara no dejaban indagar mucho más. Era más bien de estatura baja, con el pelo recogido en una enmarañada coleta. Tenía aspecto de no haber tenido en cuenta la higiene en mucho tiempo. Su olor, en general, no dejaba lugar a dudas: no se había lavado en mucho tiempo. Sus ojos castaños estaban bañados en lágrimas. Eran tristes y denotaban haber pasado por un sufrimiento bastante grande.

—Tranquila —intenté calmarla—. No voy a hacerte ningún daño.

Coloqué mi fusil a la espalda para que no se asustara, aunque la verdad es que yo parecía un verdadero matón con tantas armas y parafernalia paramilitar.

La chica me miraba aterrada y sus labios temblaban sin control.

—No me hagas daño. No me hagas daño... —repetía una y otra vez. Debía estar en estado de *shock*.

Sin soltarla, me quité el casco como pude para desprenderme un poco de aquella apariencia militar. A lo mejor pensó que lo era y no los guardaba un buen recuerdo. Recordé el lamentable comportamiento de muchos militares cuando todo se fue al garete.

—No soy militar ni policía. Me llamo Miguel. Soy, bueno, he sido sólo un administrativo. Un oficinista de lo más pacífico. Yo creía que era el único que quedaba con vida tras la pandemia. Ya veo que me equivoqué. Lo siento si te he asustado antes o por la persecución, pero necesitaba hablar contigo. Te juro que no quiero hacerte daño, de verdad.

Le hablaba de manera tranquila, intentando calmarla. Algo que parecía que había empezado a conseguir, porque los músculos del brazo del que le agarraba se habían relajado un poco.

—Soy inofensivo. Tengo todas estas armas por si me encuentro con animales peligrosos. Mira, si te molesta su visión las dejo aquí —afirmé al tiempo que soltaba el fusil y la pistola.

Nos alejamos varios pasos de estas. Ella miró aterrada el machete que llevaba prendido en el chaleco. También lo dejé en el suelo.

La chica tenía la cara algo delgada. Debió haber pasado mucha hambre. La suciedad que la cubría la faz no dejaba intuir ni su apariencia ni la edad aproximada.

—¿Quieres algo de comer? —pregunté, mientras sacaba de uno de los bolsillos del chaleco varias de las chocolatinas que solía llevar siempre encima.

Ella me miró a los ojos y luego a las chocolatinas. Le animé a que se las quedara. Las cogió y con avidez se las comió en poco tiempo.

—No tengo más comida aquí, pero puedo darte toda la que quieras. ¿Cómo te llamas? —indagué sabedor de que intercambiar nuestros nombres era una buena forma de empezar a crear un vínculo de confianza.

Ella seguía masticando. Tardó casi una eternidad en contestarme.

—Me... Me llamo Sara.

Tras las presentaciones le empecé a relatar, a grandes rasgos, de donde venía y cómo había llegado hasta allí. Le comenté que vivía en una hermosa casa con jardín, con comida en cantidad y electricidad. Que podía darme una ducha caliente y que tenía un perrito muy pequeño que me hacía mucha compañía. Ella me miraba recelosa. Por la forma que vestía, y había vivido, no me extrañó su sorpresa ante la existencia de mi *Edén* particular. Parecía una niña salvaje de aquellas que habían rescatado alguna vez de la selva.

—Para que veas que soy buena persona, y que no voy a hacerte daño, te diré lo que vamos a hacer. Tienes que tener en cuenta que vas a poder elegir libremente. Puedes venir conmigo a mi casa, verla y estar el tiempo que quieras. No hay problema. Hay sitio para que vivas incluso de manera independiente sin que te estorbe. Si no te fías de mí de momento, o crees que no estás preparada para abandonar tu hogar, puedes quedarte aquí. Yo puedo venir a traerte comida, un camping gas, para que cocines o bebas algo caliente, o lo que necesites. Puedo proporcionarte algunos medicamentos, cosas para, esto..., higiene de las chicas, o incluso una radio CD para que oigas música. No sé, lo que necesites, tengo muchas cosas en casa y lo que no te lo puedo conseguir. Mira, en esta libreta tengo anotadas decenas de lugares donde poder encontrar todo tipo de cosas.

Según iba hablando, Sara me miraba con detenimiento. Su mirada de terror estaba siendo reemplazada por otra de curiosidad. Supuse que estudiaba mis gestos y mi forma de hablar para vislumbrar cualquier posible amenaza. Echó un vistazo a las armas que yacían a nuestros pies y luego observó el brazo que le agarraba. Me di cuenta y enseguida la solté.

—Eres libre. ¿Ves? No te retengo ni te perseguiré si huyes. Sólo te pido que, si optas por quedarte aquí, no te vayas a otro lugar. Lo único que quiero es hablar de vez en cuando con alguien. Supongo que tú comprenderás bien esa sensación —me di cuenta que al decir lo último bajo la mirada.

SEÑOR R

—En este preciso momento estoy lo más lejos que he llegado en estos dos últimos meses —murmuró con un hilo de voz.

Ahora era yo el que la miraba sorprendido.

—¿Quieres decir que no habías salido del portal hasta hoy?

Ella alzó la vista y clavó sus afligidos ojos en los míos.

—Si fueses una chica sabrías porqué —sentenció al tiempo que se puso a llorar.

Intenté calmarla, sentándome al borde de la acera, e invitándola a seguir mi ejemplo. Sara dudó un momento. Acabó sentándose a una cierta distancia de mí.

—Yo lo he pasado mal, Sara. Aunque me imagino que tú habrás sufrido mucho más. No hace falta que me cuentes nada que no quieras hablar. Ya tendrás tiempo de sincerarte si lo deseas. Yo estaré ahí para escucharte. De momento, te puedo prometer que jamás te haré daño y que si vienes a mi casa podrás olvidar lo malo que hayas padecido.

Sara no me miraba. Tenía la vista fija en el asfalto de la carretera a nuestros pies.

—Si has logrado sobrevivir más de dos meses sin salir de tu piso —continué—, es que eres una mujer luchadora y fuerte. Y eso es lo único que hace falta para sobrevivir. En estos meses me he enfrentado a miedos irracionales, perros asilvestrados e incluso con un oso. He visto escenas aterradoras de muerte, pero jamás he perdido el rumbo de mi vida. Si te quedas aquí, aferrada a tus recuerdos o pesadillas, no vivirás mucho, Sara. Yo te ofrezco la oportunidad de que salgas adelante. La ocasión de vivir de nuevo.

Sara me miró con los ojos llenos de lágrimas. Estuvo unos segundos examinando de nuevo cada rasgo de mi cara, como si pudiera así descubrir si decía la verdad. Y algo debió ver porque me preguntó, ya sin lágrimas:

—¿De verdad te has enfrentado con un oso?

***

Estaba algo nervioso, esperando a que Sara bajase al salón, tras su larguísimo sueño de casi doce horas. Sin duda, hacía tiempo que la chica no había dormido de manera tranquila y en un lugar sin olor a muerte. Debía quedar poco para que bajara, puesto que hacía rato que había escuchado como el calentador del agua había empezado a funcionar, signo evidente de que se estaba lavando. Había dejado toda la noche la *cafetera* puesta, por si Sara se despertaba en mitad de la noche y quería encender una luz.

Recordé la entrada a la finca del día anterior, cuando se quedó asombrada ante lo bien preparada y surtida que tenía la casa. Cuando íbamos en el coche no paré de contarle cosas sobre mi rutinaria vida caótica y la casa. La huerta de Raimundo, la piscina, el *bareto* o la *cafetera*. Incluso sonrió tímidamente cuando le hablé de *Zas*. Le sugerí que durmiese en mi habitación, que era la más grande y cómoda porque las otras no estaban preparadas. Además tenía el enorme vestidor de mujer y podría encontrar algo que ponerse cuando se despertase. Insistí en mudarme yo a otra habitación pese a su negativa, ya que consideraba que era ella la que debía ir a otro lugar. Le comenté que cuando se despertara podía darse una ducha en el baño de la habitación y luego comer lo que quisiera. Sara, visiblemente cansada, saludó a *Zas* tímidamente y cerró la puerta de la habitación. Noté como echaba el pestillo. Algo bastante lógico, dadas las circunstancias.

Cuando bajó por la escalera, algo asustada, no pude más que sorprenderme ante su aparición. Espectacular. No porque llevase algún vestido ostentoso, ya que en realidad llevaba un vulgar chándal de mujer de color azul claro algo grande. Fue su tremendo cambio físico, tras el reparador sueño y la ducha, lo que me dejó casi sin habla.

—¡Caramba! —fue lo único que acerté a decir.

Ella me miró con curiosidad, como esperando mi reacción. Yo vestía ropa veraniega: camiseta y bermudas, con unas chanclas que me daban un aspecto casero, poco intimidante con respecto a la de comando con la que me había conocido. Quería que se sintiera cómoda y viese que vivía como una persona normal y no iba con el fusil por la casa.

—¿Te importa que hablemos mientras como algo? —preguntó con timidez.

—No me importa, claro. Perdona mi sorpresa, es que ayer..., el olor, digo tu aspecto era muy..., quiero decir... —no sabía cómo salir de la conversación sin que sonase de forma grosera.

—No te preocupes. No iba aseada porque ya no tenía más ropa en mi armario y no tenía agua caliente, apenas salía un poco de agua del grifo de la cocina. Además, así no atraía a ningún animal peligroso. A veces veía por mi ventana como pasaban enormes perros hambrientos olisqueando todo a su paso. El jabón, en esos casos, no es un aliado.

Le dije que no tenía porqué justificarse y que perdonase mis modales. Le acompañé al salón, donde tenía preparada, en la gran mesa de comedor, una tortilla de patatas con unos cuantos platos precocinados, de los que tenía bastantes provisiones. En un plato a parte había dos hermosos melocotones de la huerta de Raimundo.

Sara se quedó impresionada. Sin muchos miramientos, con una más que evidente hambre, empezó a devorar de todo un poco. Yo comí algo, no mucho porque no paré de hablar y relatar las aventurillas que había ido pasando desde que salí de Getafe. Incluido el episodio del oso, algo que la dejó un poco preocupada, porque no pensaba que pudiera haber esa clase de animales por la ciudad.

—No te preocupes, la finca está totalmente vallada y segura. Aquí no puede entrar nadie sin que yo lo vea.

—¿Y salir tampoco? —inquirió de manera un tanto dubitativa.

—Sara, ya te dije que eres libre de elegir cómo quieres vivir tu vida. Si un día deseas irte no pondré ninguna objeción. Aunque también te diré que juntos podremos enfrentarnos a los peligros de mejor manera que en solitario.

—Lo sé, perdona si te he molestado, no era mi intención. Tengo que asimilar todavía esto. Al igual que tú, hasta hace un día creí que estaba sola en el mundo.

Le dije que no se preocupase y que cuando terminase de comer, si le apetecía, le enseñaría la casa y el jardín. Eso la animó mucho y accedió sonriente. *Zas*, que en todo momento estaba a mi lado, miraba a Sara con curiosidad, no con temor como el día antes. Debía recordarle a su antigua dueña.

Después de comer Sara me pidió ver la casa. De manera sosegada, ya que no quería que se sintiese nerviosa o tensa en ningún momento, le fui explicando y enseñando cada lugar. Sabía que ella me estaba haciendo una especie de examen. Para saber si era realmente de fiar o tenía que estar en guardia conmigo. Yo lo veía normal porque en caso de estar en situaciones inversas habría hecho

lo mismo.

—Supongo que ya conoces tu habitación —sonreí—. No, no pienso ceder en esto. Es la tuya. Creo que estarás más cómoda ahí. A mí me da igual dormir en la de al lado o en el sofá del salón, que por cierto tiene una cama también, lo descubrí hace poco de la manera más accidental. Estos muebles de diseño...

Seguimos el recorrido. Le mostré la habitación-biblioteca donde guardaba, de manera un tanto desordenada, todos los libros, juegos y demás cosas de ocio.

—Si a esto le llamas desorden tenías que haber visto el salón de mi casa, donde he estado —dijo tratando de hacer una especie de gracia. Aunque le sonreí, tratando de corresponderla, ella se dio cuenta de que todavía era pronto para que pudiera hacer chistes de manera más natural, y se mostró reservada de nuevo.

Todavía seguía maravillado por el aspecto físico de Sara. El día anterior, cuando la descubrí con esos harapos malolientes, el pelo muy descuidado y su piel llena de pequeños arañazos y suciedad, no fue lo que se dice agradable. Sobre todo por el olor. Más bien todo lo contrario. El hecho de que había estado oliendo antes cosas mucho peores me hizo poder aguantarlo. Sin embargo, en ese momento, limpia y relajada en lo posible, me di cuenta de que era indudablemente hermosa. Muy guapa, con una belleza natural sin artificios de ningún tipo. Sus facciones eran muy bonitas y sus grandes ojos castaños tenían ese brillo que denotaba que era muy inteligente, con la mirada viva. Parecía más joven de lo que correspondería por su edad. Su aspecto era de una persona frágil, inocente, pero no había que dejarse engañar por esa apariencia, ya que por su experiencia en la vida, sobre todo la época reciente, no lo era en absoluto. Era una chica con carácter, como más adelante pude comprobar.

Desprendía un suave olor a perfume que supuse lo habría encontrado en el vestidor de la habitación. Su pelo, lacio y de color castaño, le caía por los hombros. Un delgado mechón de pelo se le venía de vez en cuando a la cara, haciendo que esta lo retirase continuamente con un ligero movimiento de la mano. Algo que me pareció muy atractivo. Producto del hambre, y las penurias que había tenido que soportar, tenía un porte en general algo alicaído. También estaba muy delgada para su estatura, ya que no era muy alta. Me dijo que tenía veinticinco años. Diez menos que yo. Esperaba que aquello no fuese óbice para poder entablar una buena amistad. En ese momento creo que estaba a años luz, supongo que a ella le pasaría lo mismo, en pensar en tener juntos una relación sentimental. Su voz era melodiosa y cálida, aunque costaba mucho sacarla algún dato sobre su vida anterior.

Para romper el hielo intenté hacerme el gracioso. Simulando la voz de un padrazo le dije: "Tiene que engordar un poco más, señorita. Que está muy flaca". Ella intentó sonreír pero le salió demasiado forzado, lo que me dejó un poco avergonzado. Estaba visto que ambos teníamos que conocernos todavía mucho más.

Seguimos recorriendo la casa. A Sara le encantó todas las estancias, incluido el *bareto*, que le pareció muy curioso y el otro salón interior, el que parecía más recogido. Lo que más la gustó, sobre todo, fue el jardín, con esa maravillosa sensación de amplitud que ella no había podido disfrutar en mucho tiempo. Además de la vegetación fresca que alegraba la vista así como el evocador olor de la tierra húmeda y el césped recién cortado. Advertí como la visión, a plena luz del

día, de los árboles y las plantas la produjeron un efecto calmante extraordinario. No había duda de que el jardín la encantaba y que en su decisión de quedarse o no aquel vergel pesaría mucho.

Terminamos la visita guiada en la piscina.

—Si alguna vez te apetece darte un baño no lo dudes. El agua todavía está algo fría, pero al mediodía apetece de veras darse un remojón. Yo lo hago casi a diario. Es muy refrescante y divertido. A *Zas* le encanta.

—Cuando encuentre un bañador de mi talla, a lo mejor —dijo casi en un susurro. Estaba algo turbada ante la perspectiva de bañarse con un desconocido.

—Eso me recuerda algo. La ropa que hay en el vestidor de tu habitación, ¿es de tu gusto y talla? ¿Necesitas más?

Sara señaló las mangas del chándal, demasiado largas.

—Soy un poco baja y la mujer que vestía estas ropas debió ser muy alta. Creo que voy a necesitar bastantes cosas. Lo malo es que en mi antigua casa no me queda nada que me pueda poner. Y tampoco querría volver a vestir nada de allí.

—No te preocupes. Un día de estos nos vamos de compras a la ciudad —afirmé sonriendo.

Ella me devolvió la sonrisa y volvimos a entrar en la casa. El salón estaba limpio pero tenía multitud de cosas por todas partes. Hasta entonces no me había preocupado de aquel "desorden ordenado", pero ahora veía que podía ser un estorbo con dos personas viviendo bajo el mismo techo.

—Esta tarde me pongo a colocar todo este desastre —dije mientras apilaba algunos libros, discos y revistas que había por doquier—. Para que puedas sentarte donde quieras sin tener que retirar ninguna cosa.

—Siento haberte estropeado tu modo de vida. Supongo que estarías mejor viviendo tú solo a tu aire.

La miré asombrado y negué con la cabeza.

—Eso ni lo menciones. Estoy contentísimo de que estés aquí. Si para que estés cómoda tengo que cambiar algunos hábitos lo haré sin ningún problema. Ah, se me olvidaba enseñarte el armero. Te lo digo para que no lo abras alguna vez y te creas que soy una especie de psicópata.

Me acerqué al mueble donde guardaba las armas, que estaba cerca de la entrada. Lo abrí de par en par.

—En los dos coches siempre llevo armas y equipo dentro del maletero. En casa guardo las armas de reserva. Ya te expliqué lo peligroso que puede ser salir ahí fuera sin tener un mínimo de precauciones. Tengo máscaras antigás de sobra, chalecos, cascos... De todo, por si algún día decides acompañarme. Cuando estés preparada, claro.

Sara se sentó en el sofá y cerró los ojos, como si se intentase relajar. Me senté cerca, aunque no al lado para que no se sintiera incómoda.

—¿Vivías sola en ese edificio? —indagué intentando averiguar algo más de ella—. ¿Cómo pudiste sobrevivir durante tanto tiempo sin salir a la calle?

Me miró con gesto cansado.

—Te agradezco todo lo que estás haciendo por mí, Miguel. Pero de momento no tengo ganas de hablar de todo eso. Por favor, compréndelo.

—Perdona. No quiero agobiarte. Cuando tengas necesidad de hablar, ya sabes dónde estoy —sonreí, mientras me sentía un poco estúpido por parecer un cotilla en aquellos momentos en los que era más que evidente que ella buscaba un poco de tranquilidad.

—¿Crees que habrá más gente ahí fuera? —divagué cambiando de tema—. Quiero decir, hasta hace dos días pensaba que no había más supervivientes. He patrullado por muchas calles de Madrid y nunca observé indicios de nadie vivo.

Sara alzó una pierna y se la metió debajo de su cuerpo, sujetándose el pie con la mano. Un gesto adquirido, supuse.

—Es posible. No creo que en todo el mundo, entre tantos millones de personas, seamos una excepción. No sería muy lógico pensar que si han sobrevivido sólo dos personas seamos también de la misma ciudad. Las probabilidades de que ocurra algo así son casi nulas ¿Por qué piensas tú que logramos sobrevivir a la infección?

—Nunca me he parado a pensar en ello detenidamente. Supongo que nuestro sistema inmunológico tenía algo que en los demás no había. No sé, una mutación o algo así. Yo nunca he tenido ni siquiera una gripe común.

—Yo tampoco —convino—. Puede que ahí esté la clave.

Hablando de algo que no estuviese centrado en ella parecía que se relajaba y se mostraba más afable. Cuando la preguntaba algo más personal enseguida se retraía. Por lo que seguimos conversando de otros temas más mundanos. *Zas*, que estaba a mi lado observando a Sara en todo momento, dio un pequeño ladrido para llamar su atención.

—¡Calla *Zas*, no molestes! —le reprendí—. Tendrás que acostumbrarte a este pequeño *wookie*. Es muy bueno y seguro que con el tiempo te cogerá confianza. Le costó un montón acercarse a mí la primera vez. Pero con...

Me interrumpí al ver como Sara, al hacer un pequeño gesto a *Zas*, este salió corriendo a su lado. Sara lo acarició y el perrito se acurrucó en su regazo. Sara me miró sorprendida.

—Qué cosas, le has caído muy bien. Seguro que le recuerdas a su antigua dueña. Volviendo a lo de la ropa. ¿Me puedes decir qué talla usas y qué clase de ropa te gusta? Mañana me acercaré a algún centro comercial, o a alguna tienda del centro, e intento conseguir algo. Más adelante, cuando quieras, podrás hacer personalmente tu propia selección.

—Las tallas para chica son muy distintas según el fabricante. Supongo que tallas pequeñas. No hace falta que te molestes mucho. Con ropa cómoda me vale. No sé, unos vaqueros, chándal, pantalones de montaña, cosas así. Lo que veas que sea cómodo. Con unas zapatillas de deporte y unas chanclas como las tuyas me sobra. Ya no tiene sentido que vaya como un pincel como en el trabajo.

Eso último me dio pie para intentar saber algo más de su vida anterior.

—Si no te importa decírmelo, ¿en qué trabajabas antes? Ya te dije que fui administrativo. Si me dices que fuiste granjera, fontanera o técnica de mantenimiento de grupos electrógenos me darás una gran alegría.

Por primera vez se rió de veras. Una risa muy llamativa y agradable. Ella se dio cuenta de que la miraba divertido y volvió a mantener la compostura.

—Era secretaria de dirección de una importante multinacional estadounidense en Madrid. Me

temo que mi antiguo oficio no servirá de mucho.

Conversamos un rato sobre nuestros antiguos trabajos. Nos reímos también de algunas anécdotas en los mismos, aunque casi siempre era yo el que hablaba. De momento me estaba costando mucho sacarla de aquel caparazón en el que parecía estar metida. Aunque tenía la esperanza de que con el tiempo saldría de él.

Paciencia, esa era la clave para todo.

***

Aquella noche Sara volvió a cerrar la puerta de su habitación con el pestillo de seguridad. No iba a ganarme su confianza de un día para otro. Mientras tanto, me dediqué un buen rato a dejar mi habitación un poco más acogedora para mi futuro uso. Era la que estaba justo al lado de la de Sara y evidentemente era mucho más pequeña. Eso me daba igual, puesto que sólo la iba a usar para dormir.

Al día siguiente me levanté temprano para prepararme para ir a por ropa para Sara, y de paso para mí mismo, como por ejemplo un bañador. Lo de bañarme desnudo en la piscina se había acabado. Sara me había dejado bien claro que no quería *trapitos*, sino ropa cómoda y sufrida. Y para eso no hacía falta buscar mucho.

Pensé en ir a la calle Preciados, pero recordé que el Corte Inglés situado allí estaba demasiado saqueado. La desolada zona tampoco invitaba a regresar de nuevo. Luego caí en la cuenta de que en el norte de la urbanización había un centro comercial. Era posible que no estuviese tan arrasado al hallarse en sus lindes y así no tendría que ir muy lejos.

Salí al salón con el mono policial negro y el chaleco ya puesto. Me senté un momento en el sofá, mientras daba cortos sorbos a mi café caliente y releía una revista de motos.

—Ahora si das un poco de miedo.

Sara bajaba por las escaleras, vestida con el mismo chándal del día anterior. Seguía igual de guapa. No había sido un espejismo.

—¿Cómo?

—Lo digo por el traje. Es broma —explicó mientras se sentaba en el sofá de manera un tanto retraída.

—Ah, es que voy a salir a *comprar* ropa. Tengo que ir preparado porque nunca he ido al centro comercial de esta urbanización. Es una zona no fichada.

—¿Queda lejos de aquí? —indagó Sara.

—En coche no creo que tarde ni diez minutos. Así que volveré pronto y en caso de que no te guste algo puedo ir a devolverlo —ella sonrió por mi gracia—. A propósito, hay café recién hecho en la cocina. Está caliente.

—Gracias. ¿Te importa que te acompañe?

Eso me sorprendió. Después de dos meses y medio viviendo sola en un piso, sin aventurarse mucho más allá, podía llegar a ser contraproducente. La podía entrar pánico o hasta una crisis nerviosa.

—¿No crees que es un poco pronto para eso? No sé, quizás deberías esperar un poco más. Hay escenas muy duras ahí afuera.

—Es que..., verás. También me gustaría encontrar ropa interior —explicó ruborizándose de inmediato.

Cierto. La pobre había salido con lo puesto de su barrio y debía estar incómoda con una ropa íntima que no era de su talla. No me había fijado en su cuerpo, por respeto y porque ese chándal tan amplio no dejaba vislumbrar nada de su posible talla. No podía traer nada sin correr el riesgo de equivocarme.

—Si crees que estás preparada no hay ningún inconveniente. Aunque tendrás que tener en cuenta algunas precauciones.

—¿Por ejemplo?

—Siempre, y cuando digo siempre es en todo momento, no te separes de mí hasta que estemos en un lugar seguro. Antes de salir del coche saldré yo primero a inspeccionar la zona para asegurarme de que no hay nada raro. ¿De acuerdo?

—Vale, no hay problema.

—Ya puestos, ¿sería posible que llevaras un arma? No te asustes, sería un pequeño revolver que me encontré en la comisaría de Policía de Leganés. Por si acaso.

—De momento, preferiría no llevar ninguna. No sabría manejarla y podría ser más un peligro que una posible ayuda.

Pensé que tenía razón, así que no insistí más.

Después de que Sara terminara de desayunar nos metimos en el Range Rover.

—¿Sabes conducir? —pregunté

—Sí, aunque mi último coche era un Peugeot muy pequeño. Pero no se me da mal.

—Hasta hace dos meses y medio no había conducido en mucho tiempo y ahora ya ves. Tú tranquila, que no corro mucho.

Ella sonrió y me recomendó que nos pusiéramos el cinturón de seguridad.

—Te repito de nuevo lo de antes. Cuando estemos ahí fuera vas a ver cosas muy desagradables. Me refiero a los cadáveres. Muchos y en muy mal estado. Sé por experiencia que al principio es un mal trago. Luego te acostumbrarás, aunque no al olor. A eso creo que uno no se acostumbra nunca.

—Tendré que hacerlo algún día. Si bien es cierto que no he visto tantos muertos sí que he visto cosas que... —se interrumpió bruscamente porque entraba en algo personal. No quiso seguir hablando de ello y yo tampoco insistí, así que arranqué y nos fuimos de *compras*.

Durante el corto camino, de no más de quince minutos, Sara me preguntó si había estado casado o viviendo con alguien.

—No, no estaba ni casado ni vivía con nadie. Tampoco salía con ninguna chica. La verdad es que llevaba una vida un poco triste. Mi padre murió hace muchos años y he vivido en Carabanchel con mi madre hasta que hace dos años me mudé a Getafe.

Mi sinceridad parece que le animó a contar algo más íntimo de lo acostumbrado.

—Yo vivía con mis padres, pero me iba a independizar pronto. De alquiler con unas amigas. Tampoco tenía ninguna relación sentimental. No quiero justificarme, pero mi trabajo no me dejaba mucho tiempo libre.

—Vaya, dos almas solitarias viviendo juntas —dije en plan poeta.

Sara me miró fugazmente pero no dijo nada. Nos quedamos callados hasta llegar a las puertas

del centro comercial de La Moraleja.

Aunque parecía bastante despejado, enseguida nos dimos cuenta de que había sido un lugar muy saqueado. La mayoría de los cristales de la fachada estaban destrozados y las puertas de entrada estaban forzadas.

—Los saqueadores, a no ser que fueran joyerías o cosas así, siempre dejaban algo. Seguro que encontramos todavía mucha ropa. Ya sabes, espera aquí dentro con las ventanillas subidas. Si se acerca algún perro no te pasará nada. De todos modos, si tuvieras que avisarme por algo toca el claxon. Seguro que te oigo. Pero ante todo estate tranquila porque no tardaré.

Sara asintió y me deseó suerte. Por primera vez desde que la atrapé en mis brazos, la toqué amistosamente el hombro. Ella no hizo gesto alguno de que le hubiera molestado. Me puse el casco y la máscara y me dirigí al interior.

Debí estar como una media hora recorriendo las dos plantas, más la baja, del centro comercial. Cuando volví al coche hice un resumen cuasi militar.

—Está mejor de lo que pensaba. En la planta baja hay poca cosa que nos interese. En la segunda planta sólo hay restaurantes, pero en la primera hay un montón de tiendas de ropa y zapaterías. Muchas de ellas tienen todavía bastante género. En cuanto entremos hay que girar a la izquierda, donde están las escaleras. A la derecha, al fondo, hay unos cines, pero he tenido que dar media vuelta porque sale un olor apestoso de dentro. Me temo que aquello es una ZCC. Por lo demás, no hay peligro de nada, aunque no te preocupes porque estaré vigilando.

—¿Qué es una ZCC? —inquirió intrigada.

—Perdón, es argot personal. Una ZCC es el acrónimo de zona de concentración de cadáveres. Hay tantas por Madrid que les puse un nombre genérico. Pero no tengo más palabras raras, exceptuando *bareto*, huerta de Raimundo y *cafetera*, que ya conoces.

Sara volvió a reírse con ganas. Lo hizo de manera sincera, lo que me animó bastante. Le pasé una de las máscaras y se la ajusté.

—Al principio cuesta respirar. Pero te acostumbraras pronto al olor del carbón activado. Créeme, es mejor que oler una ZCC.

Entramos y subimos a la primera planta. Gracias a los amplios ventanales había luz de sobra, aunque en algunas tiendas, como la de Zara, al ser tan grandes tuvimos que utilizar las linternas que llevábamos. Mientras Sara recorría incansable toda la estancia yo me mantenía alerta, con el fusil de asalto preparado.

Al rato, Sara apareció con un considerable montón de ropa.

—He escogido varias tallas de un mismo modelo. Me gustaría probármelos para no llevar tanta ropa inservible.

—Vale. Te espero aquí mientras vigilo. Ve a los probadores sin temor. Con cualquier problema da un grito.

Se dio la vuelta y se alejó buscando los probadores. Al cabo de unos segundos escuché sus gritos de terror. Rápidamente fui en su busca, con el seguro quitado y maldiciéndome por no haber asegurado bien la zona.

Me tranquilicé un poco al ver que Sara se encontraba de pie sollozando, al parecer sin ningún daño.

SEÑOR R

—Dentro del probador hay un cuerpo descompuesto. Con la máscara no lo he olido. Lo he visto con la luz de la linterna y me he asustado mucho. Perdona, no quería alarmarte. Ya estoy bien. Tenías razón, al principio es muy duro.

La hubiera dado un abrazo para reconfortarla, pero al hacer el ademán ella se agachó a coger la ropa del suelo, que se le había caído con el susto. Me quedé un poco chafado.

—Prueba en los del otro lado —dije mientras me daba la vuelta para volver a la entrada—. Asegúrate primero de que no haya sorpresas.

No debió ver nada raro porque no volvió a gritar. Yo estaba allí, quieto y a la espera de cualquier rumor sospechoso, aunque todavía pensaba en el corte que me había dado al rechazar mi abrazo. Seguramente, creyó que me iba a propasar o aprovechar el momento para ello. Tuve suerte de que no me cruzase la cara de una bofetada.

Al cabo de un buen rato, Sara volvió con un bulto menor de ropa.

—He escogido varios pantalones vaqueros, unas cuantas camisetas, un par de polos y varia camisas. Todas de mi talla. Me he fijado que hay una tienda de lencería. ¿Vamos para allá antes de ir a la zapatería?

Asentí y empecé a guardar toda la ropa en una gran bolsa de deporte que había traído.

—Oye Sara, me gustaría que supieras que lo de antes ha sido porque quería darte sólo un abrazo de consuelo. En ningún momento he querido molestarte. Te pido perdón si te he dado esa impresión.

—Soy yo la que te debo una disculpa. No supe interpretar tu gesto. Ya ves que todavía sigo a la defensiva. Dame tiempo, por favor. Sé que somos una mujer y un hombre en un mundo vacío. Entiendo que entre nosotros debería, algún día, surgir algo. Pero necesito tiempo.

Yo no había pensado en eso y me chocó que ella fuese la primera en hablar de ello de manera tan abierta. La de una posible relación en el futuro entre nosotros. Lo cual me dejó sin habla.

—No habías pensado nada de esto —dijo ella al ver mi cara de asombro—. Supongo que al haber sido secretaria de un jefe al que sólo me faltaba darle de comer, me ha hecho ver siempre las cosas de manera anticipada. Y me he adelantado a una situación como la que estamos viviendo. Los dos somos jóvenes y parece que podemos llevarnos bien. Vivimos en una misma casa y vamos a compartir juntos muchas situaciones. Creo que no es disparatado suponer que algún día tú y yo, ya sabes...

Al final terminó por cortarse y enmudeció.

—No lo había pensado, aunque supongo que tienes razón. A la vida monacal, como la que llevaba hasta hace dos días, se puede acostumbrar uno si no tiene a una mujer cerca. Supongo que no podemos olvidar, u ocultar, nuestros instintos.

Ella me miró con cierta vergüenza.

—No hablo de instintos —dijo al pasar por mi lado—. Debes tener claro que no voy a aceptar nunca ser una especie de concubina o un entretenimiento. Si algún día surge algo será porque habrá amor.

***

Con la interesante conversación que mantuvimos en el centro comercial me di cuenta de que

Sara no sólo era una persona inteligente, sino que además era muy sensata. Dos cualidades que en aquel mundo la iban a venir muy bien.

Ella había pensado ya en el futuro en sólo dos días. A toro pasado también llegué a la misma conclusión. ¿Cuánto tardaríamos en tener un sentimiento de atracción? Sin más gente que nosotros en la misma casa, un hombre y una mujer conviviendo las veinticuatro horas juntos... No había que dar muchas vueltas para llegar a una conclusión.

Sara había optado por no cerrar esa posibilidad: la de mantener algún día una relación sentimental conmigo. Es más, la daba por segura en cuanto ella consiguiera tiempo para aclarar su mente a la nueva realidad. Mi inicial euforia, por creer que la había conquistado en una especie de amor a primera vista, se vino abajo cuando comprendí que la otra alternativa que tenía Sara era irse a vivir otra parte. Con sus palabras me vino a decir que era persona racional y comprendía que un hombre y una mujer en un mundo solitario podían, o bien mantener relaciones con consentimiento mutuo, o era mejor despedirse porque al final habría problemas. Ella optó por lo primero porque no se atrevía, o no quería, enfrentarse sola a ese mundo. Al menos de momento. Aunque me pesara reconocerlo, yo era un mal menor. Sara hablaba de esperar a que surgiese el amor. Pero si eso no llegaba, ¿nos dejaríamos llevar sólo por los instintos primarios? Ella me había dejado bien claro que eso no pasaría. Desde luego, a pesar de no conocerla todavía bien y llevar tan poco tiempo juntos, sabía que al menos por mi parte podía dejarme llevar por mis sentimientos y no tendría ningún problema en estar con ella.

No quise dar más vueltas al asunto. De todos modos, tras aquel ataque de franqueza, Sara volvió a encerrarse en su mundo y no volvimos a hablar más del tema.

Regresamos a la casa bien cargados de ropa. Aparte de lo que consiguió en el Zara también nos *fundimos la tarjeta* en la zapatería y otras tiendas. Ella se llevó varios pares de deportivas, unas semibotas de *trekking* con aislante de agua, y varias chanclas de playa para andar por casa. Yo me hice con otras botas similares, ya que las vi muy robustas y cómodas para andar por el campo. Mientras Sara entró en la tienda de lencería yo me hice con más ropa para mí, además de alguna americana de esas informales para ir un poco arreglado. Con una mujer en casa no podía descuidar mi aspecto. Comprendí que debía volver a utilizar algo más que un simple jabón para estar más decente. Otra vez tocaba afeitarse de manera más regular, volver a usar desodorante y cortarse las uñas con frecuencia.

No supe lo que Sara se llevó de la tienda, porque salió con todo metido en una bolsa, pero debió ser bastante a juzgar por lo abultado de la misma. “Es algo muy íntimo que no te puedo enseñar”, me dijo cuando le pregunté sobre ello. En otras pequeñas tiendas nos llevamos más pantalones, camisas, camisetas, hasta algún perfume que había sobrevivido a los saqueos, aunque en la casa ya había unos cuantos. Así daba gusto ir de compras. Con el coche bien cargado dimos finalizada la jornada.

Esa noche sorprendí gratamente a Sara al poner un DVD en la gran pantalla del salón. La di la posibilidad de elegir la película y ella, viendo el amplio surtido de estuches que había en la habitación-biblioteca, se decantó por una comedia romántica. Se agradecía poder ver una peli en compañía. Las películas malas parecían buenas e incluso la comida sabía mejor. A su lado empecé a verlo todo de otra forma.

SEÑOR R

Las siguientes semanas fueron de acoplamiento de Sara a su nueva situación. Ella se ofreció a colaborar en todo lo que pudiera, sobre todo en el mantenimiento del jardín, que parecía que le gustaba especialmente. Ambos limpiábamos la casa y alguna vez me acompañaba al huerto de Raimundo a cuidarlo.

Aunque yo si me bañaba casi todos los días en la piscina a ella no le apetecía demasiado. "Todavía no hace suficiente calor, tengo que estar asfixiada", era su excusa aunque me daba cuenta de que todavía no se sentía cómoda para eso. Pero se reía mucho al ver mis saltos en plancha o cuando *Zas* saltaba encima de mí. Al menos ya no cerraba la puerta de su habitación con el pestillo. Si me había estado sometiendo a alguna especie de examen creo que debí aprobar.

Aunque seguía un tanto retraída y tímida ya no era raro oír su risa. Solíamos conversar largo y tendido, aunque nunca de nada relacionado con el periodo de la pandemia y los dos meses y medio que pasó en aquel piso. De todos modos me enteré de que, a pesar de ser muy joven, había conseguido ser secretaria de dirección porque su jefe era su tío. No tenía ningún reparo en admitir que había conseguido el puesto por enchufe y que, a consecuencia de ello, no despertó muchas simpatías entre sus compañeros. "Los muy idiotas se creían que tenía un lío con mi jefe, no sabían que era un familiar". Pero sabía tres idiomas y había demostrado que servía para el puesto. Tal y como ya me había comentado, antes de la pandemia estaba preparando sus cosas para mudarse de alquiler, a un piso del centro de Madrid junto con dos antiguas compañeras de la Facultad. Hacía tiempo que no salía con nadie, aunque había tenido novio formal durante una eternidad con un chico que conoció en el instituto. El aburrimiento de tan larga relación acabó matándola y se juró no caer de nuevo en el mismo error.

—No te preocupes, seguro que algún día encuentras a un chico majo —me aventuré a bromear.

Ella se rió con sinceridad, añadiendo que ese chico majo tendría que tener muchos detalles si quería llegar a conquistarla. Aquel fue nuestro primer momento de complicidad.

Sin embargo, no todo era tan agradable. Desde hacía un par de días me había preocupado una gran columna de humo en la capital que se podía ver a grandes distancias. No parecía un simple incendio. Me preocupaba que se descontrolase y acabara arrasando todo a su paso. No creía que pudiera alcanzar nuestra casa, aún así decidí investigar más de cerca. Sara se sintió un poco intranquila, aunque no sabía si era a consecuencia de la posibilidad de que me pasara algo o porque ella pudiera quedarse sola de nuevo si así fuera.

—Aunque se estuviera consumiendo la ciudad, ¿qué ibas a poder hacer tú? —preguntó cuando le dije que iba a echar un vistazo.

—Nada. Lo que quiero averiguar es hacia dónde se desplaza el fuego. Te aseguro que no voy a hacer de bombero heroico. Lo veré de lejos.

Me metí en el Range Rover. Tras despedirme de Sara con la mano, salí por la puerta de entrada.

Mientras avanzaba pensaba en las probables causas de aquel incendio. En el campo podía justificarse con aquel calor que sufríamos, a pesar de ser todavía junio. Siendo en la misma ciudad podía deberse a la rotura de alguna conducción de gas. Aunque no hubiese ya servicio de gas las tuberías estaban llenas de ese peligroso material y a falta de mantenimiento eran realmente peligrosas. Esa era la razón más lógica. Aunque podían ser tantas otras que era imposible saberlo a ciencia cierta.

SEÑOR R

La columna de humo negro, espeso y enorme por la falta de viento, parecía inmóvil en su posición. Al menos no avanzaba y eso es bueno.

No debía estar muy lejos del origen según me desplazaba por la Castellana. De hecho, empecé a notar el olor a humo. Esa vez la máscara era necesaria como ningún día. La enorme columna se erguía ya a poca distancia.

El Bernabéu se estaba consumiendo por el fuego.

Me detuve al divisarlo a varios centenares de metros. No quería acercarme más por si la estructura cediese y se viniera abajo. Era impresionante ver como desde el interior del mismo brotaba una columna de humo tan densa. La enorme cantidad de cuerpos que había allí, además de las butacas de plástico, hacía que prendiese como una tea gigantesca. "Al menos esa ZCC va a quedar limpia", pensé mientras me ajustaba mejor la máscara, ya que el humo, a pesar de hallarme alejado, me rodeaba por momentos. El poco viento presente evitaba al menos que este se desplazara por toda la ciudad. ¿Cuánto tiempo tardaría en extinguirse aquel fuego? Podía estar así durante días. Hasta que todos los cuerpos que contenía quedaran completamente carbonizados.

Era hipnótico mirar aquel bello desastre. ¿Cómo se había podido iniciar? Volví a rememorar algunas de las posibilidades y eso me produjo un malestar terrible. El fuego, al fin y al cabo, era purificador y daría descanso a sus almas.

"Descanso a sus almas". Era curioso que pensara en aquello cuando yo nunca había sido una persona creyente. Más bien todo lo contrario. ¿Sería yo un nuevo *Adán* y Sara la nueva *Eva*?

—El humo me está volviendo gilipollas —dije en voz alta.

Cuando regresé a casa *Zas* salió a recibirme como acostumbraba siempre, abalanzándose hacia mí lleno de alegría. Eso siempre era de agradecer. Sin embargo, Sara no salió.

—¿Sara? —la llamé nada más entrar en la casa.

No recibí ninguna contestación. Subí a su habitación y llamé a la puerta.

—¿Estás ahí?

Nada.

Miré en el *bareto* y en la parte de la piscina, pero no estaba por ninguna parte. La llamé a gritos por toda la casa.

Nada de nuevo.

Me empecé a preocupar. No porque la hubiese pasado algo, sino porque hubiera decidido abandonarme. En realidad, me angustió ante aquella posibilidad. Miré a *Zas*, como esperando que me ayudara. Pero este estaba olisqueando el suelo como hacía siempre.

Si no estaba en la casa tenía que haber salido. Pero el otro coche estaba en el garaje. Y si había salido andando no debía estar muy lejos. Volví al Range Rover y salí de nuevo a la calle.

Derecha o izquierda. ¿Habría ido por su cuenta al centro comercial? En coche se tardaba un cuarto de hora, pero andando a buen ritmo podía llevarla una media hora o tres cuartos. Decidí ir hacia allí puesto que no tenía otra alternativa.

No iba rápido para poder ir echando un vistazo por los márgenes de la carretera, por si la veía andando por alguna parte. Noté como la angustia se iba apoderando de mí.

Llegué al parking del centro. Toqué el claxon unas cuantas veces, aunque luego me arrepentí, porque si de verdad me había dejado lo último que haría Sara sería acercarse al vehículo. Salí del

coche y entré en el centro comercial. No sabía adónde ir y aquel lugar era lo único que había visto Sara tras su llegada. Volví a inspeccionar la planta baja y la primera. Registré Zara a conciencia y en especial a todas las tiendas donde habíamos estado la última vez.

Oí un ruido en la segunda planta, donde estaban los restaurantes. Caí en la cuenta de que con las prisas no había cogido ni el fusil ni la escopeta. Ni siquiera la linterna o el casco. Al menos tenía la pistola. No la saqué de la funda ya que si se trataba de Sara podía llegar a asustarla. La situación me recordó a la terrible aparición en el Mercado de la Cebada. Me detuve varias veces, según subía por las escaleras, para comprobar el origen del sonido. Parecían pisadas de perro. Desenfundé la pistola y la monté con sumo sigilo.

En cuando subí a la planta el perro salió de detrás del mostrador de uno de los restaurantes que había a la izquierda. Era un perro de pelaje negro sin raza determinada. De tamaño medio y aspecto de tener un grave problema de sarna. Me miró asustado, escapando de inmediato hacia el lado contrario. No tenía ninguna intención de perseguirlo y menos de acercarme a un perro sarnoso. Miré alrededor y volví a bajar. Me subí de nuevo en el coche y me puse a pensar. Había estado fuera menos de una hora y media. ¿Cuánto podía recorrer una persona en ese tiempo? Si iba andando podían ser unos siete u ocho kilómetros. Pero en cualquier dirección. Con abatimiento pensé que si Sara se había ido era porque así lo había deseado. Yo mismo la dije, nada más conocernos, que si lo hacía yo no pondría ningún impedimento. Aquella búsqueda no tenía sentido. Resignado, arranqué y volví a casa muy apesadumbrado. Jamás había experimentado aquella sensación de pérdida, ni siquiera por la desaparición de mi madre. Me di cuenta de que Sara representaba mucho más que una mera compañía.

Al llegar parecía que Sara no había regresado. Aunque no había estado mucho tiempo en las cercanías del Bernabéu tenía la cara un poco ennegrecida por el humo. Fui al baño a asearme. En la habitación me cambié de ropa por otra limpia y me dispuse a bajar al salón. Cuando salía de la misma oí un ruido en la habitación de matrimonio. Mi corazón se aceleró de manera inmediata.

—¿Sara? ¿Estás ahí?

—Un momento, que me estoy secando el pelo.

Que tonto había sido. Había llamado a su puerta, incluso llegué a abrirla, pero no la del baño y supuse que no estaba. Sara salió con el pelo todavía húmedo, con un enorme albornoz blanco. Había pasado de una intensa tristeza a una inmensa alegría en menos de una hora. La vida volvía a tener sentido para mí.

—¿Qué tal? ¿Descubriste el origen del humo? —preguntó sonriendo.

—Sara, sé que te parecerá muy raro, pero necesito que me abraces. De verdad, lo necesito.

Ella se quedó un poco cortada ante mi petición, pero no puso ninguna objeción y abrió sus brazos de forma tímida. La sensación que experimenté entonces fue la más reconfortante y cálida que había tenido en toda mí vida. Una mezcla de calor humano, de desahogo, de haber encontrado lo que siempre había buscado, o siempre había ansiado tener. Allí, fundidos en un tierno abrazo, nos quedamos un buen rato. Sin duda, ella también lo necesitaba porque cuando nos separamos tenía los ojos bañados en lágrimas.

Cuando bajamos al salón le expliqué lo ocurrido, lo del Bernabéu y mi paseo por el centro comercial. Ella se rió al principio y luego me compadeció al saber que me había angustiado tanto.

—Ya sé que te dije que podías irte cuando quisieras, que no pondría ninguna objeción. Aunque nos conozcamos desde hace tan poco tiempo creo que me costaría mucho volver vivir otra vez como antes —me sinceré sin temor.

—Ni se me había pasado por la cabeza marcharme. Desde luego, si así fuera nunca lo haría sin decírtelo. No soy ninguna desagradecida.

—No sé tú, pero ahí arriba, cuando estábamos abrazados, te puedo decir con toda franqueza que no había experimentado una sensación tan agradable en mi vida.

Ella me miró y se levantó.

—Yo también necesitaba algo así y me alegro de que haya ocurrido porque ahora me siento muy bien —dijo al tiempo que se retiraba el pelo de la cara con aquel gesto que me encantaba—. Ha sido muy reconfortante.

En ese momento me di cuenta de que me había enamorado. Supe así que todas aquellas sensaciones que había experimentado, como el agobio al pensar que me había abandonado, o el abrazo, eran producto de ello. Quise decírselo en aquel instante, pero me corté en el último segundo.

Sara volvió a su habitación para terminar de secarse el pelo y vestirse. Y yo me quedé en aquel sofá, tumbado con un enorme alivio en mi interior por saber que todo volvía a la normalidad. Cerré los ojos un momento, para seguir disfrutando de aquellas sensaciones. Y me quedé dormido al poco rato.

***

Sara había cambiado muchísimo desde aquel cálido abrazo. No fue el único que nos dimos, porque de vez en cuando nos obsequiábamos con alguno. A los dos nos gustaba y nos producía un efecto tan agradable que era difícil renunciar a ellos cuando se lo solicitaba. Aunque alguna vez era ella la que me los requería. La calidez humana era algo que no abundaba en aquellos días y aquellas muestras de afecto nos hacían mucho bien a los dos.

Yo sentía, y supuse que a ella también la pasaba lo mismo, que esos abrazos vendrían seguidos, algún día, de algo más. Los dos lo notábamos. Era más que evidente que yo estaba enamorado de ella, y que ella sentía algo. O al menos así lo creía yo.

Sara había cambiado, para mejor. Ese mundo interior en el que había vivido los primeros días lo había desterrado por completo. Ahora no pasaba mucho tiempo sin escuchar cómo se reía o canturreaba, sobre todo cuando se ocupaba del jardín, su actividad favorita.

Aquel día la propuse dejar un día libre para salir de excursión y aprovechar así el magnífico tiempo que disfrutábamos.

—Vayámonos al campo. ¿Te apetece? —pregunté mientras desayunábamos, sentados en la cocina.

—Me gustaría mucho porque siempre me ha encantado hacer senderismo —respondió entusiasmada con la idea.

—Se me ha ocurrido que podíamos acercarnos a la sierra. Incluso podemos pasar la noche en alguna casa rural que veamos que esté bien. Me apetece ir de fin de semana.

—¡Genial! —exclamó visiblemente contenta—. Habrá que preparar una buena tortilla de patatas.

SEÑOR R

—Hace tiempo que se me acabaron las patatas y no he visto huevos frescos desde hace una eternidad.

Era más que evidente que andábamos mal de productos básicos. Leche, pan, huevos o patatas. Ninguna de esas cosas se podía encontrar ya en la ciudad en buen estado.

—Había pensado, y no te rías por favor, tratar de traernos alguna vaca, o incluso varias.

Sara me miró incrédula, aunque sabía por qué lo decía. La falta de productos frescos no era nada bueno para la salud.

—¿Y cómo lo hacemos?

—En realidad había pensado que, ya puestos, seguro que encontramos gallinas o cerdos. Tenemos que empezar a producir nuestros propios alimentos frescos sino queremos pasarlo mal en el futuro. Lo del transporte no debería ser mucho problema. Hay muchos camiones, o grandes furgonetas, por todas partes. Sin ir más lejos, en los polígonos industriales que hay al otro lado de la carretera de Burgos. Allí podemos hasta elegir. Conducirlos llevará lo suyo, pero lo único que me preocupa es poder pasar por las carreteras con un camión. Ya sabes que la mayoría están más o menos atestadas de vehículos. Podemos aprovechar esa salida de excursión para ver cómo está la cosa, los accesos y ver en qué parte de la sierra podemos encontrar animales. Tampoco quiero tener un corral lleno de bichos, porque no sabemos cuidarlos y tenemos que aprender antes de lanzarnos a tener una granja.

—¿Los meteríamos en el jardín? —indagó preocupada porque los animales acabasen con el querido vergel que cuidaba con tanto mimo.

—Por higiene tampoco nos conviene tenerlos cerca. Había pensado en meterlos en aquella enorme parcela de la mansión de la que te he hablado alguna vez: “Villa Casaverde”. Tiene unas enormes praderas que están alfombradas de hierbas, hierbajos y pequeños arbustos. Allí metemos a las vacas y cerdos que tengamos. Las gallinas las podemos meter en un corralito, o algo así, que improvisemos en la parte de atrás de la casa, ya que no son tan aparatosas como los otros animales y podemos criarlas aquí mismo. Nuestro jardín es nuestro espacio de reposo. Quédate tranquila, que no se lo comerá ningún animal.

Sara sonrió aliviada.

—¿Cuándo tienes pensado hacer la excursión? —preguntó mientras se ponía de pie, al tiempo que se estiraba de manera muy graciosa.

Me levanté y me acerqué a ella, con unas irrefrenables ganas de darle un buen abrazo. Estaba especialmente guapa con aquella camiseta roja y unos pantalones vaqueros gastados. Con el pelo recogido en una coleta y un mechón cayendo por su frente. Ella sabía que me gustaba verla recogiéndose el pelo de la cara. Quizás porque lo sabía, siempre se dejaba un mechón suelto.

—Cuanto antes mejor —respondí, todavía embobado—. Si quieres salimos esta tarde. No tendríamos que llevar mucho, salvo algunas provisiones. Encontraremos más en los pueblos por los que pasemos.

Sara se acercó y me abrazó de manera algo distinta a la habitual. Pasó los brazos por la espalda, dando un ligero apretón a mi cuerpo, atrayéndolo al suyo. No había duda de que estaba muy contenta por la idea y se había dejado llevar. Aquel gesto significaba que ya confiaba plenamente en mí. Entonces, cuando nos separamos un poco, para mirarnos tras el abrazo, me acerqué de nuevo.

Ella creía que quería seguir abrazado y también se acercó, ladeando ligeramente su cabeza para pasar a un lado de la mía. En el último instante volteé la mía en la misma dirección para interceptar la suya.

Y la besé.

En un principio, en ese segundo vital en el que uno se la juega a cara o cruz, noté como ella se había sorprendido. Pero salió cara porque no hizo gesto alguno de querer separarse y siguió besándome. Al principio con cierta timidez y luego con más ardor. Por fin habíamos roto esa barrera que pasaba de la amistad al amor.

No sé cuánto tiempo permanecimos allí abrazados, besándonos como dos adolescentes. Cuando tuvimos el suficiente ánimo para separarnos ambos teníamos enrojecidas las comisuras de los labios. Nos quedamos un instante mirándonos, intentando asimilar lo que acababa de ocurrir.

—Supongo que era algo inevitable —susurró algo cortada aunque con una gran sonrisa que iluminaba su cara.

—Supongo... Yo... Siento algo por ti, Sara —solté sin poder evitarlo.

Ella sonrió y me dio un pequeño beso. Luego me dijo que si queríamos irnos por la tarde debíamos preparar las cosas. Acto seguido subió a la habitación para preparar una bolsa con algo de ropa, mientras canturreaba una alegre melodía.

No me molestó que no me revelase sus sentimientos al decirle yo los míos de manera tan abierta. Supuse que ella no estaba tan enamorada. Quizá para ella era un sentimiento algo más básico que el amor. Me daba igual. Por fin habíamos dado el gran paso y eso era lo único que importaba de momento.

Esa tarde, cuando ya habíamos metido en el Range Rover varias bolsas con algo de ropa y provisiones, estábamos bastante entusiasmados. Tanto por la perspectiva de salir y cambiar de aires, aunque bien conscientes del posible peligro que eso entrañaba, como por la agradable sensación de haber iniciado algo entre nosotros que podía llegar a ser muy hermoso. Iniciar una relación en aquel mundo yermo era lo mejor que nos podía pasar. Tuvimos que llevar también a *Zas*, porque no nos gustaba la idea de dejarlo allí solo varios días.

Dejamos atrás la casa. La todavía bien visible columna de humo del Bernabéu, y la ciudad fantasma de Madrid. Tenía la sensación de que me iba a venir muy bien salir un poco de la ciudad y disfrutar del campo. Por lo pronto, tuvimos suerte ya que la Autovía de Colmenar, que iba hacia el noroeste de la comunidad de Madrid, tenía otro carril "habilitado" por los militares a semejanza del de la Castellana. No era de extrañar, porque al rato pasamos por la Base de El Goloso, de una unidad acorazada del Ejército de tierra, y por tanto lugar de origen de los carros de combate que había visto los últimos meses por Getafe y Madrid.

Gracias a que el Range Rover era un buen coche todo camino pudimos sortear las aglomeraciones de vehículos que se desparramaban por la carretera, metiéndonos por arcenes y caminos paralelos. El manejo de la tracción cuatro por cuatro se hacía necesario en esas ocasiones. Con otra clase de vehículo, como el monovolumen, no hubiéramos podido pasar. Eso nos hizo replantearnos qué haríamos por aquella carretera cuando lográsemos hacernos con un camión lleno de ganado. Sara bromeó sugiriendo que utilizásemos un tanque para abrirnos paso y yo me reí, aunque no deseché la idea. No tenía pensado conducir un carro de combate, que no sabría ni cómo

poner en marcha, sino otro camión que fuera abriendo brecha.

Y la verdad es que lo íbamos a necesitar. Sara se horrorizó al ver la fila de vehículos en los arcenes, o en la misma carretera. Uno detrás de otro, apilados o volcados, producto del paso de los tanques del Ejército. En muchos de ellos todavía se podían distinguir los restos de los antiguos ocupantes. Una visión nada agradable.

Desde que habíamos salido de la Moraleja, hacía ya casi hora y media, tenía ganas de parar. Habíamos pasado ya Colmenar Viejo y circulábamos en paralelo con el Embalse de Santillana, al que dejamos a la derecha cuando giramos en dirección a Navacerrada. No quería detenernos para descansar o comer algo, sino para besar a Sara. Así de simple. El deseo que sentía por ella se había liberado en mí, después de lo que había pasado aquella mañana en la cocina. Algunas veces, durante el trayecto, ella me señalaba alguna cosa por la ventanilla de su lado y yo miraba. Y sólo la veía a ella. En un momento dado me detuve con la excusa de consultar el mapa de carreteras. Cuando Sara se acercó a señalarme un posible lugar donde acercarnos le di un beso en la mejilla. Ella me miró y me besó en la boca.

Sólo el insistente ladrido de *Zas* nos sacó de aquella maravillosa pausa.

A unos quince metros de nosotros había un par de vacas negras y flacas que nos observaban con esa lánguida mirada típica del ganado. Eran hembras de toro bravo. No servían para el ordeño pero si para unos buenos filetes. Le pregunté a Sara si nos animábamos a ello. Esta, tan sensata como siempre, me explicó que era mejor esperar a encontrarnos en algún lugar donde pudiéramos despedazar, cocinar y comer con tranquilidad. De todos modos, ninguno de los dos nos creíamos con ánimos de llevar a cabo algo así con un animal. Al menos de momento. Pero algo tendríamos que hacer porque la caza nos iba a proporcionar también los nutrientes que necesitábamos.

Seguimos avanzando, cada vez más rápido porque el número de vehículos en la carretera era menor. Tras pasar Navacerrada nos adentramos en el valle del Lozoya. Como ya se iba haciendo un poco tarde, aunque nos quedaban varias horas de luz, decidimos buscar un lugar donde pasar la noche. Entre los pueblos de Gargantilla del Lozoya y Navarredonda encontramos una casa grande con muy buen aspecto. Era una antigua casa rural de dos plantas, con un pequeño cercado de piedra que contenía un pequeño jardín con un césped ya muy crecido y descuidado. Preparé la escopeta y salí del coche.

—No sé cómo estará el tema de los perros en el campo —dije antes de avanzar hacia la casa—. Hay que seguir con las precauciones. Ya sabes, quédate aquí con *Zas* hasta que vea cómo está por dentro.

—Vale. ¡Eh, espera! —me llamó cuando había avanzado unos metros.

—Dime.

—¿No te olvidas de algo? —preguntó mientras sonreía.

Yo también sonreí y la di un beso. Ella me tocó la cara con una mano. Cerré la puerta del coche y preparando la escopeta me fui. A los dos segundos Sara, bajando la ventanilla del coche, gritó:

—¡Yo también siento algo por ti!

***

Amaneció un día bastante gris, incluso con niebla en la parte alta del valle. Hacía un poco de

fresco, a pesar de que en los últimos días había hecho muchísimo calor en la capital. El campo era otro mundo y se agradecía un poco de frescor.

Mientras preparaba el desayuno, a base de café bien caliente gracias al camping gas que llevamos y unas tostadas con mermelada hechas con pan integral, pensaba en lo bien que me encontraba. La incipiente relación con Sara me había dado nuevos bríos y ya no veía ningún problema que no se pudiese solventar.

La casa en la que nos habíamos alojado era un antiguo alojamiento rural, bastante bien conservado, con media docena de habitaciones decoradas al estilo rústico. Cuando entré a inspeccionarla, el día anterior, no hallé ningún cuerpo, por lo que nos quedamos a pasar la noche.

Había dormido en la habitación contigua a la de Sara. Aunque ya nos habíamos revelado nuestros sentimientos todavía era pronto ir más allá. Aunque Sara no me dijo nada, se mostró aliviada cuando supo que dormiríamos separados. Creo que tenía un poco de vértigo ante lo rápido que estaban pasando las cosas. No hacía más que unas semanas desde que nos habíamos encontrado y ya teníamos una relación especial. Tras la frugal cena, a la luz de las velas en el salón de la casa, seguimos besándonos con pasión, pero nada más. Yo quería ir tranquilo, sin forzar ninguna situación que a ella la pudiera violentar, lo cual notaba que agradecía.

A través del ventanal observaba la agradable quietud del ambiente de la montaña. Veía los robles a lo lejos y los prados con hierba muy crecida y frondosa. En un momento de mi anterior vida había fantaseado muchas veces con alejarme de la ciudad para vivir en algún lugar como aquel. Alejado de las prisas de la gran ciudad y su polución. De la vida organizada en torno a un trabajo rutinario o una hipoteca. Pero, una vez más, mi carácter lo desechó buscando siempre excusas de lo más triviales para no dar el paso. Y tuvo que ser una pandemia la que hiciese posible que disfrutara de una paz interior como nunca tuve. Me notaba pleno a pesar de las terribles cosas que había tenido que ver y soportar en los últimos meses. Eso ya no importaba. El mundo se había ido a la mierda y yo, sin embargo, era una persona feliz.

La puerta de la habitación de Sara, en la planta de arriba, se abrió y escuché que bajaba por la escalera. Me giré, con la taza de café todavía humeante, y sonreí como un bobo al contemplarla. Llevaba puesto unos pantalones de montaña, un suéter gris oscuro, debajo del cual se podía ver el cuello de una camiseta blanca y sus pesadas botas de *treeking*. El pelo lo tenía recogido en su acostumbrada coleta, esta vez sin mechón alguno por la cara. Estaba lista para salir al campo. Vestida como una sencilla montañera la encontré muy hermosa.

—¿Qué haces todavía vestido así? —dijo al mirarme. Yo llevaba todavía la ropa con la que había dormido: una camiseta, unos pantalones cortos y las chanclas.

Puse cara de resignación.

—Te he hecho café caliente y unas tostadas integrales con mermelada. Buenísimas, por cierto —contesté al tiempo que me levantaba y colocaba una silla al lado de la mía.

Sara me dio las gracias con un tierno beso y miró por la ventana mientras sostenía la taza de café con ambas manos.

—¿Has visto algo de interés? ¿Alguna vaca? —preguntó casi con una risa.

—Nada. Esto está demasiado silencioso. No he oído ni a los pájaros. Es pronto, no son ni las ocho, así que siéntate y desayuna con tranquilidad. Quiero hablar contigo sobre las precauciones

que tenemos que tomar hoy.

Sara se sentó y empezó a untar una tostada con un poco de mermelada.

—Vamos a intentar ir por algún camino de tierra, con el coche. En caso de que tengamos que salir no te separes de mí. No vas armada y eso te deja indefensa ante cualquier peligro. Me dijiste que lo de las armas no era lo tuyo y eso es algo que vas a tener que superar. La primera vez que disparas es una sensación un tanto rara, pero terminarás acostumbrándote. Es más, a veces es hasta divertido, sobre todo en las prácticas. Cuando podamos te daré alguna clase básica. El fusil militar, o la escopeta, son un poco aparatosas para una mujer de tu tamaño. Aunque tendrás que manejarlas algún día. No te vas a librar. De momento, aprenderás a utilizar una de esas —señalé mi cinturón con la pistola de nueve milímetros que estaba en la mesa de la entrada.

Sara me miró algo disgustada.

—Ya sé que es importante, pero me aterra que se me pueda disparar un arma por accidente. No me veo manejando una de esas con soltura, la verdad.

—Hace dos meses y medio pensaba exactamente lo mismo que tú, y ya ves, ahora. Soy una especie de Clint Eastwood —reí mientras hacía una mueca queriendo imitar al mítico actor.

Sara sonrió. Se acercó y puso su cabeza en mi hombro.

—Lo intentaré, pero ya verás qué mala soy. A todo esto, ¿cuál es el plan de hoy, a parte de ir por un camino de tierra con el coche?

—Ese era todo mi plan. Improvisaremos sobre la marcha.

Me terminé de vestir con unos pantalones caquis desmontables de esos que utilizaban los montañeros en sus excursiones; mis botas de *treeking* y una camiseta debajo del chaleco policial. Tuve algunas dudas a la hora de elegir el arma a llevar. El fusil de asalto era en principio la mejor opción, pero el fusil de francotirador fue más tentador, ya que la misión era buscar ganado por la zona u otra clase de animales que pudieran sernos útiles. La mira óptica del mismo era lo mejor para eso. Por el contrario, era algo engorroso de llevar. Al andar por el campo me imposibilitaría poder llevar otra arma sin sufrir el peso excesivo. Sara quedaba descartada para armarla, aunque después de mucho insistir accedió a transportar la escopeta. Eso sí, descargada y amarrada a la espalda. Además, llevaba mi pistola de nueve milímetros, que ya casi formaba parte de mi cuerpo, y la pequeña mochila donde llevaba algunas provisiones como chocolatinas, agua, una linterna y los cartuchos para la escopeta. En principio, no estaríamos más que desde por la mañana hasta las primeras horas de la tarde, para poder volver a la casa antes del anochecer.

La primera hora fue bastante plácida, como si estuviésemos paseando. Poco a poco, el terreno empezó a ponerse más difícil, ya que estábamos ascendiendo, y la cuesta arriba se le empezaba a atragantar a Sara, que se quejaba del excesivo peso de la escopeta. Yo llevaba el fusil de tirador a la espalda, notando también su peso, aunque soportable para mí. De todos modos, nos detuvimos unos minutos debajo de la sombra de un robusto roble. La neblina matinal se había levantado y el sol empezaba a castigarnos.

—Vamos a subir hasta lo alto de esta colina. Arriba podremos otear bien los alrededores. Así que hay que hacer un esfuerzo. Venga, vamos Sara, que ya falta poco —intenté animarla, pero ella resopló de cansancio aunque se levantó y empezó a andar.

Me puse a su lado y le ofrecí mi mano para ayudarla en la ascensión. Sin embargo, rechazó mi

ayuda, diciendo de manera un tanto orgullosa, que no era una ninguna blanda.

Pero a los diez minutos, Sara empezó a quejarse de por qué teníamos que llevar la condenada escopeta, que pesaba mil demonios. El cansancio empezaba a ponerla de mal humor. Yo, que llevaba mucho más peso, no estaba tan cansado producto de mi mejor condición física. Después de aquellos pocos meses sin parar había experimentado una gran mejoría física, no así Sara que no había podido ejercitarse del mismo modo.

—Espera. Dame la escopeta. La llevaré en las manos.

Sara se enfadó aun más, diciendo que la llevaría ella, que subiría la escopeta de las narices aunque reventara. Yo me reí, porque me hacía gracia verla de aquel modo, pero ella se enfadó todavía más. Al menos eso sirvió para que, aunque fuera por amor propio, siguiese andando.

Después de una tortuosa media hora por fin llegamos a la cima de la loma. Nada del otro mundo pero que a Sara le pareció un ocho mil del Himalaya. Se derrumbó en un pequeño claro con abundante hierba, dejando la escopeta a un lado con un gesto desabrido. Estaba roja como un tomate, sudorosa y jadeando del esfuerzo. Con los gestos de las manos, sin decir ni una palabra, me pidió agua.

—Estás muy floja, Sara. No te preocupes, yo al principio también estaba así, luego he mejorado mucho.

Sara me miró todavía bebiendo agua. Al cabo de unos segundos, ya saciada y reposada, sonrió.

—Es que me ha costado un montón la subida. Sí, estoy floja. Pero no sé por qué te has empeñado en subir la escopeta, si ya llevas armas para invadir todo un país. ¿Para qué quieres más?

—Nunca son las suficientes, cariño —respondí con una sonrisa.

Era la primera vez que la llamaba así. Ella se dio cuenta y me sacó la lengua. Un paso más en la normalización de nuestra relación.

Me levanté. Con el fusil de francotirador bien agarrado empecé a otear la distancia a nuestro alrededor. No había mucho. Lomas, campos con frondosa hierba salpicadas de pequeñas rocas al norte, más lomas y bosquecillos de robles al oeste, pero ni rastro de ganado de ningún tipo. Al este, sin embargo, hallé a lo lejos una especie de cabaña solitaria. Parecía un almacén para guardar utensilios propios de la ganadería. No en vano estábamos dentro de un enorme vallado que en su origen debió ser una hermosa finca con vacas. Algunos excrementos solidificados atestiguaban aquel pasado ganadero. La pequeña cabaña sería utilizada por los guardeses de la misma para almacenar sus aperos.

Decidimos acercarnos por aquella zona. No había que ascender mucho. Con un poco de suerte, encontraríamos más allá alguna vaca desperdigada.

Esta vez Sara si me dio la mano. Parecía que se le había pasado el enfado. El terreno, aun siendo ascendente, era mucho más suave que la anterior colina y no la costaba progresar tanto.

Cuando llegamos a la cabaña confirmamos que era un pequeño almacén. En bastante mal estado, antiguo y abandonado desde hacía años. Aproveché el momento para volver a otear en derredor. Nada, las mismas lomas, los mismos pastos con pequeñas rocas y los mismos bosquecillos de árboles. Algo me llamó la atención durante esos escasos segundos en los que miraba por la óptica del fusil.

—Un momento —susurré volviendo a pasar el fusil en el mismo arco visual que había hecho—.

SEÑOR R

Joder, eso de allí no son rocas entre las hierbas. ¡Son perros tumbados!

Eran unas ocho o diez figuras caninas que estaban recostadas entre la espesura de la hierba. Por su quietud y color me habían parecido unas rocas. Una de esas figuras se levantó y pareció olisquear el aire.

Me di cuenta de que la ligera brisa iba hacia ellos. Les estaba llegando nuestro olor. Y habíamos sudado bastante.

Empezaron a incorporarse todos los perros. Uniéndose en una especie de coreografía mientras correteaban de aquí para allá, como tratando de captar bien el olor que les llegaba. Algunos de los animales enseñaban los dientes a otros ejemplares, que con el rabo entre las piernas se apartaban a un lado ante su presencia.

—Son lobos.

Sara me miró asustada, dando un paso hacia atrás.

—¡Rápido! ¡Busca una entrada en la cabaña mientras intento pararlos!

Puse una rodilla en tierra y me preparé para abatir a los lobos.

Estos empezaron a andar en nuestra dirección, muy separados entre ellos. Estaban lejos, pero si se ponían al trote podían alcanzarnos en menos de medio minuto. El primer lobo al que apunté había empezado a correr. El movimiento de los animales era rapidísimo y me dificultaban en extremo la puntería. En ese momento eché de menos no haber llevado el fusil de asalto.

Disparé. Nada. Disparé otra vez. Nada. Los lobos corrían con presteza. Al oír los disparos, en vez de huir o aminorar el paso, saltaban o incluso zigzagueaban dejándome sin opción alguna de poder acertar. Oí a Sara que me llamaba angustiada para que entrase en la cabaña. No me lo pensé mucho más y corrí hacia allí cuando los lobos se encontraban ya a menos de doscientos metros.

Tras cerrar la puerta de la cabaña me di cuenta de que más que una cabaña era un cobertizo. Unas simples maderas puestas como un corral con un tejado cochambroso. No me inspiró ninguna confianza y hasta pensé que si los lobos se abalanzaban podrían llegar a derribarla.

Dejé el fusil en el suelo y saqué los cartuchos de la escopeta. Sara ya la tenía en sus manos cuando fui a pedírsela. Con evidentes muestras de nerviosismo empecé a cargarla, mirando a mí alrededor por si había algo que pudiese sernos de alguna utilidad en la defensa. Sara estaba aterrada pero conservaba todavía la entereza.

No había ninguna ventana, así que sólo podíamos oír a los lobos correteando alrededor. De vez en cuando se percibía algún roce en las maderas. Sin duda, estaban haciendo un reconocimiento a la estructura para aprovechar cualquier punto débil. En el tejado había varias aberturas por las maderas que se habían caído, dejando entrar algo de luz.

—No hay ni un mísero agujero por donde sacar la escopeta y disparar —dije apesadumbrado, porque estábamos metidos en un buen lío. Me acerqué a la puerta y comprobé que no se podía abrir de un simple empujón.

Quise tranquilizar a Sara, pero esta empezó a sollozar.

—Eh, no te derrumbes. A no ser que sepan abrir puertas podemos estar tranquilos, que por aquí no entrarán. Necesito que estés lo más serena posible. Yo tengo la escopeta, que es un arma muy contundente y si llega a entrar alguno de esos animales no temas porque lo voy a dejar en el sitio. Ahora quiero que me escuches. Te voy a pasar mi cinturón con mi pistola. Sí, no pongas esa cara

porque se trata de una emergencia. ¿Te acuerdas cuando esta mañana te dije que debías aprender a disparar? Me temo que ha llegado el momento.

Me quité el cinturón y se lo ajusté a Sara. Empuñé la pistola y se la pasé para que la tantease. Sara la miró con temor. La agarró con cuidado dándose cuenta de que no era muy pesada, a pesar de lo que ella creía. Se la volví a coger.

—Mira, está ya cargada. Tiene trece balas, más una que ya está en la recámara. No te líes con esto. Una vez que desplaces esta palanquita del seguro el arma está lista para disparar. Cuidado entonces adónde apuntas. Utilízala sólo cuando no haya más remedio. De momento, déjame a mí. Sólo te la he dado por si algún lobo logra entrar y yo no puedo darle. Si te ves obligada a hacerlo coge el arma con las dos manos, quita el seguro, y dispara. Sara, mírame —esta observaba la pistola como quien veía un artefacto de otro planeta.

—No sé si voy a poder hacerlo —balbució.

—Sara, esto es algo muy importante. Te repito los pasos pero por favor, asimila la información y compréndela —le interrumpí hablando con mucha tranquilidad para no aumentar su nerviosismo.

—La dejas en la funda —expliqué—. Cuando veas que la situación se pone peligrosa, la sacas. No te olvides de apuntar siempre hacia el suelo. Quitas el seguro como te he indicado. Como ya tiene una bala en la recámara no tendrás que montarla. La sostienes con las dos manos, apuntas y disparas. ¿Lo has comprendido?

—Creo que sí. Quito el seguro y disparo.

Asentí y empecé a inspeccionar las maderas de la estructura, para sopesar el aguante que podían tener. Parecían lo suficientemente sólidas como para soportar un envite, aunque no estaba seguro de que lo hiciera con varios. De todos modos, no creía que los lobos fueran tan inteligentes como para atacar varias veces por el mismo punto.

—No te preocupes —traté de animarla—. Saben que no pueden entrar y que nosotros no podemos salir. Supongo que esperarán fuera, hasta que se harten o estén tan hambrientos que se vayan a buscar comida a otro sitio.

Miré el interior de la mochila. Sólo había cuatro cartuchos más para la escopeta. Escasa munición, porque sólo disponía de los otros cinco con los que ya estaba cargada. Es más, si había ocho o diez lobos afuera estaba obligado a no desperdiciar ninguno. La pistola que le había dejado a Sara al menos poseía dos cargadores más. En cuestión de provisiones andábamos peor. Sólo tres chocolatinas y una botella de un litro de agua mineral.

Tras los primeros minutos, preparados ante cualquier ataque, pasamos a una situación de tensa espera, sentados en el suelo que no era más que un montón de tablas carcomidas por los insectos. Nos quedamos en silencio, agarrados de la mano para darnos valor mutuo, aunque Sara lo necesitaba más que yo producto de su total falta de experiencia en situaciones así. A pesar de que yo no tenía demasiada me había enfrentado a varios ataques y sabía mis límites, tanto para bien como para mal.

En el exterior no se percibía más que algún que otro gruñido ocasional o algún violento revolcón. Los lobos eran unos animales con un enorme sentido de la jerarquía. Había un macho y una hembra líderes que sometían a los demás a una férrea convivencia. Ese sometimiento llevaba parejo un continuo castigo a los demás miembros de la manada para hacerles saber su posición. Era

raro que en la Comunidad de Madrid hubiese lobos, pero era cuestión de tiempo que, una vez el hombre quedó fuera de la tierra, volvieran a exigir el lugar que les correspondía en la cadena alimenticia. Y ese lugar era en la zona más alta. Los lobos eran unos animales admirables. Infatigables a la carrera, auténticos corredores de fondo que podían recorrer decenas de kilómetros sin desfallecer, que aguantaban el frío y el calor, cazaban en manadas y eran muy astutos. Aunque esperaba que no tanto como para pensar en que podían ganarnos.

Sara se tumbó poniendo su cabeza encima de mis piernas. Yo le acariciaba el pelo para tranquilizarla, mientras le susurraba que todo iba a salir bien. El tacto de su pelo era muy suave y hasta mí, aun en aquella oscura trampa, me llegaba el dulce olor de su champú. La penumbra se iba adueñando cada vez más, al tiempo que la noche se iba abriendo paso. En menos de una hora todo estaría a oscuras. En la mochila había una linterna de las de los bomberos para llevar en el pecho, que le pasé a Sara para que la utilizara cuando lo necesitase. Yo manejaría la linterna acoplada a la escopeta. Tenía cerca el rifle de francotirador, que en un momento dado, si se acababa la munición de la escopeta, podía utilizar aunque fuera un arma un tanto incómoda para su uso en las distancias cortas.

Le dije a Sara que durmiese sin temor, ya que yo velaría aquella noche. Al cabo de un rato empecé a notar como su respiración se hizo más regular y me alegré de que pudiera conciliar el sueño en aquellas circunstancias.

***

Había estado toda la noche ideando alguna forma de salir de allí con los mínimos riesgos, sobre todo para Sara. Aunque estábamos en una oscuridad total, ya que no había ni siquiera la luz de la Luna que nos pusiera dar un poco de claridad a través del cochambroso tejado, pude empezar a trazar un plan. No estaba seguro en qué estado se encontraba el tejado, y si podía acceder a la parte superior con facilidad. Si lograba llegar arriba podía intentar hacer un boquete y salir al exterior. Una vez estuviese en arriba me las apañaría para disparar a los lobos con ventaja, incluso con el fusil de tirador. Aunque una cosa era la teoría y otra la práctica.

Al amanecer, una vez que empecé a distinguir algo, me percaté de que aunque la distancia hasta alcanzar el tejado no era alta, poco más de tres metros, no había ningún lugar donde poder aferrarme. Desperté a Sara y le conté mi idea, esperando que se le ocurriera algo para solventar el problema. Se quedó mirando el techo un buen rato y luego apretó los labios en señal de concentración.

—¿Y si disparas con la escopeta varios tiros al techo para abrir un boquete lo suficientemente grande para que puedas asirte?

—No es mala idea. Lo que pasa es que andamos muy mal de munición y eso supondría tener que gastar algo que no nos podemos permitir.

—Me temo que habrá que elegir. A no ser que te abra la puerta y dispares a lo que veas —sugirió Sara pensando en otra posibilidad—. Aunque creo que eso es muy peligroso.

No había otra. O iba en plan *Rambo*, abriéndome paso a escopetazos o trataba de llegar al tejado. Como la primera opción era bastante inviable opté por la segunda. Aparté a un lado a Sara todo lo que pude, dándola instrucciones para que tuviese la pistola a mano por si ocurría cualquier

cosa. Vi como sacaba el arma. Con cierto temblor, la agarró con el cañón apuntando al suelo. Levanté la escopeta al máximo de mis posibilidades, para que el disparo fuera lo más cercano al techo y produjese los mayores destrozos. Miré al suelo para que los escombros no me cayesen en la cara y disparé.

La tremenda detonación hizo gritar a Sara del susto. Los lobos gruñeron y se mostraron muy inquietos. Alcé la vista para ver el resultado y reparé en que la luz entraba por un agujero de unos quince centímetros. No estaba mal, pero no era suficiente. Recargué la escopeta y apunté a un lado del agujero. Volví a disparar y otro hueco gemelo apareció a escasa distancia del primero. Dejé la escopeta por el fusil de tirador. Con la culata de este empecé a golpear, desde abajo, entre medias de los dos agujeros. No me costó mucho abrir un buen boquete, al menos para poder agarrarme de un salto y subir haciendo pulso. Como había muchas astillas que sobresalían del mismo, rajé la camiseta que llevaba debajo del chaleco y con las tiras de tela improvisé unas protecciones para las manos.

—Sara, te voy a tener que dejar sola un momento. Aquí no debes tener miedo, no pueden entrar. Intentaré acabar con ellos o al menos espantarlos. Cuando esté arriba pásame el rifle de tirador. Lo agarras por el cañón y lo alzas. No te preocupes porque está puesto el seguro.

—Ten cuidado, Miguel. No me dejes sola. Que no te pase nada, por favor. No sé qué haría si te pasara algo.

—No me pasará nada. Desde arriba no pueden alcanzarme y yo si a ellos. Esto cambiará las tornas, ya verás.

Tras un beso nos quedamos abrazados unos segundos. Me situé debajo del boquete saltando hacia arriba tras un vigoroso impulso. Logré agarrarme, pero noté como varias astillas atravesaban los trozos de camiseta que me protegían las manos. Al instante, un pequeño hilo de sangre brotó de las mismas. Hice un último esfuerzo y empecé a subir mi cuerpo para salir por la abertura. No quería haber hecho demasiado ruido, pero el tremendo daño de las manos y la forzada postura, para lograr entrar por una abertura tan pequeña, me hizo dar un sonoro grito de dolor.

Adiós al efecto sorpresa.

Desde el tejado me pude agarrar más o menos bien, con un pie dentro de la abertura mientras permanecía sentado en la parte exterior. Este no era un tejado demasiado inclinado y pude encontrar una buena posición de tiro. Me volví a agachar y le pedí el fusil a Sara. Esta me lo dio aupándose, haciendo que el arma se balancease a los lados. En uno de los pases logré atraparlo e izarlo.

Miré a mi alrededor, intentando localizar a los lobos. Visibles, a unos cinco metros de la casa, había tres ejemplares que me observaban con una mezcla de curiosidad y hambre. No veía al resto porque debían estar muy cerca de la pared de la cabaña. No importaba, si conseguía acabar con alguno de los animales del exterior quizás los otros saldrían de ahí debajo.

Apunté con el rifle a uno de ellos, teniendo que ajustar la mira, al estar tan cerca del objetivo. Una distancia ridícula para aquel tipo de arma.

El primer disparo fue bastante alto. El mal calibrado hacía que viese al animal al que apuntaba como un borrón. Mis ansias me hicieron disparar antes de tiempo. El lobo salió huyendo, pero los demás se quedaron en su posición aunque se mostraron muy nerviosos e inquietos por el disparo. Varios de ellos llegaron incluso a saltar. En vano, porque estaba muy alto, pero hizo que, al

estrellarse contra la pared de tablazón asustaran a Sara, que llegó a apuntar con su arma en aquella dirección.

Volví a apuntar a un lobo que estaba a unos diez metros como petrificado, mirando al otro animal que había huido. Disparé en cuanto logré enfocar bien y la cabeza del animal salió, literalmente, volando por los aires. A esa distancia aquel fusil era un obús. Varios lobos se acercaron al cadáver, lo olisquearon y muy nerviosos empezaron a saltar y brincar a su alrededor. Aproveché esa reunión familiar para abatir un segundo ejemplar, que en el acto cayó desplomado casi encima del cadáver del primero.

—Las cosas van bien Sara, llevo dos —dije intentando animarla.

Ahora los lobos se desplazaron hacia la parte de atrás, lo que me obligaba a darme la vuelta. Esta era una operación complicada que debía realizar muy despacio, sabiendo en todo momento adónde ponía los pies y las manos. Cuando estaba a punto de situarme en posición resbalé y una gran astilla me raspó la pierna derecha, provocando que el fusil se me resbalase y cayera por el tejado al suelo.

—¡Se me ha caído el fusil! —grité contrariado—. ¡Mierda, mierda, mierda!

—¡Toma la escopeta! —exclamó Sara, aupando el arma, que al ser más ligera que la anterior fue más fácil poder agarrarla.

La escopeta era ideal a distancias cortas. Si lograba dar con varios lobos juntos era posible que los alcanzara a ambos por la dispersión del tiro.

En ese momento estaban muchos animales en la pared norte, cerca de la puerta. Quizás esperaban a que saliéramos por allí. Arranqué un pequeño trozo de madera del tejado y lo lancé por mi lado. Al instante, tres lobos saltaron hacia él. Se dieron cuenta de que no era más que un trozo de madera, mirándome luego forma curiosa. Fue lo último que vieron porque aproveché para descerrajarles un tremendo disparo que los hirió mortalmente en las testas. Varios de ellos murieron a los pocos segundos, otro cayó al cabo de unos instantes después. Los demás lobos escaparon por el mismo sitio que el primer lobo que había huido. Tras la batalla, la manada quedó con sólo cuatro lobos supervivientes. Cuando se lo conté a Sara esta gritó de alegría.

—No salgas todavía. Vamos a esperar un poco, por si se les ocurre volver.

Desde mi altura podía distinguir como las figuras de los lobos que huían se iban haciendo cada vez más pequeñas en la distancia. Esos no regresarían. Me deslicé al interior de la cabaña. Tenía las manos ensangrentadas y Sara, muy impresionada al verlas, se echó las manos a la cabeza.

—No te preocupes, son sólo unos arañazos. Es más escandaloso de lo que parece. En cuanto volvamos al coche me lo curaré con lo que haya en el botiquín.

Con la escopeta preparada abrí la puerta y salí al exterior. Sara me seguía con la pistola desenfundada. Miré en la dirección por donde habían huido los lobos. Se habían marchado definitivamente. Me acerqué a los cuerpos de los dos lobos que había matado al principio. Uno de ellos estaba con la garganta cercenada por el impacto de la bala. Un tiro con suerte. Recuperé el fusil de tirador, que no había sufrido daños y lo coloqué a mi espalda. Miré a Sara y advertí que estaba de pie, frente al cuerpo del último lobo que había caído.

—Este animal sigue vivo. Todavía respira, aunque tiene la cabeza destrozada —explicó Sara con expresión apenada. A pesar de que la manada nos hubiese comido si hubieran podido, era difícil

contemplar a un animal que sufría tanto.

—Déjame la pistola. Yo terminaré con sus sufrimientos —me ofrecí abriendo mi ensangrentada mano.

Sara me miró a los ojos. Los tenía húmedos. Estaba apuntando con la pistola a la cabeza del lobo.

—No tienes por qué hacerlo, cariño —insistí—. Deja que me ocupe de esto.

—Lo haré yo. Me dijiste que la primera vez era algo raro, pero que terminaría por acostumbrarme. Tengo que empezar con una primera vez. Disparando a este animal, que está sufriendo, no me sentiré tan mal como si estuviese sano. Así, al menos, estaré haciendo algo bueno por él. Deja que crea eso, por favor —dijo mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Claro, Sara. Líbrale de su sufrimiento.

Algo titubeante, Sara quitó el seguro de la pistola. A los pocos segundos le pegó un tiro.

***

Pasamos dos días más en aquella casa rural. Después de casi jugárnosla con los lobos decidimos que la siguiente vez iríamos con más artillería. Sara estaba decidida por fin a aprender a disparar y manejar bien una pistola, para poder ayudarme en caso de necesidad, y también como salvaguardia de su propia integridad en caso de ataque. Mi pistola, que ahora era la suya, era un arma compacta, de poco peso y cómoda incluso para una chica más bien menuda como era ella. No me había traído más pistolas, pero yo me sentía bastante seguro con el fusil de asalto. Le decía a Sara que, si en vez del fusil de tirador me hubiera llevado el de asalto, otro gallo nos hubiera cantado. El fusil de asalto era menos aparatoso y lo conocía mejor que el otro. La posibilidad de poder disparar a ráfagas siempre era una ventaja frente a un grupo de animales.

La primera noche, tras volver a la casa, fue un poco triste. Sara se encontraba algo alicaída por haber tenido que rematar a un lobo. Nunca había disparado y la primera vez no se olvidaba nunca. Nos pasamos hablando gran parte de la noche hasta que, por agotamiento de no haber descansado nada la noche anterior, me quedé dormido en el sofá, mientras escuchaba su melodiosa voz cada vez más lejana.

Me levanté al día siguiente en el sofá, bien tapado y con una almohada en la cabeza. Tras oler el inconfundible aroma del café recién hecho, me levanté bostezando como un oso. Sara estaba terminando de preparar un montón de tostadas. Estaba de muy buen humor. Radiante con la luz del día en su cara.

—Buenos días. Vaya *sobada* que te has pegado —dijo Sara riéndose al ver mis poses mientras me estiraba de manera poco ortodoxa—. Te hubiera llevado a la cama, pero eres un poco grande para mí.

—Gracias por abrigarme, aunque ya te digo que ese sofá es estupendo para hablar, pero no para dormir.

—Para hablar tampoco, porque te ibas quedando dormido poco a poco como un bebé. Me hacías una gracia... Ya veo que pusiste mucho interés en lo que te decía.

—Perdona. Como no había dormido nada la otra noche... —me excusé mientras me sentaba a la

mesa, todavía aterrizando del despertar.

Sara se me acercó y me besó en la mejilla.

—Ya lo sé, tonto. En realidad te hablaba en susurros para que te durmieras.

—¿Sí? ¿Y qué me susurraste que me dejó frito? —pregunté al tiempo que la cogía de una mano para sentarla en mis rodillas.

—Muchas cosas. Que eras muy bueno conmigo, que nunca había conocido a alguien como tú... Cosas así —explicó mientras pasaba sus brazos alrededor de mi cuello.

—Eso no tiene mucho mérito al ser el único tío sobre la tierra. Al menos que sepamos, claro.

Sara se rió y me miró a los ojos.

—Ayer pasé mucho miedo al creer que nos íbamos a separar por alguna razón. Ya sé que me dirás que soy una boba, pero cuando estuvimos en la cabaña, y saltaste al boquete, me quedé tan sola que no dejaba de pensar en que tal vez pegarías un salto y me dejarías allí.

Di un pequeño sorbo al café y la devolví otro sonoro beso en su mejilla.

—Los nervios suelen jugar malas pasadas, pero no debes tener miedo porque yo jamás te abandonaré. Eso quiero que lo tengas claro: nunca voy a dejarte en la estacada. Eres lo único que merece la pena en este mundo.

Sara me miró. Sus ojos empezaban a humedecerse.

—Sabes, siempre te digo que tengas paciencia conmigo y deberás tener mucha. Ayer no estuve a la altura. Lo sé, era más un estorbo que otra cosa. No pude ayudarte a salir del lío en el que estábamos porque soy una inútil. Sí, no pongas esa cara porque es verdad. Bien, quiero que sepas que no va a volver a repetirse porque pienso ponerme las pilas. Quiero que no tengas que estar todo el rato a mi lado para protegerme. Espero poder hacerlo por mí misma y ser valiente y decidida como tú.

—¿Valiente yo? ¡Si estaba aterrado! No te infravalores, Sara. Estuviste dos meses y medio viviendo sola en un piso, sacando partido de lo que tenías para sobrevivir. Eso no lo hace cualquiera. ¡Claro que eres valiente! ¿No te acuerdas del salto que diste cuando nos conocimos, que pasaste de tu balcón a una ventana de un tercero? Para eso hay que ser muy decidido. Yo no sé si sería capaz.

Sara bajó la vista y se pasó una mano por la mejilla para enjuagar una lágrima que corría por ella.

—Hace tiempo te dije que tuviste suerte de no ser una chica en aquellos momentos en los que todo se vino abajo. Te dije que algún día te contaría lo que me pasó y que debías ser paciente.

—Sara, yo...

—No te preocupes. Creo que ha llegado el momento. He encontrado a una persona maravillosa que merece conocer todo lo que me atormenta.

Se puso de pie, apoyándose en la encimera de la cocina. Respiró hondo y empezó a hablar de forma pausada, como si estuviera leyendo un informe.

—Hace dos meses y medio, cuando empezó la pandemia, yo me encontraba preparando la mudanza en casa de mis padres, en Arturo Soria, para el nuevo piso que iba a compartir con mis amigas. Este estaba en el centro de Madrid, muy cerca de la Plaza Mayor.

Me asombré al saber que el piso en el que la encontré no era ni el de sus padres, ni el futuro piso

al que iba a vivir con sus amigas.

—¿Entonces, qué...?

—Por favor, Miguel. Ahora te lo explico —interrumpió Sara algo impaciente.

—La tarde del día después que se declaró el estado de sitio había estado supervisando junto con Eva, una de mis amigas, la mudanza que estaban llevando a cabo unos operarios que habíamos contratado. Ya sabes, mirando bien que no estropearan nada cuando lo cargasen en un camión. Por entonces, la enfermedad estaba ya causando estragos. Prácticamente, todo el mundo tenía síntomas, algunos más graves que otros. Excepto yo, claro. Una vez cargado el camión este se dirigió al nuevo piso, mientras que yo lo seguía en mi coche, con Eva. El tiempo se nos había echado encima. Los dos chicos que cargaban las cajas estaban enfermos y les costaba bastante trabajar. Uno de ellos me dijo que era el último porte que hacía, ya que iba a pedir la baja sin falta al día siguiente. El caso es que nos pilló el toque de queda cuando todavía estábamos callejeando. Un puesto de control militar nos obligó a detenernos. A los chicos de la mudanza, que iban en el camión delante de nosotras, los bajaron para identificarlos. Un soldado y el chico que se iba a pedir la baja, se enzarzaron en una discusión por algún motivo. Los soldados pasaron de los gritos a darles una brutal paliza. Nos quedamos aterradas. Intentamos escapar dando marcha atrás. Pero detrás de nosotras se había situado un jeep del Ejército.

Sara interrumpió el relato para respirar profundamente. Las lágrimas empezaron a brotar otra vez de sus más que enrojecidos ojos. Hice ademán de levantarme para consolarla, pero ella, con un gesto de la mano, me pidió que me quedase donde estaba. Me volví a sentar, con un nudo en la garganta imaginando lo que pasó después.

—Debido al estado de sitio los soldados parecían estar muy soliviantados. A las dos nos sacaron a empujones del coche. A Eva la golpearon en la cara cuando les exigió que respetaran nuestros derechos. El soldado que había empezado la discusión con los de la mudanza, que era el más nervioso, le dijo a Eva que... —se interrumpió de nuevo casi sin poder seguir—, que la iba a meter sus derechos por, por... Entre varios soldados más se la llevaron a la parte de atrás de un camión militar. Mientras, a mí me sujetaban otros dos. Yo gritaba y forcejeaba, con la esperanza de que alguien desde sus casas nos ayudara. Ante mi desesperación, incluso vi como algunas persianas eran bajadas. Eva no paraba de gritar. Yo suplicaba a los soldados que me retenían que me dejaran ir. Uno de ellos, muy joven y asustado, miró a su compañero y le dijo que aquello no estaba bien, que como se enterase algún oficial los iban a fusilar. El otro soldado se reía de él y le increpaba su cobardía, argumentando que ya nadie se preocupaba de castigar esas cosas, que había asuntos más importantes. Dijo que no iba a dejar que un bombón como yo se fuera de rositas. No sé qué le pasaría por la cabeza al soldado con conciencia, pero se enfadó y golpeó a su compañero con la culata de su fusil. Creo que le entró tanta rabia, al oír que le llamaban cobarde, que respondió de la única manera que supo. Supongo que ya estaría más que harto, porque no sería la primera vez que tuvo que presenciar cosas así. Me dijo que me largase de allí cuanto antes. Así que corrí calle abajo, todavía escuchando los gritos de Eva y los aullidos del soldado, que parecía que se había vuelto loco. Al poco rato oí numerosos disparos y luego todo quedó en silencio. Estuve tentada de alejarme de allí, pero no podía olvidar a Eva, así que... Volví. Supuse que la tragedia había ocurrido en el interior del camión. Me acerqué, poco a poco, a la parte de atrás cuando me di cuenta de que a mi

espalda había alguien. Era el soldado nervioso. "El hijo de puta de tu paladín está tieso ahí dentro. Le tenía que haber matado antes. El muy cabrón ha matado a todos los demás menos a mí", recuerdo que dijo. Entonces...

Sara se quedó un momento bloqueada. Me levanté y la abracé.

—No sigas. No te tortures con ello.

—¡Déjame! ¡Quiero soltar esto! —estaba totalmente desencajada—. ¡Quiero dejar de tener pesadillas por las noches!

La abracé con fuerza. Ella entonces descansó su cabeza en mi pecho. Cuando se sosegó un poco continuó su relato.

—El soldado me apuntó con el arma y me obligó a entrar en un portal cercano. Allí..., me violó —Sara empezó a llorar de nuevo mientras yo la abrazaba con más fuerza—. No recuerdo lo qué pasó entonces. Ni el tiempo que estuve allí. Sólo sé que alguien del tercero bajó y golpeó al soldado en la cabeza con un palo o una herramienta. Lo dejó inconsciente y me ayudó a subir a su casa. Era el lugar en el que estuve dos meses y medio hasta que viniste tú. El hombre, un señor ya entrado en años, estaba muy enfermo por la pandemia. Me dejó en su cama y salió de nuevo, susurrándome que iba a sacar al soldado fuera del portal. Este no había muerto, así que supongo que se despertó y atacó al hombre. O que otra patrulla los cogió a ambos. No sé, jamás lo supe porque el hombre nunca regresó. Así que a los dos días me obligué a ponerme en pie para comer y beber algo, aunque en el fondo quería morirme. Durante dos meses y medio comí lo que pude encontrar en la casa de ese hombre, que afortunadamente tenía muchas provisiones. Aunque las dos últimas semanas pasé mucha hambre. Pero no me atrevía a salir de allí. Tenía pánico de encontrarme con alguien. Tanto que prefería morir de inanición. Estaba muy mal. Me encontraba desolada por lo ocurrido, por lo que me habían hecho. Hubo dos ocasiones en las que incluso intenté suicidarme. Al final, mi cobardía lo impidió.

—No fue cobardía, Sara. Fue la valentía de querer vivir a pesar de lo que te había pasado. Fuiste muy valiente y decidida. No lo dudes.

Al decir aquello pensaba en que el cobarde había sido yo, porque nunca hice nada para intentar salvar o enfrentarme a aquellos pandilleros que se hicieron dueños de mi calle, como sí habían hecho otros. Nunca tuve el valor de oponerme a los que habían hecho las mismas cosas que aquel soldado le había hecho a Sara. Me mortificaba saber que podía haber hecho algo, aunque la lógica me decía que hubiera acabado muerto, ya que durante el caos de la pandemia no tenía ningún arma. Hubiera sido un suicidio enfrentarme a una veintena de hombres armados. Aún así, no podía olvidar que yo fui uno de los que bajaron las persianas.

Sara, algo ya más calmada, prosiguió.

—Por eso, cuando choqué contigo la primera vez y me atrapaste, creí que la pesadilla volvía a repetirse. Ibas vestido como ellos, con sus mismas armas... Pensé que me ibas a violar. Luego, un detalle me empezó a convencer de que no eras así, de que eras distinto.

—¿Ah sí? ¿Cuál? —indagué intrigado.

—Cuando montamos en el coche, para ir a tu casa, lo primero que hiciste antes de arrancar, fue abrirme la puerta y decirme que me pusiera el cinturón de seguridad. Me pareció un detalle muy paternalista. Lo dijiste en un tono tan tranquilizador, que me convenció de que no me ibas a hacer

daño. Después, con el paso de los días, lo pude corroborar.

—Supongo que cuando bajaste al salón al día siguiente y me vistes en bermudas y chanclas, te convenciste por fin de que era un buenazo —dije tratando de descargar un poco la tensión del momento.

Sara sonrió y se separó un poco.

—Fue un momento inolvidable. Me sentí demasiado elegante con aquel chándal rosa de marca.

Reímos con ganas. Queriendo dejar de lado todo aquello intenté pasar a otro tema.

—¿Te has preguntado alguna vez de dónde salió ese virus?

—Supongo que habrá sido una cagada de los militares que investigaban un arma secreta. Unos terroristas que se hicieron con un virus del doctor loco de turno... A saber, prefiero no pensar en ello porque además no lleva a ningún sitio. Prefiero pensar en el ahora y en el futuro. Y tú, ¿qué esperas del mañana? ¿Qué nos espera?

—¿Te refieres al futuro de nuestra supervivencia? A pesar de los riesgos no estamos tan mal. Sólo me preocupa el que algún día tengamos alguna dolencia grave. Como mis heridas de las manos —respondí enseñándole las manos con los vendajes que me había puesto Sara la noche antes.

—No te había preguntado por tus heridas. ¿Te duele? Ahora mismo te cambio las vendas por otras limpias.

—Me escuecen pero no es nada grave. A lo que me refiero es que imagínate que un día te duele una muela, o por accidente a alguno se nos rompe una pierna o un brazo. ¿Qué hacemos entonces? Eso es lo que me angustia del futuro. No saber actuar en esos casos.

Sara me quitó las vendas y miró las heridas con complacencia. Estaban bien curadas. Abrió el botiquín y sacó otras vendas limpias.

—En realidad —dijo Sara mientras me volvía a vendar las manos—, yo me refería a *nuestro* futuro. A nosotros dos. ¿Podrás aguantarme durante muchos años? No tendrás más remedio, piénsalo. Imagina que nos peleamos y nos enfadamos de tal forma que no nos soportemos más. Somos como dos náufragos en una isla.

—Ya te dije antes que no pensaba dejarte nunca. Iba en serio. Pero si alguna vez discutimos tanto creo que siempre será algo pasajero, digo yo. Además, yo... Nada, nada —me corté de seguir hablando.

—Además, qué. Dilo, anda. Confiésate como he hecho yo. Es verdad que se encuentra uno mejor después de hablar. Prueba y verás.

—Pues que además creo que te tendré que aguantar lo que sea porque quiero que seas mi mujer.

Sara me miró divertida.

—Esos convencionalismos ya no sirven de nada —dijo algo cortada—. Estando los dos solos en el mundo creo que no tiene mucho sentido.

—Ya lo sé, pero me gustaría casarme contigo.

Sara se rió. Cuando vio que no era una broma me miró algo perpleja.

—¿De verdad me estás pidiendo que me case contigo?

—Como bien has dicho ya no sirven los convencionalismos de antes. No hace falta que estemos unos años de novios hasta que podamos meternos en un piso como hacía la mayoría de la gente. Nos hemos conocido hace dos días como quien dice y ya sé que te quiero. Ahora hay nuevas reglas,

hechas por nosotros. Lo de casarnos no es más que una idea, una formalización mental de nuestra situación. Si quieres, claro. La ceremonia sería como queramos. Unas palabras, unos anillos y un beso. No nos hace falta ni iglesias, ni papeles, ni nada más que nosotros dos.

En ese momento apareció *Zas*, que había estado durmiendo a los pies del sofá. Lo levanté con cuidado y se lo acerqué a Sara.

—Mira, ya tenemos padrino.

***

Al día siguiente me levanté pronto, para preparar las cosas para volver a la carretera. Todo lo que nos habíamos confesado el día anterior, sobre todo por parte de Sara, había hecho que nuestra confianza aumentase. Había sido un punto de inflexión en nuestra relación. La experiencia traumática que había tenido Sara me había confirmado algo que ya había intuido: que había sufrido un abuso sexual.

Cuando nos besábamos con pasión, y yo intentaba ir un poco más lejos, siempre había notado un cierto rechazo, tensión o incomodidad por su parte, por lo que nunca intenté pasar más allá de los abrazos y los besos. Me imaginé que, o bien ella era virgen y no se sentía preparada para dar el salto, o había tenido algún problema. Cuando relató su terrible experiencia no hizo más que confirmar mis sospechas. Así que, a partir de entonces, debía tratarla con más cuidado, para que aquel trauma no supusiera una complicación insalvable en su estabilidad emocional. Bastante que en sólo unas semanas se hubiera llegado a enamorar de mí. Sólo tocaba esperar.

Pensaba en esas cosas cuando Sara salió al exterior. Se acercó llevando a *Zas* en los brazos.

—¿Adónde vamos a ir? —preguntó con somnolencia.

—No lo sé. He estado pensando en ello. Me ha costado dormir porque no dejaba de darle vueltas a lo del asunto del ganado. Nuestra idea inicial era tratar de atrapar una o dos vacas, gallinas e incluso algún cerdo, para llevarlos a nuestra casa en Madrid. Pero, ¿cómo vamos a alimentar y cuidar a esos animales? No es como tener un perro o un gato. Se acerca el verano y en Madrid se achicharra cualquier vegetal. Las vacas no son como las cabras, no se comen cualquier cosa. Había pensado que dejándolas en los jardines de aquella enorme mansión, se auto abastecerían de alimento, pero no puede ser así. Las gallinas, e incluso los cerdos, me parecen más fáciles de criar. Cualquier resto de comida les sirve. Pero todos necesitan un cuidado que no sabemos dar.

—¿Entonces pasamos de las vacas? — Sara no sabía adónde quería llegar.

—He pensado que si vamos a tener que transportar, alimentar y cuidar a unos cuantos animales, es mejor hacerlo en origen.

—¿Te refieres a buscarnos una granja y vivir allí?

—Creo que tenemos que empezar a pensar en vivir de lo que encontremos. Como hemos hecho estos dos días. De oportunistas. No digo que cada día nos levantemos y nos larguemos a otro lado. Podemos estar semanas enteras en algún lugar hasta que agotemos los recursos que este pueda proporcionarnos. Sé que es cansado, y mentalmente algún día necesitamos establecernos más tiempo en algún lugar, pero la cuestión del alimento es vital. En la casa de Madrid tenemos comodidades que nos hacen pensar en una seguridad plena. En realidad, tenemos de todo menos lo imprescindible, que es el alimento fresco. Si llevamos una vida nómada o semi nómada tendremos

una oportunidad de vivir de lo que la tierra nos vaya ofreciendo. Por todas partes habrá mucho ganado, o animales salvajes, que consumiremos según nos haga falta, al igual que recolectaremos la fruta de los árboles, los frutos del bosque, verduras del campo, peces en los ríos o el mar... En definitiva, estamos obligados a vivir así. Quedándonos en Madrid acabaremos enfermando por la mala alimentación.

Sara asentía con la cabeza, dándose cuenta de la gravedad del asunto.

—¡Que me vas a contar a mí, que estuve comiendo latas durante semanas! Eso está bien como complemento, no como una dieta diaria. Creo que tienes razón, pero si vamos a ir de errantes tendremos que prepararnos para ello. Ahora sólo llevamos cuatro cosas y nos hará falta desde un botiquín más grande que el que tenemos, hasta utensilios de lo más mundanos, para no tener que estar buscando, por ejemplo, unas tijeras en cada casa que encontremos. Además, por si se te ha olvidado, dejaste en la casa de Madrid todo tu arsenal, ropa y equipo.

—Ya lo sé. En cuestión de armas no habrá problemas en hacernos con todas las que queramos. Seguro que los militares ocuparon todas las ciudades importantes. Y si no, las encontraremos en las casas cuarteles o comisarías. En cuanto a lo demás, pues más o menos lo mismo. Tenemos cada aldea, pueblo o ciudad por la que pasemos para abastecernos de todo lo necesario. Después de más de dos meses y medio todavía hay muchas cosas en buen estado, incluidos bastantes alimentos perecederos. Y sobre todo hay que prepararte a ti.

—Ya. A pegar tiros y eso.

—Si. A *eso* también —me reí mientras Sara sacaba la lengua.

La idea de viajar por donde quisiéramos, sin limitación de tiempo y lugar, me atraía mucho. A Sara también. Durante varias semanas, la casa de Madrid la había ayudado a recuperarse. Ahora, aunque todo había sido muy improvisado, y no llevábamos más que unas cuantas cosas, estábamos contentos de iniciar un viaje sin saber en qué lugar dormiríamos aquella noche o las siguientes. Vivir de lo que encontrásemos. Ese era el plan. Era más arriesgado que quedarse en la casa de Madrid, pero a la larga sería nuestra salvación. Así que, después de guardar lo poco que habíamos traído, nos pusimos en ruta. Sara se ofreció a conducir, ya que me dolían todavía las palmas de las manos y ella tenía ganas de llevar el coche. Me senté en el asiento del copiloto, con la guía de carreteras en las rodillas y el fusil de asalto, con la culata plegada, en el asiento de atrás, al lado de *Zas*, que se hizo un ovillo para dormir.

Habíamos decidido ir hacia el norte. En principio, sin más objetivos que ese. Esperábamos encontrar algún lugar donde proveernos de ropa, porque no llevábamos demasiada, sobre todo Sara que quería ropa interior con urgencia.

Circulábamos por la carretera de Burgos, que en las cercanías de Madrid había estado atestada de vehículos y que en ese momento, según avanzábamos acercándonos ya a Somosierra, se iba encontrando bastante despejada. A veces encontrábamos algunos vehículos por los andenes, medianas o incluso cruzados en la vía. A ratos, por tanto, avanzábamos a buena velocidad y en otros teníamos que ir con cuidado. Al menos no teníamos la carretera totalmente cortada.

Sara conducía muy bien. Se notaba que tenía más experiencia que yo al volante. A pesar de que era menuda y el Range Rover era un coche grande, se sentía muy cómoda en su manejo. Mirando como llevaba el coche, de manera un tanto agresiva, empecé a cavilar en esos casi diez años de

diferencia de edad que nos llevábamos. Yo pensaba que era en verdad una cifra respetable. De todos modos, Sara no era una cría. No se había comportado como tal y por las recientes vicisitudes era posible que la hubiera agriado su forma de ser. Suponía que en su antiguo trabajo tuvo que madurar bastante y eso la dio cierto carácter, a veces un poco fuerte, como ya había comprobado cuando habíamos ido ascendiendo por la colina varios días antes. No había duda de que tenía genio cuando se enfadaba. Sin embargo, yo siempre había sido muy paciente. "Un trozo de pan", como alguna vez comentó alguna compañera. No solía enfadarme entonces y creía que no iba a empezar ahora que no tendría tantos motivos. Era mejor así, ya que si los dos hubiéramos sido iguales de carácter hubieran salido chispas en nuestra relación, y no precisamente de pasión.

—¿Crees que soy un poco viejo para estar contigo? —pregunté mientras pasábamos cerca de un pequeño barullo de vehículos en mitad de la carretera.

—¿Viejo? Me dijiste que tenías treinta y cinco. Eso no es ser viejo.

—Ya sé que no es ser viejo, faltaría más. Sólo digo que si soy muy mayor respecto a tu edad. Te saco casi diez años.

—No aparentas más de treinta, en serio. Te conservas muy bien.

—Gracias por el halago. Supongo que el trabajo de oficinista no castiga el cutis como en un andamio —bromeé—. Lo que pasa es que tú estás todavía yendo hacia arriba y yo ya he iniciado el lento, pero inexorable camino, hacia abajo.

—¡Mira que eres exagerado! Además, siempre puedes buscarte a una de tu edad.

—Que consejo más bueno, lo tendré en cuenta —repliqué con sorna.

En ese momento pasamos al lado de una furgoneta. En su interior pude ver varios cuerpos muy descompuestos. Aparté la vista. Sara esquivaba los coches con una habilidad impresionante.

—Caramba. Conduces muy bien.

—Desde los dieciocho años he llevado unos cuantos coches de segunda mano. El último que tuve fue el único que me compré nuevo. Pero he tenido hasta un Suzuki Santana. ¿Te acuerdas de ellos? Eran como un todoterreno pero en pequeño. Este se conduce de forma parecida. Es más potente y grande, pero no deja de ser el mismo concepto. Supongo que se me da bien por eso.

—Yo no había llevado un coche en años, hasta hace dos meses y medio.

—Ya me lo comentaste. No se te da mal. Aunque es verdad que a veces te veía un poco brusco y que no sabes mantenerte metido en un carril.

—¡Como que no! Además, ya no hace falta.

—De todos modos, conducías mejor el monovolumen que tenías.

—Ah, sí. Mi preciosa "fragoneta" Chrysler. Creo que la voy a echar de menos.

Sara se rió.

—¿Por qué te ríes? ¿No te lo crees?

—¡Claro que sí! Es que ese sí el típico comentario de un "viejo".

Puse cara simulando disgusto y ella se rió más.

—Maldita sea, no me llames viejo —bromeé imitando la voz del actor que doblaba a Stallone en la película *Rambo*. Sara se rió tanto que tuvo que aminorar la marcha.

—¡Vaya!, que bien le imitas. ¿Sabes algún otro personaje?

—Bueno, como el actor que doblaba a Stallone también doblaba a Robert de Niro, también me

sale bien lo de "Abogado... ¿Dónde te escondes, abogado?"

Sara estaba sorprendida de mis habilidades, y se lo pasaba bien. A falta de radio yo parecía un buen entretenimiento.

—Yo soy nula para las imitaciones, pero tú las bordas. Debías ser el rey de las fiestas.

—No te creas. He sido siempre un triste. No iba nunca a ningún lado.

—¿De verdad? A mí me pareces muy divertido.

—Si nos hubiéramos conocido en la anterior vida, ¿te habrías fijado en mí?

—No lo sé, eso no se puede saber —contestó sonriendo—. Desde luego, si me hubieras imitado a *Rambo* seguro que me habrías conquistado.

Zas, que hasta entonces había estado dormido, se despertó y empezó a ladrar de vez en cuando.

—¡Calla, pequeño *wookie*! —ordené acariciándole la cabeza.

—¿Qué es eso de pequeño *wookie*? Se lo dices muchas veces.

—¡Pero cómo es posible, oh, dioses de las galaxias —exclamé teatralmente—, que no sepas que es un *wookie*! ¿No te suenan unas *peliculillas* sobre una saga llamada *La Guerra de las Galaxias*?

—¡Claro que me suenan! ¿Viene de ahí?

- *Wookie* era como llamaba Han Solo a *Chewbacca*, quien salvando las distancias es igual a *Zas*, pero en versión de bolsillo, claro.

—Eso suena muy *friki*. Recuerdo haber visto alguna de las últimas películas de *La Guerra de las Galaxias*, en las que salía un tío muy bueno, pero no me enteré mucho del tema, la verdad. Me acuerdo que fui con mis amigas al cine a ver una de ellas y nos pusimos a hablar de nuestras cosas porque nos aburríamos.

—Las últimas fueron un poco patatas, demasiado abuso del ordenador.

—De todos modos, si *Zas* se parecía tanto al "Guki" ese, ¿por qué no le llamaste así?

—Porque *wookie* es menos sonoro. Leí alguna vez que a los perros hay que ponerles nombres sonoros para que sepan que te diriges a ellos cuando les dices algo.

Sara asintió con falso asombro por mis conocimientos caninos. *Zas* no paraba de ladrar, así que supusimos que quería bajar a estirar sus pequeñas patas. Nos detuvimos al cabo de un rato, ya en tierras segovianas, en una gasolinera atestada de coches por doquier. Decidí llenar el depósito, aunque nos quedaba todavía más de medio depósito. Pero era un buen sitio donde realizar la transferencia.

Tal y como ya habíamos planeado antes de salir del coche, bajé yo primero con el fusil de asalto. Miré alrededor y, tras esperar un breve tiempo, le hice una señal a Sara. Esta bajó del coche con la mano puesta sobre la pistola enfundada. *Zas*, con un gracioso salto, salió a correr, deseoso de poder por fin desfogarse tras tanto tiempo encerrado.

—El pobre tenía muchas ganas de parar —comentó Sara, mirando como el pequeño perrito correteaba por todas partes como un poseído.

—Es buena señal que no se haya detenido en seco. Si eso ocurre alguna vez prepárate porque puede haber problemas. El olfato de *Zas* es muy bueno.

Abrí el maletero y saqué la enorme garrafa con el largo tubo de plástico de la pera de absorción. Miré los coches que tenía más cerca y divisé uno que era de motor diésel. A pesar de que se podían ver bastantes cuerpos descompuestos por toda la gasolinera, no había excesivo mal olor, por lo que

no creí necesario ponerme la máscara. Sara, en cambio, hacía aspavientos cada vez que le llegaba el aroma, quizás por estar menos acostumbrada o tener menos tolerancia a esa clase de olores fuertes. A esta todavía la desagradaba la simple visión de los muertos, la mayoría de ellos con un grado de descomposición muy alto. Por la misma razón que el olor, a mí ya no me producía rechazo, sorpresa o disgusto. Sólo procuraba no acercarme a ellos por una simple cuestión de higiene.

Empecé con la operación de llenado de la garrafa y trasvase de gasoil a nuestro Range Rover. Algo que tuve que repetir varias veces para poder llenar el depósito. Una vez completado volví a llenar la garrafa para dejarla también llena y guardarla en el maletero. Era conveniente tener siempre una pequeña reserva.

Sara me miraba con curiosidad. Se había estado fijando en cómo lo llevaba a cabo. Estaba seguro de que si le decía que lo repitiese podría hacerlo sin problemas. Esa era otra de las cosas que me gustaba de ella. Sólo cuando había algo que de verdad no entendía entonces era cuando preguntaba cómo hacerlo.

—La próxima vez te toca a ti. Que lo sepas —avisé tras guardar la garrafa en el maletero.

- *No problem*, jefe.

Zas estaba ladrando frente a la puerta del área de servicio de la gasolinera. Algo debía haber olido, así que me acerqué con el fusil preparado. Sara se quedó junto al coche.

Miré al interior, tras calmar un poco a *Zas*, que se seguía mostrando inquieto. Estaba tan oscuro que no pude vislumbrar nada salvo algunos estantes saqueados y varios cuerpos por el suelo. No me gustaba nada la perspectiva de tener que entrar. Fuese lo que fuera que asustaba o inquietaba al perro ahí se quedaría. No tenía porqué jugármela a lo tonto.

Cuando ya me daba la vuelta, agachado para que *Zas* viniera a mí, sonó un fortísimo golpe a consecuencia de un impacto brutal en los cristales de mi espalda. Fue tan ensordecedor que me asustó de veras. Caí de lado al suelo, manteniendo el fusil agarrado con la mano derecha. Apunté allí donde se había producido el impacto. El cristal había aguantado bien, pero lo que había chocado con el mismo todavía se encontraba adentro. A lo lejos, Sara gritó algo. *Zas* empezó a ladrar de nuevo, esta vez de forma apremiante, casi como un aullido de pánico. Pero no ladraba al interior del recinto sino a nuestra parte izquierda. Justo a mi lado.

Me giré sobre mí mismo, notando como un olor nauseabundo impregnaba el lugar. A menos de dos metros había un enorme mastín blanco con manchas marrones que me enseñaba los dientes. Su aspecto era aterrador. Estaba escuálido, a pesar de que se habría estado alimentando de los cuerpos putrefactos que había por doquier. A consecuencia de comer esa carne en tan mal estado estaba muy débil. Su boca, hedionda y sangrante por las úlceras que debía tener, se abría dejando al descubierto unos dientes amarillentos y mellados. Los ojos vidriosos, sonrojados y enfurecidos, además de la espuma que chorreaba a borbotones me dieron a entender que estaba enfermo de la rabia. Apenas tuve tiempo de interponer el fusil entre él y yo cuando se abalanzó sobre mí.

Si me hubiera mordido tendría todas las papeletas de quedar infectado de rabia, algo mortal en las circunstancias en las que estábamos. Por lo tanto, tenía que alejarme de aquellas horribles fauces. El pequeño *Zas* le mordía la pata trasera, pero el mastín ni lo notó. Sólo me veía a mí. Hasta que Sara apareció corriendo, con la pistola en la mano.

—¡Sara! ¡Dispara al cuerpo! ¡Rápido! —vociferé mientras notaba como las patas del animal me

golpeaban dolorosamente en el pecho.

Sara quitó el seguro y apuntó al perro a menos de cinco metros de distancia. Pero no hubo ningún disparo.

—¡No sé qué pasa! ¡No dispara! —chilló histérica mientras miraba la palanquita del seguro—. ¡Tiene el seguro quitado pero no dispara! ¡Qué hago Miguel! ¡Dios! ¡Dios!

Sara se alejó unos metros y recogió una tabla del suelo. Rápidamente, se acercó a uno de los coches que estaban cerca y empezó a aporrear el capó de forma ensordecedora.

El perro aulló. No había duda alguna de que aquel sonido le estaba machacando a base de bien. El can se dirigió hacia Sara, pasando por encima de *Zas*, que había estado mordiendo continuamente al perro rabioso sin consecuencias. Sólo le había causado una herida que, al menos, hizo que el mastín no pudiera apoyar plenamente la pata derecha trasera.

—¡Corre, Sara! —grité poniéndome enseguida en pie y preparando el fusil—. ¡Métete en cualquier coche!

Sara soltó la tabla. Presa del pánico, al ver al mastín correr hacia ella, se metió en el coche que había estado aporreando. El perro embistió la puerta e intentó colarse por la ventanilla, que estaba parcialmente bajada. Sara gritaba mientras se desplazaba a un lado.

Con los nervios y la premura del momento no pude apuntar bien y el primer disparo se fue demasiado alto. El segundo impactó en el costado izquierdo. A pesar de ello, el perro me miró y se volvió a atacarme. Y lo hizo con una rapidez pasmosa. El perro estaba como poseído e iba a hacer falta coserlo a balazos.

Me dio tiempo a poner el selector de ráfaga y disparé a poco menos de unos metros. El perro cayó fulminado, arrastrándose por la gravilla. Acto seguido, le pegué un tiro en la cabeza.

Sara salió del coche cuando vio que le hacía una señal de que todo iba bien. A pesar de lo intenso del ataque se acercó respirando muy rápido, pero sin denotar más nerviosismo que el del propio del momento.

—¿Estás bien? —pregunté, observando si tenía alguna herida.

—Perfectamente. ¡Jesús, que susto más grande! —exclamó esta con las manos en la cabeza—. Lo vi acercarse cuando mirabas el cristal. Creo que te tendió una trampa.

—No creo que fuera tan listo. Estaba enfermo de rabia, ¿sabes? Un mordisco y estaríamos muertos en poco tiempo.

—Lo sé. Lo supe por las babas y esos ojos inyectados en sangre. Por eso hice ese ruido. A los perros rabiosos les trastorna mucho los sonidos fuertes. ¡Mira, te sangran de nuevo las manos! —advirtió muy asustada.

Me miré las palmas. Las vendas estaban muy oscuras por la sangre. Además, me dolía el pecho de los golpes que me había propinado con las extremidades.

—No es nada. Al forcejear se me han debido de abrir. Tengo que dejar las manos quietas unos días y se curarán bien. Menos mal que has tenido un plan B —dije resoplando de cansancio—. Porque tu pistola se ha debido encasquillar. Déjame verla.

—Te dije que con las armas soy un peligro más que un beneficio.

Sara me tendió la pistola. La observé un momento y comprendí lo que había pasado.

—La pistola está bien. Hiciste lo correcto, o al menos lo que sabías. La culpa de que no

disparase ha sido mía. Cuando lo de los lobos te dije que tenía una bala en la recámara y que no hacía falta montarla. Disparaste y funcionó bien. Lo que pasa es que, por seguridad, no se suele dejar una bala en la recámara, por eso ayer te la quité. Así que tenías que haber quitado el seguro, que hiciste bien, y luego montar el arma así —eché hacia atrás la corredera y la solté—. ¿Ves? Ahora se ha alojado una bala en la recámara y ya podrías disparar. Perdona que no te lo explicara. Ese error nos podía haber costado muy caro.

—Ya lo sé para otra vez. No te apures, no tienes que cargar con la responsabilidad de todo. Seguro que cometemos muchos fallos a partir de ahora. No podemos fustigarnos por ello todo el rato. Aceptémoslo y sigamos. ¿Eh, maldita sea? —Sara intentó imitar la voz de *Rambo*.

Me reí con ganas, sacando así la angustia que llevaba dentro. Pero me maldije también por haber metido la pata. En aquel nuevo mundo no se podía fallar en ciertas cosas sino queríamos acabar como los desdichados que nos rodeaban por todas partes.

***

Habíamos pasados varios días en Aranda de Duero, proveyéndonos de algunas cosas básicas: ropa, enseres de cocina y armas. Sara también estuvo un buen rato en varias tiendas rescatando ropa interior. Habíamos conseguido varios enormes cajones de plástico con tapa que venían de miedo para guardar las cosas y tenerlas bien a mano. Sara era buena estibando la carga en el coche y había optimizado el limitado espacio que teníamos en la parte de atrás. En cuestión de armamento encontré en el Cuartel de la Guardia Civil de la localidad una *Beretta* de nueve milímetros. Una vez había leído que aquel modelo era muy utilizado por los cuerpos policiales estadounidenses porque podían parar, de un solo disparo, la acometida de algún sospechoso, no dando la oportunidad a este de poder replicar de manera inmediata. Algo digno de tener en cuenta.

Aquella pistola usaba la misma munición que la *Heckler & Koch* que llevaba Sara, con un cargador de quince balas, en vez de las trece de la suya. Aunque era un poco más aparatosa. Me la quedé sin pensarlo junto con su correspondiente cinturón. Encontramos munición de sobra para las pistolas, aunque ningún cargador para la de Sara. También hallamos cargadores para mi fusil de asalto, aunque no dimos con ningún otro fusil. Nos llevamos varios cascos militares y gafas protectoras, ya que no había cogido ninguno de aquellos accesorios en Madrid y podían venirnos bien.

Esos días nos alojamos en un hotel de cuatro estrellas al sur del río Duero. Era el único de la zona que no había sido totalmente saqueado. Una de las cosas que me había dado cuenta era que los hoteles caros habían sido utilizados por miembros de la Policía o el Ejército como centros de mando o concentración de tropas. Por eso, la mayoría de ellos no habían sido saqueados hasta ya el final, lo que salvó a muchos de estos sitios o al menos no sufrieron tanto como otros lugares. Imaginé que los Paradores, castillos o palacios habrían sido protegidos de igual manera en un principio.

La primera noche pasamos un calor horroroso. Los hoteles modernos como aquel estaban diseñados para que siempre hubiera aire acondicionado en las habitaciones, con las ventanas herméticamente cerradas. Era ya finales de junio y el calor empezaba a abrasar la meseta castellana. Tuvimos que abrir las ventanas de las habitaciones. A pesar de ello nos costó dormir porque no corría brisa alguna. Sara dormía en una habitación contigua a la mía. No había mostrado todavía

ningún interés en dormir conmigo. Las terribles circunstancias que esta había soportado durante la pandemia, parecía pesar en su decisión. Cuando se lo sugerí, Sara se limitó a rogarme que no forzase las cosas y que todo llegaría a su debido tiempo. Palabras ambiguas que no me daban muchas esperanzas de poder estar con ella alguna vez. Sólo quería sentirla respirar por las noches. Que me pudiera despertar si quería hablar o se sentía sola. Deseaba acariciar su pelo hasta que se durmiera o vigilarla de cerca para que no la pasara nada. Le dije que dormir juntos no tenía que significar sexo, pero ella insistía en que no era el momento. Era evidente que estaba traumatizada por la violación que había sufrido. Al no poder disponer de ayuda psicológica de un profesional temí que aquel trauma, lejos de ir desapareciendo, fuera a más. Las heridas de la mente o del corazón eran mucho más difíciles de cerrar que las físicas. Y dolían igual, o incluso más.

Me di cuenta de ello la segunda noche.

A las cuatro de la mañana, gracias al sueño ligero que tenía, producto de aquella sofocante noche, escuché como la puerta de la habitación de Sara se cerraba. Por precaución me levanté, con la pistola en la mano y salí al pasillo. Sólo llevaba una camiseta, los calzoncillos largos y las ya clásicas chanclas. La moqueta amortiguaba los pasos y era imposible saber si había salido o entrado. Llamé a la puerta de Sara para averiguarlo. Al no obtener respuesta supuse que había salido.

Las habitaciones estaban en la cuarta planta por lo que fui descendiendo por la escalera. Me asomé al hueco de la misma y distinguí más abajo la mano de Sara que se deslizaba por el pasamano.

—¡Sara! ¡Espera! —exclamé sin recibir contestación alguna.

Era imposible que no me hubiera oído.

Apreté el paso porque intuía que algo no iba bien. Todo estaba oscuro hasta que abrí la puerta que daba acceso al hall del hotel. Al estar acristalado dejaba entrar la fría luz de la luna, que estaba en su fase llena y ayudaba a dar algo de claridad. Una luminosidad fantasmagórica, que daba una nueva dimensión a las sombras de los objetos, haciéndolos inquietantes, y jugando malas pasadas a la mente, que me hacía ver animales donde no los había. Intenté controlarme. No podía dejarme llevar por lo irracional.

Unos débiles ecos de pies descalzos, andando por el frío mármol, me ofreció la pista a seguir. Sara se estaba alejando hacia la otra ala del hotel. Grité de nuevo su nombre y el estridente sonido de mi propia voz, amplificado con el eco de la gran estancia, me estremeció. Me alegré de llevar la pistola, aunque no tenía más que el cargador que llevaba. No creí necesitar más. "No bajes la guardia, acuérdate de la gasolinera. Cuando menos te lo esperas...", me avisaba la lógica.

Me eché a correr para no perder su rastro. Me quité las chanclas porque me tropezaba con ellas, notando el fresco del suelo. Me alivié al pisar de nuevo la moqueta, ya que había entrado en uno de los salones de actos que había en la planta baja. Este era muy oscuro, aunque en sus rincones estaba mejor iluminado por la luz de la luna, que entraba por los enormes ventanales que había a lo largo de la pared izquierda del salón. Gracias a esa claridad pude ver a Sara al fondo, mirando por el último ventanal. Me acerqué despacio para no asustarla. Parecía una aparición fantasmal. Estaba bella y misteriosa como nunca.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —pregunté cuando estaba a sólo un par de metros de ella. No

quise acercarme más.

No me oyó. Ni siquiera me miró. Estaba absorta observando a través de los cristales. Con aquella tenue luz y vestida sólo con unas braguitas y una camiseta blanca interior, muy ceñida, que dejaba entrever su cuerpo. Me pareció muy hermosa. Era la primera vez que la veía con tan poca ropa y me impresionó.

—Cariño, vamos, te acompañaré a tu habitación —dije extendiendo mi mano, dándome cuenta de que estaba en pleno episodio de sonambulismo.

Sara giró la cabeza para mirarme.

Al principio creí que me había reconocido, porque esbozó una sonrisa, plácida y serena. Bajó la mirada y advirtió mi pistola en la mano. Entonces, su comportamiento cambió de inmediato. En un segundo empezó a llorar y gritar de una manera tan desgarrada que creí que se iba a quedar sin respiración. Cayó al suelo, acurrucándose en el rincón al tiempo que murmuraba: "No me hagas nada, no me hagas nada...".

Tiré el arma a un lado y me acerqué a ella mientras trataba de tranquilizarla diciéndole que la quería, que no iba a pasar nada.

—No te preocupes, no te haré nada. Duérmete cariño. Duérmete... —empecé a abrazarla para que se apaciguase. Ella, lejos de calmarse, empezó a sufrir convulsiones. Me asusté de veras—. ¡Sara! ¡Sara, despierta!

Súbitamente, los espasmos cesaron y se quedó inmóvil. Le abrí la boca para intentar sacar su lengua, por si se atascaba en la garganta. Fue entonces cuando me golpeó con fuerza con su puño en la boca del estómago, con un dolor tan terrible que me quedé unos segundos sin respiración. Caí a un lado, con tan mala suerte que me golpeé la cabeza en el suelo. Me quedé retorcido y en posición fetal. Me había dejado *K.O*.

"Cuando menos te lo esperas...".

—¿Me puedes decir que hacías metiéndome los dedos en la boca? —inquirió Sara, levantándose del suelo y mirando extrañada el lugar en el que estábamos—. ¿Qué demonios ha pasado?

Había despertado.

Apenas logré articular un sonido gutural que pareció una especie de chirrido, cuando me desmayé a consecuencia del dolor.

***

El piar de los pájaros y el calor que entraba por los ventanales fue lo primero que sentí al despertar. Ya no me dolía el estómago, aunque sí la cabeza. Y de qué manera. Estaba tumbado encima de un pequeño colchón, en el mismo lugar donde había caído. Mi visión era muy borrosa. Apenas lograba distinguir algo de lejos. Alcé las manos y todo era borroso. A parte de eso, sentía todavía el dolor de los golpes que el perro rabioso me había asestado en el pecho con las patas. Estaba hecho un asco. Giré la cabeza a la derecha y advertí una figura difusa que solo podía ser la de Sara.

—¿Sara? No veo casi nada más allá de un metro.

Noté como la figura se levantaba y se acercaba a mí. La cara de Sara se me apareció a sólo un par de centímetros de la mía. Así si podía ver. Noté como me miraba con una mezcla de vergüenza

y de pena.

—¿Me perdonarás algún día? —preguntó arrepentida.

—Me asustaste mucho, Sara. Te dieron espasmos y creí que te iba a dar un ataque, así que te abrí la boca para evitar que te ahogaras con tu propia lengua. No intenté nada raro...

—Lo sé. Me di cuenta al instante. Caminé sonámbula por medio hotel y encima casi te mato. Como no pude subirte a la habitación bajé un colchón y algo para taparte. Menos mal que no hace frío. El golpe de la cabeza no es nada grave. Sólo un buen chichón, como podrás notar. Si ves borroso es a consecuencia de ello. Supongo que se te irá aclarando la vista con el paso de las horas. Lo siento, lo siento...

Sara me tomó las manos y las besó. Luego me dio un tierno beso en la boca.

—Claro que te perdono, mujer. Me diste un derechazo en el estómago que me pilló por sorpresa. Serías un adversario temible para George Foreman —bromeé, queriendo quitar hierro al asunto. Me toqué la cabeza y comprobé el tamaño de la hinchazón—. ¡Chichón dices! ¡Si me ha salido otra cabeza!

Subimos a mi habitación muy despacio. Pensábamos quedarnos allí hasta que me repusiera lo bastante como para poder continuar nuestro camino. Al llegar a la habitación me derrumbé en la cama.

—Por favor, Sara. Mira a ver si tenemos aspirinas o algo parecido. El dolor es insoportable —dije cerrando los ojos. La luz me molestaba así que le pedí que dejara la habitación casi a oscuras.

Sara intentaba aliviarme en lo que podía. Se sentía culpable por haberme dejado en aquel estado y notaba como sufría por ello.

—No te eches la culpa, Sara. No sabía que eras sonámbula y la cosa se nos fue de las manos. Trata de no darle más vueltas.

—Yo nunca había sido sonámbula hasta esta noche. Creo que mi mente me ha jugado una mala pasada.

Le indiqué con la mano que se sentara a mi lado en la cama.

—¿Te puedo hablar sinceramente?

—Por supuesto —respondió sorprendida.

—Creo que tienes un trauma. Ya sabes, por lo que te pasó. Creo que en la vida anterior hubieras necesitado la ayuda de un especialista y con el tiempo lo habrías superado. Pero aquí no tenemos nada de eso. Sólo contamos con tiempo. Y si no recibes ayuda ese tiempo se pondrá en contra de nosotros. Ahora has sufrido sonambulismo, pero puede ir a más. Ese trauma se puede manifestar de muchas otras formas, como por ejemplo tu fobia a descansar al lado de alguien, en este caso de mí. Cuando te lo he sugerido nunca ha sido con más intención que la de cuidarte, pero tienes que reconocer que algo te lo impide. No sé qué vamos a hacer con esto, pero tenemos que arreglarlo. Yo te ayudaré cueste lo que cueste, pero si tú no das un primer paso nunca lo conseguiremos.

No veía bien a Sara, aunque intuía que dentro de ella se estaba moviendo un mundo.

—¿Y cuál es ese primer paso? —preguntó por fin con voz entrecortada.

Sujeté su mano. La apreté y la puse en mi pecho.

—El primer paso es que reconozcas que tienes un problema.

SEÑOR R

***

Me pasé toda la tarde recostado en la cama, hasta primera hora de la noche. Al principio, con un dolor de cabeza tan grande que empecé a temer que el golpe me hubiese producido algo más que una hinchazón de proporciones faraónicas.

Afortunadamente, los pocos medicamentos disponibles y el descanso hicieron que no sólo se mitigara bastante la migraña sino que empecé a enfocar de lejos un poco mejor. No mucho, pero al menos nos insufló algo de optimismo en mi recuperación. Las heridas en las palmas de las manos ya no sangraban, aunque estaban muy encarnadas. Era conveniente su vigilancia para prevenir posibles infecciones. Sara se ocupaba de cambiar las vendas cada tres o cuatro horas.

Aquella tarde, después de nuestra última conversación, nos quedamos en un tenso silencio. Yo no podía pensar con claridad y no me apetecía hablar, solo quería cerrar los ojos para luchar contra el dolor. Sara estaba muy apenada y tampoco decía nada. Sólo cuando mi dolor de cabeza empezó a remitir tuve ánimos para decir algunas palabras cariñosas. Para que Sara no pensara que la guardaba rencor por lo sucedido. Al filo de la medianoche, la sugerí que ya no hacía falta que se quedara velándome. Me encontraba mejor y ya podía ir a su habitación a descansar.

—No pienso irme estando tú así —dijo, acariciándome la frente para comprobar si tenía fiebre.

—Estoy mucho mejor, de verdad. Incluso ya veo, más o menos, bien los contornos de las cosas. Eso es buena señal. Ve a descansar porque mañana será un día duro, sobre todo para ti. Se nos han acabado casi las provisiones y tendrás que buscarlas tú sola. ¿Crees que podrás?

—Por supuesto. No te preocupes por nada —respondió Sara. Como no veía su cara no sabía si estaba animada o todo lo contrario, aunque su voz sonaba decidida—. Yo te cuidaré hasta que te pongas bien. De todos modos, voy a dormir en esta habitación en la cama de al lado.

Aquello me sorprendió de veras.

—Sara, no tienes por qué hacerlo por lo que te dije. No te pongas a prueba forzando las cosas.

—No me estoy poniendo a prueba. Sólo trato de cuidarte.

Sara se alejó un poco para preparar la cama de al lado. Yo sólo veía un borrón que se movía de un lado a otro. Aunque no durmiéramos en la misma cama, sabía que iba a ser una prueba para ella. No quise insistir y me di la vuelta para que no se sintiera incómoda al desvestirse, aunque no veía tres en un burro.

Aquella noche lo pasé mal. Me costaba encontrar una postura cómoda y a pesar del calor tenía mucho frío. Tenía una fiebre bastante alta. No sé qué hora sería, debió ser a altas horas de la madrugada, cuando Sara me trajo un vaso de agua e ibuprofeno. Noté como se sentaba a mi lado. Ahora veía incluso peor que el día anterior. Estuve intentando mirar a mí alrededor. Incluso la luz de la vela encendida me molestaba. Debí decir algo al respecto porque Sara la apagó al instante.

Al poco caí en un sueño pesado.

La luz de la mañana iluminaba débilmente la habitación, ya que las cortinas estaban echadas casi por completo. Miré a la cama de al lado y vi a Sara tumbada, dándome la espalda, todavía dormida. Ya no me sentía con fiebre y mi vista había mejorado mucho. Me alegré de comprobar que, pese a la poca luz, podía distinguir los hombros y la camiseta blanca de Sara. Sentir que esta dormía en la misma habitación que yo me dio los ánimos que necesitaba.

SEÑOR R

Así estuve un buen rato hasta que tuve fuerzas para incorporarme en la cama. Tuve un pequeño mareo que al cabo de un minuto desapareció. Por lo demás, me sentía bastante bien, aunque la hinchazón del golpe seguía siendo considerable. Sara se dio la vuelta y abrió los ojos. Al ver que la sonreía se incorporó y me devolvió la sonrisa.

—Buenos días. Tienes buen aspecto. El ibuprofeno te ha venido bien, ahora te daré otro —dijo saliendo de la cama casi de un salto. Llevaba, además de la camiseta, un pantalón de pijama.

Sara se metió en el baño durante un buen rato. Cuando salió llevaba un vaso y la pastilla de ibuprofeno. Me dio un beso. Se había lavado los dientes a juzgar por el aliento fresco a menta. Yo debía tenerlo horrible después de la noche que pasé.

—Estuviste un montón de tiempo sudando y con una fiebre muy alta. Menos mal que te ha bajado.

—Ahora me siento muy bien, respecto a cómo estaba ayer. La vista se me va aclarando y eso es muy buena señal.

Sara asintió y abrió un poco más las cortinas, dejando entrar la luz en la habitación. Después de casi un día y medio en tinieblas me molestó bastante tanta claridad. Pero me hizo sentir mejor al poco rato.

—¿Qué tal has dormido? —pregunté.

—Al principio poco, porque estabas con fiebre y te controlaba. Luego, bastante mejor.

—Me refiero a dormir los dos en la misma habitación. ¿No te encontraste incómoda?

Ella se acercó a mi cama y se sentó a mi lado.

—Tenía mis dudas, pero no he tenido ningún problema. Quizás el hecho de cuidarte me haya ayudado.

Me rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza en mi pecho. Así nos quedamos unos maravillosos segundos, hasta que Sara se puso en pie y empezó a recoger las cosas. Intenté incorporarme, para ayudar, pero ella me regañó y me dijo que no hiciera absolutamente nada.

—Aprovéchate de tu estado de convaleciente.

—Ya. Pero, ¿qué hago? ¿Nada?

—Puedes mirar cómo recojo.

Obedecí con cierta picardía.

—La verdad es que me gusta mucho lo que veo.

Después de meter las cosas en una de las grandes cajas de plástico, Sara bajó a dejarla en el coche. Estuvo un buen rato afuera, tanto que empecé a inquietarme. Estaba a punto de ponerme en pie y bajar cuando la puerta de la habitación se abrió. Sara me sonrió y me ayudó a incorporarme.

—Vas a alucinar cuando bajes al hall —dijo divertida.

—¿Por qué? —indagué intrigado—. ¿Qué ha pasado?

—Ya verás.

Necesitaba apoyarme en Sara para poder andar, porque mi sentido del equilibrio estaba como el de la vista, en fase de recuperación. Cuando entramos en el amplio hall, que a la luz del día tenía un aspecto mucho más amigable que por la noche, me quedé sorprendido al ver el Range Rover estacionado frente al antiguo mostrador.

—¿Cómo has podido meter el coche? —inquirí mirando alrededor.

SEÑOR R

La puerta principal estaba intacta. Por allí no cabía y la que daba acceso al jardín interior era muy pequeña. Sara sonrió.

—¡Tachan! He hecho magia. Qué te parece.

Incluso miré al techo buscando una explicación lógica.

—Como no quería que anduvieras mucho se me ocurrió acercar todo lo que pudiese el coche. Dando una vuelta a todo el hotel me fijé en un sitio que no habíamos visto. La zona de la cocina. Pues bien, hay un boquete enorme, tan grande que he podido meter el coche. Luego, con un poco de maña, he logrado conducirlo por todo aquel salón de allí, que se comunica con la cocina, hasta aquí. He raspado un poco los laterales, pero por lo demás sin problema alguno.

—¿Ese enorme boquete, a qué pudo ser debido? —pregunté extrañado, todavía maravillado por la resolución de Sara.

—Creo, y es un suponer, que algún vehículo enorme chocó con la pared de la cocina. Seguro que un camión, o incluso un tanque. A saber, lo mismo intentaron saquear las cámaras frigoríficas. Tenías que haber visto la cocina. Parece que ha pasado Atila. Bueno, sí lo vas a ver porque tenemos que salir por allí.

Efectivamente, la cocina, o lo que quedaba de ella, estaba arrasada. Las mesas industriales de aluminio estaban literalmente aplastadas. Logré descubrir algunas huellas de rodamientos de cadenas. No había podido ser un tanque porque la altura del techo no era tan alta, pero sí algún tipo de vehículo mecanizado con tracción por cadenas.

Fuimos rumbo al norte. Sara, al volante, volvía a tener un ánimo optimista, muy alejado del de los últimos días. Yo estaba en el asiento del copiloto, plegado al máximo hacia atrás, dando cabezadas irregulares. *Zas* debía comprender que no me encontraba muy bien y tuvo el detalle de no ladrar demasiado. Sara no paraba de hablar, de cualquier cosa. Me dijo que no hacía falta que yo dijera nada, que tenía ganas de hacerlo. Estaba de muy buen humor. Supuse que la *no prueba* de la noche anterior, durmiendo en la misma habitación que yo, había sido superada con creces y eso la había levantado el ánimo a niveles estratosféricos.

Aunque yo estaba somnoliento me iba quedando con lo que decía. Habló largo y tendido de su relación con sus padres. Esta no había sido demasiado cordial, sobre todo con su padre, un hombre exigente y poco dado a demostrar afecto. Fue por él por lo que tuvo que ponerse en manos de su tío como secretaria, a pesar de haber acabado de salir de la Universidad y con nula experiencia profesional. De su madre tampoco dijo nada que demostrase que había tenido un especial afecto. Al parecer, fue una mujer muy sumisa al genio de su marido. Lo que él decía ella nunca se atrevía a contradecir. De todos modos, no los guardaba rencor ni los echaba nada en cara. Quizás nunca logró quererlos, ya que había recibido poco amor por su parte y que por eso mismo, como ella misma se auto diagnosticó, la costaba demostrar sus sentimientos. "Aunque contigo eso estaba cambiando", puntualizó. Tras decir aquello me dio una palmada en la pierna en un gesto que me pareció un poco de "camionero". No había duda de que disfrutaba conduciendo y eso la liberaba al hablar. Lo hacía sin cortapisas porque en esos momentos se encontraba muy a gusto. Yo utilizaba esos momentos para ejercer de psicoanalista, haciendo preguntas de vez en cuando sin profundizar en nada. Mi terapia se basaba en escuchar y que ella fuera soltando todo lo que quisiera, que se liberase. Eso siempre había funcionado con la gente con problemas. Escuchar era la clave.

SEÑOR R

***

El Parador de Lerma estaba en pleno centro de la ciudad, en la Plaza Mayor. Esta era muy grande y empedrada donde había numerosos vehículos. No obstante, no tuvimos problemas para pasar y dejar el Rover a la puerta del mismo.

Era un auténtico palacio restaurado para servir de hotel de lujo, con una planta excepcional. Deduje que sería un buen lugar donde hospedarnos. Yo había estado alguna vez en varios paradores cuando trabajaba en una gestoría que llevaba las cuentas de un alto cargo de Turismo. El hombre solía obsequiarnos a los de la oficina con algún que otro buen descuento. Algunos lo aprovechábamos, aunque siempre fui solo. Si hubiera tenido a Sara por entonces...

El interior nos causó buena sensación. Yo portaba el fusil de asalto y Sara su pistola. No habíamos visto cuerpo alguno y la entrada no estaba forzada. Todo estaba extrañamente en su sitio. El gran patio interior, techado para salvaguardarlo del frío y el sol, conservaba todo tal y como debía estar. Con mucho polvo acumulado pero nada alterado. Pequeños balcones rodeaban el hermoso patio, dando un aspecto como de una especie de corrala enorme.

—Que raro —dije sentándome un momento en uno de aquellos espaciosos sofás—. No hay nada que haga pensar que esto ha sido saqueado. No hay ni un cadáver ni olor de ningún tipo, excepto el lógico de haber estado cerrado.

—A lo mejor lo precintaron para evitar algún saqueo. O no hizo falta. No te olvides de que ya no estamos en una gran ciudad como Madrid. En estos sitios todos se conocían. Supongo que cuando empezó la crisis se ayudarían entre ellos, no les haría falta saquear.

—En mi barrio de Getafe vi a gente que se conocía de siempre pelearse por rencillas acumuladas. Supongo que en estos lugares pasaría lo mismo. No sé, sólo se me ocurre que este palacio fuera tomado por las fuerzas del orden como sede o algo así. Pero tampoco hay ningún vehículo militar ni cuerpos de soldados.

Sara se encogió de hombros y se dirigió al interior del restaurante. Las mesas se encontraban en buen estado, aunque no había ninguna preparada. Varios candelabros decoraban la estancia. Me acerqué y cogí uno.

—Esto nos va a venir de miedo esta noche. Mira, ahí hay otro.

Fui recorriendo el lugar y acaparando candelabros. Cada uno tenía cinco buenas velas, así que podíamos disponer de una buena iluminación cuando se fuera la luz natural. Algo que ya estaba empezando a pasar porque habíamos llegado al atardecer. Apremié a Sara con que lo importante era buscar unas habitaciones.

Fuimos mirando una a una mientras *Zas* correteaba como loco por los pasillos, ladrando con alegría. Todas las estancias eran muy bonitas, algunas con camas separadas, otras juntas con doseles e incluso en las torres de los extremos del palacio había una habitación en lo alto de cada una. Sara subió a inspeccionar una de ellas y al poco rato bajó entusiasmada.

—¡Tienes que subir a verla! ¡Es preciosa!

Estaba muy bien. Era algo más pequeña que una normal pero con el encanto de estar en una torre con unas vistas privilegiadas. En el techo había unas bonitas celosías que le daban un aspecto muy medieval. Nos sorprendió descubrir el baño, que estaba dentro de la misma habitación, justo

detrás de la pared que hacía de cabecero de la enorme cama y que a su vez estaba encima de las escaleras de acceso. Solo unas cortinas blancas separaban este de la zona de la habitación. El váter estaba escondido dentro de un pequeño cuarto, frente a la bañera de estilo francés. En definitiva, era una habitación muy romántica para pasar un fin de semana de enamorados, pero no había mucha intimidad para lo que estábamos acostumbrados.

—Es muy bonita, Sara. Pero por si no te has fijado la cama es de matrimonio y el baño está justo detrás sin ningún tipo de mampara, salvo esas cortinas medio transparentes. Supongo que aquí dormirás tú.

Sara se me acercó y me cogió de la mano.

—Esta noche, cuando estaba durmiendo en la cama de al lado, pensé en meterme en la tuya para dormir juntos. No lo hice porque estabas con fiebre y no quise molestarte, pero hoy no me importaría. De verdad.

La miré algo sorprendido. Un gran cambio en tan poco tiempo.

—Aunque eso sí, para el baño utilizaré el de alguna otra habitación —añadió con una sonrisa.

—Entonces aquí dejo las cosas —dije soltando el fusil y la mochila al lado de la caja de plástico que Sara había dejado previamente. Me tumbé boca abajo en la cama, estirando de par en par los brazos y soltando un resoplido de satisfacción.

—Voy a ir sacando algo para comer, que tengo mucha hambre —dijo ella mientras abría la caja de las provisiones. Sacó el camping gas y empezó a preparar unas conservas.

Se me había pasado el dolor de cabeza y había vuelto a recuperar la visión sin problemas. El chichón, aunque se notaba a la vista, había bajado de forma considerable. Después de volver a cambiarme las vendas, Sara me aseguró que tenían buen aspecto y que no parecían infectadas.

—Esto se merece un brindis —sugerí sacando una botella de cava de la mochila.

—¿Y esa botella? —indagó Sara muy sorprendida.

—Hay que saber mirar mejor en los sitios, pequeña.

—No creo que sea lo más recomendable en tu estado.

—Vamos, un trago no me matará.

Coloqué los tres candelabros que había metido en la mochila. La luz que proporcionaban era cálida y tenue. Ideal para relajarse. Perfecto para aquel momento tan íntimo.

Sentados en el suelo, mientras comíamos, admirábamos el lugar.

—Me siento como una princesa en su torre.

—¿Esperando a tu caballero? —pregunté

—Mi caballero ya lo tengo aquí —respondió ella con cierto rubor.

Me levanté y cogí la botella de cava. Llené los vasos y brindamos por nosotros.

—¿De dónde sacaste la botella?

—¿Te acuerdas, en Aranda de Duero, cuando estuviste mirando ropa para ti? Yo estuve explorando por los locales cercanos. Uno de ellos era un asador y di con unas cuantas botellas en la barra del bar. Pensé que estaría bien para celebrar algo.

—¿Cómo qué?

—Además del cava también encontré otra cosa en otra tienda cercana —me volví a levantar y busqué en el interior de mi chaleco, que había dejado encima de la cama—. Ya te dije hace un

tiempo que quería que fueses mi mujer. Y como en cierto modo soy muy romántico quiero pedírtelo de manera formal.

Saqué dos anillos. El mío era grueso de oro blanco mientras que el suyo era delgado de oro normal. No tenían el mismo estilo ni apariencia.

—No me dio tiempo a buscarlos iguales, pero estos me gustaron. Si no te gusta el tuyo ya encontraré otro.

Sara se levantó y cogió su anillo. Lo miró y luego me escrutó a mí como si todavía no se lo creyera. Se lo puso en el dedo anular de la mano derecha.

—Es muy bonito. Este está bien. Yo... ¡No sé qué decir! Esto es tan raro... Pero es muy romántico —musitó con voz entrecortada. Sus ojos brillaban.

—No lo tenía planeado. Ha surgido y ya está. Ya te dije que no hay reglas de ningún tipo y que para casarnos sólo hace falta que queramos los dos. ¿Tú quieres ser mi mujer? —pregunté en un susurro, notando como temblaba su mano.

—Sí, quiero ser tu mujer —me abrazó con fuerza y respiró hondo hasta que se tranquilizó un poco. Luego se separó lentamente—. ¿Y tú, quieres ser mi hombre?

—Por supuesto —respondí acercándome de nuevo para besarla.

—¿Quiere decir con esto que ya nos hemos casado? —Sara sonrió.

Asentí con la cabeza y le enseñé mi anillo puesto.

—Ha sido una boda bien barata. ¡Y bien corta! —dijo Sara riendo.

—Además, directos al grano. Bien, podemos seguir cenando, que tengo mucha hambre —dije dándola un sonoro beso.

—¡No me digas que ya te has cansado del matrimonio! —exclamó ella sin parar de reír—. ¡Que poco romántico eres!

—¡Viva los novios! —vociferé alzando mi copa.

—¡Viva! —secundó Sara, echándose encima de mí.

Nos besamos apasionadamente y acabamos encima de la cama. En un momento dado, Sara me detuvo.

—Miguel..., para. Despacio... No puedo todavía —su respiración era agitada—. Esto no ha cambiado mi problema. Soy tuya y tú eres mío, pero mi cuerpo todavía no, debes entenderlo, por favor...

Sabía a lo que se refería. No quería forzar una posible recuperación iniciada la noche anterior. Era demasiado pronto.

—No quiero que pienses que no te deseo. Por mis besos sabes que no es así. Es posible que si nos acostamos no pase nada. Pero puede que me pase algo o que reaccione mal. Quiero estar segura. No quiero dar un paso y luego volver atrás. Si vamos poco a poco sé que me podré entregar a ti sin remordimientos ni problemas. Pero quiero que lo entiendas, Miguel.

—Tranquila, lo sé. No pasa nada, iremos al ritmo que tú marques. De momento, has dado un gran paso al querer compartir la misma habitación. Soy consciente de que debes ir muy tranquila y segura en esto.

—Gracias por ser tan comprensivo. Esto no va a ser así siempre, de verdad. No te impacientes y llegará el día, Miguel. Te lo prometo.

SEÑOR R

Una lágrima corría por su mejilla. La tomé de la mano y la tumbé en la cama, a mi lado. Le acariciaba el pelo como acostumbraba, ya que eso la relajaba mucho. La tranquilizaba porque era verdad que estaba temblando. Le susurré palabras tiernas y futuras promesas de que todo se iba a arreglar, de que todo iba a ir bien. Ella se quedó en silencio. Al cabo de un rato me levanté y la tapé.

Me metí con ella en la cama. Después de un tiempo nos quedamos dormidos. Juntos por primera vez.

***

Después de aquella noche, Sara ya no tuvo ningún reparo en compartir el lecho. Se sentía más protegida y estaba claro que yo no le producía ningún tipo de temor inconsciente. La cuestión de poder amarnos iba a ser algo más complicado, aunque ella había dejado bien claro su postura por lo que no tenía más opción que aceptarla y comprenderla.

Después de dejar Lerma continuamos nuestro viaje, de forma bastante parsimoniosa ya que, al aproximarnos a Burgos, aumentó de forma considerable, los obstáculos en la carretera. Cada vez se hacía más difícil el tránsito, algo común a todos los núcleos importantes de población. Hasta que, a poca distancia de la ciudad castellana, nos fue imposible seguir por la Carretera de Burgos. Tuvimos que tomar la A-231, la llamada Autovía del Camino de Santiago, después de hacer un trayecto por tierra, siguiendo primero el trazado de la vía del tren y un corto paseo por la Autovía de Castilla. Por eso tomamos la dirección oeste, ante la imposibilidad de ir hacia el norte. Al menos de momento. El coche se comportó como el buen todoterreno que era y pudimos eludir varios obstáculos naturales. Sara controlaba muy bien el coche, saliendo de situaciones que a mí me hubieran sido imposibles de sortear.

Avanzamos por esa autovía con una buena velocidad al principio. Posteriormente se fue haciendo más lenta, hasta que nos detuvimos completamente a unos treinta kilómetros antes de llegar a la Autovía Cantabria-Meseta, la A-67, a la que nos dirigíamos para volver a tomar la dirección norte. Una espectacular concentración de vehículos nos impidió el paso. No habíamos visto nada igual hasta aquel momento. Parecía como si hubiera habido un enorme choque de vehículos. Era tal la cantidad de estos que hasta unos cuantos metros a los lados de la carretera estaban ocupados sin posibilidad de poder rodearlos. Sara dio marcha atrás y retrocedió un corto tramo, hasta que descubrió un lugar lo suficientemente despejado como para poder meter el coche. Pasamos a un camino de tierra que discurría en paralelo. No llegamos muy lejos, porque apenas recorridos unos metros, sin ni siquiera alcanzar el lugar del accidente múltiple que nos había entorpecido la marcha, dimos con una zanja que nos cortaba el paso. Sara, demasiado optimista ante sus habilidades y sobre todo en la capacidad del coche para sortear esa clase de obstáculos, se metió de lleno, quedándonos con el morro casi tocando una de las vertientes del socavón. Era imposible ir hacia delante o hacia atrás.

Estábamos bloqueados por completo.

No voy a negar que la insistencia de Sara, rayana en la tozudez al creer que podía sortear aquello, no me hubiera molestado. No me había pedido consejo alguno y había dado por sentado que podía pasar sin sopesar antes las posibilidades. Después ya era tarde, pero aún así ella me preguntó:

SEÑOR R

—¿Ahora, qué hacemos?

No pudimos hacer otra cosa que bajarnos. Intenté encontrar otro vehículo para poder utilizarlo. Pero todos los coches que no estaban aplastados, con ruedas pinchadas u otros desperfectos que los hacían inviables, tenían la batería completamente agotada. Sara me vio resoplar de frustración por una cabezonería suya e intentó consolarme.

—No te preocupes. Mira lo que vamos a hacer. Voy a quitar la batería del Rover, que está bien y se la ponemos a otro coche que nos guste.

—Pero yo no tengo ni idea de cambiar baterías. Es más, no tengo ni idea de casi nada de coches.

—Tranquilo. Ya te dije llevo desde los dieciocho años rodando con coches de segunda mano. No es la primera vez que me veo tirada en una carretera. Tú déjame hacer mí, que al menos lo del cambio de batería es algo que sé hacer. Algo que vas a tener que aprender, al igual que yo aprendo lo de las armas.

Hice una mueca disconforme, como no queriendo admitir que encima tenía que darle las gracias por aquello.

—Al menos vamos a buscar el coche al otro lado del montón de chatarra. Porque no vamos a pasar de nuevo ese socavón, digo yo.

—¿Puedes decirme por qué estás enfadado? —preguntó Sara ante mi evidente malestar—. Ha sido una cagada mía, lo sé y lo admito, pero no te enojes porque estas cosas pasan. Es más, hemos tenido suerte de no haber tenido que cambiar de coche hasta ahora. He conducido al Rover por sitios que tú... Bueno, vamos a dejarlo, porque es tontería echarnos en cara estas cosas.

La miré. Hacía calor, el atasco brusco en la zanja, la frustración de tener que cambiarnos a otro coche y mover todas nuestras pertenencias. Además de que mis manos que me palpitaban, todavía sin curar del todo y el dolor de cabeza que se me estaba empezando a poner... Todo eso se me acumuló en aquel momento.

—Hubiera podido practicar más con el coche pero, por si lo olvidaste, te recuerdo que me dejé las manos en aquel refugio. Sí, el de los simpáticos lobitos que nos querían comer.

Según terminé de decir aquello ya me había arrepentido.

Sara me miró apesadumbrada. No porque perdiera los papeles en esa situación, que era comprensible y ella misma había pasado por eso al ascender la colina en aquella ocasión de los "simpáticos lobitos". Se mostró dolida porque aquella vez ella quiso hacer algo más y no pudo, siendo consolada entonces por mí diciendo que no pasaba nada. Ahora, con aquel arrebato infantil, parecía que se lo estaba echando en cara, cuando no había sido esa mi intención.

Sara se dio la vuelta y se dirigió al coche para proceder a quitar la batería.

El despiadado sol de la meseta castellana calentaba de manera implacable a esas horas del mediodía. Me rasqué la cabeza, maldiciéndome por ser tan bocazas y no haber mantenido mi acostumbrada calma. Me acerqué al accidentado Range Rover.

A consecuencia de la poca ortodoxa posición del todoterreno, Sara tenía que hacer casi un ejercicio circense para abrir el capó y sacar la batería.

—Dime en que te puedo ayudar —me ofrecí con la mejor intención.

—Sujétame por la cintura o me voy a caer —pidió, todavía dolida por mi anterior actuación.

Bajé al interior de la zanja y me situé por detrás de Sara. Le agarré de la cintura y la aupé un

poco. El ángulo del coche hacía que la zona de la batería se quedara algo elevada. Como era más bien menuda pude aguantarla.

Mientras Sara intentaba acceder con las manos al interior del motor yo intentaba pedir perdón.

—Oye Sara, no me hagas caso por lo que te he dicho antes. No lo quise decir con la intención que tú crees. De verdad. Perdóname, porque sé que vales mucho. De hecho, lo estás demostrando ahora.

Sara no respondió. Estaba bastante ocupada quitando la batería al coche. La oía resoplar por el esfuerzo. Intenté alzarla un poco más, pero ella gruñó así que reculé. Al cabo de unos instantes me dijo que la bajase, que ya la tenía.

—No tengo que demostrarte nada —dijo mientras miraba las especificaciones de la batería que tenía en las manos ennegrecidas por la suciedad—. Sé que valgo para muchas cosas. Aunque a veces me cueste hacer algo no tengo ningún problema una vez que aprendo.

—No le des más importancia. No tienes que justificar nada. Soy gilipollas y ya está. Fin. No nos metamos en discusiones que no van a ningún sitio. Ya sabes lo que pienso realmente de ti.

—Vamos a buscar un coche al que le vaya bien esta batería.

No cogimos nada más del desventurado Range Rover, ya que si encontrábamos otro coche intentaríamos acercarlo a la zanja y hacer el trasvase de pertenencias de una manera más cómoda.

Vimos varios todoterreno con muy buena pinta, pero estaban demasiado metidos dentro del infierno de metal que era aquel choque en cadena. No servía cualquier coche, la batería del Range Rover era bastante potente, así que teníamos que encontrar un coche de similares características, para asegurarnos que funcionase correctamente. *Zas* se movía entre los coches con una facilidad pasmosa.

—Ese nos puede servir —Sara señaló un viejo Nissan Patrol de color blanco.

—¿No es un poco viejo? —pregunté, extrañado por la elección. Era en verdad un todoterreno de los antiguos, de los clásicos primeros coches de este tipo que empezó a comprar la gente antes del auge de los todocaminos de los últimos años. Me recordó a aquel famoso modelo de la Guardia Civil que había por todos los lugares agrestes de España.

—Es viejo. Pero te aseguro que se meterá por sitios que esos tan bonitos que mirabas no podrían hacerlo. Este es un todoterreno de verdad. No iras tan cómodo, pero es perfecto. Además, es la versión larga, que nos viene de perlas para guardar todo lo que llevamos. Así que ven y vamos a probar la batería.

Aguantando el siempre desagradable contacto con cadáveres sacamos al antiguo dueño y lo dejamos respetuosamente en la cuneta. Las llaves estaban puestas por lo que no tuvimos que hurgar en sus ropas.

Sara desconectó los bornes de la batería antigua y desatornilló la misma del anclaje del coche. Me la pasó y puso la nueva en su lugar.

—¿Qué hago con esto?

—Tírala por ahí. Es un contaminante, pero a la vista está que no va a ser el único.

La dejé en el interior de otro coche y me acerqué al lado de la puerta del conductor del Nissan, donde Sara ya estaba sentada.

—Toca madera —dijo tocando el salpicadero con los dedos cruzados.

—Prefiero darte un beso —repliqué tratando de hacer las paces.

Sara se mostró un poco sorprendida, pero sacó la cabeza por la ventanilla y nos besamos, dando así por concluido nuestro desencuentro. No tenía sentido estar enfadados por algo tan nimio.

—Miguel, si tenemos que discutir más veces procura que sea por algo que de verdad valga la pena.

—Tranquila, he aprendido que a veces es mejor mantener la boca cerrada y parecer idiota que abrirla y despejar la duda definitivamente.

—Si intentas impresionarme quiero que sepas que eso es de Groucho Marx y ya me lo sabía. Yo también recibía *Power points* al correo electrónico.

—Perdona, cariño, pero no es un plagio, es un homenaje —dije satisfecho de ver que las aguas volvían a su cauce—. ¿Sabes que mientras te aupaba, para que cogieras la batería del Rover, me he fijado que tienes un culo precioso?

—¿Y tú sabes que de romántico tienes muy poco?

Los dos nos reímos. Sara giró la llave de contacto y el Nissan bramó al ser arrancado después de tanto tiempo inactivo. Una espesa nube negra salió del tubo de escape hasta normalizarse en un gris al cabo de unos momentos. Sara mantuvo el coche así durante unos minutos para comprobar que no fallaba nada.

—Tiene menos de un cuarto de gasolina. ¿Qué hacemos? —preguntó Sara—. ¿Le echamos un poco más?

—Será lo mejor. Antes vamos a acercarlo al Rover y trasladamos nuestras cosas a este. Esperemos que aguante el trote.

—De eso no lo dudes. Ya verás como con este pasamos por donde otros no pueden. ¡Sube *Zas*, no seas revoltoso!

Sara llevó el coche con mucho cuidado al borde de la zanja. El Nissan tenía la suspensión más dura que había visto en un coche. Hacía que cada pequeño bache del camino nos hiciera botar dentro del habitáculo, como si estuviésemos descontrolados. Además, producto de su veteranía, presentaba una asombrosa colección de ruidos de chasis, muelles de los asientos, amortiguación de las ballestas e incluso del embrague. Cuando abrí el portón de la parte de atrás salieron desperdigadas por el suelo unas cuantas patatas podridas. Desde luego, el dueño no lo tenía para lucirlo sino para ir a trabajar por los campos de cultivo.

—Este coche ha tenido más trote que la boina de mi abuelo —sentencié tirando lejos un saco de cebollas, ajos y otras verduras en mal estado.

Estuvimos un buen rato sacando las cosas del antiguo coche. Nos costó bastante, dada la inclinación del mismo y por lo abultado de las cajas de plástico. Sara, mucho más cabal, pensó que era mejor atar estas a una cuerda y tirar de ellas, que asirlas directamente. Como comprobamos, su idea fue bastante buena.

Tras el fatigoso trabajo decidimos comer algo para reponernos e hicimos un improvisado picnic campero bajo el implacable sol.

—¡Jesús! ¡Me estoy asando! —exclamé nada más terminar de comer, en los asientos de atrás del coche.

—Yo también, además olemos que no veas. ¡Vaya, mira que sobaqueras tienes! —señaló Sara

hacia mi camiseta.

—Tú no te quedas atrás, además me vas a sacar un ojo —señalé la suya, que dejaba intuir perfectamente sus pezones a través de la tela. Sara se dio cuenta y cambiando de postura ahuecó el espacio de delante de su camiseta para evitarlo.

—Bueno... Cómo estamos de fogosos hoy... —observó Sara cuando me vio sonreír por haberme percatado de ello.

Estábamos casados a nuestra manera, pero todavía nos faltaba por dar ese paso necesario para entablar una relación afectiva plena. No había duda de que mi deseo por ella aumentaba y con mis comentarios respecto a su anatomía, como había hecho también un rato antes, podían ser un método para ir normalizando la situación. Como ella, además, entraba al trapo y no se mostraba cohibida, o molesta, me hacía seguir con ello. Estaba seguro de que mostrando mi deseo le ayudaría a reforzar su autoestima en lo referente al sexo.

Cuando Sara se tuvo que estirar, para poder beber cómodamente de la botella de agua, volví a fijarme en su abultada camiseta. Hasta el día que se despertó sonámbula no me había fijado, por no haber tenido una oportunidad anterior, en el cuerpo de Sara. En aquella ocasión, la visión parcial de su anatomía me produjo una primaria sensación de deseo, aunque no la pude vislumbrar demasiado debido a la oscuridad, y sobre todo por el trauma craneal que me llevé después. Eso me hizo recordar aquella noche de una manera más borrosa de lo que me hubiera gustado. Lo más cerca que había estado de ver las intimidades de Sara fue al auparla para que cogiera la batería del coche, e intuir sus pezones en el interior del nuevo vehículo. Escasa recompensa para ser unos recién casados.

—Es que eres muy hermosa, Sara —me excusé—. Al verte así me has llamado la atención. Debe ser este calorcito. Pero no debes avergonzarte. De todos modos, ahora soy tu marido.

Sara me sonrió y me pasó la botella de agua.

—Debes estar sufriendo por tanta espera —se compadeció.

Mientras bebía asentí con la cabeza haciendo que ella se riese más. Luego me quitó la botella de las manos. Tras mirarme un segundo, se echó toda el agua por encima de la camiseta. Esta se quedó al instante pegada a su cuerpo, dejando entrever perfectamente el contorno de sus pechos.

Mi cara de asombro debió ser buena, porque ella no paró de reírse.

—Esto es un avance. Si eres paciente, tendrás más —dijo dándose la vuelta a los pocos segundos, buscando la caja de plástico donde guardábamos la ropa de repuesto. Sacó otra camiseta seca y me hizo una indicación con el dedo de que me diera la vuelta.

—Sara, eso es una tontería. Quiero decir que, si de verdad hemos sellado nuestro amor con una especie de votos entre nosotros, es tontería que te pongas tan tímida. ¿Qué más da que te vea como te cambias? ¿No es eso lo que hacen los matrimonios normales?

—¿Es el nuestro un matrimonio normal?

—¡Déjame disfrutar de ti, aunque sea como un simple mirón! —supliqué medio en broma y medio en serio.

Sara me volvió a observar. Se lo estaba pensando. No había necesidad de comportarse como si fuésemos unos completos extraños.

—Pero las manos quietas. Si no ya sabes que podemos precipitarnos y en esto hay que ir

tranquilos. Lo digo en serio.

Puse cara de perrito amaestrado, meneando la cabeza con obediencia.

Para mi sorpresa mayúscula se quitó la camiseta mojada y el sostén. Lo hizo de una forma muy lenta, como si quisiera asegurarse de que no me perdiera detalle. La visión de aquellos hermosos, pálidos y no muy grandes senos era, en verdad, una delicia visual que jamás olvidaría.

—¿Satisfecho? —preguntó sin rubor de ningún tipo tras taparse de nuevo.

Asentí con cierta vergüenza, como si me hubieran pillado de pequeño mirando algo que no debía.

En aquella tórrida tarde de finales de junio no recordaba haber pasado tanto calor en toda mi vida.

Julio

Tuvimos que pasar aquella noche en el interior del coche, en mitad del campo, ya que no tuvimos tiempo de buscar alguna casa o pueblo. Estábamos tan cansados que incluso esos asientos mugrientos y sucios nos parecieron un buen colchón donde poder reposar. Al cabo de unas horas empezamos a notar la incomodidad de dormir en la misma posición y ya nos fue imposible volver a conciliar el sueño. No había ni amanecido cuando decidimos emprender la marcha y buscar en el siguiente pueblo algún vehículo más cómodo.

Circulábamos por la Nacional 611, la carretera de Palencia hacia Aguilar de Campoo, siguiendo hacia el norte. Queríamos parar en Herrera de Pisuerga, que era la localidad más grande que teníamos en las cercanías. Además de un nuevo vehículo necesitábamos provisiones y agua.

Pero el Nissan nos tenía preparada una nueva sorpresa. Cuando paramos un momento a esquivar un nuevo montón de vehículos en mitad de la calzada, el motor empezó a arder. La antigüedad y el sobreesfuerzo al que lo sometimos fue demasiado y algo en su interior provocó un cortocircuito. La humareda que salió del capó nos confirmó lo peor. El maldito montón de chatarra nos había abandonado en mitad de ninguna parte. Rodeados de campos de cereales agostados y con el inmisericorde sol que empezaba a aparecer por el horizonte. Iba a ser otro día muy caluroso y no estábamos en un buen lugar para resistirlo. Nos miramos algo abatidos, comprendiendo que teníamos que continuar a pie hasta que encontrásemos algún vehículo.

—No podemos ir cargados con tanto peso. Tenemos que abandonar la mayoría de lo que llevamos —me lamenté observando la gran cantidad de cosas que llevábamos. Sara asintió y sacó una pequeña mochila de deporte, metió una botella de agua y varias latas de conserva que nos quedaba.

—Necesitamos agua con urgencia —instó mirando bien las pertenencias, por si había alguna botella escondida, que no fue el caso.

—De acuerdo. Tú lleva eso y la escopeta a la espalda. Dejaremos el fusil de francotirador, que es muy aparatoso. Me llevo el de asalto. También las pistolas y poco más.

—Coge una camiseta. Nos las pondremos en la cabeza para protegernos del sol. No son ni las ocho de la mañana y ya hace calor. Tenemos que darnos prisa —apremió Sara que se daba cuenta de que con una sola botella de agua y por aquel lugar lo íbamos a pasar mal.

SEÑOR R

—No tenemos ni siquiera crema protectora. Nos vamos a poner como unas langostas —dije colocando el fusil de asalto a mi espalda, con la otra mochila en la que guardaba algunos cargadores, las camisetas y el botiquín—. Estamos rodeados de coches, pero ninguno se pondrá en marcha sin una batería nueva. A ver si damos con una gasolinera. Es posible que encontremos alguna batería nueva.

A pesar del calor no nos quitamos los desmontables de los pantalones, ni las ligeras chaquetas caquis que llevábamos, porque eso nos protegería de las posibles quemaduras del sol. Nos colocamos las camisetas de repuesto a la manera de turbante para evitar una insolación. Sin protección solar una quemadura solar podía llegar a ser muy severa y no nos podíamos permitir esa clase de heridas. Pasaríamos calor, pero teníamos que proteger nuestra piel a toda costa.

Aprovechando que al sol todavía le faltaba un par de horas para estar en su apogeo, nos pusimos en marcha con buen ritmo. Debíamos apretar el paso hasta llegar a algún pueblo o gasolinera, donde pasar la noche y tratar de encontrar agua y un coche. *Zas* correteaba por delante, ladrando de vez en cuando a algún pájaro que se posaba en las cercanías.

—El Pisuerga queda a la derecha. Podemos ir siguiendo su cauce —sugirió Sara—. Hay unos cuantos pueblos a su paso que nos proporcionarán lo que necesitemos. Según este mapa de carreteras están a unos seis o siete kilómetros. Tenemos que atravesar todos estos campos. Si nos damos prisa podemos llegar antes de asarnos vivos.

Abandonamos la carretera y nos adentramos en aquellos ejidos secos y abandonados. Las cosechas de cereal, que tenían que haber sido recolectadas hacía tiempo, se encontraban en un estado muy lamentable, echadas a perder. Debido a la sequedad, un incendio accidental podía devastar todo aquello. Aún así, la mejor alternativa era la que había señalado Sara, así que andábamos atravesando las agotadoras llanuras cerealistas.

De vez en cuando nos deteníamos a otear alrededor. No podíamos confiarnos en que no hubiera más peligro que el sol. Escondidos entre aquella espesura de las cosechas agostadas, podía haber una manada de perros o incluso lobos. Cuando nos era posible, tomábamos los caminos que circunvalaban los distintos terrenos. Eso nos hacía dar más vueltas pero lo preferíamos por seguridad.

Al cabo de tres cuartos de hora ya estábamos resoplando por el cansancio y el sofocante calor. El polvo del camino tampoco ayudaba y nos molestaba cada vez que se levantaba algo de aire.

Al llegar al cauce del río nos dimos cuenta de que llevaba muy poca agua. Parecía más un arroyo. Aun así nos sirvió para refrescarnos un poco. Al menos la cara y las manos, aunque *Zas* se metió bien adentro. El pobre perro sufría como ninguno los rigores del clima. Llevábamos tres días sin lavarnos y se notaba no sólo por el olor, sino por el tacto pegajoso de la piel.

—En el próximo pueblo tenemos que parar. Queda poca agua —avisó Sara.

—Si avanzamos sólo un poco más llegaremos a San Clemente de Pisuerga — informé mirando el mapa—. Debe estar a unos dos kilómetros, como mucho.

Emprendimos la marcha con paso fatigado. La sola idea de volver a tan penoso andar minaba más el ánimo que el propio camino.

—Seguro que encontramos un lugar donde cobijarnos. No sé si el pueblo será grande, pero alguna casa tendrá donde nos podamos meter —dije tratando de levantar la moral.

SEÑOR R

A Sara, como siempre la pasaba con los esfuerzos físicos, la caminata se le estaba atragantando. Resopló, como queriendo decir que si en ese pueblo no había más que una cuadra con techo, serviría de todos modos. Lo que fuera con tal de no aguantar más el implacable sol castellano.

Como en las películas del Oeste, la calle principal del pueblo estaba vacía, silenciosa y cubierta de polvo con malezas secas por doquier. No era un pueblo grande, más bien pequeño, pero había bastantes casas para elegir como refugio. Sara me apremió en la búsqueda, añadiendo que una vez que estuviéramos más descansados luego podíamos elegir otra para dormir. Sin muchos miramientos elegimos una que no tuviese *bicho*, es decir, sin cuerpos humanos o animales en descomposición en su interior.

En el descansillo de la entrada hallamos la típica bicicleta de los pueblos: una *comemetros* con ruedas grandes y aspecto robusto. Fuimos directos a la cocina, donde descubrimos un par de botellas de gaseosa sin abrir. Sedientos como estábamos no lo pensamos mucho. Cada uno con una botella dimos buena cuenta de las mismas. A pesar del gas, dimos unos buenos tragos con sus buenos eructos, que calmó de inmediato nuestra sed.

Dejamos las cosas en el suelo y subimos a la planta de arriba, tras inspeccionar el cochambroso salón. En las tres habitaciones había camas, todas vetustas y con colchones demasiado blandos. En general, toda la casa tenía un aspecto descuidado y envejecido. La persona, o personas, que vivieron allí no le habían dedicado tiempo a su mantenimiento, y eso se notaba. Quizás vivió allí un anciano solitario. Sara estaba tan cansada que se lanzó directamente a una de las camas, sin ni siquiera quitarse las botas. Se quedó dormida casi al instante. Yo tenía más hambre que sueño.

Bajé de nuevo al salón y allí había una puerta que daba a un patio interior con unas cuantas macetas con plantas secas. El suelo de baldosas, con un diseño horrible, no estaba tampoco en buen estado, pero me llamó la atención la manguera que había. Abrí la llave del agua y de la boca de esta brotó un buen chorro. Al principio algo turbia pero después, una vez limpio el conducto, salió clara, aunque no muy fresca. Pensé que era una buena ocasión para darme una ducha después de tantos días. Puse la manguera atada en un alto y tras coger una pastilla de jabón del aseo de la parte de abajo, me desnudé. El contacto del líquido en mi cuerpo me causó una inicial impresión, pero el calor apretaba y era bienvenido. También lavé a *Zas* que agradeció ese frescor con su ya habitual serenata de ladridos. Me restregué con el jabón con una enorme satisfacción al ver el agua ennegrecida que se iba por el desagüe. Incluso terminé silbando *I Singing in the rain*. Tras acabar y vestirme me quedé fresco y relajado. Pensé en acercarme a las casas aledañas en busca de algo que comer. Cogí el fusil y salí tras escribir una nota a Sara indicando mis intenciones. Dejé a *Zas* dentro para que no se ensuciara de nuevo, ya que estaba todavía húmedo.

Anduve un rato por las callejuelas del pueblo. No hizo falta mucho tiempo para recorrerlo entero. Me puse a mirar a lo lejos, en dirección a la carretera que habíamos tenido que dejar por la mañana y que en ese tramo se acercaba a las lindes del municipio. Desde allí podía ver los cientos de reflejos de chapas y parabrisas de los vehículos. Súbitamente, se cruzó la fugaz visión de un conejo que pasaba a unos doscientos metros. Apunté con el fusil, mirando por la pequeña óptica. No sabía si podía alcanzarlo desde aquella distancia. El animal estaba inmóvil. Pensé que era hora de catar un poco de carne fresca. Puse una rodilla en tierra, porque apuntaba mejor así a los objetivos lejanos. Disparé sin más preámbulos. El conejo dio un salto en el aire, producto del impacto de la

bala, cayendo muerto al instante.

Sorprendido ante mi fortuna me acerqué y comprobé la pieza abatida. Era un conejo de buen tamaño. Sólo quedaba prepararlo. Eso iba a ser otra historia porque yo no tenía ni idea de cómo hacerlo. Lo cogí de todos modos, con la esperanza de que Sara supiese cómo cocinarlo. De camino de vuelta a la casa hallé, en un huerto interior, unas cuantas ciruelas en buen estado, aunque la mayoría estaban picadas o en mal estado. Asimismo me hice con unos tomates de una exigua tomatera que se hallaba en la parte más sombría del huerto.

Entré de nuevo en la casa y *Zas* me dio la bienvenida, gruñendo y ladrando al percatarse del cuerpo del conejo.

—¡Silencio, condenado *wookie*, que vas a despertar a la jefa! —exclamé señalando al animal con el dedo índice.

—La jefa ya se ha levantado —afirmó Sara, bostezando mientras bajaba por las escaleras—. ¡No me digas que has cazado un conejo!

—Lo vi de casualidad y no me lo pensé dos veces —sonreí—. Casi lo desintegro con el fusil.

—Espero que sepas como cocinarlo.

—Vaya —me desilusioné—. Eso mismo pensé yo de ti.

—No creo que sea difícil. Lo único malo es que tienes que dejar atrás todos tus años de civilización en envases de plástico o pollerías de barrio y no ser muy asqueroso —avisó dándome una palmadita en la espalda—. Por cierto, hueles muy bien.

—Ah, sí. Mira, por esa puerta del salón accedes a un pequeño patio interior. He colocado una manguera que había y nos hemos dado una ducha los dos. ¡A que sí, *Zas*!

—Ya lo sé, la ventana de la habitación en la que dormía da justo a ese patio. Y te he visto —me guiñó un ojo.

—¿Me has visto desnudo, sinvergüenza? —bromeé.

Sara me enseñó la lengua.

—¡Anda! Ayer te enseñé mis tetitas. Era lo justo.

—Si quieres puedes aprovechar para darte una ducha mientras reúno algo de leña para empezar a hacer algo con esto. ¿De acuerdo? Te prometo que no iré a mirar, que no soy tan cotilla como otras.

Sara puso el pulgar hacia arriba y se llevó la mochila donde tenía sus cosas. Mientras, empecé a recoger trozos de madera de las ramas de los arbolitos decorativos que había en la calle. Allí mismo, con un cerco de piedras alrededor, preparé la zona para hacer una hoguera cuando despellejase al conejo, algo que me daba aprehensión. Sin embargo, era algo que íbamos a tener que hacer a menudo así que no le di más vueltas y me puse con ello.

Mientras oía como corría el agua de la manguera miraba al pobre bicho. El disparo le había atravesado el cuerpo, por lo que no nos encontraríamos con la bala. Aunque la munición del calibre 5,56 Mm. no era precisamente microscópica.

No sabía si cortarle la cabeza primero o eviscerarlo. En estas estaba, buscando y eligiendo un buen cuchillo de cocina, cuando Sara, que había terminado de lavarse, apareció de nuevo en la cocina. Llevaba la camiseta que había utilizado como turbante improvisado y los mismos pantalones porque no tenía más ropa. Estaba fresca como una rosa.

—Espera. Una vez le oí a mi padre comentar algo de cómo se despellejaba un conejo. Se lo dijo a mi tío, que se fue de caza por primera vez y no sabía cómo cocinar lo que había cazado. Mira, primero hay que desangrarlo y sacarle las tripas. Es un poco asqueroso si nunca lo has hecho pero tenemos que aprender a hacerlo.

—Lo sé —le di la razón—. Vamos a tener que cazar más a menudo.

—Después hay que hacer unos cortes en las patas traseras, para separar la piel e ir tirando de ella en dirección a la cabeza, mientras otro sujeta las patas. ¿Nos atrevemos? Corta la yugular para que se desangre.

Como el conejo estaba todavía fresco brotó bastante sangre del corte que le hice en el cuello. Me dio un poco de dentera sentir el filo del cuchillo cortando la carne. Después lo puse boca abajo, en un barreño, mientras la sangre salía a borbotones.

—Déjalo un rato así, que se vacíe. Voy a preparar los tomates mientras tanto —dijo Sara, llevándolos a lavar a la manguera del patio—. Tú busca una olla o algo grande donde meterlo.

Encontré una desvencijada sartén. Al cabo de un buen rato, cuando el animal dejó de sangrar, Sara me dijo que lo abriese en canal y sacara las tripas. Esta se negó a hacerlo aduciendo que el siguiente le tocaría a ella.

Deposité al conejo encima de la encimera. Le di un buen tajo en el pecho, bajando el cuchillo y notando como cortaba por dentro. Fue muy desagradable eviscerarlo con la mano. No tuve nauseas, pero tampoco me produjo satisfacción alguna. Una vez vacío y desangrado hice dos cortes circundando las patas posteriores. Sara las agarró con fuerza, indicando que tirase de la piel hacia atrás. Esta iba saliendo bastante bien, dejando la carne al descubierto. Después de un momento de apuro, al llegar a la cabeza, opté por cortarla directamente. Tras lavarlo a conciencia lo troceé en piezas para echarlo a la sartén. Sara puso aceite de oliva y sal. Encendí la fogata exterior. Gracias a la propia rejilla de los quemadores de la cocina, pudimos hacer una especie de apaño que funcionó como parrilla.

—¡Esto va a estar de muerte! —exclamé al ver como se iba dorando la carne y el olor empezaba a despertarnos un voraz apetito.

Sara se relamía de pensarlo. Preparó la mesa del salón con los cubiertos, tras lavarlos a conciencia. Sacó la fantástica ensalada de tomates. Aquella iba a ser nuestra mejor comida en mucho tiempo.

Decir que estaba bueno sería quedarse corto. No quedó ni una sola tajada de sobra. Estaba sencillamente sabroso, al igual que los tomates. Nos quedamos, al terminar el festín, muy satisfechos por haber sido capaces de cazar y preparar un animal nosotros mismos. Era el primer paso de nuestra emancipación en la Naturaleza.

Después de la comilona me subí a la habitación a dormir la obligada siesta. El sopor me había hecho dar cabezadas en el salón, mientras Sara, más despejada tras su anterior sueño, hablaba sin parar sobre algo que no podía recordar.

Al cabo de una hora me desperté sobresaltado. Había tenido una pesadilla que me había angustiado mucho. *Zas*, que había estado durmiendo en el suelo, a mi lado, se despertó dando un par de ladridos como protesta. Le hice una señal para que se subiera a la cama pero se largó de la habitación. Menudo genio.

SEÑOR R

—¿Qué hacemos? ¿Pasamos aquí la noche o buscamos otra casa? —preguntó Sara cuando bajé al salón. Había estado dormitando en el sofá.

—A pesar de estar cochambrosa, aquí no está tan mal. Además, tiene una estupenda ducha —contesté guiñando un ojo.

—Falta mucho para que se haga de noche.

—Cuando cacé el conejo vi la carretera que dejamos esta mañana. No pasa lejos de aquí. Podemos mirar por las casas del pueblo a ver si vemos un coche en condiciones. Mañana, si hay suerte, nos dirigiremos hacia esa carretera.

Sara asintió y se puso de pie. Se empezó a estirar, desperezándose con su acostumbrada ruidosa manera. Me acerqué a ella y la abracé con ternura. Ella me rodeó con sus brazos y me besó.

—Te quiero —murmuró mirándome a los ojos.

Era la primera vez que me lo decía.

—Ya sabes que yo también.

—¿A pesar de mis cosas? —preguntó dejándose querer.

—Precisamente te quiero por todas tus cosas.

Nos quedamos abrazados un rato. Yo me hubiera quedado así toda la vida pero Sara me apremió para que empezásemos cuanto antes la búsqueda del coche. Nos preparamos con las armas. Sara con su pistola y yo con la mía. No creí necesario llevar más armamento.

—Si encontramos un coche, y hay suficiente luz, vas a practicar un poco el "bang, bang" —dije simulando una pistola con la mano derecha.

—Te lo iba a comentar. Porque ya no me acuerdo de cómo se hacía.

—Así pruebo mi nueva pistolita —palpé la culata de la *Beretta* que encontré en el cuartel de la Guardia Civil de Aranda.

El parque automovilístico que quedaba en el pueblo era bastante limitado. Al parecer, la mayoría de los coches no estaban allí, ya que los habitantes debían haber huido a las capitales. Era curioso. La gente de las ciudades salió en masa en dirección al campo, con la esperanza de no contagiarse, y la gente de los pueblos salió de estos para ir a las grandes ciudades donde creían que estarían mejor atendidos. Resultado: las carreteras atiborradas de coches.

En el garaje de una de las casas cercanas a la nuestra vimos un Renault 12, de color amarillo pálido, bastante cuidado a pesar de los más de veinticinco años del mismo. Y para nuestra sorpresa arrancó a la primera.

—El paisano lo tuvo que querer más que a su mujer —dije mientras admiraba el interior—. Fíjate qué limpieza. No hay ni un arañazo. Está de exposición.

—Si no encontramos algo mejor por lo menos no tenemos que ir andando. Sabes, me recuerda al coche de mi padre —añadió sin nostalgia alguna.

Nos subimos en él y salimos al exterior. Conducía yo. Tenía ganas de probarlo y las palmas de mis manos no me molestaban ya nada. Recorrimos las pocas calles del pueblo, parando de vez en cuando para inspeccionar algún garaje, aunque sin hallar otro coche en condiciones. Al final nos quedamos con el viejo Renault 12. Nos fuimos a las afueras del pueblo y, en la linde de un terreno en barbecho, dejamos el coche para salir a practicar con las armas.

—No hace falta que te diga que cuando desenfundes, mucho cuidado hacia dónde apuntas.

Siempre al suelo para evitar disgustos y con el seguro puesto.

—Sí jefe, ya me acuerdo de lo del seguro. Era en lo otro de cargar en lo que me liaba.

—Espera, voy a poner unas cuantas piedras a lo lejos. Así es como mejor se practica. ¿Cuántos cargadores te quedan de tu pistola?

—Cuatro, contando con el que lleva puesto —respondió Sara.

—Como mucho vas a disparar dos. A mí me quedan tres, contando con el que lleva. Como es una munición muy común no tendremos problemas más adelante en encontrar más.

Puse unas cuantas piedras a unos treinta metros, para que empezase su práctica a una distancia cercana.

—Lo primero que tienes que hacer es echar hacia atrás la corredera, que es esta parte de aquí. Así la cargarás con una bala en la recámara.

Sara lo ejecutó sin problemas y sonrió.

—A que parezco una profesional.

—Sigamos. Ahora quitas el seguro y apuntas. Fíjate en la mira que lleva la pistola, no es un adorno. Centra el blanco y mantén firme el pulso. Cuando estés segura, dispara.

Tardó unos cuantos interminables segundos. Cuando iba a llamarle la atención, disparó. Falló por poco, pero al menos se había acercado y se había mantenido firme. Sara se entusiasmó preguntándome si podía repetirlo. Dije que sí, pero entre cada tiro la recomendé que hiciera una pausa para ver el blanco, para así ir corrigiendo los posibles fallos. Mientras, saqué mi *Beretta* y empecé a disparar a las piedras que había en las cercanías. No había lugar a dudas de que era un arma más contundente que la *H amp;K* de Sara, aunque era más aparatosa de manejar. Esta acabó su cargador y su pistola se quedó con la corredera hacia atrás. Me miró y se encogió de hombros.

—Has terminado con todas las balas —expliqué—. Para cambiar el cargador dale aquí y se soltará. Coges el nuevo y lo insertas. Automáticamente la corredera volverá a su posición, aunque no tenga bala en la recámara.

—Ya, y entonces vuelvo a cargarla como antes. Ya entiendo el proceso y no se me olvidará.

Estuvimos un buen rato pegando tiros. Sara utilizó tres cargadores, y hubiera seguido con el último que quedaba, si no le hubiera avisado de que se iba a quedar sin munición. Volvimos a la casa cuando el sol ya se encontraba muy bajo. Sara enfundó su pistola mientras le daba unos golpecitos como una pistolera satisfecha del trabajo realizado.

—Sabes, es una pena que volvamos. Si hubiera visto un conejo le hubiera pegado un tiro entre los ojos.

****

Mientras circulábamos por la carretera, en dirección a Aguilar de Campoo, estuvimos un buen rato riendo y bromeando sobre nuestro posible aspecto conduciendo aquel flamante Renault 12. Esta vez iba yo al volante. Sara decía que parecíamos sacados de una serie de los setenta, y yo afirmaba que éramos el *torete* o el *vaquilla* huyendo de los Seat 131 de la policía. Sara se reía, aunque no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—No me digas que no sabes quienes eran, que me haces sentir viejo. No quiero que pienses que soy uno de esos nostálgicos de los ochenta.

SEÑOR R

—Los de tu generación nos habéis inflado a correos reenviados con toda vuestra casposa mitología —dijo Sara entre risas.

—No nos odies por haber casi acabado con el ozono por el abuso de la laca. Te diré que yo aborrecí los años ochenta, te lo juro. Jugábamos en parques públicos llenos de jeringuillas y en mi barrio los *yonkis* nos pedían dinero por pasar por un puente subterráneo, que teníamos que atravesar ¡cuatro veces al día para ir al colegio! Además, cuando empecé a ir al instituto no había ni Dios que se comiera un colín. Las tías de los ochenta no eran tan liberales como las posteriores.

Sara frunció el ceño al oír aquello último.

—¿Estás diciendo que las de mí generación éramos unas frescas?

—Estoy diciendo que en los ochenta no *chingabas* si eras un tío normal, como era mi caso. Hoy en día, bueno, antes de la pandemia, hasta los tíos normales *mojaban*.

—¿Y tú *mojabas* mucho, gigoló? —preguntó Sara con sorna.

—Me las tenía que quitar de encima con las dos manos.

—Vamos, que pasabas mucha hambre —concluyó esta, riendo con lágrimas en los ojos.

—Como un condenado monje.

Sara no paraba de reír. Estaba muy animada. Se mostraba más cariñosa que de costumbre y parecía que se iba relajando cada vez más. Nuestra confianza era ya casi total. Por otra parte, yo me había casi recuperado de las heridas de las manos y tenía ni rastro del golpe de la cabeza. Estábamos, por así decirlo, en una especie de Luna de Miel. Cuando se lo mencioné a Sara esta se quedó pensativa.

—Yo no me siento como si estuviera casada.

—Lo que pasa es que el rollo eclesiástico y el banquete de bodas con el cuñado borracho hace mucho y eso nos ha faltado en nuestra ceremonia —dije sonriendo.

Sara volvió a reírse.

—En serio, nos hemos dicho que somos el uno para el otro, pero aun así siento que eres más un amigo que un marido. No me malinterpretes, te quiero y estoy enamorada de ti, pero...

—Dices eso porque de momento soy un amigo sin derecho a roce. Lo que viene siendo un *pagafantas*.

Sara se mordió el labio inferior y me dio una ligera colleja.

—¿Crees que cambiaré de parecer cuando tengas derecho a roce?

—No tengo ninguna duda. Yo, por mi parte, sí que te considero como parte de mí. Estos anillos que llevamos no significan que seamos pertenecientes el uno al otro, desde luego. Si lo llevo es porque me gusta pensar que tenemos un vínculo que es visible gracias a estas baratijas. Quizás lo de marido y mujer, en estos tiempos que corren, no sean los términos adecuados, o no signifiquen nada. Pero yo te considero como mí,... no sé, habría que encontrar otra palabra.

—Tu hembra —sugirió Sara en tono jocoso.

—Por ejemplo. Entonces, ¡yo sería tu macho! —exclamé imitando el acento mexicano—. No, en serio, si lo de decir que estamos casados, o llamarte mi mujer o que tú me llames marido, te produce rechazo o no lo crees necesario, no tengo ningún problema en dejarlo. A mí me gustaba la idea romántica de que, aun estando solos en el mundo, nos vinculásemos de alguna manera. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, lo único que me importa en este condenado mundo. Eres lo que

hace que ansíe vivir cada día para levantarme por las mañanas y poder verte de nuevo. Fue bonito pedirte que te casaras conmigo, quedémonos con eso y dejemos mis bobadas romanticonas.

—Para un momento el coche —pidió Sara.

Tras detenerme, la miré a esos hermosos ojos castaños que me hacían estremecerme cada vez que me asomaba a ellos.

—Dime.

—Pues que ahora si quiero seguir casada contigo —dijo con lágrimas en los ojos.

Al cabo de un rato pasamos de la carretera de Palencia-Aguilar de Campoo a la Autovía Cantabria-Meseta. La densidad de vehículos, aun siendo algo mayor, no nos impedía pasar holgadamente entre los regulares grupos de coches y camiones que solían salpicar todo el trayecto. Aunque seguía haciendo igual de calor que el día anterior, cercano ya a los treinta y cinco grados a la sombra, lo aguantábamos bastante bien. Tras quedar escaldados de la anterior caminata infernal, ahora llevábamos otros ánimos yendo en coche. A diez kilómetros de Aguilar de Campoo vimos un convoy militar en el arcén derecho de la autovía. Lo componían una docena de grandes camiones y varios blindados de escolta con ruedas neumáticas. En las cercanías había aumentado considerablemente el número de vehículos. Parecía que por allí había habido montado algún punto de control porque un poco más lejos podíamos ver muchos más vehículos militares.

—Vamos a ver si hay suerte y encontramos munición, que andamos muy escasos, incluido la del fusil. A ver si nos hacemos con unos cascos y máscaras para sustituirlas por las que dejamos. ¡Vamos *Zas*, sal a estirar las patas!

Llevaba preparado el fusil de asalto. Cuando íbamos por la carretera me había fijado en algunas figuras caninas a lo lejos, en los campos de cereales. No quería sorpresas. Sara, con la mano derecha apoyada en la funda de la pistola, me seguía con cuidado. El primer camión militar estaba vacío. En el segundo encontramos los cuerpos de dos soldados, tan secos que parecían momificados. En el tercer camión encontramos unos cuantos cajones de munición, todos de fusil. Ninguno de pistola.

—¿Te animas a llevar un fusil de asalto? Aquí hay unos cuantos nuevos con toda la munición que queramos.

—¿No hay balas de pistola? —indagó Sara sin ganas de tener que cargar con un arma tan aparatosa para ella como un fusil militar.

—Toma anda, que tienes que habituarte a este fusil. Si te ha gustado disparar con la pistola verás el día que pruebes con esto. Es como disparar un cañón.

Sara subió al camión y cogió el fusil que le tendí. Lo miró, sopesó y se lo colgó del hombro.

—Vale, me llevo este. Ya me contarás cómo funciona.

—Es muy fácil. De momento toma esta mochila militar, que es más grande que las nuestras y podemos llevar más cosas. Guarda, no sé, diez cargadores para tu fusil. Yo me llevaré algunos más en otra de estas mochilas. Están muy bien, ¡a que sí!

—No me gustan las cosas militares. Ya lo sabes.

Sara se bajó del camión. Me había olvidado de que a su mejor amiga la habían violado en el interior de uno de ellos.

También había cascos y máscaras. Cogí dos de cada, aunque no le dije nada a Sara para que al

verlos no le vinieran los terribles recuerdos del pasado. Sin embargo, yo creía que eran accesorios importantes para nuestra seguridad, por eso insistí en llevarlos. Sara me llamó desde el exterior.

—¡Mira lo que he encontrado!

En otro de los camiones había varias enormes cajas llenas de raciones individuales de combate. Eran unas cajas de cartón envueltas en plástico oscuro, con una banderita española en un lateral, con el nombre de Fuerzas Armadas y la clase de menú. Advertía que estaba aprobado por la OTAN. Los había de varios tipos, incluso desayuno con barritas de chocolate. Abrí una de comida "A" menú número 2, que contenía un sobre de sopa instantánea, una lata de callos a la madrileña, una lata de calamares en su tinta y dos tarrinas de crema de membrillo. También había varias clases de pastillas que nos iban a venir muy bien: potabilizadoras de agua, hidratantes, de combustible sólido para hacer un fuego rápido, defatigantes y de vitamina C. Completaba el conjunto unas cerillas, horno quemador y un abrelatas. Raciones muy completas que bien podían sacarnos de un apuro.

—¡Es fantástico! —exclamé mientras iba metiendo en mi mochila todas las raciones que podía —. Además hay varios menús diferentes. Las pastillas son geniales para cuando tengamos que beber agua de algún sitio algo turbio, y vitamina C. ¡Esto es un verdadero tesoro para unos supervivientes!

—Tienen mejor pinta que las guarrerías que solemos comer, la verdad —añadió Sara sonriendo —. Lo que más me ha gustado es eso de las pastillas defatigantes.

—Son un "chute" de azúcares para el cuerpo —expliqué leyendo el envase—, que es lo que primero que quema el organismo cuando hace un ejercicio intensivo. Ayer nos hubieran venido bien. Podemos abrir las raciones que no nos llevemos y coger todas las pastillas que podamos. No sólo estas defatigantes, sino las de potabilizar el agua, hidratantes y de vitamina C. Esas habrá que tomarlas diariamente, porque debemos estar en niveles bajos por la alimentación tan pobre que hemos tenido.

Llenamos mi mochila militar con raciones de combate, al igual que otra mochila que cogimos para cargar todas las que pudimos. Sara, en la suya, llevaba los cargadores de los fusiles de asalto y las numerosas pastillas sueltas. Teníamos comida para dos meses.

—Seguro que más adelante encontramos más lugares con este tipo de raciones —dije metiendo las mochilas, los cascos y las máscaras en el maletero del Renault 12—. Espero que no nos cansemos de comer callos, cocido y calamares.

—Tendremos que cazar más a menudo —suspiró Sara—, que la comida de ayer estuvo muy bien. Vamos, menuda ración de combate que nos metimos.

Cuando fuimos a entrar de nuevo en el coche, para proseguir la marcha, no vimos a *Zas* por ninguna parte. Gritamos su nombre sin obtener ningún ladrido por respuesta como era lo habitual cuando hacía algo así. Me empecé a angustiar un poco. Perder al pequeño *wookie* sería un gran varapalo ya que lo considerábamos de la familia. Sara gritaba también algo inquieta. De repente, oímos el característico gañido de *Zas* a lo lejos. Provenía de los campos de la derecha, a unos metros de la carretera. Volví a llamarlo y este, al fin, vino corriendo.

—¡No seas tan aventurero *Zas*, que un día te van a comer de un mordisco! —lo regañé—. ¿Se puede saber qué demonios hacías?

Alcé la vista y observé la zona de donde había salido el perro. Se veían varios bultos grandes.

Preparé el fusil, haciendo una señal a Sara para que no se acercase. Según me iba acercando me iba dando cuenta de que aquellos bultos eran cuerpos de hombres. Unos diez o doce, todos con uniforme de militares. Estaban amontonados unos encima de otros, dando una imagen desoladora.

La triste imagen de una ejecución.

Sara se acercó y se sorprendió ante aquella espeluznante visión.

—¡Qué horror! ¿Qué crees que pudo pasar?

—A juzgar por lo amontonados que están, y por los agujeros de balas que tienen todos, yo diría que esta gente fue fusilada y tirada a la cuneta. Lo que me extraña de todo esto es que algunos son oficiales. Este en concreto, si no recuerdo mal de mi época de la *mili*, es un coronel. Y fusilar a un coronel es algo raro.

—¿Crees que fueron asesinado por otros militares?

—Es posible. Me acuerdo de que en la base aérea de Getafe vi los restos de una refriega entre soldados, seguramente amotinados.

Nos alejamos de allí silenciosos. La de cuerpos que habría tirados por las cunetas de todo el mundo.

***

Decidimos quedarnos durante unos días en una casa rural cerca del embalse de Aguilar de Campoo. Tanto a Sara como a mí nos apetecía tomarnos unos días de descanso y aquel lugar era un remanso de paz. Pudimos hacernos con ropa en el mismo pueblo de Aguilar de Campoo, ya que era lo que más necesitábamos. El Renault 12 aguantaba como un jabato lo que le metíamos: raciones de combate, municiones de fusil, de pistola que por fin encontramos en el cuartel de la Guardia Civil de la localidad, y un montón de cosas más, algunas más necesarias que otras, pero todo pudo meterse en su interior.

La casa en la que nos alojamos tenía unas magnificas y relajantes vistas a las aguas del embalse. Los alrededores eran muy bellos con pinares, praderas, pastizales y hasta una especie de playa. A lo lejos se podía divisar las montañas, con restos de nieve aún en sus partes más altas. Aquel lugar debió haber sido un área de recreo muy concurrida. Ahora era un oasis en nuestra ruta hacia el norte.

Al ser una zona húmeda había muchas aves acuáticas, aunque la mayoría de las migratorias se habían marchado ya hacia las áreas sub saharianas de África, tras haber pasado su invernada por aquí, procedentes del norte de Europa. Aún así, muchos patos, como ánades reales y frisos, seguían en la zona. Por los alrededores pudimos contemplar una pequeña manada de corzos. Sin duda, además de la tranquilidad del lugar podríamos cazar. Las muchas zonas de cultivo de regadío de los alrededores también podrían proporcionarnos algunas verduras y frutas. En definitiva, no lo pensamos mucho y deshicimos los equipajes muy animados por lo que nos ofrecía aquel lugar.

La casa tenía tres habitaciones amplias y cómodas; el salón era muy grande y daba a un jardín que tenía una de esas parrillas de piedra que vendían en los *Alcampo* o *Carrefour*. Ya me estaba imaginando a mí mismo cocinando un pato del embalse.

—Estoy pensando que en alguna de esas tiendas —dije—, que hay cerca de esa playita tan mona, deben tener cañas de pesca. He visto unos cuantos peces en el agua, y esos son más fáciles de

preparar que los bichos terrestres. Además, el pescado es muy bueno para la dieta, que lo sepas.

—Sí que me apetecería comer algo de pescado —suspiró Sara mientras se tumbaba en el sofá del salón, que estaba justo en frente de un hermoso ventanal, desde donde se podía ver el agua y las montañas al fondo.

—Es pronto, así que me voy a acercar allí. ¿Te vienes?

—Estoy un poco cansada. Llévate a *Zas* si quieres.

—No, prefiero que lo tengas aquí. Es una buena alarma contra intrusos. Así podrás estar más tranquila. Te dejo tu fusil encima de la mesa, yo me llevo el mío. Esta tarde, o mañana, tenemos que practicar con él, que no se te olvide.

—Vale... Si tienes tiempo mira a ver cómo está el agua. Si está limpia y no muy fría podemos darnos un baño un día de estos. Hace muchísimo calor y apetece remojarse.

—Descuida. Si logro encontrar alguna caña a lo mejor traigo hasta una carpa.

En coche no tardé más de diez minutos en llegar a la playa. Me detuve para ver cómo estaba la zona, antes de proseguir hacia los puestos. Anduve hasta la orilla del embalse, que tenía mucha agua. Metiendo las manos en sus aguas observé que era muy limpia y fresca. Aquello nos permitiría poder darnos un chapuzón. A lo lejos, muy alto, volaban majestuosos varios buitres leonados.

Seguí el resto del camino a pie, ya que las tiendas no estaban lejos. Al llegar no vi que ninguna tuviera nada de provecho, ni siquiera una caña de pescar. Opté por acercarme al pueblo, que no estaba lejos, y probar fortuna. Así estuve toda la mañana, yendo de un lado a otro. No tardé en encontrar lo que buscaba en una tienda especializada. Al parecer, esta zona había tenido muchos aficionados a la pesca. Así que me hice con varias cañas, anzuelos y moscas artificiales, aunque no con la intención de pescar, ya que se hacía tarde y la pesca era algo que debía realizarse con tranquilidad.

—Menos mal que no he puesto a calentar la barbacoa —bromeó Sara nada más verme entrar por la puerta sin ningún pez.

—¡Con lo que me ha costado conseguir estas cañas! Si comemos pronto podemos ir a la zona de la playa, que está genial. Así, mientras pongo las cañas con el cebo nos damos un baño, que el agua tiene que estar muy buena.

—¿Está muy fría?

—Esta mañana estaba algo fresca, pero como la zona de la playa no parece muy honda se caldeará esta tarde. Está muy limpia y no hay ningún monstruo del lago.

—Ah, bueno, eso es importante. Aprovechando que estabas fuera he limpiado un poco la habitación más grande y bonita para dejarla preparada. Ya verás cuando la veas. He puesto un montón de velas, va a quedar preciosa.

—¿Qué celebramos? —indagué agarrándola de la cintura.

—Nada, pero quería que tuviera un toque íntimo y romántico —respondió susurrándome mientras yo la besaba en el cuello.

—Por cierto, si esta tarde vamos a ir a bañarnos, ¿qué nos vamos a poner? Yo no tengo bañador.

—Lo dejamos entonces para otro día y en Aguilar nos hacemos con unos.

—¿No te apetecería bañarte desnuda? —sugerí sonriendo—. Yo me bañaba así en la casa de Getafe. Una vez que pasas el corte se está de miedo.

SEÑOR R

—Ya empezamos... No sabes que hacer para llevarme al huerto. ¿Verdad, espabilado?

Sara me daba golpecitos de "castigo" en el trasero.

Después de comer decidimos acercarnos a la playa, para que Sara la pudiera ver. Aunque ya me había advertido que lo de bañarse desnuda nada de nada. Nos llevamos las cañas de pescar para probar. Ninguno de los dos habíamos pescado nunca, pero no parecía que fuese a ser difícil. Al menos el manejo de las cañas porque lo demás era cuestión de suerte. Nos pusimos cerca de la playa de arena, en unas rocas donde parecía que había algo más de profundidad. Hacía un sol de justicia. Por suerte, una de las prendas que no se nos había olvidado fueron unos gorros que conseguimos en Aguilar junto a la demás ropa.

—Vamos a aprovechar estas oquedades en la roca para colocar las cañas —señalé—. Así podemos ir a dar un paseo sin tener que estar pendientes.

—¿Tú crees que van a picar con esas cositas de plástico? —indagó Sara señalando las moscas artificiales.

—Son peces. No son muy inteligentes que digamos —respondí guiñándola un ojo.

Sara me dio otra palmada en el trasero.

—¡Eh! —protesté fingiendo dolor—. Voy a empezar a sospechar que te gusta sobarme el culo.

—Nunca hay que desaprovechar las oportunidades, *churri* —bromeó—. Además tienes un culito muy mono.

—Me lo vas a ver bien, porque yo sí que me voy a bañar. Hace un calor de mil demonios. Así aprovecho y me lavo también un poco, que con tanto calor y sudor no olemos precisamente a rosas.

Bajamos a la zona de playa y allí empecé a quitarme la ropa. Sara se rió al principio, creyendo que me estaba tirando un farol. Pronto comprobó que no. Eso sí, me di la vuelta rápidamente para salir corriendo hacia el agua, seguido por el pequeño *Zas*, que brincando de alegría se lanzó al agua. Sara silbó al verme correr desnudo.

La primera impresión fue que el agua estaba helada. Empecé a nadar a braza, para ir elevando mi temperatura y acostumbrarme a la del agua. Poco a poco se fue haciendo más llevadero, para pasar a estar francamente a gusto al cabo de un par de minutos. Sara se acercó a la orilla. *Zas* salió y se sacudió de manera escandalosa, salpicando todo a su alrededor para quedarse luego sentado.

—¿Cómo está el agua?

—Al principio está un poco fría, no te voy a engañar, pero si superas eso al cabo de unos segundos se está de muerte. Al menos mete los pies.

Sara se descalzó y dio unos pasos hacia el interior. Puso cara de estupor.

—¡Pero si está helada!

—Menuda cuentista eres.

—Uf, sí, bueno, ahora ya me voy acostumbrando y está mejor, pero al principio no veas.

—¿Has visto como hay una pequeña isla por allí?

—Es verdad —confirmó Sara oteando a la dirección que señalaba—. Seguro que antes de inundarse el pantano era una colina. ¡Mira, tienes un pez a tu lado!

Nadaban a mí alrededor varias truchas, de tamaño más bien pequeño, que se habían acercado a observar aquel movimiento en el agua. Hice un además de atraparlas con la mano, algo lógicamente imposible. Me puse a nadar un poco. Se estaba de miedo. Oí como Sara se reía como una colegiala.

—¿De qué te ríes, si puede saberse? —inquirí volviéndome hacia ella.

—¡Que estás nadando boca arriba!

—¿Y?

—¡Qué estás desnudo! —siguió con las exageradas risas.

—En eso consiste bañarse así, que no te importe nada esas cosas. Además, ya me viste así el otro día en el pueblo ese en el que puse la manguera.

—Pero casi no te vi nada, tonto. ¡Pero ahora sí!

—¡Anda que no eres pava ni nada! —ahora era yo el que se reía—. ¡Venga, no seas tímida y date un baño, que luego la que vas a oler mal eres tú! ¡Que no miro, me doy la vuelta!

Empecé a contar como si jugara al escondite.

—¡Tres, dos, uno...!

—¡Cero! —gritó Sara a mi lado. Se había quitado la camiseta y el pantalón corto lanzándose rápidamente al agua. Llevaba el sostén y las braguitas. Dio un grito por la impresión de la temperatura y se puso a nadar con mucho brío para calentarse.

—¡Bravo, valiente! —vociferé. Sara se me acercó aterida.

—Abrázame, que me muero de frío.

Nos fundimos en un fuerte abrazo acuático. Al cabo de un instante Sara separó la cabeza y me miró.

—¿Eso qué noto es lo que yo creo? —inquirió haciéndose la sorprendida.

—Mujer, uno no es de piedra. Prácticamente estás desnuda —me defendí poniendo cara de inocente.

Sara se separó. Por un momento temí que se hubiera enfadado de verdad. Para mi sorpresa echó las manos hacia atrás y se quitó el sujetador. Lo lanzó a la orilla. Luego bajó las manos haciendo lo mismo con las bragas.

—Si quieres sentirme que sea lo más cerca posible —murmuró volviendo a estrecharse a mí, al tiempo que nos besábamos—. Quiero notarte otra vez, Miguel.

Estuvimos un buen rato abrazados, notando como la pasión se desataba. Cuando Sara ya empezaba a notar demasiado frío me dijo que saliésemos para secarnos porque ahí no podíamos hacer mucho más. Le dije que si quería que continuáramos afuera, pero ella se negó. Había sido suficiente. No insistí más, aunque me costó otro buen rato poder salir de manera algo más presentable. Sara se vistió.

—Habrá que repetirlo otro día —dijo esta sonriendo y dándome mi ropa.

—Ya lo creo. Pero tenemos que traer unas toallas.

***

Abrí los ojos. Por la luz que entraba por la ventana, que tenía justo en frente, debía haber amanecido hacía bien poco tiempo. Varios pájaros se posaron en el alféizar de la ventana. Me quedé un rato contemplándolos, embobado y somnoliento. Di un sonoro bostezo y Sara, que se encontraba a mi lado, se dio la vuelta. Seguía durmiendo. Me puse a pensar en lo que había pasado aquellas últimas veinticuatro horas. Quería volver a recrearme en mis pensamientos.

Tras el refrescante baño del día anterior fuimos a una zona de recreo, con columpios y

merenderos, donde había una buena explanada para que Sara se pusiese al día con las armas largas. Primero quiso disparar con la pistola, para refrescar conocimientos, como dijo sonriendo. Se notaba que la gustaba tirar al blanco.

—Anda, deja la pistola y toma esto. Ahora sí que vas a creer que estás en la feria —dije acercándola mi fusil de asalto. Sara lo cogió con cuidado, aunque estaba asegurada tal y como le había dicho que había que tener siempre las armas.

—¿No te da remordimientos matar a los lobos o a los perros a los que has disparado? —preguntó mientras miraba por la mira óptica integrada del arma—. Yo todavía me acuerdo de aquel lobo al que rematé.

—Si te refieres a si me da pena matarlos te diré que nunca lo he hecho por gusto. Si he tenido que hacerlo es porque no he tenido más remedio. Desde luego, no disfruto matando. Me gusta pegar tiros como te pasa a ti, como si fuera un juego de tiro al blanco, pero cuando se trata de acabar con la vida de un animal la cosa cambia. No hay que olvidar que ellos son tan supervivientes como nosotros. Creo que los perros se deben sentir traicionados por los humanos. Fíjate en *Zas* —señalé al perrito que estaba tumbado cerca de nosotros y que levantó la cabeza al ver que lo mirábamos—. Su raza ha sido creada por el hombre, con cientos de cruces para crear un perrito de compañía. Y eso ha sido su perdición al encontrarse en un mundo sin hombres. Nosotros, al querer fabricar la mascota perfecta, los hemos provocado una involución. Ellos partían del lobo, un animal perfecto como depredador salvaje. Con tanto cruce de razas los perros domésticos han acabado, en muchos casos, siendo una caricatura de aquellos. Bueno, hay razas de perro que no han sufrido esa involución, como a los de caza, pero la pandemia ha sido una hecatombe para la mayoría. A *Zas* lo encontré cuando estaba a punto de ser la merienda de otro perro más fuerte. La ley de la selva.

—Como te vas por las ramas, cariño —suspiró Sara—. Ya he quitado el seguro. ¿Qué hago ahora?

—Utiliza la mira óptica. No te preocupes porque no es de francotirador. Es una simple mira de poco aumento, lo mínimo, pero sirve para atinar mejor a los blancos.

—¡Es verdad! Me viene de perlas porque a larga distancia no sé si tendré mucha puntería.

Empezó a disparar, primero despacio, tiro a tiro, para aumentar la cadencia de disparo cuando se animó. Entre cargador y cargador hablaba entusiasmada de lo divertido que era. Yo la sugería que se concentrara en cada disparo, que fijase un blanco y que no disparase a bulto. Acabamos con todos los cargadores que teníamos, excepto un par que reservé.

—Me acercaré mañana al convoy a hacerme con más cargadores. Por hoy ya está bien. ¡Mira la de casquillos que hay por el suelo! —exclamé señalando la enorme cantidad que había a nuestro alrededor.

—Parece que ha estado aquí Al Capone —bromeó Sara.

En aquel momento pasaron, a unos cincuenta metros por nuestro lado, dos patos que iban andando hacia el agua. Sara me miró y en susurros me dijo que la pasara un cargador. Sabía lo que tramaba, así que sin hacer gestos bruscos le di uno de los dos que nos quedaban. Aunque hizo algo de ruido, al introducir el cargador y montar el arma, no asustó a las aves, que seguían recorriendo el camino como si no existiéramos. Sara apuntó a uno de ellos, un ánade friso parduzco precioso. Lo dejó seco allí mismo. El otro pato salió volando presa del pánico. Sara dio un grito de satisfacción.

—¡Que puntería! —exclamé sorprendido ante la destreza demostrada. Habida cuenta de que no había manejado un fusil de asalto en su vida hasta hacía dos horas—. Ya sabes, te toca a ti prepararlo y cocinarlo.

—Ya lo sé. Sólo espero que sea menos sangriento que el conejo.

La preparación del pato fue más fácil porque Sara ya lo había hecho antes, aunque con un pato ya preparado. Antes de desplumarlo lo metimos en una cazuela durante unos diez minutos en agua hirviendo. Sara lo desplumó con bastante maña y lo evisceró, lo cual le dio un poco de aversión pero lo dejó perfectamente preparado para cocinarlo. Tras cortarlo en trozos, lo pusimos en una sartén. Con aceite, sal y poco más quedó bastante rico. Faltaban ingredientes para poder haber hecho algo más elaborado pero aún así nos supo a gloria. *Zas* dio buena cuenta de los huesos. Cominos en el jardín de la casa, en una mesa de madera como la de los merenderos de antes.

Después de comer nos quedamos recostados, con la espalda en la mesa, mientras mirábamos las azules aguas del embalse. Así estuvimos mucho rato, entre el sopor de después de comer y la relajación por la quietud y tranquilidad del lugar.

—Creo que podíamos quedarnos aquí una buena temporada —dijo Sara echando hacia atrás la cabeza mientras sentía la suave brisa que venía del norte—. Me gusta mucho este sitio, me da muy buenas vibraciones y me viene muy bien. ¿Tú qué opinas?

—Estaría bien. Tenemos muchos animales cerca para cazar, y hay unas cuantas huertas aprovechables muy cerca. Al mismo tiempo tenemos el embalse que nos suministrará pescado y sobre todo la posibilidad de darnos un baño.

—Ahora estoy en un momento dulce, ¿sabes? Creo que estoy empezando a pasar página de todo lo malo. Me has ayudado mucho, Miguel, de verdad. Ayer, lo que pasó en el agua, fue muy bonito. Por si no te diste cuenta, para mí fue como una prueba, que afortunadamente creo que superé.

—Me alegra mucho saberlo, porque estaba un poco intranquilo por si me había precipitado.

—No. ¡En absoluto! Hasta creo que ya puedo dar sin problemas ese paso que nos falta en nuestra relación. De hecho quiero darlo cuanto antes. Ayer me di cuenta de que necesito entregarme por completo.

—Ya te amo, Sara.

—Me refiero a algo más físico —sonrió—. ¿Quieres que subamos?

Me tendió la mano y se puso en pie.

—¿Estás segura?

—Ahora sí.

Lentamente, dados de la mano, subimos a la habitación. Sara me preguntó, algo ruborizada, si tenía preservativos. Respondí que sí, que no se preocupase. Los dos sabíamos que un embarazo en aquel mundo era una temeridad y un sin sentido.

Yo estaba incluso algo más nervioso que ella, por lo inesperado de la proposición. Sara, en cambio, denotaba mucha seguridad en sus movimientos. Lo había pensado bastante bien.

Lo que pasó aquella tarde lo guardaré para mí como un maravilloso recuerdo. Todo el amor, el cariño y el deseo que había sentido por Sara hasta ese momento me fueron correspondidos con creces.

Estaba pensando en aquel hermoso momento, que había ocurrido el día anterior, cuando Sara

por fin abrió los ojos. Me miró y sonrió. Me preguntó qué hacía despierto y le dije que estaba pensando.

—¿En qué?

—En la bendita pandemia.

***

La suerte empezó a darnos la espalda en el mismo momento en que empezamos a ilusionarnos con asentarnos en aquel lugar.

Sara y yo atravesábamos una etapa de amor y pasión que parecía no tener fin. Por las mañanas adecentábamos la casa, ya convencidos de que sería nuestra morada durante mucho tiempo. Arreglábamos el mobiliario que lo necesitaba, el jardín exterior o el tejado. Por las tardes, si no teníamos otras tareas, lo empleábamos en la búsqueda de provisiones o cazar por los alrededores. También practicábamos con los fusiles y las pistolas. Sara se había hecho una gran tiradora, mejorando mucho en el disparo a larga distancia. La cercanía del convoy militar nos había proporcionado grandes cantidades de munición que nos permitieron mucho tiempo de adiestramiento con las armas. Y, cómo no, aprovechábamos muchos ratos para disfrutar de nosotros, bañándonos desnudos en el embalse o hacer el amor en cualquier rincón de la casa. Nos habíamos convertido en nuestro entretenimiento mutuo más divertido y placentero. .

Sin embargo todo se torció un par de semanas después. Mientras nos encontrábamos en Aguilar, proveyéndonos de ropa y otros enseres, nos sorprendió una tormenta eléctrica, producto del agobiante calor que llevábamos sufriendo desde hacía una semana. Primero un fortísimo viento nos obligó a buscar refugio en una casa bastante grande de la zona. La tormenta, que era seca y no traía precipitaciones, nos obligó a pasar allí la noche. Sara lamentaba que *Zas* se hubiese quedado solo en la casa, pero yo la consolaba diciendo que el pequeño *wookie* estaba acostumbrado a quedarse a solas mucho tiempo, ya que en la casa de Madrid había pasado muchas horas de aquella manera mientras yo estaba ausente.

A la mañana siguiente volvíamos a la casa del embalse. Según nos íbamos acercando al lugar notábamos como el ambiente se iba enrareciendo. Había una especie de niebla. Sólo cuando empezamos a notar el olor nos dimos cuenta de que aquella niebla era humo procedente de un incendio forestal. El viento del noreste, muy fuerte aunque ya había pasado la tormenta, hacía que las enormes llamas arrasaran todo el este del embalse. Sara me miró muy preocupada.

—¡Miguel, nuestra casa está por ahí, por donde están las llamas!

Eso ya lo sabía yo. Seguimos por la P-212 hacia el norte, con la esperanza de encontrar algún resquicio en el frente del incendio por donde poder pasar sin peligro. Al menos para salvar a *Zas* y coger nuestras cosas.

No pudimos ir muy lejos. Las llamas habían atravesado la carretera por aquella parte y se dirigían muy deprisa hacia el sur. Los pastizales, secos y abundantes, eran el combustible que alimentaba al enorme fuego. Era imposible atravesarlo por ninguna parte. Desolados, dimos media vuelta por nuestra propia seguridad, por si el viejo Renault 12 decidía averiarse no nos fueran a alcanzar las llamas.

A menos que hubiera ocurrido un milagro, y tanto Sara como yo no creíamos en ellos, la casa

debía estar arrasada, al igual que todo el entorno. Y el pobre *Zas* también.

Nuestros problemas siguieron, porque nos habíamos metido de lleno en una ratonera.

Teníamos que dar un rodeo para que las llamas, que tenían un frente que iba desde San Mamés de Zalima, en el noroeste del embalse, hasta los arrabales de la misma Aguilar de Campoo. Esta última ciudad estaba sentenciada. El mismo embalse podía ser nuestra única salvación. Había varias islas en el interior de dimensiones reducidas, que podían quedar a salvo ya que las aguas del propio embalse harían de cortafuegos.

A toda velocidad nos dirigimos a la parte más cercana de uno de aquellos islotes, al sur del embalse. Seguimos por la carretera local hasta que nos fue imposible avanzar más, entonces salimos al camino de tierra, con el Renault 12 vibrando de una manera que parecía que se iba a romper. Pero aguantó hasta que llegamos a la orilla. El fuego, aun lejos, tenía unas proporciones gigantescas. El humo empezaba a ser irrespirable. En el maletero del coche tenía las máscaras antigás que siempre llevaba como parte del equipo de emergencia. Cogí una de las mochilas militares que había y que contenían varias raciones de combate. No había ningún fusil, sólo las pistolas. Abandonamos el coche.

—¡Tenemos que cruzar a nado hasta llegar a la isla! —grité a Sara.

—¿Está muy lejos? ¡No sé si aguantaré tanto tiempo!

—¡No te preocupes, como mucho a diez minutos a nado! ¡Si te cansas flota boca arriba hasta que te recuperes, yo seguiré tu ritmo y te ayudaré!

Metimos las botas en la bolsa para poder nadar mejor. No llevábamos más que unas camisetas y pantalones cortos. Tras guardar las máscaras, nos lanzamos al agua y empezamos a nadar. Poco a poco, nos íbamos acercando a la pequeña isla interior. Varias veces nos quedamos descansando a flote, mientras advertíamos cómo iba cayendo la tarde y el cielo se tornaba grisáceo producto de la humareda.

Al llegar a la isla nos quedamos atónitos ante la velocidad del fuego, que debido a los fuertes vientos había alcanzado ya casi nuestra altura. Estábamos a una distancia lo bastante grande como para no temer a las llamas. Literalmente, estábamos viendo pasar el incendio a nuestro alrededor.

—¡Lo hemos perdido todo! —exclamó Sara—. ¡Todo!

—Lo único que siento es que hemos perdido a *Zas* —dije muy apenado—. Lo demás no importa. Siempre podemos reponer las cosas materiales, incluso volver a instalarnos en otro sitio parecido o mejor, pero nunca recuperaremos la compañía del pequeño *wookie*.

—A lo mejor se salvó —quiso consolarme Sara. Los dos sabíamos que el frente del incendio había pasado por la casa y que *Zas* no podía haber salido de ninguna forma.

Aquella noche se nos apareció muy hermosa y trágica a la vez. La luz del gigantesco incendio, que ya se alejaba hacia el sur, daba un aspecto anaranjado y amarillo al horizonte. El viento, que seguía siendo fuerte, al menos había alejado el humo de nosotros, por lo que no nos hacían falta las máscaras. A parte de estas, de las pistolas y tres raciones de combate, no teníamos más posesiones. Habíamos perdido todo. Abrí una de las raciones, que estaban plastificadas y eso había evitado que se estropearan en el agua, y preparé una triste cena. Que pudo ser caliente gracias al pequeño hornillo que llevaba.

—Puede parecer una tontería —dijo Sara—, pero aunque lo hemos perdido todo no me siento

tan mal. Excepto por el pequeño *Zas*, claro.

—Mujer, es que nada de lo que teníamos, ni la casa, coche, provisiones, ropa o armas era nuestro. Cosas materiales que podremos reponer fácilmente. Eso sí, esto nos vuelve a colocar en la dura realidad de la vida actual. Para que veas que nunca podemos relajarnos. Ya ves lo que ha pasado de un día para otro. Sara, yo no sé qué hubiera pasado si te pasara algo, quiero decir que...

—¡Calla, no digas esas cosas, no me ha pasado nada! No te angusties por algo que no ha ocurrido. Estoy aquí, contigo y eso es lo que importa.

—Ya, pero no puedo dejar de pensarlo. Te quiero tanto...

Sara se sentó a mi lado y me dio un tierno beso. Me mando callar y admirar el dantesco espectáculo que estábamos presenciando. Estando con ella lo demás no me importaba. Había sido un contratiempo pero juntos volveríamos a empezar de cero sin perder la esperanza.

—Al menos es bonito de ver —opinó Sara.

—¿Dónde vamos a ir ahora? —pregunté fatigado.

—Sigamos al norte, me apetece ver el mar. ¿A ti, no?

—¿Nos instalamos en algún lugar de la costa?

—Me encantaría. El agua de este embalse me ha recordado lo que me gustaba el agua. Antes no tenía nunca tiempo de nadar y disfrutar de la brisa del mar salvo en las vacaciones de verano.

Aquella noche la pasamos casi en blanco. Sara sólo pudo dormir un poco antes del amanecer. Al día siguiente volvimos a nadar de vuelta. El terreno estaba totalmente calcinado y humeante. Había algunas zonas que seguían ardiendo, pero el frente ya se había alejado. Hasta que no se topase, más al sur, con el cortafuegos natural que era el Pisuerga no pararía su destrucción. Y este iba tan seco que lo dudaba. Nosotros íbamos a ir en sentido contrario. Una vez que nos cercioramos de que la casa y el pobre *Zas* se habían perdido nos fuimos andando por la parte oeste del embalse hacia el noroeste, con la esperanza de encontrar provisiones y algún vehículo. Nos quedaban dos raciones de combate e íbamos con lo puesto, ropa que además de húmeda estaba bastante sucia. El tema del armamento era lo que más me preocupaba, porque aunque teníamos nuestras pistolas no poseíamos más munición que el cargador que llevaba cada uno: Sara trece balas y yo quince.

Como no teníamos ni un mísero mapa andábamos un poco desorientados. Sólo sabíamos que yendo por dónde íbamos nos toparíamos con la comarca de Fuentes Carrionas y Fuente Cobre-Montaña Palentina, una zona enorme, de gran valor ecológico, que antes fue una reserva de caza. Por lo que pude recordar, era de los pocos lugares de la península donde todavía había osos. También muchos lobos y numerosas especies de mamíferos. Tendríamos que atravesar montañas, aunque no muy altas y numerosos bosques. Por eso decidimos prepararnos algo mejor en los pueblos por los que teníamos que pasar antes de llegar. Por lo pronto, permanecimos aquella noche en el pequeño pueblo de Barrio de Santa María, donde el fuego había respetado apenas varias casas. No pudimos aprovisionarnos de casi nada.

Al día siguiente dejamos la zona quemada y por fin anduvimos por lugares sin arrasar. Íbamos caminando a buen paso, sucios por el polvo del camino, deteniéndonos de vez en cuando para descansar. Seguíamos la carretera local que circunvalaba el embalse y que nos llevaría, a un pueblo más grande como era Salinas de Pisuerga, que estaba en la desembocadura del río cuando este se unía a las aguas del embalse por el norte.

SEÑOR R

El calor empezaba a apretar, aunque no con tanta intensidad como en anteriores días, haciendo que nuestro paso se hiciera cada vez más pesado. Echábamos de menos el viejo Renault 12, aunque si hubiésemos tenido unas simples bicicletas a mano tampoco nos hubiera venido mal. Al cabo de un rato vimos una especie de *check point* improvisado. Nos extrañó que hubieran montado un punto de control en una carretera local. Según nos acercábamos íbamos notando que era bastante diferente a los militares que habíamos visto hasta ahora. Se trataba de unos contenedores puestos en medio de la calzada y varios coches sin identificativos policiales o militares aparcados a los lados. Había una docena de cuerpos tirados por los alrededores. Aquellas personas no iban vestidos como soldados, sino con unos trajes NBQ como los que salían en las películas, trajes especiales antivirales, que por lo que habíamos visto no les había servido de mucho. No llevaban armas de ningún tipo y parecía que eran una especie de médicos o científicos. Sara se acercó a uno de los coches, descubriendo en su interior muchas octavillas informativas. Yo echaba un vistazo a los alrededores, intentando entender el porqué de todo ese dispositivo, en medio de ninguna parte con unas personas vestidas así. Eché un vistazo a Sara que leía con asombro una de las octavillas.

Ella me pasó la hoja. Decía:

"Si sabe de alguna persona que no haya sido infectada por el virus, o muestre una sintomatología muy leve, por favor póngase en contacto con el instituto bacteriológico más cercano de su localidad".

Debajo venía la dirección del instituto de la zona norte, que correspondía a uno de Santander.

—Esta gente debían ser médicos y sabían que había gente que no había sido contagiada —dedujo Sara.

—Eso quiere decir que nuestro caso de inmunidad frente a la pandemia no fue un hecho aislado. Joder, eso corrobora lo que sospechábamos, que debe haber más supervivientes —concluí releyendo la nota.

—Pero debemos ser tan pocos que será muy difícil ponernos en contacto entre nosotros. Fíjate cómo nos conocimos. De pura casualidad.

—Yo estuve recorriendo las calles de Madrid durante varios meses y nunca vi a nadie más. Ni siquiera nada que hiciese pensar que estaban cerca. Desde luego, si hay más gente, debemos ser una cantidad ínfima de supervivientes, casi anecdótica. Creo que deberíamos acercarnos a este instituto de Santander para comprobar si ha quedado alguien con vida. A lo mejor hubo gente que ha sobrevivido y ha podido ir allí con la esperanza de encontrar a más supervivientes.

—¿Por qué quieres estar con más gente? —inquirió Sara, que por lo visto no veía bien la idea —. ¿No vivimos bien los dos solos? ¿Y si hubiera gente hostil?

—A lo mejor ha sobrevivido algún crío y está allí esperando, o a lo mejor es un hombre mayor, o una mujer embarazada o vete a saber. No podemos ignorarlo, Sara. Es posible que en este mundo haya gente que necesite ayuda. También podrán ayudarnos en lo que necesitemos.

—¿Qué necesitamos o qué echas de menos?

—Contigo me siento pleno y feliz. Pero es posible que algún día necesitemos que alguien nos ayude con alguna urgencia. A lo mejor alguno de los supervivientes que haya por ahí es médico, dentista, o mecánico. Piensa en lo que ganaríamos.

—También podría ser un asesino, o un ladrón o... ¡Un violador!

SEÑOR R

Sara descubrió sus cartas. Tenía temor a que un desconocido nos hiciese daño. Nosotros íbamos armados para defendernos, pero era posible que algún superviviente no fuera tan cabal o racional como nosotros. Podía darse el caso de que hubiera sobrevivido alguien al que ese nuevo mundo le hubiera sobrepasado, o simplemente se hubiese autonombrado rey del nuevo mundo.

—Tienes razón, Sara. No podemos ser unos ingenuos pensando que todo el mundo es bueno. Ya hemos visto de lo que es capaz de hacer la gente, incluso la que se tenía por respetable. Te propongo que vayamos. Que antes de aparecer por allí me dejes echar un vistazo a la zona y observar si hay alguien. Te prometo que iremos con cuidado con los posibles supervivientes. ¿Te parece bien?

Sara asintió, aunque no estaba de acuerdo con ir a Santander. Ella quería ir hacia otro lado, aunque eso supusiese no contar con las ventajas de una hipotética pequeña comunidad. Le dije que lo más probable era que fuésemos y no encontrásemos a nadie. Pero que era nuestra obligación cerciorarnos.

Me guardé la octavilla y continuamos nuestro camino.

***

Pudimos pasar varios días en Salinas de Pisuerga. Nada más llegar cruzamos un hermoso puente del siglo XVI, en cuyas inmediaciones vimos que había un maravilloso hotelito. Este había sido en su origen un molino, reconvertido después en un alojamiento rural. Sara, que desde nuestra conversación, sobre ir o no a Santander, se mostraba un poco apática, incluso algo molesta conmigo, sonrió al verlo. Sobre todo al ver las habitaciones, de un estilo más parecido al de un parador.

Estábamos tan cansados y sucios que nos derrumbamos en los sofás del hall, contemplando el Pisuerga que pasaba justo por debajo del hotel. Teníamos que hacernos con algún medio de transporte o no podríamos seguir así. Para cruzar las Fuentes Carrionas nos iba a hacer falta algo más que nuestras buenas intenciones. Decidimos quedarnos allí unos días para equiparnos.

El primer día lo dedicamos a buscar provisiones o armas en el mismo pueblo. Como era pequeño no tardamos en callejearlo por completo. Era un lugar muy bonito que hubiéramos recorrido como enamorados si no tuviéramos aquella urgencia alimenticia. Pero en aquellos momentos éramos unos supervivientes y todo nuestro esfuerzo se dedicó a satisfacer nuestras necesidades más básicas.

—¡Mira, una bicicleta! —señaló Sara hacia una bicicleta de montaña tirada en una bocacalle.

Estaba en aparente buen estado, salvo las ruedas que estaban muy desinfladas. Sin embargo, los cambios estaban en perfecto estado.

—Como la has encontrado tú es a ti a quien le corresponde su uso —dije tras probar que estaba en buenas condiciones.

—Habrá que buscar un inflador.

Me metí en la casa más cercana a la bici y encontré el inflador y otra bicicleta. Aunque esta era muy vieja, oxidada, sin cambios y con pinta de desintegrarse a los pocos kilómetros.

—Si no encuentro algo mejor me tendré que conformar con esto.

Inflamos las ruedas de las bicicletas y nos montamos.

Aquello era otra cosa. Podíamos ir a una buena velocidad y empezar a recorrer distancias grandes. Aunque mi esperanza de encontrar un vehículo a motor no la había perdido.

—Iremos en bicicleta hasta que demos con una gasolinera o un taller donde tengan baterías nuevas, para poder ponérsela a un coche. ¿No crees?

Sara asintió con apatía.

—¿Qué te pasa, Sara? —pregunté aunque lo intuía.

—Estoy cansada, nada más.

—Podemos quedarnos aquí un par de días más. Puedo ir mañana con una de las bicis e intentar encontrar una batería nueva. ¿Seguro que no estás así por lo que hablamos?

Ella me miró ofuscada.

—Es que todavía no entiendo por qué tenemos que ir a Santander, a ese lugar. Sigamos nuestra vida, Miguel. Si hay más supervivientes a lo mejor un día nos encontramos con alguno, o a lo mejor no, pero que sea la casualidad la que lo haga posible. No busquemos problemas.

—Ya te dije que me aseguraría primero de que no hubiese nada raro.

Sara apretó con fuerza el manillar de su bicicleta.

—¿Y si yo no quiero ir? ¿Irás tú solo? ¿Nos separaremos?

Miré a Sara con estupor. De verdad le estaba afectando aquello.

—Si tú no quieres ir no iremos. No quiero separarme de ti porque que eres la principal prioridad en mi vida. Ir a Santander me parece una buena idea, pero no iré si tú no vas.

—Gracias. Es verdad que no me gusta la idea. Te diré que es posible que no haya nadie, pero si lo hubiera, si encontraras a un solo superviviente más, ya seríamos tres. Si es un hombre no hace falta que te diga la clase de problemas que tendríamos. Sobre todo yo.

—¿Y si fuera una mujer? —indagué, por curiosidad, dándome cuenta del posible miedo de Sara —. ¿No estarías celosa?

—Las mujeres llevamos mejor que los hombres la falta de sexo. Seguro que no habría problemas en tratar la cuestión.

—A ver, a ver, explícame eso... —bromeé—. Entonces, ¿sería una especie de "consolador" para mujeres, a utilizar en días alternos?

—Cuando digo tratar digo que la pondría las cosas bien claras a esa hipotética mujer. Le explicaría que tú eres mi hombre, y que eso es innegociable. Las mujeres somos más comprensivas, un hombre a la larga no lo aceptaría.

—Supongo que tienes razón.

—Tengo razón.

Dando por concluida la discusión, sabiendo que los planes de ir a Santander se habían truncado, Sara relajó bastante su actitud. De camino al molino entramos en varias casas y no hallamos nada de interés, salvo una vieja escopeta de postas para caza, con unos cinco cartuchos en un cajón. No era gran cosa, pero al menos era un arma más contundente que una pistola.

—Así que yo soy tu hombre... —dije pasando mi brazo por sus hombros. Sara me miró sonriendo.

—Eso no lo dudes. Este anillo, que precisamente tú me entregaste, lo simboliza —indicó, dándome un golpecito en el pecho con los nudillos—. Ahora vamos a elegir una habitación del

hotel. Tengo sueño y quiero dormir la siesta.

—¿Sólo dormir la siesta?

—Antes tenemos que comer algo —añadió ignorando mí sugerencia entredicha—. Mejor que guardemos las dos raciones de combate que nos quedan para cuando nos pongamos en camino, por si acaso. Seguro que en la cocina encontramos algunas conservas.

El segundo y último día en Salinas comenzó con muy buenas expectativas. Me levanté temprano para ir con la bicicleta, siguiendo la carretera P-212 hacia el oeste, hacia los siguientes pueblos para ver si tenía suerte y encontraba un taller donde hacerme con una batería. Primero me pasé por la casa cuartel de la Guardia Civil de la localidad, donde encontré cuatro cargadores de nueve milímetros, aunque no hallé ninguna otra arma.

En casi todos los pueblos por los que estábamos pasando no veíamos casi cadáveres, excepto alguno que otro. Supusimos que la mayoría de la gente había huido en masa a las capitales. Por eso los pueblos pequeños eran los mejores sitios donde instalarse. Sin embargo, había excepciones. A veces, nos encontrábamos con familias enteras dentro de una misma vivienda. Escenas siempre desagradables que volvían a recordarnos el infierno de Madrid. Por eso mismo también era difícil hallar vehículos en buen estado o que se pudieran poner en marcha sin dificultad.

La mayoría de los buenos coches estaban abandonados en las cunetas, o en las mismas carreteras principales de todo el país. Todo el mundo huyó sin saber a dónde. Los vehículos, los centenares de miles que había, después de más de cuatro meses estaban inservibles en su mayoría. Muchos de ellos, los que se podían haber utilizado hipotéticamente, porque tenían llave, también tenían a su dueño en el interior. No servía quitar al cadáver y arrancar. Después de tanto tiempo, con el cuerpo o los cuerpos descomponiéndose, los fluidos de estos y sus tejidos orgánicos podridos solían hallarse por todo el suelo y asientos de los coches. Aunque se quitasen los muertos su olor y pestilencia seguiría estando allí. Eso también nos hacía desechar muchos.

A unos tres kilómetros encontré, cerca del vecino pueblo de Rueda de Pisuerga, un pequeño taller al lado de una gasolinera, donde al fin encontré una batería nueva.

Empotrada contra la fachada principal de la gasolinera había una destartalada furgoneta. Una Nissan Vanette de color blanco que debía tener unos quince años o más. Pensé que era el vehículo más apropiado de los que había visto hasta ese momento. No había ningún *bicho* dentro y tenía las llaves puestas. Estaba un poco abollada por delante, pero el choque contra la instalación no había sido muy grave, aunque había dejado inservible el juego de luces izquierdo. Por lo demás, parecía en buenas condiciones.

Traté de arrancarla pero la batería hacía tiempo que se había agotado. Intenté cambiarla por la nueva, tal y como le había visto hacer a Sara. Estuve cerca de una hora y no conseguí colocarla. Desesperado ante mi inutilidad con la mecánica, cerré el capó de la furgoneta y me quedé inmóvil, descansando y admirando el paisaje ya que no podía hacer otra cosa.

Volví a montar en la desastrosa bicicleta. Cuando comencé a pedalear con fuerza, volviendo a Salinas, se rompió la cadena. Estaba en peores condiciones que la propia bici así que no pude hacer otra cosa que dejarla allí tirada. Maldiciendo aquella sucesión de mala suerte empecé a andar. Tres kilómetros no eran muchos, pero con el ánimo por los suelos parecían muchos más. Se había hecho tarde y Sara seguramente estaría preocupada. Pensé en que no estaría mal poder hacernos con unos

walkies, aunque fuesen de esos para críos que no necesitaban una estación receptora y que tenían un alcance de varios kilómetros. Lo apunté mentalmente sabiendo que se me olvidaría al cabo de poco tiempo.

Cuando llevaba más o menos la mitad del camino recorrido vi que de frente venía Sara montada en su bicicleta de montaña. Me hizo un gesto con la mano.

—Estaba preocupada porque estabas tardando mucho. ¿Qué ha pasado con tu bicicleta?

—Supongo que no tenía ganas de seguir en servicio activo y se ha suicidado —expliqué encogiéndome de hombros—. He visto en una gasolinera a un kilómetro y medio de aquí, una Nissan Vanette que podría venirnos bien, pero no he podido cambiar la batería.

—¿Has encontrado una batería nueva?

—En un taller cochambroso. Aunque no sé si servirá para esa furgoneta. Es que soy un inútil con los coches, lo mismo tú la habrías podido arrancar.

—Sigue andando hacia el hotel, que yo voy a mirar. No tardaré nada con la bici.

—Ten cuidado. No he visto ningún animal pero ya sabes que siempre hay que estar alerta.

—Sí, papi —dijo modulando la voz como si imitase a una cría.

Sara se subió a la bici y se marchó hacia la gasolinera. Me quedé mirándola hasta que la perdí de vista. No me gustaba dejarla sola, pero tenía que reconocer que tampoco podía estar siempre detrás de ella. Sara podía cuidarse perfectamente. Sabía manejar la pistola tan bien como yo. Aún así me quedé un rato oteando el horizonte. Luego me di la vuelta y seguí con mi paseo hasta el molino.

No había acabado de llegar, aunque ya veía el hotel, cuando escuché a mi espalda el sonido de un motor. La Vanette blanca venía hacia mí haciendo ráfagas de luz con su único faro útil. Sin lugar a dudas, era una mujer con recursos. Me alegré tanto que di un salto en el aire. Sara paró a mi lado y bajó a mano la ventanilla.

—¿Te llevo a algún lado, guapo? —preguntó haciéndose la desconocida.

—¡Ya lo creo! ¡Eres fantástica!

Estuvimos rodando un rato, para cerciorarnos de que la batería nueva quedaba bien cargada y que la furgoneta no tenía ningún problema mecánico. Esta marchaba bastante bien, aunque los neumáticos estaban muy desgastados.

—En cuanto limpiemos la mierda que tiene detrás nos servirá para transportar cosas. La puerta lateral es de corredera y da una gran capacidad de carga —explicó Sara, quien no le hacía ascos a ningún tipo de vehículo a motor.

—Menos mal que has venido, porque llevo toda la mañana de aquí para allá. Estoy bastante cansado de tanto andar y pedalear.

—Yo he dormido de miedo y estoy como una rosa.

—Entonces ahora me toca a mí dormir un poco, ¿no crees?

—Como quieras. Te iba a decir que si querías probar una cama muy grande que he visto en la suite del hotel. Pero como estás tan cansado... —propuso Sara, sonriendo. Desde luego ya me conocía bastante bien.

—Bueno, tampoco es que esté realmente tan cansado. No es como si hubiese estado trabajando en una mina. Supongo que siempre hay tiempo para ver cosas nuevas.

SEÑOR R

—Así me gusta, que seas curioso.

Nos reímos con ganas. Las cosas empezaban a marchar de nuevo y teníamos el ánimo bastante alto. ¿Duraría mucho tiempo? Lo dudábamos, pero la vida en aquel nuevo mundo era así: una montaña rusa emocional.

***

Con la Vanette ya podíamos movernos con rapidez. Cuando al día siguiente nos despedimos de Salinas, rumbo a las Fuentes Carrionas, decidimos detenernos antes en la bonita localidad de Cervera de Pisuerga, el último pueblo antes de empezar a adentrarnos en la zona.

Era un bello lugar, con unas vistas preciosas de un entorno único, lleno de bosques, montañas y Naturaleza en estado puro. Al ser una zona donde el turismo rural había sido tan importante, no nos costó encontrar varias tiendas donde poder reponer ropa y utensilios. Aunque de día hacía calor por la noche bajaban las temperaturas, por lo que nos hicimos con varias chaquetas y polares. Pantalones de montaña de sobra, calcetines, ropa interior, cantimploras, un hacha, brújula, cañas de pescar, cubiertos de acampada, camping gas, linternas... Decidimos llenar la furgoneta con todo tipo de cosas que podían servirnos en un momento dado. Dejamos la ya parcialmente saqueada tienda casi vacía. No encontramos nada de armamento, pero nos sentíamos seguros con nuestras pistolas y la escopeta de caza.

—¡Qué bien se respira aquí! —exclamó Sara estirándose a su manera.

—Lo bueno de habernos extinguido es que hemos dejado de joder a la tierra. Al menos ganaremos en salud lo que nos quede de vida. Sin malos aires, sin torres de alta tensión, aparatos inalámbricos, pantallas de ordenadores...

—¿Cómo que nos hemos extinguido? ¿Qué pasa con nosotros?

—Mujer, prácticamente somos los únicos supervivientes de una hecatombe. El día que nos vayamos nosotros de aquí, de este mundo digo, no quedará más que un recuerdo del paso de los humanos. Y no creo que perdure mucho. Fíjate como va cambiando todo en solo unos meses. Hay muchos hierbajos por todas partes, en un par de años muchas zonas estarán ya colonizadas por las plantas o arrasadas por incendios o inundaciones.

—Hablando de extinciones. ¿Has pensado que algún día caducarán todos los preservativos que encontremos? ¿Cómo vamos a,... ya sabes, evitar que me quede embarazada? No podemos utilizar preservativos caducados porque con el paso del tiempo correremos más riesgo de que se rompan.

La pregunta me sorprendió, pero Sara ya me había insinuado varias veces que el tema la preocupaba mucho. En la vida real quedarse embarazada no suponía ningún riesgo para la salud. Cualquier embarazo, por difícil que este fuese, podía acabar con buenas posibilidades de llegar a término. Pero ahora, sin más ayuda que la mía, un embarazo de Sara supondría arriesgarse a que algo saliera mal y no poder hacer nada. No se podían hacer cesáreas, o evitar cualquiera de los numerosos imprevistos que podían ocurrir durante la gestación, o en el mismo parto. En aquellas paupérrimas condiciones un embarazo podía ser fatal, tanto para ella como para la criatura que esperase. Por eso comprendía su preocupación.

—¿Y utilizando pastillas anticonceptivas? —pregunté.

—Caducan igual. Antes de la pandemia las tomaba. Por eso no estaba preocupada de haberme

quedado embarazada después de..., después de aquello. Ya sabes.

—Cuando ya no podamos usarlos tendremos que calcular los días en que eres más fértil, para minimizar riesgos. Hay una regla para eso. Y hacer aquello de toda la vida de la marcha atrás.

—No te lo tomes a broma, Miguel. No quiero traer a este mundo un bebé. Sería condenarlo a una vida miserable y eso si logra salir adelante, porque con cualquier problema ya sabes que estamos solos.

—Lo sé. Pero no se me ocurre otra cosa que la abstinencia y seguro que a ninguno de los dos nos resultaría fácil estar juntos sin caer en la tentación. Bueno, dejemos el tema. De momento, nos quedan un par de años, que es el tiempo que pueden permanecer los preservativos en buen estado si están bien conservados. Y hay en abundancia en cualquier lugar. Ya sé que eres tú la que corre el riesgo. Pero por favor, no te empieces a obsesionar con estas cosas o viviremos siempre con miedo.

—Perdona si soy un poco pesada a veces. Es que no puedo dejar de pensar en asuntos que pueden crearnos alguna situación peligrosa. El miedo al embarazo es una de ellas, pero tengo tantas otras en la cabeza...

Me acerqué y la abracé. Las palabras no eran de mucho consuelo en esos momentos, era mejor el contacto físico. Sara lloró un poco, luego se enjugó los ojos y como queriendo pasar página a sus preocupaciones, sonrió. Sugirió que reanudásemos el viaje al norte cuanto antes para así, mientras tanto, ir buscando un lugar donde pasar la noche. En Cervera habíamos encontrado multitud de octavillas y pancartas avisando a la población de que, si había alguien sano, se dirigiese al instituto bacteriológico más cercano a su localidad, en este caso el de Santander. De todos modos no hablamos más del tema porque ya lo habíamos dejado zanjado.

Con la furgoneta bien cargada salimos después de comer. Empezamos a adentrarnos en la zona de las Fuentes Carrionas, ascendiendo por una carretera hasta llegar al embalse de la Requejada. El cual se encontraba lleno a rebosar. Aunque era más bien pequeño estaba situado en una zona muy hermosa, con bosques de robles y hayas por todas partes. Nos adentrábamos en una comarca realmente salvaje y bella. Como de cuento de hadas. Los paisajes eran de postal y había vida por todas partes. En el embalse encontramos multitud de aves acuáticas y en los alrededores vimos unos cuantos ciervos, rebecos y hasta un jabalí. Animales que antes era muy difícil su observación en su medio, ahora sin el hombre se mostraban sin temor alguno y correteaban por todas partes.

En aquella parte las montañas no eran muy altas y no resultaba tan penosa la subida. La Vanette, con peso, resistía en condiciones aunque de vez en cuando se calaba. Sara decía que no era por culpa de ella sino que algo debía estar mal en el motor. Esperábamos que nos permitiese seguir un poco más hasta encontrar algún otro vehículo mejor.

No habíamos recorrido ni dos kilómetros, tras el paso del embalse, cuando por la estrecha carretera se cruzó un pequeño rebaño de ciervos. No eran muchos, apenas media docena, pero se quedaron parados en medio de la calzada, mirando nuestro vehículo como bobos. Sara hizo amago de pitar con el claxon, pero la convencí de que no hacía falta asustarlos. Saqué una mano por la ventanilla y di varios golpes a la puerta, haciendo que estos huyeran. Estos no lo hicieron hacia los lados de la carretera, sino por la misma calzada.

—Vaya con los bichos —se lamentó Sara—. Me parece que nos van a acompañar todo el viaje.

—Vamos despacio. Esos animales tienen un comportamiento un tanto raro. Como si tuviesen

pavor de internarse en el bosque.

—No me metas miedo, Miguel. Que no está la *furgo* para heroicidades.

En verdad era algo raro. Una cierva hizo amago de salir por la derecha a la espesura, pero volvió al poco. ¿Por qué esa fijación por andar por el asfalto? ¿Acaso veían la carretera como un buen lugar en caso de tener que huir, ya que no había obstáculos que esquivar?

—No quiero asustarte, pero creo que ahí a la derecha hay algo que los está poniendo nerviosos. Deberías acelerar. Ya verás cómo se quitan de en medio.

—¡No puedo acelerar y pasar como si esto fuera un tanque! Si nos la damos con uno de esos animales vamos a darnos una buena. ¡No es como atropellar un conejo!

Sara se estaba empezando a poner nerviosa. No por los ciervos, que iban a unos veinte metros por delante, sino por ese *algo* que estaba a la derecha. Se puso más alterada todavía cuando me vio cargar la vieja escopeta de caza con dos cartuchos de postas.

—Es sólo por precaución —intenté tranquilizarla cuando noté que me miraba con recelo—. Detente un momento y dejemos que sigan su camino. Si vamos detrás de ellos es posible que los asustemos todavía más.

Sara paró y mantuvo la furgoneta al ralentí. Los ciervos siguieron andando unos cuantos metros y se detuvieron. Empezaron a mirar a todas partes de forma nerviosa.

—Yo diría que se sentían protegidos con nosotros detrás, porque ahora sí que están alterados —dijo Sara observando el extraño comportamiento de los ciervos.

—Es posible que estén esperando a...

—¡Mira allí! —señaló Sara a lo lejos, en el margen derecho de la carretera.

De repente, y con una velocidad asombrosa, salió de la espesura un enorme animal, que rugiendo de manera sobrecogedora, sorprendió a uno de los ciervos que no tuvo tiempo de huir. Los demás salieron corriendo de manera atropellada en todas direcciones. Uno de ellos pasó por nuestro lado, dándose un sonoro golpe con la parte delantera, aunque sin consecuencias por su parte. Eso hizo que Sara se asustara. Queriendo dar marcha atrás se caló la Vanette.

El animal era un oso, uno de los pocos que sobrevivían en aquella zona. Con el ciervo todavía vivo empezó a devorarlo con brutal avidez. No se había fijado en nosotros, que debíamos estar a unos cuarenta metros. La carretera en esa zona era una larga recta y era imposible ocultarse sin que el animal lo percibiera.

—Tranquila, dentro de la furgoneta no hay peligro. Sube la ventanilla y estate tranquila —recomendé notando como se me secaba la boca. El momento me recordaba a aquella primera vez que me vi frente a un oso. Pero aquel estaba criado en cautividad y este era salvaje. Y estábamos en su terreno.

El oso seguía despedazando al pobre ciervo, que ya estaba muerto. De vez en cuando nos echaba una mirada, pero sin llamarle excesivamente la atención. Éramos como una piedra enorme en el camino.

—Tenemos que dar la vuelta y salir de aquí, Sara. Hay que aprovechar que está entretenido antes de que venga a inspeccionar.

—Tengo que arrancar primero y eso seguro que lo va a atraer aquí. Luego hay que maniobrar para dar la vuelta. Ya has visto lo rápido que es. ¡No sé si me dará tiempo!

SEÑOR R

—Hagamos una cosa. Voy a bajar mi ventanilla para sacar la escopeta. Entonces, arrancas y tratas de dar la media vuelta. Si veo que viene hacia nosotros le disparo.

Sin embargo, el asunto iba a ser más complicado, porque en aquella estrecha carretera el cambio de sentido nos obligaría a hacer dos maniobras como mínimo. Estábamos situados en el carril derecho, lo que suponía que una vez que Sara arrancara tendría que meterse en el carril izquierdo, para dar la media vuelta y luego dar marcha atrás un poco, para conseguir el suficiente espacio para girar completamente. En ese espacio de tiempo yo sólo podría disparar en la primera maniobra, ya que luego quedaría mal situado. Nos la jugábamos a una carta, pero no podíamos esperar a ver qué hacía el oso.

Bajé despacio la ventanilla y saqué la escopeta, que tenía ya amartillada. Hice una señal con la cabeza a Sara y está dio al contacto. La Vanette rugió al ser arrancada con estruendo. De inmediato el oso alzó su enorme cabeza, observándonos mientras todavía masticaba un trozo de hígado del venado.

Sara giró el volante todo lo que pudo a la izquierda y aceleró de manera suave. La furgoneta empezó a avanzar muy despacio, al tiempo que mi posición quedaba perfectamente alineada con la del oso. A esa distancia, si hubiera tenido un fusil de asalto, le habría alcanzado sin duda. Pero con aquella vieja escopeta de caza no estaba seguro. La dispersión de las postas no le mataría, pero lo dejaría herido haciéndolo por tanto todavía más peligroso.

Al ver como se movía la furgoneta el oso paró de comer. Un trozo de carne, que quedaba colgando de sus fauces, cayó al suelo con un sonido desagradable. El plantígrado se empezó a mover hacia nosotros.

—¡Vamos Sara, date prisa que viene! —grité mientras trataba de apuntar con la escopeta. Mis manos temblaban casi sin poder controlarlas.

El oso, al ver que el movimiento de la Vanette se hacía más brusco, aceleró el trote. Con una rapidez pasmosa para un animal de ese tamaño, se echó encima en cuestión de segundos. Sólo pude disparar una vez, pero sin consecuencias ya que Sara dio marcha atrás de forma muy brusca, buscando ampliar el radio de giro. El oso llegó por la parte trasera, alcanzándonos de lleno. Asestó con sus garras un golpe tremendo al portón trasero. La furgoneta, que en ese preciso momento empezó a avanzar, se caló de nuevo ante nuestra desesperación. Rápidamente, el oso se situó por mi lado, golpeando al cristal con su enorme cabeza. Di un grito de terror cuando al segundo intento este se resquebrajó. Saqué la pistola y disparé.

No salió ninguna bala.

—¡Joder, no he quitado el puto seguro!

Cuando lo hice el oso ya se había desplazado hacia la parte delantera. Justo en frente de nosotros. Sara arrancó de nuevo, asustando al oso, que dio un salto hacia atrás. La furgoneta giró a la izquierda, para rodear a la fiera y salir por el hueco que dejaba, pero este se desplazó en el último instante y se golpeó con el vehículo. No con mucha fuerza, pero lo suficiente como para tirarlo a un lado, rugiendo de dolor y rabia. Sara, muy nerviosa y presa del pánico, dio un volantazo instintivo al golpear al animal haciendo que nos precipitásemos por el lado izquierdo de la calzada, saliéndonos de esta de forma violenta. La ligera cuesta nos aceleró hasta quedarnos empotrados contra varios árboles. Al llevar puestos los cinturones nos quedamos suspendidos de ellos sin

mayores consecuencias. Aun así fue doloroso.

—¡Que viene! ¡Cuidado! —exclamó una aterrada Sara, mientras miraba por el retrovisor interior.

El oso, que venía cojeando de la pata delantera derecha, se situó por el lado de Sara, golpeando su puerta con la garra de la pata izquierda. Asegurándome primero de que esta vez no tenía puesto el seguro, empuñé de nuevo mi pistola.

—¡Sara, échate hacia atrás todo lo que puedas y cierra los ojos!

Esta comprendió que trataba de apuntar al oso para dispararle a través de su ventanilla. Se agachó hacia mi lado, tapándose al unísono la cara con el brazo izquierdo. Disparé dos veces seguidas, fragmentando el cristal de la ventanilla en mil pedazos.

El oso dio un salto y se revolvió en el suelo. Se quedó paralizado un momento mientras que con la pata izquierda trataba de rascarse el cuello, donde había recibido un disparo. Intentó rugir pero no salió ningún sonido de su más que segura destrozada garganta. Al poco empezó a sangrar por la boca, mientras se revolvía con violencia, chocando con los árboles y la furgoneta. Estaba sufriendo una horrenda agonía. Aún así, todavía era muy peligroso, incluso más que antes. Sus movimientos eran tan brutales que en un momento dado se golpeó la cabeza con el parachoques trasero abriéndose una profunda brecha cerca de una oreja. En cuestión de segundos cayó al suelo para no volver a levantarse más.

Notamos como durante unos pocos instantes su vientre palpitaba, intentando respirar, hasta que cesaron definitivamente.

El oso había muerto.

***

Después del ataque del oso tanto Sara como yo estábamos muy alterados. Nos habíamos librado por los pelos de una muerte segura. El choque de la furgoneta con los árboles, aunque no nos había herido, si que nos había dejado doloridos. Toda la tarde estuvimos intentando sacar el vehículo de allí, pero el motor había quedado muy dañado por el impacto, haciendo imposible volver a la carretera.

Otra vez nos quedábamos en tierra, pero en esta ocasión la situación era peor, porque estábamos en medio de una zona montañosa muy arbolada, y los pocos vehículos que habíamos visto por el camino estaban en peores condiciones que la Vanette que habíamos dejado. Nos dolió bastante tener que abandonar todas las cosas que habíamos recogido en Cervera, porque la mayoría de ellas nos podían servir en este ambiente, aunque éramos conscientes de que no podíamos transportarlo todo.

En las dos mochilas de montañero pudimos meter algunas provisiones de comida y agua, lo que no dejaba más espacio a otras cosas como el preciado camping gas. Tendríamos que hacer fogatas si queríamos comer caliente. También nos llevamos todos los cargadores de las pistolas, algo que se hacía necesario según la experiencia. La escopeta de caza sobrevivió al impacto del coche, aunque sólo disponíamos de cuatro cartuchos.

Como ya se nos había hecho tarde acordamos dormir en el interior de la furgoneta y empezar la caminata al día siguiente. No nos gustaba la idea de andar a oscuras. El bosque ya era lo bastante

peligroso a plena luz del día.

Nada más amanecer nos pusimos en marcha sin saber si lograríamos dar con alguna población cercana o adónde dormiríamos esa noche. Sólo sabíamos que teníamos que seguir la carretera hacia el norte. La brújula nos iba a venir muy bien, al igual que el hacha que cogimos en Cervera. Esta podía utilizarse, como último recurso, como arma contundente contra algún animal. Desde luego, su presencia imponía. Sara se calzó sus botas de montaña, sustituyendo así las zapatillas de deporte que llevaba. Yo seguía con las mías y mis sempiternos pantalones desmontables.

Hacía bastante calor, aunque por la noche las temperaturas eran más bien frescas. Al mediodía nos moríamos de ganas por remojarnos la cara. La carretera era nuestro nexo con la ruta, nuestro camino de ladrillos dorados que no debíamos abandonar. Éramos conscientes de que podíamos tardar días en llegar a algún sitio en el que tuviéramos la posibilidad de encontrar un vehículo o provisiones.

—¡No puedo más! ¡Necesito parar un poco, por favor! —rogó Sara, quitándose la mochila en el arcén de la carretera—. Además, el calor que desprende el asfalto es espantoso.

—Ya lo sé, cariño. Pero si nos adentramos en el bosque podemos encontrarnos con algún oso.

—No hablo de internarnos mucho. Lo suficiente para que el sol no nos abrase. No tenemos cremas solares y podemos quemarnos. ¡Tú ni siquiera llevas gorra! Si te da una insolación me dejarías en una situación muy comprometida.

Sara tenía razón. Siguiendo la carretera nos estábamos exponiendo al peligro del calor y tampoco nos librábamos de un hipotético ataque de un oso. Nos sentíamos seguros porque podíamos ver a cualquier animal acercarse. ¿Y luego qué? ¿Huiríamos corriendo?

—Tienes razón, es una tontería exponernos aquí. Al menos si nos atacan en el bosque podemos subirnos a un árbol o huir con algo más de garantía. Venga, internémonos y sigamos hacia el norte.

Llevaba la escopeta preparada. Sara tenía la pistola en su funda, montada a falta solo de quitar el seguro. Andábamos unos minutos y nos deteníamos a escuchar. Los ruidos del bosque eran muy variados, con el trino de los múltiples tipos de pájaros o los característicos sonidos de los insectos como las chicharras, que con aquel calor parecía que se multiplicaban. El lugar que atravesábamos era un hermoso robledal, salpicado con manchas más o menos amplias de hayas y algún que otro castañar. Era un típico bosque de cuento de hadas.

—Miguel, vamos a tener un problema con el agua. Estamos bebiendo mucho debido al calor. Apenas nos quedan dos botellas de agua, más tu cantimplora. Con eso tenemos para hoy, pero hay que pensar en mañana.

—La carretera está situada en una zona alta. Si queremos encontrar un riachuelo tenemos que descender un poco más hacia una zona más baja. Eso quiere decir que tenemos que internarnos más en el bosque.

—No tengo ni idea de dónde podemos encontrar agua, pero es vital que solucionemos el problema o lo pasaremos mal. Si hay que internarse más lo tendremos que hacer.

Así lo hicimos, siempre tratando de no desviarnos de la dirección noreste. La espesura era más notoria en esa parte. Los robles empezaban a ser más grandes y gruesos mientras que los helechos que cubrían el sotobosque a veces casi impedían el paso. También había aumentado un poco el frescor, dándonos un poco de agradable respiro.

SEÑOR R

—Sabes, tenía un compañero en la oficina, un misógino gilipollas, que decía que uno podía saber si estaba realmente enamorado de alguien, si en una situación adversa podía pensar en su amada o amado —dije mientras caminábamos.

—A mí eso no me parece un comentario de un misógino. Es bastante romántico.

—En realidad no me lo dijo con esas palabras. Más bien quiso decir que para saber si a un tío o una tía le gustaba su pareja, estos eran capaces de pensar en hacer el amor cuando estuviesen en una situación, en la que en condiciones normales no se les ocurriría, entonces es que de verdad había pasión en ellos.

—¿Y qué me quieres decir con eso? ¿Qué te apetece hacerlo ahora? Porque va a ser que no, amigo —explicó Sara sacando la botella de agua y dando un trago—. Si hacemos caso a esa teoría yo no estoy enamorada de ti, porque ahora sólo me apetece descansar, comer y beber, por ese orden.

—No, mujer. Era sólo un comentario, porque te he mirado mientras andabas. Y fíjate que estamos sucios, sudados, cansados, sedientos, hambrientos... Y sólo pensaba en la suerte que tenía de haberte encontrado y que estemos juntos. Nada más, no quería decirlo con otras intenciones. Es que no me salen nunca las palabras apropiadas cuando quiero decirlas, como ahora. En vez de decirte que te quiero empiezo a montarme una película. Supuse que te animarías un poco.

—Ahora mismo no me apetece hablar de nada. Lo siento, pero lo de andar, como supongo que ya habrás comprobado, no me gusta nada. Así que, como también debes saber ya, soy un poco borde cuando estoy cansada. Espero que no te tomes a mal mis desplantes.

—Supongo que el romántico soy yo y tú la “camionera” —bromeé.

Sara, corroborando mi comentario, me propinó un golpe en el hombro. Andamos un rato más hasta que Sara se negó a dar un paso más. Saqué la penúltima ración de combate que nos quedaba. Esta llevaba incorporada un hornillo, por lo que pudimos comernos bien calientes los callos a la madrileña. Como postre dimos cuenta de unas chocolatinas y unas pastillas anti fatigantes para reponer los azúcares. Se notaba que íbamos descendiendo un poco y nos constaba menos trabajo avanzar.

El robledal se espesó aun más cuando dimos con un pequeño riachuelo y una laguna natural que aprovechaba una gran oquedad en las rocas donde se embalsaba el agua.

—¡Mira que laguna más chula! —señaló Sara, acercándose a las tranquilas aguas—. Y con este bosque alrededor. ¡Qué bonito!

No sé si era por haber comido y descansado, o por el efecto de las pastillas anti fatigantes, pero esta se encontraba pletórica.

La laguna en cuestión no era más que un pequeño estanque. Sin embargo, el agua era transparente y parecía muy limpia.

—¿Crees que podemos beber sin peligro? —preguntó Sara mojándose las manos.

—La mejor manera de saberlo es observar si hay algún insecto o incluso pececillos. ¡Mira, hay unos alevines! —señalé. Eso era una buena prueba de que el agua no está mala para el consumo—. Podemos añadir en las botellas las pastillas potabilizadoras que venían en las raciones de combate.

Llenamos las botellas vacías añadiendo una pastilla potabilizadora en cada una. Sara se quitó las botas y se remojó los pies con un enorme gesto de satisfacción. Mientras, yo vigilaba la zona, escopeta en ristre.

SEÑOR R

—Esto es la gloria. Que frescor, espero que se me deshinchen los pies.

—Tú tranquila, que yo estoy vigilando aquí arriba —la avisé, sentándome encima de una roca, al lado del pequeño estanque.

—¿Nos vamos a quedar mucho rato aquí? —preguntó Sara mientras se quitaba el cinturón del arma.

—No sé. Estoy pensando que deberíamos volver a la carretera antes de que anochezca.

—Si me das diez minutos me lavo en un momento. Quién sabe cuándo podré hacerlo de nuevo. Luego, si quieres, te relevo yo.

—¿Te vas a bañar ahí? El agua debe estar helada.

—Es cuestión de acostumbrarse —dijo Sara empezando a desnudarse.

Esta hacía tiempo que había perdido la vergüenza de mostrar su cuerpo ante mí.

El agua estaba realmente fría. Sara se remojó con energía aunque al cabo de unos pocos minutos salió tiritando.

—¡Uf, está fría, sí!

Se puso a mi lado. La abracé para que entrase en calor.

—Chiquilla, el agua de las montañas baja muy fría, aunque la temperatura ambiente sea cálida. Vístete antes de que pilles un resfriado.

—Había pensado que quizás me perdones las cosas desagradables que te digo a veces. Ya sabes que no soy muy romántica y me cuesta expresar mis sentimientos. Tú no tienes esos problemas, pero yo no tengo que decirte que te quiero cada dos por tres. Ya sabes que es así.

—No te preocupes, te perdono todas tus groserías porque sé que están dichas en momentos en los que estás cansada.

—Ya. Sabes, ahora que estoy desnuda podíamos... —se insinuó mientras empezaba a besarme en el cuello.

—Sara... No puedo soltar la escopeta. Alguien tiene que vigilar. Este no es un lugar muy seguro para que retocemos sin preocupación.

—Tú vigila y déjate llevar... Quiero hacerte disfrutar y mostrarte mi pasión hacia ti.

Sara bajó la cremallera de mi pantalón, hurgó un momento en el interior y bajó la cabeza. Mientras, yo me quedé ahí, tratando de sostener la escopeta mientras iba subiendo lentamente al séptimo cielo.

Atravesábamos un frondoso castañar cuando fuimos a dar con una senda rural. Esta debía correr en paralelo con la carretera, aunque algo alejado de ella. Quizás hubiese sido un paso de ganado. Era un camino ancho que cortaba el bosque dando una imagen, a esas horas de la tarde, un tanto enigmática.

Apenas quedaba una hora de luz. En la espesura del bosque, los lánguidos rayos finales del día parecía que no podían traspasar los castaños que flanqueaban los márgenes de la senda. Sabíamos que teníamos que pasar la noche al raso y no nos gustaba la idea por lo expuestos que íbamos a estar frente a cualquier animal peligroso. Los osos eran un riesgo pero por esa zona también podía haber lobos, aunque no habíamos visto ningún rastro de su presencia.

Como era habitual en las marchas, Sara iba delante de mí unos pasos. Yo solía mirar a todas partes, vigilando con la escopeta al hombro como si fuera un cazador. Observaba el hacha que

asomaba por un lateral de la mochila de Sara. Debía pesar, pero ella no se había quejado. Si la molestaba el peso lo estaba llevando con mucha dignidad. Desde luego, era una chica muy pasional y decidida, como había demostrado un par de horas antes en el estanque.

—Espera —resoplé—. No vayas tan rápido, que casi no puedo seguirte.

Además del gran peso de la escopeta, llevaba en la mochila la mayoría de las provisiones y cargadores. Unos veinte kilos a la espalda que ya me empezaban a pasar factura.

—No sé por qué no me das más cosas.

—Puedo llevarlo yo. Lo que pasa es que ya van pesando las horas. En cuanto pueda descansar un rato volveré a estar en forma. Además, me has dado la puntilla con tu fogoso asalto de antes.

Sara se rió y me dijo que en ese caso la próxima vez se contendría un poco más. Yo la iba a replicar cuando me quedé paralizado.

—¿Qué pasa? —indagó Sara, alertada al verme mover la cabeza en todas direcciones.

—He escuchado algo —respondí, bajando lentamente la escopeta.

—¿Un animal?

—No te lo vas a creer —dije con gesto grave—. Creo que era un silbido.

Se quedó escuchando al igual que yo. Al cabo de unos segundos me miró abriendo los ojos de par en par.

—¡Ahora lo oigo! ¡Es un silbido! ¡Alguien está silbando una canción!

Nos quedamos tratando de asimilar que aquello nos confirmaba que en la pandemia hubo más supervivientes que nosotros. No fuimos, ni mucho menos, una excepción. Pero lo que más nos extrañó fue darnos cuenta que aquel descubrimiento no nos producía ninguna satisfacción.

—Suena todavía lejano —murmuré—. Creo que se acerca por ese lado de la senda, justo por el sentido contrario. Tenemos que decidir qué vamos a hacer, porque nos vamos a encontrar con alguien en pocos minutos.

—Deberíamos esperar aquí de pie, con las armas preparadas. Sin que parezca, eso sí, que estamos listos para abrir fuego.

—Te refieres a que parezcamos pacíficos pero que vea que estamos armados por si hiciera falta. Lo mejor será, para no enseñar todas nuestras cartas, que te escondas cerca de mí, detrás de alguno de aquellos castaños, al margen de la senda. Hablaré yo con quien sea y según los derroteros que tome la conversación podrás salir.

Sara asintió satisfecha. Ella había pensado también en eso.

—Me agacharé detrás de ese castaño. Hay muchos helechos y no me podrán ver. Podré oír la conversación y tendré el arma desenfundada, por si acaso. La sorpresa será nuestra mejor estrategia.

Se ocultó a sólo unos metros por delante de mí, en el margen de la senda. Era imposible descubrirla aún sabiendo que estaba allí.

Algo más tranquilo, por saber que teníamos algo de ventaja en la situación, monté la pistola, quitando el seguro y dejándola enfundada. Amartillé la escopeta, aunque como gesto de buena voluntad el cañón apuntaba al suelo. Respiré hondo y deseé que todo saliera bien.

El silbido se fue haciendo más claro. Era una tonadilla que no podía identificar, pero estaba claro que era un hombre el que silbaba. Al final de la recta de la senda que precedía a una curva, apareció una forma grande, todavía muy oscura para saber a qué correspondía. Se iba acercando sin

haberse percatado todavía de mi presencia. Empecé a ponerme un poco nervioso. Me puse en el lugar de aquel hombre, si es que era un hombre, y pensé que a lo mejor yo iba a ser la primera persona que iba a ver desde la pandemia. ¿Cómo reaccionaría al saber que no era el único superviviente? ¿Se lo tomaría mal? ¿Me vería como una amenaza o como alguien que le podía ayudar?

Empecé a distinguir la forma de un caballo, de color oscuro con una mancha blanca en la frente. Tiraba de una especie de carro. Por lo que pude notar sólo había un hombre. Este siguió silbando hasta que de repente se hizo el más absoluto de los silencios.

Me había visto.

Hubo un momento de una tensión impresionante. Parecíamos dos pistoleros esperando a ver quién desenfundaba antes. Se notaba que estábamos a la espera de saber el comportamiento del otro. Para decir hola o empezar a liquidarnos. Opté por alzar el brazo y saludar con la mano abierta. El otro me devolvió el saludo. Para mi sorpresa, se bajó del carro y se dirigió a la parte trasera del mismo. Estuvo dentro unos minutos eternos en los que llegué a pensar que iba a sacar un lanzagranadas o un rifle de francotirador. Suspiré aliviado cuando volvió con lo que parecía ser una botella.

Todavía estábamos a unos veinte metros de distancia, y ya podía distinguir que, en efecto, era un hombre solitario. El caballo tiraba de un cochambroso antiguo carro de heno, aunque estaba todo cerrado de forma un tanto tosca, seguramente hecho por él. Reconocí que era una buena forma de moverse con la casa a cuestas sin depender de los vehículos a motor.

Al fin se paró justo frente a mí. El carro quedaba también a la altura del árbol donde se escondía Sara. Por lo tanto, si hacía falta, podía sorprender al hombre por la espalda. Acaricié la frente del animal y me situé en el lado derecho para saludar al hombre. Este sonrió al tiempo que me tendía una mano.

—¡Qué sorpresa! —exclamó sonriendo y dejando ver su dentadura falta de unas cuantas piezas.

Debía tener entre los cuarenta y muchos y los cincuenta y pocos. Era delgado y muy alto. Pasaba del metro noventa con mucha holgura. Era de tez morena y llevaba el pelo largo recogido en una tosca coleta. La barba de muchos días y su olor a sudor me decían que hacía tiempo que no se daba un baño. Noté como él también me había hecho la ficha.

- *Livingstone*, supongo —dije mientras le tendía mi mano. El apretón fue fuerte.

—¿Cómo? —se quedó pasmado sin haberse dado cuenta de la broma.

—Ah, nada, era un dicho famoso. Me llamo Miguel.

—Yo me llamo Juan Luis. Hola Miguel, me acabas de confirmar que no estoy solo en el mundo.

—Lo mismo digo. ¿Entonces soy el primero con el que te topas?

—Si. Vengo de San Sebastián —sonrió dejando ver un llamativo hueco dejado por la ausencia de una muela—. He recorrido el norte durante estos meses y eres el primer ser que veo que anda sobre dos patas.

—Yo vengo de Madrid. Tampoco hallé nunca a nadie, ni siquiera por el camino.

Juan Luis se puso serio y me clavó la mirada unos instantes, como si estuviera sopesando la veracidad de mis palabras. ¿Habría notado que le había mentido? Luego volvió a sonreír como antes y respiré algo más tranquilo. Me fijé que a su izquierda descansaba un fusil de asalto del Ejército,

igual que los que había estado utilizando yo. Me percaté de que en su cinturón llevaba una especie de navaja grande o cuchillo. Estaba seguro de que en el carromato llevaría todo un arsenal.

—Me bajé antes a coger esto —señaló una botella de whisky *Chivas Regal*, reserva de doce años, que me tendió tras abrirla.

No quise rechazar el ofrecimiento así que di un ligero sorbo. En seguida noté el fortísimo alcohol que bajaba por mi gaznate. Se la devolví y este le dio un generoso trago. Incluso con avidez.

"¿Aficionado a la bebida? Un punto menos", pensé.

—Supongo que las cosas por ahí abajo estarán igual de mal que por el norte —dijo guardando la botella—. ¿Me equivoco?

—Me temo que si bajas encontrarás el mismo rastro de muerte.

—Me dirijo al soleado sur, buscando algún lugar con playa. Tenía pensado instalarme en Andalucía. Voy a ir a ver cómo está Cádiz. ¿Y tú, hacia dónde te diriges?

—Justo a la dirección contraria. Al norte. Oye, ¿has visto estos papeles por el camino? —le enseñé la octavilla que guardaba en el bolsillo.

Juan Luis la leyó y asintió con gesto grave.

—Por cualquier pueblo que pases a partir de ahora hay carteles y papelitos de estos por todas partes.

—¿No has ido al instituto de Santander? En el papel pone que es el más cercano de la zona norte.

Juan Luis volvió a abrir el tapón de la botella dándole otro buen trago. Se le notaba incómodo con la situación.

—Mira, Miguel, yo he sido marino mercante, pescador y un sin fin de cosas más, pero siempre trabajos solitarios, muy lejos de sociedades o comunidades. Me gustaría seguir así. Libre como el viento. No te lo tomes a mal, me pareces un tipo agradable, pero si estás buscando que formemos un equipo te has equivocado.

—Tranquilo, no quería forzarte a nada, ni mucho menos. Yo también soy más bien solitario, era mera curiosidad. Hacía tiempo que no hablaba con nadie.

—Ya... ¿No tienes un medio de transporte? —preguntó mirando alrededor.

—No, tenía un coche pero me dejó tirado hace dos días —contesté en seguida para atraer la atención de este hacia mí y que así no inspeccionase demasiado—. Supongo que la población más cercana no estará muy lejos.

—Si sigues por esta senda, y cuando se acabe te desvías ligeramente al noreste, llegarás al pueblo de Tremaya. No es muy grande, pero es posible que encuentres algo. Está a unas seis u ocho horas a pie. Con este carro ya no tengo que ir buscando coches que arranquen. Te aconsejo que busques uno y un buen caballo. ¡Es el transporte del futuro!

Desde luego sí que era un tipo solitario porque no me había ofrecido al menos pasar aquella noche a cubierto. Si lo hubiera hecho me habría negado, pero no hizo intención de ningún tipo. No quería compañía, eso estaba claro.

—Bueno Miguel, ¿necesitas alguna cosa? Llevo muchas provisiones, podría darte algo de comida o bebida.

—No, gracias. Llevo en la mochila bastantes suministros. Tengo de sobra para salir del bosque.

SEÑOR R

Además, siempre puedo cazar algún conejo y cocinarlo en una hoguera.

—No te lo aconsejo, atraerías a algún oso, o a los lobos. Esta noche me rondaron unas cuantas de esas condenadas alimañas. Querían comerse al caballo pero con un par de disparos de aviso huyeron despavoridos.

—Entonces creo que dejaré la caza para otro día —sonreí—. Que te vaya todo bien, Juan Luis. Llámame un día de estos.

—Descuida. Un placer haberte conocido. Espero que encuentres un buen lugar donde vivir. El norte es muy bonito, pero yo que tú pasaría de ir a Santander. Allí no hay nada.

—Entonces, ¿fuiste por allí?

—Si, pero ya te digo que no hay nada. Si creías que ibas a encontrar una ciudad llena de supervivientes me temo que te vas a llevar una gran decepción.

No quise seguir preguntando más. Sabía que algo me ocultaba, pero era una tontería intentar sonsacarle más información, sobre todo cuando parecía que le disgustaba. Además, quería perderle de vista cuanto antes.

—Entonces me iré a Galicia. Me encanta esa parte de España.

—No te vas a arrepentir. ¡Galicia es preciosa! —dijo Juan Luis mucho más sonriente—. Te dejo ya, que se está haciendo de noche y tengo que buscar todavía un lugar donde montar el campamento.

—Bien, lo dicho. Adiós, Juan Luis.

Nos volvimos a dar la mano y me aparté al margen para dejar pasar el carro. Ambos estábamos encantados de perdernos de vista mutuamente. Juan Luis dio un grito al caballo y este empezó a andar de manera pausada. Cuando estaba a unos metros empezó a silbar la misma melodía. Yo me quedé un buen rato observando cómo se alejaba hasta que le perdí de vista definitivamente.

—Ya puedes venir. Se ha ido.

Sara salió de la espesura con la pistola en la mano. La enfundó. Tenía un gesto muy serio. Me quité la mochila y me estiré un poco.

—¿Qué te ha parecido el hombre este? —pregunté cuando Sara se me puso al lado—. No es muy amigable que digamos.

—Miguel, cuando estabas hablando con él he oído ruidos en el interior del carro. Creo que había alguien más acompañándolo en su viaje.

***

Lo que pasó aquella noche lo recuerdo, dos días después, como un sueño, o algo irreal. Al pensarlo de nuevo lo recordaba como si sólo hubiera sido un mero testigo, con una especie de cámara que recogía todas aquellas violentas imágenes. Como si no hubiera sido conmigo.

En ese momento me encontraba dormitando, bajo la sombra de un roble, descansando un poco después de la larga marcha de la mañana. A unos dos metros, bajo la sombra de otro roble algo más frondoso, estaba Sara, durmiendo con un sueño algo inquieto. Pienso en lo que tuvo que ver y soportar aquella noche y comprendí el lógico retroceso emocional que había experimentado. Al menos, aquel día se había levantado y me había mirado. El anterior ni siquiera dijo una sola palabra. Todavía era pronto para sacar conclusiones, pero tenía la impresión de que estaba enfadada

conmigo. No personalmente, sino con el género masculino.

Saqué una lata de sardinas y me puse a comer algo, mientras me puse a recordar de nuevo lo que había pasado al término de aquel aciago día en el que dimos con Juan Luis.

Cuando Sara me avisó de que había oído ruidos en el interior del carro de Juan Luis, empecé a buscar explicaciones sobre el posible origen de los mismos. En vez de aceptar la más lógica: que había otra persona oculta. Sara afirmó que estaba segura de dos cosas.

Que aquel ruido no fue producto de un animal de compañía, como había sugerido yo. Y que había sido algo que tenía toda la apariencia de ser un intento de alguien tratando de llamar la atención.

Es decir, alguien necesitaba ayuda. Este punto fue el que más controversia acarreó. Ya que si había alguien en peligro nosotros, al menos moralmente, estábamos obligados a socorrer a quien lo necesitase.

—Sara, si de verdad crees que hay alguien ahí metido con problemas, y vamos a su rescate, no tenemos muchas opciones. O bien vamos y hablo de nuevo con él para que me saque de dudas, lo cual nos llevaría a otras dos posibilidades: que encuentro a alguien en apuros y el tipo me mata; o que haya una explicación lógica y quedo como un tonto. Aunque al menos así estaremos seguros de no haber abandonado a nadie a su suerte.

—¿Y otras opciones? —preguntó Sara.

—Básicamente, dar por hecho que tiene a alguien secuestrado y montar una especie de operación de rescate.

—¿Eso que implicaría?

—Que vamos a por él, ya que el efecto sorpresa es nuestra mejor estrategia a seguir. He visto las armas que lleva y puede ser un tipo muy peligroso. ¿Estás dispuesta a llevarlo a cabo?

—Creo que sí.

—No, Sara. O estás dispuesta o pasamos de esto. Con ello quiero decir que si vas a ser capaz de pegarle un tiro a una persona que, si de verdad es culpable por tener a alguien secuestrado, vamos a tener que matarlo. Te recuerdo que no podemos dejarlo ir libre ni quedárnoslo como prisionero. Es la puta ley de la selva. También es probable que algo salga mal y muramos alguno de los dos en el intento, o nos tome como prisioneros y nos encierre en la parte de atrás del carro. Por eso te pregunto de nuevo. ¿Estás segura de que oíste a alguien?

Sara se puso un poco nerviosa porque yo le pasaba toda la responsabilidad de aquel asunto. Sin embargo, no dudó en volver a afirmar que aquel hombre llevaba a alguien retenido contra su voluntad y que teníamos que hacer algo.

—Vamos a dejar aquí las mochilas y todo lo que no necesitemos. Sólo llevaremos las armas. Lo seguiremos por la espesura hasta que se detenga a descansar. Luego todo va a ser muy rápido. Yo me ocuparé de Juan Luis. Tú irás al carro y liberarás a quien se encuentre en el interior. Siempre con la pistola en la mano y con cuidado, porque no sabemos a ciencia cierta lo que pasa. Sobre todo nada de ruido. Hay que hacerlo en el más absoluto silencio.

—Cuando dices que te ocuparás de Juan Luis, ¿a qué te refieres exactamente? —inquirió Sara un poco angustiada por el cariz que estaba tomando la situación.

—Pues eso mismo: que yo me ocupo.

Salimos a buen paso, casi corriendo, volviendo sobre nuestros pasos, siguiendo paralelos a la senda por donde iba el carro. Al cabo de unos minutos lo vimos en un lateral de la senda, en un pequeño claro. Juan Luis estaba quitando los arneses y aparejos al caballo. Nos tumbamos, al otro lado de la senda, observando todos sus movimientos. Intentando oír, o distinguir algo, del interior del carro. Pero Juan Luis había colocado este de manera que la parte trasera quedaba fuera de nuestra vista.

La oscuridad todavía no era total pero las numerosas sombras hacían invisible nuestra presencia. No había traído la escopeta, porque era demasiado grande para ir con sigilo. Volví a echar de menos un fusil de asalto. Aunque con la automática de 9 Mm. no tendríamos problemas si le pillábamos desprevenido.

—Vamos hacia atrás unos cuantos metros —susurré—, para poder cruzar al otro lado de la senda y acercarnos por su lado. Luego tú te internarás unos metros a la izquierda, para poder acceder a la parte de atrás del carro y te quedarás esperando a que yo de el primer paso. Hasta ese momento no hagas nada. Es importante que te ocultes sin moverte para que yo pueda acercarme lo suficiente y atacarlo por la espalda. ¿Entendido?

Sara asintió en la oscuridad. Le dije que a partir de ese momento desenfundásemos las pistolas, pero con el seguro puesto. Me di cuenta de lo nervioso que estaba al notar como mi mano temblaba. Al menos, la oscuridad hizo que ella no me viese, sino podría echarse atrás.

Esperamos unos minutos más, para que la oscuridad fuera total. Muy lentamente avanzamos de nuevo hacia atrás y cruzamos al otro lado de la senda. Juan Luis había encendido un fuego. Podíamos vislumbrar el anaranjado resplandor en los árboles cercanos. Eso me impediría poder acercarme a su posición todo lo cerca que me hubiera gustado. Sara si podía acercarse sin miedo, porque el propio carro ocultaba la luz del fuego.

A poco menos de diez metros, Sara se separó situándose justo detrás del árbol más próximo a la parte de atrás del carro. Yo me quedé tumbado, acercándome muy despacio hasta las enormes raíces de un gran roble. Me encontraba a poco menos de ocho metros de Juan Luis, que se dedicaba a echar ramas secas a la fogata. De vez en cuando cogía la botella de ron o whisky y empezaba a bailotear de manera un tanto ridícula. Se notaba que estaba ebrio, aunque todavía era muy peligroso.

Quité el seguro de la *Beretta* y me preparé. No sabía muy bien qué es lo que pasaría después. Confiaba en que el propio Juan Luis me indicase el proceder. Un movimiento hacia su fusil, que descansaba colgado del freno del carro, me daría la excusa moral para matarlo. En cambio, si se quedaba quieto tras mi aparición eso me haría dudar. ¿Me sentiría capaz de disparar así a una persona?

El caballo relinchó. En el estado de tensión que tenía me costó mucho mantener la serenidad después de aquel sobresalto no esperado. Supuse que Sara estaría igual. Aquello torció las cosas porque Juan Luis dejó la botella en el suelo agarrando rápidamente una de las ramas encendidas. Se puso a mirar alrededor del campamento. Algo había asustado al caballo, seguramente la ligera brisa había llevado nuestro olor hacia él. La situación se tornó peligrosa cuando cogió el fusil de asalto y con una mano se puso a apuntar a todas partes. Intentaba ver algo a través de la mira óptica. Yo sabía que esa mira tenía un alcance mínimo y además no apuntaba al suelo sino a una distancia más elevada. A pesar de que estuvo observando mi posición varias veces no me descubrió. Bajé aun más

la cabeza, notando como tocaba los hierbajos con la cara.

—¡Malditos lobos! —gritó de repente, al tiempo que disparaba con su fusil de asalto varias veces a discreción.

Esperaba que Sara no se dejase llevar por el nerviosismo e hiciera algún tipo de ruido. No pasó nada y el caballo pareció que dejó de olernos, volviendo a ramonear tranquilamente. Juan Luis bajó el cañón del arma. Creía que los disparos habían ahuyentado a los animales que le acechaba. No obstante, dejó a mano el fusil, mientras se sentaba cerca del fuego y seguía bebiendo.

Alcé un poco la cabeza para observar mejor la situación. Juan Luis estaba sentado a unos seis metros, pero no de espaldas a mí, sino lateralmente. Tendría que deslizarme un poco a la izquierda, para poder sorprenderlo con garantías. Esta operación podía llevarme unos angustiosos minutos. Sara tendría que esperar sin saber el por qué de mi tardanza. Lo que podía aumentar las posibilidades de que algo saliera mal.

El propio Juan Luis me facilitó la tarea al ponerse a cantar de manera escandalosa. Me desplacé sin temor a hacer excesivo ruido, ya que quedaban solapados por su estridente voz. Tras situarme casi a su espalda decidí que era el momento de pasar a la acción.

Juan Luis se calló cuando escuchó mis pasos a la carrera. Se giró sorprendido, mirándome sin comprender lo que pasaba. Le apunté con mi pistola.

—¡Maldito seas, debí darme cuenta de que eras un puto ladrón errante! —vociferó haciendo ademán de tirarme la botella. Se contuvo cuando estiré el brazo.

—¡Deja eso en el suelo y pon las manos detrás de la cabeza! No muevas ni un músculo o te vuelo los sesos. Y si no lo hago yo lo harán mis hombres —mentí. Mencioné aquello para que creyera que era el jefe de un grupo, esperando que le intimidase lo suficiente como para no intentar nada.

—¿No ibas solo? ¡Maldito cabrón!

—¡Calla! ¡Ya puedes mirar! —grité a la dirección donde debía estar Sara.

Oí como Sara se movía de su escondite y sus pisadas se acercaban al carro. Estuvo tanteando la cerradura del mismo. Juan Luis, con los brazos en alto, miraba al carro mientras empezó a sudar.

—Eh, dile a tu amigo que se tranquilice. Todos podemos beneficiarnos de esta situación.

—¿A qué te refieres?

—¿Sois dos tíos, no? —indagó bajando una mano de forma nerviosa.

—¡Levanta las putas manos! —grité dando un paso más—. Sí, somos dos tíos.

—Seguro que tenéis ganas de... Ya sabes, estar con una *titi*. Deja que me marche y quedaros con el carro. Os encantará lo que hay dentro.

—¿Tienes a una mujer encerrada? —inquirí temeroso de su contestación. No por la reacción de Juan Luis, sino por la de Sara.

En ese momento, un aterrador grito salió del interior del carro. Era Sara.

—¡Sara, qué pasa, qué has visto!

Juan Luis boqueó al saber que no era un hombre el que se había metido en el carro.

—Espera, socio. Deja que me explique. ¡Por favor, espera que te cuente lo que ha pasado!

—¡Cállate, cabrón! —me acerqué al fusil y le di una patada para apartarlo—. ¿Qué escondías ahí dentro? ¡Qué cojones tienes ahí! ¡Dímelo o te mato ahora mismo!

SEÑOR R

Sara salió desde detrás del carro. La luz de la fogata hacía que sus furiosas facciones parecieran endemoniadas. En sus ojos había una rabia que nunca había visto. La mano que portaba la pistola se fue elevando en dirección a Juan Luis, que la miraba con los ojos desorbitados.

—¡Dile a tu chica que se detenga, deja que te expli....!

Un certero disparo le reventó la tapa de los sesos, desparramándolos por alrededor.

Me quedé paralizado. Horrorizado, sin saber qué hacer o decir.

Le susurré que bajase el arma. Ella me apuntó. Estaba fuera de sí. Sus ojos, que emanaban un odio sin igual, me miraban sin reconocerme. Temí por mi vida y estaba seguro de que me hubiera disparado si hubiera hecho algún gesto brusco.

—Sara, cariño, por favor, deja el arma. Soy yo, Miguel. Tu marido. Todo ha terminado. Suelta el arma. Por favor...

El brillo demencial de sus ojos dio paso al de la consciencia de la situación y de lo que había pasado. Acto seguido bajó la pistola y empezó a llorar. Cuando creí que las aguas volvían a su cauce disparó de nuevo sobre el cadáver de Juan Luis. No paró hasta que la corredera de su pistola se quedó definitivamente retrasada. La pistola se le resbaló de las manos y cayó al suelo. Sara se puso de rodillas y se tapo la cara con las manos, sollozando de manera desconsolada. Intenté acercarme para reconfortarla, pero me rechazó gritando que no la tocara. Que la dejara sola.

Me quedé unos segundos sin saber qué hacer. Con la pistola todavía en la mano, me fui a la parte de atrás del carro. La escasa luz que entraba por las numerosas aberturas de la lona que cubría el techo del carro dejaban ver el cuerpo, ya sin vida, de una joven desnuda. De no más de catorce o quince años. Una pobre cría que tenía las manos encadenadas y elevadas, dejándola incorporada de manera que la cabeza caía hacia atrás. Los numerosos hematomas mostraban el brutal trato al que había sido sometida. Había rastros más que evidentes de las repetidas violaciones que había sufrido. La pobre niña había muerto hacía muy poco. El hijo de puta la había amordazado cuando se había detenido en aquel instante antes de encontrarse conmigo por primera vez. Yo creyendo que había ido a buscar una botella cuando lo que hizo fue inmovilizarla, de tal modo que terminó casi por asfixiarla aunque este no se percató de ello. ¿Había muerto poco después a consecuencia de ello o por la última agresión de su captor?

Desenrollé las cadenas y envolví el cuerpo en una manta. La bajé con esfuerzo y me acerqué adonde se encontraba Sara. Esta seguía en la misma posición.

—Sara, voy a enterrar el cuerpo de esa pobre chica. Luego nos iremos de aquí.

No me respondió. Busqué una pala entre las cosas del carro. Hallé un pico de alpinista que me sirvió para hacer un agujero lo suficientemente grande como para poder depositar los restos de la chica. En aquellos momentos actuaba como un autómata. No quería pensar porque eso me llevaría a un estado que no podíamos permitirnos. Sólo podíamos permitirnos el lujo de tener a una persona fuera de control emocional. Tras el esfuerzo, sudoroso y cansado, regresé adonde estaba Sara. Se encontraba de pie mirando hacia la senda.

—¿Has soltado el caballo? —resoplé abatido—. Nos podía haber venido bien.

—¡No digas nada! —exclamó conteniendo la rabia.

No hubiera cogido el carro, pero el caballo nos hubiera venido bien. Aún así, decidí mantenerme callado. Sara estaba todavía muy alterada y no convenía forzar la situación.

SEÑOR R

—Vamos. He enterrado a la chica. Aquí ya no podemos hacer nada.

Nos alejamos de allí, dejando el cadáver de Juan Luis para los animales.

Terminé de comer las sardinas justo cuando Sara se despertaba. Me observó con esa mirada triste que llevaba desde aquella noche. Le ofrecí otra lata de conservas pero negó con la cabeza. Sin ni siquiera esperar a que me levantase, continuó el viaje.

***

Aquellos días de montañeros por obligación eran muy duros físicamente. Habíamos conseguido dormir una noche en una casa rural y otra de las veces tuvimos que hacerlo al raso, montando guardia por se nos aparecía algún animal salvaje. El fuego nos ayudaba mucho en esta tarea, pero dormir en el suelo no nos permitía descansar lo suficiente. A consecuencia de ello, el paso que llevábamos era muy cansado, deteniéndonos muchas veces para hacer un alto en el camino.

Sobre lo que pasó aquella trágica noche no pudimos hablarlo porque Sara se negaba a tocar el tema. Parecía que ya se le iba pasando ese irracional odio hacia todos los hombres. Supuse que, una vez que lo hubo pensado, y tuvo mucho tiempo para hacerlo, se dio cuenta del error en catalogar a todo un género por lo que había visto en el carro y por su traumática violación. Los hombres podíamos llegar a ser unos cerdos, pero no todos se habrían comportado de esa manera. Yo era la mejor prueba. Supuse que ella llegó a esa misma conclusión. Yo no la hablaba porque creí que eso la molestaría y ella no lo hacía porque pensaba que yo estaba mosqueado. Sólo cuando nos detuvimos a merendar algo esta se me acercó con ánimos de iniciar una vuelta a la normalidad.

Sara se puso en cuclillas, justo frente a mí, mientras yo daba cuenta de nuestra última lata de ración de combate.

—¿Estás enfadado conmigo? Lo entendería si así fuera.

—No estoy enfadado, Sara. Aunque no negaré que me has dejado un poco desconcertado con tu actitud de los últimos días. Puedo comprender que después de ver lo que viste en aquel carro y sabiendo lo que tú sufriste, estuvieras un poco alterada o confusa. Pero me dejaste de lado. Todo lo que siento por ti es como si no le dieras importancia. Sabes que te quiero y aún así no me has contado lo que pasaba en tu interior. Has estado rumiando una amargura y unos sentimientos que, de haberlos compartido conmigo, hubieran sido más llevaderos. No sólo soy tu compañero de viaje y amante, también soy la persona en quien puedes apoyarte en los malos momentos.

—No puedes comprender lo que pasó porque tú no has pasado por eso. Te pido perdón si has creído que tenía algo contra ti. Creo que era algo contra todo. Necesitaba tiempo. La otra noche maté a un ser humano. Si te digo la verdad, no siento que haya hecho algo malo y eso también me preocupa. No quiero volverme una persona así. No puedo expresar mis sentimientos como a ti te gustaría. Sin embargo, la rabia me surge como ya has visto. Me preocupa que mi forma de ser sea la de una persona racional con momentos de arrebato descontrolado. La otra noche..., te hubiera matado si me hubieras impedido disparar a aquel tipejo. Eso es lo que me da miedo. Estoy llena de tanta ira, producto de aquello que me pasó y el aislamiento posterior, que no sé como canalizarla.

—¿Qué me espera entonces, Sara? ¿A que cuando nos ocurra algo vuelvas de nuevo a mí, después de un paréntesis de silencio o desprecio? ¿Cómo puedo ayudarte si no me dejas?

Sara bajó la mirada. Se levantó y dio media vuelta.

—Sigamos andando. A ver si llegamos al pueblo antes del anochecer.

Todavía con algo de luz, pudimos llegar al pueblo de Los Llazos, que era una aldea muy pequeña donde decidimos pasar la noche. No encontramos ningún vehículo, pero al menos dimos con víveres suficientes en un momento en el que ya estábamos muy escasos. Mientras Sara se tumbaba, en el sofá polvoriento del interior de una gran casa de piedra, yo me fui a dar una vuelta por los alrededores. Aunque estaba cansado no me sentí capaz de dormir. Necesitaba pensar un poco. Hasta ese momento no había tenido tiempo o no había querido hacerlo. Ya éramos conscientes de que había más supervivientes de lo que creíamos. El origen de aquella pobre niña asesinada me hacía dar vueltas al asunto una y otra vez. ¿Dónde había encontrado a aquella chica? Juan Luis había mencionado, tras preguntarle, que había estado en el instituto bacteriológico de Santander. De hecho, en el interior del carro encontré más octavillas e incluso una bolsa con el anagrama de aquel lugar. ¿Era posible que la encontrara allí? ¿Quedaría alguien más?

También pensé en el tiempo que llevaría esa chica sufriendo los terribles abusos a los que fue sometida. Me ponía en la piel de ella, pensando en las penurias que tuvo que pasar en la pandemia para que luego, con la buena o mala fortuna de ser una superviviente, se encontrase con un psicópata. Un hijo de puta que tenía que emborracharse para no pensar en lo depravado de sus actos. Un cabrón que, viendo que ese abuso del alcohol le estaba dejando impotente, sólo se podía desahogar a base de golpes. Desde luego no me extrañaba que Sara no sintiera nada por haberlo matado. Yo mismo, de haber visto antes a la chica, lo habría dejado seco. Definitivamente, aquel no era un buen mundo para una mujer solitaria. ¿Cuánto Juan Luis quedaría rondando por ahí afuera?

Sara se acercó y me sacó de mis pensamientos. Se había puesto una fina chaqueta de lana porque hacía algo de fresco.

—Hace una noche muy buena —dijo para romper el hielo—. Cómo se nota que estamos en una zona montañosa. Qué gusto después de pasar tanto calor.

—Se está muy bien. Mira qué claras se ven las estrellas.

Sin contaminación lumínica de ningún tipo nunca me habían parecido tan hermosas.

Sara se sentó a mi lado. No miró al cielo, sino que me estrechó con sus brazos y puso su cabeza en mi hombro.

—Te quiero —susurró.

Le apreté el brazo. Sabía que la costaba mucho decirlo y no quise estropear el momento con ninguna ligereza. Al cabo de unos segundos observó el cielo estrellado. Ahora era yo el que la miraba, fijándome en su pelo, que revoloteaba por la brisa nocturna.

—Después de lo que ha pasado creo que deberíamos acercarnos a Santander. Ya sé que lo hemos discutido, pero ahora creo que es muy importante saber lo que hay allí. Podemos alojarnos en algún pueblo cercano y seré yo quien se acerque. Tú no tendrás que hacerlo. Pero tenemos que ir. Ese tipejo tenía una bolsa de ese instituto. Estuvo allí y puede que encontrase a esa pobre chica en aquel lugar.

—Lo sé —asintió Sara—. Creo que debemos saber qué hay detrás de todas esas octavillas y carteles. Si se pudo salvar alguien más. Pero tienes que prometerme una cosa, Miguel.

—Dime.

—Que siempre estarás a mi lado, pase lo que pase.

La di un tierno beso en los labios, al tiempo que me reconfortaba en su abrazo.

—Te lo prometo.

***

Para ir a Santander lo más rápido era conectar con la A-67, que discurría a unos veinticinco o treinta kilómetros al este de donde nos encontrábamos. A pesar de la relativa corta distancia, era difícil poder acercarnos. Sin ningún vehículo cualquier ruta que escogiéramos suponía mucho esfuerzo. Lo mejor era seguir hacia adelante, con la esperanza de encontrar algo para movernos rápidamente. La carretera que cruzaba las Fuentes Carrionas iba a dar al final con otra que nos llevaría directamente a San Vicente de la Barquera, en Cantabria. De ahí a Santander sólo era cuestión de seguir la línea de la costa hacia el este.

Aquella mañana nos levantamos pronto y continuamos nuestra marcha hacia el oeste, para volver a enlazar con la carretera que habíamos tenido que abandonar. Confiábamos en que, en algún momento, encontrásemos un coche que pudiésemos arrancar. Ya era bien pasado el mes de julio y el calor del día era sofocante, aun en un lugar montañoso como aquel. Sólo por las noches nos lograba aliviar un poco el fresco que se levantaba. Debía estar azotándonos algún cruel anticiclón que hacía que el sofoco fuera mayor de lo que sería normal.

—Para haber acabado de un plumazo con los gases de efecto invernadero no se nota nada —comentó Sara al respecto.

—Una vez leí que si de un día para otro se dejaban de emitir gases de CO2 a la atmósfera no se notaría apenas, ya que habíamos echado antes demasiadas cantidades como para arreglar el problema a corto plazo. La tierra tardaría todavía un siglo, más o menos, en recuperarse totalmente. Seguimos con el calentamiento global, pero al menos sin contaminación. Aunque me preocupa más lo de las centrales nucleares.

—Ya lo pensé una vez —repuso Sara—. Cuando hay problemas los reactores se apagan automáticamente, ¿no es así?

—Si claro. Se apagan porque un ordenador se lo dice, y se encienden si ese mismo ordenador se lo dice también. ¿Cómo se va a encender ahora un ordenador sin electricidad? Si las centrales nucleares no refrigeran sus reactores entonces a saber qué pasará. Algunas explotarán, o como mínimo tendrán escapes radiactivos. Las centrales tienen unos edificios de contención diseñados para evitar ese primer escape, aunque dudo que aguanten muchos años con su carga mortífera en su interior. Tarde o temprano habrá terribles consecuencias. A saber la de “Chernobiles” que habrá por el mundo.

—¿Hay alguna central nuclear cerca de aquí? —preguntó Sara.

—Sé que hay una en la provincia de Burgos, que es la más septentrional. Todas las demás están más abajo, con lo cual ir al norte es una buena opción.

Seguimos hablando de los problemas a los que nos podíamos enfrentar y nos dimos cuenta de que los animales salvajes eran el menor de los peligros. Queriendo pasar a algo más optimista departimos sobre nuestro futuro más inmediato.

—¿Adónde te gustaría echar raíces? —curioseó Sara.

—¿Raíces? No sé si podemos permitirnos eso. Ya sabes que tenemos que llevar una vida

nómada, es nuestra mejor posibilidad de supervivencia. Al menos hasta que podamos dominar la agricultura de subsistencia y hacernos con ganado.

—Podemos quedarnos en algún lugar, como casi empezamos a hacer en el embalse.

—Si se dan las condiciones propicias como allí sí que podemos plantearnos echar raíces como dices. A mí también me apetecería poder descansar como cuando vivíamos en la mansión de Madrid.

—Hablas de eso y parece que ocurrió hace años —sonrió Sara, mientras andaba de manera decidida—. Es que llevamos un viaje que...

Todavía era pronto. Sara tenía hasta ganas de hablar. Yo sabía que cuando esto ocurría era porque no estaba cansada, así que le seguí dando conversación. En el momento en que me contestase con monosílabos, o de forma vaga, entonces lo dejaba porque eso quería decir que se estaba empezando a agotar.

A lo lejos, entre el bosque de robles y castaños, vimos parcialmente la carretera. También se podía observar como resplandecían las chapas de algunos vehículos, bajo el abrasador sol del mediodía.

—Parece que por allí hay una concentración de vehículos —dije señalando la zona—. Debió haber un punto de control o algo parecido.

Tardamos media hora en llegar. Confirmamos que había sido un punto de control militar, aunque muy pequeño. No pudimos aprovechar nada, salvo una máscara antigás que encontramos debajo del asiento del único coche del Ejército que había, y que estaba parado en mitad de la carretera. No había cuerpos de soldados por ninguna parte, tampoco ningún rastro de sus armas. Formando una irregular fila había media docena de coches y un par de camiones. Pero no había ni un solo cadáver, ni en los alrededores. Era como si hubieran huido, incluido los militares.

—A lo mejor se llevaron a esta gente, o al ver que no les dejaban pasar terminaron huyendo por el bosque —supuse examinando el interior de uno de los camiones.

—¿No te parece raro que en las zonas importantes no haya ninguno de esos controles hechos por civiles que repartían octavillas? ¿Por qué no en Madrid y sí en este lugar perdido? No lo entiendo.

—Yo tampoco. Me da a mí que lo de las octavillas fue algo improvisado. Creo que tardaron demasiado en pedir ayuda a la gente. Además, acuérdate de que no eran militares, así que su radio de acción sería más limitado por la falta de medios. Eso me hace pensar que también que actuaron sin el conocimiento de las Autoridades locales.

—Lo mismo no tenían ni el visto bueno del Gobierno —añadió Sara—. Por eso repartían esos folletos en carreteras secundarias, o ponían carteles en poblaciones más bien pequeñas, donde no había presencia militar.

—A saber —dije encogiéndome de hombros.

Sara probó a arrancar todos los vehículos, pero no hubo suerte. Sin perder más tiempo, volvimos a avanzar esta vez por el lateral de la carretera, para evitar internarnos en el bosque. Así podíamos advertir si había algún vehículo que nos pudiese servir, si es que lo encontrábamos.

De vez en cuando divisábamos alguno, cruzado en la carretera o en los arcenes. Casi todos habían sido abandonados por sus dueños, y ninguno arrancaba. Demasiado tiempo parados. O faltos

de combustible. Otros estaban saqueados, sin ruedas o baterías, algo normal en lugares más poblados, pero que aquí llamaban la atención porque no era un lugar con muchas poblaciones cercanas. Todo parecía indicar que la gente que había huido por allí se encontró con esos coches y pensaron que era mejor llevarse algo, por si acaso. Vimos un autobús de línea discrecional repleto de cadáveres, al que no pudimos acercarnos por el horrible olor que desprendía. A pesar del tiempo transcurrido todavía estaban descomponiéndose, con miles de insectos que revoloteaban alrededor. Por las sombras de las ventanas intuimos que el autobús iba cargado con mucha más gente de lo que era normal. Habían huido de la pandemia y esta los acabó matando.

—¿Cómo es posible que todos los que iban en ese autobús murieran a la vez por la pandemia? —preguntó Sara, extrañada.

—No lo sé. Lo mismo tuvo un problema mecánico y se quedaron tirados. Por no salir murieron todos.

Sara me pidió la máscara antigás, para echar un vistazo algo más de cerca, pero sin meterse dentro. Yo me negué al principio diciéndole que no se entretuviera y que teníamos que seguir antes de que anocheciera. Pero ella se empeñó, así que cedí y se la pasé.

Me acerqué todo lo que pude antes de que el intenso olor a podredumbre me revolviese el estómago. Sara, con la máscara ajustada, se acercó con la pistola desenfundada, tal y como le había indicado. Toda precaución era poca.

Observé cómo se iba acercando mientras movía de vez en cuando la mano izquierda para espantar a los insectos. Había tenido la precaución de ponerse un pañuelo en la cabeza para evitar que algún bicho se metiera en su cabello. Poco a poco, se acercaba a la parte posterior del autobús. La puerta trasera estaba abierta, no así la delantera, por lo que podía echar un vistazo sin tener que meterse en el interior. En un momento dado, observé cómo daba un pequeño salto para esquivar algún obstáculo que había en medio, supuse que aceite por el goteo que había en la parte inferior del vehículo.

Sara ya estaba casi al lado de la puerta. Miraba hacia arriba intentando vislumbrar algo por los enormes cristales, pero estos estaban muy sucios y sólo se entreveían las sombras de la gente. Al llegar a la altura de la puerta, vi como intentaba asomarse lo más posible. El nivel de los asientos en esos autobuses era muy alto, por lo que Sara no pudo observar casi nada. Estuve tentado de gritarle que lo dejase, cuando Sara subió un peldaño.

—¿Qué intentas demostrar? —murmuré algo enojado por su cabezonería—. No vas a conseguir nada salvo una imagen dantesca de un autobús lleno de muertos.

Tras unos segundos, Sara bajó del autobús de manera muy precipitada. Tanto que resbaló y cayó al suelo. Me asusté y en seguida empuñé la escopeta, avanzando unos pasos. Al ver que Sara se volvía a levantar, y se dirigía hacia a mí corriendo, me quedé en mi posición.

—¿Qué ha pasado?

Sara se puso frente a mí. Notaba como jadeaba. Se quitó la máscara y respiró profundamente unas cuantas veces.

—Tranquila. Intenta tranquilizarte. No vayas a híper ventilar. ¿Se puede saber que has visto ahí dentro?

Sara empezó a sollozar, al principio desconsoladamente y luego, mientras yo le calmaba, más

despacio hasta que se pudo reponer un poco para poder hablar.

—En los asientos que había justo en frente de la puerta, vi a un hombre tumbado, de espaldas a mí, por lo que no lo pude ver bien. Luego..., me dije que subiría un escalón, dos como mucho y me asomaría. No quería meterme adentro, de verdad. Entonces, cuando subí los dos escalones y me asomé vi... ¡Oh, Dios mío! El pasillo lleno de cabezas, brazos, piernas... ¡Todas cortadas! Cielos, creo que voy a...

Y vomitó.

Le pasé un pañuelo limpio y le di un poco de agua.

—Déjalo Sara. Vayámonos de aquí.

—Espera. Alguien les hizo eso. Hay que...

—¿Qué vamos a hacer, Sara? Están muertos y los que hicieron esa carnicería también lo estarán. No le des más vueltas. Esa pobre gente se topó por el camino con algunos chalados en *fase valle*, nada más. El resto hay que buscarlo en la mezquindad humana. Si piensas en todos los muertos que vamos viendo por el camino al final te afectará demasiado. Hace tiempo que yo no miro los cuerpos. Si lo hago, porque no tengo más remedio, prefiero verlos como lo que son: un montón de *fiambres*. No trates de ponerlos identidades, o pensar dónde vivían, cómo murieron o cómo serían sus vidas antes. Eso se acabó. Es mejor pasar página de manera radical. Recuerda: no dejes que los muertos te miren.

Dimos un rodeo, para no volver a pasar por el autobús. Sara estaba arrepentida por haberse obcecado en explorarlo y llevado por ello un desagradable recuerdo que la acompañaría el resto de su vida.

Otro más.

***

Pasaron varios días desde que conseguimos salir por fin de las Fuentes Carrionas. No fue fácil hacerlo sin transporte, hasta que, en el último pueblo antes de salir de la comarca, Piedrasluengas, pudimos poner en marcha un vetusto tractor, que no era nuestro vehículo soñado pero que, al menos, nos permitió ir más rápido y sobre todo más descansados. A Sara le divirtió mucho conducirlo. Y yo, con tal de ir sentado, podíamos ir en un patín con una almohada pegada.

No tardaría en arrepentirme de decir aquello.

Avanzamos a paso de tortuga hasta que por fin nos hallamos en Cantabria. La hermosa y norteña tierra que iba a poner un punto y aparte en nuestro largo peregrinar, o al menos eso esperábamos.

El paraje en aquella parte era de una belleza embriagadora. Una sucesión de valles y montañas verdes. Con intrincadas y serpenteantes carreteras, que hacían que nuestro viaje se hiciera aún mucho más lento. A lo lejos divisábamos las altas cimas de los Picos de Europa, que percibíamos al oeste y que no tendríamos que atravesar, aunque pasaríamos cerca. Nos reconfortaba saber que era verano y sería menos duro de lo que podría llegar a ser en época invernal.

Habíamos pernoctado en varios pueblos del camino. Todos muy pequeños y en los que pudimos elegir entre varias enormes casas. En aquella carretera no encontramos casi vehículos y en las minúsculas poblaciones apenas hallamos cuerpos. De vez en cuando divisábamos alguno por los

arcenes, o incluso en mitad de la carretera, pero eran casos excepcionales.

—¡Qué lugar más bonito! —admiró Sara, mientras atravesábamos la comarca de Liébana.

Esta estaba situada en la parte más occidental de Cantabria y lindaba con la parte de los Picos de Europa de esa comunidad autónoma. Era un paisaje extraordinario, salvaje y montañoso que cautivaba.

—Hace muchísimos años estuve por la zona de Potes —rememoré—, que está algo más al oeste, muy cerca de aquí y era muy pintoresco. Fue la última excursión que hicimos en compañía de mi padre. Seguiremos en paralelo al río Deva hasta casi su desembocadura en el Cantábrico. Ya verás qué sitios vamos a pasar y verás por qué creo que esta es, para mí, una de las zonas más bonitas de España.

—Vamos a tener tiempo para recrearnos con el paisaje —sonrió Sara—. Porque este cacharro es lentísimo y encima vamos cuesta arriba.

—Esperemos poder cambiar de montura en alguno de estos pueblos.

Decidimos pasar la noche en Frama, que estaba ya muy cerca de la carretera de Potes-Uniquera y que nos pondría ya en ruta hacia nuestra recta final. Elegimos aquel pueblo porque a Sara le fascinó la vista de los Picos de Europa desde allí. Parecía algo mágico con la luz del atardecer. No sé si fue aquella visión evocadora, o el hecho de que habíamos dejado atrás una zona que nos había puesto a prueba, el caso es que aquella noche volvimos a hacer el amor, después de no habernos casi ni besado desde la pasional tarde en aquella laguna del bosque.

Aun así creí que Sara no había superado sus temores. Por lo menos algunos de ellos, porque desde aquel terrible episodio de Juan Luis y la chica, ella se mostraba menos accesible, sentimentalmente hablando. Ella procuraba hacerlo, pero era difícil asimilar que, viviendo en un mundo tan inaccesible y duro como este, y teniendo a una pareja en la que poder apoyarse en los malos momentos, y eran muchos, yo no podía obtener las mismas muestras de afecto que ella recibía de mí.

En el fondo lo consideraba injusto, aunque también era consciente de que no podía hacer mucho más si ella no ponía más de su parte. Creo que ya sabía que mi futuro con Sara iba a ser así y que no podía esperar más que las pequeñas migajas que alguna vez soltaba, normalmente en los momentos más.

Con aquellos pensamientos me pasaba buena parte del día, mientras iba de "paquete" a bordo del tractor, algo por otra parte muy incómodo. Una vez que se me había pasado el cansancio de los días de *trekking* por los bosques palentinos, ahora me empezaba a agobiar ir en el tractor, pensando a veces en bajar e ir a pie. En las cuestas arriba se iba más rápido. Pero como a Sara lo de andar le gustaba más bien poco, y sobre todo viendo lo relajada que iba al volante, me hacía desistir de mi idea de dejar el maldito cacharro y seguir andando.

Mi deseo se cumplió nada más tomar la carretera de Potes cuando el tractor, con una monumental humareda que salió del motor, se detuvo para siempre. Se quemó subiendo a tope de revoluciones por aquellas cuestas. Sara se disgustó mucho y a punto estuvo de intentar repararlo. Tras explicarle que, en ese tiempo que íbamos a perder, probablemente en vano, podíamos intentar encontrar otro vehículo según avanzásemos.

Yo quería haberle enseñado el pueblo de Potes, que había sido muy bonito, y que no estaba a

más de unos pocos cientos de metros yendo hacia atrás en la carretera. Pero esta se había enfadado por volver de nuevo a tener que patear los caminos y no quería saber nada de turismo.

—Olvídate de ver pueblos —me reprochó Sara, con una inusitada dureza en su voz—. Se nos acaban las provisiones y tenemos que buscar un coche.

De nuevo empezamos a andar, siguiendo la N-621 que tenía algo más de tráfico disperso. Incluso vimos alguna pequeña ZCC por el camino. Una especie de campamento en un gran prado, con restos de tiendas de campañas militares. El olor que todavía emanaba de allí nos hizo pasar de largo. Parecía una especie de centro de acogida de contagiados. A lo largo de todo aquel largo camino no habíamos vuelto a ver ninguna octavilla o carteles de los *bacteriólogos*, como ya llamábamos a los integrantes que habían repartido esos avisos en otros lugares anteriores.

Sara me hizo saber que necesitaba descansar un par de días. Le acababa de venir la regla y se sentía destrozada por no poder continuar con el tractor. Para no perder tiempo buscando una morada provisional escogimos la primera casa rural que encontramos al paso. Preferíamos estos establecimientos a una residencial, porque solían ser lugares cuidados y provistos de todo. La localidad era el poblado de Aliezo que como la mayoría de poblaciones de la zona, eran unas aldeas muy pequeñas que siempre habían estado escasamente pobladas. La casa tenía unos bonitos balcones de madera, al estilo de la comarca, siendo muy amplia y acogedora. Encontramos al dueño de la misma apoyado en la mesa de la cocina, muerto por sobredosis de barbitúricos, a juzgar por la enorme cantidad de los mismos que había por toda la estancia. Con paciencia, logré sacarlo al exterior al otro lado del vallado de madera que rodeaba todo el recinto.

Mientras Sara se quedaba en la casa, preparando la habitación, me fui al exterior con la escopeta de caza y los cuatro cartuchos que quedaban, con intención de cazar algo. Esperaba que un conejo o un ave acuática, ya que la ribera del río Deva se encontraba a escasos metros. También echaría una ojeada al pueblo, para ver si había suerte y daba algún coche para así dar una alegría a Sara.

Como las distancias entre los pueblos eran mínimas decidí desandar un kilómetro y ver Potes como había planeado al principio. Recordaba este pueblo de aquella primera vez hace muchos años y seguía igual. Al haber sido un sitio muy turístico era un asentamiento algo más grande y eso equivalía a más oportunidades de encontrar algo provechoso. Me adentré en sus calles, atravesando los hermosos puentes de piedra sobre el Deva. Llegué a la Torre del Infantado, que había sido sede del Ayuntamiento. Encontré varias casas rurales estupendas. Si hubiera tenido teléfono hubiera llamado a Sara para cambiar de alojamiento.

"Seguro que protestaría", me dije.

Acto seguido me arrepentí de pensar aquello. Esos eran pensamientos poco positivos sobre ella y eso no era bueno. Pero era porque me sentía poco querido y eso me ponía a la defensiva.

"A ver si ahora te vas a desenamorar", pensaba sabiendo que no era posible.

Paseando por las callejuelas me olvidé del tiempo. Y sin sacar nada provechoso para nuestra supervivencia. Tuve que concentrarme en la búsqueda. Observé varios perros pequeños que correteaban pero no vi ninguna ave, que era mi principal objetivo. Viendo que no hacía nada de utilidad decidí regresar.

Como temía, Sara no entendió que hubiese vuelto a Potes y se puso a llorar. Demasiado excesivo para aquella nimiedad. Lo achaqué a la venida de la regla. Tuvimos una cena fría, casi en

silencio, tras la cual nos acostamos en la habitación que Sara había preparado con dos camas separadas. Era curioso que esa habitación fuera la única de toda la casa con camas separadas. Yo sabía que por su estado no íbamos a poder hacer nada, pero el detalle no me gustó sabiendo lo que me agradaba dormir juntos. Lo que no me esperaba fue la que montó Sara cuando se lo comenté. Empezó con un berrinche diciendo que por qué la criticaba cada cosa que hacía mal, cuando no lo había hecho nunca, terminando con una especie de sentencia.

—¿Qué nos pasa, Miguel?

Aquello me dejó descolocado porque aunque los últimos días habíamos estado algo distantes, creí que ya habíamos pasado el bache.

—A mí no me pasa nada, Sara. Creí que ya habíamos hablado de esto. Soy yo quien no sabe lo qué te ocurre. Estás un día tan contenta y al otro no me diriges casi la palabra. A veces no sé a qué atenerme. Sólo cuando te levantas y sonríes sé que será un día bueno, pero como lo hagas sin decir nada... Hoy parece que es uno de esos días. Por eso, ¿qué te pasa a ti, Sara?

Ella me miró sorprendida ante mi respuesta. Por un momento se quedó sin saber qué decir. Luego se dejó llevar por el pesimismo y los pensamientos tortuosos que llevaba dentro.

—No sé, Miguel. Estoy cansada. Sé que te quiero y deseo estar contigo, pero cada vez que me levanto con ganas de empezar bien un nuevo día otra vez volvemos a ponernos estas odiosas mochilas y las botas para volver a salir a buscar algo. Hacia el final de un camino que recorremos sin saber adónde. Parece como si a ti sólo te importara ir a buscar a alguien más a Santander. Como si no fuera lo suficientemente buena para que decidas dejar eso y quedarnos en algún lugar.

Hubiera sido muy fácil ceder, pero estaba cansado de ser yo el que lo hiciera siempre. Así que me negué a decir nada más y me fui a acostar tras una escueta despedida. Sara se quedó en el salón, llorando en silencio durante unos minutos. Al cabo de un rato, la oí subir por las escaleras y entrar en la habitación. Para mi sorpresa, porque hubiera jurado que me iba a decir algo, se tumbó en su cama.

Así pasamos la noche. Ninguno de los dos pudo dormir mucho. Cerca del amanecer, Sara se sentó en mi cama y me dijo que quería hablar conmigo.

—Supongo que tampoco habrás dormido mucho. He estado pensando y he llegado a la conclusión de que tienes razón. El problema soy yo. Creo que debemos darnos un tiempo. No, no digas nada, deja que termine. Nuestra relación ha sido muy rápida. En poco tiempo nos enamoramos y nos casamos, o al menos hicimos unos votos de amor. Pero yo no puedo huir de mi pasado, de mis traumas y mis problemas. Has intentado ayudarme, cosa que te agradezco, pero no creo que esa sea la forma de hacerlo. Cuando parece que empiezo a levantar cabeza me derrumbo al día siguiente. Y siempre llego a la misma conclusión: necesito descansar. Necesito tiempo para mí misma, ordenar mis pensamientos y mis prioridades. Aunque no lo creas la principal eres tú, por mucho que pienses que no te quiero como tú a mí. Pero no puedo dedicarme a ti como yo quisiera cuando yo misma estoy tan confusa.

—¿Crees que separándote de mí lo vas a arreglar? Soy el único que te puede ayudar, si me dejas.

—Esto es algo que se curará con tiempo. Aunque suene paradójico, necesito que te vayas para poder ayudarme. Escúchame, no te digo que no volvamos a vernos, eso no podría resistirlo. Ve a

Santander y después vuelve aquí. Yo te esperaré. Para entonces espero haber arreglado mis problemas.

—¿Y si no es así? ¿Y si vuelvo y sigues igual? ¿Otra vez tendré que marcharme? Si quieres que nos quedemos a vivir aquí lo hacemos. Sin problemas, a mí me encanta esta comarca.

Sara agachó la cabeza.

—¿Por qué no quieres entenderlo, Miguel? No es cosa de que no te quiera. Simplemente es algo que tú no puedes arreglar, por mucho empeño que pongas. ¡Yo soy la única que puede hacerlo!

—Bien, me lo has dejado bien claro y no te voy a molestar. Si lo crees así me iré esta misma tarde —afirmé herido en mi orgullo, con una aprensión tremenda por algo que creía que era un tremendo error.

—Por favor, Miguel. No te vayas así. No con la sensación de que has fracasado o que te estoy echando. Quiero que estemos juntos, pero a su debido tiempo. Ahora no podría hacerte feliz. Si continuamos juntos, a la larga terminarías por odiarme.

Me vino a la mente aquellos pensamientos poco positivos y tuve que reconocer que podía tener razón. Aún así, no soportaba la idea de separarme de ella.

—Si me voy, ¿qué pasará contigo aquí sola? Ya has visto la de peligros que hay. Algún día te puedes encontrar con un Juan Luis que vague por aquí, o con osos, lobos... ¿Lo has pensado?

—Te olvidas que resistí más de dos meses viviendo sola. Ahora, gracias a ti, sé manejar las armas y buscar por las casas. No me da reparo explorar. Conseguiré nuevas armas, provisiones y lo que haga falta. Ten por seguro que cuando vuelvas, aquí estaré.

Así, de tan inesperada manera, me vi ordenando de nuevo mi mochila, con una congoja que no había sentido ni en los tiempos de pánico de la pandemia, cuando la Humanidad se fue a la mierda. La única cosa por la que merecía seguir viviendo en este mundo me echaba de casa. Era un jodido triste con un buen epílogo para una vida acorde. La única mujer que seguramente había sobrevivido en el mundo me acaba de echar de su lado. Desde luego, Sara necesitaba afrontar sus problemas pero yo me quedaba también con los míos.

Decidí cederla todos mis cargadores de pistola, excepto uno. Al menos tendría munición de sobra hasta que pudiera hacerse con más. Le dije que, si por cualquier causa tenía que marcharse de allí, dejara una nota indicando por dónde había ido. Que por los Ayuntamientos de cada pueblo, o iglesias en su defecto por los que pasara, dejase notas comentando sus últimos movimientos.

—Hace poco te prometí que nunca te dejaría —la recordé, acariciando sus cabellos. Todavía sin poder creer que todo aquello estuviera pasando.

—Te libero de esa promesa hasta la vuelta —dijo Sara cuando nos despedimos.

—¿Y si me ocurre algo? ¿Podrás vivir con esa incertidumbre?

—Si al cabo de un año no has vuelto, saldré a buscarte. Te lo prometo.

¿Tanto tiempo necesitaba? Se me cayó de nuevo el alma a los pies. Nos besamos y nos quedamos abrazados unos segundos.

—Lo siento —dijo Sara. Tenía lágrimas en los ojos—. Aunque no lo creas te quiero muchísimo y es por eso por lo que tengo que hacer esto.

No añadí nada más. Tras ponerme la mochila a la espalda, y ajustar bien la escopeta de caza, salí al exterior. Después de mirarla por última vez, me dirigí en solitario hacia el norte.

SEÑOR R

***

Mil veces estuve tentado de dar la vuelta para volver con Sara, para suplicar que me dejara estar a su lado. Y mil veces volvía a la misma conclusión. No podía hacerlo, al menos de momento. Aunque dudaba de que una separación pudiera arreglar algo, si ella lo deseaba así no podía forzar la situación. Ella ya sabía mi opinión al respecto. Seguir discutiendo no hubiera hecho más que empeorar las cosas. Quizás, en un futuro no muy lejano, pudiéramos volver a estar juntos. Si sobrevivíamos a aquel mundo.

Por lo pronto me di cuenta de lo que la echaba de menos. Tenía que reconocer que me había acostumbrado a su compañía. Había pasado de tener una vida plena a una situación peor que antes de la pandemia. Al menos, en aquella época, no tenía nada ni remotamente parecido. Estaba satisfecho con mi triste vida porque no había conocido la felicidad. Con Sara había alcanzado mi plenitud, mi techo en la vida. Al perder eso, no sólo volvía a mi estado solitario, sino que era una etapa de melancolía y tristeza sin igual, consciente de haber tocado el cielo y haberlo perdido.

La primera noche fue la peor. La casa en la que pernocté se me hacía enorme, oscura y fría. Sin posibilidad de consuelo. Ese calor que irradiaba el cuerpo de Sara me había tranquilizado en muchas noches así. En ese momento, no tenía ni al pobre *Zas* como compañía. Me preguntaba si ella sentiría las mismas sensaciones. Supuse que si, o al menos me consolaba pensando que así era.

La última lata de conserva que me quedaba se me atragantó a los pocos bocados, por la angustia de verme en aquella situación. Una y otra vez, su rostro, cuerpo, movimientos, risa, ojos..., todo se me venía a la mente. Las maravillosas situaciones que habíamos vivido juntos, los besos, las caricias... No era de extrañar que aquella noche, a pesar de que en la anterior no había dormido casi nada, la pasé también casi en blanco. Lloroso y triste. Me levanté antes del amanecer, como queriendo escapar de allí, de aquellos infaustos recuerdos. A los pocos pasos me puse a llorar de forma desgarradora hasta que poco a poco me fui calmando. Comprobé que a pesar del sufrimiento había sido una buena terapia.

No volvería a llorar más por aquello.

Aunque estaba cansado, por no haber dormido apenas en los últimos dos días, me obligué a andar. Me costaba avanzar por tan empinadas cuestas. La carretera discurría por hermosos parajes, pero muy duros de atravesar a pie. Por lo pequeños pueblos que iba cruzando trataba de reponer mis exiguas provisiones. La salida tan precipitada no me había permitido pensar en lo que me hacía falta. Apenas tenía comida, ropa o munición. Un cargador con quince balas de nueve milímetros para la pistola y cuatro cartuchos de postas del calibre doce para la escopeta. Eso era todo.

El río Deva, que discurría paralelo de forma continua a la carretera, ponía la banda sonora con el suave murmullo de sus aguas. Me consolaba pensando que agua no me faltaría. Todavía me quedaban algunas pastillas potabilizadoras de las raciones de combate, aunque la calidad del agua del río parecía excelente.

Me fabriqué un bastón de montaña con una gran rama que encontré en el arcén. Necesitaba apoyarme a cada paso ya que el cansancio se empezaba a notar y a veces, producto del mismo, tropezaba con mis propios pies. Debía encontrar un lugar donde detenerme a dormir. A ambos lados de la carretera aparecían las paredes montañosas que anunciaban la entrada en un desfiladero.

Según un cartel se trataba del Desfiladero de la Hermida. Incluso había anunciado un balneario a pocos kilómetros. Ahí podría encontrar un buen sitio donde derrumbarme.

Fue entonces cuando escuché los gruñidos. Me di la vuelta. A lo lejos, por la carretera por donde había pasado, subían detrás de mi rastro, media docena de figuras caninas. No sabía si eran lobos o perros asilvestrados, pero eran una gran amenaza. Más en mi estado con tan pocas municiones. En seguida me deshice del palo y tomé la escopeta. Empecé a apretar el paso antes de que los animales me vieran. Si me rodeaban tendría muchos problemas, así que decidí desviarme hacia la derecha, en una indicación que señalaba el pueblo de Piñeres a unos quinientos metros, que era el más cercano puesto que el balneario todavía me quedaba lejos y, seguramente me atraparían por el camino. Tenía que atrincherarme en alguna casa. La primera que encontrara.

Tomé el desvío, echando un rápido vistazo hacia atrás. Debido a las curvas de la carretera no logré divisar a mis perseguidores, pero los escuchaba gruñir o pelearse entre ellos. Se estaban acercando.

Corrí por el pequeño camino de subida que me estaba matando de cansancio. Resoplaba como un condenado, empezando a sudar y a angustiarme. A los lados del camino había un hayedo muy denso que ocultaba muchas sombras. Me detuve porque estaba a punto de reventar. Me apoyé en el cañón de la escopeta mientras miraba hacia atrás. Oía a los animales aunque no los podía ver. Me levanté con esfuerzo y preparé la escopeta. ¿Dónde demonios estaban?

Me di cuenta de que no venían por la carretera, sino por el mismo hayedo.

Se desplazaban por los flancos. Me sorprendió su inteligencia de cazadores.

Reparé en varios que se movían por la espesura de los numerosos helechos que alfombraban el hayedo, tanto a la izquierda como a la derecha. Me iban a tender una trampa. Uno de los animales se dejó ver.

Eran lobos.

No podían ser perros los que habían organizado esa estrategia. Además, yo debía parecer más estúpido que sus presas habituales por haberme dejado atrapar así.

Disparé al lobo más cercano, aunque todavía demasiado lejos como para hacer un disparo certero con un cartucho de postas. A pesar de que no lo alcancé, el animal se asustó y se metió de nuevo entre la espesura. El viento sacudía las hojas con un silbido fantasmal.

Avancé de nuevo con paso ligero. Los lobos avanzaban en paralelo, sin dejarse ver más que lo suficiente para que yo supiera que estaban ahí. Al fin pude distinguir las primeras casas del pueblo.

Ahora venía lo complicado. Intentar meterme en la primera vivienda que pudiera sin tener que soltar el arma y con los lobos acechándome.

Para llegar hasta allí debía adentrarme por un campo sin apenas árboles, lo que obligaría a los animales a salir de su escondite. Eso suponía que los podría tener más a tiro, pero también que aquella falta de escondite los hiciera atacarme de una vez por todas. Y todos a la vez. Eran unos doscientos, o doscientos cincuenta metros, los que me separaban del pueblo.

Corrí todo lo que pude por aquel polvoriento camino. Los lobos también salieron del hayedo y a los pocos segundos ya los tenía rodeándome. Había llegado a la pequeña carretera local que atravesaba aquella zona. Desde allí al pueblo sólo me quedaban menos de cien metros. Pero ahora estaba rodeado. Me parapeté detrás de una señal de tráfico y disparé al lobo que tenía más cerca.

SEÑOR R

Este dio un salto al ser alcanzado. Herido de muerte intentó huir, quedándose en el sitio a los pocos metros.

Los demás se alejaron muy asustados. Eso me salvó porque no había recargado la escopeta. Cuando lo hice fui consciente de que eran mis últimos dos cartuchos. Los lobos se encontraban a medio centenar de metros, observándome. Aproveché el momento para hacer un último *sprint*.

Las primeras casas que observé a mi izquierda quedaban en mala situación para poder acceder a alguna. Con la velocidad que traía creí conveniente meterme en la primera que tenía de frente. Me detuve en la puerta. Con la culata de la escopeta intenté reventar el picaporte, sin conseguirlo. Los lobos me seguían, pero sin correr. Iban más cautelosos. No intentaron atacarme cuando me metí en el jardín de la casa, ni cuando me metí por una de las ventanas que estaba abierta. Se quedaron afuera, mirando a la casa. Eran conscientes de que tarde o temprano tendría que salir.

Los lobos habían montado un asedio en toda regla.

***

Casi empecé a pensar que aquellos lobos tenían algo personal contra mí. Quizás al principio me hubieran visto como un trozo de carne más, pero al matar a uno de sus compañeros es posible que sintieran deseo de darme caza por venganza. Dudaba que aquellos animales, en teoría irracionales, pudieran albergar esa clase de sentimientos. Eran listos, porque eran depredadores sociales, pero no podían serlo más que yo.

Me pasé las siguientes dieciocho horas durmiendo en la primera cama que encontré. Caí en ella con lo puesto levantándome de la misma guisa. El sueño que no había podido disfrutar en los últimos días me tumbó de golpe. Después de levantarme con la boca reseca y un buen dolor de espalda, me sobrevino un hambre feroz.

Busqué en mi mochila y no hallé nada mejor que una lata de atún, que me duró escasamente tres bocados. Inspeccioné a conciencia aquella casa. Era grande, de dos plantas y un salón más que generoso. No había nada comestible. Lo poco que había estaba en unas condiciones lamentables. Dentro de la nevera parecía que había un perro muerto, a juzgar por el nauseabundo olor que salió de dentro cuando la abrí. Miré por la ventana con la esperanza de que los lobos se hubieran ido después de tantas horas de espera. Pero seguían allí, dormitando, recorriendo la zona, acechando... Su visión me enfureció. El hambre y la desmoralización que llevaba desde la separación de Sara, me hizo abrir la ventana y gritar a los cánidos. Estos, de forma instintiva, dieron un salto sorprendidos por mi enérgico despertar. Varios de ellos corrieron hacia mí. De no haber estado atento se hubieran colado por la ventana. Asustado, la cerré de nuevo. Los oía gruñir bajo la misma, como retándome a volver a hacer lo mismo.

Durante el ataque había contado seis lobos; uno de ellos había muerto por mi disparo, por lo que en teoría quedaban cinco. Por el contrario, me quedaba un cargador de pistola y un solo cartucho de la escopeta. Tenía que andar con pies de plomo si me enzarzaba con ellos. No podía desperdiciar ni una sola bala. Necesitaba un arma contundente como plan B: un cuchillo o algo que pudiese utilizar en un hipotético cuerpo a cuerpo.

En la cocina había cuchillos, pero todos de mesa, demasiado pequeños para empuñarlos con ánimo ofensivo. No había casi nada en la cocina. La casa tenía pinta de haber sido saqueada por los

propios inquilinos, que huyeron de la pandemia a saber adónde. Y con ellos la mayoría de las cosas útiles. Sólo encontré una vieja garrota, hecha a mano, que por sí misma podía ser una buena base. En un golpe de lucidez añadí al extremo recto del bastón uno de los cuchillos de mesa de cortar carne. Eso le daría el toque necesario para ser más ofensiva. Utilizando la siempre socorrida cinta aislante logré darla un aspecto homogéneo y consistente. Sujetándola y atacando con dos manos podía ser letal. Fiel a mi tradición de bautizar las cosas que iba descubriendo decidí llamarla *quitapenas*, en homenaje a mi abuelo que llamó así a su garrota durante muchos años.

¿Qué sabía yo sobre los lobos a parte de lo comúnmente sabido? Eran animales sociales, cazadores nocturnos, corredores de fondo infatigables, animales con una jerarquía muy rígida, y... poco más. Ignoraba qué táctica usaban para cazar, aunque por lo vivido parecía que eran unos magníficos depredadores capaces de tender trampas. La última vez que me las vi con ellos fue encaramado a un tejado y con un fusil de francotirador. Ahora lo tenía mucho más difícil porque, a pesar de que eran menos, no disponía de aquella fantástica arma. Si quería vencerlos tendría que exponerme.

Si no hubiera sido por el hambre que me atenazaba habría resistido algo más. Pero llevaba casi dos días sin probar más que una minúscula lata de atún. Tenía que hacer algo pronto, ahora que todavía conservaba las fuerzas. Un día más y podría correr el riesgo de sufrir una hipoglucemia. Los lobos, por contra, parecía que habían comido hacía poco y no tenían tanta necesidad de alimentarse a corto plazo. Era obvio que tenía que ser yo el que diera el primer paso.

Subí a la segunda planta de la casa. Allí miré por la ventana más cercana la siguiente casa. Quizás, si conseguía llegar al otro lado, podría encontrar comida y aguantar más tiempo. Incluso, una vez abierta la ventana, esperé por si alguno de los lobos se situaba cerca para intentar dispararlo. Hice ruido a propósito para alertarlos, mientras preparaba la escopeta con el último cartucho. Pensaba disparar con la escopeta para dejarla sin munición y así no tener que saltar con ella. Intentando así llevarme a alguno por delante. Varios lobos levantaron la cabeza, curiosos por los estridentes sonidos que hacía. Uno de ellos se acercó, mirando hacia arriba donde provenía el sonido. En seguida saqué la escopeta y disparé. La precipitación de mi gesto y el rápido movimiento del animal hicieron que el último cartucho se perdiera sin consecuencias.

Me puse la vacía mochila a la espalda, con la garrota *quitapenas* en su interior, acoplado como pude y sobresaliendo incómodamente por los lados. Revisé la pistola y la monté para dejarla preparada. Agarrado al marco, me deslicé fuera de la ventana. Oteé la casa aledaña que estaba a más de un par de metros. Demasiado para intentar saltar por aquellos tejados inclinados y cochambrosos. Miré a la parte de atrás de aquella casa y reparé en que tenía un pequeño terreno cercado. Si conseguía salir por alguna de las ventanas de la planta baja, de la parte de atrás de la casa, y si lo hacía rápido, era posible salvar la distancia hasta el cercado para saltarlo antes de que los lobos se dieran cuenta. Una vez dentro del terreno los lobos no podrían pasar y tendría todo el tiempo del mundo para meterme en la otra casa. Como siempre, la teoría era más fácil que la práctica, aunque lo veía factible y con muchas posibilidades de éxito.

Bajé al salón. Armé algo de jaleo en la puerta de entrada para que la atención de los lobos se centrase ahí. Con mucho sigilo, abrí la ventana del lado contrario de la casa, después de haber mirado que no había ningún lobo acechando. La *quitapenas*, puesta de mala manera a la espalda,

dio un sonoro golpe con el marco de la ventana, justo cuando salía por ella. Apreté los dientes maldiciendo mi mala previsión. Sin perder más tiempo salí corriendo hacia el cercado.

Eran tres metros de nada, cuatro pasos que me parecieron una eternidad. No había dado ni el segundo cuando vislumbré, por el rabillo del ojo derecho, la sombra de varios lobos que doblaban la esquina de la casa y se metían por la estrecha calle, directos a por mí.

Fui directo al cercado, que era de tablas de madera de mal aspecto. Era más un gallinero que otra cosa, pero fue tal el ímpetu que la adrenalina me proporcionó, que logré asirme a la parte superior de la cerca y tomar impulso justo cuando uno de los lobos cerraba la boca en el aire. Mejor imposible. Y más justo, también.

Los lobos se arremolinaron alrededor de la cerca. No los podía ver y ellos a mí tampoco aunque me olían perfectamente. Había una arcaica puerta hecha también con tablones, por la que se accedía al interior de la vivienda. El olor ya me puso alerta sobre lo que me podía encontrar. En la parte de arriba había dos cuerpos adultos tumbados en una cama de matrimonio. Había una calefacción de gas de las antiguas y por la colocación de los cadáveres, todo cerrado y unos trapos en la parte de abajo de la puerta, comprendí que aquello había sido un suicidio. Cerré de nuevo, porque el olor que había salido de allí casi me hizo vomitar lo poco que tenía en el estómago.

Bajé deprisa a la cocina. Hallé unas cuantas latas de conserva. Mientras comía como un animal, con la mirada fija en la horrible encimera de la cocina, me di cuenta de que había retrocedido de nuevo a los primeros tiempos de supervivencia hacía ya cuatro meses. Había pasado ya de todo y a todo había sobrevivido, pero me sentía tan hundido moralmente que echaba de menos aquellos primeros tiempos, en los que vivía con la satisfacción de creerme el único superviviente.

Echaba tanto de menos a Sara que la idea de volver a empezar de cero se me antojaba imposible. Ahí estaba, rebañando unas cuantas latas de pescado como si fuera un náufrago. Había caído muy bajo y no veía solución alguna.

Miré de reojo la pistola encima de la mesa. Una solución fácil y rápida a todos mis problemas.

—¡Y una mierda! —grité lleno de rabia, negándome a volver a ser aquel personaje autocomplaciente con su asquerosa vida.

En aquellos últimos meses había hecho cosas realmente asombrosas con mi vida. Había conseguido organizarme y sobrevivir en un mundo salvaje y duro. Eso no podía haberlo hecho alguien destinado a volarse la tapa de los sesos.

No sé si fue el haber comido, las endorfinas que segregué entonces o la adrenalina que surgió de mi acalorado pensamiento heroico. El caso es que tomé la pistola en una mano mientras resoplaba con fuerza, híper ventilándome mientras pataleaba en el suelo, dándome valor. Mientras que con la mano izquierda asía la *quitapenas*. Con un grito de rabia me dirigí a la puerta principal de la casa. Sin pensar en absoluto en lo que estaba haciendo y quizás poseído por un ataque de ansiedad o psicótico, debido a la falta prolongada de alimentos o sueño, salí a la calle como un auténtico demonio.

Los cinco lobos, que estaban ya más que alertados por el griterío, se mantuvieron inmóviles unos instantes al verme salir de aquella manera. Apunté como pude con la *Beretta* y descerrajé tres tiros al lobo más cercano, que se desplomó hacia un lado sin ni siquiera haber podido articular sonido alguno. Dos de los lobos retrocedieron, espantados ante los disparos y mis gritos aterradores.

Otro animal se atrevió a atacar por el lado de la *quitapenas*. Tuve el tiempo justo para mantenerlo a raya unos instantes con la garrota y su punta de cuchillo, mientras que lo remataba con la pistola.

Estaba completamente ido, fuera de mí.

El otro lobo que no había huido y se encontraba en el lado opuesto dudó entre atacar o huir. Eso le costó la vida, porque en ese segundo de intervalo le clavé la *quitapenas* en la barriga, por un lateral. El pobre animal, con un dolor insufrible se retorció en el suelo mientras la sangre salía a borbotones de la horrible herida. Acabé con su sufrimiento con otro par de balas. Tras ver que los dos lobos que habían escapado se iban corriendo hacia el hayedo, me puse de rodillas. Fue el momento en el que me di cuenta de la estupidez que acababa de hacer.

Una complaciente sonrisa afloró de mis labios cuando volví a incorporarme.

—Con esto, doy por concluido el asedio.

Agosto

¿Cuánto tiempo había pasado desde que Sara me echó de casa? No lograba recordarlo. Tenía un poco de confusión con la medida del tiempo. Al no tener necesidad de controlar la hora, porque no había quedado con nadie, no tenía que entrar a trabajar a ninguna hora y no me iba a perder ninguna película en el cine, hacía tiempo que había dejado de mirar el reloj. Es más, el bonito y enorme reloj de pulsera que había tenido los últimos años, ni siquiera me lo llevé cuando salí de Getafe. Desde ese día me guiaba más por la luz del sol, como se hacía antiguamente. Más o menos sabía en qué periodo del día estaba. Al no tener en cuenta las horas sólo me guiaba porque era por la mañana, mediodía, tarde o noche. Con eso me bastaba. Solía salir bien temprano. Cuando caía la tarde, aun con tanta luz por estar en pleno verano, me ponía a buscar un lugar donde dormir.

Como no había podido encontrar todavía ningún vehículo seguía andando por aquellas bellas y duras tierras de los Picos de Europa. El terreno, con ascensos y descensos continuos, hacía que no me cundiera mucho lo andado a lo largo del día. A veces, me quedaba uno o dos días en algún lugar, sobre todo si había comida.

Había perfeccionado la *quitapenas* de una manera muy práctica. Como era una excelente garrota me servía como apoyo en las caminatas. Como arma defensiva cumplía bien su misión, ya que en caso de necesidad le acoplaba un gran cuchillo de cocina que había encontrado en una casa, unido con una rodela de metal a la que había puesto dos tornillos en el extremo de la garrota. Era como una especie de bayoneta. En caso de necesidad, metía a presión el mango del cuchillo de cocina, que llevaba acoplado en una funda en el cinturón. En un momento disponía de una especie de lanza o chuzo. No lo había probado todavía con aquel cuchillo, aunque sabiendo la efectividad de la primera versión, no dudé que fuera un arma temible. También era mi única defensa, ya que a la *Beretta* sólo le quedaban cinco balas.

Llevaba unos días entrando y saliendo continuamente de Cantabria a Asturias, por su frontera de los Picos. Siempre siguiendo el ya más que familiar río Deva. Atravesando impresionantes paisajes con desfiladeros, cascadas, bosques de ensueño y pequeños pueblos de montaña. Algunas veces advertía a lo lejos algún que otro caballo asturcón, pero ni se me pasaba por la imaginación capturar alguno para montarlo. Además de que no sabría ni cómo ponerme encima, no tenía silla de montar ni disponía de tiempo para buscarla.

SEÑOR R

Andar no me desagradaba como a Sara, aunque debía reconocer que, después de tanto tiempo caminando, estaba empezando a cansarme de verdad. Tampoco disponía de demasiadas provisiones, de ahí que, por cada pueblo que pasaba hacía una inspección en busca de algún vehículo susceptible de poder ser utilizado. Una vez hasta casi conseguí arrancar un Seat Ibiza de los antiguos. Era difícil dar con uno, porque los coches debían cumplir varios requisitos. Que no tuvieran *bicho* dentro, es decir cadáver o cadáveres de sus antiguos dueños, que no estuvieran estropeados demasiado y que tuvieran las llaves porque yo no sabía hacer un puente. Solía buscar los garajes de las casas, donde había más oportunidades de encontrar un vehículo así.

Hubiera seguido andando si no llega a ser por la casualidad. En la parte asturiana, en la unión del Deva con el río Cares, encontré en una casa de las cercanías del pueblo de Panes, un *scooter* semi escondido. Quizás el dueño creyó que volvería pronto a su casa y por eso ocultó la pequeña moto detrás de un mueble del salón, tapada con múltiples mantas y sábanas. No me extrañaba, porque la moto era nueva y arrancó a la primera. Una *scooter* de 125 cc. Pequeña pero ideal para alguien como yo, que nunca había montado en moto. Una Honda *Scoopy* de las miles que se solían ver por las ciudades. Una motillo con ruedas grandes y cambio automático. Quizás tenía poco motor para ir de viaje, pero desde luego era mucho mejor que ir andando. Aunque fuera a poca velocidad por aquellas cuestas me era más que suficiente. Encontré las llaves y el casco integral. Por medio de unos ganchos pude colocar la mochila en el pequeño transportín trasero. Debajo del asiento estaba el cofre porta cascos que utilicé para guardar más provisiones. Haciendo un poco de bricolaje casero añadí una especie de forro para la *quitapenas*, hecha con una funda de raqueta de tenis apañada con cinta aislante, para poder llevarla en vertical y a mano.

No me costó mucho hacerme con el manejo de la pequeña moto. Básicamente era un ciclomotor con más motor y detalles de moto grande, como frenos de disco en ambas ruedas. Me notaba cómodo, a pesar de la escasa protección contra el aire que daba la exigua pantalla parabrisas. Aún así, logré empezar a avanzar y a cundir el tiempo en la carretera. En sólo un día de viaje avancé más que en todos los anteriores andando, llegando al fin a la Autovía del Cantábrico, que debía llevarme a Santander.

Tal y como había temido, la autovía estaba muy congestionada de vehículos, así que opté por ir por la carretera nacional, que discurría en paralelo y que se metía por las poblaciones costeras. Aunque también tenía mucho tráfico, iba algo mejor que la otra y con la *scooter* me di cuenta de la impresionante forma de sortear obstáculos que suponía moverse en moto. Donde con un coche era imposible pasar, con la moto cualquier resquicio servía. De una manera rápida y cómoda solventaba cualquier obstrucción en la vía. Sin duda era el mejor vehículo que había encontrado desde hacía meses. Una simple motocicleta urbana.

Decidí buscar un lugar donde alojarme en la pintoresca localidad cántabra de San Vicente de la Barquera. Por primera vez, en mucho tiempo, volví a ver el mar.

La sensación que tuve al vislumbrarlo desde la carretera fue de enorme satisfacción. De haber conseguido llegar de alguna manera a la meta. Aunque todavía no sabía que haría tras cruzarla. Fue un momento único en el que sólo lamenté que Sara no hubiera estado allí para poder disfrutarlo juntos.

Como no iba a estar más de una noche por allí me metí en la primera casa que encontré sin

bicho y con una buena cama. Aprovechando que había llegado en plena bajamar pude percatarme en las numerosas embarcaciones de dentro de la ría de San Vicente que quedaban varadas en la arena, a la espera de la pleamar para volver a reflotar.

Me levanté muy temprano, con ganas de llegar de una vez a Santander. Decidí dejar la carretera nacional para arriesgarme a ir por la autovía del Cantábrico. Mi confianza en las posibilidades de la *scooter* para sortear los numerosos vehículos me hizo tomar esta decisión. Sería un viaje más rápido ya que no pasaría por todos los pueblos de la costa. Era menos bonito pero con la ventaja del tiempo que ahorraría.

La A-8 o Autovía del Cantábrico tenía muchos más vehículos que la nacional, pero podía moverme con relativa facilidad entre ellos. A diferencia de las autopistas madrileñas esta no estaba totalmente colapsada, excepto alguna que otra ZCC ocasional. Aunque la distancia hasta Santander no era muy grande, de unos treinta o cuarenta kilómetros, no podía ir a mucha velocidad por lo que tuve que hacer una parada a pasar la noche en Torrelavega, antesala de la capital cántabra a la que llegaría al día siguiente.

***

Salí de Torrelavega algo más tarde de lo habitual. El cansancio acumulado y cierto nerviosismo por lo que me podría encontrar en Santander, hizo que mi sueño no fuera reparador. Antes de salir de la ciudad logré hacerme con más cargadores de balas de nueve milímetros para la *Beretta,* en el cuartel de la Guardia Civil de la localidad. No muchos, apenas tres, ya que el lugar estaba arrasado. Varios cuerpos de guardias acribillados a balazos me reafirmó en mi sospecha de que allí había habido un asalto. Por lo menos, esos pocos cargadores me permitirían algo más de margen en caso de un hipotético enfrentamiento.

Echando de menos mí equipo parapolicial de Madrid, me dirigí a la capital cántabra. Llevaba un mapa de la ciudad por lo que no esperaba tener muchos problemas en localizar la calle del instituto bacteriológico.

Los arrabales de la ciudad de Santander, entrando por la Autovía del Cantábrico, estaban colapsados de vehículos. El intento de salir de la ciudad, o de querer entrar por parte de otros, había dejado los principales accesos y calles aledañas, atiborradas de chatarra con cuerpos en descomposición por doquier. Nada nuevo bajo el sol, por otra parte. Apreté los dientes al darme cuenta de que sin la máscara NBQ iba a tener que sufrir de nuevo aquel desagradable y familiar perfume de la muerte. Con la *Scoopy* pude ir atravesando, más mal que bien, los obstáculos de la Autovía, hasta que llegó un momento en que necesité salir a la ciudad e intentar avanzar por las calles.

Por la Bajada de San Juan pude meterme en la amplia avenida de Los Castros, que atravesaba la ciudad, y que me dejaría muy cerca de mi objetivo.

Decidí renunciar a la moto y seguir andando, para que el ruido de esta no despertase la atención de los posibles supervivientes que se hallaran en el instituto. En la Avenida de la Reina Victoria, frente a la playa del Sardinero, la oculté en un portal a cubierto de la intemperie. Con la *quitapenas* como bastón y la pistola cargada, montada y en su funda, me fui directamente al Paseo de Pérez Galdós, donde debía estar el instituto. Por dicha Avenida de la Reina Victoria fui andando

tranquilamente, mirando a mi derecha el mar cantábrico, que estaba muy calmado aquel día. El cielo se estaba empezando a cubrir de nubes procedentes del mar, que aunque no amenazaban lluvia velaban la luz del sol y contenían un poco la elevada temperatura veraniega, inusualmente alta para aquella zona.

La carretera de aquella avenida estaba muy poblada de vehículos, aunque no había ninguno militar donde poder proveerme de equipamiento o armas más potentes. Al cabo de un rato giré para meterme en el Paseo de Pérez Galdós, con el corazón empezando a palpitar aceleradamente en mi pecho. Hubo un momento en el que me detuve a respirar a fondo para intentar calmarme. Por la mente se me pasó la idea de darme la vuelta y dejar aquello, pero por obstinación decidí seguir. La característica algarabía de las gaviotas y el alegre piar de los pájaros eran los únicos sonidos que había en la ciudad, junto con las pequeñas olas que rompían en la playa. Aunque venía de una ciudad tan grande como Madrid todavía me impresionaba aquel extraño y aterrador silencio humano en medio de aquellas murallas de cemento.

Desde la playa de la Magdalena se veía el Puntal y una maravillosa vista de la bahía de Santander. Había multitud de pequeñas embarcaciones por todas partes, muchas de ellas no estaban aseguradas y flotaban a la deriva. A algunas se las podía ver varadas por el Puntal, otras colisionadas con los muelles u otras embarcaciones. Me llamó la atención la enorme figura de un buque de pasajeros que estaba anclado en medio de la bahía.

Lo primero que vi, al acercarme por el Paseo al instituto de los *bacteriológicos,* era que había un carril completamente despejado. Lo achaqué a la labor de los militares, como en otras tantas ocasiones, habilitado gracias a los carros de combate. A diferencia de aquellos, hechos de malas maneras, aplastando todo a su paso, incluso con gente en el interior de los vehículos, este estaba hecho a conciencia. Los vehículos apartados estaban colocados a los lados, sin ningún cuerpo en el interior de ellos. A decir verdad, no hallé ningún cadáver en todo lo que llevaba recorrido del Paseo y buena parte de la anterior avenida. Era como si lo hubieran limpiado. De hecho, no había ningún olor a parte del característico aroma a salitre del cercano mar.

Llegué a la entrada de la verja del instituto.

Era más pequeño de lo que había imaginado. Dos bloques de cuatro plantas cada uno, formando una especie de L, en cuyo interior había un parking al aire libre con unos cuantos coches y motos aparcados. De aspecto más bien modesto, parecía más una clínica que un centro de investigación. A un lado había un jardín con un frondoso césped natural y un camión de gas natural situado en la parte de atrás. Había un cartel en la entrada, plagado de caóticos grafitis, del que apenas se veía algo de lo que ponía.

Di unos cuantos pasos hacia el interior del recinto, pasando la valla y la pequeña garita de seguridad que tenía la barrera levantada. Todo parecía muy limpio y despejado. Parecía que por allí no había pasado la pandemia o los saqueos. Me quedé un rato inmóvil frente a la entrada, agarrando la *quitapenas* de manera nerviosa y mirando la fachada en busca de cualquier indicio de que estuviera habitado. No sé por qué pero grité un ¡Hola! que me sonó a mí mismo demasiado atronador. Al segundo me arrepentí de haber hecho eso porque perdía el efecto sorpresa. De todos modos, si había alguien debían saber que mis intenciones eran buenas al haber anunciado mi llegada.

SEÑOR R

Cuando estaba a punto de dar un paso, para entrar en el edificio, escuché el ruido de una ventana cerrándose de golpe. Alcé la vista pero no conseguí descubrir nada. Mi mano se fue a la pistola, aunque no llegué a desenfundarla. Unos cuantos sonidos sin identificar resonaron en el interior, hasta que se oyó nítidamente:

—¡Joder! ¿Dónde coño está Alberto?

La doble puerta de la entrada se abrió de par en par y tres personas, armadas con fusiles de asalto del Ejército, salieron al exterior: dos mujeres y un hombre. Este fue el primero que habló.

—¡Oye! ¡Seas quien seas haz el favor de tirar tus armas al suelo!

Aquel *haz el favor* me previno de que no debían ser unos descerebrados. Intenté parecer conciliador.

—Tranquilos. Vengo sin mala intención —intenté calmarlos. Tiré la *quitapenas* al suelo y me desabroché el cinturón, que cayó al suelo. Antes de que me lo ordenaran, las di una patada para alejarlas de mí.

Fue entonces cuando noté como alguien, por detrás, me ponía el cañón de un arma en la cabeza.

—Ni se te ocurra hacer un gesto hostil, amigo. O te dejo seco —amenazó un hombre a mi espalda, con una voz nerviosa y profunda.

Alcé las manos en señal de rendición. Me pareció un poco exagerado aquel despliegue, pero a saber qué problemas tuvieron para ser así de precavidos y ofensivos. Quizás algún otro superviviente les dio problemas.

—Me llamo Miguel. Vengo de Madrid. En el camino encontré unas octavillas anunciando este instituto y por eso he venido, para ver si ha quedado alguien más.

Una de las mujeres se puso el fusil a la espalda y se acercó a por mis cosas. Las cogió y se las llevó dentro. La otra mujer y el hombre de la entrada se acercaron, aunque ya no me apuntaban. No hacía falta, el hombre de mi espalda me seguía amenazando.

—Si no soy bien venido, no se preocupen. Me voy y no volveré a molestarles. No pretendo causar ningún problema.

—Eso espero, por tu bien —avisó la agresiva voz detrás de mí.

El hombre de la entrada hizo un gesto para que el de mi espalda bajara el arma, pero este no obedeció.

—Alberto, por favor. Ahora ya no es ninguna amenaza, está desarmado.

El tal Alberto debió hacerle caso porque dejé de sentir el desagradable apoyo de su fusil en mi cabeza.

—Hola Miguel. Me llamo Matías. Perdona el numerito, pero es por precaución. Espero que no te lo tomes a mal.

Matías me tendió la mano y yo se la ofrecí. Un fuerte apretón me confirmó que ese hombre era alguien sensato. Era ya mayor, de más de sesenta años, con el pelo cano. Era bajo, tez surcada con marcadas arrugas de expresión, brazos fuertes y piel curtida que le daba una apariencia de rudo campesino. Me causó muy buena primera impresión. No solía fallar en eso y me sentí algo más cómodo y relajado.

—Él es Alberto. En teoría estaba de guardia hoy pero ha llegado un poco tarde, me parece —explicó Matías señalando al hombre que tenía a mi espalda.

SEÑOR R

Me di la vuelta y vi a un tipo de entre treinta y cinco y cuarenta años, mal llevados. Con gafas, ojeroso, aspecto tristón y gestos algo altivos. Por su estrategia de encañonarme por la espalda ya me dio la impresión de ser alguien calculador, nervioso y por lo tanto peligroso. Eludió darme la mano aduciendo que llevaba el arma. Un gesto que no me gustó nada.

—Ya le había visto hacía rato, sólo quería ver lo que hacía —se excusó de mala gana—. No he llegado tarde.

—Me llamo Ana —se presentó jovialmente la mujer—. Perdona el susto que te hemos dado. Matías tiene razón. Toda precaución es poca.

Debía tener la treintena ya larga. No era guapa pero era muy sonriente. Por el vestido de tirantes y las sandalias que llevaba parecía una *hippie* de los sesenta.

—Encantado —dije acercándome a darle dos besos. Ella se sintió un poco cohibida pero me los devolvió. No olvidaba las formalidades de antes.

—La mujer que has visto antes es Eva, nuestra fantástica enfermera —elogió Matías, sonriendo para rebajar la tensión del momento.

—Alberto, por favor, ¿serías tan amable de llamar a los demás? —solicitó Matías—. Quedamos en el salón de actos.

Alberto se fue sin mucho entusiasmo y los demás entramos en el instituto. Allí me encontré con Eva, que venía por el pasillo, aunque sin mis cosas. Era una mujer madura, de unos cincuenta años, más o menos. Bajita y sonriente. Me dio dos besos al presentarnos.

Todos juntos recorrimos un largo pasillo para ir al salón de actos. De camino, quise saber algo más.

—¿Cuántos sois? Ha sido una gran sorpresa hallar a más supervivientes.

—Somos nueve —contestó Matías—. Hay de todo un poco. Todos somos de muchos lugares como verás ahora. Y todos vinimos aquí porque también leímos en su momento los folletos o carteles. Aunque tú eres el primero que llega desde hace tres meses. La mayoría vinimos en las primeras semanas tras el *catapún*, digo el holocausto. ¿No te has encontrado con ningún superviviente?

Opté por no mencionar nada de Sara. Todavía no sabía nada de aquella gente y no quería comprometer su seguridad.

—Hace unas semanas di con un tipo. Un tal Juan Luis, no sé si lo conocisteis porque mencionó que había pasado por Santander. Era un tipo raro.

—No me suena ese nombre.

—Hablamos muy poco. Luego se largó hacia el sur y ya no volví a verlo más —mentí de nuevo, porque si añadía que había muerto por un disparo podía crear lógicas suspicacias hacia mí.

Entramos por una gran puerta doble al salón de actos. En realidad, era una sala de tamaño más bien pequeño, con una docena de filas de butacas y una pantalla de presentaciones de diapositivas. Me senté junto a las dos mujeres que me franqueaban en la primera fila. Matías permanecía de pie, justo frente a mí.

—Matías, ¿eres el jefe o responsable de esta comunidad?

—En absoluto. Aquí no tenemos jefes, todo se vota entre los nueve que estamos. Aunque cada cierto tiempo se elije a alguien como una especie de gerente. El único que ha habido hasta ahora es

SEÑOR R

Fernando, que ya le conocerás. Lo elegimos porque es una persona muy inteligente que ha sabido crear una comunidad bien estructurada con unos servicios indispensables y básicos. Pero si algún día se vota por otro pues tendrá que dejar el puesto. Mientras esperamos nos presentaremos. Yo hablo mucho, como habrás visto y puede parecer que manejo esto, pero no es así. Soy un humilde jubilado, patrón de un pequeño barco pesquero, nada más. Tengo sesenta y siete años. Tal y como he dicho, era pescador en Ribadesella. Vine al instituto a bordo de mi antiguo barco, que tengo amarrado en los muelles y soy el que va a faenar para traer pescado. No de la forma de antaño, porque no disponemos de medios, pero es una pesca de subsistencia que nos sirve de momento.

—Yo soy la enfermera —dijo Eva—. Vine desde Vigo, donde trabajaba en una clínica. Ahora sigo ejerciendo como tal, aunque ya comprenderás que no tengo los conocimientos médicos suficientes para cosas complicadas, pero puedo ayudar en lo que haga falta en pequeñas curas. ¿No serás médico por casualidad?

—Me temo que mi profesión no vale ahora de nada. Era un simple administrativo —dije como disculpándome. Noté como Eva hizo un gesto de resignación.

—Yo vengo de un pequeño pueblo de Guadalajara —se presentó Ana muy sonriente, contenta de ver a alguien nuevo—. Allí era artesana y hacía jarrones y otros objetos de barro para los turistas. Como ves, mi profesión no tiene tampoco mucha utilidad ahora. Quizás en el futuro, cuando se acaben los envases modernos.

Se notaba que les había caído bien. Hablamos como si nos conociésemos de siempre, en una amena y animada tertulia en la que pude enterarme que el grupo lo formaban cinco mujeres y cuatro hombres. Conmigo, al parecer, se igualaban los sexos. Aunque las edades eran muy dispares.

Con mucho trabajo habían dejado el instituto en perfectas condiciones sanitarias, sacando los cadáveres que encontraron al llegar y adecentando los alrededores. El carril habilitado lo había sido por ellos, al igual que la limpieza de cuerpos de alrededor. Una ardua tarea en la que todavía seguían.

En aquel momento entraron todos los demás del grupo. Me levanté para saludar.

El primero que se acercó se llamaba Fernando, un hombre de unos cuarenta años, aunque parecía mayor. Calvo, delgado y con apariencia un tanto débil. Me miró durante unos segundos. Luego, sonriendo, me dio un fuerte apretón de manos. Un poco falso, pensé nada más verle. Con exquisitos modales y perfecta dicción me presentó al resto del grupo.

—Yo vengo de Barcelona. Era un ejecutivo en una gran empresa y vine aquí cuando me enteré de los rumores que hubo por entonces, de que aquí podían ayudar a la gente. Por el camino me encontré con Jordi —señaló a un enorme tipo, musculoso, de casi dos metros y aspecto duro que era, sin embargo, una persona muy simpática y afable.

Me tendió la mano. En contra de lo que pensaba, que la iba a estrujar, noté como "ajustaba" el apretón a mi fuerza. Eso quería decir que se preocupaba por los demás. Eso era una buena señal.

—Llámame Jordi o *Mole*, que era mi apodo en el equipo de rugby en el que estaba en Barcelona.

—¿Este lugar sirvió para captar a los inmunes? —pregunté.

—Lo ignoro —respondió Fernando—. Cuando llegamos nosotros y fuimos los primeros en hacerlo, aquí no vimos a nadie. Ni siquiera ningún cadáver ni nada que nos hiciera pensar que aquí

había habido un lugar de investigación.

—¿No es un centro bacteriológico? —indagué extrañado.

—A lo que me refiero es que no parecía que hubiera habido una investigación en curso sobre la *Gripe X*. Tampoco nos preocupamos mucho de eso.

Me quedé un momento pensativo. ¿Para qué querrían los *bacteriológicos* que los posibles inmunes se dirigieran hacia aquel lugar?

—A Alberto ya le conoces —siguió Fernando como si pasara lista—. Esta chica es Diane, es una inglesita que vino en ferry desde Plymo, Pylymun,...

—¡Plymouth! —corrigió Diane, mientras se acercaba a darme la mano. Era una desgarbada y tímida chica de unos dieciocho años como mucho. Pelirroja y pecosa que hablaba fatal el castellano —. Vine en lo barco que hay en bahía, no sé si visto tú al pasar. Sólo quedo yo de todo pasaje. Mal, muy mal pasamos tú.

Sonreí para que no se avergonzara por su malísimo español.

—Soy Sandra —se presentó una joven chica, muy guapa y veinteañera. Morena, bajita y de porte muy decidido—. Estudiaba turismo en la Universidad de la Rioja. No tengo mucho más que contarte.

Me incomodó un poco el modo de hablar de Sandra, un tanto forzada y tosca. Me dio la mano y no dos besos como las otras mujeres.

Fernando, algo molesto con Sandra, por haberse adelantado a la presentación que iba a hacer él, señaló a la mujer que tenía a su lado. Una mujer madura que pasaba de la cincuentena. Muy delgada y altanera. Se acercó y me dio la mano de manera delicada y algo floja.

—Se llama Elisa —indicó Fernando.

—Elisa de Castro —puntualizó esta como dando importancia a la inclusión del apellido.

—Eh, sí, perdona Elisa. Vino de París, donde vivía con su marido. Pero la...

—Estábamos pasando unos días en San Sebastián —interrumpió esta con brusquedad—, cuando nos sorprendió la pandemia. Mi marido murió.

—Tranquila, Elisa. Todos hemos perdido a gente, querida. Ya quedamos que era mejor no hablar mucho de todo eso para mantener la moral alta. ¿Lo recuerdas? —Fernando parecía molesto.

Hubo un momento de incómodo silencio hasta que me percaté de que esperaban que contara algo de mí. Les expliqué que había vivido en Getafe, que había estado un par de meses subsistiendo en Madrid capital y que decidí ir al norte para ver mundo. No mencioné nada de Sara. Por motivos de seguridad, no lo creí necesario. Cuando llegué al episodio de Juan Luis y mencioné el hecho de que iba en una especie de carro todos se miraron unos a otros.

Diane, dio un paso adelante con gesto impresionado.

—¿Iba con alguna chica?

Aquello me sorprendió. Demasiada casualidad era si no conocían a Juan Luis. Matías se acercó.

—Miguel, es muy importante que nos describas a ese tal Juan Luis.

Les hice una descripción lo más detallada que pude. Según iba hablando los movimientos de cabeza de los demás y sus miradas significativas entre ellos me corroboró que Juan Luis era un conocido suyo.

—Es el mismo —afirmó Jordi—. Pero no se llama Juan Luis, sino Pedro. ¿Había una chica con

él, acompañándolo?

No podía contar la verdad sin delatarme. No sabía cómo podían reaccionar al saber que alguien que habían conocido había muerto violentamente, aunque estuviera más que justificado. ¿Sabrían ellos que había sido un psicópata pervertido violador de crías?

—No vi nada —continué—. Fueron solo cinco minutos en los que hablamos de poca cosa. Luego siguió al sur, a Cádiz, creo recordar que dijo. Quería vivir allí.

Jordi miró a Fernando. Diane se mordía el labio inferior, visiblemente nerviosa.

—Bueno, dejemos eso para otro momento —dijo Fernando, observándome de nuevo de una manera fría, aunque sonreía en todo momento—. Miguel, íbamos a comer, si lo deseas puedes almorzar con nosotros. Te explicaremos cómo vivimos aquí. Si quieres, podrás elegir entre quedarte con nosotros o seguir tu camino.

—De acuerdo —dije devolviendo la sonrisa, mientras los acompañaba al comedor—. Tenemos que hablar de muchas cosas.

No me sorprendió que el edificio tuviese electricidad. Durante la comida, realizada en el gran comedor del instituto, todos los supervivientes nos juntamos en una de las grandes mesas que había. Presidiendo la misma estaba Fernando, al que vi muy metido en su papel de jefe, siempre procurando que todo estuviese ordenado y preparado. Me fijé en que había abundante comida, mucha de ella fresca. Cada uno se servía al estilo *buffet* con las típicas bandejas con distintos apartados. Antes de sentarnos, mientras esperaba en la corta fila, le pregunté a Matías de dónde sacaban la comida fresca. Este dijo que el pescado era cosa suya y que del resto ya me explicarían.

Durante la larga comida, en la que prácticamente sólo habló Fernando, me contaron el funcionamiento interno de la comunidad, como a ellos le gustaban llamarla, y las diferentes tareas de cada miembro. En algunos momentos me sentí como cuando uno iba a una feria de coches usados y el vendedor te hablaba maravillas de un coche. Parecía que intentaban venderme su forma de vida.

—Tienes que tener una cosa clara, Miguel —apostilló Fernando—. En esta comunidad todos somos imprescindibles y todos colaboramos en lo que podemos. Cada uno de nosotros tiene un cometido diario que no puede eludir, porque eso significaría que el resto tendría que esforzarse el doble para poder suplir lo que esa persona no ha querido o podido hacer. Me explico. Matías, por su antigua profesión, es nuestro proveedor de pescado. Cada dos o tres días sale a faenar por las proximidades. Alberto es un gran cazador y también, de vez en cuando, sale de la ciudad para proveernos de caza. Como te habrás dado cuenta, tenemos electricidad gracias al grupo electrógeno del centro, que nuestro manitas Jordi puso en funcionamiento y se encarga de mantener. *Mole* también es el encargado de tener siempre un par de vehículos preparados. Era mecánico y seguro que sabrás que esa es una profesión vital en este mundo. El, digamos, departamento médico, está bajo las órdenes de Eva, como ya te hemos comentado. Estas personas tienen profesiones que nosotros llamamos de *tipo A.* Es decir, prioritarias y vitales para la comunidad. Como tales, su tiempo para nosotros lo dedican exclusivamente a esas tareas. Si alguna vez necesitamos su ayuda en otras cosas lo hacen sin problemas, pero para esas otras labores estamos los demás que no tenemos, o hemos tenido, unas profesiones que sirvan de mucho en las condiciones actuales.

Fernando siguió un largo rato hablando sobre las profesiones de *tipo A.* También mencionó que,

para evitar que la comunidad se hiciese excesivamente dependiente de estas personas, cada cierto tiempo, por rotaciones, todos pasaban parte de su tiempo con aquellos de las profesiones del *tipo A* para intentar asimilar sus conocimientos en lo posible. Matías hizo un inciso entonces, en tono de crítica, quejándose de que por su pequeño barco todavía no había ido nadie. Noté como aquello molestó un poco a Fernando y a otros miembros.

—Matías, el tiempo que esté por aquí te echaré una mano con mucho gusto —me ofrecí ante la complacida mirada del viejo pescador.

—De eso también quería hablarte —prosiguió Fernando—. Puedes quedarte con nosotros. Hay sitio de sobra y siempre es bueno aumentar la comunidad. Pero el tiempo que estés aquí tendrás que acatar nuestras normas y ayudar en lo posible.

—No hay ningún problema —dije sonriendo—. No pensaba vivir del cuento.

—Me alegra ver que tienes esa actitud.

Luego pasó a exponerme aquellas normas. Básicamente, promulgaban que toda cuestión que pudiera afectar a la comunidad, debía hablarse entre todos, incluido el cambio de habitación, entrada de armas u otras cosas susceptibles de ser informadas. También se observaba el obligado respeto entre los miembros y el derecho a justicia. Esto me llamó la atención. Sandra fue la que explicó en qué consistía.

—Cuando hablamos de justicia nos referimos a una intermediación para solucionar conflictos, o para evitarlos, antes de que se presenten. Estos conflictos suelen ser a causa de horarios, trabajos que hay que hacer, las típicas riñas que hay en cualquier comunidad... Para evitar que eso se enquiste y a la larga estalle, el agraviado tiene derecho a exponer su problema con los miembros de la comunidad y estos a dar su opinión. Después de valorar a todas las partes en conflicto, se da una especie de veredicto que hay que acatar de manera obligatoria nos guste o no. Digo *especie de veredicto* porque en realidad no lo es, sólo son recomendaciones que es mejor que se cumplan para que volvamos a un status quo y evitar así un agravamiento del problema. Hasta ahora se ha hecho así sin ningún problema.

—Otra norma es, esto... —Fernando carraspeó por la incomodidad de tratar un tema peliagudo —. Es el tema del sexo. Todos los que estamos aquí, salvo Diane que todavía es menor, somos adultos y no podemos obviar nuestros instintos. En una comunidad cerrada como la nuestra es natural que algún día surjan sentimientos entre los miembros o simplemente ganas de intimar. Como digo, somos adultos y hay que hablar de esto o puede ser una causa importante de problemas graves. Como ya habrás visto somos cinco mujeres y cuatro hombres, aunque contigo ya estamos a la par. En su día se hizo una especie de "posibles" entre todos los que estuvieran dispuestos a mantener relaciones alguna vez, así nos evitaríamos situaciones embarazosas. Sabiendo quién de nosotros está dispuesto a tenerlas se puede "pactar" la forma de llevarlas a cabo. Me explico: el amor está muy bien, pero eso crea un vínculo muy fuerte entre dos personas que deja de lado a las demás en cuestión de sexo. Por eso una norma que se propuso y se aprobó, fue la de consentir el amor, si es que alguna vez surgía, pero no permitir digamos la "exclusividad" de la pareja.

—Lo que Fernando quiere decir es que hay una especie de lista de gente dispuesta a follar — abrevió Ana, ante las carcajadas de los demás.

—Eh, si bien, es un poco grosero, pero se puede entender así. Es importante que sepas qué gente

está apuntada en esa, digamos lista, puesto que no todos los miembros desean tener relaciones. Los que si estamos dispuestos somos Eva, Sandra, Jordi, Alberto, Ana y yo mismo. Sólo hay una regla, cuando se hagan los encuentros: deben ser en otros lugares ajenos al instituto. Hay una ciudad entera para eso y así nos aseguramos de no molestar a nadie. No hay una forma establecida de organizar los encuentros, simplemente se habla sin tapujos cara a cara con la otra parte y de forma discreta se pacta el lugar y las condiciones.

Fernando habló de las tareas secundarias a la de la búsqueda de alimentos, que era la principal del día a día. Entre esas tareas estaba la de la limpieza de cadáveres de los alrededores, para evitar enfermedades, olores o insectos, el despeje de vehículos de las principales vías, tarea muy pesada que solía hacerse una semana al mes entre casi todos, la preparación de los alimentos en la cocina, que se hacía por parte de todos de forma rotatoria, limpieza del instituto y otras muchas. La realización de las tareas debía hacerse de forma diaria, durante varias horas o más, si así lo exigía el trabajo. Había tiempo de sobra para que no pareciera un trabajo como antes y todo el mundo, incluso los *tipo A*, disponían de tiempo libre para hacer lo que quisieran, lo que aprovechaban algunos para explorar la ciudad o relajarse en sus habitaciones. En lo del uso de estas también había normas. Cada habitación era individual y estaba prohibido que durmieran juntas varias personas para evitar los problemas comentados anteriormente. Al haber muchas salas en el instituto, se habían habilitado como dormitorios individuales e inviolables en su intimidad. Nadie podía entrar en la habitación de otra persona sin permiso de esta. Todas las habitaciones estaban en una misma planta, las de las mujeres en un ala y la de los hombres en la otra.

—Esto es, a grandes rasgos, nuestra comunidad. No es algo perfecto pero creemos que es la mejor forma para que todos nos sintamos cómodos en esta situación tan insólita que nos ha tocado vivir. Miguel, para que no te veas obligado a elegir de inmediato te daremos una semana para que vivas entre nosotros y elijas si deseas formar parte de la comunidad y sus normas, o no. En ese caso tendrás que marcharte, pero siempre serás bienvenido si algún día cambias de opinión. De momento, te hemos habilitado una habitación provisional en la planta baja. Si aceptas vivir aquí te acondicionaremos una arriba, con todos los demás. Eso lleva su tiempo, porque hay que mover muebles y trasladar una cama, por eso no lo hacemos ahora, no es por otra causa.

Les di las gracias y acepté quedarme una semana para probar. Mientras tanto, tal y como me comprometí, acompañaría a pescar a Matías además de hacer otras tareas que hicieran falta. Tras ello brindamos todos con vino, excepto Diane que no bebía alcohol. Al igual que Elisa de Castro, que se mantuvo toda la reunión callada, masticando la comida con parsimonia, casi mecánica, como aburrida de oír una charla que habría escuchado ya otras veces.

—Miguel, cuando recojas las cosas de tu habitación, si quieres acompáñame y te enseño el barco. Quiero dejarlo listo porque mañana salimos de pesca —dijo Matías, contento ante la perspectiva de tener por fin a un compañero de faena.

Mientras esperaba a Matías se formó, en torno a mí, un corrillo de varias personas para conversar conmigo y saber de mi vida. Lo que más les sorprendió fue mi subsistencia durante varios meses en Madrid, una zona que ellos pensaban y con razón, que era una gigantesca tumba a corazón abierto. Me costó no mencionar a Sara, pero todavía no me sentía con ánimos para ello.

Jordi me pareció un tipo muy agradable, algo menor que yo, pero muy dispuesto a ayudarme a

conocer los entresijos del instituto. Decía que como era el encargado de mantenimiento conocía como nadie las entrañas del lugar. Alberto, al contrario, me siguió pareciendo un tanto hosco. Dijo dos palabras y se fue enseguida. Diane, la inglesa, a pesar de su pobre castellano y su timidez, hacía esfuerzos por agradar. Ante tantas preguntas me sentí un poco desbordado. Matías salió al rescate pidiendo que lo acompañara.

Fuimos dando un paseo por la Avenida de la Reina Victoria, en dirección oeste, hacia el embarcadero donde Matías tenía a su *Dulce*, el nombre de su barco de pesca amarrado cerca de la terminal del ferry.

—Supongo que habrás visto el barco de pasajeros a la entrada de la bahía —dijo Matías cuando salimos del instituto.

—Si, me extrañó verlo anclado allí. ¿Ese era el ferry que venía de Inglaterra?

—En efecto. Es el *Pont-Aven*. Un ferry enorme que hacía la ruta Plymouth-Santander. Un día pídele a Fernando el diario de la fragata de guerra española encargada de vigilarlo, no tiene desperdicio. Sólo te diré que Diane viajaba en ese buque y fue la única superviviente del pasaje. La pobre hubiera muerto allí sino llego a pasar con mi barco el día que llegué aquí. Esa chica es como si fuera una hija mía, tenemos mucha confianza. Muchas veces me pide que la lleve de vuelta a su país, por si encontrase algún superviviente. Le cuesta mucho hablar en español y no comprende muchas de nuestras costumbres. Además, se siente sola. Yo puedo hablar con ella con confianza, pero soy muy viejo y ella es muy joven. Con la única que puede entablar amistad, por edad, es con Sandra. Pero esta es demasiado arisca. Bueno, no me entiendas mal, pero va mucho a lo suyo. Como seas un poco sensible, como es el caso de Diane, te toma por débil y no te hará caso.

Noté como Matías aprovechaba el paseo para ponerme al día sin las formalidades de reuniones. Así sabría si esa comunidad era tan perfecta como parecía. Seguí preguntándole por el resto de la gente.

—Hay algo de lo que no hemos hablado —dijo Matías con gesto grave—. De Pedro, ese al que llamas Juan Luis. Fernando me ha dicho que te lo comentase. Ese tipo estuvo en el instituto desde el principio. El típico con una labia de vendedor de enciclopedias y un desparpajo de presentador de televisión que echaba para atrás. La primera vez que lo vi me causó mala impresión. Yo soy de los que calo a la gente nada más verla e igual que tú me diste muy buena en él fue todo lo contrario.

—A mí me pasa lo mismo, Matías. Y he de decirte que también tú me causaste buena impresión desde el principio.

—Gracias hombre, esas cosas se notan. Bien, Pedro era adorado por todos, que no te engañen ahora. Lo tenían puesto en un altar porque el tipo se vendía muy bien. Era el primero en ofrecerse voluntario a todo, aunque no supiera de nada. Bueno, conmigo nunca quiso venir, creo que yo era el único que sabía que era un cara. De esos que en los buenos y en los malos tiempos intenta sacar tajada. El típico que invita a una ronda a un bar entero y luego se marcha sin pagar diciendo que se le ha olvidado la cartera. Además de Pedro, había una chiquita de la que no hemos hablado, llamada Lucía. De dieciséis años, muy amiga de Diane, porque hablaba bien el inglés y por edad tenían gustos similares. Pero a esa edad se enamoran hasta del póster de un cantante. Pedro, sin hacerle asco a su edad, empezó a cortejarla y a embobarla con trucos de galán de medio pelo. Un sinvergüenza. Le dije a Fernando lo que pasaba, porque Diane me lo contaba todo y ella tampoco

veía nada bueno en ese hombre tan mayor para Lucía. Las semanas pasaban y la pobre niña estaba atontada con su Pedro. Este lo sabía e intentó llevársela al huerto, a pesar de que otra de las normas que había era que las menores eran intocables. Pero Fernando no quiso, o no se atrevió, a enfrentarse al hombre que tenía a toda la comunidad a sus pies. Hasta que un día fue imposible ocultar que Lucía se veía con Pedro para mantener relaciones sexuales. Todo el mundo lo sabía, hasta la estirada de Elisa. Se había saltado una norma principal y había que hacer algo. Si alguien se saltaba otra norma ¿qué se le iba a decir cuando no se había sancionado al otro? Estaba en juego la supervivencia de todo el tinglado. Fernando, que es muy listo, sopesó todo aquello y vio que se podía quedar de nuevo en la calle. Eso es algo que le aterra. Si no llega a encontrarse con Jordi por el camino desde Barcelona hubiera muerto por inútil. En una comunidad donde otros se ocupasen de llenarlo el estómago, él podía ocuparse de lo que más le gusta: mandar. Pero no nos vayamos del tema. Fernando le llamó la atención a Pedro. Este no se lo tomó bien, porque se puso furioso y hubo hasta un intento de agresión. Si no llega a estar Jordi creo que se lo habría cargado. A ojos de los demás Pedro empezó a perder brillo. Viendo que no podía recuperar su puesto de honor en el Olimpo de los Dioses, un buen día anunció que se iba. Lucía lo secundó sin hacer caso a nuestras suplicas para que no le acompañase. Terminaron marchándose juntos. Tú dijiste que lo habías visto, aunque no a Lucía. Lo mismo se separaron al poco de salir de aquí. A saber.

Miré a Matías y le detuve.

—Matías, te voy a contar algo que no te va a gustar. Luego, si lo crees necesario, se lo repetiré al resto de la gente, pero primero quiero que lo escuches tú.

Le relaté el episodio de la muerte de Pedro y el hallazgo de la pobre Lucía. Obvié mencionar a Sara y que fue ella quien lo mató, por eso me tuve que adjudicar yo el papel de verdugo. Matías me escuchaba incrédulo, muy sorprendido. Pero no por el hecho de que yo matara a Pedro, sino por el estado en el cual fue hallada Lucía. Se quedó unos momentos pensando en todo aquello. De buenas a primeras se había encontrado con una brutal confesión y no sabía qué decir.

—Creo que es conveniente que lo sepan los demás. No te van a guardar rencor por haber matado a ese hijo de puta, te lo aseguro, antes al contrario. Pero te van a vigilar más. Yo me fío de ti y de lo que has contado, pero nadie tiene la certeza de que lo que digas sea verdad. Te agradezco que te hayas sincerado, porque eso nos quitará un peso de encima, el de no saber qué pasó con Lucía. Ah, mi pobre Diane, que disgusto va a tener. Joder, pobre niña, ¿cómo fue capaz de tenerla encadenada? Si la tenía en el bote.

—Quien sabe, Matías. Durante el viaje he tenido muchas pruebas de lo malvado que puede llegar a ser el ser humano en condiciones difíciles. Es posible que Lucía se arrepintiese e intentase regresar con vosotros y Pedro se lo impidió de esa manera. No lo sabremos nunca.

Seguimos andando, callados y con el ánimo por los suelos. Sobre todo Matías, que había comenzado animado y ahora, después de saber aquello, estaba hundido.

—Matías, ¿es todo tan bonito en vuestra convivencia? —pregunté para que este hablase de otras cosas y no pensara en la pobre Lucía.

—La exposición que se te ha hecho durante la comida es la misma que se hizo cuando fueron llegando los últimos supervivientes. Básicamente, tenemos una armonía más o menos buena. Es cierto que no todos nos llevamos tan bien como parece. Es ley de vida. Los caracteres de la gente

son distintos y cuando das con alguien que ha tenido una vida tan distinta a la tuya, afloran. Pero todos tratamos de ceder, porque somos conscientes de que es la única forma de seguir juntos sin tirarnos los trastos a la cabeza. Salvo el caso de Pedro nunca hemos tenido otro problema. Creo que los que quedamos somos sensatos, aunque hay gente que puede dar problemas.

—¿Problemas? ¿Quién y de qué tipo de problemas hablas?

—Esa *lista* de gente apuntada para..., para *eso*, dará problemas en el futuro. Por muy aséptico e impersonal que quieras hacer las cosas, cuando se trata de asuntos carnales no se puede obviar toda una vida anterior con una manera más formal de hacer las cosas. Todos hemos tenido mujeres, o esposos o parejas, y sabemos que al final surgirán amores y otros no serán correspondidos. Esa norma que dicen que no pueden llevar a cabo los encuentros amorosos dentro del instituto es saltada a menudo. Es vox populi que entre Sandra y Fernando hay algo más que unos roces de vez en cuando. Que yo sepa, y estoy bien informado, Sandra sólo lo ha hecho con Fernando, a pesar de que Jordi siente inclinación hacia ella y seguro que alguna vez la ha pedido ir a *jugar* con él. ¿Cuándo explotará esa situación? Más casos: Alberto bebe los vientos por Ana, pero esta pasa de él porque según sé el estilo de ser de ella no casa con el de él. Ella es muy ecologista y liberal y Alberto es muy reaccionario en sus ideas aunque no puede evitar sentirse atraído por ella. Por lo que sé este se está empezando a mosquear un poco, ya que Ana coquetea a menudo con Jordi. Y la única de la lista que no moja es la pobre Eva que aunque tiene cuarenta y seis años seguro que puede dar juego al más pintado. Pero parece ser que no es muy apetecible físicamente y creo que está más que harta de que los chicos la ignoren. Los demás no participamos en ese juego por diferentes motivos. Yo ya soy viejo. Francamente, no me imagino a ninguna de las mujeres queriendo acostarse con un vejestorio como yo. Además, soy de los antiguos y me acuerdo mucho de mi difunta Carmina, que en paz descanse. Elisa, la otra mujer, es una aristócrata remilgada que tendría menos posibilidades que Eva, así que incapaz de aceptar una derrota prefiere no entrar en juego. De todos modos, Eva me contó que cuando ella llegó al instituto, y fue de las primeras, Fernando y Elisa tenían una especie de relación. Supongo que al llegar las mujeres jóvenes decidió pasar de esta. Algo lógico pero poco elegante por su parte. Luego está Diane, que es menor y por lo tanto fuera del asunto, al menos hasta dentro de poco, porque ya va a cumplir la mayoría de edad. Pero ella me ha dicho muchas veces que no se va a apuntar a nada porque no le gusta ninguno de los hombres de aquí y no piensa acostarse con nadie sino está enamorada. Así que, esto es lo que hay. ¿Cuánto durará la tranquilidad? No se sabe, pero ahora entras tú en juego a añadir más incógnitas. No te preocupes, que no te estoy echando para atrás. La comunidad tiene muchas ventajas, sobre todo para un viejo como yo, pero es mejor que sepas como están las cosas para que luego no te lleves una sorpresa.

—Muchas gracias por tu sinceridad. A decir verdad, si me quedo en la comunidad no va a ser para siempre. Me gustaría estar una temporada para descansar. He estado mucho tiempo ahí fuera y necesito algo de compañía. No, no te equivoques, me refiero a compañía humana, no sexual. Yo..., estaba casado y aún quiero a mi mujer.

Matías me miró asintiendo, como comprendiendo lo que quería decir. Luego sonrió de nuevo.

—Me temo que Eva se va a quedar de nuevo a dos velas.

Seguimos caminando y charlando. El bueno de Matías tenía un defecto que me vino muy bien. Le encantaba contar las intimidades de los demás. Él mismo reconocía que no podía evitarlo.

Gracias a eso pude enterarme de muchas cosas interesantes, a parte de las preferencias sexuales de cada uno.

Según Matías, Fernando era muy inteligente. Tenía en mente que la comunidad incluso empezara a crecer con futuros nacimientos. Quería que las mujeres procreasen y empezar así una nueva vida. Según su teoría, la especie humana no podía extinguirse, que teníamos la obligación de volver a expandirnos por el mundo. Aunque por el momento no había ninguna mujer dispuesta a ello.

También supe que además de Sandra, Fernando contaba con el apoyo incondicional de Alberto para todo lo que aquel mandase. Este, según Matías, era el más raro del grupo y el más peligroso por su afición a las armas, aunque también era verdad que nunca se había mostrado agresivo. "Salvo cuando llegué yo", puntualicé. De vez en cuando, desaparecía unos días y cuando volvía traía dos o tres ciervos, corzos, conejos o perdices. Además, sabía prepararlos y eso los proporcionaba muchos excelentes guisos de carne. Había sido un gran cazador y por eso ahora podía seguir disfrutando de su afición sin tener en cuenta trámites burocráticos y como debía ser, para dar de comer a la gente, y no como deporte.

También me enteré de que si bien era cierto que todos colaboraban en los quehaceres diarios, los que más daban el callo eran él mismo, Eva, Jordi y Alberto. Los *tipo A*. Y que había gente como Elisa que, por su inutilidad para las tareas domésticas o manuales, debido quizás a su acomodada vida anterior, no servían prácticamente para nada, lo que no la impedía mantener esa arrogancia y desdén propios de su clase cuando trataba con gente a los que no consideraban sus iguales.

—Esa es a la que menos aguanto —dijo Matías—. En mi juventud esas señoras contrataban a mi madre para que las limpiasen sus grandes casas y siempre la trataron como a un perro. Encima que se la da de comer jamás la verás dar las gracias por nada. Sin embargo, como Fernando la mantiene, porque se debe sentir culpable por cómo la dejó por Sandra. Así estamos, con un parásito a cuestas. Yo casi no hablo nada con ella, salvo los buenos días y poco más, porque el día que me diga algo voy a saltar y la liamos.

—Oye Matías, ¿de dónde sacáis las armas? —pregunté señalando su fusil de asalto del Ejército, cambiando de nuevo de tema para no alterar al viejo Matías.

—Ahora lo verás, porque la veremos amarrada donde antes atracaba el ferry. Ya te comenté que el *Pont-Aven* fue obligado a anclar en la bahía. Y fue así porque cuando la pandemia estaba empezando, y se prohibieron los viajes, el ferry ya estaba de camino. El gobierno los instó a darse la vuelta a Inglaterra, pero estos alegaron que llevaban muchos enfermos y que estaban más cerca de España que de su país, argumentando que necesitaban ayuda humanitaria. ¿Y qué les mandamos desde aquí? La *Blas de Lezo*. Una fragata de guerra que la escoltó hasta aquí, pero que prohibió que desembarcara nadie. Se quedó en Santander, vigilando la cuarentena del buque, bajo amenaza real de hundirlo si trataba de forzar un desembarco. Créeme, por el diario del capitán de la *Lezo*, estuvieron a punto de hacerlo. Después de la pandemia, cuando todo el mundo la *palmó*, la fragata nos sirvió de arsenal. Estaba bien repleta de armas portátiles. Por la tosca arma que llevabas intuyo que no encontraste mucho armamento por el camino.

—La *quitapenas* es un arma temible —sonreí—, es una garrota con un acople para cuchillo. Contra un animal es una buena opción. Mate un lobo con ella. Y sí, encontré armas por el camino,

pero no cuando me hicieron falta.

Cuando llegamos al muelle, donde estaba atracado el pequeño *Dulce,* a Matías se le iluminaron los ojos. No había duda de que le encantaba su barco.

—Mira Miguel. Le falta una buena mano de pintura, pero está en perfectas condiciones. ¿Sabes algo de barcos o de pesca?

—Me temo que no sé ni lo que es la popa o la proa.

—Anda, eso es lo más fácil. Este barco tiene catorce metros de eslora, es un palangrero de bajura. Ya te enseñaré como se pesca, que para lo que necesita nuestra comunidad es la mejor arte. Es un buque estupendo, aunque necesitaría más tripulación para sacar lo mejor de él. De todos modos, con nuestra pesca de subsistencia nos apañamos con lo que voy sacando. ¡Mira qué bonito! Tiene doscientas cincuenta toneladas y fue construido en Vigo hace más de treinta años, pero está perfecto. He puesto mi alma en él y eso se nota.

—¿Qué se suele pescar en estas aguas?

—Al no ser una pesca que necesite de bancos, suelo pescar de todo un poco: bacaladillas, merluzas, abadejos, lubinas, jureles, palometas, sardinas, doradas, sargos... De todo, incluso tiburones, pero a esta gente sólo les gusta el cazón, el resto de las especies de escualos les da un poco de grima. No sé por qué si son peces como los otros, pero oye, para gustos...

—¿Cómo se pesca, con caña?

Matías se rió comprobando que de verdad era de agua dulce.

—Como te he dicho, este es un barco palangrero. Lo que se hace es que, una vez en alta mar, pero no muy lejos de la costa, se lanza con esa máquina que ves a popa, ahí en la parte de atrás *boquerón*, un cabo de unos cincuenta metros, con anzuelos con cebo puestos cada cinco metros más o menos. Luego a esperar y a ver que sale... Así de fácil y así de difícil. Un día bueno sale bastante, pero hay otros que tengo que echarle muchas horas. Esa gente parece que no lo entiende y se creen que me tiro toda la mañana de crucero por el Caribe, ya ves. No tienen ni idea de lo duro que es la mar y que hay días que te la juegas. Pero son gente de agua dulce, Miguel. Como tú. Al menos has sido el único que se ha ofrecido a ayudarme.

—¿Esa de allí es la *Blas de Lezo*? —señalé al muelle del ferry, que estaba a unos pocos centenares de metros.

—Sigue amarrada tal y como la encontramos. Está limpia de cadáveres. Al menos la parte de popa hasta la zona donde tienen las armas, que es la única parte que utilizamos alguna vez, cuando venimos a por munición o repuestos.

—¿Nunca te ha dado por dar un paseo con ella?

—Hijo mío, los barcos no son como los coches. Y menos esos tan grandes y sofisticados. No sabría ni dónde tiene la rueda del timón, si es que tiene. Con el *Dulce* te llevo al fin del mundo y eso que es pequeño, pero es lo que conozco y sé cómo responde. Con aquel trasto no podría ni dar una virada.

—De acuerdo, mañana saldremos a pescar juntos, Matías. ¿A qué hora te viene bien que quedemos?

—Pronto, que para estas cosas es mejor madrugar.

—¿A las siete o siete y media?

SEÑOR R

Matías me miró incrédulo y luego se estuvo riendo un buen rato.

—¡*Boquerón*, a esa hora, si se nos da bien, ya estaremos de vuelta!

***

Aquella primera noche en el instituto casi no pude dormir, en parte por la novedad del lugar, los pensamientos que no dejaban de atacarme y sobre todo, por el madrugón a las cuatro de la mañana que Matías me obligó a hacer.

La pesca, pese al esfuerzo, fue bastante divertida y me sirvió para intimar con Matías, que se soltaba a la mínima y me contaba cosas que de otra forma hubiera sido difícil enterarme.

La noche anterior, antes de acostarme y aprovechando la cena, quise relatarles a los demás lo que ya le había comentado a Matías. Sobre la muerte de Pedro y la suerte de la pobre Lucía. Todos escucharon con horror mi relato y algunos de ellos, como Diane y Eva, rompieron a sollozar al enterarse de la suerte de aquella. Todos comprendían que hubiera matado a Pedro, puesto que no se podía hacer otra cosa en esas circunstancias. También les dije que había pensado en la oferta de quedarme en la comunidad y que aceptaba quedarme durante una temporada aún sin determinar. Aunque dejé claro que no me iba a quedar de manera indefinida, excusándome en que me gustaría seguir viajando. Todos parecieron comprenderme e incluso algunos como Sandra asintieron con satisfacción al saberlo. Fernando, una vez que todos se fueron, se quedó un rato conmigo para hablar.

—Gracias por contarnos lo ocurrido con Pedro. Para nosotros ha sido muy importante saber lo que pasó, sobre todo con Lucía. Ignoro por qué ese degenerado pudo haberla tratado así, pero tuvo el final que se merecía. Otra cosa, veo que tu intención de irte algún día es muy firme. ¿Es posible que también sea por algo que hayamos hecho o dicho que no te haya gustado? Si es así podemos arreglarlo.

—No, en absoluto Fernando. Es una decisión que ya tenía tomada antes incluso de hablar con vosotros. Tiene algo más que ver con mi forma de vivir. Prefiero vivir solo, aunque ahora necesito estar aquí y os echaré una mano en lo que pueda, para corresponder a vuestra hospitalidad. Sé que la vida en comunidad tiene sus cosas malas, pero eso no es lo que me ha hecho tomar esa decisión. Como te he dicho, esta ya estaba tomada.

—Me alegra saberlo. Se lo comunicaré a los demás, porque alguno puede haberse llevado esa impresión. Ya sabes que la moral en estas circunstancias hay que intentar tenerla siempre alta. Me ha comentado Matías que mañana de nuevo vais de pesca, así que no te entretengo más para que vayas a dormir algo.

Sobre las nueve de la mañana aparecimos en unos de los coches preparados por Jordi con el fruto de nuestra mañana pesquera. Muchas bacaladillas, varias merluzas de buen tamaño y un cazón. Matías decía que con el paso del tiempo se iría pescando mejores y mayores ejemplares y en mucha cantidad. Al no haber más expolio humano de los mares las especies podrían volver a recuperarse. "Llegará un momento en que los peces salten a bordo, a causa de la súper población", bromeaba Matías.

Alberto ya hablaba conmigo. Y todo por el hecho de anunciar mi futura marcha. Eso había hecho que yo ya no supusiera una amenaza en su mente, o fuera un competidor más en la dura lucha

por las hembras. De todos modos, con él sólo podía hablar de armas o de caza, ninguno de cuyos temas estaba yo especialmente versado como para poder entablar una amena conversación. Al menos, se mostraba más proclive a comunicarse conmigo. Eva, la mujer *impar*, intentaba atraerme por todos los medios, sabedora de que era su única opción de poder disfrutar un poco del amor. Si no hubiera conocido a Sara no me hubiera importado tontear con esta. Cierto que no era guapa y que era diez años mayor que yo, pero era una persona muy simpática y seguro que era muy pasional. No quería ofenderla, porque sería un golpe muy duro para ella, pero intentaba no seguirla el juego en sus insinuaciones, que por otra parte eran cada vez más atrevidas.

Habilitamos para mí una de las salas en la zona de dormitorios. Una amplia habitación, como todas las que había, en la que pusimos una cama y un par de armarios. Tenía aspecto de hospital, pero era más que suficiente para dejar mis cuatro cosas y descansar de los agotadores madrugones que cada dos o tres días teníamos que hacer para pescar. A consecuencia de ello, Matías y yo éramos los que las noches antes de los días de pesca, cenábamos antes, sobre las seis o las siete de la tarde. Diane también solía acompañarnos en la cena porque ese horario se acercaba más al británico que el tan tardío español. Esta solía levantarse pronto para ir con Sandra y Alberto, cuando este no estaba de caza, a los huertos que tenían por varias zonas de Santander, para recolectar frutas y verduras. Diane, a pesar de la inicial timidez, hablaba sin parar. Aunque la mayoría de las veces no se la entendía mucho nos reíamos por la forma que tenía de contar las cosas y las imitaciones que hacía de Elisa o Fernando. Cuando le pregunté por el episodio de su llegada en el *Pont-Aven* Diane se mostraba orgullosa de haber sobrevivido mes y medio en un ataúd flotante.

—Dicen que pusieron buque cuarentena, pero realidad pusieron a matarnos por enfermedad —explicó Diane en un horrible español—. El barco guerra no dejaba desembarco. Aunque saliéramos del buque habríamos muerto también.

—Me temo que los que murieron en ese buque lo habrían hecho de todos modos —dije—. Aún así, os dejaron tirados. ¿Tuvisteis problemas con la fragata de guerra?

- *Sorry*, prefiero no hablar de ello... Yo...pasé muy mal.

No insistí más. Las noches las pasábamos contando historias o anécdotas sobre cualquier tema. A veces también, animada por nuestras risas, se unía más gente. En un mundo sin televisión, radio o cualquier entretenimiento moderno, la palabra volvía a ser la única manera de entretenerse.

Sólo tres personas jamás fueron a esas reuniones. Elisa, quien no hablaba conmigo casi nada después de saber algo más de mis humildes orígenes. Fernando, que siempre tenía alguna excusa para no acercarse. Matías me decía que no iba porque era una persona carente de imaginación y que fuera de su mundo no sabía nada, ni siquiera contar un mísero chiste. Como le encantaba ser el protagonista de todo no podía quedarse en blanco en una reunión, aunque esta fuera informal. Por eso prefería excusarse diciendo que tenía que hacer cualquier cosa. Sandra tampoco aparecía, quizás por su adhesión a Fernando en todo o quizás, más factible, su animadversión no oculta hacia mí y hacia mucha otra gente de aquel grupo.

Incluso Alberto, la segunda persona más aburrida del planeta, a veces metía baza y contaba alguna anécdota. Eso sí, casi siempre referida a la caza. Pero aquellas reuniones se hicieron muy necesarias y las pocas veces que no se pudieron hacer se echaban de menos. "Gran invento este de contar historias", decían muchas veces los demás. Antes de esto, la mayoría iba a sus cuartos a leer

o escuchar música en sus *iPod*. Luego, muchas veces había que casi obligar a muchos de ellos a ir a dormir. Jordi me comentó que ahora estaban más alegres y unidos. El simple hecho de sentarse en torno a una mesa a hablar los había llevado a conocerse mucho mejor.

Durante esa primera semana experimenté un descanso mental que no había sentido desde que vivía con Sara. Aquí no era el responsable de todo y el sustento diario estaba más o menos asegurado. No tenía que estar en tensión por ningún peligro ni por no saber qué íbamos a comer al día siguiente.

Sin embargo, no había conseguido una felicidad plena porque me faltaba Sara. Lejos de su compañía y después de varias semanas de separación, la echaba más de menos que nunca. Cuando me acostaba en la cama, al final del día, no podía dejar de pensar en ella y en lo que estaría haciendo. Me desvelaba muchas veces preguntándome si habría tenido algún problema. Otras me decía que al día siguiente iría en su busca, pero volvía a tener esa sensación de que si lo hacía ella me dejaría para siempre. Para tratar de huir de mis pensamientos necesitaba ocupar mi mente con otras cosas.

Además de salir a pescar tres veces por semana, me ofrecí voluntario para despejar de vehículos un carril de las calles principales, junto con Ana, Sandra, Diane, Alberto y Jordi, que eran los que se ocupaban de esa tarea de vez en cuando. Matías, cuando no pescaba, ayudaba en la cocina a preparar la comida junto a Eva, Fernando y la persona que le tocara esa semana, puesto que se hacía por rotaciones. Como siempre, la única persona que no hacía nada era Elisa, que se pasaba la mayor parte del día en su cuarto o dando paseos por el interior del recinto del instituto, ya que no se atrevía a salir afuera.

Era tal mi afán de mantenerme ocupado, para no pensar, tratando de quedar agotado para poder dormir, que Eva me tuvo que recomendar que me tomara más descansos. Ya que si seguía así acabaría forzando mi cuerpo y podía causarme alguna lesión o enfermedad grave. La mayoría de la gente alababa mi disposición, pero un día, mientras estábamos en el *Dulce*, esperando a recoger el cabo con los anzuelos, Matías me comentó que no a todo el mundo le gustaba esa actitud mía de querer abarcarlo todo.

—¡Quién va a ser! —exclamó Matías cuando le pregunté al respecto—. Fernando el primero. Es normal, porque hasta tu llegada él era el que manejaba el cotarro. Prácticamente antes él decía quien iba a mear y quién no. Ahora el único que no le dice lo que va a hacer eres tú. Y oye, yo lo veo bien. Ojo, que no creo que haya que rendir cuentas a nadie de lo que se hace, cuando encima se hace después de haber cumplido con tu trabajo. Los demás se lo comentamos por norma, pero él nunca sabe adónde vas a estar y eso creo que no le gusta nada. El no tenernos a todos controlados o fichados le debe dar urticaria. Ya te lo dirá, pero ojo, Miguel. Ese tipo habla siempre con una sonrisa en la boca, pero no es de fiar.

—No te preocupes, viejo. En mi antiguo trabajo había chupópteros así. Pelotas o jefes mediocres que se creían los más listos. Hace menos de seis meses te diría que intentaría arreglar la situación y pasar por el aro. Pero ahora, después de una temporada en la que he estado al límite y sé lo que puedo o no llegar a hacer, ya no estoy dispuesto a reírle las gracias a nadie o dar la razón a quien no la tiene. En este caso, si Fernando viene a exigir que le rinda cuentas de lo que hago o no hago, se va a llevar una sorpresa, y no muy buena. Creo si Fernando se comporta a veces así es

porque vosotros le habéis dejado. No está acostumbrado, desde su anterior trabajo y vida, a que nadie le contradiga. Y eso no es bueno si se quiere vivir en comunidad. Al final vais a tener un problema con él si no le dejáis las cosas claras. Parece como si le tuvieseis miedo.

Matías se molestó un poco. Era un hombre mayor, con experiencia en la vida. No le gustaba que alguien mucho más joven le viniera a dar clases a esas alturas.

—Es que hay que reconocer que si Fernando no hubiese tomado las riendas desde el principio no habríamos hecho nada. Llegó el primero con Elisa y Sandra. Luego apareció Pedro. Según llegaban más supervivientes, Fernando se encargó de distribuir el trabajo y planificar todo. Elisa era una inútil y Pedro un espabilado, si Fernando hubiera sido igual ten por seguro que la mayoría se hubiese largado.

—No quiero quitarle méritos, Matías. Pero si él mismo ha aceptado que vivís en una comunidad, ¿por qué se empeña en que no lo parezca? ¿Por qué parece que vivimos en un pueblo del oeste y hay que decirle todo al *sheriff* del lugar? Hasta en la vida anterior se podían elegir a los gobernantes cada cuatro años.

—Tienes razón. Sólo te pido que tengas en cuenta lo que ha hecho por nosotros antes de pasarte un poco. Es fácil mandar a alguien a la mierda, pero muy difícil es que luego te perdone y no lo tenga en cuenta.

—No te preocupes. Aún me queda algo de civilizado. No pensaba darme de hostias con él, sino dejarle muy claro lo que pienso sobre los caciques.

—También tendrás que lidiar con Sandra. Esa chica es una cría pero tiene un carácter fortísimo, como ya habrás visto en alguna ocasión. Como ya te dije, ella y Fernando se frecuentan a menudo, y ya sabes que dos que duermen en un mismo colchón, se vuelven de la misma condición. Si vas a enfrentarte con Fernando tendrás a Sandra de enemiga. De Alberto tampoco me fiaría, a pesar de que ahora parece más amigable. No te engañes. Sólo es así porque sabe que algún día te irás. Te ve como un posible competidor por Ana. Estoy seguro de que si te ve a malas con los otros dos tomará partido y créeme que no será contigo.

—No voy a iniciar una revolución. Si vosotros estáis a gusto con él y su forma de llevar las cosas, me tragaré mi orgullo y no diré nada. Tarde o temprano me terminaré marchando pero vosotros seguiréis aquí. No quiero hacer nada que os pueda perjudicar en el futuro.

—Creo que será lo más sensato. Mira Miguel, creo que los que estamos aquí lo único que buscamos es un poco de seguridad. Si eso quiere decir que tenemos que aguantar algunas cosas lo hacemos sin problemas. De todos modos, el día que alguien no lo soporte más se irá como lo harás tú. Nadie se interpondrá en su camino. No estamos en una cárcel. Mira como se fueron Pedro y Lucía.

—Porque Pedro os era más un estorbo que un ayuda. Pero, ¿y si un día Jordi o Eva, por ejemplo, o tú mismo, decidís iros? ¿Lo permitirían? Sois los más valiosos desde el punto de vista de supervivencia pura y dura. Pregúntaselo a Fernando un día, a ver que te dice. Si la respuesta es negativa es que tenéis un problema. A mí me dejarán ir porque no sé hacer nada que ellos no puedan hacer ya. Si fuese un cirujano otro gallo me cantaría.

—Te estás poniendo en una situación que ahora mismo no se da. Das por sentado que estamos incómodos con él o con la forma como está montada esta comunidad, y no es así. No hasta el punto

de echar todo por la borda. ¿Por qué habríamos de irnos?

—Espero que nunca tengas que preguntártelo, Matías. De verdad.

No le dimos más vueltas al asunto. Mi plan de mantenerme ocupado para no pensar en Sara había originado roces con algunos, por lo que opté por mantenerme más al margen y dejar pasar el tiempo de la manera más sosegada. Decidí pedirle a Fernando el diario del capitán de la fragata *Blas de Lezo*, para entretenerme un poco, y así limar asperezas con él.

—Es un relato triste. Supongo que como todos los que habrá sobre aquellos horribles días —contó Fernando cuando me pasó el cuaderno con el diario.

—Gracias, cuando lo termine te lo devolveré.

—No hay prisa. Lo tengo porque cuando subimos a la fragata por primera vez me impresionó ver a su comandante allí sentado, en su puesto de mando como máximo responsable de su buque. Literalmente, no se hundió con su barco, pero sí que puede decirse que cumplió su misión hasta el final. Le ordenaron que el ferry no atracase y como se puede ver en mitad de la bahía, no lo hizo.

—A veces también un buen jefe debe levantar el pie del acelerador para que sus hombres no terminen por maldecirlo.

Fernando me miró unos segundos, muy serio. Luego volvió a sonreír de aquella aparente manera.

—¿Y quién le dice a ese jefe que si levanta el pie esos hombres no le tomarán por débil, aprovechando así cualquier momento para amotinarse? —preguntó entrando al trapo.

—Supongo que hemos tenido suerte de no estar en aquella fragata —respondí intentando ser conciliador para no meterme en guerras que no me convenían.

—Supongo que sí. Ahora, si me perdonas, tengo que ir a hacer unas cosas.

Me fui a mi habitación y me tumbé en la cama. Decidí no pensar en nada más que en la lectura del diario.

"Mañana me tomo el día libre, le guste o no al *sheriff*", pensé mientras abría el cuaderno.

Al parecer, la fragata de guerra española interceptó al *Pont-Aven* a mitad de camino, instándolo a regresar. Como el buque británico tenía tantos enfermos se negaron a hacerlo. Además, había brotes violentos por parte de algunos pasajeros y suponían que si daban media vuelta habría una tragedia. Desde la *Blas de Lezo* se mandó en helicóptero un comando de intervención de la infantería de marina. Acabaron con la revuelta y masacraron a unos cuantos exaltados que habían hecho todo tipo de barbaridades a bordo. Los dos buques regresaron a Santander y el ferry quedó en cuarentena. Lo otro ya lo sabía. Hubo tumultos en la ciudad cuando empezó el pánico y todos acabaron sucumbiendo. Todos, menos Diane.

***

Intentando no soliviantar a nadie, y después de descansar bastante, decidí no llamar más la atención. Estaba visto que quien destacaba era considerado primero un buen trabajador y luego pasaba a ser un listo. Entre los que me consideraban de la primera forma estaba Matías, Diane, Eva, Ana y en menor medida Jordi. Entre los que pensaban lo segundo estaban los demás: Fernando, Elisa, Alberto y Sandra. No había animadversión contra mí, pero sí que notaba que cuando yo decía de ir a hacer una cosa veía las miradas cruzadas de algunos de ellos y me daba cuenta de lo que

pensaban. No era una situación agradable, sobre todo porque esa gente primero pensaba mal antes de conocer nada más.

Tal y como le había dicho a Matías, yo estaba de paso. No quería provocar una guerra o malestar entre ellos. Por lo que la nueva forma de comportarme parece que les gustó más: mantenerme en segundo plano y dejar que ellos protagonizaran la vida en la comunidad. A pesar del disgusto de muchos de ellos, incluido Alberto, dejé de ir a las noches de historias después de la cena. Luego supe que otros dejaron de ir también, como Matías o Diane. Al cabo de unos días aquel hermoso grupo de dicharacheros terminó igual de rápido que había empezado. Todo volvía a ser como antes y Fernando parecía complacido por ello. Yo sabía que Matías y Diane estaban empezando a cansarse de este y sus formas de hacer las cosas, pero no querían, o no se atrevían, a hablar con él sobre lo que no les gustaba. Esa actitud tampoco me parecía bien. Si uno no estaba de acuerdo con algo, ¿por qué callar?

Así pasaba mis días en la comunidad, muchos de los cuales me aburría a pesar de estar rodeado de personas. Fui conociendo la manera de ser de ellos. Había cosas que me gustaban y otras no tanto. Eva ya no me hablaba. Supuse que estaba escarmentada de mis huidas a sus pretensiones nada disimuladas de llevarme a la cama. No había querido llegar a ese punto, pero su obstinación era casi un agobio. Al cabo de un tiempo volvió a hablar conmigo de la misma manera amigable que antes, pero sin proposiciones. Estaba seguro de que Matías le dijo que yo estaba todavía enamorado de mi mujer y por eso rechazaba la compañía de otras. Eva miraba entonces mi anillo y sonreía con esa idea romántica en su cabeza, consolándose en que no me había querido acostar con ella por eso.

Ana era una mujer rara. No en el sentido de que se quedase sentada mirando al suelo, sino que era como una *hippy* trasnochada. Todo era alegría, paz y amor hasta la extenuación. Una vez escuché a la maliciosa Sandra decir que Ana se había fumado demasiadas cosas raras en su juventud y que por eso iba así. La verdad es que era una mujer demasiado liberal para lo que allí estaban acostumbrados. Se sabía que Alberto iba detrás de ella, pero esta prefería desahogarse con Jordi. Eso a Alberto le desquiciaba, porque eso quería decir que Ana prefería montárselo con cualquiera menos con él. Eso debía doler. Jordi era una persona muy alegre también, de ahí que Ana se fijase en él, pero era muy voluble. Un día estaba de uñas con Fernando y al otro no paraba de alabarlo riéndole las gracias de manera casi ridícula.

Con Sandra había que andar con cuidado. Cada vez que la veía era como si nos estuviera espiando para pasar luego un informe a su Fernando. A pesar de ser una chica muy atractiva dotada de un cuerpo de escándalo, no levantaba pasiones en los hombres debido a su chulería innata. Supuse que cultivada en discotecas espantando moscones. Además de un exceso de personalidad demasiado exacerbado, con propensión al enfrentamiento dialéctico. Era la pareja del "jefe" y eso la gustaba, a pesar de la regla de que no hubiera parejas. Elisa, la altiva mujer de aristocrático linaje, se estaba empezando a sumir en lo que Eva llamó una especie de languidecimiento depresivo. Antes había sido la pareja de Fernando y ahora se veía relegada a una vida de claustro. Encerrada casi todo el día en su cuarto se negaba a hablar con nadie, excepto con Fernando que era quien la llevaba la comida y otras cosas. De todos modos, a nadie del grupo le importaba demasiado lo que le pasaba a esa mujer y estoy seguro de que, si hubiera muerto, nadie hubiera derramado una sola lágrima por

ella. Los únicos normales en su comportamiento eran Matías, que pasaba cada vez más tiempo en su barco, y Diane, que hablaba mucho conmigo, por ser la única persona confiable, según ella. Una tarde me comentó sus planes inmediatos:

—No digas nada tú a esos. Pero Matías prepara barco para... *Go to England!*

—Lo dices como si fueseis a huir. ¿Por qué no lo anunciáis? —pregunté.

—Mi da igual, pero Matías querer mantenerlo en *secret* por unos días m... *more*, más. Él sólo me acompañara a *England* y luego retornará aquí.

—¿Vas a vivir sola allí? Puede haber mil peligros.

—Allí no hay osos ni lobos —se rió—. Animal más grande es zorro.

—Me refiero a otros peligros. Acuérdate de Pedro. Puede que te encuentres con algún superviviente con ganas de..., ya sabes.

—Llevo arma y manejo bien. *No problem!* Allí conozco mejor sitios, mover mucho más que aquí. Y yo querer enterrar a mi abuelita.

—Cuando os vayáis decídmelo y me despediré.

—No vamos a ir a escondidas, tranquilo. Oye, si tú quieres puedes venir. Eres un buen tipo.

—Oh, gracias pero prefiero quedarme en casa. Además, no sabría conducir por la izquierda.

Diane se volvió a reír y me dio las gracias por haberme portado tan bien con ella. Luego me susurró que aquel grupo no le daba buenas vibraciones y que, antes de que pasara algo malo, ella pondría unas cuantas millas de por medio.

Comentando después todo aquello con Matías este me reveló que era algo que la había prometido, cuando la sacó del *Pont-Aven*, ya que era un hombre de palabra. También añadió que el viaje no era largo y en aquella época del año no había problemas en la mar. Me sugirió que los acompañara, ya que en poco más de diez días estábamos de vuelta. Doce, como mucho.

—Gracias por el ofrecimiento, viejo. Pero todavía digo cuerdas en vez de cabos. Ya sabes que el mar no es lo mío.

***

Tal y como preveía no sentó nada bien la idea de que Diane se fuera. Ella no era un *tipo A*, pero aún así la intentaron convencer de maneras un poco sectarias, con Fernando y Sandra hablando con ella y relatándola sin miramientos las amenazas a las que se tendría que enfrentar. Alberto, que se veía así sin posibilidades de poder intimar en un futuro con otra mujer, también intentó convencerla, pero la palabra no era su fuerte y terminaba ofuscado. Al menos sabían que Matías volvería, pero querían asegurarse de ello. Fernando mencionó la posibilidad de que alguno más lo acompañara. "Por si necesitáis ayuda en el viaje", fue la excusa.

—Necesito más ayuda para pescar y nunca os habéis ofrecido —replicó Matías—. Para un simple viaje no necesito a nadie.

La respuesta sorprendió a todos, incluido a mí, que sonreí al ver cómo Matías iba dejando de ser un complaciente viejo para volver a ponerse en la piel de un curtido marino.

Las mujeres, especialmente Eva y Ana, lamentaron mucho su marcha. Tenían mucho cariño a la joven inglesa y les dolía perderla. Fue Jordi el primero que propuso hacer una fiesta de despedida. Diane era de las pocas personas del grupo que no tenía enemigos y todos aceptaron con entusiasmo,

a pesar de no haber hecho nunca una celebración desde que estaban allí. En seguida surgieron ideas y voluntarios para prepararla.

Se habilitaría el salón de actos e intentarían colocar algunos focos y elementos decorativos. Matías se animó, proponiendo que él montaría la barra del bar. Todos fueron aportando ideas y entusiasmo. Fernando, un personaje de lo más aburrido, propuso buscar un karaoke portátil. Como Matías dijo que esperaban salir en menos de una semana hubo muchas prisas por dejarlo todo preparado en dos o tres días. Jordi, Sandra, la propia Diane y yo mismo salimos un par de veces a buscar cosas en la ciudad. En unos bares de copas encontramos todo lo necesario. Desde las bebidas, luces, equipo de música, altavoces, hasta decenas de discos de todos los géneros posibles. Matías quería bailar pasodobles y enseñar a Diane como se hacía.

Ana y Eva se ocuparon de la decoración del salón, cada una con su estilo propio. Dejando, por tanto, el espacio con una impresionante mezcla de barroca horterada de selva de tiras de papel. Matías, con mi ayuda, pudo montar la barra que quería. Varias grandes mesas del comedor, con unas sábanas viejas por encima y docenas de vasos de tubo, botellas y hasta un barreño donde decía que iba a preparar la afamada queimada. La que le enseñó a hacer un gran amigo gallego, que fue tripulante en su barco durante muchos años. Para ello utilizaría las últimas botellas de aguardiente que habían permanecido todo ese tiempo a salvo en el *Dulce*, azúcar, corteza de limón, unos granos de café sin moler, y trozos de fruta. Eva, que era gallega, dijo que ella recitaría el tradicional conjuro, cuando ardiese todavía la queimada, aunque no se sabía más que los primeros versos. Añadió que aquello espantaría los malos espíritus y las meigas.

Jordi, junto con Fernando, que esta vez sí se arremangó para trabajar, se ocuparon del apartado técnico. Se habilitó una especie de zona de baile, donde instalaron varios pequeños focos y luces de distintos colores, para que la gente pudiese bailar o *hacer el cabra*, como dijo Sandra. En las pruebas de sonido del equipo se utilizaron varios discos de cantantes folclóricos que produjeron un verdadero ataque de risa colectiva. Hasta el siempre serio Alberto se atrevió con unas carcajadas. En definitiva, esos cuatro días de preparaciones fueron los más alegres y distendidos que tuvimos desde que estaba con ellos.

Lamentablemente, serían los últimos.

La mañana antes de la fiesta, Matías y Diane habían terminado de recoger las cosas de esta y su posterior traslado al *Dulce*. Los ayudé a cargar provisiones para el tiempo que iban a estar fuera. Matías dijo que no me preocupase por el viaje, ya que en sus más de cincuenta años en la mar había tenido todo tipo de experiencias y sabía lo que podía o no hacer y aquel viaje no era nada peligroso.

—En invierno podemos encontrar tormentas y mala mar, pero en esta época será como ir por un estanque. Confía en mi experiencia, hombre.

—¿Llevarás armas?

—Llevo el fusil del Ejército que ya viste una vez. Aunque reconozco que no he disparado en mi vida salvo una pistola de señales. Lo llevaré por si acaso, aunque en alta mar no creo que tengamos que utilizarlo. Sólo cuando desembarque en Inglaterra. Diane se lleva otro, además de una pistola que le ha dado Fernando para que pueda ir bien armada por su país. También llevará en su mochila unas cuantas raciones de combate, que encontramos a bordo de la fragata de guerra, para que pueda comer al principio si no encuentra nada. Y poco más, ella es lista y sabrá cuidarse, créeme. Sólo

lamento perderla porque es como una hija. Me ha dicho que me vaya con ella pero no me siento con fuerzas y menos para hacer de lastre. Ella estará mejor sin mí. Pero tú, Miguel, sí podrías ir con ella. ¿Te lo ha comentado? El otro día me dijo que pensaba en ti para ello. Porque dijiste que querías seguir viendo mundo y esta es una buena oportunidad.

—Me lo dijo ayer, pero me negué.

—Piénsalo, muchacho. Diane es una chica excelente. Además, es muy guapa a pesar de sus pecas y su pelo colorado. Ya va a cumplir los dieciocho años y no es una niña. Sería una buena pareja para un hombre como tú. Es más, creo que seríais perfectos, de verdad. Así descansaría sabiendo que está en buenas manos. Si te lanzas no te vas a estrellar, porque la he visto como te miraba a veces. De todos los hombres que hay aquí tú eres el que más le convendría. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Venga, Miguel. ¡Anímate!

Miré a Matías. Bajando la voz, a pesar de estar a solas en el jardín del instituto, le hablé de Sara, de los problemas que tuvimos y de que algún día esperaba encontrarme de nuevo con ella para vivir a su lado. El viejo se sorprendió al saber aquello, pero no me guardó rencor por no habérselo contado antes.

—Te entiendo. Has sido muy prudente en no mencionar que tu mujer vive todavía. Seguramente, no hubiera pasado nada pero alguno seguro que sospecharía que ocultas más cosas y por descontado habría problemas en el futuro. Yo no voy a decir nada, tranquilo. Me temo que eso te descarta para mi Diane —dijo con una forzada sonrisa.

—Creo que sí.

La noche de la fiesta terminamos pronto de cenar. Nos quedamos en la mesa, charlando distendidamente, mientras Jordi, Sandra y Diane se fueron al salón de actos a preparar el lugar antes de que fuésemos todos. Durante la cena cada uno de nosotros le hizo un pequeño regalo a Diane, para que se acordase de todos y la animase cuando estuviese sola en su país. Todos excepto Elisa, que no bajó ni para despedirse. Algo que no le dimos mayor importancia. Yo le regalé a Diane un collar, que había encontrado en las casas de la zona, al que había hecho un apaño, no muy logrado, de hacer una pequeña banderita española unida a la británica, con un par de chapas y un soldador que me dejó Jordi. A ella le gustó mucho, qué iba a decir.

El caso es que fue un momento muy bonito y por un momento pareció una fiesta de cumpleaños con tantos regalitos. Fernando le regaló un hermoso anillo de no sé qué cuantos quilates. En aquel mundo, en el que ya esas cosas no significaban nada, no dejaba de ser un anillo caro sin un significado íntimo. Los demás habíamos tratado de personalizar algún objeto, con nuestras propias manos, porque era lo único que podíamos regalar que tuviera algo especial, que era lo que ella iba a necesitar. Hasta Alberto, fiel a su estilo, la regaló una pequeña pistola del calibre veintidós, con las cachas hechas a mano por él, con unos toscos grabados.

Diane, hecha un mar de lágrimas, nos dijo que nunca nos olvidaría y que la vida daba muchas vueltas. Lo mismo nos volvíamos a encontrar. Todos sabíamos que eso era muy difícil, pero brindamos por ello.

Cuando nos avisaron de que el salón estaba preparado, nos fuimos levantando de la mesa del comedor para dirigirnos allí. Según avanzábamos por el pasillo, pudimos escuchar la atronadora música que anunciaba un buen espectáculo.

SEÑOR R

Y fue digno de verse. A pesar de haber sido todo improvisado, con medios más bien escasos, el salón de actos presentaba un aspecto de bar de copas bastante digno. Las únicas luces que había eran la de los potentes focos instalados en la pista de baile y en los extremos de la sala. Aún así, había luz de sobra.

—Esta noche va a reventar el generador —bromeaba un más que satisfecho Jordi al ver lo que había conseguido.

Nos dirigimos a la barra del bar, donde Matías ya estaba preparando su queimada, mientras gritaba que pusieran música decente. Cuando Eva dio fuego a la queimada, Jordi bajó las luces hasta casi la completa oscuridad, dejando la fantasmagórica luz que salía del barreño. En ese momento Eva, con gestos teatrales, pronunció los únicos versos del conjuro que lograba acordarse.

“Mouchos, curuxas, sapos e bruxas. Demos, trasnos e diaños, espíritos das neboadas veigas”.

—¡Amén! —remató Alberto, y todos nos reímos.

Brindamos con los pequeños vasos y varios tosieron por el paso del aguardiente por sus gargantas. Sólo Matías parecía que aguantaba estoico todo lo que le echaban, mofándose de nuestra debilidad por preferir unos más civilizados *cubatas*.

El alcohol empezaba a subirse a nuestras cabezas, haciendo que muchos estuviésemos en la pista de baile haciendo el tonto. Alberto, haciendo caso a Matías, puso entonces unos pasodobles, logrando que todos bailásemos agarrados. Para mi sorpresa, advertí cómo Alberto lo hacía muy animadamente con Ana, y esta se reía de las cosas que él le iba susurrando en la oreja. Fernando bailaba con Eva, más por cortesía que por ganas, pero también lo estaba pasando bien. Matías lo hacía con Diane, quien casi no podía mantenerse en pie de la risa por bailar una *typical spanish dance*. Jordi y Sandra, para sorpresa de todos, se movían bastante bien y en seguida se hizo un corro a su alrededor animándolos.

Aprovechando que estábamos todos juntos, Jordi se escapó y cambió de música por otra más moderna, machacona y por supuesto de ensordecedor ritmo de percusión. También subió un poco más el volumen avisando de que "la bajaría si venía la Policía". Matías se fue entonces a reposar un poco al lado de la barra, mientras conversaba con Eva, que también se rindió. Los demás continuamos dando botes y haciendo un poco el tonto en la pista. Sandra, sabedora de que estaba en su salsa, empezó a contornearse en mitad del grupo. Era imposible no admirar aquel cuerpo, aunque lo procurábamos disimular intentando hablar con el de al lado, algo por otra parte imposible por el elevado sonido de la música.

Estaba a punto de ir a hacer compañía a Matías y Eva cuando reparé en cómo Fernando, que estaba justo en frente de mí, resbalaba y se caía al suelo. En un principio nos reímos, porque creímos que era producto de su borrachera. Sandra, que se agachó a ayudarlo a levantarse, le tocó la espalda y dio un grito espantada.

Estaba sangrando.

Luego todo ocurrió en menos de un minuto.

Con los focos deslumbrando y el sonido estridente, no habíamos oído cómo Elisa había entrado y disparado a Fernando con una pistola automática. Tenía los ojos inyectados en sangre, el rostro desencajado y una mirada asesina que nos heló la sangre.

Era evidente que había perdido la razón.

SEÑOR R

Fue imposible oír el disparo, por lo que nos cogió a todos por sorpresa. Jordi, el más cercano a ella, intentó quitarla el arma. Pero esta lo apuntó y le descerrajó un tiro a quemarropa en plena cara. Trozos de su cerebro se desperdigaron hacia atrás, mientras su cuerpo se desplomaba hacia adelante. Los demás, espantados por lo que estaba ocurriendo, intentamos alejarnos o acercarnos a ella, aprovechando los fogonazos de luz, que parecía que martirizaban a Elisa. Eva, que intentaba llegar hasta Fernando, que yacía herido en el suelo, se resbaló con un trozo de materia gris y se dio un fortísimo golpe en la cabeza. Se quedó allí tendida mientras sus piernas se movían de forma compulsiva.

Al fin, Alberto, jugándosela a un todo o nada, consiguió plantarse por la espalda de Elisa y golpearla. Esta cayó al suelo maldiciendo a todos. Alberto recogió la pistola y la apuntó con ella.

Diane quitó la música y encendió las luces. Se nos apareció entonces una pavorosa escena de sangre y lágrimas.

***

La muerte de Jordi y Eva nos hundió a todos.

Aquella noche fue terrible. Elisa no paraba de gritar que nos iba a matar a todos, y lo hubiera hecho si hubiera podido. Sandra, en un arrebato furioso, intentó acabar con ella. También lo hubiera conseguido si no se lo hubiéramos impedido.

Fernando estaba muy mal herido. Con un disparo en la espalda perdía todavía sangre, aunque no tanta como al principio. Pero sin Eva, la única que podía haber hecho algo por él, era imposible curarlo. Además, la bala seguía dentro y nadie sabía qué hacer. Ana, que había tenido un ataque de nervios y tuvo que ser sacada del salón, volvió al rato algo más calmada pero muy distante, como si hubiera desconectado de todo aquello. Matías dijo que estaba en estado de *shock*.

Alberto ató a Elisa a una silla y la amordazó para no tener que seguir escuchando sus obscenidades. La pobre Diane, que había estado disfrutando de la mejor noche de su vida, sufría por cómo se iban a quedar sus amigos de España.

—Veamos las prioridades —traté de empezar a poner un poco de orden en aquel caos—. Lo primero es llevar a Fernando a la enfermería y ponerlo boca abajo hasta que sepamos qué hacer. Allí estará mejor. De momento y aunque suene terrible nos olvidaremos de Jordi y Eva porque ya no se puede hacer nada por ellos. Les daremos un entierro digno en cuanto podamos. Alberto, por favor, llévate a Elisa a algún cuarto vacío y déjala allí encerrada. Luego vuelve porque te necesitaremos. Diane, ve con Ana y sácala de aquí, a ver si consigues que vuelva a la realidad. Sandra. ¡Sandra mírame, por favor! Quédate con Fernando. Háblale para que sepa que estás a su lado. Matías y yo improvisaremos una camilla con esa mesa plegable.

Tiramos los vasos que había encima y pusimos a Fernando en ella. Este estaba inconsciente por la abundante pérdida de sangre.

La herida tenía muy mal aspecto.

Llevamos a Fernando a la enfermería todo lo deprisa que pudimos. Allí lo tendimos en la camilla, que estaba en el centro de la sala y le quitamos la camisa. Sandra le echó agua para limpiar la herida y poder observar mejor su estado. Con unas gasas y esparadrapo apretamos para evitar que siguiera desangrándose. Le dimos varias vueltas al pecho.

SEÑOR R

—Hay que sacar la bala, Miguel —afirmó Matías.

—¡Joder, ya lo sé! ¿Cómo narices lo vamos a hacer? —estaba muy asustado porque me veía haciéndolo yo.

Todos los demás habían obedecido al punto mis instrucciones, casi agradecidos de que alguien tomara las riendas. No me extrañaba, por tanto, que nadie se hubiera impuesto a Fernando. Nadie quería asumir responsabilidades y menos en ese momento.

—De acuerdo —proseguí—. Lo haré yo. Pero os advierto de que las posibilidades de salvarle son prácticamente nulas. Ha perdido un montón de sangre que no podemos reponer, y perderá más cuando le meta mano a la herida. Por eso es mejor esperar un poco a que deje de sangrar y pueda restablecerse algo. No podemos saber a qué profundidad está la bala, ni que órganos ha tocado o dañado. ¿Sabéis lo que quiero decir?

—Si, Miguel. Pero hay que intentarlo, por favor —suplicó Sandra muy nerviosa—. Si se muere, nadie te lo va a reprochar.

Al poco rato bajó Alberto. Mi esperanza era que él, como cazador, tuviese menos reparo en tocar una herida. Sin embargo, también escurrió el bulto.

—Yo estaré a tu lado e intentaré ayudar en lo que pueda. Pero no me pidas que lo haga.

—Todos, excepto Sandra, que se queden fuera. Vamos a ponerle el oxigeno de esa botella. Es lo único que podemos hacer por ahora. Alberto, mañana a primera hora nos ponemos con ello.

Este asintió. Luego pidió a Matías que le ayudara a sacar a Jordi y a Eva al exterior, para enterrarlos en el jardín. Alberto me sugirió que me fuese a dormir porque al día siguiente me iban a necesitar bien despejado.

—¿Dormir, con lo que ha pasado? ¿Estás loco?

Efectivamente, no dormí nada. A las seis de la mañana bajé a la enfermería a ver como estaba Fernando, deseando que hubiera muerto para no tener que enfrentarme a una operación que era iba a ser un disparate.

No estaba muerto, aunque no había recobrado la conciencia.

Sandra, que no se había separado de él en todo ese tiempo, estaba a su lado, recostada en una silla. Me informó de lo que había pasado y me preguntó cuándo iba a empezar.

—Hay que hacerlo cuanto antes para cerrar la herida y sacar la bala cuanto antes —me apremió —. Yo prepararé el hilo. Habrá que coserle al viejo estilo para que deje de sangrar.

—De acuerdo —asentí con nerviosismo—. ¿Adónde está Alberto?

—Todos están fuera. Han enterrado a Jordi y a Eva.

Salí al exterior y los vi a todos sentados en las escaleras de acceso, cansados y abatidos.

—Alberto, tenemos que empezar.

Este se levantó despacio y se puso frente a mí.

—Gracias por hacerlo, Miguel.

Tanto él, como Sandra y yo, fuimos los únicos que permanecimos dentro de la enfermería para la operación. Nos pusimos unas batas blancas que había en un armario de la enfermería y nos lavamos a conciencia desde las manos hasta los codos. Restregándonos bien las uñas, ya que una simple infección podía ser fatal. También nos pusimos unas redecillas en las cabezas.

—Supongo que te habrás despedido de él esta noche —le dije a Sandra.

SEÑOR R

Esta asintió sin mirarme. Puso la silla justo en frente de la cabeza de Fernando, para controlar la mascarilla de oxígeno y su respiración. Alberto se situó a la derecha de aquel y yo en frente. Nos pusimos los guantes de látex y las mascarillas. Quitamos la venda.

No sé porqué me había imaginado que iba a poder ver el surco dejado por la bala, como si el cuerpo de Fernando hubiera sido de arcilla y con solo asomarme vería la dichosa bala al fondo. Pero el cuerpo humano es algo blando y la bala, al entrar, era inmediatamente absorbida por los músculos, carne y demás. O lo que es lo mismo, era imposible ver la bala porque se había cerrado el camino tras ella. Tenía unas largas pinzas que no sabía cómo utilizar. Alberto, con una botella con un pitorro echaba agua a la herida, para limpiarla y poder ver algo, pero la sangre, una vez quitada la venda, brotaba y no había forma de aclararse.

Me estaba desesperando.

—¿Cómo voy a meter ahí la pinza? ¡Si no se ve una mierda!

—Por favor, Miguel —suplicó Sandra—. ¡Hazlo de una vez!

—¡Vale, joder! ¡Ya voy, ya voy!

Empecé a introducir la pinza. Intentaba no hurgar, pero la sensación de estar abriéndome paso entre músculos y carne humana era muy desagradable. Le pedí a Alberto que dejara de echar agua, por si entraba en la herida, ya que no sabíamos si podía ser contraproducente.

—¿Cómo está? —pregunté a Sandra.

—Respira muy lentamente, pero lo hace.

—Está perdiendo mucha sangre. ¡Y eso no es bueno!

La bala no había entrado por la columna, sino a unos pocos centímetros a la derecha de la misma. Tenía que tener cuidado para no dañar los pulmones. Aunque parecía que había cavado un túnel, la pinza apenas había ahondado un centímetro y medio.

—Vamos, vamos... —me animaba a mí mismo, mientras iba, milímetro a milímetro, en busca de la bala—. Esto está duro, joder, no creo que sea un hueso, ¿no? Ahí no tenemos hueso. A ver..., no, no era un hueso, debía ser un músculo. ¡Qué duro está, por Dios! No sé si forzarlo... Vale, vale... ¡Anda, chicos! ¡Creo que es la bala! ¡Coño! ¡La he encontrado! Vale, vale, a ver..., con tiento. La voy a coger, se... Se me escapa. ¡No! ¡La tengo! Ya sale... ¡Dios, ya sale!

Saqué la bala mirándola triunfalmente mientras apremiaba a Alberto para que limpiara la herida y a Sandra para que la cerrase con el hilo sanitario.

Ninguno de los dos hizo nada.

—¿Qué coño os pasa? ¡Cerrad esa herida o se desangrará!

Sandra se levantó llorando y puso una mano en mi hombro.

—Gracias, Miguel. Lo has intentado. Pero Fernando ha muerto.

***

Decir que había sido una tragedia era quedarse corto. En cuestión de sólo unos instantes la prometedora comunidad casi se había desintegrado. No sólo habían perdido a tres personas, sino que, además, esas tres personas eran vitales para el mantenimiento del estilo de vida que llevaban. Sin el liderazgo de Fernando, sin el mantenimiento de vehículos, aparatos eléctricos y demás artilugios que hacía Jordi, y sin el servicio médico de Eva, volvían a estar en una situación límite de

supervivencia.

Volvían a sentirse desprotegidos en un ambiente hostil.

Para rematar la faena, debido a los acontecimientos de aquella terrible noche, el generador había estado funcionando a pleno rendimiento durante demasiadas horas, ya que nadie se preocupó de apagarlo o bajarlo de revoluciones. Esa sobrecarga derivó en un incendio, no muy aparatoso, pero que terminó por dejarlo inservible.

Adiós, por tanto, a la electricidad. Bienvenidos de nuevo a la edad de piedra.

Todo aquel cúmulo de desgracias nos había sumido en un profundo bache emocional, sobre todo a los antiguos miembros de lo que quedaba de la comunidad. Yo me sentía mal, pero no era lo mismo. Yo estaba de paso, y así me había sentido siempre. No me extrañó, por tanto, que aquella mañana se decidiera tratar en una reunión la continuidad de la comunidad o su desintegración. También había que decidir qué hacer con Elisa, que seguía encerrada en el cuarto donde Alberto la había dejado la noche anterior. De vez en cuando alguien le daba algo de comer, pero nadie quiso hablar con ella ni saber su estado. Todos, incluido yo, esperábamos que se ahorcara o se lanzase por la ventana. El propio Alberto dejó una cuerda y sugirió que terminara ella misma con el problema. Pero no lo hizo y eso nos dejó a nosotros toda la responsabilidad de decidir qué hacer con una asesina.

La reunión se iba a desarrollar en el jardín del instituto. No queríamos volver al salón de actos. Sandra era la en que peor estado anímico se encontraba. Totalmente hundida, no hacía otra cosa que mirar al suelo y mascullar palabras incongruentes. Se negó en todo momento a tomar calmantes. Además, apenas había probaba bocado en todo ese tiempo. Alberto estaba triste, pero por su forma de ser más introvertida, parecía que lo soportaba mejor, aunque la idea de empezar de cero no le atraía nada. Diane estaba también desolada y Matías, que había perdido durante la pandemia a su mujer, sus cuatro hijos y sus nietos, veía que las cosas volvían a repetirse. Más de una vez le oí susurrar que ya no volvería a pasar por aquello y que se iba.

El viejo fue el primero en tomar la palabra. Y lo primero que puso en la palestra fue la decisión del destino de Elisa.

—Antes de nada —me adelanté—, me gustaría que, dentro de lo posible, razonáramos lo que fuésemos a decir. No quiero escuchar a nadie proponer que hay que acabar con ella y que luego me toque a mí hacerlo.

Noté como Alberto y Sandra clavaban sus miradas de desprecio en mí. Había sido un golpe bajo pero quería dejar las cosas claras.

—¿Qué piensas tú que hay que hacer con ella? —indagó Sandra, saliendo del letargo y empezando a ponerse muy nerviosa.

—En nuestra anterior vida, la antigua sociedad quiero decir, estoy seguro de que Elisa hubiera sido internada en un psiquiátrico, no en una cárcel. No, escuchad primero lo que tengo que decir. Aunque nos duela reconocerlo, y con esto no la excuso ni mucho menos, Elisa está loca. No sé cuál es la palabra técnica pero esa es la que mejor la define. ¿Qué desencadenó lo de la otra noche? Qué se yo. Pudo haber sido la música tan alta, la soledad, esas pastillas que se le daban de vez en cuando...

—¡Pareces su jodido abogado defensor! —espetó Sandra, poniéndose de inmediato en pie—.

¡Esa puta loca ha matado a nuestros amigos!

—Tranquila Sandra. Siéntate, por favor —dijo Matías—. Debemos escuchar lo que Miguel tiene que decir.

—Bien —proseguí—. A lo que voy es que esa mujer no estaba en posesión de sus actos. No tenía lucidez para saber qué estaba haciendo.

—Si en eso podemos estar de acuerdo —convino Alberto—, aunque personalmente creo que una persona también puede hacerse pasar por loco. Pero no podemos encerrarla en un psiquiátrico. Nos pides que razonemos pero, por mucho que lo hagamos, llegaremos a la misma pregunta. ¿Qué hacemos con Elisa? Yo, y supongo que también todos los demás, no querrán ocuparse de ella toda su vida aunque la tengamos encerrada en una habitación. No, amigo, en esta nueva vida no se puede perder el tiempo en esas cosas. Quien la hace la paga.

—Es cierto —afirmé—. Y espero que también estemos de acuerdo en no matarla. Creo que eso no serviría de nada, salvo para martirizarnos la conciencia.

—¡Yo quiero matarla! —aulló Sandra—. ¡Ahora mismo! ¡Dame una pistola, que subo arriba y acabo con el problema! ¡Esa zorra tenía celos de mí por estar con Fernando!

—Sandra, no estás siendo razonable —la recriminé.

—¡A la mierda lo razonable! ¿De qué coño vas? ¿De tío súper enrollado?

—Sólo intento que esto no se nos vaya de las manos. Todos hemos vivido el caos de la pandemia y sabemos lo atroces que pueden llegar a ser las personas. Desearía que dejáramos a un lado el impulso de matar y razonemos, porque es lo único que nos queda para no ser unos jodidos animales —estaba empezando a molestarme la violenta actitud de Sandra.

—¡Entonces da una solución, tío listo! —gritó subiendo el tono.

—No os va a gustar, pero lo propondré y luego vamos a votar. Se hará lo que quiera la mayoría. ¿Algún problema con eso?

Nadie dijo nada. Sandra se sentó de nuevo, muy enfurecida, mientras movía la cabeza de manera impaciente.

—Creo que lo mejor es que dejemos a Elisa que se vaya —afirmé.

Hubo gestos de contrariedad y otros de asentimiento. Sandra se volvió a levantar, insultándome con toda clase de improperios. Alberto la tuvo que agarrar porque ya venía hacia mí para pegarme o algo peor.

—Sé que puede parecer un premio, pero no lo es —me justifiqué—. Ahí fuera no sabrá cómo sobrevivir, y si lo hace será porque tendrá que empezar a pensar y dejar su locura a un lado. Ella decidirá si quiere vivir o no.

—Creo que eso es muy cruel —opinó Matías—. Mejor acabamos con ella ahora mismo. Si se va sola morirá de una forma horrible: de hambre, por un accidente, comida por los lobos...

—No hay más que esas dos alternativas porque tenerla encerrada es inviable —dije levantándome—. Así que votemos. Por favor, pensad bien lo que vais a decir. Si queréis votamos esta tarde para que tengamos tiempo. Pero hay que dejar una cosa clara: se aceptará lo que diga la mayoría y nadie podrá echar en cara nada a los demás. ¿Aplazamos entonces la reunión?

—¡No! —se negó Alberto—. Creo que no se necesita más tiempo. Arreglemos esto ahora.

—De acuerdo —asentí—. Entonces yo voto porque se vaya.

SEÑOR R

—Yo voto por matarla. Seré yo misma quien lo haga —se ofreció Sandra.

—Las dos opciones son crueles —juzgó Matías—. Pero bajo mi punto de vista y, conociendo lo que podría hacer Elisa ahí fuera, o mejor dicho, lo poco que podría hacer, creo que sufriría demasiado tratando de sobrevivir. Eso sería demasiado cruel. Por lo tanto, aunque tampoco me guste la idea, voto por matarla ahora y ahorrarle sufrimientos.

Aquello me sorprendió. Aunque también comprendía sus razones. Bajo su punto de vista podía tener razón. Elisa no sabía hacer absolutamente nada. Ni siquiera la comida aunque tuviese todos los ingredientes a mano. Era lógico pensar que no podría sobrevivir y que sucumbiría. No había que olvidar que era una mujer que pasaba de los cincuenta años y no podría servirse de su agilidad o fuerza. Pensándolo mejor, era una condena horrible que sólo servía para que nuestras conciencias no cargaran con un muerto. Eso se lo dejábamos a la Naturaleza.

—Yo voto por terminar ahora con el problema —murmuró Diane.

—Yo prefiero que tenga una oportunidad de encontrarse a sí misma ahí fuera —decidió Ana—. Al menos, podrá intentarlo.

—Yo voto por ejecutarla —dijo Alberto utilizando esa horrible palabra que a todos nos sonó demasiado fuerte.

—Cuatro votos a favor de acabar con ella y dos a favor de que se vaya —resumí de mala gana —. Por tanto, ya hemos tomado una decisión.

—Levantemos la sesión y terminemos con esto —apremió Sandra, sabedora de que le tocaba ejercer de verdugo.

Ahora que estaba en caliente la costaría menos que si pasaba más tiempo. Aunque era una persona muy visceral y era la que más empeño había mostrado en acabar cuanto antes con Elisa, también había notado como esa responsabilidad le había vuelto a la dura realidad de lo que representaba matar fríamente a otra persona. Eso era algo muy duro de asumir y de hacer.

—Tenemos que hablar también del futuro —hice un gesto para que la gente no se levantara todavía.

—¿Qué hay que hablar? —preguntó Alberto muy contrariado.

—Para empezar, Diane se va a su país. Matías la va a acompañar.

—Y no voy a volver —apostilló el viejo marino—. Creo que con lo que ha pasado se cierra otra triste etapa para mí. No quiero pasar más por tanto dolor. Así que dejaré a mi pequeña Diane en Inglaterra y volveré para seguir navegando hacia el sur, o al este. Ya veré.

Aquello sorprendió a todos. Otro varapalo más. La comunidad se había roto para siempre.

—Matías, tú y tu barco sois vitales. Piénsalo, por favor —suplicó Alberto.

—Ya soy viejo y no podré estar mucho tiempo pescando. Creo que no os iba a servir de mucho en el futuro. Créeme, no querréis cargar con un anciano cuando estéis solos.

—Por mi parte —intervine mientras Ana se echaba a llorar—, os recuerdo que desde el principio os dije que algún día me iría. No es por aprovechar el momento y dejaros en la estacada, pero yo también me voy.

—¡Os vais todos! —exclamó Ana, echando las manos a la cabeza—. ¿Qué haremos ahora los demás?

—Tendríamos más posibilidades de sobrevivir en grupo —dijo Alberto—. Podemos comenzar

en otra parte, en algún lugar más pequeño.

—¡Vivid vuestra vida, yo hace tiempo que elegí la mía! —exclamé cansado de aquella actitud victimista que le gustaba sacar a Alberto cuando le convenía.

—¡Que se vayan todos! —exclamó Sandra muy irritada—. ¡Nos iremos nosotros a otra parte, no nos hace falta un barco de pesca o un tío listo!

Me mordí el labio inferior para no saltar. Eso me dejaría en mal lugar y a ella le supondría una victoria moral. Sus palabras la desacreditaban solas.

—Haced lo que os dé la gana —dije con desdén—. Pero no te montes una película porque no aceptas las decisiones de los demás.

—Pero yo quiero estar con todos vosotros —anheló Ana con la voz entrecortada y los ojos húmedos—. ¿Tan mal estabais con nosotros?

—Ana —dije—, te repito que mi decisión de irme estaba tomada antes de venir aquí, al igual que Diane. Hay que respetar también la de Matías, porque como todos los demás ya hacemos, él puede elegir como quiere vivir su vida, aunque eso no le guste a alguno. Voy a recoger mis cosas y me iré esta misma tarde. Aprovecho que estamos todos aquí para daros las gracias por todo y desearos buena suerte en el futuro.

Nadie dijo nada. Pareció que con esas palabras fue como dar por terminada la reunión. Todos se desperdigaron, pensativos y cabizbajos.

Matías se acercó con Diane.

—Oye, Miguel. Si quieres, a no ser que vayas a ver a quien tú ya sabes, puedes acompañarnos en el viaje y luego te dejaré donde quieras.

—Creo que aceptaré tu proposición. Me apetece alejarme un poco de todo esto y un viaje en barco creo que será un buen método para asimilar todo lo que ha pasado aquí.

A Matías, y sobre todo a Diane, se les iluminaron los ojos y sonrieron por primera vez desde la tragedia.

—Os pediría que nos marcháramos hoy. No quiero presenciar nada de lo que vaya a ocurrir aquí.

Fue demasiado tarde.

A los pocos segundos, sonó un disparo. Todos nos quedamos paralizados y en silencio. Sabíamos lo que había pasado.

Se había cumplido la sentencia.

***

La despedida fue más triste de lo que hubiesen querido algunos, sobre todo Diane y Ana, que eran las más sentimentales. Sandra, con un rencor muy acentuado, no quiso ni bajar. Alberto si lo hizo, aunque nos dio la mano a Matías y a mí de manera un tanto parca y dos besos forzados a Diane. Alberto, Ana y Sandra, que todavía no sabían lo que iban a hacer, se quedaron en el instituto, mientras que nosotros tres nos alejamos en dirección al muelle, para embarcar en el *Dulce* y partir hacia Inglaterra.

Había pensado volver a buscar a Sara, pero no quería precipitar las cosas. Sin embargo, en ese momento la echaba tanto de menos que me producía gran dolor y melancolía. La añoré tanto en

aquel instante que me tuve que obligar a pensar en otras cosas para no derrumbarme.

Después de dejar nuestras cosas, en los exiguos camarotes del *Dulce*, de dimensiones un poco más grandes que un armario, y comprobar que todo estaba en orden, partimos sin más dilación. Pasamos en paralelo por Puerto Chico, Peligros, el Palacio de la Magdalena y, por fin, hacia alta mar.

A estribor dejamos el buque fantasma que era el *Pont-Aven*, anclado en mitad de la bahía. Al pasar cerca de él, Diane se excusó y bajó a su camarote, incapaz de ver el navío donde había quedado a su familia y había pasado tan malos momentos. Cerca del mismo me fijé en algunos detalles, como las roturas de los cristales de la mayoría de las ventanas del puente de mando, la falta de botes salvavidas sumado a otros muchos detalles que evidenciaban el saqueo o desperfectos producidos por el pánico. Le pregunté a Matías por los pormenores sobre lo que pasó Diane ahí dentro.

—El día que la rescaté estaba tan aterrorizada que no me atreví nunca a hacerle recordar aquello de nuevo. Lo que vivió en su día es algo que ella misma tendrá que superar. De todos modos, estos meses en el instituto nunca dio motivos de alarma en su estado anímico. La he oído llorar algunas veces, sin embargo, ¿quién de nosotros no lo ha hecho alguna vez? A mí tampoco me apetece rememorar aquellos terribles días en los que perdí a toda mi familia.

Pasamos por la pequeña isla de Mouro y nos quedamos en silencio, contemplando en silencio el vuelo de las gaviotas por encima del faro.

—Bueno capitán, ahora tú eres el mandamás de aquí. ¿Qué ruta vas a tomar?

—Para asegurarnos de que no haya problemas, navegaremos cerca de la costa francesa. Así, en caso de avería, o contratiempo, estaremos a menos de un día de tierra firme. Eso quiere decir que tardaremos más en llegar que si lo hiciéramos directamente por alta mar. Rapidez o seguridad, creo que he elegido lo adecuado.

—Tampoco tenemos prisa —asentí—. Ya sabes que el mar no es mi elemento. Soy madrileño y nosotros sólo pisábamos la playa quince días al año.

—Eso nunca lo entendí. Luego en vacaciones salíais todos en tropel a mojaros el culo. Si tanto os gustaba el mar, ¿por qué no vivíais en la costa?

—Porque a los de Madrid no les gustaba el mar como el que conoces tú. Les gustaba echarse un rato en la toalla, luego darse un baño y al chiringuito. Eso no es amor por el mar, sino por un estilo de pasar las vacaciones. Por cierto, estoy empezando a marearme un poco. Aquí, en alta mar, el barco se mueve mucho más que cuando salíamos a pescar. Tú estarás acostumbrado pero yo...

—No te preocupes. Al más avezado marino le sobreviene el mareo de vez en cuando. Conocí tripulantes que habían sido pescadores toda la vida y los primeros días de campaña se mareaban como si nunca hubieran estado a bordo de un barco. Te durará los primeros días. Los días que salíamos a pescar no te mareabas porque lo hacíamos en la bahía y no había tanto movimiento, pero ahora en alta mar... Ahora vas a ver lo que es navegar, *boquerón*. Lo que tienes que hacer es tratar de mirar hacia el horizonte y procurar no moverte mucho. Vete abajo y échate un rato. Los camarotes vuestros están en la parte central, en la crujía, que es la que menos se mueve. Os los he preparado ahí porque estaba seguro de que alguno se iba a marear. Luego te llevo algo para comer. No te quedes mucho abajo porque es mejor que te dé el aire. El mejor método para combatir el

mareo es trabajar. Lo digo en serio.

Bajé con un mareo más que notable. Me tumbé en el catre, con sudores fríos, y con la desagradable sensación de querer vomitar sin conseguirlo. Oí como Diane subía a cubierta y le preguntaba a Matías por mí. Este la contó que era un marinero de agua dulce y que estaba abajo, más blanco que el vientre de un tiburón.

Ella se rió.

Matías, para poder seguir su plan de navegar cerca de la costa francesa, se tuvo que desviar bastante hacia el este, al interior del Golfo de Vizcaya, para después, de forma progresiva, virar hacia el norte. Al cabo de un rato, cuando yo estaba desde hacía muchas horas postrado en el catre, mareado como nunca e incapaz de probar bocado, vino con un vaso de agua y unas pastillas de biodramina que había encontrado en el botiquín y que no había recordado tenerlas.

Me las tomé como quien se toma un elixir, aunque Matías me avisó que para que hubieran hecho mejor efecto me las tenía que haber tomado antes de embarcar. Luego me acompañó arriba, porque insistió en que debía tomar aire fresco y estar entretenido con alguna faena.

—Que tengo experiencia en eso, *boquerón*. Venga, al principio me vas a odiar, pero luego me darás las gracias.

Y me puso a limpiar la cubierta. Desde los ventanales del puente de mando, hasta quitar la herrumbre del cabestrante de proa. Tareas que requerían una atención que hacía disminuir progresivamente el efecto del mareo. Efectivamente, acabé dando las gracias al viejo por su sabiduría, porque por aquel esfuerzo o porque las pastillas empezaban a hacer efecto, el mareo se me pasó tan pronto como vino.

—Ya tenéis color. ¡Hurra! —se alegró Diane al verme de nuevo recuperado.

—Además, me ha dejado la cubierta lista para pasar revista —sonrió Matías.

—¡Que mal lo he pasado! Casi me amotino cuando me has dicho que me pusiera a limpiar. Luego, poco a poco, me iba notando mejor y por eso he seguido limpiando. Si no me detienes te saco brillo a las redes —dije entre risas.

Cenamos en cubierta. Aunque soplaba una brisa algo fresca el ambiente era muy agradable. La oscuridad era total por el este, donde, según Matías, en otro tiempo se podían ver las luces de los pueblos costeros o los destellos de los faros.

—Debemos estar navegando en paralelo a la costa francesa, a unas treinta millas, más o menos, cerca de Burdeos, que no está pegada a la costa sino a una ría que da al mar. Ah, que recuerdos de juventud me trae cuando pasé allí un fin de semana tras volver de faenar en un buque francés. Ah, las francesas...

—¿Nunca pescar con ingleses? —preguntó Diane.

—Los ingleses, lo digo sintiéndolo mucho, cariño, han sido mejores piratas que pescadores. Cuando faenábamos en Gran Sol había siempre una enorme flota de buques españoles, portugueses y algunos franceses. Siempre que veíamos algún buque ingles nunca era de pesca, sino patrulleras de su armada, que vigilaban para que no nos pasásemos en las cuotas. A veces, con razón o sin ella, nos apresaban algún pesquero y lo retenían en sus puertos, hasta que el armador del buque trataba con ellos, ya me entendéis. Un sobrecito y aquí no ha pasado nada.

—¿Pero nunca enamorado de alguna inglesa? —curioseó Diane sonriendo.

—No hija, mujeres ha habido muchas en mi vida, pero sólo me he enamorado de mi Carmina, que en paz descanse. Conocí compañeros que si lo hicieron, no de las inglesas, porque son muy feas y secas —se interrumpió al darse cuenta de lo que había dicho y le dio un beso a Diane, para a continuación decir que no todas eran así, claro—. Pero sí que alguno se quedó con alguna irlandesa, que tenían una forma de ser más parecida a la de los españoles y porque solíamos desembarcar muchas más veces en sus puertos. También es verdad que otros muchos críos nacieron por allí con pelo oscuro y mala leche. No hace falta que os diga más.

Nos reímos con ganas. Matías, a bordo de su buque, se encontraba y nunca mejor dicho, como pez en el agua. Le gustaba hablar y lo hacía a su manera, contando muchas historias, a veces sin ton ni son, lo cual le agradecíamos por hacer que la travesía fuese más entretenida.

***

El *Dulce* navegaba sin dificultad por las aguas francesas. Era un palangrero robusto. Aunque fabricado para pescar cerca de la costa podía atreverse a navegar en aguas más abiertas. Sólo las limitaciones de espacio y por consiguiente de combustible, hacían que esa clase de barcos tan pequeños no pudieran hacer travesías largas sin tener que repostar a menudo. Matías me dijo que para ir a Inglaterra no habría problema de combustible, pero a la vuelta deberíamos llenar el depósito. Confiaba en que en el Canal de la Mancha pudiésemos encontrar sin problemas algún lugar donde poder hacerlo. Le pregunté cómo se llenaba un depósito.

—Es más sencillo de lo que crees. Lo más difícil, antes claro está, era pagar porque cada vez que llenaba el depósito me dejaba trescientos euros, cada dos días más o menos. En realidad, es como si fuera un camión. Hay que echar diésel y se llena en las gasolineras que hay en los puertos, incluso desde barcos de aprovisionamiento. Los surtidores no se diferencian de uno terrestre, salvo la lógica obviedad del medio acuático. Se lleva a cabo apagando el motor, como en los coches, a ser posible desconectando las baterías. Oye, ¿cómo llevas el mareo?

—Bien, gracias. Por la mañana, cuando me he levantado, me he empezado a poner pálido, pero me he tomado las pastillas y he tomado un poco el aire en cubierta. Afortunadamente, ya se me ha pasado.

—Tu cuerpo, poco a poco, se va acostumbrando. Cada persona es un mundo, ya ves como Diane ni se ha inmutado y es tan de agua dulce como tú. Hay gente que no se le pasa el mareo nunca, a otros sólo le dura el primer día y hay otros que no tienen. De todos modos, sigue tomando esas pastillas, por si acaso.

—Descuida, viejo. Oye, ¿cuánto tiempo crees que tardaremos en llegar tal y como vamos ahora?

—Si todo va así de bien estaremos oteando la costa del sur de Inglaterra en dos días, tres a lo sumo. Veremos cómo está la bocana del Canal, que a veces es un poco puñetera y podemos movernos un poco si el tiempo se revuelve.

—¿Más movimiento? —me arrugué—. Cambiando de tema, Matías. ¿Qué crees que pasará con los que quedaron atrás?

—Para ser sincero, no lo sé. Hay tantas posibilidades de que se queden allí como de que se vayan. De todos modos, de los que quedaban sólo Ana me da pena. La pobre lo va a pasar muy mal.

Algo me dice que Alberto, que antes estaba como de sobra en cualquier lado ahora, de buenas a primeras, va a tener donde elegir pareja

—Supongo que no tendrán problemas en apañárselas.

—Claro que no. Alberto es un gran cazador y Sandra, aunque me duela reconocerle algo a esa chica, es muy decidida. En cuanto se le pase esa mala baba que gasta se pondrá a pensar. Seguro que algo se le ocurrirá. Sin embargo, Ana lo pasará mal porque es una mujer sensible. Un poco *flipada* como decís los jóvenes, pero buena persona. Su carácter no encaja para nada en el de los otros. Le dije que se viniera con nosotros pero no quiso ni oírme hablar de ello. Tiene pánico a navegar.

En ese momento se nos acercó Diane. Llevaba su pelo encarnado recogido en una coleta, ya que con la brisa marina era imposible llevarlo suelto. Estaba encantadoramente hermosa.

—Voy a aprovechar que estáis los dos y que hay buena visibilidad, para dejaros al mando. Me voy a descansar un par de horas, que esta noche no he dormido nada.

—Es verdad, Matías. Te iba a comentar que te hacía un relevo.

—Yo soy el capitán. Por lo tanto soy el responsable de vuestra seguridad. Sólo necesito un poco de descanso, nada más. Con este rumbo que llevamos no tenéis ni que tocar el timón. De vez en cuando mirad la pantalla del radar, aunque no creo que os encontréis ningún buque. Tampoco lo descartéis porque puede haber alguno a la deriva. Confío en vosotros.

Era necesario que Matías descansara porque si había complicaciones él era el único que podía manejar el barco. Me senté en la silla, cerca del radar y la rueda del timón. Diane se sentó a mi lado, poniendo los pies encima de la mesa donde estaban las cartas de navegación. Parecíamos dos viejos lobos de mar.

—¿Has cambiado parecer para venir a *England* conmigo? —preguntó Diane de sopetón.

—¿Te refieres a quedarme contigo allí?

- *Yes, of course*.

—Verás Diane, a Matías ya se lo conté hace poco y ahora voy a contártelo a ti también, porque ya no es necesario que oculte nada. Mi mujer está viva. Por motivos que no vienen al caso nos hemos separado una temporada para reflexionar... Ella sobre todo, porque yo tengo muy claro que es la mujer de mi vida y que si algún día vuelve a aceptarme regresaré con ella sin pensarlo.

Diane se quedó muy sorprendida. Luego sonrió y me dijo que era muy bonito sentir aquello por alguien.

—Todo lo que amaba se quedó en *Pont-Aven* —murmuró con una profunda melancolía—. No sé si encontrar alguna vez algo bonito como tú tienes, pero sé una cosa: el día que encuentre eso no lo soltaré.

—Deberás tener mucho cuidado, Diane. Ya sé que me dijiste que no tenías miedo. Pero sé, por cosas que he visto y sabido, que la gente puede ser muy mala y perversa. Si alguna vez ves a un superviviente no te confíes hasta que no lo conozcas bien. ¿Sabes de lo que hablo, no?

Diane asintió y me dijo que no me preocupase más. Luego, casi con un esfuerzo titánico, me pidió que le hiciese un último favor.

—Lo que sea.

—Quiero que me beses. Nunca besado a nadie y es posible que no hacer nunca. Y... *Oh, my* SEÑOR R

god! No querer morir así. *Please!*

—¡Pero si eres una chica adorable! —exclamé incrédulo—. ¿Cómo es que nunca te han dado un beso?

—Esto... Padres mucho moral extrema... No, moral religiosa, no sé como se dice... No salía mucho, a papá no le gustaba que yo andura, anduviera con chicos. Me dijo que preocupara más en estudios... Ya ves...

Me quedé un poco cortado pero no tuve ningún reparo en besar a una chica tan guapa y agradable como ella. Lo hice con casta ternura, casi rozando sólo sus labios. Ella entonces se apretó algo más a mí e incluso se atrevió a introducir, de manera fugaz, la punta de su lengua. A los pocos segundos nos separamos.

—¡Vente conmigo! —exclamó sonriendo.

—Diane...

—Es broma, es broma. Ha sido muy bonito. *Thank you!*

—Me alegro, pero no se lo digas a mi mujer —sonreí—. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—Creo que sí. ¿Poder escucharme?

Entonces Diane empezó a hablar. Quería sacar de dentro lo que le pasó aquellos terribles días a bordo del ferry. Deseaba quitárselo de encima para poder empezar de nuevo.

Diane viajó con sus padres y su hermano Nigel, desde Inglaterra hacia España, para pasar las vacaciones. Cuando el *Pont-Aven* salió de Plymouth todavía no había casos de *Gripe X* a bordo, aunque no había duda de que había muchos contagiados. A mitad de camino el ferry ya tenía más de doscientas víctimas de un pasaje de más de dos mil personas. El padre de Diane salió a buscar ayuda, puesto que Nigel había empeorado y no se le volvió a ver. En el barco cundió el pánico y hubo conatos de violencia que no pudieron ser sofocados. La fragata de guerra española, *Blas de Lezo* acudió a la llamada de socorro del comandante británico. Aunque las órdenes de esta última era escoltar al ferry de vuelta a las aguas jurisdiccionales británicas. A la vista del buque español estalló el pánico y a bordo de empezaron los desmanes. Cada hora morían más personas y todos querían salir de aquella tumba flotante. Nigel murió y la madre de Diane estaba claro que tampoco resistiría mucho más. Diane salió a buscar ayuda. Pero sólo encontró muertos por doquier y el pánico desatado. Se corrió el rumor de que la fragata de guerra iba a obligarlos a regresar a Inglaterra y estalló un motín para impedirlo, ya que eso significaría perder más tiempo y con ello la muerte segura de todos ellos. Diane pudo esconderse en una de las cocinas, donde había un numeroso grupo de niños solitarios al cuidado de unas pocas personas preocupadas por ellos. La joven inglesa intentó ayudar a aquellos pobres críos y se escondieron de la furia asesina de muchos pasajeros que se habían abandonado a la bebida y a la violencia, matando y violando sin medida. A bordo del *Pont-Aven* se había desatado el terror y Diane se quedó a cargo de media docena de llororos críos cuando el último adulto murió por la enfermedad. De la *Blas de Lezo* llegó un comando de infantes de marina con intención de restablecer el orden. Fue una masacre. Armados con fusiles de asalto, los soldados acabaron con todos los violentos y amotinados sin ninguna contemplación. Aquello, al menos, impuso orden en aquel caos y Diane se salvó de haber sido agredida. Los niños que tenía a su cuidado murieron sin que ella pudiera evitarlo. El ferry, escoltado por la fragata española, llegó a Santander y fue puesto en cuarentena. Pero la suerte estaba ya

echada y todos murieron a bordo. Todos, excepto Diane. La joven se salvó de aquella prisión de lujo gracias a que Matías pasó por allí. Rescató a Diane y encontraron el instituto bacteriológico de la ciudad.

Aquella fue la terrible historia de Diane. Otra más de tantas que hubo.

***

Habíamos virado al oeste. Matías dijo que estábamos muy cerca de la Bretaña francesa. Llegar a la costa inglesa sólo era cuestión de horas.

—¿Veis una isla allí a lo lejos? Es Ouessant. Es la parte más occidental de Francia. Me refiero a la metrópolis, claro.

—No sé mucho de geografía —dije mirando la rocosa y escarpada costa de la isla—. ¿Quieres decir que es el punto más occidental de toda Europa?

—Ni mucho menos. Sólo de Francia. Para que te hagas una idea, si fuésemos en línea recta hacia el sur estaríamos a la altura casi de la ciudad de León. Sólo una pequeña parte de la costa oeste de Irlanda es más occidental que la Península Ibérica. Geográficamente hablando, nosotros y los portugueses estamos lanzados al Atlántico. No es casualidad que los primeros descubridores y exploradores oceánicos fueran ibéricos, aunque luego otros se hayan beneficiado de eso.

—También otros países como Francia o Inglaterra fueron más allá de los mares —añadí tratando de ser diplomático, sobre todo porque estaba Diane presente y en aquellos tiempos ya no tenía mucho sentido las rencillas históricas.

—No te líes, *boquerón*. Los franceses y los ingleses no fueron a explorar sino a piratear. Me gusta mucho la historia marítima y puedo hablar con algo de propiedad. Cuando los ingleses entraron por primera vez al Pacífico los españoles ya llevaban más de cien años navegando por aquellas aguas. Aunque hay un dicho que dice que los españoles hemos vivido de espaldas al mar esto es una absoluta estupidez dicha por alguno de tierra adentro. Siempre vivimos mirando al mar. De hecho, nuestra historia no hubiera sido la que fue sino hubiera sido por sus marinos y sus buques. Creo más bien que los españoles siempre hemos vivido de espaldas a nuestra historia, que es distinto. Bueno, eso ya es agua pasada, lo que quiero que observéis es que una vez que crucemos Ouessant, y si hay buen día como creo que va a ser, podremos ver a lo lejos la línea de costa inglesa. Esperemos que la bruma no aparezca, sino no se va a poder divisar. Esto quiere decir, mi querida Diane, que mañana a estas horas estarás pisando tu país.

La inglesa miró entusiasmada al horizonte, como viendo ya su tierra, aunque no habíamos pasado todavía la península bretona. Estuvimos hablando un buen rato sobre el mejor lugar donde desembarcar a Diane. Matías sugirió que podíamos acercarla a la desembocadura del Támesis, al este del país y desde donde ella podría ir más fácilmente a Londres. Diane lo rechazó porque deseaba dirigirse primero a Gloucester, una localidad al oeste de Inglaterra, muy cerca de Gales, donde había vivido de pequeña con su familia. Quería comprobar cómo estaba la antigua casa campestre donde pasó unos años muy felices. Comentó que le gustaría volver a vivir allí, porque conocía la zona y se desenvolvería mejor que en una gran urbe fantasma como la capital británica. Por lo tanto, sugirió que sólo nos desplazásemos algo más al este de Plymouth para tratar de dejarla en el puerto de Weymouth o en el siguiente, algo más grande, de Bournemouth o Poole. Desde

cualquiera de esos lugares Diane podría ir hacia el norte sin problemas. Si iba andando podría llegar a su destino en tres o cuatro días a lo sumo.

Revisamos el equipo que llevaría, sobre todo las armas. El fusil del ejército español *H amp;K G-36* utilizaba una munición estándar de la OTAN, que era común a la mayoría de los ejércitos del mundo, incluido el británico. Por lo tanto, sino quería cambiar de arma podía utilizar la munición británica sin ningún problema. En aquello los ingleses no habían ido a la contra de todo el mundo. Llevaba también una pistola *Glock 17* de nueve milímetros *parabellum*, un arma compacta de gran capacidad que aguantaba todo en cualquier ambiente. Contaba con diecisiete cartuchos, más uno en la recámara. Aquel tipo de pistola semiautomática me gustó tanto que el día que nos fuimos del instituto cambié mi *Beretta*, mucho más aparatosa, por otra *Glock*. También me había procurado, en aquella ocasión, de otro fusil de asalto y unos cuantos cargadores.

Cuando nos aseguramos de que estaban en perfecto estado revisamos su mochila. Cuatro raciones de combate del Ejército español, una cantimplora de agua, una navaja multiusos, un pequeño botiquín de primeros auxilios, una linterna, un yesquero, un neceser y ropa de repuesto. Esta era como la de todos los supervivientes: cómoda y fuerte, como pantalones de montaña, camisetas y jerséis. Además de unas botas de *trekking* y, dependiendo del gusto particular de cada uno, una gorra de béisbol o un gorro para protegerse de la lluvia o el sol. Era el “kit” del perfecto trotamundos.

Al anochecer por fin pasamos Ouessant. Virando al este nos metimos en el Canal de La Mancha o el Canal Inglés como Diane lo conocía. Volvíamos a quedarnos casi sin luz. Por poniente podíamos divisar todavía el cielo aún de color azul oscuro, mientras el hermoso gradiente hacia levante lo iba oscureciendo cada vez más hasta hacerse casi negro cuando mirábamos al este. Los espectaculares atardeceres en el mar no tenían nada que ver con lo visto anteriormente en tierra. Sólo por ver aquello merecía la pena el viaje.

Matías salió presuroso del puente de mando. Llevaba unos prismáticos de buen tamaño.

—El radar señala un buque grande, a unas quince millas por la amura de babor —avisó, asomándose por la borda en la proa y oteando con los prismáticos en el supuesto lugar adonde debía estar el buque.

Diane y yo observamos sin resultado. Demasiado lejos y mucha oscuridad. Al cabo de unos momentos, Matías confirmó el hallazgo.

—Si, es un buque muy grande, puede que un crucero o un carguero porta-contenedores. No se distingue todavía muy bien. No sé si lo veremos mejor, aunque está casi en nuestra ruta y pasaremos muy cerca de él, calculo que dentro de una hora u hora y media. Que no os extrañe. La zona del canal ha sido una de las zonas marítimas más frecuentadas junto con el Estrecho de Gibraltar. Por aquí han pasado cientos de buques de todas clases cada día. Es posible que muchos de esos grandes barcos los utilizaran para tratar de huir a otros lugares, creyendo que así no les afectaría la *Gripe X*. Pero ahora no son más que ataúdes flotantes. Hay que tener cuidado porque en plena oscuridad, y sin luces de posición, sino miramos el radar nos podemos dar una buena hostia. No hace falta que os diga cuál de las dos embarcaciones se iría al fondo en ese caso. Por eso os pido que esta noche no vayáis a dormir hasta que rompa el amanecer, para poder vigilar la zona. Los buques grandes se detectan en el radar pero es posible que haya botes, lanchas u otras

embarcaciones pequeñas que no lo sean. Voy a disminuir la velocidad y encender el farol de proa hacia delante, para tener algo de margen si damos con algo raro. Yo me quedaré dentro controlando el radar y Diane se pondrá en la banda de estribor y tú en la de babor. ¿De acuerdo chicos?

—No hay problema, capitán —respondí acercándome al pasamanos de babor. Matías me dio su prismático y a Diane le sacó otro.

Según pasaba el tiempo, y nos acercábamos al buque, crecía mi nerviosismo. No por nada en particular, sino por ese miedo atávico que sentía a veces en el medio acuático. Sobre todo en alta mar. La frágil sensación de seguridad a bordo del *Dulce* no apaciguaba mi estado de ánimo. Me daba pánico la posibilidad de caerme en las oscuras aguas o encontrarme con algo saliendo de pronto de la oscuridad, como la silueta de un buque o incluso una ballena. Por eso, mientras oteaba de tanto en tanto con los prismáticos, me agarraba bien fuerte a la barandilla del barco de pesca. De todos modos, ya vislumbraba un poco a mí alrededor. La figura del navío fantasma era cada vez más grande y se podía empezar a intuir la clase de barco que era. Yo no tenía mucha idea sobre aquello pero me pareció que aquella silueta correspondía a un portaaviones. Llamé a Matías para que lo confirmase.

—Tienes buen ojo. Efectivamente, es un portaaviones y parece muy grande. Sólo hay un tipo de buque con esas dimensiones en Europa. Y por la proximidad a Brest apostaría a que es el portaaviones nuclear francés *Charles de Gaulle*.

—¿Nuclear? —inquirí alarmado.

—Si. ¿Por qué pones esa cara?

—Porque si tiene un reactor nuclear probablemente haya tenido, o tenga escapes radioactivos, sino hay nadie a bordo que haya sobrevivido y lo mantenga, lo cual es harto improbable.

—Ni idea de eso, chico.

—¿No sería más prudente dar un rodeo? —aconsejé esperanzado.

—Si no fuese por los nubarrones que hay por el este no me importaría. Pero si damos un rodeo nos vamos a meter esta madrugada de lleno en un temporal y la verdad es que estando tan cerca de Inglaterra sería arriesgarnos a lo tonto. De todos modos, supongo que esas cosas tendrán un sistema de seguridad automático que apague el reactor sin peligro.

Me encogí de hombros.

—Por las noticias que salían en la tele, alguna vez anunciaban una parada programada del reactor de alguna central. Espero que los del portaaviones hicieran eso antes de sucumbir. Confío en que en el mundo hubiera gente responsable y no jodidos degenerados que vivieron sus últimas horas como cerdos.

—Con todas las centrales nucleares que hay en el mundo espero que hubiera habido mucha gente responsable, porque si no...

Diane se acercó al vernos y preguntó qué pasaba. Cuando se lo contamos frunció el ceño.

—Si ese barco nuclear va a la deriva. ¡Es posible que un día acabar encallado en costa inglesa o Francia o incluso España! Si encallar en rocas algún día con nuclear combustible habrá problemas.

—Es posible —convino Matías, observando por los prismáticos al enorme buque, que ya estaba a menos de una milla—. Las corrientes en esta parte del canal son muy fuertes. Este buque está muy cerca de la costa. Lo mismo lleva todos estos meses de un lado a otro, dejándose mecer por las

corrientes, hasta que un día como dices tú, termine por varar en algún lugar. Esos buques tienen un enorme calado, nunca llegarán a tocar una playa, pero se pueden quedar a un centenar de metros mucho más expuestos al envite de las olas o los temporales.

Me dejó de nuevo los prismáticos y se metió en el puesto de mando del *Dulce*, para poder guiar al pesquero. Disminuyó la velocidad para poder maniobrar con tiempo ante cualquier eventualidad y nos gritó que fuéramos a proa a observar.

Nos quedamos allí en la más completa oscuridad, sin ver nada por los prismáticos y con una brisa bastante fuerte que venía por levante. Matías tenía razón, por el este se estaba formando una buena tormenta. Mi mirada de preocupación le llamó la atención a Diane, quien me cogió la mano para tranquilizarme.

—Sabes, hay un dicho inglés que dice: para aprender a rezar no hay como viajar por mar.

De improviso, apareció a babor, a escasos metros, la enorme figura de la popa del portaaviones. Fue tan apabullante aquella visión que dimos un paso hacia atrás. La luz del *Dulce* se reflejaba en parte de los costados del descomunal barco según pasábamos. A estribor del mismo, por la parte de popa, se leía perfectamente el rótulo: *Charles de Gaulle R 91*.

El viejo Matías había confirmado una vez más su saber en el mar.

Era espectacular. El *Dulce* era un minúsculo barquito en comparación con el tan cercano buque de guerra. El *De Gaulle* estaba allí, meciéndose pesadamente en el agua, oscuro, silencioso y tétrico. Sólo el débil sonido de cables, las olas golpeando en su casco y un inquietante silbido, llenaban el lugar. Matías paró las máquinas para observar bien al coloso, teniendo en cuenta la corriente y hacia adónde derivaba el portaaviones, ya que un pequeño roce con el mismo podía tener fatales consecuencias para nosotros.

—¿Por qué no nos vamos ya de aquí, Matías? —pregunté dirigiendo el foco de proa hacia todas las partes del buque galo que podía abarcar—. Me estoy poniendo un poco nervioso

—Quiero confirmar que no hay nadie a bordo. No me gustaría que ahí hubiera otra Diane.

—Es lo menos que podemos hacer —convino la propia Diane, que se estremeció al contemplar la posibilidad de que allí dentro pudiera haber algún superviviente.

Lo cual era perfectamente posible, ya que en el *Pont-Aven,* con más de dos mil personas a bordo, hubo una superviviente de la pandemia. Por lo tanto, en aquel navío, más grande, podía haber alguien con vida. O no.

—Me estoy fijando en que no se ve ninguna silueta de aviones —dijo Matías—. Eso puede deberse a que no los embarcaron para dejar más sitio a posibles refugiados o que los tiraron después al mar.

—¡Mirad, hay una especie de letrero escrito en el costado! —señalé a estribor, que ya empezábamos a ver, porque aunque el *Dulce* había parado las máquinas todavía avanzábamos, producto de la agitación del mar y la inercia.

Pudimos distinguir una especie de mensaje que nos dejó impresionados, por sus dimensiones, ya que habían tenido que sudar la gota gorda para pintarlo quien lo hubiera hecho. Y sobre todo, por el contenido del mismo, que estaba en inglés y que decía lo siguiente:

"*Help!, There are survivors*".

SEÑOR R

***

Hacía un buen rato que había amanecido, pudiendo distinguir con nitidez la costa inglesa. Matías llevó al *Dulce* a la bahía Lyme, muy cerca de Weymouth, al lado de la playa de Chesil. Desde allí, Diane podría ponerse en ruta hacía Gloucester o adonde quisiera. El tiempo, fiel al tópico, era bastante malo. La tormenta que vimos acercarse la noche anterior estaba dando sus coletazos por aquella zona, descargando lo peor mucho más hacia el este. El mar estaba picado y el mareo me había vuelto a atacar con fuerza a pesar de las pastillas. Con el mar tan revuelto tampoco servía de mucho ponerse a limpiar. Por fortuna, en el recogimiento de la bahía el barco se movió menos y pude reponerme un poco, aunque me fue imposible comer algo.

Diane me miraba con pena mientras que Matías se reía llamándome *boquerón* o pez de agua dulce. Me senté en el puesto de mando, que estaba lo más al centro que se podía estar para que mitigase un poco el efecto del cabeceo del barco. Allí, mientras miraba como Matías movía la rueda del timón y hablaba de manera jocosa con Diane, me puse a pensar en lo sucedido aquella pasada noche.

Cuando vimos aquella enorme pintada en el *Charles de Gaulle* supimos que, por el aumento de la marejada y la falta de medios para abordarnos con un buque tan grande, nos iba a ser imposible poder acceder a él e intentar encontrar a los supervivientes. Además, sólo podría subir uno, porque de manera obligatoria debía quedarse alguien en el *Dulce* y como no sabíamos si aquellos hipotéticos supervivientes, si seguían vivos, podían ser peligrosos, decidimos pensarlo a la vuelta si lo volvíamos a ver a plena luz del día. Matías apuntó la longitud y latitud, aunque eso sólo sería como dato orientativo. Debido al abatimiento, el buque se iría desplazando según las corrientes o el viento, pudiendo estar en aquel mismo instante o muy cerca o muy lejos de aquella posición.

El calado del *Dulce*, aun siendo poco, no permitía poder acercarse mucho a la playa ya que corríamos el riesgo de quedar varados. Matías esperó a la pleamar para poder acercarse todo lo posible y llevar a Diane con el pequeño bote neumático del palangrero. Sólo tenía capacidad para dos personas y era propulsado por un pequeño motor fuera borda de escasa potencia.

—Lo utilizábamos para asegurar el cabo de los anzuelos o para ir a buscar bebida al barco de algún compañero, cuando se nos acababa a nosotros —explicó el viejo pescador guiñando un ojo.

Me pidió que acompañara a Diane. Puse cara de pánico, porque si bien la distancia no era mayor de cincuenta o setenta metros, el simple hecho de estar sobre el mar con ese bote tan ridículo me ponía de los nervios.

—Lo siento, Miguel. No puedo dejar el *Dulce*. Sólo yo sé cómo manejarlo. Cuando empiece la bajamar si no estoy yo a bordo tendrías problemas. No te preocupes, el motor del fuera borda no tiene más truco que arrancarlo y mover el timón hacia donde quieras ir.

—Yo lo haré —se ofreció Diane—. Mi tío tenía una barca y vi como hacía para llevar. *Don't worry!*

Me sentí aliviado porque además todavía sentía algo de mareo, aunque por eso mismo una parte me alegraba de poder pisar tierra firme.

Como pude puse la mochila de Diane en el bote. Sólo me llevé la *Glock* porque no esperábamos nada raro. Habíamos estado observando la costa con prismáticos un buen rato y todo parecía

normal. Es decir: todo desolado y silencioso.

La despedida de Diane con Matías fue muy triste. El viejo se había encariñado mucho con ella, a la que tenía casi por una hija. Una vez más, Diane pidió a este que se fuera con ella, pero Matías no quiso volver a hablar del tema.

—Tus posibilidades de sobrevivir serán más altas sin un viejo —sentenció.

—¡Nunca te olvidaré, Matías. Te lo prometo. *I love you!* —gritó desde el bote cuando nos alejábamos hacia la playa.

El viejo saludó con la mano y gritó algo que no pude entender, pero que ella imagino que sí porque sonrió y saludó también.

Diane controlaba con cierta habilidad el timón, mientras que yo, apoyado con ambas manos en la borda resbaladiza y soportando el fuerte olor a petróleo del plástico, deseaba pisar tierra de una vez ante aquel vaivén continuo y brusco.

En cuanto el bote varó, nada más tocar la playa, di un salto y grité de alegría por pisar la fina arena. Diana se reía.

—¡Por fin un lugar que no se mueve! —me incorporé todavía algo aturdido—. Así que esto es Inglaterra. Vaya, quién me iba a decir a mí que iba a venir aquí de esta manera.

—Ya ves, cosa rara que no se vi igual. ¿Se dice así?

—Más o menos.

Cogí la mochila y el fusil de Diane, trasladándolo todo un poco más hacia dentro de la playa, para evitar que se mojasen. A los pocos minutos ya se me había pasado el mareo y había recuperado el color, lo cual me animó bastante.

—Entre tú y yo, Diane. No sé cómo Matías ha podido estar toda la vida navegando. No lo entiendo, de verdad. Bien, ¿estás contenta? Ya estamos en tu pueblo.

Diane sonrió, aunque no estaba en absoluto alegre. Más bien parecía triste.

—Pensé que al llegar yo estaría eufo..., efori... ¿Cómo se dice?

—Eufórica.

—¡Eso! Pero me acabo de caer cuenta que voy a echar más de menos a vosotros. ¿Hago bien, Miguel?

—Si quieres volver no hay problema. Tanto Matías como yo estaríamos encantados. Pero debes ser sincera contigo misma y saber qué quieres hacer realmente.

—¡No lo sé!

—A lo mejor estás nerviosa o no te atreves a seguir sola. Por muchas cosas terribles que hayas pasado esto es algo nuevo. Vas a vivir tu vida como quieres y has elegido hacerlo aquí. Ahora tienes dudas, es normal, porque abandonas una relativa seguridad por algo que es totalmente incierto. De todos modos, ¿quieres volver con nosotros y pensarlo mejor?

Diane se volvió y miró al horizonte, con prados verdes y nubes grises que amenazaban con chubascos. Luego se volvió hacia mí. Sus ojos verdes estaban llenos de lágrimas.

—Me quedo. Esta es mi casa y creo que debo intentarlo —afirmó en un casi perfecto castellano.

—Le voy a decir a Matías que dentro de un año vuelva a este mismo lugar. Para que ambos os encontraréis aquí. Así podrás seguir con tu vida o regresar si lo crees conveniente. Eso le hará tener algo en lo que pensar, ya que ahora se va a quedar muy solo. Y más cuando yo me marche también.

SEÑOR R

—¡Me parece una idea buena! Informa a Matías de que estaré una semana aquí, dentro de año.

—Lo haré. Diane, es hora de volver porque Matías me dijo algo de las mareas y esos tecnicismos que son tan importantes para los marinos pero que los *boquerones* no entendemos.

Diane me abrazó llorando.

—Va a ser duro al principio —la susurré acariciando su cabeza—. Luego te acostumbrarás. Ya sabes, ¡no te fíes de nada!

Diane asintió, se enjugó los ojos y volvió a sonreír, esta vez con ganas, dejando ver sus preciosos dientes blancos. Me dio un tímido beso en la boca y tras coger sus cosas comenzó a andar hacia la pequeña carretera.

—Que tengas suerte, pequeña —murmuré—. La vas a necesitar.

***

Aquella noche la pasamos a bordo del *Dulce*, anclados cerca de la zona donde habíamos dejado a Diane. Matías quiso esperar, por si la chica se arrepentía o necesitaba algo urgente. Al día siguiente, cerca del mediodía emprendimos el regreso a España. Pero antes necesitábamos repostar. Para aprovechar y seguir avanzando Matías puso rumbo a la cercana isla de Guermsey, que junto con Jersey formaban parte de las islas británicas del canal, a pesar de estar más cerca de Francia que del Reino Unido. Durante la Segunda Guerra Mundial fue el único territorio perteneciente a la metrópoli británica que fue invadida por los alemanes.

Nos venía bien Guermsey porque estaba muy cerca y en el camino de vuelta. Esperábamos poder llenar el depósito del *Dulce* en la capital de la misma, Saint Peter Port.

Le conté a Matías la intención de Diane de regresar al lugar donde la desembarcamos al cabo de un año. Este se alegró de ello, diciendo que aunque en un año podía pasar de todo, allí acudiría de nuevo. Me animó a que volviera a embarcarme con él llegado ese día, a lo que contesté que esperaba estar por entonces viviendo con Sara en un lugar con menos movimiento.

—Pues os venís los dos, hombre —dijo Matías—. Por cierto, ¿dónde vas a querer desembarcar?

—No lo había pensado todavía. Creo que voy a dejarme de tonterías y volver a buscar a Sara. Supongo que no ha pasado todavía mucho tiempo, pero no puedo dejar de pensar en ella y en que lo mejor es que estemos juntos. Así que en cualquier lugar de Cantabria me vendría bien. Intentaré hacerme con un vehículo. Aunque en Santander, cuando llegué al instituto por primera vez, tenía una pequeña moto que era una delicia. La dejé escondida en un portal.

—Si quieres te dejo en Santander. Me gustaría comprobar si los otros han seguido en el instituto o se han marchado.

—¿Vas a quedarte con ellos si siguen allí? —pregunté sorprendido.

—No, sólo voy a ver cómo les va. Tampoco es cuestión de esconderse. Espero poder sacar de allí a Ana, que es la que lo estará pasando peor. Sandra y Alberto son más duros y seguro que han sabido adaptarse a aquellas nuevas condiciones.

—Bueno, tú sabrás Matías... Yo no voy a acercarme por allí.

—Te comprendo. Tu vida está en otra parte.

No tardamos mucho en llegar a Guermsey, puesto que estaba a menos de setenta millas. Al anochecer entramos en Saint Peter Port, con la bajamar. Nos quedamos anclados dentro de la rada

pesquera, aunque alejados del muelle. La oscuridad no permitía ver mucho más allá del alcance de nuestros focos. Por lo que Matías no quiso ir al punto donde estaba la gasolinera hasta que no se hiciese la luz del día. No se fiaba de nada y podría haber algún superviviente por allí con mala intención. Por eso nos turnamos esa noche en guardias de cuatro horas, armados con los fusiles.

No hubo ningún incidente y al amanecer ya estábamos acercándonos a la pasarela donde estaba el surtidor de combustible. Había una bomba a motor para emergencias que nos facilitó la tarea de extracción del diésel. Matías me señaló varios bidones que tenía a popa y dijo que los iba a llenar también de gasolina, para tenerlos de reserva para alguna emergencia. Mientras llenaba el depósito del *Dulce* estuvimos oteando la rada, que ahora con luz, dejaba ver un triste espectáculo de innumerables embarcaciones de recreo y pesca apiñadas en los muelles. Muchas de ellas habían estado a la deriva y habían acabado estrellándose con otras. Un hermoso velero de veinte metros de eslora y dos palos, de nombre *The Savage*, estaba empotrado contra el muelle, donde estaba la caseta de la policía portuaria. Todavía tenía desplegadas, aunque hechas jirones, las velas del trinquete.

—Es bonito —opinó Matías, dándose cuenta de que miraba el barco con admiración.

—Ya lo creo. Es una pena que tenga el casco de la proa tan destrozado y las velas hechas una ruina. Con un velero así no haría falta gasolina.

—Es verdad, pero gobernar un velero y más uno como ese, no es nada fácil. Se necesita fuerza para manejar las vergas de las velas, para largarlas o aferrarlas, y sobre todo destreza y conocimientos sobre veleros que yo no poseo. Yo tengo experiencia con vaporas a motor. La vela es algo muy romántico y hermoso pero también es algo difícil y muy lento. El barco no va a donde tú quieres sino donde puede gracias a los vientos. Muchas veces eso no corresponde con los planes que tenga un capitán.

Comimos antes de partir. Al poco se nos echó encima una tormenta de verano, con sólo aguaceros y viento. El mar, al menos, no se movía demasiado.

—¿Por qué los ingleses llaman Canal Inglés al Canal de la Mancha? —pregunté mientras seguíamos navegando, ya que el tiempo daba para mucho y había que llenarlo de alguna manera. Conversar era la mejor opción.

—Por varias razones. La principal es porque los ingleses son así. La Manche es un departamento francés. Es esa tierra que vemos al este y que es la que da nombre al canal, tal y como lo conocemos nosotros y la mayoría del mundo. Pero es la misma razón de no pasar por el aro de los demás, ya que también llaman bahía de Gibraltar a la bahía de Algeciras. Simplemente, por llevar la contraria. Ahora que no está Diane te diré que los británicos, especialmente los ingleses, han sido siempre unos cabrones. Han contado la historia como les ha dado la gana, silenciando sus cagadas, que han tenido a montones como todos los demás países, y haciendo que todo el mundo se enterase de sus éxitos.

—Veo que te gusta mucho la historia.

—Estuve embarcado unos cuantos años en buques de pesca de altura. Bacaladeros en Terranova, donde pasábamos más de seis meses fuera de casa. En los ratos libres o jugabas a las cartas con los compañeros o leías. Yo opté por lo segundo.

—Ahora no sé quién va a escribir la historia. Desde luego, yo no voy a perder el tiempo en ello.

—Anda, mira —dijo Matías—, había pensado escribir lo que me ha pasado estos meses. Por si algún día alguien lo lee que sepa lo que pasó por aquí.

—¿Tú crees que la raza humana se sobrepondrá a esto?

—¡Claro que sí! Hay pocos supervivientes, pero los hay. Seguro que no tardarán en nacer nuevos pequeños. ¿No has pensado en tenerlos con tu chica?

—Desde que empezamos nuestra relación fue algo que tuvimos bien claro. Traer al mundo un niño, hoy en día, es una temeridad. Porque se pueden morir por cualquier enfermedad que antes eran perfectamente tratables.

—Así ha vivido la Humanidad hasta hace bien poco. O qué creías, ¿que tus abuelos tenían seguridad social o parían en hospitales llenos de maquinitas? La raza humana seguirá hacia adelante, esperemos que sin cometer los mismos errores. Costará sangre, sudor y lágrimas pero de todo se repone uno. Vosotros, los futuros progenitores, debéis olvidaros de las anteriores comodidades y arriesgaros. No queda otra.

—No sé, Matías. No me hace gracia que Sara pueda morir en el parto por una complicación sólo porque haya que perpetuarse.

—Pero es que no es *sólo*. Es que hay que hacerlo cueste lo que cueste, aunque haya que sufrir. No podemos permitir que la pandemia sea el epílogo de la Humanidad. ¡Pues menuda mierda de final!

Hablamos un buen rato de todo aquello. Matías era una persona muy optimista y en su opinión dejaba bien claro que los humanos tenían futuro. Yo pensaba todo lo contrario: a la Humanidad se le había acabado su crédito. La Naturaleza nos había aniquilado antes de que nosotros la aniquilásemos a ella. Fue un duelo como en las películas del Oeste. Ganó el que disparó más rápido. Y eso que nosotros íbamos por buen camino en eso de tratar de acabar con el mundo.

Nos interrumpió el avisador sonoro del radar, que había detectado algo. Matías fue al puesto de mando y paró las máquinas. Salió con cara de sorpresa.

—No te lo vas a creer, pero otra vez tenemos al *Charles de Gaulle* en nuestra ruta.

***

Aunque ya habíamos comentado la posibilidad de volver a la posición, donde habíamos visto el portaaviones francés la primera vez, casi habíamos abandonado la idea por lo arriesgado de un abordaje con el mismo y el desconocimiento del estado de su reactor nuclear.

En ese momento, de nuevo estaba en nuestra ruta, algo no muy insólito porque las corrientes en ese punto eran dirección este y nosotros salíamos del canal en dirección opuesta.

Con las primeras luces del día pudimos observar mejor el navío. Tal y como ya había visto Matías la primera vez, no había ningún avión en su cubierta principal, al menos que se viera. El estado del buque era de total abandono. La enorme pintada, en inglés, pidiendo ayuda, estaba a estribor. Así que dimos la vuelta y a babor encontramos un espacio bastante grande, por donde se podía acceder al interior sin excesivo problema. Era como una especie de atracadero incorporado al portaaviones. Se veían dos accesos y el hueco del hangar que proporcionaba uno de los enormes ascensores que comunicaba con la pista de despegue.

—¿Qué hacemos, Matías? —pregunté mirando hacia arriba, intentando escudriñar la parte de la

isleta de control aéreo, que estaba altísima.

—No lo sé, la verdad. El otro día pensé en que debíamos entrar y rescatar a los posibles supervivientes. Ahora no lo tengo tan claro. Me da mala espina este cascarón *gabacho*. Y los marinos somos muy dados a guiarnos por nuestras sensaciones. Yo ya soy viejo para entrar, así que tú decides si te animas o no. Comprenderé cualquier decisión que tomes.

El movimiento del *Dulce* y mirar a una altura tan elevada me estaba revolviendo de nuevo el estómago. El *Charles de Gaulle* era un buque enorme, de más de doscientos cincuenta metros de eslora. Más grande que un ferry y lógicamente algo más estable. Si conseguía entrar podía inspeccionar un poco en el interior. No quería perderme ahí dentro, donde todo estaría a oscuras a pesar de ser de día. En un buque de guerra no había cristaleras por doquier como en un crucero. Al menos estaría en una plataforma más estable y se me pasaría algo el mareo.

—Voy a subir a inspeccionar. Miraré en el hangar, que es la zona más lógica para encontrar algo. Si puedo, subiré a la pista de vuelo. Eso sí, me llevo el arsenal completo. Pistola, fusil y máscara NBQ. También necesitaría una buena linterna porque ahí dentro estaré a oscuras.

—Por eso no te preocupes. Te voy a traer la máscara y la linterna.

Empezaba a ponerme un poco nervioso. No era ningún héroe y tenía miedo por lo que pudiera encontrar. Sin embargo, había que cerciorarse de que ahí dentro no se encontraba ninguna Diane francesa.

—Toma esto —Matías me pasó una pequeña linterna de forma extraña—. Es para que la acoples en el fusil de asalto. Cogimos unas cuantas de la *Blas de Lezo*. Formaban parte del equipo de intervención de los infantes de marina. Mira, la pones así y... *Voilá*! Ya puedes ver mientras apuntas. Es de xenón y puede lucir durante una hora, así que consérvala. Te doy otras dos baterías de litio de repuesto por si acaso.

—¡Estupendo! Hace tiempo tuve una escopeta con un dispositivo similar. Bien, ¿cómo abordo a este coloso?

—La mejor forma es a través de esa especie de plataforma. Me voy ir acercando muy despacio. Cuando estemos casi abarloados lanzarás este cabo que he preparado con un gancho en el extremo. Lo lanzas a la barandilla que está más cerca, luego tendrás que hacer un buen esfuerzo y subir a pulso. No es mucha altura. El fusil te lo pasaré atado de la misma forma para que no tengas que cargar con él cuando subas.

—¿Dónde estarás tú cuando entre?

—Me alejaré unos metros por seguridad, con el motor en marcha, vigilando cualquier cosa sospechosa. Si tienes que salir a toda prisa de allí utiliza esta pasarela, incluso lánzate al agua y te recogeré de inmediato. No hay mucha altura. Si subes a la pista de vuelo, ¡ni se te ocurra lanzarte al agua desde allí! La altura es tan grande que caerías al agua y te estrellarías como si fuera cemento. No te engañes por las apariencias. Si te has dado alguna vez un *barrigazo* en la piscina entenderás de lo que hablo.

Después de prepararme Matías acercó muy el *Dulce* al costado del *De Gaulle*. Un grano de arroz al lado de una sandía, así debía ser la comparativa de tamaño de las dos embarcaciones.

Con un creciente malestar por el mareo logré lanzar con éxito el cabo. A la tercera intentona pasó por la barandilla de la plataforma.

SEÑOR R

—¡Aprovecha el cabeceo del *Dulce* para auparte y así poder avanzar algo más! —gritó Matías.

Cuando el pesquero, a consecuencia del oleaje, empezó a subir la proa aproveché el momento y salté hacia el cabo. Con un esfuerzo terrible fui subiendo hasta arriba. No era mucha distancia pero al llegar me temblaban los brazos. Matías lanzó un cabo más ligero y me pudo pasar el fusil de asalto. Encendí la linterna del fusil y me adentré en el interior del portaaviones.

Todavía no me había puesto la máscara, porque quería sentir primero el ambiente que había. Eso podía darme mucha información, sobre todo por dónde poder ir. Noté que el olor no era especialmente desagradable, aunque la atmósfera era viciada, calurosa y oscura como si estuviera metido en la boca de un dragón. Empecé a andar despacio, procurando no hacer demasiado ruido y apagando de vez en cuando la linterna cuando iba a entrar en alguna sala. De manera preventiva, con un rotulador iba poniendo flechas señalando el camino a seguir de vuelta. Había pocos carteles indicativos y estaban en francés, aunque no tenía problemas en saber su significado. Me dirigí hacia donde uno de ellos señalaba el camino del hangar.

Dentro del enorme portaaviones apenas se sentía el movimiento. Sólo si me quedaba completamente inmóvil podía tener alguna sensación, que no era nada insoportable. El mar encalmado ayudaba también. En aquel enorme laberinto de pasillos, salas, camarotes o pañoles me sentí un poco angustiado. La total oscuridad me impedía tomar alguna referencia visual y tenía la sensación de estar pasando siempre por el mismo lugar.

Escuché una especie de silbido. Me di cuenta de que era una especie de aullido o lamento. Me puso la carne de gallina y me hizo quitar el seguro del fusil para prepararme ante cualquier amenaza. Seguí andando muy despacio. Iba por un enorme pasillo, bastante ancho que debía haber sido uno de los principales lugares de paso del buque. Los carteles seguían señalando hacia el hangar, aunque también a la pista de vuelo. Empecé a notar el ya más que familiar olor de los cuerpos en descomposición. Debía estar acercándome a una ZCC, así que me puse la máscara.

El lamento era cada vez más cercano. Ahora estaba seguro de que se trataba de un sonido humano. Me dio ganas de dar media vuelta. Aquello podía ser una trampa por lo que andaba con mucho cuidado. El calor era sofocante. Con la máscara puesta era todavía peor y aunque la pantalla no se empañaba sudaba de manera considerable. El nerviosismo también tenía parte de culpa en aquel exceso de sudoración.

Quien estuviera aullando lo hacía de forma tan lastimera que parecía un lobo. "¿Será un hombre lobo?", empecé a pensar. Empecé a imaginar criaturas grotescas saliendo de todas partes y a un enorme hombre lobo viniendo hacia mí desde el otro lado del largo pasillo. Tuve que hacer un gran esfuerzo para tratar de mantener la calma. El aullido cesó. Me mantuve a la expectativa, bajando el cañón del fusil al suelo, para que la luz no alumbrase demasiado hacia adelante. Me maldije por no ser más previsor y no haber ido con más cuidado con la luz de la linterna.

Permanecí inmóvil durante un buen rato, pegado a la pared derecha del pasillo. Traté de discernir algo más que los sonidos propios del buque. Respiré hondo y continué avanzando, más despacio todavía, con el fusil apuntando al suelo, para que la luz de la linterna no se dispersara demasiado. Avancé unos cuantos metros cuando volví a escuchar el aullido. Sonaba muy cerca. Hice un esfuerzo sobrehumano por no salir corriendo de vuelta a la maravillosa luz del exterior y al *Dulce* que me esperaba afuera.

SEÑOR R

El sonido provenía de un camarote que había a la derecha del pasillo, a cuatro o cinco metros delante de mí. Me quité la máscara, para comprobar cómo era el olor por allí. Me la volví a poner deprisa porque había un olor nauseabundo. Miré al suelo por si estaba pisando tripas, sangre o cualquier víscera descompuesta.

Sin embargo, allí no había nada.

Me acercaba a la puerta del camarote. Cinco metros, cuatro..., cada paso me llevaba su tiempo. Me detuve justo antes de que el límite de dispersión de la luz de la linterna llegase a rebasar el pequeño espacio de la parte inferior de la puerta. Apagué la luz y me quedé a oscuras. No había posibilidad alguna de poder ver algo sin la linterna, lo que me angustió un poco más al depender totalmente de esta para poder moverme y orientarme con seguridad. Podía visualizar el camino hasta donde me encontraba y creí que si me hiciera falta, yendo siempre pegado a la pared, podría llegar a la zona por donde había entrado.

No había ninguna duda de que el aullido provenía de detrás de aquella puerta. Me había acercado a oscuras, colocando mi oreja en la puerta para intentar averiguar algo más del origen de aquel lamento tan inquietante. Sólo pude escuchar con más nitidez el aullido, sin poder averiguar nada más.

Decidí entrar.

Esperaba que la puerta estuviese cerrada con llave. Aun así, puse mi mano en el pomo de la puerta y giré la mano a la izquierda muy lentamente. Ante mi sorpresa, esta cedió. De la forma más cuidadosa posible abrí la puerta uno o dos centímetros, lo suficiente como para poder abrirla con el pie mientras empuñaba el fusil. Con la mano izquierda acaricié el pulsador de la linterna. Abrí la puerta de manera simultánea al encendido de la linterna y entré.

El aullido cesó de inmediato.

El camarote era más grande de lo que esperaba. Creí que me iba a encontrar un pequeño despacho. Pero era una sala amplia, con una veintena de catres, repartidos en diez literas, con pequeños armarios a los pies de cada una de ellas. Había cinco literas en una pared, enfrentadas a otras cinco de la otra. Recorrí visualmente el interior de cada una, hasta que me di cuenta de que en la última litera, de la parte izquierda, había una figura humana incorporada. Estaba muy asustado, pero no se movió de su sitio. Me acerqué despacio, apuntándolo y deslumbrándolo con la luz de la linterna. El hombre, puesto que ya se le veía perfectamente, estaba mirando a la luz de forma hipnótica. Parecía que no había visto esta en mucho tiempo. No dijo nada pero por su aspecto me di cuenta de que estaba físicamente muy mal. El pelo, la barba y su aspecto eran en general lamentables. Sucio, con restos de orines o algo peor en la cama, surcos blancos en los labios que denotaban una pésima hidratación, ojos vidriosos y sin vida. Si no estaba moribundo poco le faltaba. Estaba incorporado, sentado en su catre. Se tapaba con una raída manta, con sus esqueléticas y nerviosas manos, la parte inferior de sus extremidades. Evidentemente, no era un hombre lobo sino un hombre desquiciado.

Intenté tranquilizarlo. Supuse que era francés, al ser el portaaviones de la Marina de aquel país, y le susurré, sin quitarme la máscara, palabras supuestamente en su idioma. Aunque dudaba de que me entendiera algo.

- *Je suis ton amie* —dije recordando alguna cosa en francés.

SEÑOR R

El hombre seguía mirando la luz como si estuviera en trance. De vez en cuando sonreía o ponía cara de asustado. Pero no decía nada.

"Este tío está loco, y además rematadamente", me dije observando las extrañas muecas que hacía.

Bajé un poco la luz, para que no le diera directamente en la cara y volví a repetir lo mismo. Esta vez me miró. Aunque no se sorprendió lo más mínimo se empezó a reír señalando mi máscara. Me arriesgué a quitármela. Al instante un olor penetrante de carne putrefacta me echó hacia atrás. Me volví a poner la máscara. ¿De dónde venía aquel olor? En el resto de los catres no había nadie y por el suelo no había restos orgánicos de ningún tipo.

El hedor provenía del loco.

Me acordé del malogrado Santiago en aquél sórdido portal madrileño, lleno de excrementos hasta la cintura.

Haciendo un enorme esfuerzo de voluntad me volví a acercar. El hombre estaba murmurando algo en francés que no pude entender. Eché un vistazo a la manta en la que se hallaba y mis sospechas parecían confirmarse. Había una enorme mancha, sin identificar, que cubría la mayor parte de la tela.

Lo destapé.

Al igual que con Santiago, había muchos excrementos. Pero había más. Contemplé con horror sus dos piernas amputadas hasta varios centímetros por encima de la rodilla. Tenía puesto dos torniquetes quirúrgicos que había evitado que se hubiera muerto desangrado. Sin embargo, era evidente que se estaba muriendo. ¿Quien le había podido hacer aquella salvajada? Porque alguien tenía que haberlo hecho. Una persona sola no podría hacerlo. ¿O sí? Pensé que, a lo mejor, privado de alimento, se vio obligado a practicarse a sí mismo aquellas horribles mutilaciones para... ¡Comerse a sí mismo!

Era tan espantosa aquella idea que la negué taxativamente. Aunque era evidente que había perdido la razón y una persona sin juicio es capaz de hacer cualquier cosa.

—Dime que te pegue un tiro para ahorrarte más sufrimientos. ¡Dímelo y lo hago! —grité en castellano sabiendo que no me iba a entender.

El hombre, con un desgarrador grito, me suplicó:

- *Shoot, please... Shoot me!*

Sus ojos, testigos del horror y la locura, brillaron fugazmente como los de una persona cuerda. Aquel había sido su último pensamiento racional porque luego volvió a sumirse en su desquiciado trance.

Allí estaba yo, con permiso para acabar con sus sufrimientos, pero sin saber si podía matar a una persona inocente. Aquel hombre no me había hecho nada, pero su sufrimiento era tan grande que moralmente sería más grave irme de allí sin ayudarlo de alguna forma. No veía más solución que proporcionarle una muerte limpia y rápida.

Retrocedí un par de pasos, temblando sin control. Me pasé la lengua por los resecos labios, notando cómo mi corazón latía con frenesí. El hombre no me miraba, lo cual agradecí porque eso hubiera sido demasiado, pero empezó a aullar de la misma forma que antes de entrar. Apunté a su cabeza haciendo un esfuerzo por controlar mi agitado pulso.

SEÑOR R

Disparé un único tiro.

Al segundo se hizo un sobrecogedor silencio. Sólo se escuchó el tintineo del casquillo que había salido rebotando.

Salí del camarote. Cerré la puerta dejando atrás todo aquel espanto. Me acordé de que Matías había dicho que la linterna podía estar una hora luciendo, y esta llevaba ya más de media hora funcionando casi ininterrumpidamente. Debía economizar su uso. Aunque llevaba otras dos baterías de repuesto era urgente llegar a algún lugar con algo de luz o bien encontrar otra linterna.

Estaba todavía muy nervioso y horrorizado por lo que acababa de experimentar, cuando vi una flecha y un cartel que señalaban una posible salida. Un icono simbolizaba algo que identifiqué como subida a la pista. De vez en cuando apagaba la linterna para ver si había algo de visibilidad, pero era inútil. En un portaaviones el único lugar bien iluminado de forma natural era la pista y el hangar. Los demás sitios eran múltiples niveles y cubiertas interiores donde sin electricidad no eran más que túneles oscuros como cuevas.

Me llamó la atención la ausencia de cuerpos. Había recorrido un buen trecho y en ningún momento había hallado ninguno. Otro interrogante más a añadir a la lista.

Ante la incertidumbre opté por la cautela. Después de todo lo más probable era que alguien le hubiera cortado las piernas a aquel hombre. A juzgar por las heridas debió haberse hecho recientemente. Por lo tanto, seguía preparado como si esperase encontrar a alguien más.

Cada cierto momento me detenía, apagaba la linterna y me quitaba la máscara para ir comprobando si aumentaba aquel olor a descomposición que flotaba en el ambiente. Fui ascendiendo durante un rato pasando por tres cubiertas. En cada una de ellas me paraba unos instantes para intentar escuchar algo. Aunque sin ninguna novedad. Sólo cuando llegué a la tercera cubierta empecé a vislumbrar algo de luz al final de aquella escalera. Me animé con la posibilidad de poder respirar el aire puro del exterior. Cada vez veía más nítidos los peldaños hasta que llegó un momento en el que podía andar sin necesidad de linterna. La escalera se terminó y una puerta entre abierta dio paso a una especie de pasarela al lado de la pista de vuelo. Esta todavía se encontraba a una altura mayor y no podía ver nada, pero al fin pude respirar sin la máscara y, sobre todo, disfrutar del maravilloso sol que a esas horas del mediodía se encontraba ya sin tantas nubes. Incluso castigaba con fuerza. Decidí subir hasta la pista y ver qué me encontraba por allí. Además, podría observar al *Dulce* y a lo mejor Matías me lograba ver.

Aquella pasarela daba acceso a un lanzador de misiles de defensa, y desde allí puse ir hacia el través del buque y pasar a la pista de vuelo.

Cuando conseguí subir, el sol se reflejaba con dureza en la cubierta, de forma que me deslumbraba bastante. No conseguía ver hacia popa sin cegarme por los reflejos. A proa me cercioré de que allí no había ni aviones ni cuerpos. Anduve hasta el centro de la pista, asombrado de lo larga que era esta. Debía tener más de doscientos cincuenta metros de punta a punta. En lo alto de la isla de comunicaciones, que era la torre de control aéreo de a bordo, había varias gaviotas dormitando. En general el buque tenía un aspecto muy descuidado y no había ninguna señal que indicase que allí había habido alguien recientemente. Me acerqué al costado de estribor, para ver si descubría al pesquero. Me dio mucha impresión mirar hacia abajo. Estaba muy alto y el *Dulce* debía estar muy metido hacia dentro porque no conseguía hallarlo.

SEÑOR R

No sabía qué hacer. Todavía estaba dándole vueltas, y recordando lo que había pasado con aquel hombre sin piernas, cuando una gran nube se interpuso entre el sol. Por fin se nubló un poco para poder descansar del implacable castigo de sus rayos. Asimismo pude observar sin problemas a popa, pudiendo ver cómo, a lo lejos, casi en el borde del fondo del buque, había dos personas de pie, completamente inmóviles. Y estaban mirándome.

Casi de manera instintiva me llevé el fusil a la altura de la vista.

"¿Cuánto tiempo llevarán observando?", me dije volviendo a notar como los nervios hacían presa en mí.

No podía distinguir con claridad sus rostros pero si pude observar que se iban acercando muy lentamente. Eran dos hombres y ambos estaban desnudos. Estaban acechándome de una manera tan sutil que hasta que no avanzaron casi un par de metros, no me había dado cuenta de que se habían acercado aprovechando mis miradas a los lados.

—¡Alto! ¡*Stop*! —grité con la esperanza de que me hicieran caso, porque no sabía muy bien qué es lo que iba a hacer si no se detenían.

Uno de ellos obedeció, pero el otro siguió acercándose, aunque con las manos en alto, como para que viese que no iba armado.

—¡*Stop*, coño! —volví a gritar.

Para reafirmar mi orden disparé al aire, espantando a las gaviotas de la torre y haciendo que ambas figuras se echasen al suelo de forma automática. Esperaba que Matías hubiera oído el disparo, aunque allí abajo aquella detonación bien podía haber quedado en nada.

Me acerqué a los hombres. Sus cuerpos estaban sucios, con llagas y pequeñas heridas además de restos de sangre coagulada en las manos. Ninguno de los dos dijo nada ni realizó gesto alguno, salvo estar allí tumbados boca abajo, tan quietos e inmóviles que parecía que estaban muertos.

- *Parlez vous*... Esto, cómo se dice, *parlez espagnol*? —intentaba hacerme entender con las cuatro palabras que me acordaba del francés que estudié durante un año en el colegio.

Ninguno dijo nada. Cuando iba a preguntarles lo mismo en inglés uno de ellos, sin alzar la cabeza dijo:

—Yo hablo español.

—Vale, perfecto... *Très Bien*! —dije—. He encontrado abajo a un hombre sin piernas. ¿Qué hacían a bordo? ¿Hay más supervivientes?

—¿Hombre sin piernas? —dijo el hombre—. Eso es un poco absurdo.

—Aquí hay cosas muy raras y lo que he dicho es lo menos ilógico de todo esto. ¿Qué hacéis desnudos?

—Tomando el sol, *monsieur* —contestó en tono condescendiente.

—¡Y un huevo! —exclamé empezando a cabrearme—. ¡Le he pegado un tiro a vuestro amigo porque me lo ha pedido! ¡Estaba sufriendo de una manera inhumana!

El hombre, al escuchar aquello, susurró algo en francés a su compañero.

—¡Maldito cabrón! —gritó poniéndose de pie—. ¿Por qué asesinaste a nuestro amigo?

—¡Eh, al suelo! Yo no he asesinado a nadie. Si era tan amigo vuestro ¿Por qué lo teníais en esas condiciones? ¿Por qué le habéis cortado las piernas?

Lo que ocurrió a continuación no lo olvidaré jamás.

SEÑOR R

El hombre que estaba de pie me miró y yo le miré. Llevaba el pelo y la barba como si se tratase de un náufrago. Me sonrió y dejó al descubierto una sucia dentadura llena de restos de sangre coagulada.

—Le cortamos las piernas porque teníamos hambre.

Mi cara debió reflejar un horror tan grande que el hombre se rió a carcajadas. Debido a mi sorpresa bajé el arma y en seguida aquel se me tiró encima tratando de desarmarme. El otro hombre se levantó. Conseguí esquivarlo por poco y pude dispararle un tiro en el pecho.

—¡Ambroise! ¡Ambroise! —chilló el otro. Se acercó al cuerpo de su amigo y lo cogió para incorporarlo. Era inútil, ya estaba muerto antes de tocar el suelo—. ¡Bastardo, lo has matado!

Aquello me cabreó. Me acerqué al tipo y le solté una patada en la boca. Este se cayó a un lado, sangrando profusamente por el labio partido.

—¡Maldito *gabacho* de mierda! —le espeté enfurecido—. ¡A ver si eres tan valiente como antes y me la juegas de nuevo!

El hombre se asustó y alzó la mano en señal de rendición. Un diente salió de su boca cuando escupió al suelo.

—Bien, ahora te vas a levantar y te vas a dar la vuelta. Pondrás las manos atrás y te las ataré. Como intentes algo te mataré sin contemplaciones. ¿Lo has entendido?

El hombre asintió y siguió mis instrucciones. Debió ver que estaba muy alterado como para intentar nada. Lo até con el cinturón. Luego lo empujé hacia el interior de la isla de control. Le indiqué que subiésemos y se sentase en algún lugar de la sala de los radares. Allí le insté a que me explicara lo que había pasado en aquel buque y cómo había llegado al extremo de comerse a un semejante.

En un buen castellano aquel hombre, que se llamaba Mathieu, me relató de forma pausada y como si fuera un autómata lo sucedido a bordo de aquel portaaviones.

—Supongo que por tu propia experiencia en España habrás sufrido el caos que sobrevino cuando se supo que la pandemia era peor de lo que creían y que a la Humanidad le quedaban, literalmente, dos días. El Gobierno francés, estúpidamente, creía que aquello se podría solucionar de alguna manera. Quiso poner a salvo de los saqueos lo mejor de su marina y ejército para poder aprovecharlos en el futuro. Supongo que en el Elíseo pensaron que los países que pudieran salvar su armamento serían los que dominaran el futuro mundo post apocalíptico. ¡Qué ilusos, como si eso importara, como si quedara la suficiente gente para que esas cosas les afectaran! El caso es que se mandó llevar a alta mar a varios buques de guerra imprescindibles, entre ellos la joya de la corona de la marina francesa: el *Charles de Gaulle*. Con una tripulación mínima, que no daba para poder maniobrar o vigilarlo en condiciones, se llevó hacía varias millas en alta mar con la ayuda de varios remolcadores. Ya se sabía que el caos había hecho que algunas bases navales norteamericanas y de Europa hubieran sido saqueadas o amotinadas por sus propias dotaciones y se esperaba que en Francia ocurriera lo mismo de un momento a otro.

» Yo era un prometedor oficial al que pusieron como segundo de a bordo, después del Almirante Bailly, que era el que estaba al mando. Nos secundaban otros dos oficiales y medio centenar de marineros. Nuestra misión: salvar al portaaviones y dejarlo anclado tras comprobar que no había riesgos. Por aquel entonces creían que la pandemia se podía evitar estando aislados en alta

mar sin contacto con infectados. Se olvidaron que el *De Gaulle* había estado en el puerto de Brest y por su interior habían estado circulando los hombres, dejando al virus en estado latente. Fue cuestión de tiempo que empezaran a darse los primeros casos de contagiados en el portaaviones y en los dos remolcadores. Bailly murió de los primeros. Era un hombre mayor y no soportó los síntomas. Tomé el mando y ordené dirigir el buque a la costa. Era un sin sentido seguir allí sabiendo que íbamos a morir todos. Si anclábamos el barco al menos no ocasionaríamos una catástrofe nuclear si nos hundíamos o embarrancáramos en alguna costa. La mayoría de los hombres estuvo de acuerdo, pero un imbécil, el teniente Pierre Oliviers, quiso seguir con la sandez de la patria y demás estupideces de Academia y me relevó del mando por alta traición. Mis hombres lo mataron como a un perro. Todos estábamos soliviantados y todos queríamos volver a tierra a cuidar de nuestras familias. O, al menos, pasar nuestros últimos momentos con ellos. Pero los capitanes de los remolcadores, también ansiosos, no quisieron perder el tiempo y cortaron los cables, dejándonos abandonados sin ninguna esperanza de salir de allí. No podíamos conducir este portaaviones nuclear, ya que la supervisión de su manejo corre a cargo de los ingenieros, que no teníamos, y del capitán del barco, que no estaba. Con lo cual nos dejamos llevar por las corrientes y mareas. Nos alejábamos mucho de la costa y otras nos acercábamos tanto que temíamos estrellarnos contra la costa. Pasó muy poco tiempo cuando todos murieron por la *Gripe X*. Sólo quedé yo con vida, dándome cuenta de que era inmune al virus pero que acabaría muriendo allí solo y de forma lenta. El *De Gaulle* acababa de salir del astillero por remodelaciones y no tenía absolutamente nada de provisiones, ni embarcaciones menores, ni nada de nada. Joder, todavía olía a pintura. Lo único que tenía eran los cuatro palés con provisiones que conseguimos cuando zarpamos para nuestra manutención. Eso me duró apenas dos meses. Sesenta angustiosos días en los que me alimenté de las pocas gaviotas que conseguía atrapar. Esos condenados bichos son más listos de lo que parecen.

» No se equivoque. Los cuerpos de mis camaradas muertos por la pandemia no los toqué. Al menos en aquellos primeros momentos tenía comida, por lo que me deshice de los mismos. Pasó un mes más y mi hambre era atroz. Recorrí una y mil veces el portaaviones, tratando de encontrar algo, pero no había nada. Maldita remodelación, no había ni ratas. Ya estaba a punto de dejarme morir cuando un día vi un velero. Un hermoso barco de doce metros de eslora que venía del este, del canal. Hice señales ¡y me largaron un cabo! Al principio creí que la pandemia había pasado y que aquellas personas eran de algún rescate. Pronto averigüé que eran tres supervivientes que se habían reunido en París y que habían utilizado el velero de uno de ellos para escapar de la zona hacia lugares más cálidos y con menos radiación. Al parecer varias centrales nucleares de Francia y Alemania tuvieron escapes importantes que han dejado una gran zona devastada por los efectos de la lluvia radiactiva.

» Como digo, aquellas personas me ofrecieron ayuda. Eran dos hombres y una mujer. La dama se llamaba Claire. A los dos hombres ya los ha conocido. A Ambroise le acaba de matar y al que ejecutó por *humanidad* se llamaba Pierre. Subieron provisiones a bordo para estar en el portaaviones hasta que pasara la tempestad que se cernía sobre nosotros. El dueño del velero, Pierre D'Arçon, era uno de esos ejecutivos que se compran un barquito para vacilar con los amigos, pero que sólo sabía navegar cuando el mar estaba calmado como un lago. Quiso esperar a que pasara la tormenta y aquello fue nuestra sentencia. Esta fue grande, pero nosotros apenas la notamos aquí

SEÑOR R

dentro. Fue una noche en la que nos desahogamos de lo lindo. Corría el alcohol y los porros de marihuana y nos pusimos muy a tono. Bastó una simple insinuación de Claire y en cuestión de segundos estábamos los tres dale que te pego, ya me entiende. Tres hombres y una mujer en un barco, no hace falta más explicaciones. A ella le gustaba jugar duro. ¡Y vaya si lo hizo! Ya mantenía de antes relaciones con los otros dos, así que uno más no la debió importar. Al día siguiente nos quedamos como tontos cuando no vimos al velero. Los cabos que lo amarraban con nosotros se habían roto por el temporal y terminó desapareciendo.

» Las exiguas provisiones que habían desembarcado eran para pasar una o dos jornadas. Al cabo de un par de días sin probar bocado empezaron los nervios. Pierre era un llorón y no hacía más que quejarse sin aportar ideas. Ambroise y yo éramos los únicos dispuestos a todo con tal de sobrevivir. Claire quiso que la favoreciéramos a cambio de sexo. Pero cuando hay hambre aquello no sirve de nada. Cuando Ambroise me propuso que la única solución, por el momento, era comernos a alguno de los otros, creí que hablaba en broma. No era así. Al principio le di largas, pero a la semana ya estábamos echando a suertes con quien empezábamos. Claire era la más apetecible. Siempre se ha bromeado con eso de que "estás tan buena que te comería", en el caso de Claire fue literal. Pierre no quiso ni oír hablar de aquello y terminó escondiéndose por el interior del buque.

» Matar a Claire fue lo más fácil. Lo difícil fue dar el primer bocado. Nos costó horas hacerlo, se lo juro. La teníamos delante y no sabíamos qué hacer. Hacía casi dos semanas que no comíamos y por Dios que si me hubieran puesto un plato de gusanos babosos me los hubiera comido sin pestañear. Pero aquello no sólo era comerse a otra persona, era dar carpetazo a toda una vida en la que socialmente se había visto aquello como lo más depravado a lo que podía llegar alguien, incluso más que ser un pederasta de mierda. Pero lo hicimos. Aquella noche no pude más y cogí el cuchillo. No voy a deleitarle con detalles, pero le aseguro que vomité la primera vez. Créame, no teníamos otra alternativa.

» Así estuvimos hasta que una semana después apareció Pierre, demacrado y rogando que le dejásemos comer. Nosotros habíamos recuperado algo de tono y lo aprovechamos para reducirlo y encerrarlo. Iba a ser nuestra próxima comida. Pudimos aprovechar sus piernas, ya sabe... Hasta que ha venido usted.

Mathieu terminó el relato sin ningún atisbo de arrepentimiento y parecía regocijarse ante mi espanto por lo que acababa de oír.

—¿Qué pensabais hacer cuando os merendaseis a Pierre? ¿Os ibais a cortar en trocitos a vosotros mismos?

—No lo habíamos pensado todavía. Creo que no nos atrevíamos. Aunque en el fondo sabíamos que terminaríamos luchando entre nosotros. Pero ese problema ya no lo tendré nunca. Usted ha venido en un barco, ¿no? Por tanto le doy las gracias por rescatarme y le suplico que me deje en tierra, en cualquier lugar.

—¿Después de escuchar la historia que me has contado?

—Si hemos hecho esas horribles cosas no fue producto de una conducta aberrante. Fue pura supervivencia extrema. Si se me culpa de algo no puede ser de nada que no hubiera hecho cualquiera en mi situación, incluido usted. ¡No soy un asesino!

Me quedé mirándolo un rato. No podía dejarlo allí de nuevo, por mucho que me hubiera

indignado su proceder. Sin embargo, no podía olvidar que había asesinado al menos a una persona para alimentarse de ella.

—Te diré lo que vamos a hacer —dije poniéndome en pie—. Efectivamente, he venido en un pequeño barco de pesca. Un compañero me espera abajo. Vas a venir y le voy a explicar lo sucedido. Veremos que opina. Es un hombre con mucha vida a su espalda y tiene mejor juicio.

Mathieu me dio las gracias y me rogó si podía desatarlo a lo que me negué rotundamente. Lo que si hice fue, al bajar de nuevo a la pista, ponerle los pantalones que se había quitado "para tomar el sol". Empezamos a bajar por las escaleras. Él iba delante y, a dos pasos, iba yo con el fusil, apuntando hacia adelante para que la luz nos guiase. Pensé en la historia tan grotesca que me había relatado Mathieu. No había manera de saber si era verdad todo lo que me había contado, aunque por la situación de Pierre y otros detalles me daba la impresión de que posiblemente lo era. Aún así, Mathieu no me gustaba. Por mucho que intentase justificarse, había sido capaz de hacer cosas aberrantes y para llegar a eso había que tener una predisposición. Por las maneras de comportarse, además, se notaba que estaba bastante desequilibrado. Las cosas que había pasado y había tenido que hacer le habían pasado factura y dudaba de que se pudiese recuperar alguna vez. No sabía lo que hacer. Por eso había tratado de ganar tiempo trasladándolo al *Dulce* para saber la opinión de Matías. Aunque no estaba seguro de lo que fuese a decir el viejo.

Mientras descendíamos por la escalera, Mathieu empezó a acelerar el paso. Tanto que tuve que llamarle la atención.

—Corre, *mon amie*. Es peligroso quedarse en las cubiertas superiores. ¡Bajemos!

—¿Peligroso por qué? —indagué extrañado.

—Al final de esta cubierta, a popa, se accede al reactor nuclear. Me temo que la radiación es elevada en aquella zona. Es mejor pasar de largo o las radiaciones harán que mees sangre.

Aquello sí que me asustó y aceleré el paso. Tanto que me puse en paralelo a Mathieu, al que cogí de un brazo. De repente, este, aprovechando mi desconcierto y que le estaba agarrando, hizo un movimiento muy brusco hacia un lado. Al no soltarlo me caí hacia adelante. El fusil no llegó a salir despedido pero el impacto de este contra el suelo hizo añicos la linterna.

Me quedé a oscuras con un loco caníbal por los alrededores.

Ahora sí que lo tenía bien crudo. Estaba completamente desorientado. No veía una mierda y había perdido el fusil. Me agaché, tanteando con las manos, pero no logré dar con el arma. Mathieu lo debía haber apartado de una patada. Este tampoco podía cogerlo porque llevaba las manos a la espalda, atadas con mi cinturón. Desenfundé la *Glock* y me arrimé a la pared. Pensé en el camino que había tomado para subir. Debía encontrar la escalera por la que accedí a la zona superior. Después, tendría que ir descendiendo una cubierta más y luego sólo me quedaría seguir por la pared derecha del largo pasillo y pasar por el camarote donde estaba el cuerpo de Pierre. Lo demás sería pan comido. Con la pistola bien agarrada empecé a avanzar. De vez en cuando me detenía a escuchar. Una de las veces oí a Mathieu reírse a lo lejos. Otra vez le escuché tan cerca que llegué a disparar. El fogonazo del disparo me permitió ver, durante una fracción de segundo, que iba en la dirección contraria a la escalera.

Sonó un disparo a lo lejos, al otro lado del pasillo. Mathieu había encontrado mi fusil y de alguna manera se había liberado de sus ataduras. El disparo había sonado en el pasillo paralelo. Al

instante sonó otro, algo más cerca. Estaba disparando para guiarse por los fogonazos. Calculé el número de balas que le debían quedar. Yo había disparado dos veces y él otras dos. El cargador era de treinta balas así que le quedaban veintiséis. No tenía más cargadores porque el resto los llevaba yo. Para mi pistola llevaba cuatro cargadores, además del de la propia pistola. En cada uno había diecisiete balas. Si las economizaba podía disparar y aprovechar la luz de los fogonazos para avanzar. Aunque eso delataría mi posición.

Mathieu disparó tres veces seguidas. En ese momento tenía que disparar porque dudaba si la escalera que había encontrado era la correcta. Me di la vuelta y disparé. No me dio tiempo a ver nada, así que lo repetí de nuevo tres veces seguidas.

Era la escalera correcta.

El francés me había oído y le escuchaba avanzar a buen paso por el pasillo. Decidí bajar la escalera a toda prisa, aunque eso también me delatara. Esperaba que Mathieu no supiera cómo poner el fusil en tiro de ráfaga porque si hacía un disparo de esa forma, en lateral, podía barrer un buen espacio y darme con algún tiro. Luego pensé que Mathieu era un marino militar y que debía estar habituado al manejo de armas, aunque no fuese el fusil reglamentario de su marina.

Bajé a la cubierta por la que había venido y me agaché justo al lado de la escalera, esperando a que Mathieu descendiese para así poder dispararle. Intenté no hacer ruido, incluso exhalaba la respiración hacia abajo, por si pasaba tan cerca de mí que no lo notase.

Oí un ligero roce con la barandilla, a escasos tres metros. Estaba bajando hasta que se quedó inmóvil en algún lugar. ¿O estaba andando de forma tan sigilosa que no lo detectaba? Me angustié. Mathieu jugaba con ventaja porque conocía el barco y sabía lo que era estar a oscuras de aquella manera. Lo mismo estaba a sólo unos centímetros y no me daría cuenta hasta que ya fuese tarde.

Saqué uno de los cargadores de reserva de la pistola. Lo agarré y lo tiré hacia la derecha con la esperanza de que Mathieu creyera que era yo y disparase descubriendo su posición.

Este disparó varias ráfagas, pero estaba bastante lejos de allí, a unos veinte metros. Se estaba acercando a la salida. Si lo hacía podría ver al *Dulce* y disparar a Matías. Me horroricé al contemplar esa posibilidad que, además, me dejaría en aquel horror flotante.

Salí corriendo presa del pánico.

Con las prisas me tropecé con algún tipo de obstáculo y aterricé de mala manera en el suelo. Noté como el hombro izquierdo recibía una buena contusión y me raspaba la mejilla del mismo lado, con un escozor y dolor insoportables.

Pero tenía que seguir. Mathieu volvió a disparar al escuchar mi golpe. Estaba muy cerca, pero no lo suficiente como para ver mi cuerpo con el resplandor del fogonazo del disparo. Al cabo de unos instantes sepulcral silencio, Mathieu abrió la portezuela de acero que daba paso a la pasarela desde donde había accedido al buque y la luz tenue inundó parte del pasillo. El francés hizo ademán de apuntarme y disparar pero se lo impedí haciendo yo lo propio. Mi hombro me dolía horrores.

Le obligué a cerrar de nuevo la puerta. Saqué otro cargador y recargué. Me situé detrás de la puerta y tiré de ella. Esperaba algún tipo de resistencia pero no la había cerrado. Me di cuenta que únicamente podía hacerse desde dentro. Era evidente que en un buque de guerra no interesaba poner cerraduras afuera.

Mathieu no estaba y el *Dulce* tampoco. No había pasado tanto tiempo como para haberlo

secuestrado y desaparecer. Con la pistola en ristre inspeccioné el lugar, pero no había más salida que el mar.

"¿Te has tirado Mathieu? ¿Tanto tiempo pasando penalidades para acabar así?", pensaba mientras miraba a todas partes.

Escuché el inconfundible motor del *Dulce*, que asomaba ya la proa por la propia proa del portaaviones. Incluso podía ver a Matías a través del parabrisas del puesto de mando del palangrero. Este dejó el mismo muy sobresaltado mientras que salía al pasamano de babor. Su cara estaba compungida.

Trataba de avisarme de algo.

En vez de darme la vuelta me tiré al suelo hacia delante. Mathieu, que debía haberse estado aguantando la respiración bajo el agua, había subido de una manera prodigiosa por el cabo que estaba suspendido en la barandilla, y había estado a punto de darme un culatazo con el fusil. Yo había caído en el mismo lado de la anterior caída produciéndome un dolor tan agudo que me impidió el poder levantarme. Mathieu, con la mirada desquiciada, levantó el fusil agarrando con las dos manos el cañón, dispuesto a golpearme sin compasión.

Sólo el acertado disparo de Matías logró herir al marino francés en el pecho. Este cayó al suelo de manera tan violenta hacia atrás que se abrió la cabeza, muriendo en el acto.

***

Estaba hecho una mierda. El fuerte dolor en el hombro, los escandalosos rasguños en la cara, el mareo atroz, el desánimo... Todo aquello me impedía levantarme del catre.

Matías, siempre muy diligente, me ayudaba en lo que podía. Se habían acabado las pastillas contra el mareo y en mi estado no podía levantarme para intentar sobrellevarlo con los trucos que me había enseñado el viejo. Empecé a vomitar todas las comidas que me daba y eso preocupó a Matías. Todo el día anterior lo pasé sin apenas poder dormir por los dolores y con la cabeza dando vueltas. Creí que me moría porque no se podía estar más a disgusto.

—Voy a virar hacia la costa francesa —afirmó Matías—. Para tomar tierra y quedarnos un tiempo hasta que puedas recuperarte un poco. En este estado te vas a deshidratar como sigas echando todo lo que te doy. Además, necesitamos encontrar algún analgésico para que te alivie los dolores del hombro. Espero que no se te haya roto nada ahí dentro.

—Vale, vale... —convine sin ganas de hablar. Por mí como si íbamos a una isla de dos metros cuadrados. Solo quería salir de aquel maldito barco para aliviar mi mareo que me resultaba casi peor que el dolor del hombro.

Por la tarde, Matías me avisó de que en una hora llegábamos a La Rochelle, un puerto francés protegido de los vientos y temporales por las cercanas islas de îles de Ré, d'Oléron, d'Aix y Madame. La ciudad se encontraba en la bahía que llevaba su nombre. Eso me animó un poco e incluso hice un amago de sonrisa antes de volver a caer en la almohada.

Cuando me desperté noté que el mareo había desaparecido por completo. El *Dulce* apenas se movía. Me levanté con un hambre atroz y subí a la cubierta. Ante mí apareció el puerto de La Rochelle, al menos lo que parecía ser una dársena muy metida en la ciudad. La entrada a esta la franqueaban dos antiguas torres medievales que daban un aspecto muy hermoso.

SEÑOR R

—Son bonitas, ¿verdad? —dijo Matías al ver cómo admiraba aquellas construcciones que resaltaban entre los edificios modernos—. Son la torre de la Chaîne, la torre de Saint-Nicolas y la torre de la Lanterne. Estuve en este puerto hace años y siempre me asombré de esas torres medievales. Los franceses son muy suyos pero hay que reconocerles que tienen, o tenían mejor dicho, unos edificios muy bonitos. ¿Cómo lo llevas, Miguel? Has recuperado el color.

—Tengo un hambre tremenda. Si haces el favor me gustaría comer algo.

Matías se fue a preparar un almuerzo consistente. Cuando volvió di cuenta de todo tan rápido que este me regañó, diciendo que con el estómago vacío no se podía comer de esa manera. Tras la comilona me senté en la proa, mirando hacia el puerto. Tenía mucho dolor pero sin la sensación de mareo podía sobrellevarlo algo mejor.

—Te encuentras todavía hecho polvo, a que si —advirtió Matías, dándome una taza de café.

—Si, ya no sólo por lo del mareo, el hombro o los rasguños de la cara. Lo del portaaviones francés, lo que pasó allí, me ha consternado. Es que no paro de conocer cosas horribles de la gente, durante la pandemia o después de ella. ¿De verdad el ser humano es así? ¿Nuestra condición natural es ser un depredador incluso de nosotros mismos?

—No le des muchas vueltas a esas cosas. El hombre, ante todo, quiere vivir y si tiene que hacer cosas aberrantes para ello, lo hará. Consuélate de que no todos han sido así. Nosotros dos somos la prueba de ello.

Di un sorbo al café. No podía no pensar en esas cosas como sugería Matías. Aquel nuevo mundo me superaba muchas veces y no sabía cómo capear los temporales que me iban viniendo. Tenía la sensación de que yo no era el que controlaba mi vida, de que me iba dejando llevar por impulsos. Traté de olvidar un poco todo aquello y hablé con Matías de otras cosas.

—Matías, el otro día me fijé en que tenías una maquinilla de cortar el pelo. ¿Te importaría prestármela? Quiero dejarme el pelo muy corto.

—¿Y eso? Tienes una buena pelambrera.

—Por eso mismo. Demasiado pelo. No me lo he cortado desde que empezó la pandemia y la verdad es que como no estoy acostumbrado me molesta mucho.

—Tú mismo. Si lo quieres muy corto te rapo en un momento.

Cuando terminó noté un agradable frescor. Matías me había cortado el pelo al uno. Al verme con esa guisa en el espejo: las ojeras, la barba de tres días y la mejilla izquierda con restos de magulladuras parecía un matón de barrios bajos.

—Vaya aspecto más demacrado que tienes —dijo Matías—. Menos mal que tu mujer no te ve esa cara. Voy a acercarme al hospital de la ciudad, que está muy cerca de aquí, a ver si encuentro algo para calmar tus dolores.

—Si está cerca te acompaño. Quiero estirar las piernas y salir de aquí.

—No deberías moverte mucho.

—Puedo andar perfectamente y necesito salir, de verdad. Estar aquí me está machacando la moral.

Matías se llevó el fusil de asalto y una pequeña mochila. Yo sólo llevaba la pistola. Matías me hizo un cabestrillo con una venda, para no zarandear demasiado el hombro izquierdo.

El hospital no estaba ni a medio kilómetro. Fue un paseo relajante en el cual pude disfrutar de

poder andar sobre suelo duro, estable e interminable.

Al otro lado de un canal estaba el centro hospitalario de La Rochelle. Las pocas calles que habíamos visto estaban desiertas de vehículos y cuerpos. El puerto, eso sí, estaba abarrotado de pequeñas embarcaciones de recreo, la mayoría apiñadas en desorden producto de la marea y el abandono.

El centro era un conjunto de varios edificios con distintas especialidades. El más grande era un moderno edificio de ocho o diez plantas, llamado *Saint-Louis* que tenía pinta de ser el más convencional. Cerca había otro edificio de cinco plantas que debía ser satélite del principal. El otro edificio grande, llamado *Marius Lacroix*, era más clásico y por los carteles tenía visos de ser un psiquiátrico. Un enorme cartel informativo en el hall del *Saint-Louis* nos confirmó que era el hospital normal.

No presentaba excesivos signos de haber sido saqueado. Seguramente, el ejército o la policía francesa lo custodiaron hasta el último momento. Desde luego no había ningún olor desagradable que nos hiciera pensar que aquella era una ZCC.

Nos quedamos un rato estudiando el plano informativo. Las consultas estaban en la primera planta, en el ala este, así que nos dirigimos allí. Había bastante luz natural que no hizo necesario que Matías encendiese su linterna acoplada del fusil. Fuimos entrando y saliendo de unas cuantas salas y consultas. En ninguna de ellas encontramos medicamento alguno. Sólo cuando Matías entró en una especie de almacén pudo encontrar un estupendo cabestrillo de uso hospitalario que me vino de perlas, mucho mejor que la venda. Tras acoplarlo a mi hombro y brazo quedaron perfectamente inmovilizados.

—¡Esto es otra cosa! —exclamé satisfecho ante aquella comodidad—. ¡Qué descanso es poder tener el brazo así de sujeto!

—Me alegra ver que te ha servido de algo.

—Muchas gracias, Matías. Aunque si no encontramos calmantes tampoco pasa nada. Creo que mientras esto quede así de firme no me producirá tanto dolor. Al menos no como antes.

—De todos modos, a ver si encontramos algo para reponer el botiquín. Incluso pastillas para el mareo, aunque estas podemos conseguirlas fácilmente mirando a bordo de los barcos atracados en el puerto. Seguro que la mayoría de ellos las llevan y más si son de pasajeros.

—Para que nos cunda el tiempo podíamos ir cada uno por un lado —propuse mirando a mí alrededor.

—No me gusta la idea de que te quedes solo en el estado en el que estás.

—Con este cabestrillo me encuentro muy cómodo, de verdad. No creo que haya problemas aquí dentro. Esta ciudad está bastante bien. Sin cuerpos, ni excesivos destrozos. Creo que obligaron a evacuar y por eso se quedó así. Estate sin cuidado, que sé valerme bien aunque esté manco.

Matías aceptó a regañadientes y se fue hacia la parte norte de la planta mientras yo me dirigí al sur.

Nunca me habían gustado los hospitales. Sobre todo por ese olor característico que tenían. Me daba repelús. Aunque este hospital francés no olía como aquellos que recordaba, ya que por otra parte estaba vacío y abandonado, seguía teniendo un aspecto tétrico, desolador. El sonido de mis pasos resonaba demasiado y me incomodaba. Seguía con el susto en el cuerpo por los últimos

acontecimientos a bordo del portaaviones. Me daba cuenta de que tardaría en exorcizar los demonios que crearon en mi mente aquellos oscuros pasillos del *Charles de Gaulle*.

Me quedé parado en mitad de un enorme pasillo y me entró un pánico terrible. El final del pasillo era tan oscuro que no se veía nada. No podía seguir avanzando ni retroceder. Estaba paralizado por el miedo. Era una situación completamente absurda. No había ningún peligro y nada hacía presagiar que fuera a haberlo. Pero allí estaba, quieto y sudando, como si se encontrase un oso delante de mí. Estaba tan aterrado que en seguida noté el cálido contacto de mi orina corriendo por el interior de mis pantalones.

"¿Qué me está pasando?", me pregunté mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Estaba a punto de romper a llorar cuando oí como Matías me llamaba desde el otro lado. Le grité que viniera cuanto antes. El viejo llegó con el fusil de asalto preparado, mirando a mí alrededor buscando cualquier amenaza.

—¡Qué pasa! ¿Qué has visto? —indagó situándose a mi lado.

—Nada. ¡No hay nada! Sólo que no puedo moverme. ¡Estoy paralizado por el miedo, Matías!

Este observó que me había orinado en los pantalones y que sudaba de manera más que evidente.

—Me temo que has sufrido un ataque de ansiedad o de pánico.

—¿Y eso por qué?

—No sabría decirte. Creo que la falta de sueño desde que saliste del portaaviones, tus dolores y el mareo te han dejado exhausto. Tu mente ha desconectado un poco y tus miedos han aflorado. No te preocupes, el sueño te ayudará. He encontrado algo muy importante: dos cajitas de morfina. Para casos graves, claro. También aspirinas, que son el analgésico de toda la vida, y oxicodona, un analgésico muy fuerte, pero menos que la morfina. Cuando estemos en el barco te administraré un poco de esta para que puedas descansar y reponerte de lo que ha pasado en los últimos días. Había codeína, pero creo que en mal estado. Ante la duda hay que tener cuidado con estas cosas. Toda la vida he visto esta clase de medicamentos con los que los médicos atendían con frecuencia a mis hombres. Administrándolos con cuidado no hay riesgo.

Matías me agarró del brazo derecho. Con suavidad me acompañó hasta la salida del hospital. Me sentía mal en todos los niveles. Estaba hundido y notaba que el desencanto estaba empezando a hacer mella en mí. Cuando volvíamos al *Dulce* no pude aguantar más y me agaché llorando sin poder parar. Matías dejó que me desahogara. Luego me ayudó de nuevo a incorporarme. Volvimos a bordo y allí comimos alguna cosa. Tras meterme en el catre, el viejo me dio un comprimido de veinte miligramos de oxicodona. Me dijo que debía andar con mucho cuidado con esos analgésicos porque como todos los opiodes eran muy adictivos. Aunque en ese momento necesitaba descansar todo lo posible.

—Mañana verás las cosas mucho mejor —me animó Matías mientras se incorporaba para salir del camarote—. Descansado y sin dolor empezarás a recuperarte. Ya verás, Miguel.

—Sólo hay una cosa que puede ayudarme a salir de este pozo —dije empezando a notar como el sueño me iba controlando.

—¿Y qué cosa es esa, Miguel?

—Sara —respondí en un susurro antes de quedarme dormido.

SEÑOR R

SEÑOR R

Septiembre

Permanecimos en La Rochelle durante unos días. Como Matías no me veía con fuerzas, ni ganas, para volver a hacernos a la mar decidió esperar. Hasta España no nos hubiera llevado más de día y medio, o dos a lo sumo, pero no quería arriesgarse a que volviera a recaer. El viejo encontró unas cuantas pastillas contra el mareo en varios de los buques amarrados en el puerto, pero aun así no quiso insistir.

Yo estaba mejor del dolor porque seguía con la oxicodona, administrada con comprimidos más pequeños que el primer día. Matías me aconsejó que era preferible sufrir un poco que estar drogado todo el día. Porque aparte de dejarme como un *zombi* podían crearme dependencia, y eso sí que sería un problema mayor.

—Tómate las aspirinas o el paracetamol que quieras, pero esto es mejor que lo vayas dejando —me dijo aquella mañana cuando le pedí una dosis. Aquello me molestó un poco porque parecía como si yo fuera un *yonki*. Y no estaba enganchándome a la oxicodona.

O eso creía yo.

Habían sido unos meses muy intensos, los más vertiginosos, apasionantes, aterradores y cansados de mi vida. Y eso pasaba factura, teniendo que salir por algún lado. Hacía ya más de un mes que me había separado de Sara y parecía que había pasado un año. Durante aquel tiempo me habían ocurrido muchas cosas, la mayoría no muy agradables, aunque había conocido la amistad de algunas buenas personas. Sin embargo, en el fondo, siempre deseé volver a lo que realmente me había hecho ser feliz. Y no sólo durante aquellos meses sino en toda mi vida. Estaba decidido volver a buscar a Sara y suplicarla que me dejara estar con ella. Estaba seguro de que separarnos no había sido una buena idea. Los traumas no se curaban de forma espontánea de un día para otro. Era mejor estar arropado con gente que te quisiera y yo necesitaba el calor de Sara. Estaba seguro de que ella también necesitaba estar conmigo.

A Matías no le había comentado nada de mi fobia a volver a salir al mar. Desde que desembarcamos estaba angustiado con la idea de tener que volver a meterme en aquel cascarón que era el *Dulce* y volver a experimentar el desagradable balanceo. Dos días, decía Matías que era lo que tardaríamos, pero sólo pensar en pasar dos horas se me hacía un nudo en la garganta, aunque tuviera todas las biodraminas del mundo. Ya había tenido suficiente mar. Tampoco quería que

Matías se lo tomase a mal. Me había ayudado mucho pero había cosas por las que no estaba dispuesto a pasar.

—A ver cómo te lo digo, Matías —dije mientras tomábamos una cerveza y hablábamos sentados en el muelle de la pequeña ciudad francesa—. Te agradezco de veras tu ayuda y compañía pero...

—No quieres volver a salir al mar —completó Matías dando un buen trago a su botella—. No hace falta que te justifiques. El mar es algo muy duro y te gusta o no te gusta. Está bastante claro que a ti no te va mucho, *boquerón*.

—No quiero que te quedes con la sensación de que no voy por ti. Es que no estoy en mi medio, nada más.

—Eso salta a la vista. Pero eso es cosa tuya, yo sólo puedo respetar tu opinión. Ahora que, aunque no lo creas, hoy en día el medio más rápido para llegar a Santander es por barco. ¿Cómo piensas volver?

—Quiero encontrar un vehículo. Incluso una moto pequeña como la que tenía, lo que sea. Con un vehículo podré llegar en poco tiempo. No sé como estarán las carreteras en Francia, imagino que como en España. Poniéndome en lo peor creo que en tres o cuatro días llegaré al pueblo de Aliezo, en los Picos de Europa, donde dejé a Sara.

—Estaba relativamente cerca de Santander. Creí que ella se quedó en Madrid.

Matías bebió de nuevo. Luego me dijo que si no iba a volver con él se iría cuanto antes. Al día siguiente, aprovechando la marea.

Aún así, esa tarde me ayudó a buscar por la localidad algún coche o moto que funcionase. Matías sabía bastante más que yo de mecánica y me dijo que si encontraba un Renault 4 era capaz de arrancarlo con los ojos cerrados. Me explicó que ese tipo de coche era el que había tenido durante veinte años y que lo había reparado tantas veces que no tenía ningún secreto para él. También mencionó que aquel coche era sólido y fiable como un tanque.

—No encontrarás un coche mejor para sobrevivir ahí fuera.

No me fue difícil hallar uno. Aunque el modelo hacía años que ya no se fabricaba, era un coche francés y estábamos en Francia, donde parecía que el 90% de los coches que había en la calle eran de procedencia nacional. Siempre tan chovinistas. Menos mal que había nostálgicos en todas partes y en La Rochelle encontré un Renault 4L de color blanco en buen estado, al menos para el tiempo que tenía. Matías tomó la batería y se la llevó al *Dulce*. Allí la cargó con las pinzas y las baterías del buque.

También comprobó el aceite y confirmó que estaba en buen nivel. Arrancó el Renault con los cables de debajo del volante al mejor estilo de un ratero de barrio.

—Te dejo puesta esta cinta aislante. Entonces el coche estará en marcha. Para pararlo simplemente lo despegas. Cuando quieras arrancar de nuevo, le das varios toques hasta que lo haga y entonces pones la cinta. ¿Entendido? Por lo demás ya verás qué gozada de coche. ¡Una maravilla!

Asentí y dejamos el coche arrancado para ver cómo iba de motor o si tenía algún problema. Aguantó como un tanque. No iría rápido, ni podría tener las comodidades de un turismo moderno, de hecho el interior era bastante sobrio y básico, pero aquel coche podía meterse por lugares en los que un coche normal no podría hacer, gracias a su elevada distancia respecto al suelo y su buena

suspensión. Además, su consumo era de un mechero. Me llamó la atención su palanca de cambios, de tipo revólver invertido, que en vez de salir de la parte inferior lo hacía de justo debajo del salpicadero, lo cual dejaba un cómodo espacio delante, aunque era un riesgo en caso de accidente frontal porque actuaría como un ariete.

Quise pasar un par de días por allí, preparando mi viaje de vuelta, así que no hice nada más con el coche y lo dejé estacionado muy cerca del muelle. Quería estar esa noche con el viejo Matías, cenando y hablando para recargar las pilas antes de enfrentarme a otro periodo en silencio. Aunque esperaba que fuese corto.

—Entonces, regresarás al instituto. ¿Qué harás después? —pregunté.

—Me iré al sur, creo que ya te lo comenté. Navegaré tranquilamente y el año que viene volveré a Inglaterra para encontrarme con Diane. Si es que llego, claro está. En ese tiempo pueden pasar mil cosas, como ya te dije una vez.

—¡Dímelo a mí! Que en cinco meses, desde el inicio de la pandemia, he hecho más cosas que en los treinta y cuatro años y medio anteriores.

Matías se rió. No sé si había sido por el hecho de proponerme ir a buscar a Sara, el haber encontrado un medio para hacerlo o porque no tenía que volver a embarcarme, pero estaba mucho más animado. Matías lo había notado y eso le dejaba más tranquilo.

—Con ese cabestrillo no vas a poder conducir bien.

—Ya lo sé, pero mi intención es ir despacio, aunque no puedo coger el volante con la izquierda si puedo sostenerlo con los dedos mientras cambio de marcha. Además, cuando me canse pararé las veces que haga falta. Tampoco me quiero matar en la carretera.

Al día siguiente, bastante temprano, Matías se despidió de mí. Nos dimos un fuerte abrazo y nos despedimos de forma un tanto incómoda, por no saber muy bien qué decir o hacer. Matías era un viejo lobo de mar y no le hacían falta los discursos grandilocuentes. Con un: "que tengas suerte, *boquerón*. Espero que encuentres a tu chica", fue más que suficiente.

El *Dulce* se deslizó por las tranquilas aguas de la dársena y salió hacia alta mar. Yo volví hacia el Renault 4, con la sensación, una vez más, de que había vuelto a separarme de la gente que quería y respetaba.

Abrí el maletero del coche y metí las pocas cosas que había cogido: el fusil de asalto y seis cargadores, además de otra linterna táctica que Matías me dio para reponer la que se rompió en el portaaviones. Mi *Glock* y cuatro cargadores para la misma eran todo lo que tenía de armamento. En provisiones andaba bastante peor. En el *Dulce* habíamos estado comiendo el pescado que sacábamos a diario, pero ahora no sería posible y debía recurrir de nuevo a las manidas latas de conserva y a lo que el terreno me deparase. También me dejó una cajetilla de morfina y lo que quedaba de oxicodona, así como aspirinas, paracetamol y algunas pastillas contra el mareo. "Seguro que tú le darás más uso que yo", me dijo con cierta sorna cuando le pregunté el por qué de las biodraminas. Eso sí, me volvió a avisar del peligro de los medicamentos y su mala administración.

No estaba angustiado, es más, estaba empezando a ilusionarme con la idea de que en unos días podía volver a encontrarme con Sara. Eso me hizo replantear mi salida de allí para largarme cuanto antes. Sin querer darle más vueltas me monté en el coche, miré la *Guía Michelín* francesa, que había encontrado en otro coche y me puse en camino de vuelta a España.

SEÑOR R

***

Hasta la frontera española debía haber unos trescientos kilómetros, más o menos. En un *cuatro latas*, aunque este no alcanzaba más de noventa kilómetros por hora, en teoría no debía tardar más de medio día. Pero eso era en condiciones normales y lógicamente llevaba unos cuantos meses en que no podía pensar de esa forma.

Por lo pronto, nada más salir de La Rochelle y tomar la carretera que me llevaría a Burdeos, en mi camino hacia el sur, la encontré colapsada de vehículos. Me recordó mucho a las carreteras españolas, sobre todo la de los accesos a las ciudades. Así que, imposibilitado de poder circular por la carretera principal, tuve que internarme en las siempre lentas, reviradas y deficientes carreteras secundarias.

Aquella vía local me condujo a la cercana ciudad de Rochefort, donde pasaría la noche. La ciudad estaba muy cerca del mar, en la ribera del río Charente. Tuve un gran problema porque la ciudad quedaba al norte del río. Para cruzarlo había un puente principal que estaba intransitable, y un trasbordador colgante que no podía funcionar. Mirando la guía advertí que hacia el mar no había más puentes y el más cercano era uno al este pasando otra ciudad cercana que tenía toda la pinta de estar igual de colapsado, ya que pasaba una carretera principal por ella. Nada más levantarme, tras pasar la noche en un hotel de la ciudad de Roquefort, fui hacia aquel puente donde pude confirmar mis sospechas.

El puente estaba destruido. Tenía toda la pinta de no haber resistido el enorme peso de los vehículos y se derrumbó en el Charente.

Al final pude pasar por un estrecho viaducto para trenes que me dejó en una carretera que iba a la ciudad de Saintes, donde llegué al anochecer después de una penosa travesía esquivando vehículos sin parar. En total, no había recorrido ni siquiera cincuenta kilómetros en todo el día. Estaba extenuado y aquel sobreesfuerzo me había hecho tomar más comprimidos de oxicodona de lo aconsejado.

Tuve que hacerme a la idea de que yendo así tardaría mucho más de lo que había planeado. Cuando Matías llegase a Santander yo todavía no habría alcanzado Burdeos. Al menos, Francia apenas tenía montañas en la mayor parte del país. Salvo los Alpes en el este y los Pirineos en el Sur, el resto del país era prácticamente una llanura que me facilitaría algo el trayecto.

***

Me levanté aquella mañana, o mejor dicho intenté hacerlo, en el Renault 4 donde había tenido que pasar la noche. No pude encontrar ningún *chateau* donde poder pernoctar, ya que estaban todos muy saqueados. Alguno de ellos con muchos cuerpos en su interior. Como llovía de manera torrencial desistí de ir a otra parte, por lo que los asientos de atrás del *cuatro latas* me sirvieron de improvisado dormitorio. Si no hubiese tenido el cabestrillo hubiera dormido más o menos bien, pero de esa forma fue imposible poder conciliar el sueño. El dolor todavía era intenso, aunque no como los días pasados, pero me hacía estremecer cada vez que, por accidente, me daba con el asiento y así no había manera de pegar ojo. Cuando ya hubo luz y apareció un espléndido día no me lo pensé más y continué mi camino.

Los franceses habían habilitado un carril de emergencias al estilo español, como los que vi en la

Castellana de Madrid. Y al igual que aquel también lo hicieron sin mucho miramiento. Por toda la Autopista A10, que me llevaría a Burdeos, había un carril despejado, aunque de vez en cuando me encontraba con algún coche atravesado, aquello ya era otra cosa. Ya podía poner al Renault a más velocidad y avanzar de manera considerable con respecto al día anterior.

Pasé en paralelo al enorme estuario de La Gironde en cuya cabecera se encontraba la ciudad de Burdeos. Aquella tarde pasé el parque natural de las Landes de Gascogne, muy cerca de los departamentos franceses que lindaban con la frontera española. En el pueblo de Lesperon me quedé a pasar la noche y repostar el *cuatro latas,* que hasta entonces estaba demostrando la fama de robusto que había tenido siempre esta clase de utilitario de toda la vida.

Para pasar los Pirineos sólo había dos lugares aptos en aquellas circunstancias: por la parte oeste en Irún o Hendaya o por la parte este lindando con el Mediterráneo. Entre medias estaba la gran cordillera pirenaica con otros pasos menores que debían encontrarse en peor estado que los principales. Como la carretera por la que iba me llevaba directamente a Irún no tuve que pensarlo mucho más. Además, una vez en España la autopista se convertía en la A8, la autopista del Cantábrico, que me dejaría cerca de mi objetivo. Empezaba a estar de nuevo satisfecho de cómo estaban yendo las cosas.

Aquella mañana había amanecido nublado, tal y como era costumbre en la zona. Pensaba comer en cuanto hubiera pasado la frontera, que distaba ya a menos de un cuarto de hora a esa velocidad. Según me fui acercando a esta salió una figura humana del carril aledaño de la derecha. A su lado la vía estaba abarrotada de vehículos apiñados. El individuo se puso en medio del carril "habilitado". Hacía señales con la mano.

Otro superviviente. Y eso quería decir que tenía que andarme con mucho cuidado. Y más con el brazo izquierdo inservible. Por eso descarté el uso del fusil, que llevaba en el asiento de atrás. La *Glock* sería mi mejor baza, si era necesaria. Aflojé un poco la marcha. Cuando quedaban unos doscientos o trescientos metros, detuve el coche. Me quedé esperando detrás de la puerta abierta, por si tenía que utilizarla de parapeto en un hipotético enfrentamiento. Apoyé mi mano derecha en la culata de la pistola y esperé a que el tipo viniese a mí.

Según se acercaba me mostraba las manos, en señal de que no portaba armas. Era un buen comienzo, aunque yo no bajé la guardia. Era un hombre de mediana edad, de altura normal y complexión robusta. Vestía un chándal bastante hortera algo antiguo. Llevaba una barba poblada que contrastaba con la calvicie. Mi primera impresión fue buena, aunque seguía sin soltar la culata de la pistola. El hombre sonrió de manera tranquilizadora al ver que yo no parecía muy dispuesto a dar el primer paso.

—Hola compañero —dijo con un marcado acento vasco—. No te inquietes, que no voy a hacerte ningún daño. Es más, quiero avisarte de que si sigues por esta carretera seguramente será lo último que hagas en la vida.

Me quedé sorprendido y más inquieto todavía por aquella afirmación tan rotunda. Parecía una amenaza.

—¿Por qué sería lo último?

—Porque justo en el paso de la misma hay una banda de hijos de puta que han matado a mis dos compañeros de viaje. Nos cogieron y nos llevaron a una especie de campamento que tienen

montado. En un descuido pude escapar gracias a que me pude internar en aquel bosque de allí y luego en este infierno de chatarra. Esos cabrones están apostados en la frontera porque saben que es el único punto que hay para pasar si vienes del norte y quieres ir hacia el sur.

—¿Por qué harían algo así? ¿Qué es lo que buscan?

—No tengo ni idea, sólo sé que van vestidos como militares, van armados hasta los dientes y son muy peligrosos. Por cierto, me llamo Andoni.

Me presenté y le estreché la mano. Me enseñó el interior de su ropa para que comprobase que no llevaba armas. En realidad sólo iba con lo puesto, sin mochila ni nada parecido. Le ofrecí comida que aceptó de inmediato. Antes me sugirió que metiéramos el coche al lado del carril chatarra para no llamar la atención. Ya que aquellos locos solían utilizar rifles de francotirador y podían descubrirnos si andaban por la zona.

Tras dejar el *cuatro latas* bien disimulado entre tanto coche, nos salimos de la carretera para comer en el campo adyacente. Mientras Andoni daba cuenta de su ración yo me sentaba a una distancia prudencial, por si acaso. Él lo notó pero no se o molestó. Parecía que lo entendía. Tras la comida, Andoni sacó un cigarrillo y mientras fumaba empezó a contar lo sucedido con aquella extraña gente.

—Soy de Bilbao. La *Gripe X* me pilló trabajando en Alemania. Era ingeniero en la sede de BMW en Munich, donde llevaba más de seis años. No estaba casado, aunque tenía una novia alemana que murió por la enfermedad. Cuando el caos se apoderó de todo lo primero que pensé fue venir de vuelta para buscar a mis padres. Vi las horribles cosas que pasaban en Munich y me entró miedo por ellos. Eran gente mayor y no sabrían qué hacer ante aquel desastre.

» Al principio fue imposible escapar de allí. Los saqueos, asesinatos, evacuaciones masivas, en fin, seguro que ya sabes a lo que me refiero. Preferí atrincherarme con unos amigos, con nuestras novias o mujeres en casa de uno de ellos. Poco a poco fueron muriendo por la enfermedad todos ellos, menos yo. Fue entonces, al ver que las calles se empezaban a quedar en silencio, cuando me armé de valor para iniciar el largo viaje hasta mi casa. Y que viaje. Tanto horror y muerte que tuve que presenciar...

» Parece ser que en el centro de Europa la cosa estaba muy mal, incluso para los supervivientes, porque muchas centrales nucleares rusas, en peor estado de conservación de lo esperable, debieron reventar y el aire trajo a Alemania, Países Bajos, Bélgica y norte de Francia, una nueva “pandemia” en forma de radiación y lluvia radiactiva. No sé los que habrán muerto después, pero te aseguro que fui dejando atrás paisajes devastados por aquello. No me extrañaría que los pocos que quedábamos con vida confluyéramos alguna vez en nuestra ruta hacia el sur.

» Me encontré con Catherine, una belga que iba en moto con la cual me uní para viajar. Ella ya había tenido problemas en su tierra con un superviviente que la siguió durante semanas para, ya sabes... Ella lo mató una noche mientras dormía. Dijo que se cansó de huir y lo esperó. También nos encontramos con Ralf, un joven alemán de Sajonia de apenas quince años. Estaba muy asustado porque de un día para otro había pasado de pegar tiros con la consola a hacerlo de verdad contra sus vecinos, que aprovechando la pandemia querían vengarse de su familia por un viejo asunto de tierras. Ya ves, a punto de morir por la enfermedad y querían llevarse por delante a otros por una nimiedad que ya daba igual. El chico estuvo andando durante semanas hasta que nos encontró.

SEÑOR R

» Los tres seguimos viajando al sur. Cada uno queríamos ir a un sitio distinto. Yo a Bilbao para enterrar a mis padres con dignidad, Catherine a las costas de Andalucía, para vivir sin miedo a la lluvia radiactiva y disfrutar del sol, y Ralf... No sé que quería, la verdad, no dio tiempo a preguntárselo.

» Hace tres semanas llegamos aquí, en un autobús que conseguimos poner en marcha en Alsacia. Cuál fue nuestra sorpresa cuando vimos a dos hombres uniformados y armados como militares. En un principio nos alegramos de verlos, porque suponíamos que eso quería decir que el Ejército tenía alguna vacuna o algo así. Pero cuando nos hicieron bajar y ponernos en fila me di cuenta de que esos uniformes eran un conglomerado de ropas de todo tipo, la mayoría parapoliciales, aunque el armamento era como el que había visto a las tropas regulares. Pronto nos dimos cuenta de que aquellos dos no eran más que unos supervivientes venidos del norte de Europa por las mismas razones que nosotros. Sin embargo, en vez de buscar una soleada playa, decidieron que por aquel punto tenían que seguir pasando más supervivientes y que ellos estarían allí para esperarlos.

» ¿Y por qué esperaban? Pues para algo tan simple, tan humano, tan incomprensible y tan de hijos de puta como matar o violar. Ni más ni menos. A aquellos salvajes sólo les unía sus ganas de hacer daño y el frenesí que les producía la total impunidad de sus actos en este mundo. Por cosas que vi por allí no éramos los primeros supervivientes en caer en sus manos. Me percaté de que tenían varios vehículos con pinta de haber sido utilizados por gente, mochilas, detalles... A Ralf, al pobre chaval, lo patearon hasta que echó sangre por todas partes. Lo dejaron allí tirado durante dos días sin hacerle el menor caso, dejando que sufriera. Murió como un perro. Ni siquiera les mereció el esfuerzo pegarle un tiro. Quizás hubiera sido demasiado rápido para ellos. Sobre Catherine... Qué te voy a contar que no intuyas ya. Estoy seguro de que ella hubiera deseado que la mataran desde el principio, pero se la llevaron a su cuartel general como decían ellos. Una enorme casa de varias plantas donde dormían. Imagino que le harían de todo, no supe más de ella. Y a mí... a mí me reservaban algo peor. Querían utilizarme como presa. Me querían cazar para pasar una tarde de diversión.

» Hace tres días me soltaron con lo que llevo puesto. Me dijeron que me darían diez minutos y que luego desearía estar muerto porque pensaban despellejarme vivo. Estaba horrorizado, presa del pánico, casi histérico, así que me lancé a correr sin saber adónde. Quería vivir pero estaba tan seguro de no poder darles esquinazo que iba buscando un lugar donde poder acabar con mi vida. No quería que me atrapasen vivo.

» A veces los oía pasar cerca. Tanto que pensaba que el latido descontrolado de mi corazón los alertaría. Pero por sobrevivir se hace lo que sea y pude esconderme entre un montón de zarzas, barro y pestilente hojarasca podrida que me camuflaron bastante bien. Casi sin creerlo conseguí dejarlos atrás. Luego pensé que era mejor no intentar pasar la frontera y retroceder para tratar de conseguir un vehículo y marcharme al este, para pasar por allí. El resto ya lo conoces. Te vi de lejos y creí necesario alertarte de lo que podías encontrarte. Si te llegan a dar el alto créeme que no hubieras salido de allí con vida con ese brazo inutilizado.

Andoni terminó el relato después de haberse fumado tres cigarros seguidos.

—Ahora que sabes mi historia, ¿qué tal si me cuentas algo de ti? Eso me servirá para olvidarme

SEÑOR R

un poco de todo esto.

Le relaté de manera resumida mi periplo por Madrid. Sobre Sara, el largo viaje hasta Santander, los supervivientes que encontré allí, sobre mi viaje a Inglaterra para dejar a Diane y mi terrible odisea marina con Matías. Andoni se quedó con los ojos muy abiertos. Estaba muy sorprendido de mis peripecias.

—Vaya, eres un luchador nato, Miguel. ¡Qué coño, eres *el superviviente*! Los demás sólo somos vagabundos errantes que malvivimos en este mundo de perros. Que por cierto, ya he tenido mis problemas con algunos *chuchos*.

—Yo también. Y con osos y lobos.

Ahí sí que descoloqué a Andoni. Se maravilló de mis encontronazos con los plantígrados y cánidos.

—¿Qué vas a hacer ahora, Miguel? Si no te importa, me gustaría acompañarte hasta el otro acceso de la frontera.

—Por carreteras locales, caminos, no sé... Tardaríamos semanas en llegar y nada nos garantiza que el paso esté bien —me desesperé ante la perspectiva de tener que aplazar la búsqueda de Sara tanto tiempo.

—La otra forma es pasar por donde están estos, pero ya sabes cómo está el asunto. Si te decides a forzar el paso, yo te ayudaré. Aunque hay que planearlo bien, porque por las bravas no conseguiremos nada.

—¿Cómo lo harías?

—De forma sigilosa. Me temo que no podremos utilizar tu coche, porque eso no serviría más que para que nos alcanzasen en nada. Lo harían en cuestión de minutos. Tienen un par de vehículos muy buenos.

—Déjame que lo piense y ya veremos mañana. De momento, será mejor que nos escondamos dentro del coche y pasemos allí la noche.

Así lo hicimos. Andoni no quiso molestarme y se fue a dormir afuera. El pobre hombre me daba pena por lo que había sufrido y dejé que durmiese en los asientos de atrás. Me lo agradeció con muchos exagerados gestos de gratitud y rompió a sollozar por haber encontrado por fin a alguien con un poco de humanidad.

Humanidad, eso era lo único que me quedaba y en vista de aquellos salvajes que había en la frontera, parecía ser más un lastre que otra cosa.

***

Iniciamos el acercamiento muy temprano. Andoni iba delante de mí, guiándome mientras llevaba el fusil de asalto. Dijo que no había usado nunca un arma así pero que intentaría no meter la pata. Le di una práctica clase rápida de cómo usarlo.

Yo llevaba mi *Glock* desenfundada. Estábamos muy cerca del caserío y no quería sorpresas. Los tipos aquellos, según dijo Andoni, eran muy dados a salir a explorar por los alrededores, por si podían detectar antes a los que viniesen por la carretera.

En un momento dado, Andoni me hizo un gesto con la mano para ocultarnos detrás de unos matorrales. Más allá había un gran prado de verdes y frondosos pastos. Justo en el centro estaba el

caserío. Me sorprendí de que Andoni me hubiera llevado hasta la "guarida del dragón", en vez de dar un rodeo.

El caserío estaba muy bien situado porque la carretera que atravesaba la frontera estaba a menos de quinientos metros. Desde nuestra posición se podían divisar las casetas de aduanas y multitud de vehículos con las carrocerías y parabrisas brillando con el incipiente sol del amanecer.

Cerca del enorme caserío había unas cuantas vacas pastando plácidamente y algunas ovejas correteando cerca de la valla exterior. La casa era un edificio tradicional vasco. Una bonita construcción de dos plantas, paredes blancas con vigas vistas de madera que le daban un aspecto rural muy evocador. Techo de dos aguas y chimenea de piedra. Las ventanas tenían contraventanas de madera y había dos balcones cerrados muy típicos de aquella lluviosa parte del país.

Andoni había mencionado que en la parte de atrás del caserío había dos coches. Un par de todoterreno de gama alta bien conservados. A él le retuvieron en el corral que había aledaño a la casa. Estuvo encerrado en una especie de jaula que habían hecho en el establo de los cerdos. Le pregunté si creía que tendrían a más gente secuestrada.

—Donde yo estaba no había nadie más, pero observé unos zapatos tirados que me hicieron pensar que no era el primer huésped por allí. Catherine fue llevada al interior del caserío, aunque ignoro si tenían allí a alguien más.

—Sabiendo que son dos tíos armados y muy peligrosos —concluí—, lo mejor será dar un rodeo para no tener problemas.

—Ya que estamos por aquí se me está ocurriendo que podíamos intentar salvar a Catherine y acabar con esos cerdos. Otros supervivientes que pasen por aquí nos lo agradecerán.

—No quiero parecer un egoísta, pero me temo que, tal y como estoy, no tengo muchas ganas de hacer de John Wayne. Lo siento por los futuros supervivientes que pasen por esta zona, pero no puedo arriesgarme más. Ya sabes que tengo que buscar a mi mujer.

—Claro. No te puedo obligar, pero yo quiero rescatar a Catherine o vengarme por lo que le hicieron a Ralf y a tantos otros. Lo único que te pido es que me cubras, yo haré el resto. No tendrás que hacer mucho.

No me apetecía hacer de comando, porque había muchas posibilidades de que aquello acabara mal. Por lo que había contado Andoni aquellos tipos sabían moverse muy bien y utilizaban sus armas de manera casi profesional. No teníamos posibilidades. Pero Andoni casi me suplicó. En cierto modo le comprendía. Suponía que entre él y esa Catherine había habido algún tipo de relación y me recordó a la que tenía con Sara. También habría vuelto a rescatarla si la hubiera pasado eso.

—Te ayudaré, pero no entraré en el caserío. Me atrincheraré en las cercanías y te cubriré. Si las cosas se ponen yo me abro. Lo siento, pero así será.

—Gracias, Miguel. No te preocupes, creo que todo saldrá bien. Esa gente no solía madrugar mucho. Había días en que me daban de comer a las cuatro de la tarde. Supongo que se corrían una buena juerga por las noches. A estas horas estarán tirados en la cama o en algún lugar encima de unas cuantas botellas de alcohol.

Aprovechando que un bosquecillo de castaños atravesaba el prado y llegaba hasta casi el establo, pudimos acercarnos sin temor a ser descubiertos. Andoni me indicó que me quedara en el

último árbol antes de llegar al establo. Allí apostado podía ver bien si se acercaba alguien por el camino, o salía de la casa o del establo. En ese caso, me dijo que disparase sin contemplaciones porque no me iban a dar una segunda oportunidad.

—No te puedes ni llegar a imaginar lo crueles que son.

De manera sigilosa y ágil, Andoni se fue por la parte de atrás del establo para ir al interior de la casa. Desapareció de mi vista y allí me quedé, con la pistola preparada y con un nerviosismo y miedo casi incontrolables.

Los pájaros piaban en las cercanías haciendo olvidar durante unos segundos la tensión del momento. Mi plan era estar allí. En cuando hubiera algo raro me daría la vuelta por donde había venido y huiría sin mirar atrás. Tal y como le había dicho a Andoni no estaba en condiciones de hacerme el héroe. Además, aquella mañana no me había tomado ningún analgésico y el hombro me estaba empezando a martirizar.

Mientras esperaba me puse a pensar. No podía evitarlo. Lo hacía en Sara, en lo que estaría haciendo en aquel momento y si había tenido algún problema con algún superviviente descarriado. Aunque éramos muy escasos, había notado que entre los supervivientes no era muy difícil dar entre nosotros porque solíamos elegir las mismas rutas para desplazarnos. Ese era mi único consuelo, porque la zona donde se quedó Sara no era precisamente fácil de atravesar a pie y no debía resultar atractiva para un hipotético superviviente.

Entonces, como si fuera un fogonazo, se me vino a la mente el ridículo chándal de Andoni. El feo y hortera conjunto con pinta de haber sido de los ochenta. ¿Por qué no me encajaba ese chándal en todo aquel asunto?

"Joder, tenía el chándal limpio", pensé notando como la angustia subía por mi garganta. Andoni había explicado que pudo escapar de aquellos psicópatas porque se ocultó entre la maleza, el barro y las hojas podridas del bosque. No obstante, cuando caminaba detrás de él me había fijado en aquel chándal y este tenía buen aspecto. Estaba muy limpio. Para nada parecía haber sufrido una escapada a vida o muerte por el bosque.

En aquel momento oí unos sigilosos pasos por la hojarasca. Justo detrás de mí.

Me di la vuelta y encontré a Andoni apuntándome con el fusil de asalto.

—¡Sorpresa! —exclamó con los ojos muy abiertos—. Este es el día en el que vas a empezar a pensar en por qué no se te llevó la pandemia.

***

Habían pasado tres días. Tres días con sus noches en los que apenas pude probar bocado o levantarme. Tirado en aquel sucio y maloliente suelo con restos de paja y excrementos.

En la pocilga de los cerdos.

Sin las pastillas de oxicodona me retorcía sin control porque el dolor del hombro me estaba matando.

Andoni me encerró allí sin decirme nada. Me dejó desnudo y me propinó la mayor paliza de mi vida. Golpes en la cara, estómago e incluso una dolorosa patada en los testículos que me dejó literalmente doblado. Notaba cómo mi cara palpitaba por el dolor. Apenas veía nada por un ojo por culpa de la sangre coagulada y el estómago me dolía horrores, al igual que el hombro, que también

recibió un par de golpes y que me dejó casi en estado catatónico. Al menos, no me había quitado el cabestrillo. En aquellos horribles tres días sólo deseé morir cuanto antes. Porque, según Andoni, aquella bienvenida no era nada en comparación con lo que me esperaba. No dijo nada más. Allí no había más locos que él. Toda aquella patraña de los paramilitares se lo había inventado. Y yo, que presumía de desconfiado y superviviente nato, había caído en una absurda trampa infantil de la que no me había dado cuenta hasta el final.

Aquella insensatez me podía costar la vida.

La noche del tercer día Andoni entró y se sentó justo enfrente de mí, que estaba tumbado casi en la misma posición en la que había caído la primera vez.

—Sé lo que estás pensando —dijo Andoni—. Crees que has sido un gilipollas por haber confiado en mí. Bueno, estás en lo cierto, pero también te diré que me lo he currado muy bien. No te lamentes porque no te va a servir de nada. Quiero decir que, por mucho que le des vueltas al asunto y llegues a cualquier conclusión, lo único que debes tener en mente es que has ido a caer al que sea, muy posiblemente, el peor lugar de la tierra. Amigo, no te voy a engañar. No te he encerrado para que consumas mis limitadas provisiones, ni para que me hagas compañía como un perro. Para eso tengo ya mi apaño. Tu única misión aquí es proporcionarme algún que otro rato de diversión.

» Verás, tengo una costumbre muy fea desde pequeño: me encanta pegar y hacer daño. Este mundo maravilloso que tenemos hoy en día me permite llevar a cabo mis aficiones con total libertad. Lo malo es que somos muy pocos supervivientes.

» Yo era de Bilbao, no te mentí. Me instalé en este caserío porque está muy cerca de la frontera y por aquí hay más posibilidades de encontrarse con otros supervivientes. Tampoco te mentí cuando te dije que me había encontrado con Catherine y Ralf, aunque lo de Alemania me lo inventé. Es cierto que ellos huían de la radiación del norte, pero fui yo quien los encontró en la frontera. A Ralf le pateé como a ti. El muy imbécil, con sus quince años, se estaba tirando a Catherine, una tía que le doblaba la edad. Ya ves que guarra esta también, montándoselo con un crío de mierda. Bueno, quise encerrarlo como a ti, pero creo que me pasé con las patadas y la *palmó*. A la zorrita me la llevé al caserío. Todavía vive, pero no creo que llegue al otoño. Me está proporcionando unas noches muy placenteras. Oh, sí. Supongo que la habrás oído, o te he dejado sin poder oír. Bueno, no te preocupes, tienes mal aspecto pero no es mortal. Contigo me he contenido bastante, porque te tenía ganas desde que te vi. Me has caído mal, *macho*. Y eso lo vas a pagar caro.

» Como te he dicho, tengo varias aficiones. Una de ellas ya la has experimentado. Otra la suele apreciar Catherine y las otras *titis* que tengo allí arriba. Sí, hay varias chicas más, aunque alguna de ellas está en las últimas. Pero me sirven para el "toma, toma", ya sabes. Ah, por cierto, gracias por comentarme lo de esa gente de Santander y lo de tu amorcito. Lo mismo me animo un día y los hago una visita en cuanto acabe con lo que tengo aquí.

Al oír aquello, abrí los ojos. No me acordaba que, estúpido de mí, le había contado demasiadas cosas. Aunque no le había dicho el nombre del pueblo sabía que este estaba por los Picos de Europa. Andoni se rió al ver cómo me estremecía. Le producía placer verme sufrir, eso estaba claro.

—Cuando pille a tu Sara la voy a dejar el culo que no va a poder sentarse en mucho tiempo.

Luego salió de allí dejándome un plato sucio con algo que parecía ser un guiso y algunas hojas

de lechuga. Me dijo que el agua podía sacarla del rincón, donde había un charco de agua pestilente y sucia que se filtraba por las paredes.

Este nuevo mundo había sacado a relucir la verdadera forma de ser de cada uno. Me había dado cuenta de que ser buena persona no era ningún valor. Parecía como si una parte de los supervivientes que me había encontrado hubieran optado por dejarse llevar por sus instintos primarios, o sus obsesiones más aberrantes, más que intentar llevar una vida tranquila y seguir siendo honestos consigo mismos.

En aquel instante sólo tenía una certeza: iba a morir de una forma espantosa si no hacía algo. Y para ello debía tener un mínimo de fuerza. Casi no me podía ni incorporar, pero tenía que aguantar. Por ello empecé a comer aquella basura de desperdicios que me había puesto y bebí del agua estancada. Me costó no vomitar pero si de verdad era un auténtico superviviente como me había nombrado el mismo Andoni aquel día, debía demostrarlo. Y estos hacían todo lo que fuese posible por sobrevivir.

Aquellas anteriores noches no había escuchado nada porque había estado inconsciente casi todo el tiempo. El dolor me había noqueado. Sólo pensaba en la oxicodona que me hubiera aliviado al instante.

Pero la cuarta noche, después de aquella cena de “ensueño”, fue cuando escuché los aterradores gritos que provenían de la casa. Eran gritos de mujeres jóvenes. Desgarradores y casi inhumanos. ¿Qué les estaba haciendo aquel salvaje?

Por primera vez en mi vida empecé a rezar.

No podía hacer otra cosa.

***

La prueba de que me iba recuperando poco a poco es que había vuelto mi apetito. Y de qué manera. La única comida que Andoni se dignaba a darme no servía de mucho, por lo que en mi desesperación empecé a cazar todo bicho viviente que entraba por mi zona. Cucarachas, moscas, todo servía por arañar un poco de proteínas suplementarias. No había nada como pasar un hambre atroz para dejar a un lado las repulsiones culinarias.

Mi estado era malo, pero podía mantenerme más o menos levantado, aunque siempre que oía a Andoni cerca o cuando este entraba, me tiraba al suelo y fingía estar como al principio. Eso le enfurecía mucho a aquel depravado, que debía tener algo preparado para cuando pudiese mantenerme en pie. No debía tener buen aspecto porque se lo creía. Mis fuerzas iban aumentando, pero aún estaba lejos de encontrarme bien. Muy lejos. Por lo pronto, además del dolor, experimentaba un nerviosismo creciente por la falta de mi dosis de oxicodona. ¡Cuánto la echaba de menos! El dolor de mi hombro me martirizaba y sólo aquellas pastillas podían aliviarme.

Lo único positivo que saqué de aquellas largas horas de postración, desnudo en aquel húmedo y frío suelo, fue la visión de un diminuto hueco en la parte inferior de una de las tablas que hacían de pared en mi celda.

Si había un hueco podía representar una esperanza. Pero me iba a costar sangre, sudor y muchas lágrimas salir de allí.

Tenía que intentar encontrar algo que me sirviera de herramienta, por muy tosca que esta fuera,

para poder ir horadando en las juntas de aquella tabla, que parecía que podría llegar a ceder. Costaría mucho, pero aquello representaba mi única esperanza de salvación, así que me puse manos en la obra. Arrastrándome como una babosa llegué al extremo de la jaula y me puse a observar el exterior más próximo, el que podía llegar a alcanzar. Encontré una piedra plana, seguramente caída de los muretes de piedra adyacentes. No era nada, apenas un canto de poco más de tres centímetros, pero fue lo único que encontré. Antes de empezar debía fabricarme mejor la herramienta. Necesitaba hacer a esa piedra una especie de punta para poder rascar las juntas. Utilicé el propio suelo, donde había muchas partes irregulares, para poder ir limando poco a poco uno de los ángulos. Era una tarea tediosa, fatigante y condenadamente lenta, pero tiempo era lo único que tenía, aunque intuía que este se me estaba acabando. Un día de aquellos entraría Andoni y le daría igual cómo estuviera y empezaría a practicar conmigo sus terribles aficiones.

Cuando creí que la piedra podría empezar a cumplir su papel me trasladé a la tabla. Era muy angustioso estar raspando mientras miraba hacia la puerta cada pocos segundos, temiendo que apareciera Andoni de improviso. El momento en el cual podía avanzar más en la labor, sin miedo al ruido o a que me descubriera, era cuando por las noches oía los espantosos alaridos de las chicas. Ahí aceleraba el trabajo todo lo posible porque aquel escalofriante griterío solapaba mis ruidos.

Una tarde temí que me hubiera descubierto, porque Andoni entró y me preguntó por el origen de un ruido que había escuchado. En un alarde de improvisación le dije que era yo cuando me daba un espasmo muscular por estar tanto tiempo en aquella posición y que no podía evitarlo. Eso pareció convencerle, aunque no evitó que me diera una patada en la cara diciéndome que la próxima vez me aplastaría la cabeza.

En aquel momento sólo había pensado en poder escapar lo más lejos de allí, pero empecé a contemplar la posibilidad de acabar con él.

De momento, seguía rascando la parte inferior de la tabla suelta. Debía hacer un surco lo suficientemente hondo como para poder darle un fuerte empujón y salir de allí. El hueco sería bastante estrecho, pero podría conseguir pasar por allí. No podía profundizar mucho en el raspado para que no fuera muy evidente a simple vista. La madera era oscura y al estar muy cerca del pestilente charco de agua, no llamaba la atención, a no ser que uno se acercase expresamente a verlo. De todos modos, la tarea era titánica. Cada centímetro horadado podía llevar una o dos horas de trabajo, según las veces que interrumpiera el proceso, normalmente por sospechas de que Andoni se encontrara cerca.

Sabía que este salía al menos una vez al día hacia algún sitio. Supuse que a patrullar la zona del paso fronterizo, por si veía a algún otro superviviente. Me lamentaba pensando en el día que le vi. Andoni me explicó, para verme sufrir más que nada, que aquel día me vio de pura casualidad, que no tenía ningún plan, todo fue improvisado y por lo visto con mucho éxito. Había dejado en la cuneta la escopeta que llevaba y se había acercado a mí con aquella historia.

Así que, aprovechando aquellos momentos y las horribles noches con los gritos, eran mis mejores momentos para trabajar lo más rápido posible.

Tenía pensado terminar en uno o dos días más, pero ya estaba empezando a dudar de que llegase a tanto tiempo porque Andoni, cada pocas horas, me intentaba poner de pie. Incluso un día me dio dos raciones de aquella bazofia que llamaba comida, porque creía que así me recuperaría antes. Ya

podía ver bastante bien del ojo que me atizó. Lo notaba hinchado pero algo menos, lo suficiente como para poder ver. El estómago no me dolía y la entrepierna, aunque dolorida, ya no me daba aquellos terribles calambres de días pasados. Me podía incorporar y andar sin demasiados problemas, aunque el estado de mi hombro me preocupaba mucho. Ya no podía moverlo lo más mínimo sin sufrir un agudísimo dolor y empezaba a temer que me quedaría con el brazo inutilizado de por vida.

O lo que me quedase de ella.

***

La noche anterior había sido la peor de todas en cuanto a los desgarradores gritos provenientes de la casa. Normalmente, cada noche o cada dos noches, escuchaba los gritos de una mujer. Había distinguido ya a tres distintas en todo ese tiempo. En aquella ocasión fueron dos mujeres al mismo tiempo. El hijo de puta estuvo mucho tiempo con ellas. Aquello me sirvió para avanzar bastante con mi obra. Me daba pena servirme de aquel sufrimiento para mi escape, pero era algo que intentaría compensar si lograba salir de aquella pocilga-jaula.

Había conseguido pasar ya de la mitad de la tabla y afrontaba el último tercio con buenas expectativas cuando, aquella mañana, Andoni vino a verme sin el acostumbrado plato de comida.

Traía una inquietante sonrisa.

—Hoy estoy de muy buen humor. Supongo que anoche escuchaste el concierto, ¿verdad? Te preguntarás qué demonios hago allá arriba con esas zorras. Ya te dije que tenía varias aficiones. Recapitulemos. Una es dar palizas, otra es follar y la otra es... ¡Tachan, tachan! ¡Torturar! Si, amigo mío, eso me produce mucho placer, tanto como tirármelas. A veces, incluso más. Ayer estuve especialmente inspirado, pero se me fue la mano y una de esas guarras se ha muerto. Sólo me quedan dos. Espero que pase alguna más por la frontera o voy a tener que mudarme al oeste. Ya sabes. Cada vez llega menos gente. Eso lo he ido notando. Somos pocos supervivientes y cada vez hay menos. En fin, no hablemos de cosas tristes. Miguelito, Miguelito..., creo que ya va llegando la hora de que me ocupe de ti. Me da igual que estés todavía como una lagartija por el suelo. Mañana será tu gran día. La hora de demostrar si de verdad eres un superviviente nato o me equivoqué contigo. Verás, la gente a la que hago mis cositas no suele durar mucho y se mueren a la mínima. Pero tú has aguantado mucho, así que creo que me vas a dar mucho juego. Esta noche voy a preparar la habitación. Ya verás, te va a encantar. Por eso hoy no te traigo comida. Porque luego, cuando hurgo en los intestinos, soléis estar llenos y no es muy agradable, así que es mejor que estén vacíos. Tras aquello se marchó silbando, contento de haber empezado a torturarme diciendo aquellas espantosas cosas.

En cuando se fue seguí con más brío con la tabla. Sólo tenía aquel día para terminar. Debía dejarme la piel en aquello porque no tendría más oportunidades. Cuando llegó la noche y en la casa empezó el macabro coro de gritos y lamentos, tenía los dedos ensangrentados por el esfuerzo. Dejé la piedra y empecé a dar patadas a la tabla para tratar de que cediese por el surco que había creado. No había terminado de perfilarlo pero no tenía tiempo. Debía aprovechar esos momentos, en los que los gritos solapaban el ruido de mis patadas, para intentar abrir un boquete. Con la fuerza que da la desesperación conseguí que la parte izquierda, donde había conseguido hacer bien el surco, saliese

disparada hacia afuera. La parte derecha no cedió, pero el hueco creado me permitió poder agarrarla con una mano y hacer palanca hacia dentro, notando cómo las astillas se clavaban en la mano. Casi extenuado por el esfuerzo, conseguí arrancar el pedazo de tabla que quedaba.

¡Lo había conseguido! A través del hueco pude ver las briznas de hierba del exterior. En la casa los gritos cesaron justo a tiempo.

Llegaba lo más difícil. Pasar por aquel lugar iba a ser una odisea. Si bien yo estaba delgado, y más después de aquella semana, debía quitarme el cabestrillo para poder poner el brazo izquierdo todo lo pegado a mi cuerpo posible y pasar a lo ancho. A lo alto sería imposible con el brazo encogido. Eso quería decir que iba a tener que sufrir un dolor inhumano, peor incluso que las torturas que debía tener pensadas aquel loco.

Una lágrima empezó a rodar por mi mejilla previendo lo que iba a pasar. Sólo la tarea de quitarme el cabestrillo me hizo subir la cuota de dolor a un nivel que nunca había experimentado hasta entonces. Apretando fuerte los dientes estuve cerca de diez minutos soportando aquello, hasta que poco a poco el dolor se fue quedando en márgenes soportables. Me tumbé boca arriba, con el brazo izquierdo apoyado en el pecho, tal y como lo había tenido con el cabestrillo, pero ahora liberado. Debía poner el brazo en paralelo a mi costado con un movimiento brusco. No podría aguantarlo yendo poco a poco. Miré por encima de mi cabeza y vi el hueco de la tabla. Incluso divisé algunas estrellas en el cielo. Me había puesto en aquella posición para estar colocado según la postura de la forma como tenía que salir. Empecé a sollozar.

—Uno... Dos... ¡Tres!

***

Noté la boca muy pastosa cuando desperté. Parpadeé varias veces, tratando de abrir los ojos, que estaban casi pegados por la sequedad de las lágrimas. Era evidente que me había quedado inconsciente *ipso facto* al llevar el brazo al cuerpo. Notaba cómo estaba colocado en su posición, aunque me había costado un dolor tan agudo que mi cuerpo había preferido “desconectarse”. Miré por encima de mi cabeza. Ya era de día.

¡Había estado inconsciente muchas horas! Perdiendo un tiempo precioso. No sabía qué hora sería, porque no veía el sol, pero por el frescor que entraba debía ser aún temprano. Todavía podía conseguirlo si empezaba a moverme ya.

Con la mano izquierda, del brazo inutilizado, me agarré lo que pude al muslo, para evitar que el brazo se desplazase demasiado. Lo ideal era que me hubiera atado el brazo en paralelo al cuerpo, pero ya no había tiempo y corría el riesgo de producirme otro pico de dolor que me dejase de nuevo sin sentido. Tenía que pasar por aquella abertura y debía hacerlo tumbado boca arriba. Me di cuenta de que así iba a ser muy difícil moverme, aún más con sólo la ayuda de un brazo y mucho más complicado estando desnudo, ya que tendría que reptar arrastrándome por un suelo sucio lleno de gravilla que me iba a dejar la espalda y los glúteos desollados.

Tenía el cabestrillo que me había quitado por la noche encima de la pierna izquierda. Estuve un rato enrollándolo a esta para poder sacarlo para no tener que hacerlo luego, lo que supondría más dolor y tiempo.

El alegre piar de los pájaros me animó a empezar. Centímetro a centímetro empecé a avanzar.

Cuando lo hacía reptando hacia la derecha no había mucho problema, pero al hacerlo hacia el otro lado me obligaba a mover algo el brazo izquierdo, provocándome unas punzadas de dolor tan agudas que me creía desmayar en cualquier momento.

Al cabo de unos minutos había avanzado mucho y ya tenía casi toda la cabeza fuera del establo. Miré a los lados y me cercioré de que estaba en la parte de atrás. No se veía la casa y eso quería decir que si Andoni salía de ella no me vería a no ser que fuese por allí. Además, había mucha vegetación que me ocultaba, al menos hasta ese momento que no había salido del todo. Miré hacia mis pies y calculé mentalmente si la envergadura de mis hombros cabría, a lo ancho, por aquella abertura antes de empezar a pasar. Supuse que incluso me sobraría algún centímetro, lo suficiente para poder tener un poco margen al zigzaguear. A lo alto iba a ser complicado, pero no imposible. Mi cabeza había podido pasar muy justa. Creí que mi caja torácica pasaría si expiraba en el momento de hacerlo.

Avance y dolor. Me estaba empezando a acostumbrar al rítmico paso al dolor agudo del hombro.

Tenía que hacerlo rápido, pero sin pánico. Si me dejaba llevar por este me provocaría una inconsciencia que me llevaría a la mesa de operaciones de aquel loco. Sudaba y temblaba de terror mientras pensaba que Andoni estaría desayunando o preparándose para salir en aquel momento. O incluso preparando sus herramientas de tortura. Me estremecí de pensarlo y noté la calidez de la orina mojando mis piernas.

Expiré profundamente y empecé a pasar el pecho y los hombros. Algunas astillas me rasgaron. Empezaron a correr pequeños hilos de sangre por los costados. No eran heridas graves aunque sí muy escandalosas. Casi al borde de la asfixia, por contener la respiración, logré pasar y quedarme en la cintura.

Respiré de nuevo con ansiedad. Ya tenía medio cuerpo fuera y empezaba a ver la esquina lateral izquierda del caserío. A lo lejos distinguí la parte trasera de mi viejo Renault 4. Andoni debió haber ido un día de aquellos a por él. Seguro que le venía bien para sus correrías.

Después de tantos días sin ver la luz del sol agradecía aquellos cálidos rayos sobre mi magullado cuerpo, animándome un poco más. Ya casi estaba fuera. Pasé la parte complicada de los genitales sin ningún daño y por fin salí de aquella ratonera.

El alivio y el terror se entremezclaron. Por una parte había logrado escapar, pero todavía no estaba ni mucho menos a salvo. Estaba mal herido aunque logré incorporarme. Andaba medio encogido, agotado y maltratado, no sólo por el hombro, sino por todos los hematomas que aquel desgraciado me había producido. Agarré el cabestrillo y lo até alrededor del cuerpo, manteniendo en paralelo a este el brazo izquierdo inmovilizado.

Miré a mi alrededor y pensé en largarme de allí, pero la finca estaba toda vallada y en mi estado no podría saltarla. Sólo se me ocurría montarme en el *cuatro latas* y escapar de allí. Pero aquello era muy arriesgado. Por lo pronto tenía que ir hasta el otro lado de la casa, meterme en el coche, arrancarlo con una mano y manejarlo a su vez de la misma forma. Perdería mucho tiempo que no sabía si tendría. Andoni podía oír el motor y presentarse en unos segundos. Yo estaba tan débil y exhausto que dudaba de mi capacidad. Mi única posibilidad era explotar el efecto sorpresa, la única ventaja de que disponía en aquel momento.

SEÑOR R

Me dirigí a la entrada de la casa, espantado y aterrorizado por tener que enfrentarme a alguien que podía acabar conmigo en cualquier momento o hacerme las peores atrocidades imaginables si lograba atraparme vivo.

Confiaba en que la puerta estuviera sin llave. No tenía sentido echar esta a no ser que quisiera evitar una posible huida. Deslicé el pomo de la misma y empujé de manera suave. La puerta cedió unos milímetros, confirmando mis sospechas. Antes de entrar me quedé unos segundos escuchando cualquier sonido proveniente del interior.

No se oía absolutamente nada.

Abrí la puerta y me deslicé hacia dentro. Volví a cerrar y me metí en la cocina que estaba a la derecha. Devoré unos trozos de queso que había allí y me refresqué la garganta con una botella de agua mineral. El agua limpia y pura me supo a gloria después de estar bebiendo de un charco turbio.

Al salir de la cocina me vi en el espejo que había justo en frente. La parte derecha de mi cara estaba todavía algo hinchada y llena de hematomas de los golpes. Mi ojo derecho seguía enrojecido y amoratado. Parecía el hombre elefante. Por el cuerpo tenía múltiples hematomas de varias coloraciones, lo que unido a la sangre coagulada de las raspaduras de las astillas, daban como resultado una imagen tétrica y lamentable. Mi hombro izquierdo estaba visiblemente desplazado hacia adelante. Era evidente que tenía desencajado el omóplato y era lo que me producía aquellos terribles dolores. Mi pene y testículos también presentaban un visible hematoma producto de aquella patada aunque ya no sentía dolor. Más que una persona parecía un trozo de carne sanguinolenta y amoratada. Mis lágrimas empezaron a brotar hasta que me obligué a centrarme en la situación. Si quería salir vivo de allí iba a tener que ser fuerte mentalmente, ya que físicamente era imposible.

Como estaba desnudo intenté buscar algo para ponerme, si bien no logré hallar nada. Tampoco quise entretenerme demasiado porque antes debía ocuparme de Andoni. Inspeccione el salón esbozando mi primera sonrisa después de mucho tiempo.

Detrás de la puerta estaba, colgada en una tosca alcayata, mi *Glock* en su funda.

No necesitaba vestirme porque ya no me sentía desnudo con el cinturón puesto. Era una imagen un tanto rara. La de un tío completamente desnudo excepto por un cinturón con cargadores de pistola y empuñando un arma. Debía resultar bastante inquietante.

Ahora estaba muy confiado porque, además del efecto sorpresa, estaba armado y estaba dispuesto a acabar con aquel psicópata. Antes de iniciar la subida a la primera planta monté la *Glock* y quité el seguro.

El estar descalzo tenía muchas ventajas a la hora de andar con sigilo y poco a poco iba ascendiendo hasta el rellano, donde descubrí un pasillo con tres habitaciones a los lados. Mi hombro palpitaba pero no importaba. Debía acabar con aquel asunto. Luego ya tendría tiempo de desmayarme.

La escalera seguía un piso más. Decidí tratar de salvar primero a las pobres chicas que siguieran con vida. Todas las habitaciones tenían puertas de hierro con una pequeña abertura en el centro. El muy retorcido se había hecho un centro de torturas, cambiando las puertas originales de madera por aquellas que parecían de centro penitenciario de donde seguramente debían proceder.

Era un lugar oscuro, lúgubre y sórdido como nunca había visto antes. Al fondo del pasillo había

una especie de carrito con una manta encima. Andar por allí helaba el ánimo. Me recordaba a las mazmorras que figuraban en los cuentos que leía de niño, donde estaban encerrados aquellas pobres princesas desgraciadas que al final siempre eran liberadas por un apuesto príncipe azul. Ahora yo era aquel supuesto príncipe. Aunque no estaba seguro de que mi historia fuera a terminar como las que leí entonces.

El olor que se respiraba era bastante desagradable. Una mezcla de fetidez de cadáver, heces y orina. Procuraba no mirar demasiado a los sospechosos charcos que había en el suelo y que estaba pisando con los pies descalzos. Agarrando con fuerza la pistola, me dirigí a la primera habitación de la derecha.

Miré por la abertura de la puerta y no pude vislumbrar nada. Todo estaba muy oscuro. Intenté abrir pero estaba cerrada. Tenía que buscar las llaves y eso me llevará su tiempo. Pensé que tratando de liberar primero a aquellas chicas podía arriesgarme a que el psicópata bajara y me pillase con las manos en la masa. Dejé aquello hasta haberme asegurado de quitar a Andoni de en medio. Empecé a subir hacia la segunda planta, donde esperaba que estuviera su habitación.

Antes de llegar arriba empecé a oír los inconfundibles sonidos de una persona respirando de manera regular y sonora.

Me asomé a la puerta del origen de los ronquidos y hallé a Andoni tirado en la cama, con una botella de ron vacía en la mano. Tenía los nudillos ensangrentados de pegar a alguna de las chicas aquella noche. Luché por controlar mi impulso de matarlo allí mismo. Eso hubiera sido hacerle un favor. De todos modos, no me acerqué más por si se despertaba y se me abalanzaba. Así tendría un momento de ventaja para volarle la cabeza. Apunté la pistola subiendo la mano hasta la altura de mis ojos y grité con rabia su nombre.

Andoni no se sobresaltó como yo esperaba sino que, a consecuencia de la borrachera, me miró con los ojos vidriosos sin saber lo que estaba pasando. En aquel momento no sabía quién era yo. Al poco se incorporó, dejando caer la botella al suelo, mientras que con la otra mano se limpiaba la boca de saliva. Me miró divertido cuando comprobó mi lamentable estado y mi desnudez. Su gesto se tornó grave al percatarse de que le apuntaba con mi pistola y que no tenía ninguna ventaja en aquella situación. Optó por el tono conciliador para ganar algo de tiempo.

—Eh, Miguel, tranquilo. No te haré daño, de verdad. ¿Quieres irte? Vete. No hay problema. No te seguiré, te lo prometo. Pero baja eso antes de que ocurra una desgracia.

—Me temo que no voy a poder evitar eso —dije mirándole a los ojos. Jamás en la vida había sentido tanto odio por alguien—. Ahora te vas a tumbar boca abajo en el suelo para que te pueda atar. Será mejor que lo hagas rápido porque no me importaría volarte la tapa de los sesos sino lo haces.

Andoni se quedó paralizado, como si estuviera sopesando mi amenaza. Debió llegar a la conclusión de que lo haría, por lo que empezó a ponerse boca abajo muy despacio.

—Pon las manos juntas sobre la cabeza.

Miré en la habitación y lo único que vi para poder atarlo fue su cinturón, que tenía en un pantalón encima de su cama. ¿Cómo iba a hacerlo con una sola mano sin soltar la pistola? No tenía fuerzas para aguantar una lucha con él. No tenía ninguna duda de que si soltaba la pistola podía darme por muerto. Debía hacer algo pronto para que Andoni no tuviese tiempo de maquinar algo,

como estaba seguro que ya estaba haciendo.

Decidí igualar un poco la situación.

Me acerqué y le disparé al tobillo de la pierna derecha. Andoni rugió de dolor y sorpresa. Cuando todavía estaba retorciéndose le disparé en el otro tobillo. Andoni se desmayó de dolor.

Aquello me daría algo de tiempo. Dejé la *Glock* en la mesilla y até como pude las manos de Andoni con el cinturón. Utilizando la sábana de la cama pude hacer unos torniquetes improvisados para evitar que se desangrara. No sabía lo que haría posteriormente con él, pero no quería que muriera de aquella forma tan "humanitaria".

Tardé un poco en atar sus manos porque me resultó bastante complicado hacerlo en mi estado, pero lo dejé inmovilizado. Sus tobillos estaban destrozados hasta el hueso. Era imposible que pudiera andar. Como mucho podría arrastrarse y con las manos atadas le sería imposible. Sin perder ni un minuto me puse unos pantalones que encontré en su armario. Eran de un chándal hortera de los que usaba, pero eran fáciles de poner y con eso me bastaba. Busqué las llaves de las celdas y las encontré en el interior de uno de los bolsillos del pantalón que llevaba puesto Andoni. En el suelo había una lámpara de camping gas, utilizada con toda probabilidad para sus visitas a las chicas, ya que no disponía de ningún generador.

Bajé de nuevo al pasillo del terror.

La puerta donde me había detenido antes se abrió con las llaves. La luz fría del camping gas me dejó ver una estancia lúgubre y vacía. Había restos de sangre seca y un olor penetrante a cerrado. La ventana estaba tapiada con ladrillos. Seguí con la inspección a la puerta de enfrente. Allí descubrí a la chica que Andoni dijo que se le había muerto. Ni siquiera se había molestado en sacarla de allí. No quise detenerme a mirar porque las heridas que presentaba el cadáver eran espantosas.

Las dos siguientes estancias estaban vacías, con signos más que evidentes de que allí había habido alguien recluido. Fueron en las últimas donde descubrí a las dos chicas que seguían con vida. Una de ellas, la que encontré en peor estado, se encontraba inconsciente. Estaba desnuda y colocada en una camilla para parturientas. La pobre chica, de no más de veinte años, se encontraba con la cara llena de moratones, hematomas e hinchazones que la impedían poder abrir los ojos. Su cuerpo presentaba muestras más que evidentes de haber sufrido una tortura indecible. Aquella pobre chica había debido sufrir un dolor tan atroz que no había podido salir de la inconsciencia durante aquella noche. Recordé los nudillos ensangrentados de Andoni y tuve que reprimir mis ansias de volver a subir a dispararle en las rodillas. Con mi único brazo útil coloqué a la chica en una postura menos obscena y la tapé con una raída manta que había en el suelo.

—Voy a ver a la otra chica y luego te sacaré de aquí, pequeña. No volverás a sufrir nunca más —la prometí con lágrimas en los ojos.

La otra chica estaba encadenada en un camastro. Llevaba una camiseta de tirantes y un pantalón corto. No tenía mal aspecto, salvo un moratón en la mejilla producto de algún golpe aislado. No parecía haber sido torturada. Aún así me fijé en que en la sábana de la cama había rastros de sangre seca que me hizo pensar que a la otra chica la utilizó para torturarla y a esta para violarla. Quizás sería la siguiente.

La llamé varias veces hasta que se fue despertando. Estaba como en un letargo, después de múltiples noches en vela producto del terror.

SEÑOR R

La chica abrió en seguida los ojos y se agazapó en un rincón. Al ver que no era Andoni me miró detenidamente. Me vio los golpes en la cara, la sangre coagulada del cuerpo y el brazo izquierdo colgando inerme atado a mi cuerpo. En seguida se dio cuenta de que yo era otra víctima.

—Tranquila, me he escapado de la pocilga donde ese cabrón me ha tenido encerrado. He visto a la chica de al lado y necesito que me ayudes a sacarla de aquí, si es que tienes algo de fuerzas. Yo tengo este brazo inutilizado y estoy muy débil. Si no me he desmayado todavía es porque tengo la adrenalina que se me sale por la garganta.

—¿Dónde está...? —preguntó la chica intentando saber qué había pasado con su torturador.

—No te preocupes por ese salvaje. Le he destrozado los tobillos y no puede andar. Está arriba, en su habitación, atado con un cinturón. ¿Me ayudarás con la chica?

Asintió con firmeza. Después de quitarle aquellas cadenas se levantó de la cama con cierta dificultad. Noté que la costaba andar.

—Me llamo Miguel. Vengo de Madrid aunque he dado unas cuantas vueltas —dije tratando de forzar una sonrisa que no salió.

La mujer no me hizo caso y salió de la habitación. En el pasillo se quedó paralizada observando con horror el carrito tapado con una manta. Después entró en la habitación donde estaba la otra chica. Se puso a llorar al ver el estado en el que se encontraba.

—Ese desgraciado cogió mi coche —expliqué— y en su interior tenía algunos medicamentos que pueden servir. Voy a ir abajo a ver qué encuentro.

La mujer no dijo nada, ni me miró tan siquiera. Abrazaba a la joven con ternura y la susurraba palabras en francés.

Bajé a buscar los analgésicos. Sobre todo la oxicodona, que me dejaría el dolor a raya para poder tener al fin un poco de descanso. Andoni no había mirado mucho en el interior del Renault 4 porque allí seguían todas mis cosas, incluido el fusil de asalto y la mochila con las medicinas. Tomé varios comprimidos de oxicodona como un sediento bebe agua y volví adentro. Le di un vaso de agua a la mujer para que le administrara a la chica un par de comprimidos. Una dosis fuerte que creímos necesaria para que no sufriera tanto dolor.

—Marie tiene una fuerte hemorragia en su vagina —explicó la mujer en un correcto español aunque con un marcado acento francés—. Si no la sacamos de aquí, e intentamos hacer algo por ella, morirá.

—Yo no sé nada de medicina. Lo único que puedo darte es morfina, para que... Para que no sufra más.

—Yo soy... He sido doctora en medicina. No sé si lograré salvarla pero hay que hacer algo.

Con mucho esfuerzo, puesto que la mujer y yo estábamos muy débiles, logramos bajar a Marie a la planta baja. Allí despejamos la mesa del comedor y tendimos una sábana para poner a la chica. A la luz del sol sus heridas eran aún más terribles. A parte de la sangre que salía de su vagina tenía múltiples laceraciones en la piel. Cortes, quemaduras, golpes... Si lograba salir con vida iba a tener grabada en la piel un recuerdo perpetuo de aquel horror.

—Dame la morfina. Necesitaré mucha agua caliente para limpiar toda la zona —solicitó indicándome la dirección de la cocina, aunque ya lo sabía—. Voy a mi moto, si ese tipo no la saqueó tendré en las alforjas mi botiquín con mis cosas.

SEÑOR R

Asentí y fui a buscar un gran recipiente, como una olla grande, para calentar agua. Encontré un caldero. Casi sin fuerzas para alzarlo al fuego con una sola mano, logré encender la cocina de gas butano e ir calentando el agua. Salí de nuevo al comedor y la mujer ya estaba allí con el botiquín abierto. Me alegré al comprobar que lo tenía muy bien pertrechado.

—No me has dicho tu nombre —dije en la entrada del comedor, sin atreverme a pasar más allá. Me sentía incómodo con Marie allí. Estaba de sobra.

—Me llamo Catherine. Ahora, por favor, ocúpate del agua. No tenemos mucho tiempo.

Me fui algo avergonzado. Al cabo de unos eternos minutos volví con el caldero bien caliente. También con todos los trapos de cocina limpios que pude encontrar en un armario.

—Si te puedo ayudar en algo dímelo, aunque debes saber que sólo tengo un brazo disponible.

Catherine echó un vistazo a mi hombro.

—No hace falta que te quedes —dijo—. Será mejor que vuelvas arriba y mires si ese cabrón sigue inmovilizado. No me fío de él.

Desenfundé la pistola y subí de nuevo. Andoni se hallaba en la misma posición en que le había dejado. Seguía inconsciente y la sangre de los tobillos había empezado a coagularse de una manera un tanto repulsiva alrededor de sus heridas.

Bajé y en la primera planta me acerqué al carrito que tanto había impresionado a Catherine. Quité la manta y descubrí un montón de herramientas de todo tipo: navajas de varios tamaños, pinzas, sacacorchos, cuchillos, sierras, clavos, martillos, destornilladores de todos los tamaños, alfileres, grapadoras y cosas así. Todo destinado al pasatiempo favorito de aquel depravado: la tortura.

Tuve que respirar hondo y evitar pensar en lo que me hubiese hecho a mí con todo aquello. Las pobres chicas que murieron a consecuencia de aquello... No quería pensar, así que bajé de nuevo.

Catherine dijo que era mejor que esperase fuera. Lo agradecí porque estaba muy cansado y aquello era un horror. Me metí en el Renault 4 y me quedé dormido casi al instante de tomarme un comprimido más de oxicodona.

***

Cuando desperté, al día siguiente, había estado durmiendo cerca de veinte horas seguidas. El sueño fue muy reparador, porque si bien me seguía sintiendo hecho una mierda al menos ya no estaba a punto de desmayarme a cada paso. Salí del coche y me encontré a Catherine sentada en la puerta de entrada, con la cabeza entre las piernas. Me acerqué y antes de poder decir nada se despertó y me miró. A pesar de la suciedad, las profundas ojeras y la tristeza de su mirada era una mujer que, si bien no era guapa ni hermosa, emanaba una gran fortaleza por su actitud ante la vida. Se notaba que sabía controlar sus emociones y que no se derrumbaba fácilmente a pesar de lo que había visto y de lo que le habían hecho.

—Marie ha muerto esta mañana —anunció casi en un susurro—. Era imposible que lo hubiera resistido.

—Lo lamento —fue lo único que supe decir.

Catherine fijó su vista en mí.

—Pasa, te miraré ese hombro dislocado y esas heridas.

Catherine me estuvo limpiando la sangre del cuerpo y haciéndome un reconocimiento completo. Me vio los hematomas de la cara y dijo que no eran graves y que con el paso del tiempo desaparecerían. Me desinfectó los rasguños producidos por las astillas e incluso cosió una laceración algo más profunda en el pecho. Me explicó que había que volver a colocar el hombro en su posición y que eso me iba a producir un dolor muy agudo. Tanto que era mejor que me metiese antes otro comprimido de oxicodona. Algo que agradecí de veras.

—Antes de proceder a ello, porque me da que volveré a quedarme inconsciente, me gustaría comer algo porque me siento muy débil. Hace días que no pruebo nada.

Ella asintió dejándome que fuese a la cocina a buscar algo que llevarme a la boca. En ningún momento hizo ademán de querer ayudarme, a pesar de mi desastroso estado, aunque no me hizo falta porque encontré unas cuantas latas. Mientras daba cuenta de ellas la mujer se sentó a mi lado.

—No quiero que pienses que soy una desagradecida. Te voy a ayudar a colocar ese hombro y luego me iré. Has de saber que quiero estar sola. No podré acompañarte. Lo sucedido aquí... Necesito estar sola.

—Lo comprendo, no te...

—¡No lo puedes comprender! ¡Aunque te haya encerrado y pateado! ¡No lo puedes comprender! —gritó enfurecida. Luego respiró hondo y pareció calmarse un poco—. Lo siento, no quería ponerme así.

Seguí comiendo algo intimidado. No estaba muy seguro de querer que me durmiera para arreglarme el hombro. ¿Y si me hacía algo peor? ¿Y si se volvía loca? Ella pareció comprender mi miedo porque me dijo que no me haría daño.

—Eres la persona que me ha salvado la vida. Eso no lo olvidaré nunca. No temas nada. El único que debería temer algo es ese tipejo de ahí arriba.

—¿Le has visto?

—Sí, esta mañana, después de morir Marie y sacarla fuera para enterrarla. Le he colocado bien los torniquetes. Seguía inconsciente pero no morirá desangrado.

—¿Le vas a curar? —indagué extrañado.

Ella me miró y por primera vez esbozó una especie de mueca que intentaba parecer una sonrisa.

—Voy a esperar a que te vayas para subir allí por última vez antes de irme. Y lo haré con el carrito que has visto en el pasillo. Voy a procurar que no se muera hasta que haya probado, uno a uno, todos aquellos aparatos. Soy médico y sé dónde duele de verdad. Te juro por lo más sagrado que ese maldito cabrón va a sufrir tanto que va a suplicar que lo mate. Pero no le daré esa satisfacción. Me tomaré mi tiempo, ya lo creo, mucho tiempo. No te imaginas lo que un bisturí bien afilado puede llegar a cortar, despedazar o pelar sin que el sujeto pierda el conocimiento.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y dejé de comer. Ese tipo en absoluto me daba pena, pero haciendo las mismas cosas que había hecho él, ¿no nos pondría en el mismo nivel moral? De todos modos, no dije nada. Yo no iba a ser el abogado defensor de alguien que se había estado divirtiendo sacando ojos con una cuchara o haciendo a las mujeres unas barbaridades tales que haría sonrojar al Marqués de Sade.

Después de comer me senté en el sofá del comedor y me tomé dos comprimidos de oxicodona y un relajante que me dio Catherine. Antes de que me invadiera el sopor anterior al sueño pude

escuchar el inquietante tintineo de los instrumentos de tortura que Catherine estaba manipulando en la parte de arriba.

Cuando me desperté, ya con la habitual modorra que me producían las pastillas, noté como si bien todavía no podía mover el brazo ya no sentía dolor agudo alguno. Mi brazo estaba bien sujeto con el cabestrillo y parecía que estaba en su sitio. En la cocina escuché el ruido del agua del fregadero. Catherine estaba lavándose las manos, todavía ensangrentadas. La miré alarmado.

—No te preocupes, no he empezado con él. Sólo le he cosido las heridas de los tobillos. La buena noticia es que ha recuperado la conciencia. La mala, para él, es que se ha dado cuenta de la situación —contó la belga visiblemente satisfecha.

—Gracias por arreglar este desaguisado —señalé mi hombro—. Espero que no te haya sido demasiado complicado.

—Para nada. Es algo sencillo. Es muy doloroso para el paciente pero no tiene más ciencia que hacer un movimiento seco y brusco.

En ese momento empezamos a oír los aullidos lastimeros de Andoni. Catherine ni se inmutó pero yo me sobrecogí.

—Ese desgraciado está intentando causar pena. Le he comentado parte de lo que le voy a hacer y creo que se está empezando a arrugar un poco.

—¿Por qué no le pegas un tiro y ya está? Yo pensé también en hacerle sufrir pero ya en frío me conformo con eso.

La mujer me miró y clavó en mí sus acerados ojos azules. Se levantó y se situó a sólo unos centímetros de mi cara. Podía notar su respiración. Por un momento temí que me fuera a pegar o algo así.

—He visto tus heridas. Te dio unas hostias y una patada en los huevos. Eso no es nada. ¿Sabes que le hizo a Marie? ¿Sabes que les hizo a aquellas otras pobres chicas? A mí me violó de una manera tan brutal que voy a estar traumatizada de por vida, pero no es nada comparado con lo que pasaron ellas. ¿Te digo dónde he encontrado los restos de las otras chicas y lo que les hizo? ¿Sabes por qué sangraba Marie por ahí? Deja que te ilustre...

—¡No! ¡No digas más! ¡No quiero saberlo! Me voy ya de aquí. Quiero dejar este sórdido lugar y tratar de olvidar. Cada segundo que paso en este sitio noto como mi humanidad se resquebraja. Sólo te pido que no empieces hasta que me vaya, por favor.

Catherine me miró de manera despectiva y siguió lavándose las manos. Metí las cosas en mi mochila y me vestí con unos vaqueros y una camisa que encontré en la casa y que debieron ser de los anteriores dueños. Encontré mis botas cerca del establo.

—Catherine, ¿te importaría devolverme la caja de oxicodona que te dejé para Marie?

Ella me observó con gesto grave y señaló hacia el comedor.

—Ten cuidado con eso. Creo que estás abusando de ello. Son medicamentos muy fuertes basados en el opio. No necesito decirte lo fuertes que son y la rápida dependencia que crean. Toma mejor aspirinas, aunque te duela más el cuerpo.

—Gracias, sé cuidarme de mi mismo —apostillé irritado.

—Haz lo que quieras —replicó con desdén.

Con bastante prisa lo metí todo en el coche. Me aseguré de que tenía todo lo que necesitaba.

Tras un rápido y forzado adiós a Catherine me fui de allí intentando dejar atrás el dolor físico y mental que aquel caserío me había producido.

Cuando llevaba unos pocos kilómetros recorridos, ya pasada bien la frontera, me detuve un momento. Puse la cabeza apoyada en el volante y lloré. Lloré de una forma tan amarga como nunca antes lo había hecho. Estuve allí desconsolado y hastiado de lo que había sufrido y visto aquellas últimas semanas. Notaba como mi ánimo estaba quebrado y sin posibilidad de consuelo.

Sólo había una cosa que me podía reconfortar en aquel momento. Decidí continuar un poco más, hasta encontrar alguna casa y poder tomarme allí otro comprimido de oxicodona. O mejor, dos.

Lo necesitaba más que nada en el mundo.

***

¿Cuándo fue la última vez que había comido algo decente? Recordaba que, por lo menos habían pasado tres, o fueron cuatro, los días que transcurrieron desde que me metí en aquella gasolinera, en algún lugar de la Autovía del Cantábrico, pasada la localidad guipuzcoana de Elgoibar.

Desde que había salido de aquel infierno de la frontera había pasado una semana. Había estado conduciendo y poniéndome hasta las cejas de oxicodona cuando me detenía en cualquier sitio. Me quedaba apenas media caja de comprimidos y aunque había intentado encontrar más, en algunas localidades por las que había pasado, no lo había logrado. Mi ansiedad aumentaba al saber que me quedaría sin comprimidos en menos de cinco días y no me imaginaba ya mi vida sin ellos. Me había hecho totalmente dependiente debido a una descontrolada ingesta. Con la oxicodona no sentía nada. No sufría, no pensaba en Sara, ni en Marie, ni en Andoni, ni en el portaaviones francés, ni en Santander, ni en la *Gripe X*, ni en nada. Sólo estaba allí, pero no estaba. Pasando las horas mirando el sucio suelo del interior del área de servicio de aquella oscura gasolinera. De vez en cuando vomitaba pero como incapaz de moverme me quedaba allí mismo o conseguía apartarme unos pocos centímetros para acabar vomitando de nuevo.

Me había quedado sin lágrimas, sin ganas de gritar ni de maldecirme. A pesar de que no hacía calor estaba descamisado, sudando y sufriendo una crisis de ansiedad que en otro tiempo me hubiera mandado de urgencias al hospital, pero ahora ahí estaba.

Solo.

A punto de sufrir un paro cardíaco y con las venas rebosando una sustancia igual de adictiva y peligrosa que la heroína.

Mi vista empezó a volverse borrosa a pesar de restregarme los ojos de manera nerviosa y compulsiva.

¿Había visto algo ahí fuera moverse?

Estaba seguro de que había visto la sombra de un vehículo y alguien estaba mirando por los cristales. Empecé a respirar aceleradamente. No tenía la pistola ni el fusil a mano. Estaban en el maldito coche y yo allí sin apenas poder moverme, mientras un hilo de una sustancia viscosa y blanquecina me corría por la comisura de los labios. Me sobrevino una arcada pero no pude echar nada.

La puerta se había abierto. Alguien había entrado.

SEÑOR R

—Dios, Dios, Dios... —repetía como un autómata, advirtiendo cómo se acercaba aquella figura.

Seguía sin poder enfocar la vista pero estaba seguro de que venía en mi dirección.

Oí un ruido que me sonó a una voz, a una conocida, pero no entendía nada. Los sonidos llegaban distorsionados a mi cerebro que no podía asimilarlos. Se quedaban en sonidos porque estaba tan drogado que no asimilaba la información. Y entonces lo vi.

Era Andoni.

El terror me sobrevino como una bofetada y, en un último esfuerzo, grité para que se alejara antes de tocarme. Andoni saltó hacia atrás cuando vio que trataba de agarrarlo, pero no le costó nada esquivar mi lento ataque.

—¡No me toques, hijo de puta, no me harás lo mismo que a las otras chicas!

Andoni dijo algo en voz más alta e intentó acercarse de nuevo. Estaba jugando conmigo, era evidente. ¿Se estaba riendo? Logré arrimarme a la parte inferior del mostrador y lanzar una patada con el mismo éxito que antes.

Me agarró de los hombros. Empezó a zarandearme con violencia e incluso me metió los dedos en la boca. Traté de morderlo y Andoni gritó de dolor. Luego me tumbó en el suelo y me puso de lado. Cogió la bolsa que llevaba y vi como sacaba algo. ¿Era una cuchara?

—¡No me saques los ojos! ¡No me lo saques!

Andoni gritó algo más y me pinchó en el brazo con algo. Luego, poco a poco, me fui calmando. Me estaba empezando a dormir. Andoni me puso boca arriba y se acercó tanto a mi cara que pude verlo perfectamente.

Pero no era Andoni, era Catherine.

***

A veces miraba a la mujer belga y me preguntaba el por qué de su ayuda. Ella misma me dejó claro en su momento que no quería saber nada de mí. Pero allí estaba, tratándome de mi adicción a la oxicodona y de un estado anímico más que preocupante.

Era casi de mi altura, de complexión fuerte, aunque no tenía sobrepeso. Su pelo rubio cenizo lo llevaba casi siempre recogido en una coleta de caballo nada favorecedora, que endurecía ya de por si unas duras facciones. No solía hablar mucho pero cuando lo hacía siempre era para que me tomase un calmante, que bebiera agua o que comiese. No le gustaba hablar de su vida privada y tampoco yo le preguntaba. No me interesaba lo más mínimo.

La oxicodona, tomada de la forma en la que lo hice yo, era sumamente peligrosa y adictiva. "Estuviste a punto de *palmarla* por sobredosis" dijo Catherine. Qué curioso, le pregunté de dónde había sacado esa forma de hablar tan castiza y por qué sabía tan bien el castellano. De manera un tanto parca esta me explicó que había estado muchos años pasando las vacaciones veraniegas en España, como tantos compatriotas. También estuvo, cuando era más joven, un par de años trabajando en el consulado belga de Barcelona.

—Hablo francés, inglés, español y flamenco. Estuve a punto de ser traductora para la Unión Europea en Bruselas, pero de médico se cobraba más.

Fue lo único que dijo hasta entonces sobre su vida anterior.

Tras el paso por la gasolinera, Catherine me había llevado a un cercano restaurante de carretera

donde había un desvencijado hotel. Allí me alojó en una de las habitaciones, donde procedió a inyectarme medicamentos que llevaba en su botiquín. Alguna vez la oí decir, respondiendo a mis quejas por el dolor, que estaba gastando unas medicinas preciosas conmigo y que lo menos que podía hacer era mantener "mi puta boca cerrada". Era evidente que la dolía más a ella que a mí el gasto que le estaba suponiendo.

No salía nunca de la habitación. Tampoco podía hacerlo debido a mi deplorable condición física. Había adelgazado doce kilos desde que llegué a la frontera. Si bien ya no tenía hinchazones en la cara, todavía eran visibles los numerosos hematomas, aunque remitían, y algunos ya tenían esa coloración amarillenta previa a su desaparición definitiva. Mi ojo derecho ya no estaba inyectado en sangre y el hombro, ya colocado en su sitio, iba recuperándose poco a poco.

Era en mi interior donde se libraba una dura batalla. Hacía un par de días que había pasado una crisis terrible. Mi cuerpo pedía su dosis de oxicodona y sólo recibía paracetamol o aspirinas. Tuve fiebre, espasmos y unos delirios que Catherine pensó que no iba a poder superar. ¡Pero yo era un superviviente nato! como afirmó el psicópata de la frontera. Sobre aquel tipejo y su previsible final no hablamos nunca. Supongo que Catherine debió llevar a cabo con él su terrible plan y ahora trataba de ayudarme para volver a sentirse de nuevo como un ser humano, tras ese paso fugaz a los abismos de la sin razón, del odio y del terror. Curándome a mí al menos volvía a recuperar algo de aquella humanidad que había perdido en la habitación de Andoni. Puede que también se sintiera todavía en deuda conmigo por haberle salvado de una muerte atroz. A saber, jamás me lo dijo.

Los días pasaban sin apenas diferencias. Me despertaba a las cinco de la mañana, cuando Catherine entraba y me inyectaba el calmante, para así relajarme y que mi cuerpo fuera pasando el síndrome de abstinencia. Eso lo repetía también a las dos de la tarde y a las once de la noche. Aquello me hacía estar siempre con sueño, durmiendo muchas más horas de lo normal. Debido a ello fui recuperando algo de peso, aunque también hacía que mis articulaciones se resintieran por la falta de movilidad. Por eso Catherine me obligaba a pasear por la habitación, aunque fuese arrastrando los pies. Más de una vez, producto de mi cuerpo atiborrado de calmantes, me hice mis necesidades encima. Entonces la belga montaba en cólera aunque siempre acababa limpiándolo todo.

Así pasé una semana entera hasta que las dosis de calmantes fueron disminuyendo para quedar reducidas a una simple inyección diaria. Empecé así a estar más despierto y despejado, pudiendo salir a dar cortos paseos por el pasillo. Controlé también mis esfínteres y eso mejoró el mal humor de Catherine, que ya no tenía que estar limpiándome como si fuera un bebé o un viejo senil. Desde luego aquella semana había perdido la vergüenza para siempre porque ella se ocupó, además, de que orinase en una palangana y de ducharme sentado en una silla mientras que ella me lavaba. Todo muy hospitalario y profesional.

A veces me despertaba gritando, bañado en sudor producto de la fiebre, que según dijo Catherine serían habituales durante unas semanas.

—Tu cuerpo parece que se va a romper porque te pide su droga. Pero es todo mental —me decía cuando me atendía tras esas crisis—. Tienes que ser fuerte y pasarlo como puedas. Puedo darte calmantes, pero sin tu ayuda no hay nada que hacer. Has pasado lo peor, pero aún te queda camino por recorrer. Jamás estarás curado al cien por cien pero aprenderás a mantener el deseo a raya.

SEÑOR R

No voy a negar que estuviera hundido. Físicamente mal y sin nada que hacer, salvo mirar por la ventana, donde lo único que veía era el aparcamiento de vehículos, lleno de coches abandonados e inservibles. Mi Renault 4 estaba también allí. Catherine me había traído en él hasta allí, dejando su moto en la gasolinera, unos kilómetros atrás, con la intención de recogerla cuando ya pudiera valerme por mi mismo.

Y aquello debió creer Catherine porque un día de aquellos se presentó con su mochila, preparada para irse.

—Te voy a hablar con franqueza —me avisó poniéndose delante de mí como era su costumbre —. Me voy, iré andando hasta la gasolinera y cogeré mi moto. No estás curado, ni mucho menos. No te voy a engañar. Pero no puedo hacer mucho más. Tienes la suficiente fuerza para conducir y buscar algún sitio mejor que esto donde intentar recuperarte. A partir de ahora vas a tener que ser fuerte, jodidamente fuerte, porque vas a estar tentado de meterte cualquier pastilla que veas. Ten entonces en cuenta una cosa cuando te veas con un comprimido de oxicodona u otro parecido en la mano: si te lo tomas, morirás. Así de claro. Volverás a caer en el pozo y te aseguro que no estaré allí para salvarte de nuevo. Me llevo, por tu bien, la morfina. Eso te mataría casi al instante. Créeme, te hago un favor. Te dejo algunos calmantes sin peligro y los analgésicos comunes. También te he puesto en la mochila unas cuantas provisiones para que puedas buscar algo sin prisa. En tu coche tienes armas y algo de ropa que he encontrado. Mira Miguel, no eres mal tío. Pero no puedo ser tu enfermera particular. Yo también he pasado por una experiencia traumática y necesito irme de aquí. Sé que tú mismo te sobras para buscarte la vida. En el caserío me lo demostraste, así que mantén la moral alta y no te hundas. Piensa en algo positivo y agárrate a ello como si fuera tu vida. ¿Quieres que te traiga algo más?

La miré con gesto cansado. Me lo esperaba y me sorprendía que hubiera aguantado tanto y tantas cosas. Negué con la cabeza su último ofrecimiento y le di las gracias. Ella asintió con la cabeza y se marchó.

Observé la puerta unos instantes y luego volví a mirar por la ventana. Catherine salió con paso firme y se alejó por la carretera hacia la gasolinera.

Ni siquiera echó la vista atrás.

Octubre

El hombro ya casi no me dolía, aunque seguía llevándolo en cabestrillo. Pensaba quitármelo un día de aquellos y empezar a ejercitarlo. Podía conducir más o menos bien, ya que para cambiar de marcha con la mano derecha, sujetaba el volante en la parte inferior con los dedos de la mano izquierda. Como nunca iba más allá de los setenta u ochenta kilómetros por hora no necesitaba grandes reflejos ni esfuerzos físicos para poder circular con cierta soltura.

Había pasado Bilbao y me dirigía hacia Santander. Por aquella zona de la autovía seguía estando habilitado el carril de seguridad hecho por los militares durante la pandemia, para el mejor movimiento de sus fuerzas. No tenía pensado acercarme al instituto. Me daba igual, lo único que quería, y era ese algo positivo al que se había referido Catherine para que me aferrase a la vida, era continuar hasta encontrar a Sara. Pero antes tenía que descansar porque me encontraba exhausto en todos los sentidos.

A pesar de los días transcurridos y que ya había pasado lo peor, todavía me notaba mal. En mi interior había una especie de lucha diaria en la que, de momento, siempre ganaba mi pensamiento positivo. La otra parte, oscura, deprimente y pesimista, me pedía algo para poder sobrellevar aquella pesada carga. A veces, atacaba con fuerza. Podía estar más o menos tranquilo conduciendo y entonces, sin previo aviso, me entraba una ansiedad terrible, que me hacía parar de inmediato y respirar hondo. Notaba como el corazón me latía como si tuviera una taquicardia. Al cabo de un rato se solía pasar, pero otras veces tenía que echar mano de los calmantes que Catherine me dejó. Estos eran meros placebos pero me servían para mantenerme ahí. En el lado positivo.

Conducía sobre la costa cantábrica, deteniéndome numerosas veces a buscar comida y relajar mi vista con el mar. Al pasar por Laredo decidí quedarme unos días en una pequeña casa rural cerca de la ría Asón. Quería respirar aquel aire marino y descansar un poco del viaje. Esperaba poder recuperar algo de peso y fuerzas para recorrer el último tramo. En el espejo de la entrada de la casa, donde no había ningún cuerpo, me fijé en el estado físico tan lamentable que tenía. Mi aspecto era de alguien abatido y enfermo. Estaba un poco amarillo porque Catherine me explicó que debía tener el nivel de bilirrubina más bien bajo. Me recomendó dar paseos por el sol y allí, cerca de la playa, podría hacerlo. Aunque ya estábamos a principios de octubre todavía hacía buen tiempo.

Aquellos días fueron tranquilos, pausados, con momentos de crisis que iba capeando como

podía. Solía andar mucho, para ir ejercitándome un poco, sobre todo por la ría, donde había maravillosas playas de fina arena. También me gustaba pasear por la playa de Laredo. Allí solía contemplar unos hermosos caballos que se acercaban casi todos los días al agua del mar y correteaban juguetones por allí. Sólo la visión de aquellos animales me servía de más ayuda que los calmantes. A veces amanecía con bruma y daba un aspecto misterioso a la bahía, donde sólo el ruido de las gaviotas y otros pájaros perturbaban aquella plácida paz. Disfrutaba de la soledad y tranquilidad perdidas pero me seguía acordando de Sara. El dolor físico no era nada comparado por la incertidumbre de no saber nada de ella y si estaría dispuesta a dejar que volviera a su lado.

También solía acercarme a la vecina localidad de Colindres. Allí había dos puentes que cruzaban la ría y que tenía que tomar en mi viaje a Santander. Uno de ellos, el de la nacional 634, estaba derruido. Parecía como si lo hubieran volado. El otro, por el que pasaba la Autovía del Cantábrico, de formas espectaculares, parecía transitable aunque se podía ver que había numerosos vehículos apiñados. Esperaba poder cruzarlo cuando me fuera o tendría que dar un buen rodeo.

Una tarde, mientras estaba sentado en una mesita del jardín de la casa rural, mirando la lejana línea del mar en el horizonte, decidí quitarme el cabestrillo. Hacía días que no sentía ninguna molestia y creí necesario ir ejercitando también el brazo. Con un poco de aprensión moví el brazo. Noté cómo los músculos me tiraban un poco, producto de la inactividad, pero no tenía dolor. Debía ir con cuidado en su recuperación. Agarrando cosas livianas al principio y efectuando suaves ejercicios de estiramiento y movimiento.

Pero no fue hasta aquel amanecer, desde la playa de Laredo frente a Santoña, cuando me quedé la noche en vela mirando el mar y escuchando las olas durante toda la madrugada. Pensando y dejando acompasar mi corazón con el ritmo de estas. Hasta que llegó el amanecer. Poco a poco la luz desde el este se fue imponiendo al negro, creando en las nubes bajas una hermosa mezcla de tonalidades anaranjadas y rojas. Podía oler el salitre y oír a las ruidosas gaviotas por encima de mi cabeza. Con el paso del tiempo la luz se impuso de manera majestuosa a la oscuridad y noté cómo dentro de mí algo de aquella luz también empezó a iluminar mi corazón. El optimismo se abrió paso en mi interior de manera arrolladora. La fuerza y determinación que había perdido volvieron a resurgir desde el fondo de mí ser.

Iba a encontrar a Sara y volveríamos a estar juntos para siempre. Estaba seguro de ello. Me levanté esperanzado ante la llegada del nuevo día.

Me había vuelto a encontrar.

***

A la altura de la localidad cántabra de Solares, muy cerca de Santander, abandoné la Autovía del Cantábrico, que estaba muy colapsada. Tomé la nacional 634, que parecía que iba algo mejor, aunque con casos puntuales de corte de la carretera, que me hacía a veces retroceder unos cuantos kilómetros para dar un rodeo y meterme en las siempre incómodas comarcales. El *cuatro latas* se portaba bastante bien e incluso, en algún camino de tierra que me vi obligado a tomar, parecía que llevaba un todoterreno.

Por aquella vía volví a acercarme a la costa. Tras pasar un día de nuevo en San Vicente de la Barquera, tomé la Nacional 621 que me llevaría por curvas y recorridos intrincados a Aliezo, el

lugar donde hacía dos meses y medio había dejado a Sara. Según me iba acercando me iban asaltando las dudas. ¿Se alegraría de verme o era todavía pronto para nuestro reencuentro? ¿Seguiría enamorada de mí o durante ese tiempo se había dado cuenta que lo nuestro no era amor? ¿Habría tenido tantos problemas como había sufrido yo? No había nada peor que tener tiempo para pensar.

Ya no tenía aquellas taquicardias, producto de la ansiedad por la abstinencia, aunque a veces me despertaba sudando aterrorizado. Aquello lo achacaba más a los terribles últimos acontecimientos que tuve que vivir y que casi acabaron conmigo. Era curioso, Sara me había echado de casa para superar sus traumas y yo, a la vuelta, llegaba con los míos. No obstante, estaba seguro de que mis problemas serían más llevaderos con alguien al lado a quien amar y sentirme amado. Estando al lado de Sara las penalidades de la vida, por muy duras que estas fuesen, serían más soportables. La de noches que lamenté no tener a nadie con quien hablar, con quien compartir mis miedos o ilusiones. Sin embargo, todo aquello estaba a punto de acabar. O al menos, así lo creía.

Me detuve varias veces para comer o descansar. El río Deva, que discurría paralelo a la carretera, me hacía compañía con su constante rumor. Me acordé de la última vez que había ido por aquella zona y la lucha con los lobos con la *quitapenas*. Echaba de menos aquella primitiva arma contundente pero se quedó en el instituto de Santander. Por si acaso siempre salía, además de la pistola, con el fusil de asalto.

Aquello era un paraje muy hermoso pero también salvaje. Ya había visto desde el coche numerosos corzos, ciervos y jabalíes atravesando la calzada o por los aledaños. Si había herbívoros habría también carnívoros. Como ya no iba a pie me sentía más seguro y la verdad es que no tenía miedo alguno. ¿Miedo? Ya había pasado tantas cosas que la visión de un oso, o un lobo, ya no se me antojaba tan aterradora como antes. Eran animales y sabía cómo se comportarían. Eran los humanos los que de verdad me producían terror. Porque eran imprevisibles y capaces de hacer cosas que no harían nunca aquellos.

Me detuve justo al lado del cartel indicativo que informaba de la entrada en el pueblo de Aliezo. A sólo unos metros de mi felicidad absoluta o de un impresionante mazazo moral. A cara o cruz. Aunque sabía que cuando Sara me mirase adivinaría al instante si había hecho bien o mal en regresar a su lado.

Me metí por la calle que daba a la casa y no vi nada raro en el lugar. Era buena señal. Aunque al parar justo enfrente de la casa no vi nada que me hiciera pensar que Sara se encontraba allí. Tenía la misma pinta de estar abandonada que las otras casas aledañas. El escalón que daba acceso a la casa estaba lleno de polvo y hojarasca.

Me empecé a desanimar y tuve que hacer un gran esfuerzo por no empezar a lamentarme antes de saber qué pasaba. Tuve que reconocer que era posible que Sara hubiera muerto en mi ausencia. Y si eso era lo que había ocurrido no sabía cómo iba a poder afrontarlo. Ya no tenía la fuerza mental necesaria para superar algo así.

Salí del coche. Sólo llevaba la pistola, aunque no la creí necesaria. Justo antes de situarme frente de la puerta miré por la ventana de la izquierda y no vi nada en el interior. Creí oportuno llamar, para que Sara no se asustase. Di unos cuantos golpes bien sonoros y grité su nombre varias veces. No recibí contestación ni escuché ningún paso. Mi ánimo se venía abajo como un castillo de naipes.

SEÑOR R

Empujé la puerta y esta se abrió sin esfuerzo. Volví a llamar a Sara sin resultado. Pasé a la cocina y allí descubrí un sobre encima de la mesa. Llevaba mi nombre escrito.

El sobre tenía una fina capa de polvo que corroboraba lo que ya había intuido.

Con movimientos muy pausados, temiendo leer lo que allí debía contar Sara, saqué una hoja donde había un corto texto. El encabezado, escrito con la correcta y limpia caligrafía de Sara, decía en un tono poco romántico: "Hola Miguel".

Y a continuación:

"Si lees esto querrá decir que no he logrado encontrarte. He salido a buscarte al único punto donde creo que estarás, en el instituto bacteriológico de Santander. Ignoro si lograste hallar a alguien por allí, pero voy dispuesta a encontrarte y decirte que tenías razón. Los problemas no se arreglan separándose de la persona que quieres. Ya ves, te dije que me dieras tiempo y al cabo una semana ya me volvía loca por no tenerte a mi lado. Espero que me perdones y volvamos a estar como aquella vez en el embalse, donde fue todo maravilloso. Si no logro dar contigo en Santander te dejaré una nota allí con la dirección que haya tomado. Por favor, encuéntrame. Te necesito. Tu mujer, Sara".

Releí la carta varias veces y tuve un sentimiento agridulce. Por un lado tener que encontrarla de nuevo, e ir de nuevo al instituto que había dejado hacía un mes y que ignoraba cómo había acabado. Sara debió llegar allí una o dos semanas después de mi ida con Matías y Diane a Inglaterra. ¿Se toparía con Sandra, Alberto y Ana?

Por otro lado mi ánimo, a pesar de aquella contrariedad, estaba muy alto porque ahora tenía la certeza de que Sara me quería todavía y me necesitaba a su lado.

Me entró ansiedad en ese momento. Quería subirme al coche cuanto antes y volver a toda velocidad a Santander. Me torturaba pensar que había estado a escasos kilómetros el día anterior.

Me serené. Si me iba ahora, sin apenas haber descansado un poco, corría el riesgo de quedarme por el camino a consecuencia de algún accidente. Por lo tanto, cené allí y dormí para salir bien pronto por la mañana. Ya oscurecía y aquella carretera no estaba para transitarla en plena noche.

"Por favor, encuéntrame. Te necesito".

—Mañana empezaré a buscarte, Sara —murmuré en la oscuridad—. Juro que no pararé hasta encontrarte.

***

Por tercera vez en poco tiempo volví a recorrer los mismos parajes y por segunda vez volvía a Santander. Empecé a pensar en lo que podía haber encontrado Sara al llegar. Si los tres supervivientes al desastre del instituto seguían allí era posible que la hubieran indicado mis últimos movimientos. En ese caso, ¿qué haría Sara? Dudaba que buscara un barco para ir a Inglaterra. Lo más lógico sería pensar en que aguardaría en la ciudad santanderina. Supuse que Sandra y Alberto, lo más imprevisibles en su conducta, tendría todavía algo de caridad y habrían acogido a Sara sin reservas. De Ana no tenía ninguna duda ya que era una mujer muy sensible. Y si Matías había vuelto a la ciudad, tal y como había comentado, era posible que le explicase lo ocurrido hasta que nos separamos. ¿Qué haría entonces? ¿Volver a Aliezo donde Matías le habría dicho que me dirigía yo a buscarla? Lo mismo hasta nos cruzábamos, aunque no lo creía porque Matías tenía que haber

llegado desde hacía semanas y en ese tiempo Sara hubiera podido regresar a Aliezo, y no estaba.

Todo aquello me sumía en un mar de dudas, de interrogantes que no llevaban más que a otros. Tenía que pensar menos y centrarme más en los objetivos a corto plazo. En este caso ir a Santander. Después, ya tendría tiempo de pensar algo si no lograba hallarla allí.

Pasé de nuevo la noche en San Vicente de la Barquera, en el mismo lugar que la vez anterior, y de nuevo salí bien pronto hacía Santander, donde esperaba llegar en pocas horas. Como la Autovía era intransitable seguía el mismo itinerario. La carretera costera. Pasé Torrelavega y me desvié por la vía que me llevaría a la entrada sur de la ciudad, pasando cerca del aeropuerto.

Justo cuando acababa de pasar aquél me encontré de improviso como, por detrás de mí, se me acercaba a gran velocidad un vehículo. Tenía toda la pinta de ser militar.

Aquel encuentro me fastidió bastante. Además de hacerme perder más tiempo aquello siempre era algo peligroso y que podía acabar mal.

Lo único que podía utilizar en caso de problemas era la pistola, ya que el fusil lo tenía en la parte de atrás y sería muy engorroso poder echar mano de él.

Aminoré la velocidad, a pesar de no ir rápido. El vehículo militar, un Humvee del Ejército, me pasó al lado en un alarde absurdo de chulería, haciendo unas maniobras arriesgadas que me hicieron frenar de manera un tanto brusca.

Me estaban obligando a parar.

Lo hice a un lado de la carretera, aunque no apagué el motor. El enorme Humvee hizo lo mismo unos metros por delante. Se bajaron cuatro personas. Todas ellas vestidas de soldados del Ejército de tierra, con cascos, chalecos, cartucheras, fusiles de asalto y pistolas reglamentarias. Incluso llevaban soportes en los cascos para acoplar visores de visión nocturna. Llevaban puestas unas máscaras que les daba un aspecto bastante inquietante. Por un momento pensé que el Ejército había conseguido salvar a sus hombres con algún tipo de vacuna y que ahora estaban retomando el control, aunque ya no hubiera nadie a quien controlar.

Los cuatro venían bien separados, apuntándome con sus fusiles. Se veía que tenían el porte y la destreza como para saber que aquella gente sabía lo que hacía. Se movían de manera muy profesional. Uno de ellos me hizo un gesto para que apagase el motor. Despegué la cinta aislante del contacto y el motor se paró. Ante cuatro armas que podían meterme en el cuerpo doce balas en un segundo lo mejor era obedecer con prontitud.

Entre ellos se comunicaban con signos, de manera un tanto teatral, que denotaba que se entendían a la perfección y que no se andarían con tonterías si me hacía el valiente. Dejé las manos en el volante, tal y como me indicó el mismo hombre. Este se situó a mi lado, otro lo hizo por delante y los otros dos al lado contrario. Estaba rodeado y a su merced. Otra vez atrapado. La última vez que había estado en una situación parecida acabé con mis huesos en una pocilga y me volví un drogadicto.

—¡Sal del coche! —ordenó el hombre del lado de mi puerta.

Abrí la puerta y salí al exterior levantando las manos. Por detrás se acercó alguien que me quitó la pistola y me cacheó de mala manera.

—Está limpio —afirmó tras terminar de sobarme.

—¿Sois del Ejército? —indagué en tono sumiso para no poner nervioso a nadie. Sabía que si me

ponía histérico o exigente tenía todas las papeletas de acabar tirado en la cuneta.

—¡Yo soy el que pregunta aquí! —exclamó el que parecía ser el jefe. El mismo que me había ordenado salir del coche.

—Vale, sólo quiero continuar mi viaje en paz.

Otro de los individuos señaló el interior del Renault4.

—Lleva un fusil como los nuestros —avisó refiriéndose al *H amp;K G36* que tenía en el asiento de atrás y que era similar a los que llevaban. Algo lógico por otra parte, al haber sido el fusil reglamentario del Ejército español.

Me fijé en sus armas. Eran muy parecidas, aunque no iguales. Sus fusiles eran una versión del mío, con el cañón y el guardamano más corto, lo que le daban una apariencia más compacta, ideal para espacios cerrados. Uno de los hombres llevaba incorporada una mira elevada que se presuponía potente. Sin duda, ese era el tirador de élite del grupo. Todos portaban además pistolas automáticas. Estaban armados y equipados hasta los dientes.

—¿Lo llevas por protección? —preguntó el jefe señalando a mi fusil.

—Sí, claro —afirmé creyendo que era demasiado obvio.

—Lo menciono porque nos hemos encontrado con alguno que decía lo mismo y luego no tuvo reparos en utilizarlo para..., cosas malas.

El jefe se quitó la máscara. Tras él los demás hicieron lo mismo. Me sorprendí cuando vi que uno de ellos era una mujer, una chica joven. Otro de los hombres era un chico que parecía aún más joven. El jefe era un hombre maduro, con facciones marcadas. El último parecía un oficinista vestido de soldado, pasando bien los cuarenta años y con una lamentable forma física. Aquella disparidad me hizo comprender que no se trataba de miembros regulares del Ejército sino de simples supervivientes disfrazados.

—Me llamo Miguel —me presenté, tratando de parecer cordial.

—¿Qué hacías por esta zona? —indagó el jefe.

—Me dirigía a Santander, para intentar encontrar provisiones y gasolina para el *cuatro latas*.

—¿Has visto a algún superviviente más? —quiso saber de nuevo como si aquello fuera un interrogatorio policial.

—No. Bueno..., sí. Un día me tropecé con uno, pero conversamos nada más y luego cada uno nos fuimos por un lado —mentí. No quería implicar a Sara estando tan cerca.

—¿Y ese tipo te dio una paliza? —señaló mis todavía visibles moratones en la cara.

No me había acordado de aquello. Me había pillado.

—Ah, sí. Bueno... —intenté improvisar—. Esto fue regalo de un hijo de puta que me capturó en la frontera francesa hace unas semanas. Logré escapar pero no me dejó en buenas condiciones.

El jefe me miró unos segundos. Luego se acercó a la chica y le susurró algo al oído. Esta se dirigió a mi coche y se puso a registrar su interior. Me acordé de la carta de Sara, que llevaba guardada en el bolsillo de la parte de atrás del pantalón. Como me habían cacheado y no habían descubierto armas esperaba que no volvieran a hacerlo, porque si la leían descubrirían que les había mentido.

—No lleva nada fuera de lo normal, *Uno* —informó la chica tras la inspección.

¿*Uno*? ¿De verdad aquel tipo se llamaba así? Me estaba a empezar a preocupar aquella panda de

paramilitares que jugaban a ser soldados.

—No quiero parecer un entrometido pero, ¿podríais decirme por qué vais así vestidos? Quiero decir que no sois soldados, ¿me equivoco?

El chico joven se acercó, rojo de rabia.

—¡Claro que somos soldados, imbécil!

Uno lo mandó callar y que retrocediese de inmediato.

—¡Será mejor que no nos toques las pelotas! —exclamó *Uno*—. Que no formemos parte del antiguo Ejército no quiere decir nada. En este nuevo mundo de mierda, sin reglas, sin orden, todo caos y lleno de descontrolados hace falta una fuerza pacificadora, que asegure a los supervivientes que queden, y quieran llevar una vida digna y en orden, puedan hacerlo con la seguridad de que no serán atacados por esa gentuza que ama la impunidad que ha dejado la pandemia. Esa fuerza somos nosotros. Ahora tienes que decirme si eres uno de esos descontrolados o eres de los que quieren vivir en paz.

No eran más que otros supervivientes a los que se les había ido la cabeza. Aquellos auto proclamados policías del nuevo mundo daban miedo. Eran unos tipos vestidos y armados como soldados que querían hacer un imposible. Una utopía. Querían dar orden al desorden. Se notaba a la legua que el tal *Uno* les había hecho un lavado de cerebro con sus monsergas. Al menos a los dos más jóvenes que le miraban con veneración. Todo lo contrario que el oficinista soldado, que parecía indolente mientras escuchaba a su jefe.

—Sólo quiero vivir en paz —traté de calmarlo—. Confiad en mí.

Uno me volvió a mirar desconfiado. Situó su cara a sólo unos centímetros de la mía, como si estuviese estudiándome.

—Eso ya lo veremos.

***

Los soldados, por llamarlos de alguna forma, me llevaron a una especie de campamento cerca de Comillas. El chico más joven lo llamaba la Base. Aunque no eran más que cuatro tiendas de campaña militares. Debían haber encontrado todo aquel material castrense en algún depósito oficial, o un *check point*, porque tenían mucho surtido del Ejército, incluido gran número de raciones de combate.

Además del Humvee que había visto tenían un enorme camión donde transportaban todo aquello. Me llevaron allí sin atarme ni decirme si era un prisionero o qué iban a hacer conmigo. *Uno*, el cabecilla, no decía nada salvo cuando ordenaba algo a sus chicos. Era más que evidente que le gustaba hacer de capitán o general mientras que los demás obedecían sin rechistar. Al menos el joven y la chica. El gordito ya entrado en años también lo hacía, aunque alguna vez fruncía el ceño o hablaba para sí mismo, como si se quejara. Aquel tipo podía darme información, o al menos estaría más predispuesto que los otros.

Me metieron en una tienda para dormir, vigilado fuera siempre por alguien. Por el día me dejaban libre con alguno echándome un ojo. Era como si estuvieran enseñándome su forma de vida para que, en un momento dado, me uniera a ellos. No me obligaron a hacer nada e incluso me trataban de forma correcta, aunque en el fondo sabía que no era más que un prisionero.

SEÑOR R

El gordito me dijo que se llamaba Pablo. Se mostró cordial hasta que la chica se le acercó y le susurró algo al oído. Luego volvió a cambiar el tono afable por otro más neutro. Aún así me dio mucha información que supuse contaba con la aprobación de *Uno* para que me pusiera al día.

Supe así que el origen de aquel comando paramilitar fue iniciado por el tal *Uno* un día que encontró en su camino a la chica, llamada Paula y que no tenía más de veinte años. Ninguno de ellos supo jamás de dónde salió aquel hombre, ni su verdadero nombre, ni nada de su vida anterior. Cuando empezó a reclutar supervivientes ya actuaba como un oficial del Ejército, por lo que todos daban por sentado que debió ser un militar. Sabía cómo manejar armas, tácticas de guerrilla y supervivencia, en fin, todas esas cosas de soldados. Llegó con el Humvee desde el sur de España. El coche tenía todavía el emblema de la infantería de marina española pintado en las puertas. El mismo *Uno* lo llamaba puesto de mando. En él solían viajar siempre él mismo y Paula. Los otros dos llevaban el camión cuando se desplazaban de un sitio a otro.

El siguiente recluta se llamaba Cristian, y debía tener dieciséis o diecisiete años al que habían encontrado vagando por las calles de Salamanca hacía unos meses, mientras se dedicaba a perseguir y matar a todos los perros que encontraba a su paso. Por lo visto tuvo alguna mala experiencia con ellos.

Pablo, de cuarenta y tres años, había sido el último en ser incorporado a la unidad, como así se llamaban ellos mismos. Había sido contable en Valladolid y en cierta manera me recordaba a mí en mi anterior vida como oficinista. La diferencia era que él seguía siendo un contable aunque fuese vestido de soldado y armado como tal. Mencionó, con voz queda, que a él lo de andar e ir como de maniobras a todas partes no le gustaba. Aunque debido a su ineptitud para afrontar aquella nueva vida no podía sobrevivir sin la ayuda de aquel grupo. Sin mucho convencimiento me aseguró que si para ello debía jugar a los soldaditos lo haría.

—Si cumples las órdenes de *Uno* este te tratará con respeto —dijo mientras masticaba una chocolatina de las raciones militares—. Hubiera muerto en Valladolid de no ser por él, eso lo tengo claro. Nos ha enseñado a disparar, a combatir y a llevar una vida ordenada para poder sobrevivir.

Pablo me caía bien a pesar de la situación. Se le veía bonachón y era el único del grupo que no tenía la agilidad ni el porte de soldado como los otros. Nunca llevaba el fusil preparado como los demás y casi siempre lo tenía colgado a la espalda como si le estorbara. Parecía un *boy scout*.

Paula, era muy temperamental. Estaba claro que entre ella y *Uno* había algo más. De hecho, compartían la misma tienda. En cierto modo me recordaba mucho a Sandra, tanto por la edad como por la forma de ser. "Las chicas del futuro son guerreras", me dije. Llevaba el fusil con la mira adaptaba y se iba con el jefe a cazar de vez en cuando. Paula no me inspiraba ninguna confianza para hablar con ella como lo podía hacer con Pablo. Estaba seguro de que esta le diría todo a su amante.

Cristian, que estaba lleno de testosterona propia de la edad. Al no tener una chica con la que poder ligar, se desahogaba haciendo ejercicio sin parar. Intuí que debía sentir algo por Paula. Me fijaba cuando este lanzaba fugaces miradas al interior de la tienda del jefe y captaba la momentánea visión de esta cambiándose. Era un volcán dormido que algún día explotaría. No se podía luchar contra las hormonas.

Uno era un tipo raro. Tenía el porte, la forma de ser e incluso el peinado de una de aquellas

figuritas marciales que vendían en las jugueterías. Siempre iba armado, o bien con el fusil, o con la pistola o con un enorme machete que llevaba prendido en el pecho, o con todas a la vez. Estaba seguro de que podía matar a una persona con el simple uso de las manos y de veinte maneras diferentes. Su voz firme imponía respeto y siempre sabía lo que había que hacer. Jamás dudaba o consultaba con los demás. Eso daba seguridad al resto, que se desvivían por hacer lo que este mandase. No era un tirano pero se notaba que disfrutaba con ese pequeño ejército de bolsillo que se había creado.

Al segundo día de estar con ellos *Uno* se me acercó por primera vez para hablar. Se sentó a mi lado mientras comíamos. Intuí que iba a ser la primera charla de adoctrinamiento.

No andaba equivocado.

—Me ha comentado Pablo que eres buena persona —dijo con gesto grave—. Que se puede confiar en ti. Al menos, esa es su impresión. Quiero que sepas algo más de nosotros y de lo que hacemos. No me gustaría que pensaras que somos unos tipos vestidos y armados creyéndose el *Equipo A.*

» Creo que ya has comprobado por ti mismo que hay supervivientes que están muy descontrolados en esta nueva situación. Es verdad que somos muy pocos los que quedamos con vida y es casi una lotería encontrar a alguien, pero todos hemos tenido, en estos meses, malas experiencias con algunos sujetos. El loco ese que te zurró en la frontera es un ejemplo. Yo mismo, al principio, tuve que hacer frente a varios tipos así. Luego me topé con otros supervivientes que estaban asustados, aterrados, pero no por haberse quedado solos en el mundo, sino por el miedo a dar con alguno de estos incontrolados. No hace falta que te diga lo que puede sufrir una mujer en un lugar donde no hay más protección que la que uno mismo pueda proporcionarse. Ellas han sido las principales víctimas. Entonces me di cuenta de que había que hacer algo. Decidí hacerme cargo de la seguridad de la gente que quedaba. Intentar mantener a los hostiles a ralla u ocuparme de que no volvieran a cometer ningún acto agresivo contra nadie.

» Nuestro método es muy sencillo. Vagamos por todo el país, viviendo de lo que encontramos, vigilando que no haya nadie que vaya de matón o vividor de esta situación. Hace poco retiramos de la circulación a un violador que había acabado con dos mujeres en todo este tiempo. Si nuestra especie quiere sobrevivir no se puede permitir el lujo de tener esta clase de depredadores de su propia especie, que además matan a las hembras, que son las únicas que pueden dar un futuro a la Humanidad. Hay que erradicarlos sin contemplaciones.

Retirar de la circulación, *erradicar*, eran algunos eufemismos que sustituían a liquidar, matar o asesinar. En su manual del buen comando paramilitar debían ser de uso obligado.

—¿No habéis pensado en asentaros en alguna parte y formar parte de ese futuro? —pregunté intentando llevar algo de raciocinio a la conversación.

—No podemos hacer eso hasta que tengamos la seguridad de que nadie nos molestará. Hoy en día no se puede bajar la guardia. Si decidimos soltar las armas y vivir en unas bonitas casas en el campo puede que vivamos felices. Aunque también puede que un día vengan uno o dos, o diez incontrolados errantes con ganas de pasarlo bien, ya me entiendes. Entonces, adiós futuro. No, ese no es mi plan.

—¿Cuál es, si puede saberse?

SEÑOR R

—Intentar encontrar más supervivientes para crear una comunidad donde empezar de cero. Un lugar controlado donde nosotros podamos ejercer de guardianes o protectores de la misma. Yo no quiero colgar el fusil detrás de una puerta y ponerme a tener niños, criar ganado o arar la tierra. Cada uno debe saber su función en la vida. La mía es ser soldado y así debo ejercer en cualquier lugar. Proteger a los débiles. Si no hay alguien dispuesto a luchar para defender a su gente, nadie estará lo suficientemente seguro como para sentir que forma parte de una comunidad y progresar en ella.

—Por lo que veo no habéis encontrado todavía ese lugar.

—No. Como ya sabes es muy difícil dar con un superviviente, así que imagínate con unos cuantos. Aun así hemos estado vagando por muchas partes. Hace unas semanas dimos con una prueba de que por aquí podíamos encontrar algo.

—¿Qué prueba?

—Unos carteles en numerosos pueblos que avisaban, en los tiempos de la pandemia, de que todo aquel que no había manifestado síntomas de la *Gripe X* fuesen a un centro bacteriológico en Santander.

Intenté no mostrar sorpresa o cualquier indicio que delatase que yo estaba al corriente de aquello.

—¿Sabías algo de eso? —indagó *Uno* un tanto suspicaz—. ¿Por qué ibas precisamente a Santander?

—No tenía ni idea. Al igual que vosotros yo también llevo vagando todo este tiempo —respondí de la forma más natural que pude—. Pasaba por aquí en dirección a Galicia y pensé que en Santander podía encontrar provisiones. ¿Qué esperáis encontrar en ese centro?

Uno se agachó para quitar las briznas de hierba que había en su bota derecha.

—No esperamos nada, porque ya hemos tenido contacto con un pequeño grupo que hay allí. Se les explicó la situación y la conveniencia de contar con nosotros como protectores. He de decir, a mi pesar, que no se lo tomaron muy bien y nos amenazaron si volvíamos de nuevo.

Me asusté. Era evidente que ese pequeño grupo eran los integrantes del instituto. ¿Estaría Sara con ellos?

—Si os dijeron que no querían formar parte de esa comunidad que esperas crear, ¿por qué seguís por esta zona? ¿Vais a volver a tratar de convencerlos?

Uno se incorporó sonriendo por primera vez desde nuestro primer encuentro.

Era una sonrisa de arrogancia.

—El tiempo de hablar ya pasó. Escucharon nuestra propuesta y no la aceptaron. Se mostraron hostiles, así que han pasado, por su actitud amenazante, a ser considerados objetivo a retirar de la circulación.

***

Aquella breve conversación con *Uno* me había demostrado varias cosas. Que aquel grupo, sobre todo su cabecilla, estaban en otro mundo. Y que eran muy peligrosos. En su afán de querer proteger a los supuestos supervivientes "legales" se habían convertido en la clase de gente contra quienes combatían, en elementos incontrolados. *Uno* se había auto proclamado defensor nacional de los

débiles creyéndose en la posición de poder juzgar si alguien debía ser erradicado o no. Había puesto en su lista negra a la gente del instituto sólo porque habían rechazado formar parte de ese plan maestro que tenía en mente. Estaba claro que no aceptaba un no por respuesta. Para *Uno* quien no estaba a su lado estaba contra él.

Hablando con Pablo pude sacar algo más. Hacía poco más de un par de semanas llegaron a Santander y tomaron contacto con aquel grupúsculo de supervivientes. Ante mi pregunta de si eran muchos, para intentar averiguar si Sara estaba entre ellos, Pablo me dio respuestas ambiguas. En realidad, sólo *Uno* y Paula habían hablado con aquellos. La estrategia de aquel era que jamás había que mostrar todas las fuerzas disponibles al enemigo. No se sabe que les dijo pero no aceptaron aquella utopía de vivir felices bajo el amparo de aquellos soldados paramilitares. Supongo que vieron en ello una especie de comportamiento mafioso o una obligación de someterse a *Uno* como su líder incondicional. Conociendo el carácter de Sandra y Alberto me imagino que les faltó tiempo para mandarlo a paseo.

A Pablo no le gustaba la idea de tener que erradicar a aquella gente, puesto que no les habían hecho nada salvo rechazar una propuesta. Pero *Uno* debió ver en ellos una potencial amenaza en un futuro. El caso es que llevaban esos últimos días ultimando un plan de combate. En principio los del instituto creían que el comando se había largado y que ya no suponían una amenaza. *Uno* quería aprovechar la ventaja de la sorpresa para asestarles un golpe. Trataría de tomar como prisioneros a los que pudiesen, sobre todo las mujeres, para luego tratar de convencerlas para que se unieran al grupo. Aunque él mismo insinuó que en una acción de combate podía haber víctimas colaterales.

—Quizás la gente del instituto sean pacíficos —dije intentando averiguar más cosas.

- *Uno* y Paula nos dijeron, al llegar de aquella primera reunión que tuvieron, que les habían visto bien armados. Que el edificio en el que se albergaban parecía que tenía visos de estar vigilado y que, por lo tanto, eran una comunidad con potencial para ser considerados un peligro. Es muy posible que jamás coincidiéramos de nuevo en la vida, pero a *Uno* le obsesiona dejar atrás las amenazas. Dice que, tarde o temprano, se vuelven contra ti.

De Pablo no pude sacar más información. A Cristian ni me acerqué. El chico me tenía ojeriza y me miraba con odio. Intenté hablar con Paula, aún sabiendo que todo lo que dijese lo sabría después su jefe. Debía preguntar sin parecer interesado. Aproveché un momento en el cual estaba limpiando concienzudamente su fusil. Llevaba el pelo recogido en un moño, con los pantalones militares y las botas pero con una camiseta blanca de tirantes bastante ajustada, que dejaba entrever su cuerpo. Invariablemente a su carácter, claramente irascible, había que reconocer que era muy atractiva. No me extrañaba que Cristian estuviera siempre mirándola.

—Ah, la limpieza de las armas —dije sentándome cerca de ella—. Siempre lo he odiado, aunque ya sé que es necesario. Al menos una o dos veces por semana limpiaba mi fusil.

—¿Tanto? —inquirió mirándome incrédula—. ¿Te refieres al fusil que llevabas, el *G36*?

—Ese mismo. He tenido varios y siempre los he mantenido en perfectas condiciones de uso.

—Debes saber que el *G36* no necesita tanta limpieza como las mierdas de los fusiles norteamericanos, que parecen de cristal y hay que limpiarlos muy a menudo para que sirvan de algo. El *G36* aguanta de todo y puedes disparar miles de balas que siempre lo tendrás listo. Yo lo estoy limpiando porque siempre lo hago antes de cualquier misión. Por pura superstición, no porque

crea que está sucio.

—¿Una misión? ¿Cuál?

—Eso pregúntaselo a *Uno*.

Me empecé a inquietar porque veía que se me acababa el tiempo.

—¿Vais a atacar a la gente que está en Santander?

Paula me miró, visiblemente molesta por mi insistencia. Ya me había dejado bien claro que no me diría nada y no le apetecía volver a repetirse.

—¿Eres tonto? ¡Si quieres saber algo se lo preguntas al jefe y punto pelota!

Uno, que estaba por allí cerca, se acercó al oír la fuerte exclamación de Paula.

—¿Ocurre algo, Paula? —indagó con gesto grave.

—Aquí el amigo, que es muy curioso. Me está dando el coñazo para ver si le digo algo de la misión.

—¿Ah, sí? —*Uno* clavó sus acerados ojos en los míos—. ¿Qué quieres saber?

—Sólo era mera curiosidad. No me he encontrado a casi nadie durante este tiempo y quería saber cuánta gente había allí o qué clase de gente son. Era sólo curiosidad, de verdad.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Hombre *Uno*... Es que, bueno, no he visto a una mujer hasta ahora y me preguntaba si habría más mujeres allí. Ya sabes, me gustaría, bueno...

—¿Quieres hacerte con una de las mujeres para violarla? ¿Es eso?

—¡No, no, por Dios! —exclamé horrorizado—. Sólo es que me gustaría formar parte de lo que vayáis a crear. De alguna comunidad donde poder formar una familia con alguna chica. Dijiste que tratarías de cogerlos a todos prisioneros para luego intentar convencerlos.

Uno no dijo nada. Me volvió a mirar, tratando de intuir algo más sobre mí. Paula me observaba con una mezcla de asco y arrogancia.

—Si quieres unirte a nosotros vas a tener que ganártelo —me avisó *Uno* al cabo de unos segundos.

—A mí este tío no me gusta —afirmó Paula con malicia.

—¡Calla! —la interrumpió *Uno*—. Si sabe manejar un arma puede entrar en la unidad, como todos.

—Joder, *Uno*. ¡No sabemos nada de él! Llevaba armas y la cara llena de golpes. Seguro que es un incontrolado errante al que le gusta meterse en problemas. ¿A cuántas mujeres has violado ya? Fíjate qué interés tenía por saber si había alguna en Santander.

Uno la miró con dureza sin decir nada. Paula enmudeció.

No sabía si había sido por mi intromisión pero pareció que la misión era postergada unos días más. Al menos eso insinuó Pablo, quien se había convertido en una especie de confidente involuntario, aunque yo me andaba con pies de plomo porque no me fiaba de nadie y podía ser que me estuviera espiando por orden de *Uno*. Este comentó que estaban tramando otra cosa, algo grande que necesitaría algo más de tiempo. No se atrevió a decir nada más, pero señaló al camión militar e indicó que allí tenían mucho armamento y que tenían un arma terrible.

—¿Habéis tenido más misiones como decís vosotros? —pregunté tratando de derivar la conversación a otro lado.

SEÑOR R

—¿Misiones? Supongo que eso te lo habrá dicho Paula o el alucinado de Cristian —contestó Pablo con una sonrisa que denotaba que él estaba muy lejos de ser igual que sus compañeros.

—Paula me comentó ayer que le gustaba limpiar el arma antes de cada misión.

—¡Ja, ja, ja! —se rió con ganas—. Sí, supongo que es lo que hace, aunque ya te digo que le gusta más limpiar la del jefe, ya me entiendes.

Esto último lo dijo en tono más bajo, haciendo un movimiento rítmico con la mano derecha en forma de puño.

—¿En qué consistían esas misiones? ¿Habéis entrado en contacto con otras comunidades?

—No, esta es la primera vez. Las otras veces localizamos a individuos solitarios. Errantes. Siempre seguíamos la misma táctica. *Uno* y alguno de los otros le acompañan a hablar con el sujeto para recopilar información. Luego *Uno* dictaminaba que el sujeto era peligroso y se procedía a su..., erradicación. *Uno* lo llamaba procedimiento preventivo.

—Entonces, ¿esos tipos con los que os encontrabais no eran hostiles con vosotros?

Pablo se mostró un poco molesto con la situación. Visto desde mi punto de vista era posible que aquello no pareciese más que un simple asesinato a sangre fría.

—Es verdad que aquellos tipos nunca intentaron hacer uso de sus armas. Tampoco eran tontos y sabían que estaban en inferioridad de condiciones. Pero *Uno* sabía que no eran trigo limpio y que podían ser una amenaza.

No me lo podía creer. Hasta qué punto llegaba el adoctrinamiento de aquel cacique que hasta Pablo aprobaba sus métodos salvajes.

—Pablo, yo también viajo con armas. Eso no quiere decir que sea un asesino o un enemigo potencial.

—Ya, pero te digo que *Uno* veía algo, no sé..., en lo que decían o cómo actuaban. Eso le ponía sobre aviso de que estábamos ante un elemento de cuidado.

No quise seguir con ello por no obcecarme y que Pablo terminase de cansarse de mí. Al fin y al cabo, era el único de ellos con quien podía mantener una conversación y estar informado.

—Una última pregunta. ¿Alguna vez alguno de aquellos errantes pudo irse?

El silencio de Pablo lo dijo todo.

Era evidente que ese arma terrible al que se refería Pablo iba a ser utilizada contra los del instituto. Cristian y *Uno* estuvieron toda la mañana colocando una especie de plataforma encima del Humvee. Debía hacer algo, porque aquella gente era capaz de todo y allí podía estar Sara. Me desesperaba porque no podía ir a ningún lado solo y era imposible huir de allí sin que se me echaran encima.

Aquella noche, cuando todos nos encontrábamos en el centro de las tiendas comiendo alrededor del fuego, *Uno* se levantó y de manera un tanto grandilocuente empezó a hablar sobre la misión.

—Hemos estado preparándonos para este día desde hace mucho tiempo. Las otras veces no nos hemos enfrentado a fuerzas múltiples. Esta vez la situación se torna complicada, por el lugar donde se encuentran los hostiles, porque son unos cuantos y porque están bien armados. Mañana vamos a ir hacia allí, para empezar a preparar sobre el terreno la estrategia a seguir. No os preocupéis, no estamos en inferioridad de condiciones y espero que no haya que hacer demasiado para doblegarlos. A decir verdad, se rendirán al poco tiempo.

SEÑOR R

Todos gritaron al unísono entusiasmados por la acción que estaba por venir.

Por la mañana me levanté el último, como todos aquellos días, percatándome de que el campamento había sido levantado. Ya tenían mucha práctica en ello.

Fue la visión del Humvee lo que me dejó helado y boquiabierto.

En la plataforma que habían instalado el día anterior habían acoplado un lanzador de misiles.

***

Habíamos llegado al Puerto de Santander, a las dársenas de los buques mercantes. Todavía alejados del instituto aunque no demasiado. En una explanada habían dejado el camión y el Humvee con el lanzador de misiles anticarro que llevaba acoplado. Pablo me explicó que aquella arma la habían encontrado hacía unos meses, en un puesto de control en una carretera. En un principio tenían cuatro misiles, pero utilizaron dos en pruebas, por lo que disponían de otro par, que si bien eran anti-tanque podían utilizarse para destruir cualquier otra cosa, incluido una pared donde se hubieran atrincherado la gente del instituto.

No paraba de mirar aquella mortífera arma. Si había lucha no dudaba de que *Uno* lo fuera a utilizar para minimizar bajas y provocar un efecto devastador. Tras el disparo de uno de aquellos misiles sólo les quedaría entrar a recoger los restos. Además, estaba seguro de que se moría de ganas por probarlo en una situación como aquella. Sería lo más cercano a una zona de guerra de lo que jamás había estado aquel grupo de alucinados.

Me tenían como una especie de observador. En ningún momento *Uno* me dijo que contaba conmigo para unirse a la unidad. Tampoco se lo pedí, aunque reconocía que era pronto para que ellos se fiaran de mí. Estaba seguro de que el día que iniciasen el ataque, que estaba al caer, me dejarían atado o esposado en la dársena. Daba por sentado que no me dejarían acompañarlos. Yo seguía sin ver una salida al asunto. Debía avisar a los del instituto de lo que se les venía encima. Tenía muy claro que habían puesto a Cristian como mi sombra. El mismo Pablo me lo confirmó cuando se lo pregunté, por lo que era inviable mi fuga. Sólo podía intentar que me dejaran ir con ellos en el ataque. Tendría así más posibilidades de pasarme al otro bando. Me acerqué a *Uno* para tratar de convencerlo.

—¿Puedo hablar contigo, *Uno*? —pregunté con docilidad.

—Habla, Miguel.

—Es obvio que dentro de poco vais a atacar a los del centro. Pensaba que os vendría bien contar con más apoyo. No se sabe si son muchos o pocos y creo que os puedo ayudar.

—Me agrada tu disposición, pero es pronto para que operes con nosotros. Más adelante, cuando nos conozcamos mejor, no tendré inconveniente en que participes en las misiones.

—Ya, pero es posible que os encontréis con más resistencia. Piénsalo *Uno*, sois cuatro atacando un lugar guarnecido.

—¡No trates de enseñarme mi oficio! —espetó de manera un tanto brusca—. No darán muchos problemas. Y si lo hacen tenemos eso.

Señaló al Humvee con el lanzador de misiles.

—Perdona que insista en el tema, ¿no sería mejor volver a hablar con ellos, darlos un ultimátum o algo así?

SEÑOR R

—¿Y perder el efecto sorpresa? Eso los pondría sobre aviso y estarían esperándonos con vete a saber qué. No sabemos lo que tienen ahí dentro. Pueden poseer un lanzador de misiles como nosotros, granadas o cualquier cosa que nos haga puré. No, amigo, en la guerra hay que aprovechar las ventajas y nosotros tenemos la mejor de todas: la sorpresa.

La guerra, decía. Aquel tipo no sabía de qué estaba hablando.

—¿Qué vais a hacer conmigo mientras tanto?

—Te quedarás aquí. Tendremos que atarte. No me gusta, pero debes comprender que es por seguridad. No puedo dejar a Cristian o a Pablo para que te...

—Para que me vigilen —interrumpí—. ¿Entonces soy un prisionero?

—¡No lo eres! Ya te he dicho que más adelante cuento contigo. Pero no puedo dejar que rondes por aquí sólo con nuestras cosas. El material que llevamos es irreemplazable.

Buena excusa. En realidad le importaba un pito el material, lo que no quería era que huyera. *Uno* se empezó a impacientar, como siempre que una conversación no discurría por donde él quería. En ese momento se acercó Paula. Iba armada con su fusil con mira y con traje de faena completo. Daba miedo verla.

—¿Qué le pasa a este? —indagó de manera despectiva, señalándome con el cañón de su fusil.

—Quiere unirse a nosotros para el ataque —respondió *Uno*—. Ya puedes irte, Paula. Ve con cuidado, ya sabes.

—¿Adónde va? —pregunté nervioso ante aquel imprevisto.

—Misión de reconocimiento —explicó Paula henchida de orgullo. Se notaba que disfrutaba con todo aquello.

—Soy muy buen tirador con fusil de francotirador —mentí con la esperanza de que eso animara a *Uno* a incorporarme al equipo.

—¿Sabrías manejar un *M24 SWS*? —inquirió *Uno* con cierto interés.

No tenía ni idea de a qué se refería, pero asentí con la cabeza. *Uno* hizo un gesto a Cristian para que se acercase.

—Trae el *M24* —le ordenó.

Al poco rato llegó con un fusil de francotirador. Era de apariencia mucho más normal que el que había manejado en Madrid. Parecía más un fusil de caza, aunque al final del largo cañón tenía un bípode incorporado para poder apoyarlo en alguna superficie. No creía que me diera problemas si tenía que probarlo para convencerlos.

Me lo pasó para ver cómo me desenvolvía con él. Intentando parecer lo más diestro posible con aquella arma la miré con detenimiento, como si estuviese inspeccionando su estado. En cuanto vi el cerrojo supe que era manual, a diferencia del automático que había usado. Increíblemente me salió un gesto muy profesional cuando lo giré y eché hacia atrás para comprobar la recámara y mirar por ella. Reconozco que había sido pura casualidad pero vi que aquello había impresionado a *Uno*. Supuse que Paula no era capaz de manejar un fusil como aquel con soltura. Era largo y ella era más bien menuda. Por eso adaptaron una mira a su fusil de asalto, aunque el alcance de un fusil de ese tipo no podía compararse a lo que podía conseguir uno de francotirador. Estaba claro que contar con un tirador de alcance en aquella ocasión les vendría muy bien. Mi hombro izquierdo no se había resentido hasta entonces, aunque ignoraba cómo se comportaría después de estar apuntando con el

fusil durante mucho tiempo seguido. Debía pesar unos seis kilos, con la enorme mira telescópica incorporada y eso era un peso a considerar todavía en un brazo en recuperación.

—Es un *M24* americano —explicó *Uno*—. No lo habrás visto antes porque no es el que utilizaba nuestro Ejército. Lo conseguí en la Base de Rota, al principio de la pandemia, junto al Humvee. Utiliza munición...

—Del *7,62 OTAN*. Ya, como la mayoría en esta clase de fusiles —interrumpí a propósito para seguir con aquella apariencia de que sabía de lo que hablaba. La verdad es que sólo me acordaba del calibre de la bala, porque la había visto en su momento en los cargadores del anterior rifle. Pero mis conocimientos armamentísticos se quedaban ahí.

Uno me observó unos segundos y luego apartó a Paula. Estuvo hablando con ella un buen rato, quien no ocultaba su enojo por algo y hacía aspavientos con las manos. Por un momento pensé que le iba a gritar al propio *Uno*, pero no se atrevió a tanto.

—Bien, esta es tu oportunidad de demostrar si podemos confiar en ti —dijo *Uno*—. Te vas a ir con Paula a hacer el reconocimiento y llevarás este fusil. Te aviso: Paula no hará otra cosa que vigilarte, así que no hagas tonterías. Supongo que te habrás dado cuenta de que sabe manejar muy bien su fusil. Ah, y no llevarás balas. No las vas a necesitar, de momento. Paula las llevará y te las dará si hiciera falta, pero no antes. Tampoco portarás otras armas, aunque te proporcionaremos un traje de faena de camuflaje. Iréis a las cercanías del centro y observaréis los movimientos de los que por allí os encontréis. Mirad si tienen armas de otro tipo que las normales y si hay parapetos o barricadas. Lo que sea. Quiero un informe completo de la situación a la vuelta.

Aquello me trastocó los improvisados planes que estaba trazando. Sin balas no tenía nada con que amenazar a Paula llegado el momento.

—No hay problema —dije disimulando mi disgusto—. Respecto al traje de camuflaje, creo que en este entorno urbano es incluso contraproducente. Si nos vamos a mover por azoteas preferiría seguir llevando mi ropa. Es de tonos grises y se confunde mejor con el terreno urbano.

—Como quieras. Tú eres el experto francotirador —accedió *Uno* con una mezcla de indiferencia y sarcasmo.

Prefería no ir vestido como ellos, por si los del instituto me veían que no me confundiesen con uno de los soldados. No podía olvidar que ahora llevaba el pelo muy corto y tenía todavía la cara llena de moratones. Era posible que no me reconociesen en la lejanía.

Los dos salimos andando hacia el instituto. Si íbamos andando tardaríamos un par de horas. Paula propuso que fuéramos mejor por el interior de la ciudad, en vez de por los amplios paseos al lado del mar, donde podríamos ser detectados. *Uno* aseguró que los del centro salían a explorar por los alrededores.

Todavía no sabía lo que iba a hacer con Paula y cómo desarmarla. Tampoco tenía todavía mi cuerpo para heroicidades por lo que no podía utilizar la fuerza bruta. Ella estaba en mejor forma física que yo y no tendría problemas en reducirme por las bravas.

Según andábamos, yo siempre delante y ella un par de pasos por detrás con el fusil siempre preparado, quise jugar la opción de intentar entretenerla para que en un momento dado bajase la guardia.

—Qué cosas —dije mientras acarreaba el enorme fusil de francotirador a la espalda—, SEÑOR R

quedamos un puñado de supervivientes y lo primero que hacemos en ir a la guerra. Parece que es nuestro sino en la vida.

Paula no dijo nada. La chica no era muy comunicativa y menos conmigo.

—Con lo que te gusta disparar es raro que no hayas manejado este fusil *M24* —intenté meterla en la conversación picándola un poco en su orgullo.

—No te pases de listo. No hay que ser un genio para darse cuenta de que me viene un poco grande ese fusil. Por si no te has percatado soy algo baja. Con muy mala hostia, pero bajita. Lo intenté una vez. No lo hice mal con el bípode y en el suelo, pero ese condenado fusil es un coñazo si hay que disparar con la rodilla en tierra o sentado. Preferí ponerle una mira a este de asalto, pero no es lo mismo, claro.

Se notaba que la gustaba hablar de armas y cosas por el estilo.

—Eres todo una soldado experto —añadí tratando de adularla un poco para ablandarla—. ¿A qué te dedicabas antes? ¿Eras *poli* o soldado?

—No te importa una mierda.

—Es sólo por conversar un poco. Yo era administrativo, que te parece.

—No me extraña nada. Se ve a la legua que eres un mierda —espetó de manera soez, intentando picarme ahora a mí—. A mí no me engañas con tu rollo de experto en armas.

—Lamento que pienses eso porque tengo una alta opinión de ti —mentí tratando de cambiar de estrategia; ahora intentaría hacerme el admirador para descolocarla totalmente.

—Ten cuidado con lo que vayas a decir. No soy una chica deseosa de palabras tiernas. No creo en el amor y esas chorradas. Eso debilita y te hace vulnerable.

—Pero tú estás, digamos, con *Uno*. ¿Me equivoco?

—No te líes. Una cosa es que follemos juntos y otra que yo esté loca por él, que no es el caso. Como te he dicho, no creo en el amor.

Iba a ser un hueso duro de roer.

—Pues Cristian no te quita ojo de enci...

Paula se puso delante de mí y me dio un fuerte empujón.

—¿Te vas a callar de una puta vez? Si ahora mismo te pego un tiro puedo decirle a *Uno* que intentaste violarme y no pasaría nada. ¿Quieres que haga eso?

—Tranquila Paula, no diré nada más sobre eso. Tranquila...

¿De verdad no creía en el amor? El tema parecía haberla irritado demasiado. Por edad le pegaba más estar con Cristian que con U*no*.

—Cambiando de tercio. ¿Por dónde se va al centro? —pregunté haciéndome el ignorante.

—No sé el nombre de la calle. Sé llegar y nada más. Tardaremos todavía un poco así que no te entretengas tanto hablando, que aburres a las ovejas.

—Sólo una última pregunta. ¿Por qué le llamáis *Uno*?

—Porque no sabemos su verdadero nombre. Él mismo dijo que le llamara así cuando le conocí por primera vez. Supongo que vendrá de que es el primero en el escalafón. El jefe, vamos.

Seguimos andando en silencio durante un buen rato. Llegamos a una pequeña plazoleta, donde había muchísimos vehículos por todas partes. Nos sentamos a descansar, para comer alguna chocolatina y beber agua. Paula miraba a todas partes.

SEÑOR R

—Ya estamos cerca. A partir de ahora hay que ir con cuidado, por si nos tropezamos con alguna unidad de reconocimiento de ellos.

"Unidad de reconocimiento", me hacía gracia la jerga militar que utilizaba el grupo. Dicho así parecía que íbamos al encuentro de un ejército.

—¿Cuántos pensáis que pueden ser? —inquirí intentando saber algo sobre el paradero de Sara.

—La primera vez que hablamos con ellos sólo vimos a dos. Un hombre y una chica joven. Se mostraron muy insolentes y nos rechazaron antes de escuchar todo lo que les proponíamos.

—Supongo que ya tendrían hecha su vida y no les apetecía cambiar.

—¡Tonterías! Tal y como tenían el lugar cualquier día les podía entrar un incontrolado y acabar con ellos. Les dimos la oportunidad de seguir viviendo como hasta entonces, pero más protegidos.

—A lo mejor ellos ya se protegían bien.

—No empieces...

Me callé. Estaba visto que Paula no toleraba bien que se la contradijera.

Sólo habían visto a dos personas. Seguramente a Sandra y Alberto. Si Sara no estaba con ellos, ¿adónde habría ido? Empezaba a inquietarme y eso no era nada bueno. Debía mantenerme centrado, porque todavía tenía que quitar de en medio a Paula y pasarme a las “filas enemigas”.

Empezamos a callejear con más cuidado. Al llegar a una calle, que reconocí familiar de la última vez, supuse que empezaríamos a subir a algún ático para comenzar a espiar los movimientos de los del instituto.

—Subamos a aquel edificio —indicó Paula—. Está muy cerca y no hay otros por delante que nos molesten. Ese rifle que llevas tiene una mira capaz de disparar a ochocientos metros, aunque creo que desde allí habrá apenas medio centenar.

—¿Disparar? Como no sea con piedras...

—En esta misión no vamos a disparar, sólo observar. Llevo balas por si hicieran falta, pero no te las daré sino son necesarias.

—¿No hubiera sido mejor haber traído unos prismáticos?

—Si, pero en caso de lío no podrías disparar con ellos.

Paula me miró dando por zanjada de nuevo la conversación. Desde luego, era una chica guapa pero insufrible.

Entramos al portal. Estaba muy oscuro y se hizo necesario que Paula acoplase una linterna táctica a su fusil. A mí me dio una linterna de mano. Fuimos ascendiendo en silencio. A lo lejos se oía el maullido de algún gato y las goteras que había por todas partes. Los edificios, después de tantos meses sin ser habitados y mantenidos, estaban empezando a presentar muestras más que evidentes del principio de un desgaste que con los años acabarían con la mayoría. El tiempo pasaba inexorablemente y todas las construcciones humanas, por muy grandiosas y resistentes que hubieran sido, sucumbirían.

Desde lo alto de la cubierta, al lado de los aparatos de aire acondicionado, divisamos el blanquecino color de las paredes del instituto. Me puse un poco nervioso al contemplarlo y poder localizar a Sara. Me tumbé encima de las piedras aislantes de la cubierta y coloqué el bípode. Ajusté la mira y empecé a enfocar hacia el instituto. Paula, a mi lado, sacó unos potentes prismáticos y también empezó a observar. Mientras ella miraba me di cuenta de que a su lado, a unos pasos, había

un hueco que tendría un par de metros hasta la terraza del ático de abajo. Si empujaba a Paula la dejaría inmovilizada y podría desarmarla. No creí que el golpe la matase, aunque si caía mal podía hacerse mucho daño. Llevaba su casco militar, así que eso le salvaría la cabeza. Seguí observando por la mira en espera del momento más propicio.

Aquel visor era extraordinario. Podía ver con nitidez el instituto estando a más de medio kilómetro. Vi las tumbas de los antiguos compañeros que murieron aquella horrenda noche. La puerta principal del edificio estaba cerrada y por fuera no había nada que indicase que por allí había gente. Era posible que se hubieran ido cuando *Uno* y Paula los visitaron por primera vez. Quizás creyeron que era mejor salir de allí, por si aquellos soldados volvían con ganas de guerra, como era el caso. Empecé a pensar que era una posibilidad bien factible.

Paula susurró que había detectado una sombra pasando por una de las ventanas, justo encima de la puerta principal. Miré hacia allí. En efecto, se podía distinguir como alguien estaba en el interior, aunque no se podía indagar nada más.

Había gente en el instituto. Tenía que hacer algo y hacerlo ya.

Paula seguía mirando con los prismáticos. Con suma cautela, dejé el fusil en el suelo, apoyado en el bípode. Todavía tumbado miré a Paula. Esta estaba con una rodilla en tierra, sujetando los prismáticos con ambas manos. Era mi oportunidad. Me levanté poco a poco. Estaba ya casi incorporado cuando mi propia sombra tapó a Paula.

No había tenido en cuenta la posición del sol.

La chica lo notó, aunque no esperaba que yo estuviese planeando algo contra ella y no hizo ningún gesto hostil.

Todo ocurrió en un par de segundos.

Paula me miró. Iba a decir algo así como qué quería o algo por el estilo. Pero algo vio en mis ojos y en una fracción de segundo supo que tramaba algo. Antes de que hiciese movimiento alguno para sacar la pistola, que era lo que tenía más a mano, la di un fuerte empujón lateral que la desestabilizó por completo. Hubiese caído sin más, si no hubiera puesto la pierna derecha como apoyo. Aquello la desestabilizó aún más y por su propio impulso cayó hacia la terraza del ático de abajo.

El golpe fue tremendo. El casco la salvó de una muerte segura porque se dio de lleno en la cabeza. Aun así, se quedó inconsciente.

Bajé y comprobé que respiraba. No parecía que tuviera daños graves, aparte de las raspaduras. La quité los correajes con los cartuchos de repuesto, la pistola, un pequeño machete y la mochila donde guardaba las municiones del rifle de asalto y algunas otras cosas. Dentro hallé unas bridas de las que utilizaban para inmovilizar prisioneros. Eran de plástico como las que servían para atar cables pero más largas. Me sirvieron para atar sus manos atrás.

Cogí todo el armamento y me puse los correajes y la mochila. En cuando Paula abriera los ojos me la llevaría al instituto como prisionera. Con ella como rehén podríamos negociar con *Uno*, aunque no sabía cómo, porque en aquel mundo la palabra no servía de nada.

Paula se despertó a las dos horas y no dijo nada. Mi ataque la había sorprendido por completo y eso le había hecho darse cuenta de que había cometido un grave error. Estaba enfadada consigo misma porque había fallado una importante misión. La levanté y le quité el casco, por si tenía

alguna herida, pero este había resistido bien y sólo sufría una fuerte conmoción.

—Vamos, tenemos que bajar y entregarnos a los del instituto. No te harán daño, te lo prometo.

Paula me miró con profundo desprecio.

—¡Maldito hijo de puta!

Hice caso omiso de las lindezas que me obsequió durante el resto del camino. Al llegar a la entrada del instituto di un grito llamando a Sandra y Alberto. Tras unos instantes, ambos salieron por la puerta principal. En un principio no me reconocieron pero luego fue Alberto el primero en hacerlo.

—¿Miguel? ¡Joder, eres tú!

Observaron a Paula y se percataron de que la llevaba detenida.

—Esta es una de esos alucinados —indicó Sandra reconociéndola.

Esta no se dignó a saludarme. Decididamente, tenía el mismo carácter que Paula.

—Sabía que volverías —dijo Alberto con verdadera alegría por verme.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

Sandra se acercó a mí. Después de un inquisitorial momento de observación, mirando con curiosidad mi pelo tan corto y los moratones todavía visibles, añadió:

—Tu mujer, Sara, nos dijo que vendrías a buscarla.

***

Tras aquella esperanza de volver a abrazar a Sara mi gozo se vino abajo cuando Alberto me explicó que Sara había salido con Ana en busca de Matías. Al parecer, tras la primera visita de *Uno*, se asustaron y vieron que seguir en el instituto ya no tenía sentido. Era un edificio demasiado grande para defenderlo de aquella gente, de la que estaban seguros que intentarían algo, aunque no creían que fuera tan pronto. Alberto no me guardaba rencor por haberme ido, aunque Sandra sí.

—Nos dimos una buena sorpresa cuando apareció Sara —dijo Alberto—. Y más cuando dijo que era tu mujer. No lo sabíamos y entendí perfectamente por qué siempre habías tenido esa actitud como que estabas de paso. Llegó un par de semanas después que os fueseis a llevar a Diane a su país. Decidió quedarse con nosotros para aguardar tu llegada, ya que nos dijo que había dejado una nota en el lugar donde había estado por última vez. Sabía que irías a buscarla. Es una gran chica, Miguel. Nos ha ayudado mucho aquí. Y nosotros a ella con la compañía que le hemos dado. Sobre todo Ana, que ha estado a su lado y han hablado largo y tendido. Creo que a las dos les ha venido bien poder conversar. Tras la noche en la que murieron los otros nos vinimos abajo, luego vosotros os fuisteis y nos quedamos los tres sin saber qué hacer. Pero empezamos a reponernos, hasta que hace un par de semanas llegaron dos tipos. Uno de ellos es esa chica que trajiste ayer. Nos vinieron a decir que, o aceptábamos su protección o que nos preparásemos para lo peor.

—No me gustó la prepotencia del aquel “robot” —dijo Sandra—. Le mandé a la mierda. Menudos listos. Querían un lugar donde los mantuvieran para no dar ni palo a cambio de... ¡Protección! ¡Como si fueran de la camorra italiana!

—El caso es que se fueron —continuó Alberto—. Y desde ese día decidimos largarnos de aquí cuanto antes. Pero no teníamos vehículos. Los dos que nos quedaban dejaron de funcionar y sin Jordi no había nadie que supiera la mecánica suficiente como para arreglar alguno.

Afortunadamente, Sara pudo arrancar un viejo Citroën Xsara.

—Matías llegó en su barco antes de la llegada de los soldados —dijo Sandra—. Se quedó apenas dos días. Conoció a Sara y le dijo adónde habían estado y que tú venías por el este.

—Tu mujer se entusiasmó al saberlo. Créeme tienes suerte de tener a alguien que te quiera tanto —Alberto dijo aquello sin poder evitar mirar de reojo a Sandra, quien no le prestó la menor atención.

—Matías se fue —dijo esta—, pero nos comentó que estaría una temporada en el pueblo asturiano de Llanes antes de irse al sur. Hace ya unas cuantas semanas Sara y Ana decidieron ir con el coche a buscarle, para que trajera su barco y poder así llevarnos todo lo importante que tenemos aquí y establecernos en otro lugar.

—Así que Sara se me ha vuelto a escapar —resumí resoplando aunque contento por saber que estaba bien y tenerla más o menos localizada.

—Me temo que si, compañero —convino Alberto.

—Bien —dijo Sandra—, ahora hay que pensar que hacemos con esa zorra.

Les conté donde estaban instalados *Uno* y su banda. También les avisé del equipo que tenían y del lanzador de misiles.

—Al menos tenemos de rehén a la chica-se consoló Alberto.

—Eso nos dará algo de tiempo hasta que llegue Matías, pero tened por seguro que algo intentarán —dije preocupado—. Creo que lo mejor es empezar a prepararnos para lo peor. Para un ataque de esos locos. No sé como andáis de armas. He traído un fantástico rifle de francotirador, balas para el mismo, una pistola y un fusil de asalto que eran de Paula.

—Yo tengo mis escopetas de caza y seguimos disponiendo de cuatro fusiles de asalto y numerosos cargadores. No son muchos para resistir un asedio, pero no nos pillarán sin nada. Además, tenemos pistolas más que suficientes. Si necesitas alguna, dímelo.

—Gracias. Preferiría tener una *Glock* a la pistola que llevaba Paula. Me parece mucho más práctica y fiable.

—Dalo por hecho —aseguró Alberto con una sonrisa.

Después de una rápida comida empezamos a preparar la entrada del edificio y a fortificarnos en un ala del edificio pequeño, donde no sería más fácil rechazar un posible ataque. Alberto me ayudaba a levantar una barricada con muebles en uno de los pasillos de acceso. Aproveché la ocasión para hablar con él a solas. De hombre a hombre.

—¿Cómo os han ido las cosas por aquí, Alberto?

—Al principio mal. Sandra no os guarda buen recuerdo porque considera que escurristeis el bulto y si ahora te habla es porque sabe que te necesitamos. Pero no esperes que te de un abrazo. Ya te he dicho que comprendo tu postura. Yo habría hecho lo mismo.

—¿Y Ana? Estaba como ida. No quiso venir con nosotros.

—Ana hubiera acabado muy mal sino llega a ser por Sara. Ya te digo que las dos se han hecho muy amigas. Supongo que han visto que pueden contarse sus problemas y eso les ha venido bien, sobre todo a Ana. Ahora hasta parece una persona cuerda. Bueno, me he pasado. No he sido justo con sus sentimientos.

—¿Te dijo algo Sara de cómo estuvo ella en solitario, si tuvo problemas?

SEÑOR R

—No mencionó que los hubiese tenido. Sólo dijo que había sido una tonta por echarte de casa.

—Sí, en fin, creímos, creyó más bien, que esa era la mejor forma de arreglar sus problemas emocionales.

—No te quejes. Mira yo, había dos chicas conmigo y ninguna de ellas ha querido nada. Sandra todavía se sigue acordando de Fernando y a veces la oigo sollozar por las noches.

—A ti te gusta, ¿verdad?

—Si, a pesar de ese carácter tan fuerte. Ya sabes el dicho, el roce hace el cariño... Al menos por mi parte espero que se cumpla.

—Dale tiempo al tiempo —le aconsejé sonriendo—. Te lo digo por propia experiencia. Supongo que no hace falta explicarte que Sara y yo no estamos casados a la manera de antes.

—Hombre, mucha casualidad sería que los dos hubierais sobrevivido a la pandemia como matrimonio unido. Es lógico pensar que os enamorasteis estos últimos meses y que os llamáis marido y mujer por cuestiones románticas. En fin, que aunque al principio hemos tenido nuestras diferencias, me alegra de que estés aquí, Miguel.

Debía ser cierto porque el anterior Alberto había sido siempre un hombre que hablaba poco y con cierta tirantez hacia mí. Estas semanas le habían ablandado.

Cargué el fusil de francotirador, para dejarlo preparado.

—Ese rifle, ¿dónde lo encontraste? Es un *M24* norteamericano.

—Correcto. Me lo dieron los soldados porque creyeron que lo sabría manejar mejor que ellos.

—¿Es verdad? —como buen entendido de las armas que era Alberto estaba maravillado con aquel fusil.

—La verdad es que no mucho. En Madrid utilicé uno automático, pero es un poco complicado manejarlo.

—Si quieres me ocupo de él —se ofreció Alberto.

—Tú mismo —accedí pasándoselo para que lo tanteara.

—Por cierto, ¿quién te puso la cara así? —preguntó Alberto, señalando mis moratones.

—He estado peor, no te creas. He tenido la cara hinchada y los hematomas mucho más escandalosos. Ya van mejor. Pero lo he pasado muy mal desde que Matías me dejó en Francia. No debí separarme de él, pero quién iba a saber que me iba a tropezar con un jodido psicópata.

Le expliqué por encima mi periplo en la frontera, aunque pasé por alto que casi me quedé tieso por una sobredosis por abusar de un medicamento. Luego acompañé a Alberto a la habitación donde tenía guardadas las armas y municiones. Me dio una *Glock*, como la que tenía hasta que me cogieron los soldados y que se había quedado junto con todas mis cosas en aquella carretera. Cogimos cascos y chalecos anti balas, que nos tendríamos que poner a partir de entonces, porque nunca se sabía lo que tramaría *Uno*. Toda aquella equipación no era militar sino policial que Alberto había encontrado en la Comisaria de Santander.

—Al menos, nos diferenciaremos bien. Ellos van de soldados y nosotros de policías —explicó Alberto riéndose como si todo fuera un juego.

Sandra encerró a Paula en una de las habitaciones del *fortín*, como bautizamos a aquella zona llena de barricadas y acotada de defensa. No quiso comer nada, aunque bebió un poco de agua. Estaba muy seria y creo que estaba más preocupada en lo que el propio *Uno* pensaría de ella de lo

que pudiera pasarla allí retenida. Entré a llevarla un poco de comida y hablar con ella.

—¿Qué coño haces aquí? —espetó en cuanto me vio. Escupía las palabras.

—Te he traído algo para que comas. ¿Qué tal llevas el dolor de cabeza? ¿Quieres una aspirina o algo así?

—Cuando *Uno* te pille te va a colgar de los pulgares y te va a hacer cosas muy dolorosas.

—Ya lo veremos. De momento, ahora nosotros tenemos ventaja. Hemos capturado a su *churri*. Supongo que vendrá a negociar. A estas horas debe estar por ahí afuera, apostado, observando el instituto. He dejado tu casco y tu chaleco en la entrada para que sepa que estás aquí. No vaya a pensar que nos hemos fugado juntos.

—¡Vete a la mierda! Sabía que eras un traidor, que no era casual que te cogiéramos entrando en Santander. Pero *Uno* ha tenido un fallo muy grave, más que el mío. Le supiste embaucar.

—¡Eh, vamos a dejar una cosa clara, soldadita *barbie*! —gruñí empezando a cansarme de la actitud de Paula—. ¡Deja ya de decir cosas como traidor, misiones, soldados y todas esas memeces! ¡A ver si abres los ojos y te das cuenta de que no sois más que unos asesinos de mierda que se creen los salvadores del mundo! Por si no te habías dado cuenta, hacéis las mismas barbaridades que hacían vuestros supuestos enemigos descontrolados. No sois más que un par de niñatos y un cobarde con miedo a quedarse solo. ¡No sois soldados, ni esto es una guerra! ¡Seguís a ese psicópata de *Uno* porque no tenéis cojones para vivir por vuestra cuenta y preferís ser los perritos falderos de un loco!

—¡Déjame en paz! —espetó la chica.

—¡Que te deje! ¿Y qué me dices de ti? Estas enamorada de Cristian y este de ti y no os atrevéis a iros lejos y vivir vuestra vida. Qué crees, ¿que no me di cuenta de lo que teníais entre vosotros? Por mucho que te hicieras la borde te calé pronto.

—¡Cállate! —se puso histérica.

Alberto y Sandra entraron corriendo. Les indiqué que no pasaba nada y que me dejaran con ella.

—Paula. Aún no es tarde para vosotros —proseguí bajando el tono de voz—. Todavía podemos arreglar esto pero necesito que me ayudes. Si lo haces podrás irte con Cristian.

—¡Jamás traicionaré a *Uno*! ¡Jamás! ¡Él nunca lo haría! Yo que vosotros me andaría con ojo porque estoy segura de que va a montar una operación de rescate y os cortará el cuello a todos.

—¿De verdad crees que *Rambo* tiene sentimientos? ¿Crees que va a venir a salvar a su soldadita? Seguro que lo hará. Pero no por ti, sino porque le encanta jugar a la guerra.

Paula no dijo nada más. Se limitó a mirar al suelo mascando su resentimiento.

—Sólo te digo una cosa —avisé—, hasta ahora no nos habéis hecho ningún daño. Pero si nos ocurre algo por vuestra culpa vais a tener que pagar por ello. Si *Uno* mata a alguno de nosotros ateneros a las consecuencias. Una vez que empecéis este juego no habrá vuelta atrás.

Salí de la habitación. Sandra me preguntó qué es lo que íbamos a hacer.

—Prepararnos para la guerra.

Alberto disfrutaba con aquello. Era un experto cazador y conocedor de las armas. Esa clase de gente seguro que alguna vez ha fantaseado con estar en una situación así. Este subió a la cubierta del edificio donde se apostó con el *M24*. Se situó de tal manera que la postura no fuese incómoda. Desde allí tenía una buena visión de los alrededores, potenciado con el alcance de la mira óptica del

SEÑOR R

fusil. Sandra y yo estábamos en una sala del ala fortificada, cerca de la habitación donde estaba encerrada Paula. Lo habíamos tomado como lugar central de reunión. Habíamos puesto barricadas en dos de los pasillos por donde podían venir. Además, teníamos la posibilidad de poder huir al otro edificio si tomaban aquel. Previamente nos habíamos vestido con el equipo policial y nos habíamos repartido numerosos cargadores de fusil y pistola. Teníamos muchísima munición pero les recordé que los soldados tenían mucho armamento y alguna de sus armas era demoledora. Llevábamos acoplados a los cinturones una máscara antigás, ya que era posible que nos lanzaran bombas de humo o de gas lacrimógeno. Teníamos que estar bien preparados.

Mientras estábamos allí sentados Sandra miraba al suelo, pensando en sus cosas. No llevábamos todavía los cascos puestos porque eran engorrosos allí dentro.

—Alberto es un buen tipo. Ha cambiado mucho y se le ve muy dispuesto —quise hablar un poco para relajar el ambiente tan tenso que había.

—Yo le veo como siempre —Sandra tenía pocas ganas de hablar.

—Supongo que como hace tiempo que no le veo soy capaz de apreciarlo mejor. Y no me mal interpretes pero creo que tú sigues un poco mosqueada conmigo.

Sandra suspiro de resignación.

—Oye, no tengo ganas de hablar.

—Creo que es importante, Sandra. Me parece que piensas que hasta que vine yo vivíais muy felices aquí y que de alguna manera todo se fue al garete por mi culpa.

—No fuiste tú quien mató a Fernando, Eva o Jordi. Pero si es verdad que desde que viniste cambió nuestra suerte.

—Pero eres consciente de que eso es algo casual.

—¡Claro que sí! Y ya que tienes ganas de hablar te diré que perdiste una buena ocasión de ayudar cuando decidiste largarte con Matías y la inglesa. Después de lo que pasó debisteis haberos quedado un poco más.

—Ya sabes que yo no podía y que Diane quería irse. ¿Por qué iba a hacer que Diane se quedara aquí más tiempo? Matías tuvo que acompañarla porque era la única forma que esta tenía de llegar a su país. Supongo que fue mal momento pero no te quedaste sola. Sinceramente, creí que si me iba tú te quedarías más a gusto. No puedes echarme en cara que nos fuéramos cuando nunca demostraste un mínimo de afecto por nosotros.

—Cuando vino tu amorcito podía haberla rechazado, pero la admitimos. Eso es porque prevalece antes la ayuda al superviviente que el que te caiga bien o no alguien. A ti también te acogimos cuando apareciste por primera vez. Cuando nos quedamos sin nuestra gente vosotros fuisteis a lo vuestro sin más.

—Si en aquel momento hubieseis dicho que nos necesitabais nos hubiéramos replanteado el irnos, al menos durante un tiempo. Pero no dijisteis nada. ¿No crees que ya somos mayorcitos para no decir las cosas claras? Admito que fuimos poco hábiles en aquel momento, pero admite tú también algo de auto crítica porque no todos los errores los cometimos nosotros.

Sandra se levantó y dijo algo de ir al baño. Su carácter la impedía reconocer nada.

Alberto bajó corriendo.

—¡Ya están aquí!

SEÑOR R

Tomamos las armas, nos pusimos los cascos y nos acercamos a la ventana que daba al patio. Alberto subió de nuevo a la azotea. Le dije que no disparase hasta asegurarnos de que aquellos soldados iban a atacarnos. Si se habían dejado ver era porque, al menos de momento, no pensaban hacerlo.

Detrás de la puerta de la verja estaba el Humvee con el lanzador de misiles acoplado. Lo habían puesto allí a propósito para darnos miedo. Y lo consiguieron.

Del vehículo bajaron los tres hombres. *Uno,* que era el que había conducido, se adelantó unos pasos, mirando al edificio. Parecía que lo estaba inspeccionando, como si buscara puntos débiles. Cristian estaba a su lado, con el fusil de asalto terciado hacia abajo al estilo militar. Pablo, muy inquieto, estaba al otro lado de *Uno,* tomando el fusil con poco estilo. Este no tenía pinta de querer meterse en aquel lío. Creo que se daba cuenta de que esa vez había un peligro bien real de que algo pasase y acabara mal.

Uno sacó del Humvee un trozo de tela de color blanco y lo prendió en el cañón de su fusil de asalto. Estaba solicitando una reunión con nosotros. Me acerqué al hueco de la escalera que daba al ático y llamé a gritos a Alberto. Este se asomó.

—Alberto, voy a bajar a hablar con ese tipo. Estate atento a cualquier cosa, pero no dispares si ellos no lo hacen primero.

Alberto asintió y volvió a su puesto. Le dije a Sandra que como yo había tratado con *Uno* era mejor que yo bajase a hablar con él. También la insté a que sacara a Paula de la habitación para enseñarla por la ventana en un momento dado. *Uno* exigiría verla para comprobar si estaba viva.

Según bajaba por la escalera me sorprendí al pensar en lo que había cambiado mi carácter. En aquel momento parecía un verdadero líder, un tipo que sabía lo que hacía. Supuse que era verdad en que algo había cambiado en mí desde aquellos días en la oficina donde trabajaba. Ahora pensaba en aquella época y me costaba reconocer mi pusilanimidad. También estaba lejos de ser un héroe y todavía pensaba que la mejor manera de resolver aquella situación era tratar de hablar con *Uno* y ser diplomático. Una actitud hostil podría desencadenar una masacre.

Salí al patio y me quedé esperando a mitad de camino de la verja. Quería que *Uno* se acercase a nuestro terreno, que incluso avistase en la azotea el cañón del *M24* de Alberto. Que supiese que él tendría un lanzador de misiles y fuegos artificiales de todas clases. Pero que se le quedara bien claro que nosotros podíamos ser también muy peligrosos.

Uno avanzó en solitario, con gesto altanero y sin armas visibles salvo el fusil sin cargador que llevaba como mástil para el trapo blanco. También saqué el cargador aunque no me desprendí de la pistola.

—Vayamos al grano —dijo *Uno* con una profunda mirada de desprecio—. Pero antes de empezar a hablar quiero que me muestres a Paula.

Según su punto de vista él me había dado su confianza y yo le había traicionado. No deseaba hablar de ello porque no estaba acostumbrado a que algo que había ideado él hubiera salido mal.

Hice un gesto hacia la ventana y a los pocos segundos apareció Sandra sujetando a Paula.

—Bien, está viva —masculló *Uno*—. Eso evitará que os mate lentamente. Moriréis como soldados, no como alimañas.

—Oye *Uno*. Ya sé que no estás acostumbrado a que te lleven la contraria, o que te digan las

verdades a la cara, pero me veo en la obligación de decirte que harías mejor en abrir los ojos a la realidad. De que ni vosotros, ni nosotros, somos soldados y que no estamos en guerra. Creo que sería más provechoso para todos si nos mantuviésemos en paz.

—¿Es todo lo que tienes que decir? —preguntó con total indiferencia—. Estas son las condiciones: dejáis libre a Paula y os entregáis. Prometo que no se os hará ningún daño y que viviréis, pero bajo nuestra protección.

—¿Y si no aceptamos? Tenemos a Paula con nosotros y no hace falta que te diga que cualquier intento por vuestra parte de atacarnos tendrá sus consecuencias.

Uno me miró. Luego posó sus ojos en la ventana donde estaba Paula, contemplándola sin ninguna muestra aparente de que sintiera algo por ella.

—Es una buena soldado. Comprenderá que no podemos aceptar un chantaje. Si no aceptáis mi generosa proposición os mataremos.

—¿Estás dispuesto a sacrificar a Paula por seguir con esta locura?

Uno asintió sin mostrar ningún sentimiento. Era inútil hablar con aquella máquina sin cerebro. ¿Cómo iba a hablar con alguien que se hacía llamar de aquella ridícula manera? Quizás sabía que no íbamos a matar a Paula, ya que era un farol. No éramos asesinos y sabíamos que no conduciría a nada. Pero es posible que le diera igual.

—Haced lo que queráis —dije—. No pensamos entregarnos a una panda de mafiosos como vosotros. Si estás pensando en disparar tus misiles quiero que sepas que allí dentro está la única mujer de tu grupo. Aunque por lo visto al único que le va a importar eso es a Cristian que se va a quedar sin amante.

Mencioné a este para ver la reacción de *Uno*. Si conseguía cabrearle es posible que entre él y el joven hubiese alguna confrontación y acabaran a tiros. Pero *Uno* no dijo nada ni hizo gesto alguno que indicara sorpresa. Para él, era una estratagema.

Nos dimos la vuelta, cada uno a su lado. Subí las escaleras y les conté a Sandra y a Alberto lo ocurrido. Se mostraron muy preocupados.

—Debemos alejarnos de aquí. Ese tipo sabe dónde estamos y es capaz de lanzarnos un misil.

—Vamos más hacia el interior del edificio —recomendó Sandra—. Si dispara un misil arrasará la parte de delante.

—Yo vuelvo arriba —dijo Alberto—. Desde allí podré disparar mejor y espero alcanzar al que se ponga en la torreta lanzadora de misiles.

—¿Para qué va a servir tu abnegado sacrificio? —pregunté a Paula, que estaba muy tranquila—. *Uno* va a atacar sin importarle que estés viva. Le importas una mierda.

—Hace bien —replicó Paula muy altiva—. Un soldado que cae prisionero no puede ser moneda de canje que comprometa a sus compañeros.

Hablar con ella era perder el tiempo.

Uno y sus hombres no atacaron en ese momento. El Humvee desapareció de nuevo y todo volvió a quedar sumido en la tranquilidad. Sabíamos que atacaría, pero aquel día no. Estábamos demasiado alerta y *Uno* no era de los que atacaban como los de la carga de la caballería ligera.

Nos esperaban unas horas muy tensas. Empecé a rogar que Sara y los demás no llegaran a tiempo. Se expondrían a una muerte segura porque no podrían hacer nada contra aquellos locos. De

hecho, no sabía ni que existían.

La primera noche fue la menos tensa, porque sabíamos que no intentarían nada. Estábamos demasiado prevenidos, demasiado despiertos, por lo que solo quedó uno de nosotros de guardia por rotación.

La mañana no deparó tampoco ninguna novedad. Creíamos que de día no se atreverían a hacer un ataque porque a plena luz estaban más expuestos. Si iba a haber un ataque este sería nocturno. Al menos yo lo hubiera hecho así.

Por eso aquella segunda noche fuimos dos los que hicimos guardia. Uno arriba, en la azotea y otro en la parte de abajo. Aunque la oscuridad era casi total. Al no haber ni siquiera luna era el mejor momento que los soldados podían aprovechar para atacar. Tenían visores nocturnos que acoplaban a sus cascos, les sería fácil acercarse sin que los viéramos.

Pero no vinieron. ¿A qué estaban jugando? Alberto insinuó que estaban tratando de ponernos nerviosos. Que no descansáramos para que cuando llegara el ataque definitivo, nos cogieran con la guardia baja.

Sandra, para no variar, estaba de un humor de perros. No dormía bien y eso acentuaba su ya de por sí mal carácter. Continuamente molestaba a Paula para que esta tampoco descansase. En realidad, aquello era una forma muy antigua de tortura, sólo que esta vez no lo hacía para averiguar alguna información, sino por joder.

Me acerqué a Alberto, que estaba bastante tranquilo. Aquella situación parecía gustarle. Sería como ir de caza, aunque en este caso nosotros éramos las presas.

—Oye, Alberto. ¿Crees que sería buena idea que esta noche, si sigue así de tranquila, me acercase a ver si soy yo quien los toma por sorpresa?

—Eso es una temeridad. No tenemos visores como ellos. Lo mismo están ahí, a pocos metros, y ni los verías. Y ellos a ti sí. Te matarían, o te harían prisionero, dejándonos en malas condiciones a nosotros. Ni lo intentes.

—Pero hay que hacer algo.

—Lo único que podemos hacer es esperar aquí —sugirió Alberto—. Sólo en este edificio tenemos alguna posibilidad contra ellos.

—Ya, pero...

Sonó entonces una tremenda explosión en la parte delantera del edificio donde estábamos. Desde arriba cayeron multitud de paneles del falso techo y temblaron las paredes.

Habían disparado un misil.

Nos acercamos a la zona. Alberto subió en seguida a la azotea a por el fusil de tirador. Sandra y yo nos quedamos impresionados por el tremendo boquete que había dejado aquella explosión. Aún con mucha polvareda distinguimos que toda la parte delantera de los cuatro pisos estaba abierta. Era como si hubieran hecho un gigantesco tajo con un cuchillo colosal. El suelo estaba lleno de escombros. Para nuestro espanto, había quedado una montaña de hormigón y vigas derruidas. Era una estupenda pasarela donde poder colarse a nuestro fortín.

Empezaron a dispararnos, por lo que tuvimos que ocultarnos con premura. Estaban haciendo fuego de cobertura para ir avanzando poco a poco hacia nuestras posiciones. Si no respondíamos de inmediato terminarían colándose y lanzarnos granadas o cualquier otra cosa.

SEÑOR R

—¡Ponte la máscara! —ordené a Sandra.

Esta obedeció sin rechistar. Estaba temblando todavía por la impresión de la explosión.

Oí como Alberto empezó a disparar desde la azotea. Aquello los contendría algo. Me acerqué a la esquina para poder asomarme por el enorme boquete y observar la situación.

Estaban atacando de día. No me lo podía creer. Supongo que no eran tan buenos como se creían o de lo contrario hubieran preferido la noche. Aunque así sabían que estábamos menos alerta, lo cual fue cierto. De todos modos, si lográbamos contenerlos no podrían hacer nada. Teníamos que resistir lo que hiciese falta.

Les quedaba un misil. Una vez abierto el boquete lo podían lanzar al interior y llegar a derrumbar el edificio entero. Supusimos que si no lo hicieron fue para no cargarse a Paula. Pero sabía que si las cosas no les iban bien les importaría bien poco dispararlo, al menos a *Uno*.

Miré con cuidado. A través del agujero se veía el patio del instituto. Había mucho polvo y creí percibir a alguien moverse por entre los escombros. Decidí disparar a bulto, para que supiesen que iban a tenerlo difícil.

Vacié el cargador sin saber adónde disparaba. Sandra se acercó y con grandes muestras de valor se expuso para ponerse al otro lado. Así no nos destrozarían a ambos si lanzaban una granada.

¿Cómo era posible que estuviéramos pegándonos tiros como en una película de guerra, en vez de estar en una casa en la montaña o en la playa, viviendo en un mundo lleno de posibilidades? Maldita Humanidad, lo único que sabía hacer era matarse los unos a los otros.

Escuché como Cristian gritaba algo. Estaba cerca y por lo tanto debía haber logrado esquivar la puntería de Alberto. Como no tenía nada que perder decidí hacer guerra psicológica.

—¡Cristian! ¿Me oyes?

Sandra me miró extrañada. Le hice un gesto de espera. Volví a gritar el nombre del chaval.

—¿Qué coño quieres? —contestó este demasiado cerca.

Tanto jactarse y ni siquiera era un buen soldado. *Uno* no habría contestado, habría seguido avanzando y disparando. Pero aquel chaval tampoco sabía lo que estaba haciendo. Supuse que esperaba que dijese que nos rendíamos para terminar de una vez.

—Paula está bien. Está aquí y quiere verte.

—¡Vete a la mierda!

—Me ha dicho que está enamorada de ti, como tú de ella. Pero *Uno* va a acabar con todos nosotros aunque le cueste la vida a tu chica.

Dije aquello para que Cristian viese lo que estaba en juego. Aunque no recibí contestación alguna. Sandra volvió a cruzar a mi posición.

—Voy a traer a la zorra esa a ver si se acojonan un poco.

Me quedé allí solo. Ya no se oían los regulares disparos de Alberto. ¿Le habrían alcanzado? ¿Habría matado este a todos? No lo creía. Cristian había pasado y desde su situación no podía ser alcanzado por el fusil de Alberto.

Empecé a inquietarme. Tenía todas las de perder. Me enfurecí. Tantas cosas que había logrado soportar durante aquellos meses, para acabar siendo acribillado a balazos por unos lunáticos. No era justo.

Al cabo de unos minutos Sandra regresó con Paula. Esta estaba muy alicaída. Debía empezar a

pensar que aquello era posible que terminase mal. Aunque también era posible que estuviese así porque Sandra la había estado molestando toda la noche para que no durmiese.

"Menudo par de zorras —me dije— parecen hermanas gemelas".

—¡Cristian, tengo aquí a Paula! —grité de nuevo—. ¡Es la última oportunidad que tenéis de poder vivir juntos como os dé la gana! ¡La de ser feliz al lado de una chica! ¡Si ella muere sólo te quedará la compañía de ese loco de *Uno* y de Pablo! ¿De verdad vas a aguantar tanta mierda por culpa de un tío que se cree un general? ¿Tan estúpido eres?

Insté a Paula para que dijera algo, pero esta se negó mirándome con desprecio. Sandra, mucho menos diplomática, la soltó un culatazo con su fusil. Paula gritó unas cuantas obscenidades. Al menos eso sirvió para que se dieran cuenta de que todo lo que lanzasen, a partir de ese momento, tendría también a Paula como víctima.

—¡No vamos a hacer daño a tu chica, Cristian! ¡Pero si nos lanzáis una granada u otra cosa ella morirá con nosotros! ¿Estás dispuesto a ello?

Entonces oí el característico motor del Humvee. Alguien lo estaba moviendo al interior del patio. Oí como Alberto empezaba a disparar de nuevo. Varias ráfagas ametrallaron la azotea y los disparos dejaron de oírse. Sandra y yo nos miramos con gesto grave. Era más que evidente que pensaban lanzarnos el último misil.

—¡Cristian, joder! —grité muy nervioso—. ¡Si lanzan ese misil vamos a morir todos! ¡Paula va a morir y tú te quedarás de lame culos de *Uno* para el resto de tu vida, haciéndote pajas en la tienda de campaña!

Sandra me dijo que dejara aquello porque no serviría de nada. Teníamos que escapar de allí.

—Ve hacia el interior e intenta escapar como puedas —dije dándome cuenta de que ella tenía razón—. Yo voy detrás, cubriéndote.

No sabía si sobreviviríamos a un impacto que diese de lleno en el interior. Si no nos alcanzaba la onda expansiva lo harían las miles de toneladas de escombros que nos sepultarían.

Lo único que lamentaba era que iba a morir sin volver a ver de nuevo a Sara.

Era en lo único que pensaba. En ella.

Comencé a andar detrás de las dos mujeres por aquel largo pasillo, intentando llegar al acceso del siguiente edificio para atrincherarnos allí de nuevo o sucumbir. No disponíamos de más cargadores que los que llevábamos porque los demás los habíamos dejado atrás.

Sin embargo, no oímos el siseo del misil al ser lanzado tal y como esperábamos. Empezamos a escuchar los disparos de un fusil de asalto. Varias ráfagas. Luego hubo un silencio seguido de dos disparos más. Y eso fue todo.

Me detuve mientras las chicas seguían corriendo. ¿Habría disparado Alberto desde otra parte y los había tomado por los flancos, tal y como recomendaba el buen manual de la táctica militar?

Aún a riesgo de meterme en la boca del lobo volví sobre mis pasos y regresé a la esquina. Preparé el fusil. Esperaba encontrarme con alguno de ellos subiendo hasta allí por la escombrera. Eché un vistazo. Podía observar parte del techo del Humvee y su torreta lanzadora de misiles. La curiosidad me pudo y avancé a rastras. Revolcándome en el polvo y en los miles de trocitos de pared que había desperdigados por todas partes. Según me acercaba iba distinguiendo más partes del coche militar. Puse percibir claramente que en la torreta había alguien inerte, tumbado boca

abajo en el lanzador de misiles. Un chorro de sangre caía por la estructura hacia el interior del vehículo. Si Alberto había logrado alcanzarlo antes de que disparase había sido sin duda un gran disparo.

—¡Me rindo! —gritó de pronto Cristian, que estaba justo debajo de mí. Casi me dio un vuelco al corazón al oírle. Puso haberme disparado si hubiera querido.

Este tenía las manos levantadas detrás de la cabeza. Su fusil estaba apartado a varios metros, al igual que una pistola y varios cuchillos. Se había armado bien.

Le apunté y miré hacia la torreta. Era *Uno* quien estaba allí muerto.

—¿Dónde está Pablo? —pregunté mirando alrededor.

—Se largó al principio del ataque —explicó Cristian en un hilo de voz—. Desertó sin pegar un solo tiro, el muy cobarde.

Por detrás de Cristian apareció Alberto con su fusil de asalto, y le obligó a arrodillarse. Tenía sangre en la cara.

—¿Estás bien, Alberto?

—No te preocupes, es sólo una esquirla que me saltó cuando estos capullos dispararon a la azotea. Nada grave. Baja tranquilo, este ya no puede moverse.

Alberto le había puesto una brida de plástico en las muñecas y lo había dejado de rodillas.

—Joder, eres un *crack*, Alberto —lo felicité dándole una palmada en el hombro—. Ni Bruce Willis en sus películas lo habría hecho tan bien.

—Gracias, pero no he hecho nada especial. Este capullo se ha rendido él solo.

—Lo digo por acabar con *Uno*, le has dejado frito justo antes de que nos lanzase el pepino.

—Yo no lo he matado. Ha sido este.

Miré sorprendido a Cristian. Al final se había impuesto el amor y la cordura. No me lo podía creer. Mi guerra psicológica había funcionado.

Llamé a Sandra a gritos para que bajase. Al rato vino esta con Paula. Llevaba una botella de agua que había encontrado en la cocina. Nos la pasó, gesto que agradecimos porque estábamos secos por los nervios y el esfuerzo. Nos quitamos los cascos, máscaras y chalecos para derrumbarnos a continuación en el suelo. Cristian y Paula estaban maniatados y juntos en un rincón. Estaban tristes porque no sabían lo que les pasaría. Se temían lo peor después de aquello, así que no se atrevieron a decir nada. Era el amargo sabor de la derrota.

Me acerqué a ellos con lo que quedaba de agua. Ambos dieron un sorbo y volvieron a fijar la vista al suelo.

—Al final parece que el chico nos ha hecho todo el trabajo —dijo Alberto mientras lo miraba.

—Si, pero no podemos olvidar que esos desgraciados han estado a punto de matarnos —puntualizó Sandra.

Paula, visiblemente enfadada, susurraba algo haciendo que Cristian comenzase a sollozar, intentando contenerse para que no lo notáramos.

—Son jóvenes —aseveré—, superarán esto y volverán a ser personas normales, si es que se puede ser normal en este mundo.

—¡No irás a dejarlos libres! —exclamó Sandra, poniéndose en pie.

Me dieron ganas de sentarla a empujones. Era una borde y una estúpida cría que no sabía más

que gritar y encararse con todos.

—¿Vas hacer lo mismo que a Elisa? No han matado a nadie y sólo se les puede reprochar el intento. Dejemos que se larguen desarmados. Que se vayan adonde les dé la gana. No creo que vuelvan a molestarnos. Míralos, ahora sólo se tienen a ellos mismos. Se quieren y no tardarán en pensar en tener un futuro juntos.

—Desde luego parece que vives en *Disneylandia* —me reprochó Sandra volviéndose a sentar.

Quise levantarme y darla dos gritos, para desahogarme de una vez por todas con ella. Para decirle que era una mierda de persona. Pero no lo hice. Sólo dije:

—Quizás deberías abrir más el corazón que la boca.

***

Durante los siguientes días nos pusimos a preparar las cosas que quedaban todavía servibles. La explosión del misil se había llevado por delante mucho material que los del instituto querían haberse llevado cuando Matías hubiera regresado. Se pudo salvar, eso sí, muchas provisiones, medicinas, material médico y herramientas. Pero se perdieron gran cantidad de utensilios que hubiesen venido bien para establecerse en otro lugar.

Tampoco desesperaron. Estábamos vivos después de habernos enfrentado con unos locos y eso siempre elevaba el ánimo. Al menos eso nos pasó a mí y a Alberto. Esto nos había unido definitivamente y nos tratábamos ya como buenos amigos.

Sandra era otro cantar. No me atreví a decirle a Alberto qué veía en esa chica, a parte de un buen físico. Aunque supuse que con eso bastaba para tenerlo atontado.

Dejamos ir a Cristian y a Paula. Les dimos una mochila, con unas pocas provisiones y algunos objetos básicos de supervivencia como linternas, cerillas y un machete hasta que encontrasen algo más.

Estaban muy serios, casi avergonzados. Parecía que habían despertado de aquella alucinación que había sido el paso por el campamento de *Uno*.

Alberto me comentó que le había oído decir al chico que era mejor permanecer con nosotros. Paula se negó en redondo y dijo que ella se iba, porque no se fiaba de nosotros tras lo que habían intentado con el ataque, aunque comprendería que él se quedase. Lógicamente, terminó por irse con ella. Salieron bien temprano sin decir ni una palabra, tanto ellos como nosotros. Sandra nos reprochó aquella solución y dijo que esperaba que en el futuro no nos arrepintiésemos de haberlos dejado libres.

De Pablo no supimos nada. Cristian sólo mencionó con amargura que le había visto dar media vuelta justo después de la explosión del misil, cuando Alberto empezó a disparar. Se debió atemorizar tanto que decidió desertar del grupo. Sin embargo, Pablo era incapaz de sobrevivir solo. Él mismo lo había dicho.

—Quien sabe —dije encogiendo los hombros—, yo también era un inútil cuando salí de mi casa hace ocho meses y ahora he sobrevivido a un ataque con misiles.

—Matías y las chicas ya deberían haber regresado —advirtió Alberto aquella noche, mientras cenábamos en la sala de actos, en el edificio intacto.

—Eso pensaba yo. No se tarda tanto tiempo, ni siquiera en barco.

—Es posible que se les acabase la gasolina del pesquero y tuvieran que ir a otro puerto. No te preocupes Miguel, seguro que están bien —dijo Alberto al ver mi semblante serio. Se arrepintió de haber sacado el tema.

—Seguro. Lo que pasa es que llevo ya casi tres meses sin ver a Sara y empiezo a temer que no la voy a ver nunca más. Parece como si el destino me impidiera acercarme a ella.

—No te pongas místico, hombre —dijo Alberto con una sonrisa, intentando quitar hierro al asunto—. Ya verás cómo un día de estos, cuando menos te lo esperes, la verás entrando por la verja.

Miré a Alberto con una sonrisa algo forzada. Este se dio cuenta y bajó la mirada mientras seguía masticando su comida.

Sandra entró en aquel momento. Venía con el chaleco y el uniforme negro de la policía, con el fusil colgando y la pistola en su funda. Había salido a hacer la ronda, como hacíamos todas las noches desde que se fueron Cristian y Paula. Yo no lo creía necesario pero ella insistió tanto que, cada día, le tocaba a uno de nosotros salir por las calles de los alrededores, para asegurarnos de que no se encontraban por allí agazapados o preparando un ataque nocturno.

—Nada —informó respondiendo a nuestras inquisitivas miradas.

Se sentó sin quitarse nada y se sirvió una lata de sardinas con unos tomates. Bebió un largo trago de agua y empezó a comer sin decir nada más. Alberto la miraba fascinado. Realmente, Sandra estaba muy guapa, aún vestida con aquella guisa. El pobre estaba muy enamorado de ella pero esta no sentía lo mismo.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar esperando? —inquirió Sandra de pronto. Por el tono de su voz parecía de nuevo enfadada.

—Yo esperaré lo que haga falta, tú puedes hacer lo que te dé la gana —dije molesto por la pregunta.

—No te preguntaba a ti, listo. Contigo no se puede planear nada, porque ya sabemos que vas a tu bola. Cuando aparezca tu mujercita te irás con ella sin mirarnos, como hiciste la última vez.

—Creo que debemos esperar más tiempo, Sandra —sugirió Alberto.

—¿Esperar a qué? —Sandra elevó un poco el tono—. Si no han venido ya es porque no pueden. Este dice que se queda aquí, pues que espere lo que quiera, nosotros no tenemos por qué hacerlo.

—No podemos irnos sin saber si están bien o no —insistió Alberto—. Ana y Matías han estado con nosotros mucho tiempo, no podemos hacerles eso.

—¿Sabes qué te digo? Que muy bien. ¡Quédate con este si quieres, yo me largo mañana mismo!

Alberto se quedó pasmado, con los ojos muy abiertos como tratando de asimilar aquella exagerada reacción.

—Sandra, ¿se puede saber qué coño te pasa?

—¡Estoy harta de este lugar y necesito irme! Pienso largarme mañana mismo, contigo o sin ti. Me da igual.

Alberto escuchó aquello último como si le hubieran propinado un puñetazo en el estómago. Intenté tranquilizarlo pero este se apartó. Se levantó dispuesto a irse a dormir para no seguir escuchando palabras hirientes.

—Si quieres irte, vete. Yo me quedo —dijo antes de salir por la puerta.

Sandra y yo nos quedamos allí, uno en frente del otro. Ella seguía comiendo sin levantar la vista

del plato. Masticando la comida y los pensamientos. Así no veía mi mirada de profundo desprecio. Me levanté dispuesto a largarme de allí. No quería seguir al lado de una persona así.

—La culpa de todo la tienes tú —espetó cuando pasé por su lado—. Desde que llegaste todo ha ido a peor.

—No, Sandra. La culpa de ser como eres sólo la tienes tú. Has sido una niñata toda tu vida y cuando murió Fernando has creído que la única manera de hacerte oír era gritando. No voy a perder más el tiempo hablando contigo. No sale más que mierda de tu boca.

Me fui. Sandra me gritó algo. Nada amable, supuse, pero ya no la escuchaba. Únicamente pensaba en qué demonios les había pasado a Matías, Ana y Sara.

Al día siguiente Sandra apareció en el patio donde Alberto y yo conversábamos. Llevaba ropa cómoda con una gran mochila a la espalda. Su fusil de asalto lo tenía preparado terciado en el pecho, con el cañón mirando al suelo.

—Me largo —anunció—. No hace falta que digáis nada. Sólo discutiríamos y no me quiero ir encabronada. Alberto, me voy hacia el sur, a Cádiz. Allí pasé muchas vacaciones y lo conozco bien. Espero llegar antes de que venga el invierno. En el norte hará mucho frío y a mí me gusta el sol.

—Espero que no tengas problemas. Es una lástima que te vayas, pero no puedo hacer nada para impedirlo. Sabes que me gustas. Quizás si te quedaras...

—No hables, Alberto. Déjalo estar.

Se dieron un abrazo. Yo me quedé al margen, algo incómodo con la situación. Lo sentía por Alberto, que ahora se quedaría triste. Y ya seríamos dos en la misma situación. Pero por otra parte me alegraba de que se fuera. No se podía convivir con alguien como ella.

A mí ni me miró al pasar y eso que estaba dispuesto a decirle adiós e incluso desearle buena suerte.

A los pocos minutos de irse Alberto me miró, bastante entero y como si no hubiera pasado nada.

—Creo que he hecho bien quedándome. No hubiera conseguido jamás que me quisiera y sólo me daría quebraderos de cabeza.

—Eso es verdad. De todos modos, aún queda Ana. Es una chica muy maja.

—Pero es un poco rara. Es muy liberal. Aunque físicamente me atrae no tenemos nunca nada de qué hablar, porque somos muy distintos en nuestros gustos y aficiones. De todas maneras, dadas las circunstancias no me importaría intentarlo.

Nos quedamos hablando un rato más. A pesar de que celebraba la marcha de Sandra nos sentimos muy solos aquel día.

***

Alberto me miró pero sin atreverse a decírmelo. Pero no hacía falta. Estábamos a finales de octubre y algo había debido pasar para que Matías, Ana y mi Sara no hubieran regresado. No podía dormir por las noches pensando en ello, dando vueltas en la cama. Vivía en un tormento continuo en el que a veces me asaltaba tal ansia que me entraban ganas de vomitar. Mi cuerpo solicitaba un poco de oxicodona para sobrellevar aquello. Y si no hacía algo acabaría por doblegarme a ella de nuevo.

Así que aquella mañana le conté mis planes a Alberto. Iba a ir a buscarlos. No podía quedarme

allí sentado esperando sumido en un mar de dudas.

—En teoría vienen por mar. ¿Cómo los vas a encontrar? —Alberto intentaba hacerme entrar en razón.

—A lo mejor no han podido salir de Llanes por alguna razón. Mira Alberto, no lo sé, pero yo me voy. Si regresan te verán y les contarás adónde he ido.

—Y volveremos a las mismas. Luego esperaremos a que vuelvas y al final seguro que Sara sale de nuevo a buscarte y así hasta el infinito.

—Aún así, me iré —afirmé.

Alberto, que no era muy amigo de hablar cuando ya estaba todo dicho, se dio por rendido.

—Me voy contigo. Aquí tampoco haría nada. Podemos dejar una pintada en la pared poniendo que hemos ido a Llanes, y una nota en el interior, por si acaso. Si vienen lo verán, pero no me apetece quedarme solo. Me he acostumbrado a tener compañía y creo que entre estas paredes me empezaría a volver loco. Yo tampoco quiero ponerme a pensar. Lo haría con la familia que perdí y eso no podría resistirlo.

—De acuerdo —accedí—, por mi no hay problema. Esta tarde hago la pintada lo más grande posible y haremos las mochilas. Pero antes de nada voy a ir con el Humvee a buscar mi Renault 4 que aquellos locos me hicieron abandonar. No tardaré mucho, lo dejamos cerca de Santander.

—¿Por qué no nos llevamos mejor el Humvee?

—Es demasiado enorme y consume tanto que hay que llenar su depósito cada dos por tres. No me seduce la idea de estar con la garrafa cada dos por tres. El Renault es un mechero, anda lo que quieras y se mete por todas partes. Ya verás.

Alberto no se quedó muy convencido pero no dijo nada.

A pesar de los muchos días que habían pasado el Renault 4 arrancó a la primera. Dejé allí el Humvee y volví a Santander. También estaba en el interior mi anterior mochila y mi fusil de asalto. Me dirigí a la zona de los muelles, donde *Uno* y los suyos habían dejado el camión militar. Lo mismo encontraba algo que nos sirviera.

Hallé muchísimas raciones de combate del Ejército, cargadores y munición para el *M24*. Lo metí todo en el coche. Justo cuando iba a irme me acordé de la tienda de campaña de *Uno*, que estaba todavía allí instalada. Me pudo la curiosidad y entré en ella.

Al principio no observé nada especial. Había varias pistolas, cargadores, alguna brújula, mapas cartográficos y unos prismáticos. Nada fuera de lo normal que esperaba ver. Al mirar debajo de unas cajas de munición hallé una cajita metálica sin cerradura. Si no hubiera mirado bien no la habría encontrado nunca. Al abrirla encontré varias medallas religiosas, un par de dientecitos de leche, que supuse serían de algún crío de *Uno*, y unas cuantas fotografías. Me sorprendí mucho al ver a este en aquella época feliz, en la que no había problemas de pandemias, riendo y posando la mayoría de las veces con un pequeño niño que debió ser su hijo. En otras instantáneas aparecía vestido de uniforme... ¡De vigilante jurado!

Aquello sí que fue una sorpresa porque creí, y todos los demás también lo supusieron, que *Uno* había sido antes un militar o policía. Pero resultó que no, que había sido sólo un vigilante de seguridad de algún centro comercial o de alguna obra.

“Todos perdimos a alguien en la pandemia, —pensé—. ¿Por qué se te fue tanto la cabeza *Uno*?

¿No superaste la muerte de tu hijo? ¿Perseguías a los supervivientes solitarios porque creías que así te redimirías de un oscuro pasado? ¿Mataron a tu niño, durante el caos de los últimos días, y no pudiste hacer nada?"

No había que darle más vueltas. Pasó y punto.

Dejé todo en la cajita y la deposité con cuidado en el mismo lugar. A pesar de que *Uno* y sus chicos casi nos habían matado no podía tener odio a alguien que guardaba esas cosas. Eso demostraba que, en el fondo, *Uno* había tenido corazón. Pensé en que yo mismo podía acabar también así si no descubría el paradero de Sara. En aquel nuevo mundo, era muy fácil perder la razón y dejarse llevar por los instintos.

Demasiado fácil.

***

En realidad Llanes no estaba muy lejos de Santander. En circunstancias normales no hubiéramos tardado ni hora y media. Pero aquello estaba lejos de ser una circunstancia normal y viajábamos por carreteras atestadas No pudimos avanzar mucho por la Autovía debido al conocido colapso de siempre, así que viajamos por las locales y comarcales. Eso era más tedioso y largo, pero nos asegurábamos poder seguir avanzando en coche.

En el instituto de Santander había hecho el mayor y único grafiti de mi vida. Era imposible no verlo. Si Sara, Ana o Matías llegaban leerían el mensaje: "Hemos ido a Llanes". No era largo porque cada letra ocupaba dos metros de largo y de ancho. Sus buenas cuatro horas nos costaron pintarlo. Siguiendo el consejo de Alberto escribí una nota contando más detalles, que dejamos en la entrada del edificio en un lugar visible, aunque metida en una botella para evitar que la humedad o los insectos acabasen con ella. Expliqué el por qué estaba el edificio del este casi derruido, la separación de Sandra y nuestra decisión de ir a Llanes. También puse que, en caso de leerlo, se quedasen allí hasta nuestro regreso. Y que, si en un mes no estábamos de vuelta, es que nos había pasado algo y que seguramente estaríamos muertos.

Durante el viaje hablé mucho con Alberto. Al principio de asuntos del instituto para pasar a cosas más personales. Se notaba que quería hablar, lo necesitaba. Me contó que había sido informático en Madrid. Y bastante bueno. Ganó dinero a espuertas y se compró una vivienda en el Barrio de Salamanca, en un hermoso y amplio piso, junto con su mujer y sus dos hijos pequeños.

Le dije que no hacía falta que recordase aquellos terribles días, pero él insistió. Por primera vez se sentía con ganas de hacerlo. Esperaba que hablando con alguien se le exorcizaran los fantasmas que llevaba dentro.

—Nunca olvidaré el día que todo se fue al garete —empezó a relatar—. Llegué de la calle, de intentar encontrar ayuda para mis niños y mi mujer, que tenían muestras más que evidentes de que estaban enfermos. Todo era un caos. La gente intentaba salir de Madrid, porque había rumores de que en las ciudades la enfermedad se propagaba más fácilmente y era más virulenta. Pero llegó un momento en que era imposible salir con el coche. Todas las carreteras, incluidas las de las calles, estaban atestadas de vehículos. Además, el Ejército había tomado el control, o más bien, el descontrol. No era raro escuchar tiros por todas partes.

» Yo estaba acojonado, no te voy a mentir. Sobrepasado. Era una situación que nadie se espera.

Joder, la semana anterior habíamos estado en la playa, en Fuerteventura, gozando del agua y del sol. Mis niños y mi mujer habían estado tan vitales y en ese momento..., estaban casi muertos. No podía hacer nada porque todo el mundo estaba igual. No había ningún sitio adónde acudir. No había vacunas, no había ayuda, nada..., sólo podía verlos morir. ¿Sabes lo que es ver morir a un hijo? Es lo peor que te puede pasar en la vida. Lo peor.

» Al pánico inicial le siguió la barbarie. Todavía había gente que creía que si robaba luego podía aprovechar ese botín cuando los curasen, quien tuviese que hacerlo. Los disparos sonaban a todas horas y muy cerca. Gritos, peleas, altercados, saqueos... Empecé a temer lo peor y encerré a mi familia en una habitación interior. Saqué mis escopetas de caza y me dispuse a defenderlos.

» No tardaron en llegar los primeros saqueadores. El barrio era bueno y sabían que allí había dinero. Ya ves, pensando todavía en esas cosas. Pero no esperaban que alguien les hiciese frente. Y yo..., me volví loco. Eran muchos, no me acuerdo. Todos gritaban que me iban a matar a mí y a mis hijos. Que iban a violar a mi mujer... Disparé, volví a disparar, cargué, disparé y volví a cargar. Estaba cegado por el odio y la rabia. Aquella gentuza no haría daño a mi familia. Cuando se acabaron los cartuchos tomé la escopeta, como si fuera un bate de béisbol, y golpeé. Noté cómo la sangre salpicaba mi cara, cómo la culata se hundía en sus sesos..., pero no paré, gritando y golpeando. Era un animal.

» En un momento dado recuperé la cordura. A mi alrededor había un montón de cadáveres, ninguno iba armado más que con navajas. Eran unos saqueadores muy jóvenes, adolescentes. Miré mis manos, llenas de sangre ajena. Había matado a unos chicos, pero había salvado a mi familia. Al darme la vuelta vi a mi hijo mayor, Luis, de sólo cuatro años que, enfermo ya terminal, había visto como había matado a toda esa gente. Había visto a su padre como un asesino, como un monstruo. Y yo cubierto de sangre y restos de cerebros que me habían salpicado.

» Luis se asustó y corrió llorando a la habitación. Fui detrás, intentando consolarle y decirle que no tuviera miedo, que era papá..., era papá. Mi mujer acababa de morir. Se quedó en un rincón sentada y allí murió. Mi otro hijo, de apenas un año, agonizaba junto a ella, en sus brazos inertes.

» Me metí en el baño y limpié como pude aquellos restos. Luego salí afuera y llorando abracé a mis pequeños. Les empecé a susurrar la nana que les solía cantar todas las noches, desde que nacieron. Para que durmieran y olvidaran todo lo malo.

Nana del elefante
que está durmiendo...
como sueña que vuela
duerme sonriendo...

» Al día siguiente me desperté y dejé el cuerpo sin vida de Luis en la cama, al lado del de su madre y de su hermano, que había muerto al principio de la noche. Los tapé con la colcha y salí de la habitación, del piso, del edificio, del barrio y de Madrid. El resto, ya lo conoces.

Nos quedamos en silencio. No sabía qué decir. ¿Qué se puede añadir después de escuchar aquello? ¿Cómo se puede consolar a un padre que ha perdido a sus hijos, o a un esposo que ha perdido a su mujer? Un respetuoso silencio fue lo único que le pude ofrecer.

SEÑOR R

***

Por enésima vez pasaba la noche en San Vicente de la Barquera. Últimamente no salía de la misma zona. Desde allí a Llanes no quedaba mucho, pero como teníamos que ir por una carretera comarcal había que dar mucho rodeo y era mejor hacerlo a la luz del día.

Llegamos a la hermosa ciudad cuando estaba todo muy oscuro. No obstante, hacía tan buena noche, con una agradable temperatura y el mar calmado, que decidimos hacer una cena al aire libre. La desembocadura del Río de San Vicente era un buen lugar donde sentarnos y respirar el limpio aire marino. Fuimos al espigón que se internaba en el mar. No podíamos ver nada, porque no había luna, y sólo a la luz de nuestro camping gas pudimos vislumbrar algo a unos pocos metros. Era una noche tan serena y apacible que no necesitábamos nada más.

Detrás de nosotros teníamos a la silenciosa y oscura ciudad. A nuestra derecha, al otro lado del río, estaba la playa de San Vicente. A la izquierda, estaba la rocosa costa y en frente el Cantábrico, donde se oían, de vez en cuando, algunos golpes rítmicos de alguna boya marina que se mecía en las pequeñas olas. Antaño desde ese lugar se podían divisar a los pesqueros que entraban y salían del puerto, aprovechando la marea. Era un excelente sitio donde sentirse libre. Alberto y yo nos quedamos en silencio un rato, disfrutando de todo aquello.

—¿Qué pensáis hacer cuando estéis juntos? —preguntó Alberto—. Me refiero adónde os vais a quedar a vivir.

—No tengo ni idea —contesté sin ganas—. A los dos nos gustaba el norte, por eso vinimos hacia aquí. No lo sé. De momento, prefiero centrarme en su búsqueda.

No me había molestado su pregunta, pero no la creía oportuna cuando no sabíamos nada de las chicas y Matías. Daba por hecho que las encontraríamos pronto y yo no estaba tan seguro. Mi pesimismo y yo, que había vuelto de nuevo tras una larga marcha.

—Intentaré instalarme en alguna casita en la costa. Me encanta ver anochecer en el mar. Ya sabes.

No dije nada. Esa noche no tenía muchas ganas de hablar. Seguía pensando en Sara y dónde podíamos empezar a buscar cuando llegásemos a Llanes. Me desesperaba pensar que no encontráramos ningún indicio de ellos por allí.

—Creo que está subiendo la marea —observó Alberto sacándome de mis sombríos pensamientos.

—En esta ciudad se nota mucho, porque el puerto se queda hecho un pequeño lago cuando está baja. Muchas embarcaciones se quedan varadas en los arenales hasta que vuelve a subir, por eso los pescadores siempre la tienen en cuenta. Supongo que al cabo de los años logras saber estas cosas sin necesidad de mirar las tablas de las mareas.

—Mira, incluso llegan algunos barquitos arrastrados por la corriente.

Aunque la oscuridad era casi total se podía vislumbrar todavía algo. Hacía rato que el sol se había puesto pero quedaba algo de penumbra por el oeste. Al este, en cambio, la oscuridad era total y dejaba ver con claridad miles de estrellas.

—Cómo se nota que ya no hay luces artificiales en los pueblos costeros o ciudades —dijo Alberto mirando hacia arriba—. Ahora siempre se ve un cielo limpio.

—Eso se nota más en las grandes ciudades, sobre todo cerca de Madrid. Allí, cuando vivía los primeros meses en una mansión, salía al jardín y me maravillaba que en aquella ciudad se pudieran ver tan bien las estrellas, cuando antes era algo imposible.

—¿Vivías en una mansión? —preguntó Alberto muy sorprendido.

—Si, de *okupa* —respondí sonriendo sin ganas.

Volvimos a admirar las estrellas. Esta vez intentando reconocer algunas. Me concentré en ello. Al menos, me serviría para no pensar.

El planeta Venus estaba bien visible, como siempre. Alberto, mejor conocedor que yo de las estrellas, halló la Osa Mayor.

—Mira, ¿la ves? —señaló guiando mi brazo al punto donde decía que estaban—. Son siete estrellas con forma de carro.

—No veo nada —dije contrariado.

—Hay que tener un poco de práctica. Fíjate en aquella estrella que brilla tanto. Es la más luminosa del conjunto. Se llama Alioth. ¿Logras verla?

—Esa si la veo bien.

—Ahora, teniéndola como referencia, observa un poco a la derecha. Verás otra estrella que es la continuación. Digamos que, en vez de un carro, es una cesta de una freidora de patatas fritas. Pues esas dos estrellas, más otras dos que están a la izquierda de Alioth son el mango de la cesta. Si sigues mirando a la derecha de la siguiente estrella de Alioth y bajas podrás ir formando la cesta.

—¡Es verdad! ¡Ya la veo en su conjunto! —exclamé entusiasmado. Para mí era un logro poder poner nombre a algo en el firmamento que no fuese la Luna. Era la primera vez que distinguía la Osa Mayor.

—Cuando iba de caza con mi padre —explicó Alberto con cierta nostalgia—, muchas noches me enseñaba estas estrellas. Así pasábamos el rato. Después se me ha olvidado la mayoría de las constelaciones, pero nunca la Osa Mayor.

Me quedé un rato mirando las miles de estrellas que se veían. Era fascinante estar contemplando aquel maravilloso cuadro. Toda la vida el hombre se había pasado buscando la belleza en el arte y no tenía más que elevar la vista para contemplar la más sublime de las pinturas.

Levanté a Alberto muy temprano, aunque ya empezaba a clarear. El cielo estaba cubierto de nubes que venían del mar. Habíamos pasado la noche en una casa en el Barrio de la Boria, cerca de la carretera que nos llevaría a Llanes. Si todo iba bien no esperaba tardar más de una hora en llegar.

Tenía que dar con Sara o la ansiedad me acabaría matando. No había otra cosa en el mundo que necesitara más que su compañía. A lo largo de aquellos tres meses de separación habían pasado por muchas cosas, algunas terribles y desoladoras. Lo único que hizo que pudiera seguir en pie, sin venirme abajo, fue pensar que ella estaría esperándome.

Por eso estaba tan nervioso. Estaba tan cerca de Llanes que empezaba a darme cuenta de lo angustiado que me estaba poniendo. Alberto lo notó y me sugirió que era mejor que condujera él. Se lo agradecí de veras.

—Miguel, trata de respirar profundamente. Todo va a salir bien. Ya verás.

Aquello no me alivió mucho, aunque una vez puestos en carretera me relajé algo más. La ansiedad, agudizada por culpa de mi adicción a los opiáceos se manifestaba de aquella manera sin

que pudiese apenas controlarla. Lo mejor era hablar sobre cualquier cosa para no pensar.

—Me crece el pelo rapidísimo, como las uñas —dije mirándome en el retrovisor—, ya no parezco un recluta. Matías me cortó el pelo hace un tiempo, con una maquinilla de peluquero. Además, ya casi no se me notan los moratones. Ya no parezco otra persona. Incluso me he afeitado esta mañana.

—Estás más delgado, eso sí. Lo noté cuando viniste. Las penalidades te han curtido, compañero. Cuando te vi regresar la verdad es que dabas un poco de miedo. Te has endurecido. Pero en la esencia sigues siendo el Miguel que observé la primera vez.

—La esencia —repetí—. Qué místico suena eso.

—Todos tenemos una esencia que, por mucho que nos dejemos el pelo largo o corto o nos hagamos mil perrerías, en el fondo no cambiamos. Puedes mirar una foto de cuando eras pequeño y siempre tendrás algo que sea igual que tu yo de ahora. Eso es la esencia.

—¿Incluso las que se ponen *botox* y tienen cara de pescado? —pregunté queriendo alargar aquella intrascendente conversación.

—Claro, aunque reconozco que hay algunas mujeres que con esas mierdas han perdido casi toda la esencia, pero siempre queda algo. Siempre.

La carretera discurría cerca de la costa y la vista del mar me relajaba. Se me había pasado la angustia, aunque no los pensamientos.

—No tengo ni idea de enfermedades como la *Gripe X* —dijo Alberto algún tiempo después—, pero está claro que los que hemos sobrevivido es porque nuestro organismo tiene algo que no tenía el resto de la gente. No hemos muerto. Ahora bien, si alguna mujer superviviente logra tener un bebé, ¿este nacería con esa inmunidad? Si no la tiene, la inmunidad me refiero, ¿seguirá estando la *Gripe X* por ahí flotando? No sé si me entiendes. Eso podía ser el verdadero fin de la Humanidad, que no pudiéramos reproducirnos.

—¿De verdad esperabas concebir en este nuevo mundo? —inquirí asombrado.

—Personalmente no —replicó Alberto—. He perdido a mis hijos y me duele tanto que no podría soportarlo de nuevo.

—Es lo que opino yo también, al menos en principio. Sara y yo estábamos de acuerdo en ello. Sin embargo, luego he pensado que si hay más supervivientes y estos tienen niños, ¿por qué no dar otra oportunidad a la especie humana? Cierto que pasarán muchas penalidades, pero al final volverían a repoblar el planeta.

—Volvemos entonces a la cuestión que he planteado al principio. ¿Esos niños nacerían inmunes o no?

—Joder, Alberto. Qué manera de complicarte el día, de verdad.

Pasamos un campo de golf y en seguida entramos en la localidad asturiana de Llanes.

—El *Dulce* tiene que estar atracado en el muelle, donde los rompeolas de cubos de hormigón de colores —dijo Alberto.

Estaba empezando a lloviznar que amenazaba con ir a más. Era un día triste. Esperaba que no fuese un augurio.

Dejamos el coche en el Puerto Chico, en el interior de la ciudad. Decidimos separarnos para aprovechar mejor el tiempo. Alberto miraría por aquella parte y yo me ocuparía de la zona del

rompeolas, donde estaban los llamados Cubos de la Memoria, los bloques de hormigón de colores que había visto de lejos.

El mar empezaba a picarse, aunque la lluvia dio un respiro y no terminó de caer. Aceleré el paso, mientras me fijaba en los buques que había por allí amarrados. Estaba seguro de que el *Dulce*, por su tamaño, tenía que estar en el puerto.

Las gaviotas acompañaban mis presurosos pasos mientras oía cómo el oleaje empezaba a batir el rompeolas. El Cantábrico se estaba empezando a enfadar. En el puerto no esperaba que la tormenta me causase muchos problemas.

Pasé el fuerte y me encaminé por el espigón. En el extremo de este había un pequeño faro y allí estaban los cubos de colores del rompeolas. En el interior del puerto me llevé una desilusión al no ver al *Dulce*. Sabía que no lo iba a hallar pero corroborarlo me dejó abatido. Muy frustrado empecé a subir las escaleras para mirar el mar desde el pequeño faro.

Me derrumbé en la barandilla, contemplando cómo el mar se agitaba y lanzaba olas cada vez mayores, algunas salpicando mi cara con la espuma. A lo lejos, al este, estaba la playa de Toró y en los altos acantilados que tenía a su derecha rompían con fuerza las olas, formando unas espectaculares columnas de agua que eran llevadas hacia el interior por el creciente viento del oeste. Más cerca estaba el faro. Justo frente a este había un mirador desde el cual se podía observar la parte de los Cubos de la Memoria del espigón, donde yo me encontraba.

Miré hacia aquella parte y me percaté de que había alguien.

Mi pulso se aceleró.

Allí, en el mirador, pero de espaldas a mí, con la vista puesta hacia los acantilados de la playa de Toró, había una persona.

Mi respiración se aceleró también.

Me acerqué algo más y pude distinguir que era una mujer haciendo esfuerzos por mantener su melena ante los azotes del viento. ¿Era Sara?, me preguntaba.

“Tiene que serlo. Por favor. ¡Tiene que serlo!”

La mujer estaba contemplando la furia del mar, con las manos apoyadas en la barandilla. Estaba tan quieta que parecía como si estuviera en un altar. ¿Sería un ángel en vez de una persona, estaría otra vez creyendo ver visiones?

—¡Sara! —grité con todas mis fuerzas.

No me oyó con claridad, aunque algo debió percibir porque empezó a mover la cabeza, como intentando identificar el origen de algo que había escuchado. El viento iba hacia ella. Puse las dos manos como amplificador y grité aún más fuerte.

—¡SARA!

Ella se giró hacia el puerto y por fin me vio, o al menos divisó mi figura porque la distancia no permitía reconocernos bien.

Alcé un brazo con la mano abierta. ¿Era ella?

La chica se llevó las manos a la cabeza. Se acercó más a la barandilla y gritó mientras daba pequeños saltos y alzaba ambas manos.

—¡Miguel, soy Sara!

Bajé rápidamente por las escaleras que daban al puerto y corrí de vuelta por el espigón. Crucé al

otro lado y me dirigí al faro gritando continuamente el nombre de Sara. No quería perderla de nuevo. No quería dejar de sentirla nunca más.

Frente al faro nos encontramos. Mi corazón iba a mil por hora. Sara, con copiosas lágrimas cayendo por sus mejillas, me miraba con sus preciosos ojos muy abiertos, como si tuviese delante a un fantasma, sin saber si de verdad estaba allí. Sus manos temblaban.

—Miguel, por fin. ¡Por fin!

Nos abrazamos durante no sé cuánto tiempo. Y nos besamos durante mucho más tiempo todavía, mientras decíamos nuestros nombres una y otra vez. Y le repetía que nunca más la volvería a dejar sola.

Nunca más.

***

Hablamos mucho, nos reímos y nos entristecimos todo el tiempo. Cada dos por tres nos besábamos y abrazábamos como queriendo confirmar que de verdad estábamos juntos, que no era un sueño.

Alberto se mantuvo en la distancia. Sabía que queríamos estar solos y nos dejó allí, dentro de un bar, al lado de una enorme cristalera donde podíamos ver los pequeños barcos de pesca, amarrados en el muelle, como si estuviésemos tomando algo al lado del puerto, al abrigo de la lluvia que caía.

Le conté todo, o casi todo, de lo que me había pasado aquellos meses. Del por qué tenía el pelo tan corto, estaba más flaco y tenía esa mirada cansada. Mi viaje a Santander y el asedio de los lobos; el encuentro con los del instituto, a los que ella no conoció en su totalidad, debido a aquella desgraciada noche; la partida con Matías y Diane hacia Inglaterra; los caníbales del portaaviones francés, mi corto periplo por Francia y mi aterradora experiencia en la frontera. También mi adicción a un opiáceo y la forma en la que una belga me salvó la vida en una gasolinera. También el encuentro con los paramilitares y la defensa del instituto en aquel ataque, que veía como lejano y había sido tan sólo unos pocos días antes. Sara me miraba sin decir nada, sintiéndose culpable de mis penalidades y bajando la vista cada vez que me oía hablar de palizas, golpes, hombro dislocado, síndrome de abstinencia... Yo le decía que aquello no había sido porque me había tenido que marchar, sino que me habían pasado porque me tenían que pasar.

—Pero si no te hubiera obligado a irte —decía ella muy compungida— no te hubiera pasado nada. En la casa del pueblecito donde me quedé no pasó nada. Sólo una vez observé de lejos un lobo que se asustó al verme. Si te hubieras quedado habríamos estado sin problemas.

—Dirás sin problemas físicos, pero supongo que tú no habrías podido tener ese tiempo que necesitabas para ti.

Sara se puso a llorar. La consolé intentando que no se sintiera culpable, aunque eso no era posible.

—Quedarme sola ha sido lo más estúpido que he hecho nunca. Las primeras semanas me sirvieron para darme cuenta de mi error, pero ya era tarde. Luego mi cobardía hizo que no saliese a buscarte, si lo hubiera hecho no te habría pasado nada. Pero pensé que te cansarías de mí y de mis decisiones tan volubles. Un día te quiero conmigo y al otro te echo de casa. No creía que aceptaras volver. Y no te lo hubiera reprochado. Sólo espero que no me guardes rencor y que aceptes volver

conmigo. Te prometo que jamás volveré a pedirte que te marches ni a escudarme en mis temores para no afrontar el futuro. Me he dado cuenta de que este mundo es muy duro, de que la soledad es infernal y que si se tenemos a nuestro lado a alguien especial hay que conservarlo porque es lo único que merece la pena en la vida. Al menos, estos meses me han servido para darme cuenta de eso. De lo mucho que te echo de menos y de los errores que no quiero volver a cometer.

—De todas las experiencias hay que sacar el lado positivo —dije—. Todo esto me ha servido para darme cuenta de lo mucho que te quiero. Antes te decía que te quería, y era verdad, pero no sabía hasta qué punto. Cuando estaba en el instituto me acordaba de ti y me daba los suficientes ánimos para poder soportar la soledad. Cuando estaba en peligro eras tú la que me hacía hacer lo que fuera por sobrevivir. Siempre tú, siempre tu presencia, tu recuerdo, la esperanza de volver a verte, eso era lo único que me mantenía con fuerzas para continuar. No, Sara, no han sido tres meses tirados a la basura. Ahora sé, después de todo aquello, que cuando te digo que te quiero lo digo de verdad.

La abracé con ternura, dando por zanjado todo aquello. Que supiera que no la guardaba ningún reproche. Ella se quedó con la cabeza apoyada en mi pecho. Su respiración se calmó y dejó de llorar. Le acariciaba el pelo como a ella la gustaba, eso la tranquilizaba y la devolvía a un estado de reposo que ya había creído olvidado. Alberto, que en ese momento entraba en el local, me miró esperando mi aprobación para sentarse con nosotros y saber el por qué no habían ido a Santander y dónde estaban los demás. Asentí con la cabeza y se nos unió. Sara se incorporó. Más serena, nos contó la situación.

—Tenéis que saber que Matías está muy mal. Sufrió un ataque al corazón hace unas semanas y pudimos salvarlo de milagro. Ana le hizo el masaje cardio respiratorio y logró reanimarlo. Hubiera muerto si no es por ella. Pero no tenemos medicamentos ni sabemos qué hacer. Lleva desde entonces postrado en la cama de una casa en la que nos hemos instalado, cerca de aquí. Por eso nos fue imposible ir a Santander. No podemos moverlo porque cualquier esfuerzo le mataría. Pensé en ir yo al instituto, pero a Ana la daba pánico quedarse sola en esas circunstancias. Así que confiábamos en que nuestra tardanza os hiciera venir, tal y como ha sucedido.

Aquello me entristeció mucho. Matías había sido un buen compañero de viaje y me había demostrado que se podía ser todavía una buena persona en aquellos días. Con lo que le gustaba su barco y el mar no me lo imaginaba metido todo el día en una cama. Aquello le estaría matando más que cualquier otra cosa.

—¿Y el *Dulce*? —pregunté—. No está amarrado en el puerto.

—El *Dulce* está en Ribadesella. Matías se debió oler que no estaba en buenas condiciones y dejó su barco allí. Se vino a Llanes en un coche que pudo arrancar y esperó aquí, porque es donde había dicho que se iba a quedar una temporada. Creo que estaba tratando de preparar uno de los pesqueros del puerto para volver a Ribadesella por mar cuando se encontrase mejor. Ana y yo lo encontramos y al cabo de unos pocos días fue cuando le dio el ataque.

—Será mejor que vayamos a verlo —sugirió Alberto.

Nos levantamos y nos dirigimos al lugar donde teníamos el Renault 4. Sara sonrió al ver aquel coche, aunque reconoció que los coches modernos, tan llenos de chorradas electrónicas eran los más difíciles de poner en marcha. Los vehículos como aquel *cuatro latas*, sin nada superfluo y con un

motor muy básico, eran los mejores supervivientes enlatados.

—Tenemos dos coches —dijo Sara—. Un Citroën Xsara, que nos llevamos del instituto cuando vinimos a buscar a Matías, y el que este se trajo de Ribadesella, un viejo Seat Córdoba. No he traído ninguno porque he venido dando un paseo desde la casa, que está a media hora andando. Me gusta acercarme al mirador todos los días. Me gusta notar el aire del mar en la cara y ver las olas saltando por los acantilados.

—Gracias a esa costumbre hemos podido dar contigo —dijo Alberto.

—Previendo que algún día llegaríais hicimos pintadas en varias calles estratégicas, que ya veo que no habéis leído. En el Ayuntamiento también pusimos una nota. Supongo que esa si la hubieseis terminado por encontrar.

—Era uno de los lugares adonde pensaba ir a buscar —dije sonriendo, al darme cuenta de que Sara había seguido mi consejo para comunicarnos antes de irme de Aliezos.

Sara señaló la carretera que recorría la ciudad por la parte costera de la derecha, que era por donde se iba al lugar donde estaban instalados. Al parecer, vivían en una hermosa casa de indianos de color azul celeste. Estos lugares solían ser casas singulares de madera, grandes por lo general, que habían pertenecido a aquellos pocos afortunados inmigrantes que se fueron a hacer las Américas a principios del siglo XX y regresaron con dinero. Como muestra de hacer saber a todos sus vecinos que les había ido bien edificaron aquellas casas sin reparar en gastos. Muchas eran ostentosas, señoriales y excesivamente barrocas, con un estilo que iba desde el típico británico al colonial.

—Hemos elegido una casa de este tipo —explicaba Sara mientras nos dirigíamos hacia allí—, porque tienen muchas habitaciones y en este caso estaba muy bien conservada. Era un hotel con encanto. No había cuerpos ni estaba saqueada. El salón es enorme y tiene mucho estilo, ya la veréis. A Ana le daba buenos presentimientos, ya sabéis cómo es ella con esas cosas. Matías está alojado en la planta baja para que no se tenga que mover demasiado. Nosotras estamos en la planta de arriba del todo, en unas habitaciones de cuento de hadas que tienen unas terrazas independientes. Fueron las suites del hotel y desde ellas se divisa el mar Cantábrico. Pensando en que vendríais elegimos también un lugar grande, por eso hay en la primera planta habitaciones de sobra para todos. Si hemos elegido nosotras las mejores era por probar, pero las podemos sortear.

—No hará falta —se negó Alberto—. Sandra nos dejó y yo elegiré cualquier otra habitación. No hace falta que os vayáis de esas habitaciones que os gustan tanto.

—¿Qué os dejó Sandra? En fin, tampoco me extraña mucho porque esa chica era demasiado irascible. Estaba siempre como a punto de estallar. Me alegro porque al final habría problemas.

—No era tan mala en el fondo —justificó Alberto—. Lo que pasa es que tenía un carácter difícil. Después de la muerte de Fernando se volvió más intransigente aún, pero con ella tuve bastante confianza, aunque no para saber nada de su vida anterior. Creo que lo pasó muy mal durante la pandemia, como todos supongo. Nunca quiso tocar el tema así que no la obligué a recordarlo.

Sara imaginó lo que debió pasar una chica tan guapa como Sandra en aquellos momentos de caos, y al momento se arrepintió de haberse alegrado de que no estuviera allí. Quizás Sandra estaba tan traumatizada que lo único que buscaba era consuelo y todo el mundo la miraba como si fuera

una chica con carácter violento.

—Esa casa tendrá un buen jardín —supuse para cambiar de tema al notar que Sara se había callado con gesto grave.

—Echaba de menos cuidar de un jardín como en aquella mansión de Madrid. La casa tiene un buen espacio libre porque al haber sido un hotel tenían muy bien cuidado ese aspecto. El césped crece por todas partes sin necesidad de regar gracias al clima atlántico. Suelo dedicarle un tiempo a su cuidado porque es algo que me relaja mucho. Esa casa es el sitio ideal para establecerse una buena temporada —Sara me miró de reojo al decir aquello último.

—Si crees eso, será verdad —convine para satisfacerla—. Yo también quiero quedarme en algún lugar. No quiero dar más vueltas, sólo disfrutar de mi chica y de la tranquilidad que podamos encontrar en este desierto mundo.

Sara me miró con gratitud por ceder ante sus deseos y me apretó el brazo. Alberto, que iba detrás, se rió diciendo que las mujeres eran las que iban a dominar el nuevo mundo.

—Seguro que lo harán mejor que nosotros —sonreí—. Mira de qué forma ha acabado la Humanidad con la *Era de los tíos*.

Alberto y yo nos quedamos asombrados cuando atravesamos la gran verja de metal, que daba acceso al enorme jardín de la casa. Todavía se podía ver el cartel del hotel que estaba al principio del camino.

—El césped lo hemos cortado entre Ana y yo. Lo hemos arreglado bastante. No creáis que estaba así cuando llegamos —explicó Sara con cierto orgullo por ver reflejado en nuestra cara la buena impresión que nos había causado.

Dejé el coche al lado del Xsara y el Córdoba y nos bajamos admirando la construcción del inmueble. Era muy bonito. Los marcos de las ventanas eran blancos, de estilo inglés, que resaltaban entre el azul celeste de las paredes. Tenía dos plantas más las dos suites del ático. La fachada tenía forma escalonada, muy señorial. El emplazamiento era excelente. En aquel lugar el dueño original debió sentirse como el terrateniente del pueblo. Quizás lo hiciera a propósito. El caso es que desde aquella colina se divisaba parte de Llanes y en frente todo el Cantábrico. No me extrañaba que Sara se hubiera enamorado de ese sitio.

Sacamos las pocas cosas que teníamos, incluidas las armas, y nos metimos dentro. En seguida bajó Ana al oír la llamada de Sara. Al vernos dio un sonoro grito de alegría y nos abrazó con emotividad. Alberto se mostró muy contento e incluso la besó en las mejillas de forma muy paternal. Al cabo de unos segundos nos dimos cuenta de que Matías nos llamaba a gritos desde el otro lado de la casa, en la planta baja.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para dar aquel grito. Acudimos corriendo, alarmados por ello. Nos había oído y quería vernos, sobre todo a mí. Allí, en una salita que había sido el cuarto de los trabajadores del hotel, había una pequeña cama donde se encontraba el viejo pescador. No me esperaba el penoso estado en que le hallé. De aspecto cansado, más delgado, macilento y con profundas ojeras.

Le di un abrazo y me senté en una silla cerca de él. La misma que utilizaban las chicas cuando pasaban el tiempo a su lado. Habían intentado sentarlo en una de ruedas, que habían conseguido por ahí, pero se cansaba mucho más y tuvieron que desistir. Era más que evidente que Matías se estaba

muriendo y él lo sabía. Por eso no quería que perdiese el tiempo con tonterías y me instó a relatarle mis aventuras de regreso. Le conté casi todo, endulzando bastante el relato y obviando a las chicas muertas que encontré en la casa del psicópata de la frontera. Le dije que allí me topé con un tipo que me quería tener esclavizado. Le hablé de mi fuga aunque tampoco mencioné mis problemas con la oxicodona que había empezado a tomar con él.

Matías sabía que algo ocultaba, porque el brillo de mis ojos delataba mucho cansancio y tristeza. Sin embargo, no dijo nada. Parecía contento por saber que seguía vivo y que por fin estaba con mi mujer.

—Me alegro tanto de que Sara haya recuperado a su amor que no quepo en mí de gozo. Miguel, tu chica es estupenda, no me extraña que estuvieras emperrado en volver a su lado todo el rato. Le he dicho muchas veces a Sara, cuando se sienta aquí a mi lado a hacerme compañía, la de veces que te acordabas de ella en la mar.

—Las pocas veces que no estaba mareado —puntualicé bromeando.

—Es verdad. No he visto un *boquerón* igual como este chico. Por culpa de ese mareo tan fuerte tuvimos que separarnos en aquella ciudad francesa.

Todos reímos, un poco por compromiso, para animar así a Matías. Al poco este dijo que estaba cansado y que deseaba dormir. Cuando todos salíamos afuera me pidió que me quedara un momento.

—Miguel, las chicas ya saben adónde quiero que me entierren. Les he dicho que en la mar. En el puerto hay un pequeño barquito llamado *Aurora* que estuve preparando hasta que me dio esto. Por favor, me metéis dentro y, a poco que salgáis de allí, lanzáis mi cuerpo al fondo del agua. No hace falta que naveguéis muy lejos. Ponerme un peso como en las películas de piratas. Así me hundiré. No quiero que me enterréis en la tierra. Ahora que estáis vosotros aquí estoy mucho más tranquilo. No creo que tarde en morir porque estoy muy cansado, duermo demasiado y eso quiere decir que mi cuerpo se prepara. Pero estoy satisfecho por cómo voy a morir. En paz con todos.

—Descuida Matías. Ahora duerme y luego hablamos.

—Sólo quiero que me hagas un último favor.

—No hay problema.

—Sé que te va a costar, porque odias navegar, pero acuérdate que le prometí a Diane que dentro de un año volvería a ver cómo estaba.

—Matías, yo...

—Por favor, es importante. No quiero que Diane viva toda su vida preguntándose qué pasó conmigo y por qué no fui a verla. El *Dulce* está amarrado en Ribadesella, podrás verlo y ponerlo en marcha. Lo he dejado bien a resguardo y sé que, si te acompaña Alberto, podrás llegar. Él sabe leer mapas, sabe lo que es la latitud y longitud; no tendrá problemas en hacer de navegante. Podéis manteneros a la vista de la costa, pero nunca naveguéis muy cerca de ella porque puede ser peligroso, las corrientes y la marea podría haceros encallar. Sólo a la vista. Recuérdalo.

—Matías, me pides que arriesgue de nuevo mi vida y la de Alberto sólo para que le diga a Diane lo que ha pasado. No quiero salir de nuevo al mar, ya viste lo que me pasó. Sólo quiero estar con Sara, lo sabes muy bien. Lamento defraudarte pero no creo que compense el riesgo.

Matías me miró cabizbajo. Sabía que yo tenía razón, pero hasta ese momento su opinión de mí

era que yo era muy decidido y que no temería una empresa así. Al mostrar mis reticencias se dio cuenta de que no era el tipo que creyó ver cuando abordé el portaaviones francés. En aquella ocasión dedujo que era una especie de héroe cuando sólo lo hice para evitar seguir mareándome en el *Dulce*. Me dijo que lo olvidase, que tenía razón y que por favor lo dejara dormir.

Salí apenado de la habitación. El viejo se estaba muriendo y la única cosa que dejaba sin atar en este mundo no la tenía resuelta, porque la persona que había pensado para poder llevarlo a cabo era un cobarde que se mareaba.

En el amplio salón de la casa había cómodos sillones de estilo señorial y mesas para jugar a las cartas, tomar el café o una copa. Me imaginaba cómo habría estado aquel lugar hacía menos de un año, lleno de turistas conversando y tomando un café mientras contemplaban el hermoso Cantábrico a lo lejos. En la pequeña barra del extremo de la amplia sala se encontraban sentados en butacas: Ana, Sara y Alberto. Degustaban un café recién hecho calentado con un camping gas.

—¿Qué te ha dicho Matías? —quiso saber Sara.

—No mucho.

Como vio que no tenía ganas de hablar no insistió. Me abrazó y me dijo que no podía creerse que estuviera de verdad allí con ella.

—La verja está siempre cerrada, por precaución —avisó Ana explicando varias cosas del funcionamiento de la casa—. Aunque no hemos visto ningún animal salvaje, de vez en cuando vemos perros solitarios por el pueblo. No son peligrosos, pero puede que algún día lo sean. Al menos, en este recinto no podrá pasar ninguno. Aquí estaremos seguros.

—Eso mismo decíamos del instituto —apostilló Alberto dándose cuenta de que había metido la pata recordando aquello. Intentó arreglarlo—: pero esto está mejor, somos menos personas y ninguno de nosotros está loco como Elisa.

Alberto se dio cuenta de que había vuelto a estropearlo, por lo que optó por permanecer callado. A veces decía las cosas sin pensar y luego se arrepentía.

—Ana vive en la habitación del ático del oeste y yo en la del este —explicó Sara sonriendo—. Bueno, ahora viviremos Miguel y yo, claro está.

—Alberto, tú puedes escoger cualquiera de las habitaciones de la primera o segunda planta —recomendó Ana —. En esta última hay pocas, pero parecen algo más grandes y creo que después de nuestras suites son las mejores.

—Entonces escogeré una de esas, gracias —dijo Alberto.

Cuando llegué la primera vez al instituto Alberto iba detrás de Ana, pero esta siempre estuvo más interesada en Jordi. Quizás lo intentara de nuevo en aquel lugar. Aunque sería difícil. Tal y como me insinuó Alberto, los dos eran de caracteres e ideas distintas y una relación basada sólo en el sexo no tenía mucho futuro.

—Miguel y Sara han comentado en el coche que les gustaría vivir juntos y establecerse. A lo mejor estamos un poco de sobra nosotros —dijo Alberto.

—No os preocupéis —replicó Sara—. Creo que esta casa es lo suficientemente grande como para que vivamos todos juntos. Además, somos pocos y bien avenidos.

—A mi no me importa que os quedéis —añadí mientras Sara me daba un beso en la mejilla—. Creo que vivir en comunidad tiene sus ventajas y haciéndolo con otras personas será más llevadero.

SEÑOR R

Con tal de estar con Sara me da igual todo lo demás. Y en un grupo pequeño como este no surgirán muchos problemas.

—Yo seguiré haciendo lo que hacía en Santander —dijo Alberto, ilusionado con la idea de volver a formar parte de un grupo—. Cazaré de vez en cuando y prepararé las piezas. Tendremos carne fresca cuando queráis.

—Matías me dijo que en el puerto preparó un pequeño pesquero. Un día podemos intentar pescar algo —propuse sin que la idea me hiciese mucha ilusión, pero no podíamos desaprovechar lo que el mar podía ofrecernos.

—Por las huertas de por aquí debe haber algo aprovechable. Poco a poco iremos viéndolo. Esto va a funcionar muy bien, ya veréis —dijo Sara entusiasmada.

Estuvimos hablando un buen rato sobre la forma de subsistir con lo que el lugar podía proporcionarnos. Con algunas tibias cervezas empezamos a animarnos hablando del futuro y de lo bien que podíamos vivir en aquella casa. En un momento dado, Sara se levantó y dijo que se iba a su habitación.

—¿Ya te vas a dormir? —pregunté—. Si no ha anochecido todavía.

Alberto y Ana se rieron. Sara me cogió de la mano mientras sonreía, obligándome a acompañarla.

—Yo no he dicho que me fuese a dormir.

Noviembre

Por las mañanas solía pasar un par de horas con Matías. Le gustaba conversar de cualquier cosa. Matías me contaba los entresijos y misterios del *Dulce* o del *Aurora*, que yo escuchaba pacientemente, sin parar de asimilar aquella información como si me fuera la vida en ello, algo que podía ser bien cierto en un momento dado. En el fondo, el viejo todavía tenía esperanzas de que accediera a ir a Inglaterra al año siguiente y me daba clases intensivas de patrón de buque.

—Si sales con el barco a diario —me decía— te irás acostumbrando a la mar. Tú cuerpo se habituará al movimiento y algún día podrás comer hasta en los días de mar picada sin echar nada por la borda.

—Ya había pensado en salir de vez en cuando a faenar.

—¿A faenar? Dirás mejor a pescar algo. Lo que vosotros necesitáis es una pesca de subsistencia, no para llenar la lonja. Anda *boquerón*, intenta salir a diario sin alejarte nunca de la costa y siempre teniendo en cuenta dos cosas.

—¿Cuáles? —pregunté intrigado.

—Siempre has de ir, al menos ahora al principio, con alguien que te acompañe. Cualquier pequeño golpe de mar puede ser un drama si no sabes controlar el buque. Ten siempre a punto el motor porque como te quedes sin propulsión no te quedará otra que nadar y si eso pasa tendrás muchas probabilidades de quedarte allí. Supongo que podrías ponerte un chaleco salvavidas, por si acaso. Ya no debes temer que se burle de ti ningún pescador. He conocido a gente que por esa vergüenza del qué dirán los compañeros acabaron ahogándose.

—¿Cuál es el segundo consejo?

—¿He dicho dos? El segundo es que siempre que escupas por la borda lo hagas por sotavento.

Nos reímos. Al cabo de un rato, Matías me dijo que quería descansar un poco, así que le dejé dormir. Pensé que si aquella belga que me había salvado la vida en la frontera estuviera allí en aquel momento seguramente sabría cómo tratar al viejo.

Alberto regresaba en ese momento de una de sus cacerías por los alrededores. Sin gente por el mundo los animales empezaban a acercarse a lugares que antes eran impensables. Ya no había que irse muy lejos para encontrar algo a lo que poder echar mano. Conejos, aves silvestres, acuáticas, incluso grandes herbívoros como ciervos, corzos o gamos. Como este era un excelente cazador

siempre traía algo. A diferencia del instituto, no hacía falta demasiado para mantener a cinco personas. A Matías nunca le apetecía nada más que sopa y algo de pescado.

—¿Qué tal se ha dado hoy? —le pregunté nada más verlo.

—Dos conejos. Hubiera podido cazar más pero es tontería porque no podemos conservarlos. Necesitamos conseguir algún generador o grupo electrógeno a motor. De esos pequeños que al menos nos sirvan para mantener un arcón congelador.

—Intentaremos salir un día de estos a buscarlo. Pero no es algo que sea fácil de encontrar.

—Podríamos hacerlo por las casas solitarias de entre los pueblos —sugirió Alberto—. Allí hay lugares que no disponían de buena toma de corriente y siempre hay posibilidad de que sus antiguos dueños se hicieran con un equipo de esos. ¿Dónde están las chicas? Hoy les toca cocinar a ellas.

—Sara está arreglando el jardín. Y Ana está limpiando unos espárragos que ha encontrado en una huerta en el pueblo, además de varias lechugas. ¿Sabes que crecen ahora asilvestradas por las huertas?

—Eso está bien, que podamos comer algo de verdura.

—He hablado con Matías. Mañana voy a ir con el *Aurora* a probarlo pero necesito ir con alguien, por si acaso. ¿Me acompañas? —pregunté sabiendo que iba a aceptar.

—Sí, claro. ¿No habría que conseguir algunas biodraminas para ti?

—El viejo dice que no salgamos más allá de las aguas cercanas al puerto, que para los cuatro peces que vamos a necesitar nos vale y así evitaremos salir a alta mar. Cuando salía con él en el instituto hacíamos eso y apenas me mareaba. Es cuando nos adentramos más cuando me ponía pálido. Espero no tener problemas, así me iré habituando poco a poco.

—Por cierto, me he llevado tu coche, lo prefiero a los otros dos porque el tuyo es lo más parecido a un todoterreno.

—¿Ves lo que te dije? No hay problema, llévatelo cuando quieras. No es mío, es de todos. Pero eso sí, déjalo con gasolina.

Sara entró con las herramientas del jardín. Llevaba un jersey y pantalones de faena con unas horribles y embarradas botas de jardinero. El pelo lo tenía recogido en su acostumbrada coleta. Su cara estaba colorada por el esfuerzo pero una sonrisa la iluminaba. A pesar del cansancio se la veía feliz y eso me complacía.

—Hace frío —dijo tras soltar las cosas en el cuarto donde antes estaba destinado al personal de limpieza.

—Es que ya estamos en noviembre —dije mientras le frotaba sus heladas manos con las mías para atemperarlas. Nos sentamos en uno de los sofás.

—¿Ya estamos en noviembre? ¡Cómo pasa el tiempo! —exclamó sorprendida mientras cerraba los ojos, como si fuera a echarse una siesta mañanera.

Ya habían pasado más de ocho meses desde que empezó la pandemia. Cuando empezara el frío la casa, sin calefacción central, iba a ser poco acogedora.

—En las suites en las que estamos hay chimeneas. No tendremos problemas en lo más crudo del invierno, que por otra parte al estar tan cerca del mar será menos riguroso que en Madrid, por ejemplo. Allí sí que lo pasaríamos mal —expliqué pensando en los meses venideros.

—Mi habitación no tiene chimenea —se lamentó Alberto mientras Sara y yo le mirábamos con

pena.

—En este salón si la hay y bien grande. Quizás puedas acomodarte aquí a dormir —sugirió Sara, un poco incómoda al no haber previsto aquello.

—Si mal no recuerdo hay estufas de gas que funcionan con bombonas. Sería cuestión de hacernos con una y ponerla en tu habitación. Puedes utilizar las bombonas que usamos para el agua caliente de las duchas. Cuando se acaben iremos a buscar más. En el mismo pueblo tiene que haber unas cuantas.

—Supongo que eso será lo más factible —concedió Alberto mientras asentía con la cabeza.

—Otra solución es que Ana te deje dormir en el sofá de su suite —propuse sonriendo. Sara me dio un golpecito por mi atrevimiento—. Vale, es broma...

Alberto se rió y se fue a la cocina a llevar a Ana los dos conejos para que pudiese prepararlos. Cuando se fue, Sara se me lanzó encima y empezó a besarme con pasión.

—Ya sé que estoy sudada, pero necesito que me beses. Necesitamos recuperar el tiempo que estuvimos separados.

—Ya sabes que no me importa que me asaltes como si fuera el único hombre sobre la tierra —bromeé mientras la besaba. A pesar del olor a césped y sudor estaba empezando a excitarme—. Deberías subir a darte una ducha.

—¿Te la darías conmigo? No acepto un no como respuesta —susurró en mi oído, sabiendo que me hacía muchas cosquillas cuando lo hacía.

—Se me convence rápido —dije cerrando los ojos de gusto mientras sentía la lengua de Sara—. Pero has de saber que la ducha no es mi medio favorito. Demasiada agua para mi gusto.

—No te hagas de rogar —dijo ella apretándome con fuerza—. Seguro que vas a quedar encantado con lo que voy a hacerte, así que no te quejes.

En ese momento entró Ana, que estaba limpiándose las gafas con el borde de la camiseta. Nada más ver a Sara encima de mí se dio la vuelta disculpándose. Nos reímos y decidimos que era mejor subir a nuestra suite de una vez. No podíamos acaparar el salón para nuestras intimidades.

Durante la comida bromeamos sobre aquello.

—Casi me levanto y grito que no era lo que parecía —dije entre risas—, que esa señorita se me había abalanzado.

—Ahora en serio —dijo Ana—. Sé que os gustaría hacer ciertas cosas en cualquier parte. Sois jóvenes y enamorados, pero me moriría si os sorprendiera otra vez... ¡Con menos ropa!

—Eh, que no estamos tan mal para que te dé una lipotimia —dijo Sara guiñándola un ojo.

—No lo digo por eso, tonta. Es porque me dais una envidia terrible y eso es de ser malas personas.

—Lo siento Ana, te ayudaría a resolver eso —continué siguiendo la broma—. De verdad, soy una ONG andante, pero Sara no me dejaría porque eso me haría estar demasiado cansado para ella.

Sara me dio una nada discreta patada por debajo de la mesa.

—Además, aquí tienes a un tío súper majo como Alberto —me dejé llevar por el tono jocoso de la conversación.

Al segundo me di cuenta de que Ana no pensaba en este precisamente como un posible amante. Alberto vio la expresión de Ana y bajó la mirada. Se hizo un incómodo silencio que rompió Sara

hablando de otras cosas.

—Parece ser que mañana os vais de pesca. Procurad tener cuidado y poneros los chalecos salvavidas. Por favor, no os la juguéis.

—Tranquila. No tengo ninguna intención de hacer de Cousteau —dije aliviado por el capote que esta me había echado.

—Habrá que ver primero si funciona el *Aurora* —apuntó Alberto—. Matías ha dicho que intentó dejarlo preparado pero que no le dio tiempo a salir con él. Lo probaremos antes y a ver si conseguimos salir del puerto. Que yo veo eso muy complicado con una bañera flotante.

—¿Sabéis pescar? —preguntó Ana—. ¿Cómo lo vais a hacer?

—Estuve en el *Dulce* con Matías faenando durante una semana —expliqué—. Era con palangre, pero en este caso utilizaremos unas cañas como se ha hecho toda la vida. En realidad, con que saquemos varios peces grandes tenemos para pasar el día. Hasta que no consigamos un generador eléctrico no podemos almacenar nada. Pescar de más es un despilfarro de energía.

—Empieza la época otoñal —avisó Sara muy preocupada—. No tardarán en llegar las borrascas atlánticas y más de un día no podréis salir.

—¿Sólo un día? —replicó Alberto—. Si viene una borrasca de las buenas y se encadena con otras que vayan entrando, podemos estar semanas sin poder salir. Por eso es importante buscar un generador cuanto antes, para poder ir conservando el excedente y tener provisiones de pescado para cuando no podamos salir al mar.

Nos quedamos un rato hablando sobre todo aquello. Después de comer, las chicas se fueron a dormir la siesta y nosotros nos quedamos tomando una copa en el gran salón. Era un lugar muy confortable que lo sería mucho más cuando llegara el frío y encendiésemos la enorme chimenea que estaba al fondo de la sala.

—Espero que no te haya molestado lo que dije sobre ti —quise disculparme nada más sentarnos —. Lo hice con buena intención.

—No te preocupes. Sé que a Ana no le gusto porque esta mañana me lo ha dejado bien claro.

—No me digas —me extrañé—. Qué rotundidad.

—Cuando entré a la cocina, con los conejos que cacé esta mañana, la sorprendí de muy buen humor y me lancé, quizás demasiado pronto. Soy un gilipollas. Le dije que me gustaba, que podíamos intentarlo juntos a ver qué tal nos iba. Ahora que lo pienso de nuevo no me extraña que me mirase como si fuese un apestado. "A ver qué tal nos iba", ya ves qué espíritu tengo a la hora de ligar.

—Quizás te precipitaste y eso explicaría su rechazo. Dale tiempo, tío. Al final te verá como algo más que un compañero de piso. Ya has visto lo que ha dicho de la envidia que tenía de vernos a nosotros. No tardará. Sé paciente.

—Yo no sólo quiero echar un polvo el día que ella esté muy caliente o borracha y que luego se avergüence de ello. Quiero que sienta algo por mí cuando quiera dar ese paso. Que al día siguiente no evite encontrarse conmigo o me hable como si no hubiese pasado nada. Prefiero estar como ahora que de esa forma, de verdad. En realidad, no tengo tanta necesidad de sexo como de afecto. Quiero tener a alguien con quien hablar, compartir los problemas y saber que, por muy difíciles que se pongan las cosas ahí fuera, siempre podré volver a casa a refugiarme con mi chica. Como haces

tú.

Alberto estaba bastante dolido. En el instituto anduvo detrás de Ana sin resultado y luego lo intentó con Sandra sin lograrlo tampoco. Era un buen tipo. Desde que salimos de Santander me había dado cuenta de ello pero no tenía un aspecto físico que agradase a las mujeres a primera vista y esa timidez le impedía conquistarlas hablando. El tipo no se sabía vender. Yo nunca había tenido éxito con las mujeres, pero si quería podía ser un tipo ingenioso a la hora de hablar con las mujeres. En otro tiempo esto tampoco me había servido de mucho, pero en aquel nuevo mundo era lo que me había acercado a Sara. Yo no era ningún *Adonis,* aunque reconozco que al lado de Alberto si podía llegar a parecerlo. Sara me decía que yo era bastante atractivo, sobre todo ahora con un físico curtido y con ese aire de "echado *palante*" que me gastaba. A veces, la actitud de uno frente a la vida podía hacer maravillas, más que un bronceado de Malibú o unos musculitos de gimnasio. Alberto, por el contrario, no daba nunca esa sensación y eso era algo que no les gustaba a las chicas, al menos a la hora de conquistarlas.

Por la noche, cuando estábamos tumbados en la cama, después de haber hecho el amor, Sara sacó a colación el tema de nuevo.

—No debiste haber dicho aquello en la comida. Me refiero a intentar emparejar a Alberto con Ana. Eso es algo que sólo les compete a ellos.

—Ya lo sé. Me di cuenta de mi error y así se lo dije después a Alberto. Pero es que vamos a tener un problema en el futuro con esto.

—¿Por qué? —preguntó Sara—. ¿No crees que un hombre y una mujer puedan vivir en el mismo techo sin que tengan que tener relaciones?

—Ahora es muy distinto. Antes sí era posible. Porque si al final la situación era insostenible te ibas y punto, te buscabas a otra u otro. Pero ahora si Alberto se enamora de Ana y esta no le hace caso, al final Alberto se irá. Pero ahí fuera no hay nada y si lo hay es muy difícil dar con alguien y menos con una mujer que quiera tener en un futuro una relación. Sé que es una putada pero Ana tampoco tiene mucho donde elegir y está claro que ella tiene ganas de estar con alguien. ¿Cuánto aguantará hasta que termine yéndose a buscar a su príncipe azul? Al final alguno se irá. Tiempo al tiempo.

—Cómo se nota que eres un tío. Lo de vosotros se resume todo en acabar en la cama. Os puede el sexo. Vosotros os acostaríais con cualquier mujer, os gustara esta o no, pero no aceptáis que una mujer quiera elegir con quien hacerlo. ¿Por qué no dejas pasar el tiempo y que sean ellos los que decidan lo que quieren? A lo mejor Ana no se ha planteado tener una relación con Alberto en este momento, pero puede que en un futuro, después de convivir un tiempo juntos, se dé cuenta de la clase de persona que es y se anime. Pero, por favor, no te pongas tan radical.

—Yo no lo veo tan ideal, Sara. No es lo mismo vivir solo a que un día haya una mujer en tu vida y que esta no quiera nada contigo. Eso es muy duro.

—¿Qué hubiera pasado si tú y yo no hubiésemos acabado juntos? —inquirió Sara empezando a alterarse—. ¿Me hubieras forzado?

—¡Jamás habría hecho algo así! —repliqué muy dolido—. Creo que ahora eres tú la que se ha pasado. Si no hubiésemos acabado juntos seguramente me hubiese marchado.

Sara me miró. Había dicho cosas muy fuertes y ahora se arrepentía.

SEÑOR R

—Perdóname —se disculpó echándose a mis brazos—. Ves, me ha podido otra vez mi carácter. Lo siento.

Las palabras dieron paso al deseo y Sara empezó a jugar con la lengua como había hecho aquella mañana. No pude seguir manteniendo mi actitud de ofendido y sucumbí, una vez más, a sus encantos.

Era verdad lo que había dicho Sara: a los tíos nos podía el sexo.

***

El *Aurora* era un pesquero mucho más pequeño que el *Dulce*. Al menos, eso servía para que pareciese más manejable. Y por eso mismo a Alberto le daba menos confianza. Sus apenas ocho metros de eslora lo hacían poco apto para alejarse demasiado de la costa, aunque no era ese su cometido cuando lo construyeron. Nosotros tampoco pensábamos en ir más lejos. A mí me parecía un barco bonito, de color rojo llamativo con unas finas líneas verdes en los costados y su nombre escrito en grandes letras blancas en la toldilla del puesto de mando.

Lo primero que hicimos fue hacernos con unos chalecos salvavidas y unas pastillas contra el mareo. Alberto decía que no se mareaba pero que tampoco había estado mucho tiempo a bordo de un buque. Por si acaso se tomó una pastilla. Llevábamos cebo, aunque de carne animal porque no disponíamos de otra cosa. Ignorábamos si aquello serviría. Alberto decía que los peces comían de todo así que no le dimos más vueltas.

—¡Madre mía! —exclamé—. La verdad es que damos un poco de pena. Vamos a bordo del barco de *Chanquete*, con chalecos salvavidas y con tripas de conejo como cebo. ¿Se puede ser más penoso?

—Ya sabes que lo mío es el monte —dijo Alberto, riéndose—. Si pudiera pescar a tiros no me lo pensaba.

Tal y como Matías me había enseñado pusimos el *Aurora* en marcha. Ya había visto al viejo pescador manejar el *Dulce* y sabía algunas cosas. Me sentía un capitán mandando a Alberto soltar las amarras. Con unos bicheros empujamos el pesquero hacia afuera. Por proa no había ningún obstáculo y la salida del puerto, en teoría, no debía ser complicada. Matías me comentó que hasta que no me hiciera con el buque era mejor que saliera dando sólo pequeños golpes de motor, para que la propia inercia me fuera llevando hacia delante, a la velocidad mínima, para así poder virar con tiempo y de manera segura. Para ello viré a babor 180º cuando lo juzgué oportuno. Aunque había espacio de sobra, tanto Alberto como yo estábamos tensos ante un medio en el que no nos sentíamos cómodos ni confiados. Pero logramos hacerlo.

Al salir del puerto los dos nos miramos de manera triunfal. ¡Lo habíamos conseguido! ¡Viento en popa a toda vela!

Seguimos la línea de costa durante unos minutos. Alberto estaba obsesionado con que no hubiera ninguna vía de agua y constantemente miraba la sentina. Cuando hallaba algo de agua residual me preguntaba si debía poner en marcha la bomba. Yo le contestaba que no pasaba nada, que esa agua era normal por el oleaje y que no hacía falta. En el *Aurora*, al ser tan pequeño, se notaba mucho más el balanceo que en el *Dulce*, y ya era decir. No pasó mucho tiempo cuando empecé a notar los primeros síntomas del mareo, a pesar de haber tomado una biodramina media

hora antes de embarcar, como indicaba el prospecto. Puse el motor en punto muerto y el barquito quedó al pairo, meciéndose en las olas.

A babor, a poca distancia, podíamos distinguir el mirador de los Cubos de la Memoria y un poco más allá, la playa de Llanes. Nos metimos en la pequeña bahía y nos mantuvimos allí porque el oleaje era menos movido y se mitigaba bastante mi creciente malestar.

A levante, si hubiésemos continuado, habríamos visto la casa de indianos en la que estábamos viviendo. Hubiera estado bien si al pasar por allí hubiéramos hecho sonar la bocina del *Aurora* para que las chicas nos viesen. Sin embargo, la marea nos la jugó.

Más allá del mediodía había empezado la bajamar. Con lentitud el agua se retiraba y nosotros, para compensar la deriva, seguíamos emperrados en quedarnos en el mismo lugar. Seguimos intentando pescar algo con las largas cañas que llevábamos. No obstante, no sólo no pescamos nada sino que a consecuencia de la bajamar, y el habernos acercado demasiado a la playa por estar a sotavento, nos quedamos embarrancados. El *Aurora* se estremeció al tocar fondo e incluso se escoró de forma apreciable a estribor. Alberto y yo nos miramos asustados. Aunque estábamos cerca de la playa, si teníamos que nadar hasta allí supondría un buen trecho y las corrientes podrían impedir que nos acercásemos. Además, teníamos que salvar el barco o de lo contrario con la pleamar acabaría yendo a la playa y de allí no podríamos sacarlo.

—¿Qué coño hacemos ahora? —preguntó Alberto medio intrigado y asustado.

—Esperaremos a la pleamar. En cuando haya suficiente agua debajo de nosotros podremos mantenernos de nuevo a flote y salir de aquí. He visto que no tenemos daños en los fondos, así que no nos hundiremos. Creo que debemos de estar sobre un fondo arenoso y no rocoso. Eso nos ha salvado del desastre.

—¿Cuánto tardará en subir la marea?

—Por lo que me dijo Matías para estas fechas hasta casi las ocho de la tarde no subirá a lo máximo.

—¡Mierda, si son las dos de la tarde todavía, las chicas se van a preocupar!

—Eso es lo que temo —dije preocupado—. Se van a creer que nos hemos hundido o algo así. Y lo peor de todo es que cuando salgamos de aquí ya será de noche y tendremos que meternos en el puerto a oscuras. ¡Menudos patéticos navegantes estamos hechos!

Lo que más me impacientaba era saber que en un par de horas Sara y Ana estarían más que preocupadas por nosotros. Confiaba en que se acercaran al mirador, aunque seguro que irían primero al puerto.

La escora a estribor llegó a su máximo y a partir de ahí empezamos a enderezarnos de nuevo, muy lentamente, con el inicio de la pleamar. Al menos, así de estáticos, no sentía ninguna nausea.

Alberto y yo no podíamos hacer nada más que intentar pescar algo en aquellas extrañas circunstancias hasta que, a las seis de la tarde, empezó a anochecer y encendimos las luces, con la esperanza de que si las chicas miraban desde la costa nos viesen y al menos supiesen que estábamos bien. De vez en cuando hacía sonar la bocina, que resonaba con fuerza y con mucho eco por los acantilados que había a la derecha de la playa de Puerto Chico.

Al cabo de una hora empezamos a notar como el *Aurora* se desencallaba del fondo y comenzaba a derivar peligrosamente hacia la playa. Viré todo a babor y encendí el motor para salir de allí.

SEÑOR R

El pequeño pesquero se movió de nuevo y nos internamos en la oscuridad más absoluta, sólo con las luces que teníamos y que no daban más allá de unos metros de visibilidad. Se palpaba la tensión del momento. Cualquier maniobra extraña podía precipitarnos contra la costa. Empezaba también a sentir mi primario miedo al mar, acentuado con aquella oscuridad. Pensaba que de allí no podíamos salir bien, que algo ocurriría y que tendríamos que saltar al agua donde nos quedaríamos flotando con nuestros chalecos hasta morir por hipotermia o al estrellarnos contra las rocas.

—¿Crees que saldremos de esta? —preguntó Alberto como si me hubiera leído el pensamiento.

—Claro que sí. Hace no mucho tiempo me dijo un loco que yo era un superviviente y que los demás sólo eran meros errantes —respondí sabiendo que Alberto necesitaba que le diera ánimos—. Así que fíate de él.

—Vale, *superviviente*. Cuidado con esas rocas.

Llevar un barco no era como hacerlo con un coche. Es más, no tenía nada que ver y aunque la rueda del timón era redonda como un volante ahí se acababan las similitudes. Me sorprendía a veces apretando con el pie derecho un hipotético freno, pero en un cascarón había que tener mucho cuidado con la inercia y se tenía que controlar muy bien la potencia del motor. A eso se le unía el estado de la mar, la deriva, el abatimiento por las corrientes y la marea. Vamos, que uno sabía donde quería ir pero otra cosa era poder hacerlo. Sabía que si nos salvábamos ese día era porque el mar estaba casi calmado. Con mar de fondo o algo picado nos habríamos estrellado hacía rato.

Pasábamos justo frente al mirador e hice sonar de nuevo la bocina. Alberto manejaba el foco de proa apuntando a babor, que era por donde debía de estar la costa, y a proa, donde esperábamos ver la boya del puerto de un momento a otro. Íbamos a poca velocidad para poder virar cuando Alberto me indicase que ya estábamos sobre la bocana.

—Detén el motor y ve girando a la izquierda —previno Alberto.

—Será virando a babor. En un barco no se puede decir izquierda o derecha porque en el mar no hay esas referencias. Y no se dice girar, sino virar —expliqué dándomelas de experto. Alberto prefirió no contestarme porque no hubiera salido nada amable de su boca. Ambos estábamos ya muy cansados y asustados.

—Ya puedes darle al motor. Si es que se dice así, claro.

Según avanzábamos hacia la entrada del puerto oímos los gritos de Sara y Ana que nos llamaban. Estaban contentas por saber que volvíamos de una pieza, aunque suponíamos que muy asustadas.

Con la misma paciencia y parsimonia que en la salida logramos dejar al *Aurora* en su sitio, utilizando los bicheros para acercarnos lo suficiente al atraque. Las chicas esperaron en el muelle a que amarrásemos el barco. Luego, muy emocionadas, se lanzaron a bordo a abrazarnos. Sara lloraba y me decía que ahora comprendía a las mujeres de los pescadores.

—Hemos subestimado al mar y pecado de novatos —me excusé tratando de tranquilizarla—. No volveremos a hacerlo. La próxima vez que salgamos iremos con más cuidado. Te lo prometo.

—No hace falta que lo hagáis —gimoteó Sara—. Tenemos comida de sobra.

—Pero el mar es una buena fuente de alimentos necesarios. Te juro que no saldremos excepto cuando haga un día estupendo y sepamos lo que hacemos.

Y volvimos a pecar de novatos, porque a los dos días, cuando Alberto y yo regresamos de

nuevo, vimos al *Aurora* soltado de sus amarras. No había ido muy lejos, aunque tenía bastante agua en la sentina. Al parecer, el día anterior, cuando bajó la marea, quedó literalmente colgado de las amarras y estas cedieron por el peso, haciendo que el pesquero cayera al agua de forma violenta. Se nos había olvidado dejar la suficiente holgura en las amarras previendo el cambio de marea. Habíamos amarrado el *Aurora* en pleamar dejando los cabos demasiado tensos y al bajar el nivel ocurrió lo inevitable.

Iba a ser verdad lo que decía Matías de mí: que era un *boquerón*.

***

Matías torció el gesto al conocer nuestra nefasta primera salida con el *Aurora*. Reconocía que, aunque no habíamos ido muy lejos, nos la habíamos jugado.

—También fue mala suerte que os quedaseis embarrancados —dijo el viejo pescador—. De lo contrario no habríais tenido ningún problema a la vuelta, a plena luz del día. Sin embargo, es cierto que con la oscuridad que hay ahora, donde no se ve la línea de costa con las luces de los pueblos o los faros, corréis más riesgo de tener un percance. Buscad alguna lancha neumática para llevarla a remolque por si acaso, como bote salvavidas. Así podréis llegar a la costa si os quedáis varados. No lamentéis la pérdida del buque si lo abandonáis. Hoy en día no tenéis que pagar hipotecas o facturas. No os la juguéis por cuatro tablas.

—Hubiéramos abandonado el barco cuando embarrancamos, pero la playa quedaba todavía algo lejana y teníamos miedo de las corrientes —expliqué avergonzado por una inexperiencia que nos podía haber costado caro.

—Cuando alguna vez os encontréis en medio de una corriente, jamás se os ocurra luchar por salir de ella intentando forzar la salida. Os ahogaríais por muy buenos nadadores que fueseis. Dejaros llevar por esta en paralelo a la costa. Aunque os desplace bastante, al final podréis salir sin problemas. Muchos de los turistas que se ahogaban todos los años en las playas morían así, se creían que podían ganar al mar. Y eso no pasa nunca. Tened respeto por esta y sobreviviréis. En todos los años en los que he navegado he visto desaparecer a compañeros por las causas más peregrinas.

—Y eso que casi no había olas —añadió Alberto—, sino no sé cómo hubiésemos podido entrar en el puerto.

—Cuando os encontréis con fuerte oleaje y tengáis que avanzar que no os dé nunca de través —explicó Matías—. Si estas son olas muy grandes os pueden volcar en un golpe de mar. Los temporales se capean yendo de proa, aunque tengáis que dar mucho rodeo.

—Otra cosa —Alberto se acordó del asunto de la pesca—. ¿Cómo podemos conseguir un buen cebo?

—Pescar a pie de playa cualquier pececillo, eso os servirá —recomendó Matías riéndose—. Los peces buscan peces más pequeños para comerse, no tripas de conejo.

Después de la charla con el viejo salimos dispuestos a acercarnos a la playa a intentar hacernos con algo de cebo. Como hacía buen día Sara sugirió que podíamos pasar el día en la playa y comer allí. Después del susto con el *Aurora* nos venía bien relajarnos un poco.

—El agua está muy fría y no vamos a poder bañarnos —se lamentó Ana.

—Los pescadores tendremos que remojarnos las piernas —dijo Alberto—. A ver si por lo menos conseguimos un mísero pez.

Sara se fue a dar una ducha rápida. Al bajar estuvo peinando su larga cabellera mientras ayudaba a preparar las cosas. Estaba tan hermosa, vestida con una sencilla camisa blanca y tan radiante después de lavarse, que me quedé observándola embelesado. Alberto, que estaba por allí, se rió de ello y me dijo que le echara una mano y dejara de babear.

—Es que no puedo evitarlo, Alberto. Todavía me pregunto qué hace una chica así a mi lado —dije pasando por donde estaba Sara, que me sacó la lengua.

—Yo también me lo suelo preguntar —convino un sonriente Alberto.

Preparamos las mochilas con comida, agua y pocas cosas más. La playa no estaba lejos y podíamos ir andando. Sería como una excursión.

Avisamos a Matías, quien se quedó con muchas ganas de acompañarnos. Le dijimos que a la hora de comer alguno de nosotros se acercaría. Aunque nos sabía mal dejar solo al viejo, este nos había dicho que no nos preocupásemos de él. Se quedaba en la cama, o sentado a veces en la silla leyendo sin parar todos los libros que le proporcionábamos. Alberto le había puesto un radio CD con pilas. Así, al menos, tendría también música para entretenerse. Desde su ventana, en la planta baja, podía ver el mar a lo lejos, que era lo que más le gustaba. Pero no quería ni oír hablar de que alguno de nosotros se quedara de guardia.

La playa de Puerto Chico era una pequeña y coqueta bahía que estaba protegida a la izquierda por el mirador y el faro y a la derecha por un alto en el que estuvo situado el camping de la localidad. No habíamos ido por allí porque debía haber todavía muchos cuerpos desperdigados y a esas alturas no debía der un buen espectáculo. Al lado de este estaba la playa de Toró, que era más grande pero que decidimos dejar su visita para otro día.

Cuando llegamos, tras andar unos diez minutos, vimos que la marea estaba bajando, aunque todavía no había llegado a su máximo repliegue. En la multitud de oquedades que dejaba el agua al descubierto, en las rocas a pie del mirador, pudimos descubrir varios pececillos que se habían quedado aprisionados allí. Eran muy minúsculos pero aún así los tomamos y los metimos en un cubo con agua de mar. Allí permanecían nadando en círculos. Desde aquel lugar divisábamos también el punto aproximado por donde nos habíamos quedado encallados. Era una distancia considerable. Desde el *Aurora* pareció que estaba más cerca. Fuimos sensatos en no intentar ganar la playa a nado.

Alberto y yo nos habíamos descalzado y arremangado los pantalones para internarnos un poco dentro del agua para lanzar las cañas. Utilizamos un pececillo de los del cubo. El mar estaba bastante calmado y las olas no eran más que leves ondulaciones. Aunque había nubes dejaban ver el sol lo suficiente para calentarnos y el agua, aunque en un principio se notaba fría, luego parecía más atemperada. Todavía no había llegado el frío de verdad y había que aprovechar los pocos días que quedaban como aquel.

—Qué bien lo hubiera pasado *Zas* aquí —le dije a Sara, acordándome con añoranza del pequeño *wookie*.

—¿Te has acordado de él por algo?

—Algunas veces se le echa de menos. Hoy es uno de esos momentos.

—Doy por sentado que ese tal *Zas* era un perro —dijo Alberto.

—Era un pequeño perrito de compañía que me encontré en Madrid —expliqué sin poder evitar un atisbo de melancolía—. Fue antes de que Sara y yo nos conociéramos. Nos hizo mucha compañía hasta que murió en un incendio hace ya tiempo. Fue un buen amigo.

—Qué pena —terció Ana, a quien los animales la producían muy buenos sentimientos—. Yo tuve un pastor alemán hace muchos años, pero un desgraciado lo atropelló un día y se dio a la fuga, dejándome sin su compañía. Sé lo que se siente.

—No nos pasemos —replicó Alberto—. No vais a comparar la pérdida de un perro con la de un ser humano.

—Hombre, ya sé que son cosas distintas —dije encogiéndome de hombros—, pero eso no quita que se le eche de menos.

—Puede que si se sienta lo mismo —insistió Ana—. Yo estuve mucho tiempo sin poder dormir pensando en mi pobre *Bruno*.

—¿Sí? Qué triste —ironizó Alberto, muy molesto con Ana—. Yo llevo ocho meses levantándome aterrorizado todas las noches al ver en sueños las caritas de mis niños muertos. Llorando muchas veces sin poder evitarlo y creyendo oír sus voces en cualquier parte.

Hubo un terrible silencio, en el que no nos atrevimos a decir nada. Todos habíamos perdido a familiares en la pandemia, pero Alberto era el que más había sufrido por ello. Ninguno de nosotros, incluida Ana, que bajó la cabeza apesadumbrada, pudo mirarlo a los ojos.

—Lo siento, Alberto —se disculpó Ana—. No quise molestarte.

Alberto asintió con la cabeza, como queriendo pasar página, pero el momento de buen rollo playero había acabado de forma abrupta. Con la excusa de ir a preparar la comida las chicas se fueron hacia donde estaban las mochilas, dejándonos a los dos solos. No quise comentar nada antes si Alberto no lo hacía primero. Yo no era nadie para reprocharle aquello porque, aunque no en la forma, si estaba de acuerdo con él en el contenido de lo que había dicho.

—Ahora sí que se ha dado cuenta de que soy un gilipollas —resopló Alberto.

—No te lamentes —dije—. Tienes toda la razón en lo que has dicho, aunque quizás te has alterado demasiado. No podemos imaginarnos lo que has pasado, o estás pasando, por perder a tu familia. Creo que ella lo ha entendido y no te guardará rencor por ello.

—Ya, pero como bien dices creo que ha sonado demasiado alterado. Le debo una disculpa. Debe creer que tengo algo contra ella porque me rechazó el otro día y no es eso, ni mucho menos. Voy a dejarla bien claro que respeto sus sentimientos y que no la volveré a molestar. Si ella quiere tener algo que sea la primera en dar el paso. No voy a estrellarme dos veces en la misma roca.

—¿Y si no da el paso nunca?

—¡Qué se le va a hacer! ¡Ajo y agua!

Miré a Sara, que hablaba con Ana, seguramente de lo mismo que nosotros. Esperaba que tanto Ana como Alberto no nos viesen como unos celestinos. Era obvio que ambos sólo queríamos ayudar.

Después de un rato sin pescar nada decidimos volver con las chicas e intentarlo después con la pleamar. Comimos en un ambiente un tanto raro. Por un lado las chicas y por otro nosotros, como si estuviéramos enfadados. Después de la salida de tono de Alberto no había muchas ganas de retomar

el día de playa, aunque intentamos distender el ambiente, sobre todo Sara y yo, sin conseguirlo. Alberto estaba avergonzado y Ana también, cada uno con lo suyo. En un momento dado, Alberto se levantó y fue a limpiarse las gafas, mojándolas en el agua del mar.

—No quiero entrometerme en lo que no me importa, Ana —dije tratando de arreglar las cosas como un colegial—. Pero Alberto está muy avergonzado por lo que ha pasado esta mañana.

—La avergonzada soy yo. Tuvo que dolerle en el alma que comparase el dolor que sentí por perder a *Bruno* con el que él tuvo al perder a toda su familia. En qué estaría pensando, de verdad.

—No le des más vueltas —aconsejé—. Es importante, para la convivencia de todos, que intentéis arreglar vuestras diferencias y creo que ahora es un buen momento para ello. Ya sabes cómo es Alberto de tímido. Ayúdale a pedirte perdón.

Ana asintió y se levantó. Vimos cómo esta se acercaba a Alberto y le decía unas palabras. Al poco caminaron hacia el este mientras hablaban.

—Con que íbamos a dejar que arreglaran ellos sus asuntos... —Sara se sentó a mi lado.

—Mujer, es que vaya dos. Yo antes era un pánfilo, pero reconozco que no era por timidez, sino porque era un pasota. Pero estos dos necesitan un empujón. Te lo digo yo.

Sara se rió y se puso a recoger las cosas. Mientras, la miraba y pensaba en lo qué hubiera pasado si yo hubiera estado en el caso de Alberto, enamorado de Sara sin ser correspondido. No habría podido vivir en el mismo sitio en el que Sara caminase, respirase o riese. Sin poder abrazarla y sentirla como ahora. Sin poder besar sus labios o acariciar su cuerpo. Eso hubiera sido un tormento. Por eso, al ver que Alberto albergaba sentimientos por Ana, comprendía lo que estaría pasando y me veía en la obligación de ayudarle en lo que pudiera.

Como Alberto y Ana se habían alejado bastante, le dije a Sara que me ayudase a poner las cañas de nuevo. Esta vez más cerca porque subía la marea.

Sara tuvo suerte y pescó un pez de poco menos de diez centímetros. Aunque por los saltos que daba parecía que había sacado a la mismísima *Moby Dick*. Mi caña seguía de adorno.

—Vamos, no vaciles que sólo estamos pescando cebo —me reí ante sus triunfales gestos.

—Tú lo que tienes es una envidia... —se mofó ella.

—Deja que lo vea, tía lista.

Me pasó el pez, que todavía se movía de forma compulsiva en la mano. Tomando de un brazo a Sara se lo metí dentro de la camiseta. Sara empezó a dar saltos riendo y llamándome de todo mientras trataba de sacarse el escurridizo pescado.

—Anda ven, que te lo saco.

Metí una mano y empecé a buscar al pez, mientras Sara me decía que no, que le hacía muchas cosquillas. Notaba la suavidad de su piel caliente. Después de acariciar sus pechos, nos fuimos al suelo encima de la arena mojada, besándonos como si nos fuera la vida en ello.

Las pequeñas olas empezaron a llegar pronto con la pleamar, empapándonos en un instante. Entre risas y besos retrocedimos hasta las mochilas para quitamos los calados jerséis. Al menos, aquello sirvió para quitarnos el calentón.

—¿Y estos dónde estarán? ¿Se habrán ido a casa? —indagó Sara, mirando a lo lejos para intentar divisarlos. Había oscurecido ya, aunque no era más de las seis de la tarde.

—Déjalos, lo mismo han hecho como nosotros y se han dado por fin un revolcón.

SEÑOR R

—Mucho tendrían que haber cambiado las cosas porque a Ana no le gusta físicamente Alberto.

—¿Por qué? Tampoco es tan feo. Vale, es calvo, paliducho y con gafas. Eso le quita puntos —dije entre risas—. Pero es alto y se suele afeitar más a menudo que yo. Eso suma puntos. Además, tiene buenos brazos y piernas. Que era cazador de los que andaban, no como esos señoritos vestidos de "Robín de los bosques", que se quedaban apostados detrás de un matorral esperando a que les llevaran el ciervo para ponérselo en bandeja.

—Hombre, ya sé que me tratas de colar a tu cliente, para que mi cliente acceda, pero las cosas como son. Alberto es más bien feote —concluyó Sara con pose de abogada.

—¿Mi cliente? Pues tú cliente tampoco es que se diga que sea una *miss* universo —continué con la broma.

—¿Cómo que no? Bien guapa y simpática que es. Tiene una figura muy linda. Con una buena delantera. Eso os encanta a los tíos —explicó ella haciendo exagerados gestos con las manos.

—Simpática sí. ¿Buena delantera? No me había fijado, ya ves tú, pero no es ni una décima parte de lo guapa que tú eres.

—Gracias, cariño.

—De nada, mi amor.

No tuvimos que esperar mucho. Ambos llegaron al cabo de unos minutos. No tenían pinta de haberse dado un revolcón en la playa.

—Hemos ido a ver a Matías —explicó Alberto—, que se nos había olvidado ir a la hora de comer a verlo.

—¡Es verdad! —exclamé horrorizado al acordarme del pobre Matías.

—No pasa nada —dijo Ana—, está bien, pero me da mucha pena.

—Si pudiéramos sacarlo en la silla de ruedas... —dijo Sara.

—Ya lo hemos intentado y se cansa mucho —negué con la cabeza—. Matías necesita reposo casi absoluto.

—Además hay que... —empezó a decir Alberto, sin llegar a completar la frase. Se había quedado absorto mirando hacia el este.

Todos dirigimos nuestra vista a la dirección que miraba y descubrimos, a un kilómetro de distancia en lo alto de un acantilado, una luz en plena oscuridad.

***

Aquella noche no pudimos conciliar el sueño con tranquilidad. Alberto y yo dejamos a las chicas en la casa y salimos, con los fusiles de asalto, hacia la dirección donde habíamos visto aquella luz, que sin duda era producto de una linterna de gran potencia o el faro de una moto.

No descubrimos nada al llegar, ni siquiera algún rastro de que allí hubiera habido alguien. Nos invadió el temor y regresamos rápidamente. Sin embargo, algo era seguro: habían estado merodeando por los alrededores con una luz.

Aseguramos bien la verja e hicimos guardia entre Alberto y yo. Las chicas se quejaron de ello llamándonos machistas. Les dijimos que esa noche, por lo menos, la velaríamos nosotros. Ellas ya tendrían su oportunidad.

Aprovechamos parte del equipo que incautamos a los paramilitares. Como un visor nocturno

que vino de maravilla para vigilar en aquella oscuridad casi total, al ser luna menguante. Con el visor puesto la noche se tornaba de un inquietante y luminoso color verde, que permitía ver a corta distancia, al menos lo suficiente como para observar cualquier movimiento de alguien que intentase invadir el espacio ajardinado de la parcela cercada.

Después de un tiempo sin tomar precauciones de seguridad, sin ir más lejos el día de la playa fuimos desarmados, de nuevo volvíamos a portar armas y salir siempre en pareja; nunca solos. Aquello nos devolvió a la cruda realidad.

Al día siguiente decidimos sobre lo que íbamos a hacer al respecto.

—También es que hemos sido un poco ingenuos —opinó Alberto—, dejando escrito a los posibles supervivientes que vayan a Santander el lugar donde íbamos a estar. Acordaros de la pintada en la fachada del instituto y la nota en el interior, donde indicábamos claramente que estaríamos en Llanes. Aunque no lo hicimos con el sentido de que hipotéticos supervivientes lo supiesen, pero da igual. Por eso no creo que sea casualidad que haya venido ese, o esos que andan por aquí.

—A mí lo que me preocupa —intervine—, es que si saben que estamos aquí, ¿por qué no se han presentado? ¿Por qué se ocultan de nosotros?

—Quizás quieran observarnos antes de entablar contacto —sugirió Sara—. Es posible que tengan más miedo que nosotros. Lo mismo el haber cerrado la verja y salir ahora armados los haya asustado aún más.

—Entonces deberíamos hacer algo para que sepan que no somos violentos. Quizás otra pintada o algo así —propuso a su vez Ana—. Algún gesto que les haga saber que somos buena gente y que no buscamos líos.

—Por mi experiencia —reflexioné poco convencido con la idea de Ana—, creo que es mejor no ir de buena fe, o de ingenuos que abrazan a todos los que vienen, sino mantenernos alerta e intentar tomarlos por sorpresa.

—Pero si ellos están asustados y ven que no damos un paso conciliador lo mismo se lo toman a mal —se enrocó Ana en su alternativa pacifista.

—¿Y si lo único que quieren es aprovecharse de nosotros? —preguntó Sara con gesto grave.

—Acordaros de los paramilitares que me encontré en Santander —añadí para reforzar mi idea de que era mejor ir un paso por delante.

—Lo que está claro es que no estamos solos —concluyó Alberto—. Tenemos que aclarar esto porque no podemos vivir con miedo. Hay que salir e intentar encontrar a esa o a esas personas. Pero siempre con una mano tendida dando la bienvenida y la otra apoyada en el fusil, por si acaso.

Tanto Alberto como yo decidimos no dejar solas a las chicas en ningún momento. Sara y yo formamos un equipo mientras que Alberto hizo lo propio con Ana. Matías estaba siempre dormido y costaba mucho despertarlo para que pudiese comer o hacer sus necesidades. Ni siquiera pudimos decirle lo que pasaba. En poco tiempo había dado un gran bajón en su estado y temíamos lo peor de un momento a otro. El pobre pescador se nos iba y no podíamos hacer nada.

Sara y yo salimos por la parte de atrás de la finca para dar una vuelta por los alrededores. No íbamos ocultándonos, para no dar la impresión de ir de caza, pero tampoco descuidamos nuestra seguridad. Ambos llevábamos, terciados al pecho, los fusiles de asalto *G36* del Ejército, las pistolas

Glock, los chalecos antibalas policiales y los cascos atados a la cintura, para tenerlos a mano en caso necesario. Yo llevaba, además, una pequeña mochila con más munición, el visor nocturno y prismáticos de largo alcance. Parecíamos de nuevo unos guerrilleros, pero no podíamos escatimar en medios.

Decidimos ir hacia la zona del camping, donde aquella noche en sus cercanías habíamos visto la luz. El día se había nublado y amenazaba con lluvia. Aparte, hacía fresco y tuvimos que ponernos los jerséis que llevábamos.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó Sara mientras se ajustaba el chaleco anti balas.

—Me da mala espina. Todos los supervivientes con los que me he topado siempre me han dado la impresión de que, en mayor o en menor medida, tienen problemas psicológicos debido a la pandemia y sus devastadores efectos. Creo que, después de tantos meses en solitario, viendo constantemente el paso de la muerte, los supervivientes que quedan están, más o menos, algo tocados aquí arriba.

—¿Y nosotros no?

—También, pero en menor medida. Tú has pasado por problemas, yo también los he tenido y bastante gordos. Alberto no puede superar la muerte de sus hijos y Ana muchas veces está sumida en su mundo *Disney*. Desde luego, no puede decirse que nos hayamos librado. Pero al menos no somos violentos. Otros supervivientes que hemos visto si lo han sido, y mucho. Hay algunos que, al verse en un mundo nuevo como este, han dejado de lado las formalidades de antaño y se han dejado llevar por sus instintos primarios. Eso ha hecho que sean individuos peligrosos porque sólo saben manejar las situaciones de forma violenta. No creen necesario que en un conflicto haya que dar prioridad a la palabra. Directamente, lo arreglan a su modo porque saben que no pasará nada después. La jodida ley de la selva es lo que impera ahora.

—Está claro que cuando la civilización se acaba sólo queda lo malo que hay en la gente —añadió Sara—. Por eso yo tampoco me fío de lo que podamos encontrar. Ah, que sepas que yo no comparto eso del mundo *Disney* de Ana, como tú lo llamas.

Avanzamos por un prado y dejamos el camping a la izquierda. Había muchas caravanas, algunas de ellas volcadas y con restos más que evidentes de cuerpos descompuestos, algunos todavía putrefactos por la humedad del ambiente. Era un lugar en el que no nos apetecía entrar, así que decidimos pasar de largo. La playa de Toró, que estaba a continuación, era más grande que la del Puerto Chico, salpicada con grandes rocas y fina arena. En medio de la bahía se divisaban unos rompientes muy peligrosos para navegar por allí con una embarcación. Cerrando la playa, a la derecha, había un alto desde donde se podía admirar la bahía. Allí nos detuvimos para observar con los prismáticos toda la zona.

—A lo mejor los que estuvieron por aquí no llegaron a vernos y optaron por dirigirse al pueblo a ver si había alguien —aventuró Sara—. Allí habrán visto que no era así y puede que se hayan ido.

—Tal vez, pero puede que si nos vieran y estén por aquí cerca, observándonos.

Sara se estremeció y forzó la vista para intentar hallar cualquier indicio que mostrara que allí había habido alguien hacía poco tiempo. Al cabo de un rato cogió algo que había encontrado en el suelo.

—Esta lata de atún tiene todavía restos de hace poco —indicó pasándomela para que la

observase.

Efectivamente, la lata había sido consumida hacía no hacía mucho tiempo, lo que significaba que alguien estaba por esa zona. No encontramos más restos.

—Sólo una lata. Si son varias personas tuvieron que pasar hambre si la compartieron —dedujo Sara—. Me inclino a pensar que es sólo un individuo.

—También es posible que viniera a dar una vuelta, tuviera hambre y luego volviese a donde estaban esperándolo los demás.

—Sabes —dijo Sara—, hay un dicho que dice: si tiene cuernos como una vaca y manchas como una vaca, probablemente sea una vaca. Por lo que hemos visto todo parece indicar que es sólo un individuo.

—Vale, detective —ironicé—. Pero yo prefiero ponerme en el peor de los casos, por si acaso.

Volvimos a cruzar la playa. En vez de seguir hacia delante hasta la casa, nos desviamos a la izquierda, por la carretera que se adentraba en el pueblo. Pensamos en dirigirnos al centro del mismo.

Llegamos al Cuartel de la Guardia Civil, que estaba incendiado. Al pasear por las calles céntricas nos dimos cuenta del por qué esa localidad había tenido tanto éxito como enclave turístico. En verdad era un lugar muy bonito, con unos edificios magníficos. A pesar de las evidentes muestras de saqueo, y degradación posterior, todavía daba gusto pasear por sus calles. No encontramos ninguna ZCC salvo en el Ayuntamiento, donde había tal acumulación de cadáveres a la entrada que supusimos que la gente había tratado de refugiarse allí, creyendo que iban a estar más seguros de los saqueadores y descontrolados, porque de la pandemia no pudieron escapar.

Al lado estaba el señorial Casino de la ciudad. Un edificio que no casaba mucho con el estilo rústico-pescador de las casas y que parecía más propio de la Gran Vía madrileña.

No habríamos entrado allí si no hubiésemos visto, aparcado a la vuelta, el Humvee que había utilizado *Uno* y sus chicos en el ataque al instituto.

Casi como por un resorte preparé el fusil. Sara, que no comprendía nada, hizo lo mismo. Puso un pie en el suelo, parapetándose detrás de un coche. Para una chica de su tamaño, si tenía que disparar con aquel fusil, era mejor que lo hiciera de aquella manera. Me acerqué a ella.

—Ahí está aparcado el Humvee que utilizaban los paramilitares. Yo lo dejé donde abandonaron el Renault 4. Seguro que alguno de ellos regresó a buscarlo y después vio la pintada del instituto en la que decíamos que estábamos aquí. No sé a qué narices habrán venido.

—¿Quién crees que puede ser? —indagó Sara algo inquieta.

—Puede que sea Cristian y Paula. O alguno de los dos por separado. No lo sé, esto no me gusta nada. Tengo que averiguarlo.

—¿Estás loco? Déjalo para cuando esté Alberto y te pueda ayudar.

—No —afirmé—. Si nos vamos ahora lo mismo se van a otro edificio y no podremos localizarlos. Tú quédate aquí. Si ves que hay tiros te largas de inmediato a contarles todo a los demás. Y ni se te ocurra entrar, no vaya a ser que yo te dispare por accidente.

Sara me miró muy preocupada. La idea de que me metiera allí no la gustaba nada. No obstante, asintió con la cabeza.

—Jura que no te harás el héroe. En cuanto veas lo que hay te vienes. Por Dios, Miguel, no

soportaría que te pasara algo.

—Te lo juro, no soy un héroe, aunque lo parezca. Estoy muy nervioso y creo que me mearía en los pantalones de un momento a otro. Esas cosas no les pasan a los superhombres. Sólo soy un tipo que quiere vivir en paz con su mujer. Y para eso debo averiguar lo que hay allí dentro. Quédate aquí, ponte el casco y estate atenta a la salida. Ten cuidado.

Nos dimos un beso y me acerqué al edificio. Llevaba puesto también el casco. Ajustado en el mismo llevaba acoplado el visor nocturno, listo para ponérmelo, por si entraba en alguna sala que lo requiriese. Al pasar al lado del Humvee observé que no tenía preparado ningún misil en la torreta. Dentro no se veía nada más de interés.

Mientras entraba, con mucho sigilo, pensaba en qué estarían tramando Paula o Cristian, o los dos, yendo a Llanes. ¿Buscarían venganza por su derrota? Había que ser muy retorcido para eso.

Al momento me volvieron a aflorar los infaustos recuerdos de la angustia dentro del portaaviones francés, cuando perseguí al caníbal loco. Esta vez podía haber dos personas armadas y sabía que estaba en inferioridad de condiciones. Pensé en retroceder y hacerle caso a Sara. Quizás podía ir ella a buscar a Alberto mientras yo me quedaba vigilando...

Algo sonó en el piso de arriba.

Con la boca reseca, y el dedo apoyado en el gatillo, subí muy despacio por la impresionante escalera. Había luz, aunque no demasiada. La suficiente como para imposibilitar el uso del visor. Si lo usaba con mucha claridad lo único que distinguiría serían fogonazos. Miraba hacia arriba, esperando descubrir en cualquier momento a Paula o Cristian encañonándome con un arma.

En cuanto llegué al rellano me eché a un lado, detrás de la esquina. Allí si había la suficiente oscuridad para poder echar mano del visor. Con él puesto me cercioré de que no había nadie detrás de las sombras. El ruido sonó más claro, parecía como si alguien estuviera colocando algo, como moviendo cajas. Avancé un poco más, hasta cerciorarme de que el sonido provenía de una sala contigua a la izquierda. Podía aprovechar la oscuridad de aquel pasillo y esperar a que saliese. Yo los vería, pero él o ella no podrían hacerlo y si tenía una actitud violenta los podría meter cinco balas en el cuerpo en menos de un segundo.

Me quedé agachado cerca de diez minutos. El ruido era incesante, aunque esa vez era más bien pequeños sonidos, algún paso y bolsas de plástico. Incluso un ruido seco de algo que se le debió caer al suelo.

Cuando ya me acercaba con la intención de hacer un asalto al estilo patada en la puerta, esta se abrió de improviso, llenando de luz el pasillo en el que me encontraba. Lo vi todo blanco y me retiré el visor de inmediato, aunque era ya tarde y no veía nada.

El individuo que había salido se dio cuenta de mi presencia y gritó que no le hiciera nada, que se rendía.

Era Pablo.

***

Era consciente de que, si en vez de Pablo, hubiera sido Cristian o Paula, ahora sería un cadáver. Porque el fogonazo de luz que se produjo en el visor nocturno me dejó sin visibilidad durante unos largos minutos. En ese tiempo, Pablo me reconoció y se alegró de que fuese yo.

Cuando me recuperé totalmente bajé a avisar a Sara, quien respiró aliviada. Volvimos a subir para hablar con Pablo.

—Me habías asustado, Miguel. Cuando vi que había alguien ahí agazapado con casco inmediatamente pensé que era Cristian o Paula, que venían a vengarse de mí por haberlos dejado tirados.

—Me alegra mucho saber que eres tú, Pablo. ¿Se puede saber qué haces por aquí? —indagué mientras lo miraba. Había perdido algo de peso durante todo este tiempo. Era evidente que pasaba hambre.

—A los dos días del ataque me atreví a volver. Quería saber qué había ocurrido y entonces me percaté de la pintada en la pared. También vi el cadáver de *Uno* tirado en el jardín. Luego me acordé de tu Renault 4 y me dirigí allí a buscarlo. Me sorprendí al ver en su lugar al Humvee, así que ya ves. Sé que para vosotros *Uno* era un hijo de puta loco, pero a mí siempre me trató bien, aunque no estaba de acuerdo con el ataque. Tienes que saberlo, Miguel. Esa fue la única ocasión en la que me atreví a mostrar desacuerdo en una de sus decisiones. No me hizo caso, así que cuando se hizo el ataque general no quise ser partícipe en esa carnicería y me fui. No soy ningún valiente y no quise formar parte de aquello.

—Te entiendo. Te hubieran pegado un tiro si te hubieras opuesto de manera firme. Mira, esta chica se llama Sara y es mi mujer —dije haciéndome a un lado.

—¿Tú mujer? ¡Vaya suerte que tienes! Qué guapa eres, Sara. Encantado de conocerte.

—Hola —saludó esta algo cortada. No le agradaba que la adulasen de entrada, sin conocerse todavía. Le parecía una falta de respeto.

—Has adelgazado —repuse observándolo con detenimiento.

—No hago más que comer esta mierda de conservas y otras cosas que voy encontrando, la mayoría caducadas. Ya te dije que si me dejaban sólo era un inútil. Creo que moriré en poco tiempo si sigo comiendo así de mal.

—No te preocupes. Ven con nosotros —dije notando como Sara me miraba de reojo—. Te daremos algo más nutritivo que eso.

A Sara aquello no le hacía ninguna gracia. Por lo que ella sabía, el tal Pablo formaba parte de una banda de alucinados, que vestían de militares y que por lo visto iban de justicieros que habían acabado siendo una especie de psicópatas quijotescos. Sabía que yo había mencionado que Pablo no era igual que los otros y que les seguía el juego porque no sabía sobrevivir sin nadie. Pero Sara no sabía si ese Pablo había participado en matanzas o violaciones con su grupo de la muerte. Nadie sabía nada del pasado de aquel tipo con aspecto inocente. A Sara no le gustaba en absoluto la idea de llevarlo a la casa.

Fuimos andando, no queríamos presentarnos con el Humvee y que Alberto creyera que volvían a atacarnos. El recibimiento, tal y como esperaba, fue frío, bastante tenso. Todos sabían que Pablo no había participado en el ataque, pero no se sentían cómodos con alguien que había pertenecido a un grupo violento. Alberto me dijo que si llega a estar Sandra esta le hubiera volado la cabeza nada más verlo y que si él no lo hacía era porque yo estaba presente. La única persona que se mostró amable con él fui yo. Pablo lo notó y sugirió que era mejor volver de nuevo al casino, donde tenía sus cosas.

SEÑOR R

—Venga Pablo —le animé—, quédate a comer por lo menos. Tienes que entender también que ellos no han hablado contigo como lo hice yo y no te conocen. No saben que eres un buen tipo.

—Gracias, Miguel. Supongo que es una situación un poco complicada.

—¿Por qué has venido a Llanes? —inquirió Alberto, un tanto hostil.

—Leí la pintada que hicisteis —respondió Pablo.

—Eso se da por hecho —dijo Alberto, bastante tenso—. ¿Qué buscas de nosotros? No pensarías que te íbamos a recibir con los brazos abiertos.

—Bueno, bueno... —intercedí llevándome a Pablo a un lado—. Vamos a dejarle un poco tranquilo, que esto parece un interrogatorio policial.

—Alberto tiene razón —convino Ana—. Merecemos una explicación.

—Sólo vine para ver si me podíais echar una mano, nada más —se excusó Pablo con una mirada triste que daba bastante pena, al menos por mi parte.

—Pablo, por favor, ¿te importaría dejarnos solos un momento? —le pedí mientras le indicaba el salón—. Tenemos cosas que hablar en privado.

Parece que yo era el único que comprendía las razones de este para venir a Llanes.

—Sé que vosotros no le conocéis de nada —dije mientras me sentaba alrededor de la mesa de la cocina—. Pero yo estuve un par de días conviviendo con él y os puedo asegurar que pasaba mucho del rollo militar que se traían los otros.

—Está claro que no se le ve con pintas de psicópata, como al tal *Uno* —dijo Alberto—. Pero no le conoces lo suficiente como para dar por sentado que es una persona normal y que no es peligroso. No sabes nada de su pasado y de lo que haya podido hacer en compañía de aquellos chalados.

—Tampoco nos ha dicho claramente lo que quiere —apuntó Sara—. Sólo que le echemos una mano. ¿Quiere comida? Le damos un par de conejos y que se vaya a otra parte.

—Cariño, no seas así de dura —dije molesto por aquel rechazo tan radical.

—Miguel, no pensarás decirle que se quede aquí, ¿verdad? —inquirió Ana, que no tenía su habitual sonrisa y mostraba también poca hospitalidad.

—Yo creo —dije—, que Pablo necesita que le ayudemos a sobrevivir ahí fuera. Que le enseñemos a hacerlo. Él mismo me comentó que si se unió a la banda aquella fue porque si hubiera estado solo habría muerto. Dejadme que os diga que antes era más gordo, ha adelgazado un montón porque se debe estar comiendo hasta las pipas del suelo. No sabe cazar, ni pescar y ni siquiera se le ocurre acercarse a una huerta a por manzanas o cualquier otra fruta. Es como un niño. Seguro que vivía con su madre.

—Vale, aceptemos que no sabe valerse por sí mismo —convino Alberto—. ¿Qué hacemos? Antes de que lo insinúes ya te digo que en esta casa no se puede quedar. Nosotros no nos fiamos y no estaríamos a gusto.

—Que se quede en Llanes —propuse después de un breve silencio—, alojado en el casino, o donde él quiera, y que se venga con nosotros cuando vayamos a cazar, pescar o recolectar. Que vaya viendo cómo hacemos las cosas. Que nos ayude también. A cambio le dejaremos comer con nosotros, o al menos una vez al día y que luego se vaya a dormir al pueblo.

—Me parece bien —aprobó Sara.

—Es factible —afirmó Ana.

SEÑOR R

—¿Y luego? —indagó Alberto, quien mostraba su lado más intransigente —. Cuando ya sepa hacer esas cosas por sí mismo. ¿Le darás una habitación aquí o le explicarás que es mejor que se vaya a otra parte?

—Eso te lo responderé más adelante, según lo vayamos conociendo y viendo lo que hace.

Alberto se encogió de hombros y accedió a mi proposición, aunque con la condición de que en un mes nos volviéramos a reunir para decidir el futuro de Pablo. No quería posponer demasiado aquello.

Pablo se puso muy contento al saber nuestra resolución, aunque esto supusiese que no podía quedarse a dormir en nuestra casa.

—No os defraudaré, de verdad —agradeció con los ojos humedecidos.

—Eso espero Pablo, o nos molerán a palos a los dos —avisé medio en broma y medio en serio.

Después comimos todos juntos. Pablo, visiblemente hambriento, mantuvo los modales a pesar de que hubiera metido la cabeza en el plato de carne. No habló mucho a consecuencia de eso. Estaba muy cortado ante la fría acogida de las chicas y de Alberto. Con el único que hablaba con confianza era conmigo. Preguntó por Cristian y Paula, aunque se imaginó que los habíamos dejado ir ya que en el instituto no vio más cadáveres que el de *Uno*.

—¿Tú sabías que esos dos estaban enrollados a espaldas de *Uno*? —indagué.

—Por supuesto. Cristian me tenía amenazado de muerte si decía algo. Ese chico era un bravucón y me trataba como una mierda. Paula estaba enamorada de la figura que representaba *Uno*: el poder, la firmeza con que hacía todo... Pero era una cría de veinte años y *Uno* le doblaba la edad. Tenía más cosas en común con Cristian y este le gustaba más físicamente. Creo que en un par de años *Uno* habría tenido problemas con el chico. Dos que comparten la misma mujer...

—Pablo —dijo Sara con gesto serio—, hay algo que quiero saber. ¿En vuestro deambular por el país, alguna vez visteis a mujeres solitarias?

Pablo sabía por dónde iba Sara. Me miró como esperando que yo dijese algo pero yo también estaba intrigado.

—No. Siempre fueron hombres violentos y descontrolados.

—¿Todos? —inquirió Alberto, bastante suspicaz.

—No sabéis lo que puede hacer la soledad con un hombre. A la persona buena lo vuelve malo. Todos acabaron así: medio locos o enteramente desquiciados.

—¿Qué hacíais con esa gente? —preguntó Ana cogiendo el testigo en el interrogatorio—. ¿Los matabais sin saber si de verdad estaban locos?

—¡Yo jamás he matado a nadie! ¡Lo juro por lo más sagrado! —exclamó Pablo, dejando de comer y mirándonos a todos como si fuésemos un jurado popular.

De nuevo mostraba esa mirada de terror ante la posibilidad de que le abandonáramos.

—Tranquilo, Pablo —traté de calmarlo—. Nadie te acusa de nada. Sólo estamos tratando de saber qué cosas hacía ese grupo en el que estabas.

—No os voy a negar que *Uno* y los otros hicieron mal en tomarse la justicia por su mano. Pero nunca se propasaron con ningún inocente.

—¿Y tú no hacías nada? —indagó Alberto de manera un tanto inquisitorial—. ¿Sólo mirabas?

—No podía hacer otra cosa. *Uno* sabía que yo no era como ellos. Pero también necesitaba a

alguien que montara las tiendas, que cargase las cajas de munición... En definitiva, me tenían de burro de carga. Lo hacía con gusto porque eso me evitaba tener que ir de soldado de primera línea. *Uno* siempre me respetó pero los otros me llamaban gordo o *gafotas*. Me despreciaban mucho.

—¿A cuántos os cargasteis? —quiso saber Ana.

—Yo a ninguno, ya os lo he dicho —respondió Pablo, muy incómodo con el interrogatorio.

—Reformulo la pregunta. ¿A cuántos se cargaron tus amigos?

—No sé a cuantos antes de llegar yo. Pero desde que me uní a ellos al menos a tres hombres. Creo que me voy a ir al pueblo a descansar un poco —se excusó tratando de salir de aquella encerrona.

Se levantó muy rápido y se fue, aunque quedé con él en vernos a la caída de la noche. Al volver con los demás sólo encontré caras con gesto contenido.

—Miguel, no nos fiamos de ese tipo —afirmó Alberto, nada más sentarme de nuevo a la mesa —. Sabemos que formó parte de un grupo de locos y él dice que nunca se vio envuelto en nada turbio. No hay forma de corroborar eso. Si se queda aquí siempre será un sospechoso.

—Démosle un voto de confianza —pedí tratando de conmoverlos—. Ya le habéis oído, la gente que se queda aislada en un mundo lleno de cadáveres descompuestos se vuelve loca. Si le dejamos terminará así.

—A mí lo que no me cuadra es que, según él, siempre encontraron hombres —apostilló Sara—. ¿Es qué ya no hay casi mujeres o qué?

—Puede ser que los hombres se atrevan más a salir a la aventura que las mujeres —insinué.

—A las mujeres nos encanta quedarnos en casita, cuidándola y limpiándola para nuestros machos —replicó Sara con sarcasmo.

—Vamos a ver —empecé a cansarme—, yo no tengo las respuestas a esas preguntas. Lo único que sé es que ese hombre necesita ayuda y no podemos negársela porque tengamos sospechas sobre su pasado. Yo tampoco sé que pasado habéis tenido vosotros pero me fío completamente.

Sara se levantó para ir al baño. No sabía si se había molestado por lo último que había dicho o era casualidad.

—Miguel, ya sabes que Sara no podrá vivir con alguien como Pablo, que puede haber sido partícipe en algún acto violento contra mujeres —avisó Ana aprovechando la ausencia de esta—. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Cierto que no podemos saber nada de ese tipo, y que es inocente hasta que se demuestre lo contrario, pero en su historia hay puntos confusos sin aclarar, que van a impedir que tengamos una relación abierta con él. Sara le mirará siempre sospechando que él y su grupito forzaron a alguna mujer alguna vez.

Comprendía las dudas que manifestaban, pero no sabía cómo satisfacerlos sin dejar a Pablo en la estacada.

—Vamos a hacer una cosa —propuse—. En este mes que nos hemos puesto como periodo de prueba, le vamos a controlar estrechamente. Incluso, algún día le vigilaré yo sin que lo sepa, cuando esté fuera en el pueblo. A la mínima señal de algo raro en su comportamiento tomaremos una decisión.

En ese momento entró Sara. Nos miró muy seria y triste a la vez.

—Matías ha muerto.

SEÑOR R

***

Al menos, el viejo pescador había fallecido plácidamente mientras dormía. Llevaba días sin permanecer despierto más que unas pocas horas. Todos sabíamos que no había nada que hacer y procuramos que se sintiera cómodo. Por eso, cuando Sara nos anunció su muerte, a ninguno nos extrañó.

Tal y como había deseado echamos su cuerpo al fondo del mar al día siguiente. Todos nos embarcamos a bordo del *Aurora*, excepto Pablo. Sin ninguna ceremonia cumplimos su deseo, salvo un escueto "adiós" y unas flores, que Sara recogió del jardín y lanzó al mar. Le habíamos envuelto en unas mantas atadas con cuerdas y con un peso de lastre, tal y como se había hecho en la mar desde tiempos inmemoriales.

Al regresar estábamos tristes, pero sabíamos que la muerte de Matías no había sido violenta y que había muerto en paz. Pablo, que nos esperaba en el muelle, lamentó la pérdida y fue bastante amable. Se notaba que se esforzaba en mostrarse solícito y amigable, sobre todo con las chicas y Alberto. Sabía que le estaban mirando con lupa y no le pasarían ningún gesto inapropiado. Quería aprobar el examen con nota.

—Me ha dicho Miguel que eras contable en Valladolid —dijo Ana, tratando de saber algo más de Pablo.

A este se le iluminaron los ojos al poder hablar con alguien a parte de mí.

—Oh, sí. Trabajé como contable durante más de quince años en una empresa harinera. Aunque no en Valladolid capital, sino en las cercanías, si bien los últimos años lo compaginaba con mi otra gran pasión.

—¿Cual? —indagó Sara, que se unió a la conversación.

—Ayudar a la gente —afirmó con orgullo.

—¿Trabajabas en una ONG o eras voluntario en alguna asociación benéfica? —preguntó Ana con cierta admiración.

Pablo bajó la vista, algo avergonzado.

—En realidad ayudaba a la gente desde la política.

—Ah, entonces eras uno de esos políticos idealistas —Ana parecía algo decepcionada—. Antes, lo normal era que los que se dedicaban a la política lo hubieran hecho por causas menos nobles que esa.

—Como forrarse o enchufar a sus familiares y amigos —recalcó Sara.

—Ya sé que ha sonado a lo típico de manual del buen político, pero en mi caso es verdad. Era concejal en el Ayuntamiento de mi pueblo, Tazón de Arriba, en Valladolid. Pero sin sueldo ni nada, ojo.

—¿Concejal de qué, si puede saberse? —curioseó Alberto.

—Esto... No era precisamente un pueblo grande, entendedlo. Apenas éramos trescientos habitantes. Era concejal de Cultura y Festejos.

Las chicas reprimieron las risas.

—Desde luego es la mejor concejalía para ayudar a la gente —opinó Ana sin ocultar una amplia carcajada.

SEÑOR R

Por imitación todos nos reímos, incluso Pablo. A pesar de venir de un entierro no teníamos la sensación de tragedia y no lo veíamos indecoroso. Estábamos seguros de que Matías se hubiera reído también.

—Ya sé que no era gran cosa, pero me gustaba el cargo para poder ayudar a la gente de allí, que eran en su mayoría muy mayor. La mayoría de las veces me encargaba de organizar para ellos excursiones de un día por lugares de la zona. O incluso ir una semana a Benidorm. Eso les encantaba y a mí me hacía sentir bien porque me lo agradecían mucho.

Después de andar un rato, mientras conversábamos distendidamente, se me vino a la cabeza una idea. No dije nada porque quería hablar primero con Sara. Esta me miró extrañada por mi brillo en los ojos y mi sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te pasa algo? —me preguntó.

—Esta tarde, después de comer, quiero que salgamos a dar una vuelta por la playa de Toró. Hace un día fresco pero hay sol.

—Bueno... ¿Qué estás tramando?

—Ya te enterarás.

Sara me dio la mano y aunque insistió en saber qué la ocultaba no solté prenda.

A pesar de que acabábamos de estar en un funeral me sentía muy feliz.

—¿Qué tal pasas las noches en el casino? —le pregunté a Pablo durante la comida en la casa—. ¿No pasas frío?

—De momento estoy bien. He conseguido un par de mantas, pero cuando haga más frío me voy a trasladar a una casa particular que he echado el ojo. Mucho más pequeña y acogedora. Si me metí en el casino fue porque parecía un palacio, pero no es un sitio demasiado práctico para vivir.

—Creo que eso será lo mejor —asentí con la cabeza.

—Además, la casa que digo tiene chimenea, que para los meses fríos me vendrá muy bien.

Las chicas miraron un poco incómodas a Pablo. En el fondo sentían lástima de que estuviera como un desterrado. Alberto era más duro y no hizo ningún gesto que evidenciase algo de humanidad hacia él. Me recordaba a cuando llegué por primera vez al instituto de Santander y este se mostró igual de frío conmigo.

Después de comer algunos se fueron a dormir la siesta, como Ana. Otros, como Alberto, optaron por leer en el salón. Sara subió a la habitación, a cambiarse de ropa para salir conmigo a pasear por la playa. Mientras tanto estuve un rato hablando a solas con Pablo.

Aunque ya no había merodeadores salimos con las pistolas. No queríamos vernos de nuevo sorprendidos por algún superviviente o algún animal salvaje. Teníamos claro que en aquel nuevo mundo había que estar siempre atento y preparados para los imprevistos. La relajación total podía llevar al desastre.

Fuimos a la playa de Toró porque nos pareció muy bonita el día que la vimos. En aquel momento, con bajamar, se distinguían perfectamente las numerosas rocas que había a lo largo y ancho de la playa dándole un aspecto de fantasía, como de otro mundo.

—A ver, ¿qué te traes entre manos? —indagó Sara nada más llegar.

—Supongo que ya te has hecho a la idea de que somos un matrimonio a nuestro estilo.

—Ya lo sabes, tonto —afirmó Sara, pasando un brazo por mi cintura.

—Ahora tenemos la oportunidad de hacer las cosas como siempre he querido. Estoy un poco anticuado, ya lo sé, es que tengo treinta y cinco *tacos*...

—Venga, no te andes por las ramas. ¿Qué estás tramando? —inquirió Sara frunciendo el ceño.

—Que ahora podemos casarnos de manera totalmente legal.

Sara me miró incrédula y luego cayó en la cuenta.

—Como Pablo es concejal quieres que nos case.

—He hablado con él y me ha dicho que, en teoría, sigue siendo concejal de cultura y festejos del Ayuntamiento de Tazón de Arriba, de Valladolid. Aunque eso ya no sirve para nada excepto para poder oficiar una boda por lo civil. Eso sí, me ha dicho que nunca lo ha hecho, pero que estaría encantado de estrenarse con nosotros.

—Si es por eso, por hacer una ceremonia legal, aunque eso ya no signifique nada, Matías podía habernos casado en alta mar. Tengo entendido que podían hacerlo los capitanes de barco si están navegando.

—Vaya, creía que te iba a hacer ilusión —me decepcioné un poco por la respuesta de Sara.

—No es eso. Creía que esas cosas ya no importaban. Con nuestra ceremonia íntima que nos inventamos, con estos anillos que llevamos, supuse que ya lo habíamos dejado resuelto. ¿Por qué quieres hacer ahora el *numerito*?

—Está bien, perdona —me excusé con cierta amargura—. Ahora me siento un poco estúpido. Creí que sería algo bonito y romántico. Que tuviéramos testigos de ello e incluso con un concejal y todo. Pasar un buen día de fiesta, olvidándonos de la realidad durante un buen rato. Joder, es que a veces no pienso las cosas. Vale, olvida lo que te he dicho, no pasa nada, de verdad.

Sara me miró con lástima. Ahora era ella la que se sentía mal por haberme chafado una idea romántica e incluso algo infantil, que en el fondo no era más que una muestra de amor.

Volvimos a la casa, siguiendo hablando de otras cosas. Se notaba que mi brillo en los ojos había desaparecido y que era más que evidente que aquel rechazo de Sara me había dolido.

Encontramos a Alberto y a Pablo hablando en el salón, mientras se tomaban un whisky, a palo seco, en unos vasos de chupito. Pablo me miró esperando que le dijera algo, pero mi mirada y mi estado de ánimo le avisaron de que la cosa no había salido bien. Seguramente pensó que Sara no quería porque él oficiaría la ceremonia.

Me fui a la barra y me serví otro whisky. Lo necesitaba.

—Hace buen día —dijo Pablo tratando de sacar un tema intrascendente para romper aquel incómodo silencio.

—Hace algo de frío pero al sol se está bien. Aunque se acercan nubes un poco oscuras por el mar-respondió Sara como una autómata. Parecía pensativa, quizás todavía se sentía mal por haberme rechazado.

—Mañana voy a ir a cazar y Pablo me va a acompañar —informó Alberto.

—Si —afirmó Pablo sonriendo—, *Uno* nos enseñó a manejar las armas, pero no a cazar, eso me vendrá muy bien. Aunque también tendré que aprender a cocinar las piezas o no servirá de nada.

—Pablo, no te lo tomes a mal, pero, ¿podrías no mencionar nunca más a *Uno* y a esa etapa de tu vida? —demandó Sara, algo molesta—. Me disgusta porque no eran gente precisamente a la que recordar o adular.

SEÑOR R

—Eh..., si claro, perdona. No pretendía adularlos, sólo mencioné que...

—Tranquilo, no pasa nada, Pablo —tercié en la conversación—. Sara se refiere a que el tipo ese era un loco y es mejor no recordarlo como si hubiera sido un gran hombre.

—No hay problema. No volveré a sacar a relucir nada de ellos. Os lo prometo.

Ana apareció somnolienta con los ojos hinchados después de una buena siesta. Preguntó qué bebíamos y se apuntó a ello. Cuando se dirigía a la barra a servírselo Sara le pidió otro whisky para ella, lo cual nos sorprendió a todos, porque ella no bebía nunca alcohol, salvo alguna esporádica copa de vino en alguna contada ocasión.

—Ten cuidado, Sara —avisé sonriendo—. O te sentará mal.

—No te preocupes. Sólo voy a dar un sorbito —explicó Sara, tomando el vaso que le pasaba Ana. Esta se sentó y preguntó qué es lo se celebraba.

Sara alzó el vaso y anunció muy sonriente:

—¡Nuestra próxima boda!

***

—Ahora hay muchos animales —concluyó Alberto, mientras miraba por la mira óptica del fusil *M24*.

—Les ha venido bien nuestra casi extinción —afirmé observando por los potentes prismáticos —. Lo que he notado es que ya han perdido el miedo que tenían a las poblaciones humanas. Hasta hace bien poco no se veía ningún otro animal por las calles del pueblo, excepto perros o gatos, pero el otro día observé un zorro metiéndose por el hueco de la puerta de una casa.

—Eso no es nada —añadió Pablo, que estaba a nuestra espalda, agachado sin dejarse ver—. Dentro de no mucho tiempo los herbívoros se expandirán tanto que habrá superpoblación. Hasta que los predadores, como lobos y osos, puedan nivelar ese número de forma natural. Hasta ahora la proporción de herbívoros era mucho mayor que la de carnívoros y tardarán. En el pasado nos cargamos a la mayoría de los depredadores. A los osos porque era el rey de los trofeos de caza y a los lobos porque se comían a la ganadería. Supongo que los que hay ahora estarán en la gloria con tanta comida a su disposición.

—Eso quiere decir que a corto plazo va a ver mucha caza y que a largo plazo el número de animales peligrosos aumentará —resumió Alberto.

Todo esto lo comentábamos en lo alto de una loma. Estábamos a poco menos de diez kilómetros de Llanes, en pleno monte, donde siempre había posibilidades de poder cazar algo. Esta vez nos habíamos animado a ir con Alberto, aunque Pablo ya le acompañaba desde hacía varios días.

Alberto se quedó muy quieto, sin mover un solo músculo. De repente disparó su rifle de francotirador. El sonido resonó por todo el valle, haciendo que pequeñas bandadas de aves se echaran a volar en todas direcciones.

—¡Que puntería tienes! —exclamé al ver como un corzo quedaba abatido a unos seiscientos metros.

—Este rifle es muy bueno —afirmó Alberto—, aunque no estaba destinado por sus creadores para este cometido sino para otras tareas más siniestras.

—Ese fusil lo encontró... —Pablo se interrumpió al darse cuenta que iba a decir *Uno*. Y ya

había prometido que no iba a hablar más de aquella época—. Perdón, no digo nada.

—Lo sé, Pablo —le guiñé un ojo—, no hay problema.

—Sólo quiero que sepáis que ese rifle, bueno, nunca ha sido utilizado para nada —justificó Pablo algo ruborizado—. Pensé que deberíais saberlo para que tengáis la conciencia tranquila.

—Dormiré mejor sabiendo eso —replicó Alberto sin que supiésemos si hablaba en serio o era puro sarcasmo.

Llegamos al cuerpo del animal y Alberto empezó a despiezarlo para transportarlo con comodidad. Para ello se puso un mono y unos guantes para no mancharse la ropa. Se notaba que era algo que había hecho toda la vida, porque lo hacía sabiendo perfectamente lo que tenía que hacer. Pablo y yo permanecíamos en un discreto segundo plano.

—Espero que vayáis quedándoos en cómo lo hago —dijo Alberto—. Por si un día no puedo hacerlo yo.

—Creo que si —afirmé mirando con desagrado como evisceraba al corzo—. Aunque no deja de ser algo asqueroso

—Bueno, Miguel —Alberto sonreía mientras sostenía en las manos los intestinos del animal—, estoy esperando que me digas cómo vas a celebrar la despedida de soltero.

—Supongo que bajaremos una noche al salón de la casa y agotaremos las existencias de *Brugal* y *Cattos* -dije encogiéndome de hombros.

—Y *Chivas*, reserva de doce años por lo menos —añadió Pablo—. Por cierto, ayer me pasé por el Ayuntamiento, que está al lado del casino, y no pude entrar a ver los archivos donde poder inscribir vuestro enlace, tal y como quieres. Había muchísimos cadáveres y parecía que estaba todo muy saqueado. No me apetecía ni asomarme.

—Te entiendo. Podemos hacer la celebración del oficio en otro Ayuntamiento cercano —sugerí.

—Será lo mejor. Además, en un pueblo pequeño será más fácil encontrar los certificados de matrimonio. Supongo que luego no hará falta mandarlos también al Registro Civil —bromeó Pablo.

—No, hombre. Si todo esto lo hago porque quiero que podamos hacer una fiesta para pasarlo bien, una válvula de escape. Además de que quede constancia, aunque luego eso no sirva de nada y nunca más se sepa, quiero saberlo yo. Quiero saber que Sara es mi mujer con todas las de la ley. Aunque esa ley no valga ya de nada.

—Se nota que eras un administrativo —se rió Alberto—. Si algo no consta en un papel es que no existe.

—Ahora hay que encontrar ese Ayuntamiento. Si quieres vamos esta tarde a buscarlo —propuso Pablo.

—Perfecto. Cuanto antes lo encontremos, mejor. No quiero que se arrepienta la novia.

Los dos pueblos más cercanos por los que pasamos aquella tarde, Celorio y Poo, no cumplieron nuestras expectativas. El primero porque su Ayuntamiento estaba en ruinas por un incendio, supusimos que por la época de los saqueos. Y el segundo porque era otra ZCC como el de Llanes.

En esa ocasión fuimos los dos solos ya que Alberto se quedó para preparar la carne y las chicas querían ir al pueblo a mirar posibles vestidos. Lo bueno de la boda es que a todos nos había subido el ánimo porque nos había obligado a pensar en cosas que ya creíamos olvidadas. Vestidos, despedidas de solteros... Una vuelta a la cotidianidad que sabíamos que ya no volvería jamás. Fue

algo que todos agradecimos por permitirnos soñar un poco.

Pablo conducía el Humvee, porque ya tenía costumbre y era un vehículo perfecto para atravesar lugares de acceso complicado. Por allí había muchos sitios así. Era un coche ideal si no fuera por su elevado consumo. Sin embargo, su tremenda potencia era garantía de poder atravesar una casa si nos lo proponíamos.

—Por curiosidad, Pablo. ¿Qué hiciste con el último misil anticarro que os quedaba? —indagué mientras avanzábamos por la carretera local costera que nos llevaría al siguiente pueblo llamado Manzanero.

—Lo llevo ahí atrás —contestó Pablo con tranquilidad.

Le miré con cara de asombro, algo asustado por llevar semejante munición a bordo.

—No te preocupes, no es peligroso —explicó Pablo al ver mi cara de pánico.

—¿Y por qué lo sigues llevando?

—No lo sé. He estado tentado de dejarlo muchas veces pero pienso en las posibles utilidades y lo conservo.

—¿Cómo cuales?

—Imagínate que ahora nos persigue un coche con unos malvados hijos de perra: asunto resuelto. Imagínate que hay un derrumbe de rocas en la carretera y no podemos pasar: asunto resuelto. Imagínate que...

—Vale, lo capto. Pero te pediría que, por favor, cuando regresemos dejes el misil en algún lugar más seguro. ¿De acuerdo?

—Todavía no os fiáis de mí —dijo Pablo algo apesadumbrado.

—Yo si me fío y los demás están empezando a hacerlo. Pero si se enteran de esto, créeme, bajarías un par de puntos. Y necesitas todos los que puedas.

—¿Lleváis un contador de puntos? —preguntó Pablo incrédulo.

—No, hombre. Es una forma de hablar.

—Supongo que tienes razón. Quiero integrarme, así que dejaré el *pepino*.

Manzanero era el típico pueblecito costero asturiano. Pequeño y pintoresco, que había estado despoblándose hasta que el turismo empezó a llegar asiduamente a la zona, sobre todo en verano. Se convirtió, por tanto, en un lugar bien conservado, a veces incluso con cierto aire de parque temático para *guiris*, aunque todavía con el encanto de pueblo de siempre.

Como en la mayoría de los pueblos por los que habíamos pasado, no había muchos cuerpos. La mayoría de la gente del país había muerto huyendo, a ningún sitio en particular porque en todas partes pasaba lo mismo. Por eso comprobábamos continuamente que la gente había optado por morir en la carretera dejando muchas poblaciones total o semi abandonadas. Manzanero era otra de aquellas poblaciones. Salvo varios cuerpos tirados en mitad de la plaza mayor, no vimos ninguno más. El Ayuntamiento era pequeño como esperábamos y Pablo no tuvo problemas en encontrar los archivos con los partes de defunciones, nacimientos y bodas. La última de estas que se había celebrado en el pueblo había sido hacía dos años. Pablo me enseñó varias fórmulas para poder utilizar en la ceremonia. La larga y la corta. Opté por esta última, porque tampoco se trataba de cansar a los invitados. Nos reímos un rato pensando en ello y echamos un vistazo por la zona, buscando el salón de actos que estaba en un edificio aparte.

SEÑOR R

—En muchos pueblos tienen salones así para las fiestas y similares —explicó Pablo—. Supongo que para una boda también servirá.

—Quiero dejarlo un poco arreglado, ya sabes. Que no parezca un lugar tétrico como la mayoría de los edificios que hay ahora. Que no se note que está muy abandonado. Pondré velas, flores, en fin, esas cosas...

—Te comprendo. Te ayudaré en lo que pueda. Al fin y al cabo es mi primera boda y quiero que salga bien. Lo mismo tengo que repetir.

—¿Y eso? —pregunté sorprendido.

—Por Alberto y Ana. Puede que algún día se animen.

—Supongo que podría ser, pero a día de hoy sólo son amigos —le expliqué a Pablo, sabiendo que este no sabía nada de aquello.

—Para ser amigos los he visto besarse de manera muy efusiva —replicó Pablo divertido.

—¿Cómo? —no me lo podía creer—. Así que lo mantienen en secreto.

—¡Ya he vuelto a meter la pata! —exclamó Pablo dándose una palmada en la frente—. ¿Por qué no aprenderé alguna vez a mantenerme callado?

—No te preocupes. Alberto siempre ha ido detrás de Ana. Supongo que al fin lo habrá conseguido. Démosles tiempo para que se sientan seguros y nos lo confirmen ellos mismos. Pero me alegra saberlo.

—Mira —señaló Pablo a un edificio grande con las paredes encaladas en blanco y el tejado de dos aguas—. Es el salón de actos. Observa el jardín ahí al lado. Se me ocurre que el banquete nupcial podría hacerse ahí, con una barbacoa.

—Habrá que consultarlo, pero no es mala idea. Vamos a ver cómo está el interior.

El Salón de Actos era en verdad un gran espacio. En contra de lo que me esperaba no estaba demasiado cochambroso, aunque necesitaba una serie de arreglos para dejarlo decente para el evento. Las sillas estaban todas amontonadas en un fondo, dejando un gran espacio en el medio de la sala que estaba lleno de polvo, papeles y de todo tipo de cosas. Había varias bicicletas oxidadas, aperos de labranza y cajas llenas de adornos de las fiestas de Navidad que me hizo pensar que aquel salón fue utilizado más como almacén. Aún así, con un poco de esfuerzo, se podría lograr dejar el sitio bastante decente.

—Madre mía —resopló Pablo mientras ojeaba el interior de algunas cajas—, aquí hay que echarle unas cuantas horas.

—Yo vendré por las mañanas para ir dejando esto limpio y arreglado.

—Te ayudaré. Me vendrá bien un poco de trabajo físico.

—Gracias, Pablo.

Salimos al jardín. El lugar era un espacio abierto, con varios columpios para niños y con varias mesas de madera para utilizar como merendero.

—Esto también necesitará un buen arreglo —observé—. Está lleno de malas hierbas y basura que ha arrastrado el agua y el viento.

—Un día pueden venir todos a echar una mano y de paso hacemos una barbacoa como ensayo general —sugirió Pablo.

—Me gustaría que fuera una sorpresa para Sara. Que viese el lugar sólo el día de la boda, para

que el momento tuviese su encanto.

Pablo asintió sonriente y dijo que en ese caso haríamos horas extra.

Al atardecer volvimos a la casa. Durante la cena hablamos de todo aquello.

—Pablo y yo vamos a acondicionar el lugar de la boda y el banquete, pero tardaremos todavía unos días en dejarlo listo —anuncié de manera casi solemne.

—¿Un banquete? —repitió Sara asombrada—. ¡Qué lujo! Ten cuidado con los gastos que estamos muy justitos.

Todos reímos y bromeamos sobre el asunto. A Sara y a mí nos gustaba que ellos también estuvieran ilusionados por participar. A falta de otros entretenimientos se agradecía aquel acontecimiento para sobrellevar la dura vida real.

—Ya tengo el traje de boda —anunció Sara, mirándome con un brillo especial en sus ojos.

—¿Es como los de toda la vida? —pregunté—. ¿De blanco?

—No te pases. Tampoco quiero que sea una fiesta de disfraces. Además, no encontraría ninguno de mi talla que me gustase. Hemos mirado en una boutique del pueblo y hemos escogido unos vestidos muy bonitos, pero sin extravagancias.

—Tendré que buscar entonces un traje —dije fastidiado—. Los odio porque me recuerdan a mi anterior trabajo de oficinista.

—No hace falta que vayas como un pingüino —dijo Sara—. Un traje normal, para que vayas a juego conmigo. Los demás podéis ir como queráis, faltaría más.

—Como yo soy el que os casa tendré que ir acorde con ello —dijo Pablo—. Y Alberto y Ana son los testigos, además de padrino y madrina, por lo que me temo que todos tendremos que arreglarnos un poco.

—No quiero ser aguafiestas —interrumpió Alberto—. Pero, además de los preparativos de vuestra boda, en los que también participaré, como no, tengo que recordaros que nos hace falta de manera casi urgente un generador eléctrico. Ha sobrado mucha carne de corzo que tendremos que tirar por no poder aprovecharla. Es necesario tener el arcón congelador de la cocina funcionando para no tener que ir a cazar casi cada día. Es un desperdicio.

—Pues sí, eres un aguafiestas —convino Ana, guiñándole un ojo—. Pero tienes razón. Además, hay que ir a buscar más bombonas de butano porque nos queda una.

—Mi calefacción de gas necesita al menos una bombona cada dos semanas —indicó Alberto—. Con el Humvee podemos traer más que con los coches normales.

Pablo lo tenía algo más fácil porque en la casa que se estaba preparando para vivir, en el mismo pueblo, tenía chimenea en el salón donde había puesto una cama.

Estuve tentado de decirle a Alberto que como ya parecía tener relaciones con Ana durmiera mejor en su habitación para no pasar frío. Pero luego pensé que sería un comentario inoportuno y me callé.

Cuando nos disponíamos a acostarnos, mientras Sara se ponía su pantalón corto y camiseta que utilizaba a modo de pijama, le dije que sospechaba que Alberto y Ana estaban liados.

—Ya lo sabía —afirmó Sara, riéndose ante mi cara de asombro al comprobar que era el último de la casa en saberlo.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—Porque han empezado hace nada y porque Ana me lo pidió. No sabe cómo va a acabar la cosa pero no quería que hicieseis las típicas bravuconadas que decís los tíos. Ya sabes, lo de hablar de "ya te la has ligado, eh", "ahora dormirás calentito, jo, jo, jo" —imitó con voz exageradamente grave.

—No hablamos así —me defendí—, pero me alegro por los dos. Espero que les vaya bien porque eso significará que nos ahorraremos una bombona de butano.

***

La estabilidad que habíamos buscado la encontramos con creces. Al igual que en las anteriores veces, en las que estuvimos asentados, ocupábamos buena parte del día a los distintos quehaceres, la mayor parte en beneficio del grupo. La búsqueda del grupo electrógeno nos llevaba varios días a la semana, normalmente por la tarde después de comer, ya que las mañanas las dedicábamos a cazar, recolectar y explorar los alrededores. Durante varios días Pablo y yo íbamos a Manzanero a limpiar el Salón de Actos y el jardín, lo que nos llevó más tiempo del que pensábamos e hizo retrasar las celebraciones varias semanas más. Teníamos claro que lo primero era la subsistencia del grupo y luego los entretenimientos o cuestiones personales.

Un día Alberto nos reunió a Sara y a mí. Nos dio, como regalo de bodas, unos anillos de oro que había encontrado en una casa de Llanes, para sustituir a los que teníamos. Al parecer debieron ser parte de un botín de saqueadores, porque dijo que había muchos más y ninguno estaba grabado con nombre, lo que le hizo pensar que provenían de una joyería y por lo tanto nunca habían sido usados. Sara en un principio no aceptó, porque los anillos que llevábamos simbolizaban aquella primera ceremonia y se resistía a desprenderse de ellos. Cuando le dije que llevásemos los dos anillos se convenció. Alberto los guardó hasta el día del enlace. Fue un bonito e inesperado detalle.

Gracias a la labor de Pablo pude avanzar mucho en la limpieza del Salón y su entorno. Incluso tuvimos que retirar un cadáver de una casa cercana, ya que Pablo se fijó casualmente que, a la salida del Salón, justo a lo lejos, se veía la cara momificada de un hombre en una ventana. Y eso no era una visión agradable en un momento que se suponía idílico. No era raro que algunos días llegásemos de vuelta a la casa bastante tarde. En esas ocasiones me sentía mal porque Pablo tuviera que irse a dormir a su casa del centro, pero este me decía que no me preocupase, porque ya estaba habituado y no le suponía ninguna molestia.

Estábamos ya metidos en noviembre y el tiempo había cambiado bastante, para peor. Las habituales borrascas atlánticas se sucedían una tras otra. Al estar al nivel del mar y en la costa, se atemperaba el clima y no hacía tanto frío como podía estar haciéndolo en el interior. Allí sí que hubiésemos tenido que hacer muchos esfuerzos por mantener un refugio caliente. Hubiera sido impensable habitar una casa de las dimensiones como en la que estábamos en Asturias.

Después de comer solíamos encender la chimenea del salón, para que fuera tomando temperatura y luego, por la noche, poder cenar allí. Las chimeneas de las suites no las utilizábamos demasiado tiempo, porque el frío no era excesivo. Con un leño había más que suficiente para caldear el ambiente.

—¿No habéis pensado nunca en ir alguna vez al sur? —curioseó Ana durante aquella cena—. Allí los inviernos son muy suaves.

—Supongo que lo serán —contesté—, pero cada vez que pienso en lo que tardamos en subir desde Madrid no me imagino un viaje hacia el sur.

—Vivir en un clima más cálido es una gran ventaja a la hora de la supervivencia —indicó Pablo —. No hace falta gastar energías para calentarse ni buscar medios para ello. Apostaría lo que queráis a que los supervivientes del norte de Europa tienen en mente mudarse a latitudes más cálidas.

—Supongo que en eso entran también las preferencias de cada uno —puntualicé—. A mí, personalmente, nunca me han gustado esas costas llenas de cemento y agua demasiado cálida.

—Eso era antes —replicó Alberto—. Quedan todavía playas muy hermosas y cuidadas donde, ahora mismo, habría veinte grados o más y podríamos pasear por sus desiertas arenas.

—¿Estáis insinuando algo? —inquirí ante aquel consenso generalizado.

—Para nada —negó Ana mientras sonreía—. Ahora comprendo que antes mucha gente se fuera al sur a pasar el invierno, sobre todo los jubilados. Este lugar es precioso hasta decir basta y con muchos recursos, pero... ¡Hace dos semanas que no vemos el sol!

—Todos los lugares tienen sus puntos buenos y malos —intenté defender el sitio—. Aquí no veremos el sol y hay que abrigarse más, pero para la gente como yo, que no aguantamos el calor y nos gusta dormir tapados, esto es la gloria.

—Ya me lo dirás cuando tengas reuma —avisó Alberto sonriendo—. ¿Y tú, Sara, qué opinas?

Esta levantó la vista al oír su nombre y sonrió.

—A mí también me gusta este clima y paisajes. Pero es cierto que a veces me encantaría dar un paseo por la playa, mojándome los pies bajo el sol y el cielo azul. Para que aquí podamos hacer eso tienen que pasar todavía seis meses, al menos.

—Un momento —hice una pausa en la comida—. Os rogaría que dijeseis las cosas claras. ¿Habéis estado pensando en esto o es improvisado?

—Yo lo he hablado con Ana alguna vez —contestó Alberto—. Aunque lo de ahora es improvisado. Por hablar, vamos.

—Tampoco podemos cerrarnos a otras cosas —añadió Ana.

—No, claro que no. Pero no llevamos más que un mes o así en este lugar —dije subiendo el tono de voz un poco—. ¿Sabéis la de tiempo que nos llevaría poder ir al sur? No hace falta que os comente cómo están las carreteras y la de peligros que hay. Ahora mismo lo que menos me apetece es hacer un viaje largo. Quizás más adelante podría planteármelo. Pero ahora, no.

—No te molestes, Miguel —terció Ana—. Sólo estamos hablando. A mí tampoco me apetece irme ahora mismo. Pero este verano, quién sabe.

—No estoy molesto, ni mucho menos. Aquí no se obliga a nada. Si alguno de vosotros quiere cambiar de aires alguna vez yo no le voy a reprochar nada. Ya sabe dónde está la puerta.

—No se trata de eso —intervino Alberto—. Aquí nadie ha dicho nada de largarse. ¿Por qué llevas la conversación a ese nivel? Creo que si hemos optado por vivir en comunidad es lógico que demos nuestra opinión, o sugiramos cualquier cosa, sin la amenaza de una posible separación cuando no nos guste el tema del que se habla.

Miré a Alberto. La supuesta conversación intrascendente se estaba tornando en algo más serio.

—No quiero que penséis que radicalizo mi postura —me defendí—, pero es cierto que cuando

decidimos quedarnos aquí, pensé en instalarme con Sara y luego vosotros os animasteis a quedaros. No os hecho nada en cara, pero que quede bien claro que los que habéis optado por vivir en comunidad habéis sido vosotros, al integraros con nosotros. No sé a qué viene esa llamada de atención por tu parte, como si yo fuera una especie de dictador o un Fernando como en el instituto. Si a vosotros os apetece ir a una playa en el sur no creo que haya que discutir nada en comunidad. Podéis iros tranquilamente que no os echaremos nada en cara. Pero no creamos otra tribu en la que hay que votar hasta para ir al baño. Que somos pocos y ya mayorcitos para eso.

—Cariño —medió Sara—, no van por ahí los tiros. Alberto y Ana sólo han mostrado una preferencia que, te guste o no, tiene que ser oída. Si ellos hubieran decidido irse mañana al sur, ¿lo habrías visto bien? Seguro que no. Han hablado sólo de una idea. No lo lleves más lejos.

No dije nada. Tenían razón, pero yo era un poco terco; no me gustaba que me rodearan y se pusiesen todos en mi contra. Incluso Pablo pensaba que ir al sur era lo mejor, aunque por consideración hacia mí no participó más en el debate.

Se me habían quitado las ganas de seguir comiendo. Aún a riesgo de parecer un crío, me disculpé y me levanté para dar una vuelta. No pude ir muy lejos porque empezó a llover como para encima darles la razón, así que me quedé sentado en los escalones de la entrada de la casa, que estaban a resguardo de un tejadillo. Al cabo de un rato salió Sara, que se sentó a mi lado.

—Luego te quejas de mi carácter —dijo poniendo su brazo en mi hombro—. Pus anda que el tuyo...

—Es que no lo entiendo. Ahora que parecía que habíamos conseguido algo de estabilidad me vienen con esas. Que sí, que es hablar y es una idea para el verano, pero se nota que ellos no han tenido que sobrevivir como un animal como he tenido que hacer yo estos últimos meses. Joder, quiero un poco de tranquilidad. Estoy aquí muy a gusto, aunque llueva y no pueda mojarme el culo en el mar. Y porque a vosotros os apetezca ver el cielo azul de vez en cuando, hay que movilizarse de nuevo.

—¡Nadie ha hablado de irse! ¿O es que tú quieres quedarte aquí para siempre? Ellos también tienen sus deseos y les gustaría hacerlos realidad alguna vez.

—¡Que los hagan! Nadie se lo impide. Pero que no vengan a convencer a otros para irnos todos juntos. A mí lo único que me importa es lo que tú quieras hacer. Si me dices que quieres viajar al sur nos vamos mañana mismo, pero lo que quiero decir es que no me gustaría estar plegado a los deseos de otras personas, por muy bien que nos llevemos. Eso era algo que no me gustaba del instituto de Santander. Yo siempre he vivido solo y reconozco que soy muy individualista. No me gusta ser fagocitado por la masa.

—¡Anda, exagerado! Cambiemos de tema. ¿Cómo llevas lo del Salón de Actos? A lo mejor estás nervioso por eso. Si al menos me dejaras ir a echaros una mano.

—Prefiero que ese día tengas una sorpresa, espero que agradable. Pablo se lo está trabajando mucho, me da apuro que se vaya a dormir fuera de la casa con todo lo que me está ayudando.

—Él lo quiere así. Además, todavía no ha terminado su periodo de prueba, recuerda. Pero si sigue así no habrá problemas en que se integre de manera definitiva. Todos creemos que es un buen tipo.

—Menos mal. Ah, por cierto, ya he encontrado un traje que, más o menos, me queda bien. Lo

encontré en Manzanero, en una casa. Creo que era el traje de boda de alguno de los de la casa. Lo tenía bien envuelto en un porta trajes del *Corte Inglés*. Hasta había algunos granos de arroz en uno de los bolsillos. No me está mal, algo grande quizás, pero servirá. ¡Qué ganas tengo de que llegue el día!

—Yo también. Aunque sé que lo dices por la noche de bodas —sonrió—. Para esa noche, y por hacer algo especial, te tengo preparada una sorpresa.

—¿Ah, sí? —pregunté mientras se me iluminaban los ojos—. También quiero que llegue ese día porque... ¡por fin voy a verte con una falda puesta!

Sara se rió. Durante todo aquel tiempo, desde que nos habíamos conocido, siempre había llevado ropa práctica que era siempre muy informal. Verla vestida de manera tan femenina iba a ser todo un acontecimiento digno de ver.

***

El asunto de conseguir un grupo electrógeno fue más fácil de lo que pensábamos. Teníamos a menos de cien metros un antiguo camping donde había muchos autos caravanas y allí logramos encontrar varios modelos. Escogimos dos que creímos apropiados. Estaban montados en unos chasis con ruedas traseras que permitían su movilidad. Ambos grupos tenían un depósito de veinticinco litros de gasolina que podía mantenerlos a pleno funcionamiento durante unas diez horas. Como sólo íbamos a ponerlo para que enfriara un arcón, rotaríamos su uso entre ambos grupos. Aquello nos obligaría a echar gasolina cada día, para poder mantener al menos uno de los grupos en constante funcionamiento. Era un engorro, pero si queríamos disponer de un frigorífico era la única opción viable.

Seguiríamos, por tanto, iluminándonos por las noches con los candelabros o las lámparas de aceite, ya que no podíamos permitirnos conectar uno de los grupos para dar aquel menester.

Después de lo que habíamos hablado aquella noche, Alberto no había vuelto a sacar el tema. Se le notaba menos comunicativo conmigo. Quizás le había parecido demasiado infantil mi reacción o quizás estaba avergonzado por haber creído que yo era ese Fernando que parecía que estaba buscando. De todos modos no me guardaba rencor, porque durante varios días se acercó con Pablo y conmigo a arreglar el Salón de Actos.

Aprovechando la movilidad que ofrecían los dos grupos electrónicos, cargamos uno de ellos en el Humvee además de una máquina corta césped a motor. El grupo lo pusimos, de manera provisional, dentro del Salón para que nos permitiese disponer de luz y que el lugar no pareciera un lugar siniestro. Era posible que el día de la boda lloviese o estuviera nublado y no entrara suficiente luz natural por las ventanas, por eso Alberto sugirió instalar allí uno de los grupos hasta entonces y dejar el otro funcionando casi en la casa.

Con luz eléctrica era otra cosa. Hacía mucho tiempo que no disfrutábamos de esos momentos que hacían echar de menos algunas ventajas de la anterior civilización humana. Aunque también nos habíamos acostumbrados a vivir de forma humilde, sin lujos superfluos y gracias al trabajo de uno mismo. En ese sentido nos habíamos vuelto más auto suficientes y sabíamos que la Humanidad, o lo que quedaba de ella, no era más que una parte integrada de la Naturaleza. Ya no éramos una amenaza, sino que convivíamos en armonía con el medio. Eso daba cierta seguridad en nuestras

posibilidades de supervivencia, pero también un inquietante pensamiento de que podíamos morir por cualquier cosa o en cualquier momento.

—Ana me ha dicho que lo del tema de las flores que se lo dejemos a ella —recordó Alberto—. Al parecer, cuando ella vivía en un pueblo de Guadalajara y tenía su tienda de artesanía, también se dedicaba a la decoración floral. Aprovechará lo que el lugar le ofrece y vendrá un día a decorar el sitio. No te preocupes Miguel, me ha dicho que no le dirá nada a Sara.

—Últimamente hablas mucho con Ana —dejé caer, para ver si Alberto se decidía a contar de una vez lo suyo con Ana.

Alberto me miró sonriendo. Él sabía que yo lo sabía.

—Aún estamos en esa primera fase en la que todo es muy frágil. Es muy pronto.

—Ya sabes que si os podemos ayudar en algo no tenéis más que decirlo. No sé, igual que estamos preparando esto podemos intentar arreglaros un restaurante en el pueblo para que cenéis como dos tortolitos.

Pablo se rió y Alberto dijo que se apuntaría aquella idea, por si acaso.

—Las chicas me han preguntado si podemos celebrar la despedida de solteros con ellas —comentó Alberto.

—No hay problema. Así no seremos tres tristes tíos engullendo whisky —accedí con ganas, porque era una fiesta de todos.

—¿Cuándo lo vamos a hacer? Yo creo que esta noche sería un buen momento. El salón de la casa es el lugar ideal para ello —sugirió Alberto.

—Yo pondré la música —se ofreció Pablo—. El equipo a pilas que tengo nos vendrá muy bien.

—Espero que esta fiesta no acabe como la última en la que estuvimos —dije mirando a Alberto, quien bajó la mirada al recordar aquella espantosa noche en el instituto.

—¿Qué paso? —indagó Pablo con curiosidad.

—Demasiado alcohol con su correspondiente resaca —respondí para no tener que explicar lo que ocurrió en realidad.

Al llegar a la casa y contar a las chicas nuestra idea, estas se sorprendieron por lo precipitado de aquello, aunque accedieron a hacer la fiesta aquella noche. Hacía mucho tiempo que no distinguíamos los días de la semana y no hacía falta esperar a un viernes por la noche para disfrutar de un momento de ocio.

Tampoco es que fuéramos a hacer nada especial, salvo preparar la barra del bar y habilitar una improvisada pista de baile, apartando varios sillones del centro del salón. Pero Sara estaba expectante porque si hacíamos la despedida de solteros eso quería decir que el gran día se acercaba.

Después de la cena Pablo se quedó preparando todo: encendiendo las velas de los candelabros, la chimenea, poniendo la música para ir dando ambiente mientras el resto subíamos a las habitaciones a cambiarnos. Ahí se notó la forma de entender una despedida de soltero de cada uno. Yo había ido alguna vez a alguna despedida de algún familiar y siempre me pareció un soberano aburrimiento, donde unos cuantos tíos se emborrachaban y le echaban en cara al novio que cometiese la estupidez de casarse, cuando en el fondo la mayoría suspirábamos por tener al menos una chica de pareja. Así que me puse ropa normal, vaqueros y camisa. Alberto, que no sé a qué despedidas estaba acostumbrado, bajó vestido con un traje sin corbata, como si estuviese en una

fiesta ibicenca. Ni qué decir cuando Pablo y yo lo vimos bajar. Estuvo a punto de subir a cambiarse pero le dijimos que no, que así daría un toque de distinción. Alberto se rió y pidió unos chupitos para empezar la noche. Pablo, detrás de la barra, los sirvió con maña.

—¡Se nota que eras concejal de fiestas! —vociferé a carcajada limpia.

Empezamos bien la noche, con muy buen ambiente.

Sara bajó también con ropa informal. Vaqueros y chaquetilla de lana con un top blanco debajo. Simplemente, todo la quedaba bien.

—Aunque te pusieras un saco de patatas atado con una cuerda estarías guapísima —halagó Alberto ante la sonrisa tímida de Sara, que me dio un abrazo y pidió al "barman" otro chupito, pero de licor de manzana.

A la sazón, apareció Ana.

Si bien ella no era especialmente guapa se había arreglado tanto que nos dejó a todos con la boca abierta. Sobre todo a Alberto, que casi se atragantó con la bebida. Al igual que este, Ana había optado por ponerse elegante; quizás se habían puesto de acuerdo previamente. Su traje rojo era muy llamativo y su escote dejaba entrever su generoso pecho. Sara me dio un golpecito en la cara para llamarme la atención.

—Mujer, es que hay que reconocer que ese vestido le queda impresionante. Pero vosotros adónde creíais que ibais. ¿A una cena de gala? —pregunté mirando a los dos, tan arreglados que nos dejaban a los demás un poco descolocados.

—En el mismo lugar donde encontramos el traje de Sara hallé este —explicó Ana, muy contenta de ser el centro de nuestras miradas—. Como ya tenía otro para la boda, ¡tenía que aprovechar! Me he quitado hasta las gafas, así que no veo bien de lejos. Poneros cerca, eh.

—¡No me había fijado en que no llevabas gafas! Estaba entretenido mirando hacia otra parte —bromeé mirando su escote y recibiendo de nuevo el correspondiente golpe de Sara.

—Vas a tener que atar en corto a tu maridito —sugirió Ana riendo—. Por cierto, ¿cuándo va a ser por fin el *bodorrio*?

—Cuando quiera Sara, a partir de mañana. Está todo casi listo así que no hace falta retrasarlo más —expliqué acercando a Sara hacia mí—. Dime, ¿te viene bien un día de estos?

—Cuanto antes mejor —afirmó esta—. Pasado mañana, si no tenéis nada que hacer. Tengo ganas de ver cómo habéis dejado aquello.

Todos gritaron de alegría y brindamos por tener, por fin, una fecha.

Pasamos un buen rato de risas y picante conversación, mientras no parábamos de beber. Al cabo de las primeras copas Alberto y Ana se atrevieron a bailar un poco. Sara me animó, pero me excuse aduciendo que era muy cortado para eso y que necesitaba, al menos, un par de copas más.

—Por un momento he creído que estaba en un bar normal en la vida normal —dijo Pablo algo melancólico.

—Hacía mucho tiempo que no lo pasábamos tan bien todos juntos —añadió Sara—. Todo este asunto de la boda nos ha venido muy bien.

Esta se sentó en la banqueta al ver que yo no tenía mucho interés en bailar.

—El día de la boda bailaremos un vals —la prometí.

—Ya te veo. Al menos hay algunos que ya no se cortan —dijo Sara, señalando a Alberto y a

Ana, que se estaban comiendo a besos en mitad del salón.

—Hay gente que no sabe beber —bromeé—. Espero que estén lo suficientemente serenos como para ponerse una gomita esta noche.

—¡Como no bailes conmigo ahora mismo ya te puedes ir despidiendo de la boda! —amenazó Sara, poniéndose de nuevo en pie.

Le pedí a Pablo que pusiese algo menos movido, para bailar agarrados, porque así se notaba menos que era un pésimo bailarín. Al cabo de un rato Alberto y Ana, se subieron al piso de arriba, para continuar su fiesta más discretamente. Sara, bastante mareada, por no estar acostumbrada a beber, también hizo lo propio, aunque con ideas menos románticas que los otros dos. Yo me quedé con Pablo, conversando en la barra como si de verdad estuviésemos en un bar normal, en la vida normal.

***

El llenado diario del grupo electrógeno era bastante tedioso de llevar a cabo. Había que conseguir diariamente veinticinco litros de gasóleo para cada uno de ellos. El del Salón no lo habíamos utilizado casi nada, pero nos dio que pensar en la forma de poder disponer de combustible almacenado. Sin embargo, la peligrosidad de idear algún tipo de lugar para ello nos hizo desecharlo. Alberto, mientras efectuábamos el llenado con una garrafa, sugirió hacernos con un camión cisterna, pero seguía siendo algo arriesgado.

—Hombre, no digo que tengamos el camión a la puerta. Pero podemos dejarlo en el prado que hay aquí cerca.

—Eso si damos con un camión cisterna —repliqué—. Creo que no he visto ninguno en mucho tiempo. Piensa que en los tiempos del pánico de la pandemia, debían ser codiciadas presas para los saqueadores y militares.

—Es verdad —convino Pablo—, nosotros no vimos ninguno y eso que fue algo que pensamos también hacer.

—Ya me diréis que hacemos —dijo Alberto—. En principio esos grupos electrógenos fueron pensados para un funcionamiento esporádico. No creo que aguanten mucho tiempo a destajo.

—De aquí a unos años tendremos que estar habituados a vivir sin electricidad —predijo Pablo —. Sin generadores, quiero decir, porque tarde o temprano se estropearán y volveremos a la piedra y el palito para hacer fuego.

—Salvo el arcón frigorífico no tenemos más aparatos usando electricidad. Creo que nos adaptaremos bien a la Edad Media —bromeó Alberto—. Deberíamos vestirnos ya. No quiero ni pensar en la cara que va a poner Sara como nos vea aquí de charla.

—No estarás nervioso —dijo Pablo—. En esta boda somos tan pocos que te puedes permitir el lujo de que todo salga mal y nadie te lo pueda reprochar.

—Me siento como un actor que va a salir a escena. ¡Claro que estoy nervioso!

Ponerme un traje, después de casi nueve meses sin usar otra cosa que pantalones vaqueros o de montañero, me hizo sentirme extraño y estúpido a la vez. ¿En qué estaría pensando para meterme en aquel lío? Todo el esfuerzo que le habíamos dedicado a dejar limpio un lugar, que sólo vamos a utilizar veinte minutos, y que luego no se iba a usar... ¡Era un completo malgasto de tiempo y

energía!

También pensé que no había sido en balde, porque aquellos días de limpieza, de preparativos e ilusiones nos había animado a todos. La despedida de solteros nos sirvió de escape y la boda de entretenimiento. En un mundo tan solitario como aquel aquellas pequeñas cosas eran lo que hacían que mereciera la pena seguir viviendo.

Después de aguantar las risas de los chicos, a pesar de que ellos iban vestidos igual, nos quedamos sin palabras ante la aparición de las damas. Ana vestía un sencillo traje beige con un amplio escote para regocijo de Alberto. Ana aprovechaba aquella rotundidad de sus líneas para lucirse, como era el caso. Sara, más menuda y de líneas más esbeltas era, sin embargo, delicadeza y belleza natural sin aditivos ni trampas de ningún tipo. Su vestido era de color azul celeste muy claro. No era un vestido de boda sino de fiesta. Pero era muy elegante. Parecía un ángel.

Las dos nos miraron muy sorprendidas por nuestro aseado y formal aspecto de chicos buenos. Incluso nos habíamos perfumado y puesto unos enormes relojes de pulsera que Pablo había encontrado en algunas casas. Botines de saqueadores.

—Son *Rolex* de treinta mil *pavos* —puntualizó Pablo.

—Tened cuidado de que no os los roben —aconsejó la risueña Ana.

—No te lo vas a creer —dijo Sara, dándome la mano después de un tierno beso—, pero estoy muy nerviosa. Es como si estuviera en una boda como las que se hacían antes.

—En realidad, así es. Es una boda legal y con todo lo necesario para ello: padrino, madrina, testigos y el señor concejal —enumeré—, con sus anillos, que lleva Alberto, espero, la celebración posterior y el baile. Sólo faltan los típicos primos del pueblo y los niños gritando. Por lo demás, es una boda como las de antes.

—Sí me vieran mis amigas —suspiró Sara.

—Se me olvidaba decir que también falta el fotógrafo.

Ana nos llevó en el Citroën Xsara, recién lavado y con unas tiras de tela blanca en la antena y manetas. Alberto nos seguía con Pablo en el Humvee. Habíamos pensado ir en este último coche, pero nos pareció un poco basto.

No habíamos descuidado la seguridad. Alberto, como si fuera uno de esos agentes que escoltaban a personalidades, llevaba una pistola en su cinturón, oculta por la chaqueta del traje, además de varios fusiles en el maletero de los coches. Pablo no llevaba armas desde que vivía en Llanes y al ofrecerle una pistola dijo que no creía que fuese apropiado oficiar una boda con un arma al costado, como si se casasen unos mafiosos sicilianos.

Al llegar a Manzanero Pablo se bajó el primero para ir rápidamente al Salón, a conectar el grupo electrógeno antes de que entrásemos. Alberto abrió la puerta del lado de Sara como si fuese un chófer y nos encaminamos a la entrada. Esta se maravilló de cómo habíamos dejado el jardín. Habíamos colocado un par de mesas del colegio del pueblo, con unos manteles bordados, que Pablo había encontrado en una de sus exploraciones por las casas del pueblo. Allí estaban preparados los enseres para la barbacoa y las bebidas. En el Humvee traíamos la carne en una nevera de playa. Parecía una boda dominguera: arreglado pero informal.

Lo del menú había dado de que hablar, ya que las chicas consideraban una barbacoa como algo un poco chabacano, pero les dijimos que preparar algo más elaborado, sin tener medios para

conservarlo y traerlo hasta allí, nos hizo pensar en que una simple barbacoa de carne era lo mejor. El día era fresco pero no amenazaba con llover, eso nos salvaría de tener que improvisar el plan B, que consistía en unos bocadillos para degustar en el interior.

Aunque durante muchos días Pablo había intentado encontrar la típica marcha nupcial de Mendelssohn no lo había logrado y puso a nuestra entrada "las cuatro estaciones" de Vivaldi considerando que quedaba igual de bien.

El lugar estaba recogido. Con las flores, luces y velas parecía un sitio muy acogedor para celebrar una boda. Una mesa en el centro con un mantel con el escudo del Ayuntamiento, dio el toque oficial a la composición. Pablo había puesto encima un ejemplar de la Constitución, por ser una boda civil, unas flores que colocó Ana y su carné de su antiguo grupo político como manera de afirmar su condición de concejal. Aquello, ni que decir tiene, nos hizo mucha gracia.

Pablo, muy en su papel de oficiante, nos dio los papeles que había en el Ayuntamiento para bodas civiles. A consecuencia de ello, todo se hizo en un ambiente de risas, alguna que otra locura que no se habría hecho en una boda normal, como una imitación que hizo Pablo, en un momento dado, del cura de su pueblo, y que Ana estuviese lanzando arroz continuamente sin importarle que no hubiésemos salido todavía del lugar.

Pablo comenzó leyendo el acta matrimonial. Continuó con la lectura de los Deberes y Derechos de los Cónyuges, según el Código Civil, que tuvo que saltarse al oír los pitidos de Alberto, al que le aburría tanta charla. Sara dijo que si no era necesario que se lo saltara. Pablo pasó entonces a preguntarnos si consentíamos en contraer matrimonio. Los dos respondimos afirmativamente. Todo esto ante la algarabía de los testigos. Alberto nos dio los anillos que nos pusimos mutuamente. En ese momento Sara se me echo encima, besándome ante la negativa de Pablo que decía que esperásemos, ya que todavía quedaba el papeleo.

Alberto hizo de testigo y firmó el Expediente, que en teoría debía ser para el Registro civil, y que no era más que algo simbólico en este caso. Ana y Alberto firmaron también como testigos del Acta matrimonial. Para finalizar, Pablo nos hizo entrega del documento acreditativo de la celebración del matrimonio.

—Esto lo podéis colgar en la habitación —sugirió Pablo sin poder contener la risa—. Los demás papeles los dejaré guardados en el cajón de la mesa del despacho del señor alcalde.

—¿Aquí es que no se come nunca? —preguntó Alberto, dando toquecitos a su hermoso *Rolex* de treinta mil *pavos*.

—¡Que poco románticos sois! —exclamé—. No quiero precipitar nada pero, a lo mejor, alguna otra pareja quiere aprovechar el momento y el lugar.

Le guiñé un ojo a Ana, que me enseñó la lengua y arrastró a los demás afuera para continuar la fiesta.

Pablo sacó el porta CD al jardín y puso una mezcla de canciones de dudoso gusto pero de indudable éxito en aquel tipo de celebraciones y junto con el alcohol y la comida nos hizo pasar un día estupendo.

—Creo que ya podemos decirle a Pablo que ha sido admitido en la comunidad —anunció Alberto, visiblemente contento por el consumo desmesurado de whisky.

—Si lo deseas puedes venir a vivir a la casa. Hay muchas habitaciones libres —dije muy

contento de que por fin aceptaran a Pablo.

—Además, ahora hay otra habitación libre. Alberto se viene a dormir a mi suite —informó a su vez Ana, también muy eufórica.

—Gracias a todos —dijo Pablo—, pero me encuentro muy bien como estábamos hasta ahora. Prefiero dormir en el pueblo para dejaros más intimidad a las parejas, así no me sentiré tan *single*.

—No seas tonto —le reproché—. Si hay sitio de sobra.

—No es por eso. Es que, de verdad, duermo mejor en la casa que me he estado preparando. Me dolería tener que dejar aquello para encerrarme en una habitación de hotel. Ya siento como que es mi casa.

—Como quieras, pero ya sabes que la casa es tú casa —dijo Sara.

Al final, todos salvo Sara, que no había bebido nada, acabamos un poco perjudicados y volvimos en el Humvee que esta condujo. El Xsara lo dejamos en Manzanero a la espera de recogerlo otro día. Pasamos por la casa de Pablo en el pueblo y le dejamos allí, todavía algo tambaleante. Al llegar a la casa Ana y Alberto se fueron directamente a dormir la borrachera.

Aunque yo había bebido me había controlado un poco para no acabar como los demás. Al fin y al cabo todavía me quedaba algo por hacer aquel día. Sara me tomó de la mano y me guió hasta la habitación. Había colocado más velas de lo normal y las encendió con tranquilidad mientras que se iba quitando la ropa. Mientras tanto yo estaba en la cama, mirándola cómo iba de un lado a otro, hipnotizado por sus movimientos y por la tenue luz que desprendían las velas.

Tras quedarse con un corto top blanco de tirantes y en braguitas se sentó a mi lado. Su penetrante olor a perfume y a su piel me puso la carne de gallina. Estaba preciosa y tan sensual que no podía dejar de mirarla. Me quitó la camisa y me abrazó mientras admiraba su nuevo anillo.

—Ya lo has conseguido —murmuró.

—¿Tú no querías? —pregunté, acariciándole la mejilla.

—Ya sabes que no hace falta que te conteste a eso —dijo besándome—. Ahora quiero que me ames. Lo necesito.

—¿Cuál era la sorpresa que tenías preparada?

—Ah sí, casi se me olvidaba —exclamó, levantándose de un salto—. Espera un momento, que no tardo.

Se fue al baño y me metí en la cama. Con los brazos puestos detrás de la cabeza me quedé esperando ver aparecer a Sara en cualquier momento.

Después de unos minutos la puerta se abrió y Sara salió de manera muy parsimoniosa. Supongo que mi cara debió reflejar el asombro de aquella visión porque esta se sonrió muy complacida de haberme dado una sorpresa.

Sabía que iba a salir con algún tipo de fina lencería, pero no estaba preparado para aquello. Llevaba un sostén de vibrante color carmesí, muy elegante y bastante provocativo, que elevaba su busto. Unas braguitas del mismo color y estilo, muy pequeñas que dejaban entrever bastante de lo que allí se ocultaba. Sus piernas lucían unas medias de tono rojizo, acorde con el conjunto, que iban unidas con las braguitas mediante unos pequeños tirantes. Para terminar, una especie de camisola de gasa transparente que le tapaba la parte superior. Desde luego, si con aquello había esperado que se me despertara la libido, lo había conseguido con creces.

Iba a ser una gran noche, sin duda.

***

El día que llegaron aquellos tres supervivientes nos dimos cuenta de dos cosas: que eran gente peligrosa y que se habían acabado nuestros días felices.

Fue Pablo el primero que se percató de que había alguien mirando por las ventanas del salón. Alberto, Ana y yo salimos al exterior muy alarmados, detrás de Pablo. Sara estaba en nuestra suite. Al principio no vimos a nadie al salir hasta que una voz nos puso sobre aviso de lo que pasaba.

—Disculpad nuestra interrupción —dijo un hombre apareciendo por una de las esquinas de la casa—. No era nuestra intención asustaros, pero ignorábamos que hubiera alguien adentro. Ahora veo que sí.

Quien habló era un tipo de estatura media, delgado, con el cuerpo fibroso, acostumbrado al trabajo duro. Con muchos tatuajes tribales en los brazos. Vestía ropa de cuero y una cazadora de aquellas que se llevaron hacía muchos años con hebillas por todas partes. Parecía un *rockero* trasnochado. Tenía algo más de cuarenta años y desde aquel primer momento supe que no era trigo limpio. Le acompañaban otras dos personas. Una mujer de aspecto descuidado, gorda y con ojos de un color azul muy claros que daban miedo. Vestía de forma similar al *rockero* y debía ser también de la misma edad. El otro hombre era un joven, de no más de treinta años, muy alto y de constitución fuerte, con cara de lerdo y mirada vacua. Saltaba a la vista que o bien era retrasado mental o se había quedado así por el abuso de las drogas. Su vestimenta, con un mono azul de técnico de mantenimiento y un gorro de paja, no mejoraba en nada aquel aspecto tan tenebroso y a la par de payaso.

Nos dimos cuenta de que todos llevaban armas. El *rockero* tenía una escopeta de postas. En el cinturón y metido en el pantalón como si fuera un vulgar ratero, llevaba una pistola semi automática de nueve milímetros. En la mochila que tenía a la espalda debía guardar alguna más. La mujer tenía dos pistolas automáticas en el cinturón y el lerdo llevaba otra escopeta a la espalda. Este también portaba, cruzado en su pecho, una especie de machete de dimensiones enormes. Más allá de la verja distinguimos un coche monovolumen aparcado.

Tuvimos la precaución de haber cogido los fusiles de asalto, que siempre teníamos a mano en el salón. Todos, excepto Pablo que no usaba, también llevábamos las pistolas al cinto.

—Tenéis una casa estupenda. ¿Os importaría hablar un poco? —preguntó el *rockero* con una permanente sonrisa falsa en la cara—. Hace mucho que no vemos a nadie.

Alberto, que no era muy diplomático, dio un paso adelante con su fusil terciado a modo de aviso.

—¿Hablar de qué? Será mejor que os busquéis otro lugar. Aquí no tenemos más recursos que para mantenernos a nosotros mismos.

—Eso no es muy hospitalario, amigo —dijo el desconocido—. Supongo que es mejor presentarnos primero. Me llamo Carlos y esta señorita es Ula. Es alemana, así que no entiende bien nuestro idioma, tendréis que perdonarla. Cuando habla en esa jerga suya del demonio parece que está declarando la guerra a Polonia, ja, ja, ja. Este fortachón es mi amigo Pep, me lo encontré hace muchos meses vagando por los Pirineos. A Ula la encontramos después, huía de la lluvia ácida de

su pa...

—¿Qué es lo que queréis? —inquirí interrumpiendo a Carlos, quien por un momento perdió su sonrisa de muñeco de plástico, aunque la recobró al segundo.

—Sólo un poco de comida y agua —solicitó Carlos—. También algo de bebida y tabaco si puede ser. Os estaríamos muy agradecidos.

—Os podemos dar unos filetes y varias botellas de agua. El resto es fácil de conseguir en cualquier sitio —dije intentando mostrar firmeza.

Había que parecer que éramos gente dura. A esa gentuza sólo le impresionaba la gente igual. En cuanto vieran algo que les gustara o percibiesen alguna debilidad en nosotros lo aprovecharían. Porque en eso no nos engañaban, eran errantes buscando que alguien los mantuviera. En un mundo en el que había que trabajar para sobrevivir, los que nunca lo hicieron ahora les resultaba agotador. Parasitar era lo único que sabían hacer.

—Gracias, amigo. Supongo que en el pueblo encontraremos lo demás. ¿Sólo sois vosotros? —indagó Carlos, mirando hacia la fachada del edificio.

—Dentro hay más gente —mentí, confiando en que eso los amedrentara algo.

—Veo que estáis un poco a la defensiva. No hemos venido buscando problemas, amigos.

La gorda alemana dijo algo en su idioma. Supongo que nos llamó de todo. Carlos levantó un dedo y esta se calló de inmediato.

—Perdonad a esta teutona. Ya sabéis que esta gente no tiene modales cuando salen de su país —se disculpó Carlos, riéndose de forma un tanto forzada.

Pablo, que había entrado a por los filetes y el agua, salió con una bolsa y se la dio a Carlos. Pep, el lerdo, fue quien la cogió mientras miraba a Pablo con unos ojos carentes de expresividad. Alberto miró con indignación la bolsa que se llevaban. Él no les hubiera dado nada. A sus ojos eso era una muestra de debilidad que podía costarnos caro.

Estaba claro que Carlos nos había estado estudiando. No era tonto. Si intentaba algo en ese momento los podíamos coser a tiros con los fusiles de asalto. Ellos no tenían ninguna arma de esta clase, al menos a la vista, y sabían que no podían hacernos frente.

—¿Dónde estáis? Os he estado llaman... —Sara se interrumpió nada más salir por la puerta y ver a los tres extraños. Se quedó paralizada sin saber qué hacer, porque nosotros estábamos con las armas en la mano y aquella gente tenía muy mala pinta. Se palpaba la tensión del ambiente.

—Buenos días, señorita —se presentó Carlos, mirando a Sara de manera demasiado atrevida—. Vaya chica más guapa. Perdón, vaya dos chicas guapas que tienen en su grupo. Ula no les llega ni a las suelas de los zapatos.

La alemana ni se enteró de lo que había dicho porque sólo miraba a Sara. No con curiosidad o deseo, sino con envidia malsana. Me sentí preocupado porque la aparición de Sara hubiera puesto a los hombres demasiado nerviosos.

—¿Estáis de paso? —indagué para desviar la mirada fija de Carlos sobre Sara.

—Encontramos una pintada hace un par de días, en una especie de centro clínico en Santander. Hace tiempo vimos unos pasquines que decían que en aquel lugar podía haber gente como nosotros: no infectados. Fue una sorpresa. Supongo que fuisteis vosotros los que pusisteis el aviso de que estabais en Llanes.

SEÑOR R

Sabía que aquella pintada nos iba a dar problemas.

—Fuimos nosotros. Pero sólo para intentar reunir a unas personas que conocíamos. No para atraer a más gente desconocida.

—No sois muy amigables —dijo Carlos.

—Vamos a dejar una cosa clara —me empecé a cansar de aquella situación—. No estamos pensando en ampliar nuestra comunidad. Como ya habréis visto hay recursos para todos en cualquier sitio, siempre que no sean grupos grandes. El nuestro ha llegado a su límite por lo que no creo que tengamos más de que hablar, excepto para desearos buen viaje.

—Así que hay cartel de reservado el derecho de admisión —replicó Carlos, ya sin sonreír.

—Puedes llamarlo así —dijo Alberto dando un paso más para reafirmar nuestra firme posición.

Hubo un momento muy tenso hasta que Carlos volvió a sonreír.

—Gracias de todos modos. Supongo que estaremos por la zona unos días y luego nos iremos. Bien, adiós amigos.

Esperamos allí quietos hasta que salieron por la verja y montaron en su vehículo. Todos sabíamos que con esa gente por aquí no descansaríamos mucho.

—Lo primero que vamos a hacer es tener la verja siempre cerrada con candado —advertí después de su marcha—. No me fío de esos tipos y ese tal Carlos me da muy mala espina.

—Se nota a la legua que son gente peligrosa y que les falta un tornillo —dijo Ana—. El tipo alto me daba miedo sólo de mirarlo.

—A partir de ahora, y hasta que sepamos que se han ido, nunca saldremos solos. Siempre armados con pistola y fusil —observé a Sara, que todavía tenía el miedo metido en el cuerpo. La mirada de aquel tipo le debió recordar cosas que ya creía lejanas.

—Será mejor que Pablo se quede, de momento, a dormir aquí con nosotros hasta que todo esto pase —sugirió Alberto.

Todos asentimos porque, además de por su seguridad, nos vendría bien su ayuda en caso de ataque.

—Y las ventanas, al menos las de la planta baja, todas cerradas y aseguradas —añadí—. Me temo que tendremos que hacer de nuevo guardias nocturnas. Ahora es cuando echo de menos tener un perro. Nos pondría sobre aviso en seguida.

Entramos en la casa, muy preocupados por lo que acabábamos de presenciar. Ahora que estábamos tan a gusto se nos entrometían unos desconocidos, que además no eran de fiar. Yo sabía que no se conformarían con quedarse unos días para luego irse como si nada. Esa gente vivía de la rapiña y nosotros formábamos parte de un buen botín. Sobre todo por las mujeres.

Mientras las chicas fueron a hacer otras cosas de la casa nosotros nos quedamos en el salón, preparando las armas y los equipos policiales como cascos, chalecos y demás parafernalia que podía ser necesaria en caso de enfrentamiento.

—Supongo que no soy el único en presentir que vamos a tener problemas con esos tipos —dije mientras llenaba de munición los cargadores vacíos de los fusiles *G36*.

—Sé que no os gusta que os recuerde mi etapa con *Uno* —dijo Pablo con gesto grave—, pero la clase de gente con la que nos topábamos era así.

—¿Alguna recomendación? —le preguntó Alberto.

SEÑOR R

—No os va a gustar —contestó aquel.

—Prueba —le animé.

—Por mi experiencia debéis saber que esa clase de gente no se va a ir así, sin más. Esos tipos no se levantan un día y recogen las cosas para irse a otro sitio donde les quieran admitir. Si han tomado contacto con nosotros ha sido para evaluarnos: cuántos somos, qué armas llevamos, las posibles defensas en el exterior de la casa, los vehículos disponibles... Estad seguros de que, mientras ese Carlos y su grupito hablaban, estaban tomando buena nota de todo eso. *Uno* lo hacía siempre. Podía estar hablando contigo del tiempo que hacía y podía saber, por haberte observado menos de un minuto, lo que acababas de desayunar y qué llevabas de equipación. Eso lo hacen los depredadores natos y Carlos es uno de ellos. Creo que en un enfrentamiento con ellos tenemos pocas posibilidades de ganar. Porque hay algo que les da ventaja: no tienen ningún miedo. Están locos y eso les hace ser más peligrosos. Son unos psicópatas. Nosotros, con nuestros modales y sentimientos, no podemos hacer las cosas que ellos harían y eso nos deja en inferioridad de condiciones. Como vosotros no vais a cambiar como hizo *Uno*, que se volvió como ellos para poder combatirlos en igualdad de condiciones, tendremos que pasar a una acción preventiva.

—¿Acción preventiva? —repitió Alberto—. Déjate de eufemismos. Dilo bien claro: necesitamos acabar con ellos por sorpresa. Y estoy de acuerdo.

—Un momento, por muy mala pinta que tengan no nos han hecho nada —dije tratando de encauzar la conversación a un lado racional.

—Ves, eso es a lo que me refería —señaló Pablo—. Nosotros pensamos de manera lógica. Si ellos no nos han hecho nada ergo no podemos hacer nada porque eso estaría mal. Ellos, en su lógica irracional, no tendrían ningún problema en degollarnos. Créeme, esa gente lo hará si no hacemos algo pronto. No te engañes, Miguel. Aquí no vale lo de esperar a ver qué pasa, porque en el fondo sabes lo que va a pasar. Yo también reparé en la forma en que miraban a Sara.

Aunque me resistía a actuar al estilo de *Uno*, de primero disparar y después preguntar, sabía que tenía razón.

—De acuerdo —asentí—. ¿Qué se te ocurre que podemos hacer?

—Primero hay que saber adónde se han metido. Necesitamos ir un paso por delante. Ahora nos llevan ventaja porque ellos sí saben dónde estamos. Pueden atacarnos cuando quieran y jugarán con eso. Nos pondrán nerviosos con la espera. Quizás un día pasen con el coche para que sepamos están por ahí. Es una guerra psicológica. Ellos se han mostrado con su parafernalia de locos asesinos. No es casual. Es otro punto a su favor. No seré yo quien niegue que no me haya acojonado nada más verlos. Creo que deberíamos salir a espiar sus movimientos, con mucho cuidado, eso sí. Luego, una vez que sepamos donde están, es cuestión de acabar con el asunto cuanto antes. El tiempo corre en nuestra contra, no lo olvidéis.

—Esta noche voy a salir a ver si los localizo —anunció Alberto.

—¿Tú solo? —pregunté—. Voy contigo.

—Es mejor que vaya uno solo, Miguel —explicó Alberto—. Además, no me gustaría que las chicas se quedaran muy solas.

—Bien —asentí—. Pero ten mucho cuidado, Alberto. Si ves que corres peligro, no te expongas.

Alberto asintió y explicó que, por sus cacerías solitarias, estaba acostumbrado a moverse en

solitario y en acecho. No era un novato.

Pablo se marchó a asegurar las ventanas. Alberto bajó la voz y me llevó a un lado del salón, donde nadie podía oírnos.

—Miguel, quiero comentarte algo.

—Si es por Ana no te preocupes. La protegeré perfectamente. Esta noche Pablo y yo nos quedaremos de guardia mientras te esperamos.

—Gracias, pero quería comentarte otra cosa. Sé que tenía que haberte dicho algo, pero mi relación con Ana lo ha impedido.

—Me intrigas, Alberto. ¿Qué pasa?

—Hace un par de semanas, en una de mis habituales salidas a cazar, me encontré con Sandra.

Me quedé de piedra. Desde luego era algo que tenía que haber avisado.

—Aunque pareció algo fortuito creo que sabía dónde estábamos y me siguió para contactar conmigo.

—¿Dónde está ahora? ¿Por qué no vino aquí y se presentó sin más?

—Ya sabes que ella no es muy sociable y sólo tenía confianza conmigo. Además, no quiere formar parte de otra comunidad. No tiene un lugar fijo, se mueve por esta zona. De vez en cuando creo que debe observarnos desde lejos y sabe cuando salgo a cazar solo. Me sigue y es entonces cuando contacta conmigo.

—Entonces, si no quiere formar parte de esta casa, ¿por qué hace eso?

—Joder, Miguel. Veo que tengo que explicarlo todo. Ella, bueno, los dos... Hemos estado acostándonos.

Entonces sí que me quedé perplejo. Alberto, el hombre que no había podido entablar ninguna relación en el instituto, que fue rechazado por todas las mujeres, ahora tenía sendas relaciones con Ana y Sandra al mismo tiempo.

—Sé que parezco un cabrón. Pero has de entenderme. Cuando Sandra y yo estuvimos aquella temporada los dos solos yo estaba loco por ella, aunque esta nunca sintió nada especial por mí. Ya sabes que tiene un carácter muy difícil, pero es tan hermosa y atractiva... La verdad, es que estaba acostumbrado a su forma de ser. Luego vinimos aquí, Ana no me hacía caso y luego sí. Y después me vuelvo a encontrar con Sandra, que se me insinúa y está tan llena de pasión... ¿Qué hubieras hecho tú, Miguel? Sé que estoy metido en un buen lío y no sé cómo resolverlo.

—Joder tío, no sé qué decirte. Aunque supongo que en un momento dado vas a tener que elegir. ¿Te ha dicho Sandra que te vayas con ella? Puede que sólo busque algo de compañía temporal.

—Me ha dicho que el único motivo por el que no se ha ido ya es por mí. Pero no esperará eternamente. Ella sólo me quiere para follar, eso lo tengo claro, debes saber que es... Bueno, que es muy fogosa y la soledad no le gusta en ese sentido, pero me ha dejado bien claro la situación: o me voy con ella o se irá sola. No sé qué hacer. Por un lado Ana me parece una chica agradable, cariñosa y la vida aquí con vosotros me gusta mucho. Me gusta esta estabilidad y poder vivir como lo hacemos. Con Sandra sé que será una relación tortuosa, dura y seguramente termine por dejarla o, más probable, que ella me deje. Pero lo que siento con ella cuando estamos juntos no lo siento con Ana. Me gustaría estar con ambas, pero eso es imposible. Con cualquiera de las dos opciones saldré perdiendo, pero quiero elegir la que sea menos dolorosa para todos.

SEÑOR R

—Ahora mismo creo que la prioridad es arreglar el asunto de los tarados esos.

—Sólo te pido que no digas nada a nadie, ni siquiera a tú mujer.

—Descuida.

Pasada las dos de la mañana, después de comprobar que no había nada sospechoso en el exterior, Alberto salió por la parte de atrás, escalando la verja y adentrándose en las sombras. Llevaba el visor nocturno, ropa oscura, la habitual *Glock*, chaleco antibalas, aunque no el casco, pero si un pasamontañas y el fusil de asalto. Parecía un comando.

Pablo y yo nos quedamos montando guardia, cada uno agazapado en un lugar diferente.

Iba a ser una larga noche.

***

Eran las diez de la mañana y todos estábamos más que angustiados. Alberto no había aparecido y no sabíamos qué hacer.

Podía haber pasado muchas cosas. Que se hubiera encontrado con alguno de ellos por el camino, con consecuencias imprevisibles. Que siguiese buscando el escondite de estos. Que los hubiese encontrado y siguiera por allí observándolos. Que incluso hubiera sufrido un accidente y ahora estuviese en el fondo de un hoyo o cualquier otra circunstancia.

El caso es que estábamos en silencio, armados hasta los dientes y con una horrible sensación de impotencia.

—Hay que hacer algo —dijo Ana, levantándose de improviso—. Puede que esté en aprietos y necesite nuestra ayuda.

—Podemos provocar que acaben con él si lo han apresado —advirtió Pablo.

—¿Entonces, nos quedamos aquí esperando sin más? —inquirió Ana muy nerviosa.

—Pablo tiene razón —intervine—. Si salimos todos ahora, además de ponernos nosotros en peligro, podemos precipitar algo peor. Iré yo solo.

—¡No! —exclamó Sara alarmada—. Nos prometimos que no nos separaríamos de nuevo. No me dejes sola con más incertidumbre. No podemos irnos uno a uno y que ellos se vayan cebando con nosotros. Les estamos facilitando la tarea.

Tenía razón. No era buena idea salir a plena luz del día sin saber adónde. Tendría todas las papeletas para acabar mal.

—Podemos salir todos juntos con el Humvee —sugirió Pablo—. Con ese coche no se atreverán a cruzarse con nosotros con su vehículo. Además, tienen que saber que no nos dejaremos avasallar. Que nos vean con nuestras armas.

—Creo que es lo único que podemos hacer —cedí aprobando el plan de Pablo—. Pero todos iremos preparados con cascos, chalecos y fusiles. Vosotras iréis detrás, agazapadas sin dejaros ver más de lo necesario. Puede que tengan fusiles de tirador. Pablo, tú conduces mientras que yo iré a tu lado. Al mínimo problema acelera y salimos de donde estemos mientras disparamos todos a bulto, para obligarlos a agachar la cabeza.

Cuando ya estábamos todos dispuestos y preparados para salir alguien llamó a la puerta principal.

Era Alberto.

—Vaya vigilancia que hacéis. Ni me habéis visto acercarme —nos reprendió nada más entrar. Tenía aspecto cansado, demasiado abatido.

—¿Sabes que estábamos a punto de salir a buscarte? ¡No nos vengas ahora con esas! —explotó Ana indignada.

—Perdonad. Sé que os tenía preocupados pero ahora entenderéis el por qué de mi tardanza.

—Dejemos el equipo y cuéntanos lo que has visto —dije cerrando la puerta de nuevo. Pablo se quedó cerca de la ventana mirando al exterior de vez en cuando.

» Estuve andando un buen rato por las calles del centro. El visor nocturno es un artilugio fenomenal. Una maravilla. Aprovecha la más mínima partícula de luz residual de las estrellas y lo amplifica de forma prodigiosa. A pesar de que no se veía nada a simple vista, porque además no había ni luna, veía a través del visor perfectamente, al menos a corta distancia.

» Supuse que si esa gente estaba en el mismo pueblo de Llanes se alojarían en algún lugar céntrico, a ser posible cerca de algún bar. Carlos dijo que si le podíamos dar tabaco o alcohol, ¿y qué mejor sitio que una taberna para proveerse? Me llevó su tiempo dar con su coche. Es un Renault Scenic. Lo tenían en la Plaza de la Magdalena, en el muelle interior. Allí hay unas cuantas tabernas y bares por lo que me quedé por la zona a esperar que algo me indicase su paradero.

» Eso fue lo que me hizo esperar desde las dos de la mañana hasta casi las cinco. Al fin los vi salir borrachos de uno de los bares. Se dedicaron un rato a pegar patadas a todo lo que había por la zona. Si hubiera llevado el *M24* podía habérmelos cargado sin problemas. Incluso con el *G36*, si se hubieran acercado algo más... Pero no me atreví.

» Carlos y Ula no paraban de gritar y cantar. El otro, el tal Pep, sólo daba alaridos y ponía una cara de loco que daba miedo. En un momento dado la alemana se bajó los pantalones y se puso a mear allí en medio. Sin embargo, lo más desagradable estaba por llegar.

» Se metieron en una casa cercana, donde debían haber montado su campamento. Aunque estaba bastante nervioso, y mi corazón iba a mil por hora, decidí acercarme más. Amparado en la oscuridad y agazapado en cada lugar, era imposible que me vieran aunque me estuvieran buscando. Con el visor podía cerciorarme de si había alguno en las ventanas. Pero no había nadie.

» Según me acercaba podía escuchar más claramente sus estridentes voces. Además de alcohol a raudales se habían metido algo más fuerte. Estaban totalmente descontrolados.

» Ruidos de cristales rotos, muebles golpeados, risas y gritos. Eso es lo que escuchaba. Provenían de la parte de arriba. Producto de la tensión y del momento no pensé en irme sino en seguir un poco más. No os voy a negar que pensara en acabar con ellos de improviso. Era una idea tentadora aunque difícil de llevar a cabo. Quería terminar cuanto antes con el problema y os puedo asegurar que estos nos darán problemas.

» La puerta no tenía echado ningún cierre. Pensarían que nosotros somos demasiado blandos para intentar algo contra ellos. Me molestó que tuvieran esa seguridad. Me quité el visor porque tenían encendidas algunas velas por la casa. La luz que desprendían, aún siendo tenue, basta para hacer inservible estos cacharros.

» Creo que jamás en la vida he tenido tanto miedo como cuando subía por aquellas escaleras. Los seguía oyendo gritar de forma salvaje. Estuve tentado de darme la vuelta pero reuní algo más de valor y quise seguir adelante.

SEÑOR R

» Cuando llegué a la planta de arriba supe que estaban metidos en la habitación del fondo. Tenían la puerta entrecerrada. Por debajo podía ver varias sombras pasando de un lado a otro. Me metí en la primera habitación de la derecha. Era amplia y con un enorme armario justo en frente de una enorme cama de matrimonio.

» Oí como Carlos salía de la habitación y llamaba a Ula para que lo acompañase. Me imaginé que vendrían adonde estaba yo, por tener la cama grande. Me metí en el armario que estaba casi vacío, con alguna prenda antigua y poco más. Era un lugar angosto aunque pude poner el fusil a un lado y desenfundé la pistola. Estaba muerto de miedo, os lo juro. Las puertas del armario eran dobles. Debido a su antigüedad estaban algo descuadradas, lo que me permitieron poder ver el exterior por la exigua ranura que formaban en su unión.

» Tal y como había temido entraron primero aquellos dos. Se llamaban de todo, sobre todo él, que trataba a Ula de forma violenta insultándola de forma vejatoria. A ella no parecía importarle ese trato humillante. Creo que le gustaba. Ambos estaban desnudos. Tenían los cuerpos llenos de tatuajes y *piercings*. Al principio creí que tenían sangre en la cara y parte del cuerpo, pero luego vi que se habían pintado con pintalabios o pintura. Eran como colores de guerra o yo qué sé. El caso es que no paraban quietos. Se tumbaban en la cama, se pegaban, se insultaban. Ella le tiraba cosas de la habitación y él se reía. Luego la abofeteaba y ella parecía enfadada, pero cuando él dejaba de hacerlo ella le pedía más. El tal Carlos no parecía ponerse en situación, ya me entendéis..., bueno, ya sabéis.

» Al cabo de un rato, en lo más álgido de la función, entró el otro. Estaba también desnudo, pero muy excitado. Demasiado, diría yo. Ula le vio y empezó a..., hacerle una felación, mientras Carlos se reía. Creo que no era la primera vez que hacían los tres algo así. Mientras la alemana estaba en esas, con Pep mirando fijamente a Carlos, este por fin se puso a tono, y empezó a tocarse mirando a los otros dos. Era asqueroso. Me pudo mi cobardía de nuevo, porque no me atreví a salir y acabar con ellos. Estaban desarmados y borrachos. Una oportunidad que he dejado escapar. Lo siento mucho, pero estaba aterrado.

» Estuvieron un par de horas haciendo las más asquerosas prácticas sexuales. Una degeneración. Prefiero no recordarlo. Cuando se calmaron Pep se fue abajo y los otros dos se quedaron durmiendo en la cama. Supe que ya había amanecido por la luz que llenaba la habitación. Tenía que salir de allí cuanto antes. Nada más oírlos roncar abrí la puerta del armario, rezando porque no chirriase. No lo hizo, pero sin querer el fusil que llevaba a un lado golpeó la puerta. Me quedé paralizado. Ula dejó de roncar pero no se despertó. Carlos ni se inmutó.

» Salí de la habitación. Antes de salir de la casa, vi a Pep tumbado en el sofá. A pesar de que hacía frío estaba todavía desnudo y cubierto por sus propios vómitos. Un espectáculo lamentable. No podéis imaginar lo que sentí al respirar el fresco aire de la calle y notar la brisa marina en mi cara. Después de presenciar aquel espectáculo sórdido el poder contemplar el mar a lo lejos fue un bálsamo.

Alberto se quedó en silencio, bebiendo un poco de café que Ana le había preparado. Estaba cansado pero dudaba que después de aquella noche pudiese conciliar el sueño.

—Ya no hay ninguna duda —dije interrumpiendo el silencio de manera un tanto abrupta—. Esa gente es muy peligrosa y debemos acabar con ellos.

SEÑOR R

Todos me miraron en silencio. Sabían que tenía razón pero ninguno sabía cómo lo íbamos a llevar a cabo.

Alberto y Ana subieron a la suite. Este necesitaba descansar. Los demás nos quedamos en el salón, asustados y asqueados.

—¡Este mundo es una mierda! ¡No me gusta! —sentenció Sara, algo desesperada—. ¡No hay más que muerte, locos y depravados!

—No, Sara. También hay espacio para las cosas buenas —dije rodeándola con mis brazos. Sara no llevaba bien aquellas situaciones extremas, algo lógico por otra parte—. ¿Qué hay de nosotros? De todos nosotros. Creo que representamos el lado humano que todavía perdura.

En realidad estaba de acuerdo con ella. Salvo unas pocas personas todas las demás que había conocido desde la pandemia eran gente con graves problemas psicológicos. Salvo contadas excepciones, aquel mundo estaba lleno de desesperanza y decadencia. Pero no podía decirlo. Alguien tenía que mantener la moral. Si no era muy tentador dejarse caer por el precipicio de la desolación.

—Vamos a esperar a que Alberto descanse lo suficiente para poder decidir algo —recomendó Pablo poniéndose en pie.

—¿Cómo vamos a terminar con esto? —lancé la pregunta al aire. Estaba cansado de volver a enfrentarme con psicópatas.

—Parece mentira que tú me lo preguntes —respondió Pablo, encaminándose hacia la cocina.

—Tengo mucho miedo, Miguel —susurró Sara, mientras se acurrucaba en mí pecho—. Ya viste como me miró aquel tipo y después de lo que ha contado Alberto...

—No te pasará nada, confía en mí. Al final todo se va a arreglar. Ya verás.

—¿Qué vamos a hacer?

Pablo regresó en ese momento. Una amplia sonrisa iluminaba su cara.

—Les vamos a meter esto por donde parece que más les gusta.

En sus manos sostenía el misil anticarro que nos quedaba.

***

Tal y como Pablo había predicho no tardaron en hacer acto de presencia los tres psicópatas con el único ánimo de intimidarnos. A gran velocidad, música a todo volumen y con constante toque del claxon. Pasaron muy cerca de la entrada de la verja y lanzaron al jardín varias latas de cerveza vacías. Antes de que pudiésemos salir, con las armas preparadas, ya estaban fuera de nuestro alcance. Alberto, que desde aquella noche estaba muy nervioso, fue el que disparó varias ráfagas, aún sabiendo que estaban fuera de alcance. Fue su forma de intentar desahogarse por no haberse atrevido a acabar con ellos cuando tuvo la ocasión.

—Alberto, eso es justo lo que querían que hiciésemos. Sacarnos de nuestras casillas —dije aún sabiendo que no le iba a gustar mi comentario.

—¡Miguel, no me toques las pelotas!

—¡Vale, tranquilo, haz lo que quieras! ¡Síguelos el juego!

Pablo, con formas conciliadoras, nos pidió que dejáramos de gritar porque no íbamos a solucionar nada así. Al mirar a las chicas me di cuenta de que no habíamos hecho nada bien en

perder los papeles. Ahora estaban más nerviosas todavía porque nos veían a nosotros igual de asustados.

—Pablo, vamos a instalar el lanzador de misiles en la torreta del Humvee. Alberto, perdona lo que te he dicho. Vamos a arreglar esto de una vez.

—He estado pensando —dijo Alberto—, que esta noche podría acercarme de nuevo, con el *M24*, y terminar lo que debía haber hecho ayer.

—Está bien. Pero esta vez iré contigo como apoyo —afirmé—. Si vas a disparar desde lejos es posible que algunos se escabullan. Yo te daré cobertura.

—¿Y qué hacemos nosotros? —preguntó Pablo algo inquieto. No le agradaba la idea de quedarse en la casa solo con las chicas—. ¿Qué hago con el *pepino*?

—Esos colgados no creo que hagan nada esta noche —supuse—. Creerán que estaremos en alerta después de esto. Ahora conviene que descanséis un poco y esta noche la paséis de guardia.

—Así que los hombres salen de caza —dijo Ana con gesto grave—. No me gusta la idea. Cada vez que nos separamos nos debilitamos. ¿Por qué no ir todos ahora con el Humvee y dispararlos el *pepino* ese que dice Pablo?

—Creo que con nuestro plan minimizaremos los riesgos —opinó Alberto—. Acabaremos con ellos, desde lejos. Ni se enterarán de lo que pasa porque estarán borrachos. Podéis dejar el misil preparado. Siempre habrá tiempo para volver a desmontarlo.

Salimos a las dos de la mañana. Vestidos desde la cabeza a los pies de riguroso negro. Como disponíamos de un sólo visor era Alberto quien lo llevaba, al ser el tirador del *M24*. Yo llevaba el fusil de asalto *G36*, para dar cobertura en caso de que nos descubrieran o para rematar la faena tras sus disparos. Pablo y las chicas se quedaron a oscuras en la casa, parapetados detrás de la barra del salón con los fusiles listos para ser utilizados.

Llegamos al mismo lugar donde la noche anterior habían estado bebiendo. Estábamos a unos doscientos metros, al otro lado del canal del muelle. Alberto puso el bípode al fusil. Se oculto tras unos setos y se quedó inmóvil como una piedra, mientras observaba por la enorme mira del arma. Yo me tumbé a su lado, con el fusil preparado, oteando a través de los prismáticos para avisarle de cualquier cosa que se le escapase. El Renault Scenic estaba aparcado en las cercanías del bar, así que nos quedamos esperando en la fría y húmeda noche sin decir nada y sin mover un solo músculo.

Al cabo de una hora se puso a lloviznar primero y a llover con fuerza al cabo de unos minutos. Calados hasta los huesos aguantamos estoicamente lo que nos caía. Alberto seguía mirando por la óptica. Yo me estaba impacientando un poco. ¿Estarían de verdad ahí? Se lo pregunté en susurros a Alberto y este, algo molesto por haber hablado, me comentó que el anterior día también tuvo que esperar. Tres horas para ser exactos. Todavía no llevábamos más que hora y media.

A las siete, Alberto empezó a sospechar que, a lo mejor, esa noche se habían quedado en la casa o en otro bar distinto. Convenimos en acercarnos y entrar en la casa. Si los encontrábamos allí, durmiendo la borrachera, los ejecutaríamos sin contemplaciones. Alberto dejó el *M24* y desenfundó su pistola. El rifle era demasiado aparatoso. Acoplé la linterna táctica en el cañón del fusil, aunque sin encenderla, y avanzamos por separado, ocultándonos en todos los obstáculos que nos encontrábamos.

Entré yo el primero, por llevar el arma más contundente. Lo primero que observamos fue el SEÑOR R

salón donde la noche antes había estado Pep durmiendo y vomitando. No había nadie. Subimos a la primera planta y registramos todas las habitaciones. Nada.

Bajamos de nuevo y salimos al exterior. Nos acercamos al bar donde habían estado la noche antes. El lugar estaba arrasado por completo: mesas caídas, sillas destrozadas, la barra hecha un desastre de cristales... Pero allí tampoco había nadie.

Nos miramos preocupados. ¿Y si habían ido a la casa?

Casi corriendo salimos del lugar y nos dirigimos hacia allí con la congoja de esperar lo peor.

Todo estaba en silencio, tal y como lo habíamos dejado. El amanecer ya estaba encima y la luz empezaba a abrirse paso. Ya no éramos invisibles.

Nos separamos de nuevo al acercarnos. Le señalé a Alberto la ausencia del Humvee. Según nos íbamos cubriendo mutuamente logramos avanzar hasta la puerta de entrada. Alberto miró por la ventana del salón. No vio a nadie.

Abrimos la puerta. Le hice un gesto con la mano a Alberto, para que me cubriera desde la entrada del salón, mientras yo accedía a él. Poco a poco fui avanzando, con el fusil preparado para abrir fuego. Alberto hizo un leve sonido para llamar mi atención. Al darme la vuelta se señaló un oído y luego a las escaleras. Alguien andaba por aquella zona. Me acerqué a él y fuimos subiendo en fila, yo primero mientras que Alberto, que había dejado el *M24* abajo y lo había sustituido por otro *G36,* de los que teníamos en el armario del salón, me acompañaba justo detrás, mirando de vez en cuando por la retaguardia para evitar sorpresas. Ambos estábamos muertos de miedo y tan tensos que cualquier ruido hubiera provocado una “ensalada” de tiros por nuestra parte.

La primera planta no la usábamos nunca porque era la de las habitaciones normales, como la de los hoteles al uso. Era un amplio pasillo con puertas a los lados. Estaba oscuro a pesar de que ya había amanecido. Las dos únicas ventanas que había, que no estaban dentro de las habitaciones, eran la de los fondos y tenían las cortinas echadas.

Encendí la linterna. El fusil de Alberto no tenía.

Empezamos a avanzar, con mucho cuidado de hacer cualquier ruido, pero la luz nos delataba así que habíamos perdido cualquier posible ventaja. Sabíamos que había algo raro en todo aquello y que no podían ser las chicas o Pablo. El coche no estaba así que supusimos que habían debido irse.

De repente, justo cuando pasábamos por una de las puertas de la habitación última de la izquierda, se abrió de improviso y apareció un hombre. No tuvimos tiempo de reaccionar, excepto tirarnos al suelo, justo cuando nos atacó con un machete de grandes dimensiones. El tipo iba provisto de una de nuestras máscaras antigás e iba completamente desnudo. Por el tamaño, y los gritos guturales que daba, comprendimos que se trataba de Pep, que estaba enloquecido.

Aunque habíamos conseguido salvar la vida de una muerte segura, al esquivar en el último instante a la afilada cuchilla que nos iba a rebanar los cuellos, no pudimos evitar que esta se hincase en el muslo izquierdo de Alberto, justo por encima de su rodilla, provocando un terrorífico grito de dolor del mismo. No me dio tiempo a disparar porque al caer el fusil quedó justo por debajo de mí. El sujeto escapó escaleras abajo, aullando totalmente descontrolado. Alberto, con una palidez espectral, sufrió un *shock* hipovolémico, debido a la devastadora pérdida de sangre que estaba sufriendo. Me puse muy nervioso al verlo en ese estado.

—¡Es la femoral, ese hijo de puta la ha debido cortar! —chillé aterrado por el miedo a perder a

Alberto de aquella forma y porque Pep todavía seguía por allí.

Pero no debió ser la femoral porque de lo contrario hubiera muerto a los pocos segundos. Saqué mi cinturón del pantalón, no el de la pistola que era demasiado ancho, y con un temblor difícil de controlar le empecé a hacer un torniquete. Apreté todo lo que pude, ejerciendo tal presión que dejó de sangrar de manera torrencial casi al instante. Aquello evitaría, al menos, que se desangrara, pero tenía que cerrar la herida de inmediato o moriría. No tenía más opciones que bajar abajo y cargarme primero al psicópata para hacerme con el botiquín y coserlo inmediatamente.

Alberto había perdido la consciencia en aquel charco de sangre que discurría por el entarimado de roble. Me levanté y bajé las escaleras con el fusil moviéndose ligeramente por mi temblor.

En el salón no vi a nadie, aunque podía estar oculto entre los sillones. Pero al darme la vuelta lo vi allí, de pie, con la máscara puesta de manera ridícula. El machete goteaba todavía la sangre de Alberto.

—¡Tú, hijo de puta, dime donde están tus amigos! ¿Qué habéis hecho con los de la casa? —inquirí apuntándolo con el fusil. Era muy posible que Carlos y Ula hubiesen abandonado al tarado aquel y se hubieran llevado a los demás.

Pep permanecía allí quieto, haciendo unos desagradables sonidos con la boca, como si estuviera masticando chicle.

Me acerqué aún más repitiéndole lo mismo. Pero el tipo seguía inmóvil.

A la derecha del loco, por la entrada de la casa, apareció una mujer con una pistola apuntando a Pep a la cabeza.

Era Sandra. Tenía el pelo más corto y se había teñido de rubio.

—Como se te ocurra mover un músculo te vuelo la cabeza —amenazó a Pep, quien no se inmutó demasiado ante la sorpresiva aparición, aunque obedeció.

—¡Sandra, este tipo ha herido en la pierna a Alberto, tengo que cerrarle la herida de inmediato o morirá!

—Ve y trata de curarlo. Yo me quedo con este imbécil.

Recogí el botiquín y volví con Alberto. No había pasado más de cinco minutos pero este había perdido mucha sangre. Casi me alegré de que estuviera sin conocimiento porque aquello le iba a doler. Con toda la rapidez que permitían mis temblorosas manos le quité los pantalones advirtiendo el desastre que había hecho el machete de aquel animal.

Dentro de lo malo la hoja del machete no había llegado al hueso y no había tocado la femoral, pero el tajo era impresionante. A pesar de haber visto muchas heridas grotescas durante todo aquel tiempo, aquello me impresionó. Con un esfuerzo hercúleo logré hilvanar el hilo sanitario con la aguja. Apreté las dos partes separadas de su muslo todo lo que pude y fui pasando el hilo como si estuviese remendando un pantalón roto.

Escuché un salvaje grito de Pep. No pude distinguir si era de dolor o de los que solía hacer. Seguí con mi tarea lo mejor que pude. Cuando acabé la herida no presentaba un buen aspecto, parecía como si un carnicero hubiese estado cortando allí sus piezas. Al menos había dejado de sangrar, que era lo más importante. Cada gota que pudiese ganar sería apartar a la muerte un poco más. Había perdido mucha sangre y no sabía si lograría salir adelante. No me atreví a moverlo del sitio, por miedo a que se desprendiese el hilo así que le tapé allí mismo con una manta de la

habitación de la que había salido Pep.

Bajé de nuevo para ver cómo estaban las cosas y por si Sandra necesitaba ayuda. Me encontré con ella de pie y a Pep tumbado boca abajo.

—¿Está muerto? ¿Te ha dicho algo del paradero de los demás? —pregunté atropelladamente.

—Dudo que supiera hablar. Si, está muerto. El muy tarado se ha cortado la polla con el machete. Le tenía que haber dejado desangrarse pero hubiera tardado demasiado. Así que le he pegado un tiro. De todos modos no hacía falta que dijese nada, porque he visto a los otros salir de la casa y montarse en el Humvee antes de que tú llegaras. Iban los dos chalados que quedaban, Ana, Sara y el tal Pablo. No pude hacer nada porque estaban lejos, pero se han ido por la carretera que conduce al pueblo de La Portilla, que está muy cerca de aquí. ¡Démonos prisa, porque nos sacan un par de horas de ventaja!

—Alberto está muy mal, no sé si sobrevivirá. Quédate con él mientras yo trato de ir tras ellos.

—¿Estás loco? ¡Te matarán!

—Puede que sí, o puede que no. Pero no me voy a quedar de brazos cruzados. Trata de ponerle cómodo, si puedes, y si no déjale donde está para que no pierda más sangre. Aflójale el torniquete y quítaselo en media hora.

Salí de la casa sin esperar su respuesta. Me subí al Renault 4, que era el coche que mejor conocía, saliendo todo lo rápido que mis nervios y mí alterado estado de ánimo me permitían. Llevaba las manos llenas de la sangre de Alberto, al igual que gran parte de mi ropa, pero no podía perder ni un minuto en lavarme.

Al llegar a La Portilla no vi el Humvee por ninguna parte. Desesperado, avancé un poco más. Como los campos estaban embarrados, por la lluvia acumulada, logré encontrar las rodadas de un coche que se adentraba por uno de los caminos rurales, cercano a la Autovía del Cantábrico.

Mi pulso se aceleraba al pensar en Sara y lo que estaría pasando en aquel momento. Si le hacían algo sabía que ella no podría resistirlo de nuevo. No podría volver a pasar por aquella experiencia.

El camino pasó en un momento dado por debajo de la Autovía, adentrándose en una zona de prados y pequeñas elevaciones cubiertas por un manto verde esmeralda. Había un poco de bruma en las partes altas y la llovizna era persistente, aunque no fue a más.

Al poco descubrí al Humvee, al bendito, enorme y aparatoso coche que era imposible de ocultar. Y menos con la torreta lanzadora de misiles acoplada. Estaba aparcado frente a una de las numerosas casas independientes que había por la zona. Dejé el Renault en la cuneta del camino y me dirigí a pie hasta allí. La llovizna me mojó la cara e hizo que la sangre de Alberto fuese diluyéndose, aunque los restos coagulados no se desprendieron. Me situé detrás del coche y miré a un lado de la casa. No hallé a nadie pero escuché la aguda risa de Ula.

Subí la escalera hasta la entrada, esperando que no hubiesen echado el cierre como no fue el caso. Nada más entrar casi disparé contra el cadáver de un hombre sentado en la escalera de acceso a la planta superior. Era uno de los antiguos habitantes de la casa. Tenía que intentar calmarme o mi nerviosismo acabaría conmigo y con los demás. Dependían de lo que fuese a hacer a partir de aquel momento. Si fallaba les esperarían horrores que prefería no pensar.

Los gritos de Ula se hicieron más nítidos según me acercaba. Estaba gritando en alemán. No escuchaba nada que me hiciera pensar que Carlos estuviese con ella.

SEÑOR R

Me puse a un lado de la puerta de donde provenían los gritos. Tenía que entrar y matar cuanto antes a Ula. No iba a perder el tiempo en pedir que soltara el arma que llevara. No había tiempo para eso. Se había acabado el tiempo de la diplomacia.

Respiré hondo. Di una fuerte patada a la puerta y esta se abrió de golpe.

Ula estaba frente a la pared, en ropa interior. Me miró durante una milésima de segundo y comprendió lo que iba a pasar. No tuvo tiempo ni de gritar. Un único disparo en la cabeza bastó para dejarla allí, cayendo lentamente apoyada sobre la pared y dejando detrás un rastro de sangre oscura. Pablo estaba en el suelo, atado y amordazado. Estaba desnudo y presentaba hematomas por todo el cuerpo. Le habían dado una severa paliza, aunque no parecía grave.

—¡Miguel, gracias a Dios! ¡Esta jodida loca quería cortarme a cachos!

—Te voy a desatar pero no puedo ocuparme de ti. ¿Y las chicas?

—No lo sé —gimoteó—, creo que están en alguna parte de la casa. Pero no lo sé, de verdad.

—Vale, quédate aquí. Te dejo mi pistola, por si acaso.

Salí de nuevo afuera. Debían haber huido a pie. ¿Por qué no utilizaron el Humvee? Quizás Carlos pensó en ir a disfrutar de las chicas a otro lugar, alejado de la alemana de las narices.

En el camino de tierra había rastros de pisadas. No podían ser más que de ellos, así que las seguí en el coche.

La zona estaba muy arbolada. A los lados del camino había amplios pastizales que estaban demasiado altos porque ya nadie los cortaba ni había ganado que los comiese. Gracias a eso, eran bien visibles los surcos que habían dejado Carlos y las chicas al pasar por allí. Después de atravesar el amplio terreno llegué a una empaladiza de piedra que separaba el terreno de otro más arbolado. Me bajé del coche, para salvar el obstáculo. En lo alto de la misma intenté otear el paradero de Carlos.

Descubrí a Sara y a Ana tiradas en el campo, boca abajo y con las manos atadas a la espalda. El pulso se me aceleró hasta límites insoportables. Empecé a correr sin pararme a pensar que pudiera tratarse de una trampa. No se movían. En mi mente empezó a formarse la idea de que estuviesen muertas.

Según me acerqué a ellas escuché, para mi profundo alivio, que estaban susurrando entre ellas.

—Sara, Ana, tranquilas, soy Miguel. Ya estáis a salvo.

—¡Miguel, ten cuidado, ese loco anda por aquí! —avisó Sara empezando a llorar por la emoción. Se asustó al verme tan ensangrentado.

—Nos ha obligado a tumbarnos porque ha ido a ver si encontraba algún lugar donde meternos —explicó Ana también muy nerviosa y aterrada.

Las desaté y abracé a Sara con ganas. ¡Qué reconfortante era volver a sentirla! Esta temblaba por el frío y los nervios que había pasado. La tranquilicé diciéndola que la sangre no era mía.

—Quiero que vayáis hacia el Humvee, que está detrás de aquel muro de piedra. Montaros en él y salid con el coche hacia la casa donde os habíais parado al principio. Allí está Pablo. Está herido, pero se recuperará. Tiene mi pistola.

—¿Y Alberto? —indagó Ana.

La miré apesadumbrado.

—Pep, el lerdo que tenía un machete, nos atacó cuando entramos en la casa y le ha herido en

una pierna. Le he cosido como he podido y he dejado a Sandra con él para que lo asista. Pero está muy mal, ha perdido mucha sangre.

—¿Sandra? —preguntó Sara muy sorprendida—. ¿Qué hace aquí?

—No sé —mentí—, pero ha venido bien su aparición, porque ha matado a Pep y he podido dejar a Alberto con alguien. ¿Hacia dónde se ha ido Carlos?

—¡Déjalo Miguel! Vayámonos de aquí —rogó Sara a lágrima viva—. No hay tiempo para perseguirlo. Es muy peligroso y te puede matar o herir.

—Si le dejamos vivo puede que un día nos lo encontremos de nuevo. Puede que vuelva para vengarse o intentar acabar lo que empezó.

—¡No nos dejes solas!

—Sara tiene razón —afirmó Ana muy alterada—. Ahora mismo la prioridad es salvar a Alberto y necesitamos ir de inmediato a ayudarlo.

Las miré a las dos. Estaban muy asustadas. No sería sensato dejarlas así y exponerme a que me mataran o me hiriesen sólo por intentar cazar a Carlos.

—Está bien. ¡Vamos al coche, rápido!

Salimos corriendo, yo detrás mirando a todas partes para asegurarme de que no nos sorprendiera. El Humvee todavía tenía preparado el misil anticarro. Si hubiera tenido la oportunidad no me hubiese importado disparárselo a Carlos y disfrutar viendo como se desintegraba en mil trocitos.

Volvimos a la casa a recoger a Pablo, que había podido vestirse y nos esperaba muy dolorido en la puerta principal.

Mientras regresábamos para ver cómo estaba Alberto intuí que la vida no volvería a ser igual y que los buenos tiempos habían vuelto a pasar de largo.

Diciembre

El encuentro de Ana con Sandra fue bastante frío, a pesar de que se conocían de mucho más tiempo que los demás. Las chicas se quedaron impresionadas al ver el cadáver de Pep, que seguía en el mismo lugar ya que Sandra no lo había retirado. Sara se quedó con Pablo, para limpiarle varios cortes que tenía en las mejillas, producto de los puñetazos que Ula le había propinado. Los demás estábamos alrededor de Alberto, que había sido desplazado unos pocos metros por Sandra, para evitar que este yaciera encima del enorme charco de sangre, coagulada ya parcialmente.

Estaba sin conocimiento. Tenía la herida muy dilatada de un intenso color carmesí. Mi cosido no había sido precisamente un trabajo fino. De la herida, hacia la parte inferior de la pierna, la piel se había tornado a un inquietante tono azulado.

—Si esa herida se infecta, como creo que va a pasar, vamos a tener un grave problema —concluyó Sandra.

—Ignoro si Alberto estaba vacunado contra el tétanos, pero el machete de ese loco puede que tuviese la bacteria —añadí—. Si es así, y Alberto no está vacunado, morirá en menos de veinticuatro horas.

—Habría que ir a un hospital y conseguir la vacuna —dijo Ana muy alterada—. Pero no sabemos nada de su administración, de cual es y tardaríamos demasiado en encontrarla.

—Si logra sobrevivir a este día, tarde o temprano, vamos a tener que cortarle la pierna —apostilló Sandra con un hilo de voz.

Ana y yo nos quedamos petrificados.

—¿Amputarle la pierna? —repitió Ana cada vez más angustiada—. ¿Por si se infecta la herida?

—No, porque se han destruido muchos capilares y el resto de su pierna ya no recibe la suficiente sangre como para mantener los tejidos —explicó Sandra—. Ahora está de color azulado, pero en poco tiempo se empezará a oscurecer por la gangrena. Una vez que el miembro esté así no se puede hacer nada salvo cortársela para salvarle la vida. Si no lo hiciésemos se extendería y contaminaría la sangre.

—¡Joder, y si no muere al cortarle la pierna lo hará por una infección de la herida! —exclamé resoplando de desánimo—. ¡Yo no tengo ni idea de hacer una amputación!

Estaba muy cansado por no haber dormido nada desde hacía más de un día y por la gran tensión

de los últimos acontecimientos. Me encontraba al borde del colapso mental y no podía pensar con claridad.

—Será mejor que te vayas a descansar —me aconsejó Sandra mirándome con preocupación—. Lo que menos necesitamos ahora es ponernos a discutir. Esta vez, si hay que operar, lo haré yo. Esta vez no quiero perder de nuevo a una persona que estimo sin haber dado la cara.

Ana no dijo nada. Era obvio que entre Sandra y Alberto había habido algo, aunque no sospechaba que esos sentimientos empezaron cuando ya vivían en la casa.

Sara subió y al ver a Alberto en aquel estado se llevó las manos a la cara por la impresión.

—¿Cómo está Pablo? —pregunté.

—Muy dolorido por los golpes, pero se recuperará con el tiempo. Ahora está vigilando la entrada. No cree que Carlos se atreva a aparecer, pero nunca se sabe.

—Ayúdanos a levantar a Alberto y meterlo en una de las habitaciones —le pedí—. Es mejor que esté descansando en una cama. Además, aquí hace fresco y necesita mantener el calor corporal. Ahora le pondré la estufa de butano. Necesitamos que recupere algo de sangre para lo que le espera.

—¿A qué te refieres? —indagó Sara.

—Vamos a tener que amputarle la pierna.

Después de dejar a Alberto en una de las camas, bien tapado y con una venda limpia en la herida, bajamos todos al salón. Sara me obligó a subir a la suite a dormir. Yo no quería, porque había que preparar muchas cosas, pero las chicas y Pablo dijeron que ellos se ocuparían de sacar a Pep, y también de preparar las armas por si se le ocurría venir a Carlos. Sandra quería buscar las herramientas que iba a utilizar para la amputación. Necesitaría un cuchillo muy afilado, una sierra y algo para cauterizar la herida. Intentaría a su vez esterilizar el lugar donde se iba a proceder a hacerlo. Me retiré, aunque me costó bastante poder conciliar el sueño. Al final, por puro agotamiento, caí en un sueño profundo.

Cuando me levanté ya había oscurecido. Tenía todavía dolor de cabeza y por un momento pensé que el día anterior había sido sólo una pesadilla. Al bajar al salón observé las angustiosas miradas de todos. Ana y Sara estaban cogidas de la mano, intentando darse ánimos mutuamente. Pablo, con la cara muy hinchada por los golpes, seguía sin separarse de su fusil y miraba por la ventana. Sandra parecía ser la única que conservaba la entereza. Separada de los demás estaba sentada en la barra del bar, bebiendo un refresco.

Le di un tierno beso a Sara y le pasé el brazo por el hombro para darla ánimos. Me preguntó qué tal estaba. Ella también estaba cansada pero no podía dormir. Ana no dijo nada. Miraba al suelo mientras cavilaba.

—Sandra, ¿qué tal está Alberto? —pregunté cuando me acerqué a ella.

—Hace un rato le he mirado y sigue sin conocimiento. Espero que pueda alimentarse un poco, eso le ayudaría mucho. Necesita de todas sus fuerzas para afrontar lo que le espera. La pierna se le está poniendo peor.

—Se está engangrenando. ¿Cómo vas a hacer la operación?

—Voy a utilizar mi cuchillo de defensa. Lo he afilado y creo que será lo más apropiado. Hasta llegar al hueso tendré que seccionarle toda la carne de alrededor. Luego utilizaré una sierra que he encontrado en el cuarto donde tenéis las cosas de mantenimiento, para así cortar el hueso. Todo ello

lo he lavado a conciencia con lejía y las he guardado en una caja de plástico grande, que había en la cocina y que previamente he lavado también, sólo la volveré a abrir justo en el momento que vaya a utilizarlas. He quedado como una estúpida al enterarme de que Ana y Alberto estaban juntos. Supongo que él te contó lo nuestro. Si sirve de algo te diré que nunca me dijo que estaba con Ana. No soy tan zorra como pensáis. Pero no le guardo rencor, ahora lo importante es salvarle la vida. Creo que se lo debo. Cuando esto acabe me iré, yo sola. No estaba buscando vivir de nuevo en un grupo.

—Ya habrá tiempo de hablar de esas cosas —bajé el tono de voz—. Ahora ayúdanos porque yo solo no puedo llevar esta situación. Míralos, están hundidos y necesitan que tomemos las riendas.

Sandra asintió algo altiva. Le gustaba verme suplicando, no había duda. Pero en ese momento necesitaba a alguien más con capacidad de sobreponerse rápido a los contratiempos y ella era capaz de eso. Quería a Sara con locura, pero reconocía que no aguantaba bien los golpes de la vida y Ana ahora estaba rumiando la infidelidad de Alberto. Ella no había estado enamorada de él, pero le aceptó como compañero porque era un buen hombre. Enterarse de que se estaba viendo con otra la tuvo que doler mucho. Luego estaba Pablo, que era de los que seguían, no de los que se hacían seguir. Así que tenía que apoyarme en Sandra por poco que me gustase.

—Voy a necesitar tu suite o la de Ana —solicité esta—. Allí hay chimenea y habrá que calentar al rojo algún hierro, para aplicar a la herida de la amputación, y así poder cauterizarla. Es posible que si sobrevive a la amputación muera cuando trate de cauterizarla pero no queda otra. ¿Hay algún tipo de sedante disponible? Algo como morfina sería ideal. Eso nos evitaría que sufriera demasiado dolor y si tiene que morir lo hará plácidamente.

—¿Morfina? —repetí, lamentando que mi adicción hubiera hecho que Catherine se llevara las dosis que tenía—. Me temo que no tenemos nada de eso.

—Entonces esperemos que pierda el conocimiento cuando empiece.

Aquella tarde Alberto recuperó algo la consciencia y pudo tomar un poco de sopa que le hicimos. El caldo le daría algo de fuerza. No se mantuvo despierto mucho tiempo y lo poco que lo hizo no tenía una mirada esperanzada, sino más bien parecía un muerto viviente. No dije nada pero instituí que Alberto no lograría sobrevivir. Su mirada vidriosa y hueca no auguraba nada bueno. Sandra debió verlo también.

—Tenemos todas las papeletas para que Alberto se nos quede en el sitio.

Pablo se nos acercó en aquel momento. Llevaba su *G36* en su mala acostumbrada posición a la espalda. Tenía la misma cara que tenía yo cuando Andoni me propinó aquella brutal paliza de bienvenida.

—Tenemos un problema —avisó con gesto grave.

—¿Sólo uno? —repliqué con ironía.

—Mientras estaba abajo Ana de guardia, vigilando la casa, me he ido un momento al pueblo a ver el lugar donde vivían esos desgraciados y no estaba su coche. ¿Vosotros lo llevasteis a algún lado?

—Ni lo tocamos.

—Entonces creo que Carlos ha regresado a por él. Ignoro con que finalidad, si para huir o para tramar algo. Pero el tipo ese ha estado de nuevo por la zona.

SEÑOR R

—Me da a mí que esa clase de gente no se rinde fácilmente —dijo Sandra —. Seguro que intentará algo. No nos olvidemos que hemos acabado con sus secuaces. Ahora no tiene a nadie con quien compartir sus depravaciones.

—Habrá que intensificar la vigilancia como podamos. Sé que es un gran esfuerzo pero las guardias serán de dos personas a partir de ahora —dije sabiendo que eso supondría que dormiríamos menos horas y que los ánimos, por lo tanto, bajarían. Pero Carlos era un psicópata muy peligroso.

Efectivamente, el estado de ánimo estaba por los suelos. La perspectiva de perder a Alberto, unida a tener que lidiar con un loco asesino suelto, no gustaba a nadie, pero todos creyeron necesario los turnos de guardia de dos personas. A Sara y Ana no les atraía especialmente la vigilancia en solitario y lo agradecieron. La primera guardia la hice yo, junto con Sara, momento que aprovechamos para hablar un poco entre nosotros de manera más íntima, aunque sin descuidar la vigilancia.

—Me preocupa el estado anímico de Ana —le dije a Sara tratando de saber algo más de esta.

—Mira Miguel, lamento profundamente que Alberto esté en esta situación. No quiero que pienses otra cosa. Pero lo que ha hecho con Ana es de... Bueno, ya sabes.

—Me lo contó hace unos días y me quedé bastante sorprendido. Sandra me ha comentado que ella no sabía que Alberto había iniciado una relación con Ana.

—Ha sido de una torpeza tremenda. Porque Ana, aún en contra de sus sentimientos, empezó a tontear con Alberto para ver si así empezaba a sentir algo por él. Ella quería querer a alguien y ser correspondida. En este mundo tan duro es deseable poder tener a alguien al lado. Ella se plegó a las insinuaciones de Alberto y mira cómo se lo agradeció.

—A Alberto le pudo la tentación. Sé que no hizo bien pero él también empezó a tontear con Ana porque no había otra. Los dos iniciaron una relación basada en unos sentimientos muy precarios. Creo que sabían que a la larga no funcionaría. De hecho, a las primeras de cambio, en cuanto se le presentó otra alternativa, Alberto prefirió a la siempre tormentosa Sandra. Creo que si a Ana le hubiera pasado lo mismo habría sucumbido del mismo modo. Tanto Ana como Alberto, si este pudiera, no deberían sorprenderse de nada.

—Tienes toda la razón, pero eso no quita que haya sido una cosa muy fea.

—No creo que sea la hora de reprocharle nada. Creo que va a morir y es mejor que lo haga en paz.

—¿Tan mal lo veis? —preguntó Sara.

—Peor. Esta tarde abrió los ojos y era como si ya estuviese muerto. Creo que desea morir porque está sufriendo. Y la operación que le vamos a hacer no le va a proporcionar precisamente una muerte plácida. Pero tampoco podemos dejarle morir, hay que intentarlo todo.

Sara me abrazó porque necesitaba algo de calor humano. Los últimos acontecimientos habían vuelto a ponernos en una situación límite y lo peor es que sabíamos que todavía nos quedaban por sufrir varios malos momentos por delante.

***

Alberto se despertó de nuevo aquella madrugada. Sandra, que no hacía guardias de armas

porque velaba al herido toda la noche, le dio un poco más de sopa. Aunque seguía teniendo mal aspecto había logrado recuperar algo de color y ya no presentaba la anterior palidez cadavérica. Por contra su pierna estaba fatal.

Nada más salir el sol me fui al pueblo para intentar encontrar algún tipo de calmante, para cuando llegase la hora de amputar la pierna de Alberto, y para echar un vistazo por si encontraba alguna evidencia de que Carlos andaba por la zona. Por eso iba armado y equipado como si fuera a la guerra. Más si cabe cuando iba solo.

Por el casco viejo descubrí un cartel indicando la situación de la Cruz Roja del Mar. Pensé en acercarme por allí porque era más que probable que pudiera haber algún tipo de medicamento, si no estaba saqueado.

El edificio estaba muy cerca del faro y el mirador así que no tardé en llegar. El acceso al recinto estaba forzado lo que me confirmó que el lugar había sido visitado por los saqueadores en los tiempos de la pandemia. Esta gente, aún sabiendo que las medicinas no servían de nada, había hecho estragos en las farmacias, hospitales y cualquier lugar susceptible de contener algún tipo de medicamento. Los más apreciado eran los antivirales, tipo *Tamiflu* y similares que, lógicamente, no sirvieron de nada para combatir a la *Gripe X*. Aún así, estos eran imposibles de encontrar. Los analgésicos, aún siendo también saqueados, fueron menos importantes para aquellas personas y era posible toparse todavía con ellos. Los más potentes, los opiáceos como la morfina, todavía podían ser hallados si se tenía algo de suerte, tal y como Matías y yo logramos hacer en La Rochelle.

Las dos ambulancias que había estaban desmanteladas. El interior del lugar también. Había una especie de hospital de campaña donde en su interior hallé numerosos cuerpos descompuestos. Pero ni rastro de cualquier tipo de medicamento. Ni siquiera unas simples aspirinas.

En aquel momento me acordé de que en el puerto, donde estaba atracado el *Aurora*, también estaba la lancha de la Cruz Roja. Como no tenía nada que perder, y estaba muy cerca, decidí acercarme a probar suerte.

Comenzó la sempiterna lluvia y en un momento estaba casi empapado. Por precaución llevaba puesto el casco así que al menos evité mojarme la cabeza. Solía mirar a mí alrededor con bastante frecuencia. Era una situación muy agobiante. No saber si Carlos había huido o estaba todavía por allí. Eso me hacía moverme con mucha cautela y siempre con el fusil en ristre.

Cerca del *Aurora*, a popa, se encontraban abarloados dos pesqueros. Detrás de estos estaba la pequeña lancha de la Cruz Roja. Era un lugar poco visible por lo que no me extrañó que hubiera pasado desapercibida a los saqueadores.

A bordo descubrí un amplio espacio donde había pertrechos para rescate de personas en la mar: un botiquín con vendas, esparadrapos, apósitos, pinzas y diverso material sanitario. De material médico no hallé nada. Supuse que el enfermero de turno llevaría su propio material y el que había en la lancha no era más que cosas que no estuviesen demasiado expuestas a los rigores de la mar ya que los medicamentos podían estropearse. De todos modos hice acopio de todo aquello porque necesitaríamos tener muchas vendas.

Según me acercaba a la casa noté algo extraño. Pablo estaba asomado por una de las ventanas con su fusil preparado. En la fachada observé unos cuantos impactos de bala. Aceleré el paso y al llegar al jardín pude cerciorarme de que había habido un ataque. Maldije la hora en que decidí salir

a explorar y entré corriendo en la casa, ansioso por saber si había habido algún herido. Sara fue la primera persona en recibirme. Nadie estaba herido.

—Una hora después de marcharte nos dispararon —relató Sara abrazándose a mí al comprobar que estaba a salvo—. Carlos debió llegar y disparar en un momento de despiste por nuestra parte. No se acercó mucho, desde la puerta de la verja. Pero tiene un fusil de asalto que nos tomó cuando nos retuvo y ahora dispone de más capacidad de fuego a larga distancia.

—No debió ver a nadie en el interior porque disparó de manera un tanto errática —añadió Pablo —. Creo que lo hizo para asustarnos. Para que supiéramos que estaba por aquí y que no se había olvidado de nosotros.

—Supongo que sabía que yo no estaba y aprovechó el momento. A pesar de que está loco, no es tonto y sabe que somos muchos para hacerle frente. Aunque nos asuste no os dejéis intimidar. Somos cinco personas armadas frente a uno. No puede ganarnos y no lo hará.

—¿Y cómo le vamos a ganar? —preguntó Pablo, sin tanto convencimiento.

—Seguiremos aquí parapetados y protegidos hasta que solucionemos lo de Alberto. Luego ya pensaremos en algo. Aquí tenemos agua, comida y armas. Estamos protegidos de la intemperie y bien defendidos. Carlos está solo y su ansiedad por acabar con notros le hará cometer un error. Él no dispone de un visor nocturno como nosotros y si se acerca por la noche le veremos o podremos hacerle frente en mejores condiciones. Por el día somos más para contraatacar. Tampoco dispone, o al menos nunca lleva, equipo de protección como los nuestros. Tranquilos y sed pacientes. Eso sí, quien tenga la oportunidad de dispararle que no se lo piense. No le deis ninguna oportunidad. Matadlo sin dudar. Él intentará hacer lo mismo.

Nadie añadió nada pero era evidente que no tenían el mismo ánimo que yo. La única persona que dijo algo fue Sandra.

—A mí no me da miedo. Ningún hombre me lo da —dijo con desprecio—. Cuando termine con las cosas que debo hacer voy a ir a cortar en cachitos a ese tal Carlos. No me iré hasta que lo extermine.

Todos le creímos porque el odio que Sandra sentía era demasiado visceral para ser bien encauzado por otro medio. Sandra iba a estallar algún día y pobre del que estuviera con ella en aquel momento. El día que se marchara de manera definitiva no la íbamos a echar de menos en absoluto. Era imposible mantener una buena relación en comunidad con aquella mujer.

***

—Ha llegado el momento —anunció Sandra.

La miré sin decir nada porque sabía que era inevitable. En los dos últimos días Alberto había mantenido la consciencia un poco más rato cada vez, aprovechando el momento para comer e hidratarse. Pero los dolores que tenía eran tremendos y su pierna ya la dábamos por perdida. Cuanto antes se procediera a su amputación sería mejor para él. Hacía un día que le habíamos subido a la suite de Ana. El lugar había sido limpiado a conciencia para intentar dejarlo todo lo aséptico que pudimos, para que el riesgo de infección fuese el menor posible.

Alberto no decía nada, o no podía, pero asentía o negaba con la cabeza. Le explicamos lo que iba a pasar. Aunque se puso a llorar, aceptó ya que no había más remedio que cortar la pierna para

intentar salvar su vida. Le explicamos que no teníamos ningún analgésico lo suficientemente potente como para poder sumirlo en la inconsciencia, o al menos poder aliviarle el dolor. Sólo habíamos podido darle ibuprofeno que no le hacía casi ningún efecto. A la sugerencia de darle algo de alcohol, para intentar mitigar en algo su plena conciencia, este asintió de manera afirmativa. Quizás era contraproducente, pero no conocíamos otro remedio y el alcohol era algo que se había utilizado desde tiempos inmemoriales para paliar los sufrimientos en una operación. Era mejor buscar la inconsciencia por embriaguez, a pesar de que su estado no recomendaría eso ni en broma en condiciones normales. Pero aquellas condiciones estaban muy lejos de ser así.

Pablo subió una botella de vodka.

—Creo que es lo más fuerte que tenemos.

—Bien. Espera abajo con los demás. No podemos descuidar la seguridad. Yo me quedaré con Sandra para asistirla en lo que necesite.

Como la suite tenía baño propio pudimos disponer de agua. No obstante, subimos un caldero con agua caliente y muchas vendas.

La chimenea crepitaba. Hacía calor, pero era necesario mantener la habitación caliente. Ya estaba puesto, para calentar al rojo, el hierro que utilizaría Sandra para cauterizar la herida y cerrar por quemadura la hemorragia de la amputación. Era un método cruel y bárbaro pero era la única forma de cerrar los vasos y tejidos sin necesidad de cirugía. Un método ancestral que era tanto o más peligroso que la propia amputación.

Sandra y yo llevábamos unas camisetas de manga corta. También nos habíamos lavado a conciencia los brazos, al igual que la zona donde se iba a proceder a cortar. Teníamos puestas unas mascarillas anti polen, que para el caso vendrían bastante bien para evitar que nuestro aliento expulsara gérmenes a la herida. El riesgo de infección era muy grande y tratábamos de minimizarlo en lo posible.

—Será mejor que despiertes a Alberto para darle el vodka —recomendó Sandra—. Puede pasar algo de tiempo hasta que sienta los efectos. A lo mejor logramos que no sienta nada en la operación, pero después seguirá padeciendo un dolor terrible. No vamos a poder tenerlo borracho constantemente.

—Claro que no —repliqué algo molesto por el comentario—. Si logra sobrevivir saldré a buscarle morfina o algún calmante.

Cuando mencioné la morfina me entró un escalofrío en la columna.

Logré despertar a Alberto durante un rato. En su transcurso le di vodka por medio de un vaso. Me sentía mal por querer atiborrar de alcohol a una persona, pero no teníamos otra alternativa para intentar ahorrarle sufrimientos. Si yo hubiera estado en su lugar habría querido que hicieran lo mismo.

Se tomó un solo vaso y no pude volver a reanimarlo. O se había dormido por el sopor alcohólico, a pesar de no haber bebido demasiado, o su cuerpo le había sumido en la inconsciencia por debilidad. Esperé que fuera lo segundo, porque Sandra quería empezar cuanto antes. No estaba nada cómoda con la situación y si lo posponíamos podía ser que decidiera largarse dejándome a mí con el embrollo. No dije nada y empecé a apretar con fuerza el torniquete por encima del lugar donde iba a cortar. Había que contener la hemorragia intensa que se iba a producir hasta la

cauterización. Había leído una vez que en tiempos pasados, en los buques de guerra, los cirujanos tenían tal maestría en las amputaciones que lograban causar los daños mínimos al paciente. Y que, fruto de la experiencia con el cuchillo y la sierra, podían separar una pierna en pocos minutos. Este no era el caso, pero confiaba en que Sandra tuviera habilidad y no se derrumbase cuando empezara. Yo no tenía ánimos para hacer aquello.

Nos dimos cuenta de que era realmente difícil empezar a cortar a alguien. Cuando me vi en algo parecido, aquella vez que tuve que intentar sacar la bala encajada en la espalda de Fernando, la herida ya estaba hecha y sólo tuve que hurgar en ella. Ahora había que empezar a rajar desde cero y eso era psicológicamente muy difícil de llevar a cabo cuando no se tenía costumbre. Notaba esa tensión en Sandra. Antes le había recomendado que bebiese un trago de vodka, para templar los nervios, pero se negó por si eso podía dificultarle la operación. Quería estar completamente serena. Como contrapartida a su lucidez, tenía la conciencia plena de lo que iba a hacer. Yo di varios buenos tragos. Y lo agradecí de veras.

Yo sujetaba a Alberto por si tenía un despertar y empezaba a revolverse. Sandra, después de aquellos interminables segundos, con el cuchillo muy afilado en la mano, procedió a cortar.

No pude soportarlo y tuve que apartar la vista a otro lado. Era muy desagradable y no podía más que reconocer el gran valor de Sandra. Poca gente hubiera hecho aquello en esas condiciones. La oía respirar con mucha agitación, producto de la tensión del momento. A pesar del torniquete, la herida empezó a sangrar inmediatamente, dificultando la visión en la zona afectada.

—¡Ponlo de costado, rápido! —ordenó Sandra, muy nerviosa, con la sangre de Alberto chorreando por sus brazos.

Tuve que obligarme a mirar, para poder proceder a ponerlo en la nueva posición y casi me mareé. Toda la parte anterior del muslo estaba completamente desgajada.

Horrible. Aquello era demasiado espantoso.

Sandra siguió. Puse varios dedos en el cuello de Alberto para controlar su pulso. Este era muy débil. Pensé en que lo mejor en aquella situación era que Alberto se muriese y parar de una vez con aquella carnicería.

Pero no murió. En un momento dado, cuando Sandra ya había empezado con la sierra, este se despertó gritando y moviéndose de forma compulsiva. Estaba en estado de *shock*.

—¡Ponle algo en la boca o se morderá la lengua! —avisó Sandra, deteniéndose de inmediato porque no podía seguir con aquel vaivén.

Pablo entró en aquel momento. Los gritos debieron de oírse desde la planta inferior y se habían asustado. Aquella aparición me vino muy bien, porque no podía sujetar a Alberto y ponerle el trapo en la boca al mismo tiempo.

—¡Pablo, ponle ese trapo en la boca! ¡Ten cuidado de que no te muerda!

Una vez puesto el trapo, Pablo le sujetó por los hombros, lo que me permitió agarrarlo por la cintura mientras Sandra serraba de nuevo. Los gritos de Alberto, aun amortiguados con el trapo, eran estremecedores. Pablo lloraba, Sandra maldecía y yo repetía constantemente: "vamos, vamos".

—¡Rápido, pásame el hierro candente! —demandó Sandra. Tenía tanta sangre por el cuerpo que parecía que la habían acuchillado.

—¡No puedo, si le suelto ahora se hará daño! —exclamé mirando a Sandra con impaciencia.

SEÑOR R

Esta soltó el cuchillo y corrió a la chimenea. Agarró el hierro con un trapo grueso y empezó a aplicarlo en la herida, esta vez sin pensarlo demasiado.

Alberto se convulsionó y quedó inconsciente de manera inmediata. Su pulso era tan débil que, por un momento, creímos que había muerto. El olor era espantoso. Olía tanto a carne quemada que tuvimos que abrir las ventanas de par en par para respirar aire fresco. Sandra seguía aplicando el hierro de manera casi mecánica. Estaba seguro de que llegado a ese momento esta ya no pensaba, lo hacía todo por inercia.

La cama estaba empapada de sangre y la pierna izquierda de Alberto estaba separada de su cuerpo en una visión espeluznante.

Con una manta envolví el miembro y lo deposité en una bolsa, para sacarlo luego de la casa de la forma más discreta posible.

—Ya está cauterizada. Ahora hay que envolverla con vendajes limpios. ¿Te ocupas de eso? —me preguntó Sandra, visiblemente cansada por la tensión.

—De acuerdo. Ve a lavarte, Sandra. Lo has hecho muy bien —la felicité tratando de demostrar un poco de aliento hacia ella. Esta ni me miró; se fue al baño y se encerró.

Con la ayuda de Pablo quitamos el torniquete y vendamos el muñón.

—Vamos a levantarlo y a ponerlo en la otra cama —le dije a Pablo. Habíamos separado las dos camas antes de la operación previendo aquello.

Con esfuerzo, para procurar no hacerle más daño, procedimos a levantarlo y dejarlo en su nuevo emplazamiento. La ropa sanguinolenta, sobre la que se había realizado la amputación, la metimos en unas grandes bolsas de plástico. Yo también tenía numerosos restos de sangre pero no quise apremiar a Sandra quien estaba todavía en el baño. Me lavé como pude en el caldero de agua caliente, aunque ya estaba más que tibia.

Después de unos cuantos minutos dejamos la habitación con mejor aspecto, aunque Ana ya había comentado que no iba a dormir más allí. Se trasladó al piso inferior, a la antigua habitación de Alberto.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Pablo, temblando todavía por la impresión.

—Sólo podemos esperar a ver cómo evoluciona. Pero no nos engañemos, Alberto está muy débil y las próximas horas veremos cómo reacciona su cuerpo. Si no tiene fuerzas para recuperar la consciencia y alimentarse lo tendrá difícil para salir adelante.

Sandra salió del baño. Llevaba otra camiseta limpia. Se había lavado a conciencia. No tenía ningún rastro de sangre. Sus ojos estaban húmedos porque había estado llorando.

—¿Sigue vivo? —preguntó.

—Si —afirmó Pablo después de comprobar su pulso.

—Me voy a dormir un poco. Estoy muy nerviosa y necesito calmarme.

—No te preocupes. Lo has hecho muy bien —volví a felicitarla.

—Deja ya de decir eso, ¿quieres?

Avergonzado, agaché la cabeza. Sandra se marchó y nos quedamos allí, mirando a Alberto y a la bolsa donde estaba metida su pierna.

***

SEÑOR R

La noche anterior me deshice de la pierna amputada y las sábanas manchadas de sangre. Todo con mucha discreción. Ana y Sara subieron a ver a Alberto después de su guardia y a ayudar en lo que fuera necesario. Sandra seguía encerrada en su habitación. Nadie se atrevió a acercarse ni siquiera para llevarla algo de comer. Supusimos, con razón, que así lo deseaba.

Yo también estaba muy cansado y me fui a dormir pronto con lo cual le tocó a Pablo hacer la primera guardia en solitario. Con el visor nocturno puesto se quedó parapetado en un rincón del amplio salón. Lo cual era un error, ya que la mejor forma de hacer una guardia efectiva era ir recorriendo el perímetro, porque si bien tenía la entrada principal cubierta dejaba totalmente desprotegida la parte trasera.

Tampoco se le podía reprochar nada a Pablo. Estaba solo y todavía convaleciente de sus hematomas y dolores lumbares de la paliza. Si hubiese estado en movimiento se habría resentido, así que prefirió quedarse sentado en un rincón oscuro, rezando porque a Carlos no se le ocurriera saltar el vallado por atrás.

Pero lo hizo. Aunque no nos dimos cuenta hasta varios días después.

A la mañana siguiente nos despertamos con la buena noticia de que Alberto había recuperado la consciencia. El poco tiempo que permaneció despierto sirvió para darle algún analgésico de los que teníamos, además de darle de comer y beber. Necesitaba alimentarse con urgencia porque le iba su recuperación en ello. No dio más que un par de bocados a un filete y bebió un vaso de sopa caliente, pero al menos sirvió para mantener la esperanza en su recuperación. Me tocó cambiarle las vendas del muñón. Fue algo muy desagradable. Ya no sólo por el fuerte olor a quemado sino porque el muñón parecía que supuraba algún tipo indeterminado de sustancia líquida. No obstante, lo hice lo mejor que pude y me alegré de salir de la habitación para hacer mi guardia. Sara me volvía a acompañar mientras Pablo se fue a dormir. Ana, a quien le tocaba la segunda guardia otra vez con Pablo y que en ese momento estaba preparando la comida, se echó a llorar. Hice ademán de consolarla pero Sara, con un leve gesto con la cabeza, me indicó que no era buena idea.

—Déjala, necesita llorar a solas.

Me senté en un sofá, con el *G36* a mi lado, mientras bostezaba e intentaba no pensar en el día anterior y en lo que nos esperaba.

—Ojala te hubiera hecho caso en su momento y no me hubiera obcecado en ir a Santander —murmuré—. Eso fue lo que acabó por separarnos y mira cómo estamos.

—También ha habido cosas buenas. Ahora estoy más unida a ti que nunca. Hemos conocido a gente maravillosa y hasta nos hemos casado de verdad.

Sara intentaba animarme porque sabía que ahora era el que estaba alicaído era yo. El mismo que siempre le decía lo de "arriba los corazones" ahora se encontraba derrumbado en un sofá, perjurando cosas que ya no tenían remedio.

—Ya sé que ha habido cosas buenas. Pero he sufrido mucho, Sara. He pasado por unos momentos muy malos desde entonces y ahora esto... Este mundo es tan duro...

—Oye, no te hundas, cariño —susurró ella mientras se acercaba y me daba un abrazo—. Te necesitamos. Te necesito como siempre. Si te vienes abajo pasará como con las fichas de dominó. Todos iremos cayendo detrás.

Me quedé unos instantes abrazado a ella. Notando su calor y su olor. Cerré los ojos y me dejé

llevar al "sitio de mi recreo", como decía aquella canción.

—¿Estas mejor ahora? —preguntó Sara cuando por fin me retiré.

—Si —asentí con sinceridad—. Ahora creo que sí.

Al poco tiempo bajó Sandra. Aunque había pasado muchas horas en su habitación se notaba que no debía haber dormido demasiado. En su agraciada faz se vislumbraban las sombras del agotamiento. Nos saludó sin mucho entusiasmo y dijo que se iba a preparar algo para comer. Al saber que Ana estaba en la cocina cambió de opinión y dijo que esperaría un poco. Tanto Sara como yo sabíamos que no quería encontrarse con aquella a solas. No por miedo, sino porque eso le recordaría que con su aparición había hecho daño a otra persona más. Y ya eran muchas.

—¿Qué tal está Alberto? —preguntó sin mucho interés.

—Ha recuperado la conciencia durante un rato —contesté—. Le hemos dado algo de comer y beber. También le he cambiado la venda del muñón. Estaba todo quemado y parecía como mojado con algo que no era sangre.

—No es un tronco de un árbol —dijo Sandra—. Esos líquidos serán el pus que ha segregado de la herida. No sé, no soy médico y la verdad es que dudo mucho que pueda salir adelante.

Su franqueza me molestó. No tenía remedio. Era una chica insufrible que no podía decir nada amable y que parecía que disfrutaba siendo una borde.

—¿Por qué tienes que ser así, Sandra? —inquirí. No lo pregunté en tono condescendiente sino grave.

Sandra me miró. Había desprecio en sus ojos.

—Tú te debes pensar que yo era una tía borde de los que espantaban a los chicos en las discotecas. Debes creer que como soy mona y con genio mi único problema es que en este mundo ya no haya tiendas de ropa.

—No lo sé, Sandra. Es algo que me importa bien poco. Lo único que te pido es que, mientras estés con nosotros, seas un poco más amable, porque si bien nos has ayudado nosotros también lo estamos haciendo contigo. Que te pongas en plan chulo no arregla nada y, créeme, no es nada agradable.

—Miguel, querido —dijo con sorna—, me importa una mierda ser amable. No necesito a nadie que me cuide y si sigo aquí es porque quiero ver si Alberto vive o muere. No me gustaría irme sin saberlo. Con cualquiera de las dos opciones me marcharé, así que no tendréis que aguantarme mucho. Como os dije la otra vez, antes de eso quiero hacer otra cosa. Quiero cazar a Carlos.

—¿Por qué, si puede saberse? —indagó Sara.

—Porque ese cabrón representa todo lo que odio en los hombres.

—Me parece que tú nos odias a todos por igual —apostillé sin importarme tener un encontronazo con ella.

Sandra se levantó. Dio un par de pasos para alejarse y se dio la vuelta. Por supuesto, era de esas personas que siempre tenían que decir la última palabra.

—Alberto me contó una vez lo que te hicieron durante la pandemia —masculló mirando a Sara, que al oír aquello bajó la vista al suelo—. Entonces comprenderás lo que quiero decir.

—Ignoro lo que te pasó a ti —replicó Sara—, pero no se puede vivir siempre con odio y rencor. Yo he pasado también por una mala etapa, en la que creí que no sería capaz de volver a mirarme a

la cara o volver a sentir algo. Mira ahora, no sólo he vuelto a querer vivir sino que además he encontrado a alguien a quien amar. Te aconsejo que dejes de encerrarte en tu pasado y pases página. De lo contrario nunca volverás a sentir nada positivo. Sé valiente y afronta tus problemas.

Sandra se fue sin añadir nada más. No le gustaba que le dieran lecciones y menos de alguien como Sara, que en teoría, por lo que le pasó durante la pandemia, debía comprenderla más que nadie.

Ana subió algo de comida a la habitación adonde estaba Alberto. Había que entrar cada poco tiempo para ver su estado. Sara se fue a la parte de atrás de la casa mientras yo seguía mirando por la ventana. El sol se nubló de nuevo, pero al menos no había llovido en toda la mañana. Mientras me encontraba allí de pie sentí la imperiosa necesidad de meterme alguna cosa para el cuerpo. De haber podido hacerlo lo hubiera hecho sin pensarlo. Y eso me preocupó mucho más que el tener a un loco suelto en aquel lugar.

***

Todo transcurre como si estuviese sumido en un sueño. O, más bien, en una pesadilla.

Un grito. De una mujer.

Me levanto. Mi corazón empieza el ya conocido trote producto de la tensión, del desasosiego de no saber a qué me enfrentaré esta vez. Al miedo, en definitiva. Monto el fusil y quito el seguro. Elevo la mira a la altura de mi vista y, como si de un videojuego se tratase, adopto formas y maneras de soldado o policía dirigiéndose al peligro. Porque un grito nunca anuncia nada bueno.

Miro hacia el pasillo, por si veo a Sara, pero no hay nadie. No sé si subir arriba directamente o ir al encuentro de Sara. Opto por lo primero. El grito no parecía haber sido de ella, sino de Ana. ¿Habrá muerto Alberto? Si es así no tiene sentido ese desgarrador chillido. No, no puede ser eso.

Me muevo casi levitando. Llego al rellano y veo dos puertas abiertas. Una es la habitación donde estaba Pablo durmiendo. La otra es donde Sandra se había instalado. Me acerco a la de esta última.

No se oye nada. Dentro no hay nadie. Me encamino a la habitación de Pablo. Veo varias sombras proyectadas en el pasillo de alguien que se mueve en el interior. Estoy tentado de dar un grito, pero mi experiencia me dice que no lo haga. Nunca hay que desperdiciar el efecto sorpresa. Esa es siempre la mejor táctica.

De forma muy lenta me voy asomando a la entrada de la habitación, mientras sostengo el fusil, listo para disparar sobre quien sea.

Primero veo a Sandra. Está de pie con una pistola en la mano, que cae flácida en su costado derecho.

A su lado, de rodillas, está Ana. Tiene las manos en la cara. Está sollozando.

En la cama está Pablo. Tiene la garganta cortada de manera horrenda y salvaje. Hay abundante sangre a su alrededor.

Está muerto.

Bajo el fusil. Sandra, que ya sabía que estaba allí me observa muy seria. Muy alterado pregunto qué ha pasado. Ana me mira con miedo, y dice que ha entrado en la habitación de Pablo para preguntarle si quería algo de comer y le ha visto así.

SEÑOR R

Sandra añade que a Pablo le han matado hacía ya un buen rato, porque la sangre estaba muy espesa por la incipiente coagulación.

Carlos se ha infiltrado en la casa. Tenemos al enemigo dentro.

Grito a Sara. No recibo respuesta y me asusto. Les pido a las chicas que se armen y se queden juntas mientras voy abajo.

Sara no está en la cocina, tampoco en el salón. Miro en la sala de mantenimiento, en el baño de abajo, detrás de la barra. Me empiezo a agobiar. Tampoco está en la parte de atrás del jardín.

Grito de nuevo su nombre.

Después de unos angustiosos segundos ella responde. Está en la entrada de la casa.

Me dirijo allí corriendo. Sara está con su fusil terciado mirando a la carretera.

Le pregunto qué ha visto y me dice que el coche de Carlos está estacionado a unos cincuenta metros de la casa. No le digo nada sobre lo de Pablo. Pongo una rodilla en tierra y comienzo a disparar al vehículo. Quiero destrozarlo porque, de momento, es lo único que puedo hacer para desahogarme. Al contrario de lo que suele pasar en las películas, el coche no explota cuando lo hago. Dos cargadores enteros dejan el monovolumen de Carlos en un estado próximo a la chatarra. Cargo de nuevo y le digo a Sara que hay problemas dentro. Se nos ha colado el muy hijo de puta y ha matado a Pablo mientras este dormía. Sara no me cree en un primer momento. Luego ahoga un grito al percatarse de que, en la segunda planta, aparece la cara de Carlos. Está sonriendo y desaparece al instante.

No hay tiempo. Ambos nos encaminamos de nuevo a la casa. Sara va por detrás ajustándose el casco y yo delante.

Subimos a la primera planta; las puertas que antes estaban abiertas ahora están cerradas. Nos encaminamos a la habitación de Pablo. Mientras Sara vigila el pasillo abro y confirmo que sólo está el pobre Pablo. Degollado. Asesinado mientras dormía.

Le ahorro a Sara aquella visión y vuelvo a cerrar. Nos encaminamos a la segunda planta, donde habíamos visto a Carlos. Pero no podemos saber si subía o bajaba, así que no podemos precipitarnos.

Al final del pasillo vemos a Sandra. Hay furia en sus ojos. Lleva una pistola y el machete que portaba Pep. Me dice que más vale que mate a ese cerdo en cuanto le vea, porque si lo hace ella no va a escatimar esfuerzos en mantenerlo vivo para divertirse con él. Lo dice de una manera que nos estremece. No quiero, ni me atrevo, a decirle nada. ¿Quién caza a quien? ¿Carlos a nosotros o viceversa?

Antes de ir de nuevo abajo me dice que arriba está Ana con una pistola, encerrada en la habitación de Alberto. Decidimos subir para ver como están las cosas, y para cerciorarnos de que Carlos no se ha ocultado en ningún armario.

Sandra se aleja adoptando una pose algo teatral. Creo que está disfrutando con aquello. Desde luego no parece tener miedo.

Ana nos abre la puerta, con la pistola en la mano, muy aliviada de vernos. Dice que tiene miedo de Sandra, de las cosas que ha dicho que va a hacerle a Carlos si lo coge vivo. Trato de calmarla y le pido a Sara que se quede allí con ella, cerrando la puerta.

Vuelvo de nuevo abajo. Con tantas habitaciones Carlos puede estar jugando al escondite el SEÑOR R

tiempo que quiera. Si al menos Sandra aceptase tenderle una trampa, pero esta sólo busca encontrarlo primero. Así estamos en inferioridad porque Carlos puede eliminarnos uno a uno. Puede hasta que tengamos un accidente porque yo voy con la adrenalina por las nubes y sería capaz de disparar a cualquier cosa.

En la habitación que acabo de pasar, a la izquierda, he notado como algo se había movido ligeramente. Un ruido tan sutil que, de no haber pasado justo en ese momento, no lo habría sentido. Me acerco. De improviso la puerta se abre con una fuerza inusitada. Mi fusil se me viene encima y me golpeo con el mismo. El casco evita que me dé en la cabeza de pleno, pero aún así me da en el hueso de la clavícula izquierda. Grito de dolor y rabia. Reacciono antes de que Carlos se dé la vuelta para rematar la jugada. Pero este ha escapado y le veo correr desnudo por el pasillo. ¿Por qué se ha quitado la ropa? Maldito tarado.

Con una aguda sensación de dolor me levanto y salgo detrás de él. Tengo la impresión de que Carlos no va a parar hasta que, o bien nos mate a todos, o nosotros le matemos a él. Se ha visto solo en el mundo y no sabe qué hacer. Su única forma de sentirse vivo es haciendo el mal y por eso ha venido de nuevo a la casa. A terminar lo que empezó, o a morir.

Otro grito.

Esta vez es de un hombre y viene de abajo. Se trata de Carlos. Al llegar de nuevo al salón me encuentro a Sandra frente a la puerta del aseo que hay allí. Su machete está teñido de sangre y con horror reparo que, a un lado de esta, hay un brazo seccionado. Sandra me mira y sonríe; me dice, sin ningún tipo de sentimiento, que Carlos se ha encerrado en el baño, y que le falta un brazo. Le vio aproximarse y lo sorprendió. Luego se ríe de forma grotesca. Ahora tengo miedo de ella y su mirada. ¿Intentará algo contra mí? Por un momento pienso en disparar, pero ella vuelve su mirada a la puerta y grita diciéndole a Carlos que le va a cortar en pedazos. Este aúlla de dolor, pero todavía es peligroso, conserva todavía la pistola.

Le grito a Sandra que se quite de en medio, pero ella se niega. Carlos dispara a través de la puerta. Una bala pasa a escasos centímetros de la pierna derecha de Sandra y queda empotrada en la pared de detrás. Aprovechando que ella se echa a un lado decido intervenir y acabar con aquello rápidamente. Avanzo y, antes de que Sandra pueda impedírmelo, le doy una patada a la puerta. Entro en el aseo.

Carlos está en el suelo, sobre un charco de sangre. Su muñón sanguinolento, de lo que fue su brazo izquierdo, chorrea sangre. En su boca cuelga un cigarro sin encender. La mano derecha sostiene la pistola que apunta a su cabeza. Sandra, detrás de mí, grita como una poseída bramando que no le mate, que es su trofeo. Carlos, nos mira, clava sus acerados ojos en los míos y sonríe de forma triunfal. Entonces me doy cuenta de lo que va a pasar. Después de todo va a ganar algo. La satisfacción de acabar el mismo con su vida y privar así a Sandra del premio de haberle dado caza.

Un disparo basta para que se salga con la suya.

***

A diferencia de la muerte de Matías, sin violencia y de forma natural, la de Pablo nos conmocionó de veras, por la brutalidad con que ocurrió y porque fue un sin sentido. Allí estábamos Sara, Ana y yo, de pie, después de enterrarlo en el jardín de la casa. Alberto seguía en su estado

semi inconsciente y Sandra estaba encerrada en su habitación desde hacía dos días.

Ninguno tuvo ánimos de decir nada, entre otras cosas porque ninguno de los que allí estábamos éramos religiosos y si lo fuimos alguna vez hacía tiempo que habíamos perdido la fe.

Todos sabíamos que ya no podíamos seguir en aquella casa, en la que ya habíamos perdido amigos valiosos y sufrido mucho dolor. Sin embargo, no podíamos decidir nada hasta saber la evolución del estado de Alberto. Estaba seguro de que acabaría enterrando también a este al lado de Pablo y eso me hacía sentir una gran desolación. ¿Cómo habíamos pasado de un estado de casi absoluta felicidad a aquello?

Sara y Ana estaban igual de abatidas pero yo no tenía ganas de animarlas. Era un día para estar hundidos.

Al menos habíamos conseguido dejar de hacer las fatigosas guardias. Muerto Carlos se había acabado la incertidumbre y con ella la tensión que producía. Aunque no nos sirvió de mucho consuelo.

El salón se nos antojaba ahora demasiado grande, por lo que comíamos en la pequeña mesa de la cocina. Ninguno de los tres se interesó por Sandra. Si tenía hambre ya bajaría y si se quería ir lo haría también.

Había visto el feroz brillo en sus ojos y me había aterrado. Sandra se había convertido en algo muy cercano a lo que fue Carlos. Sociópatas con nulo respeto por la vida del prójimo y ajenos a cualquier intento de reinserción con otra gente. Si eso era lo que quería Sandra más le valdría irse cuanto antes.

Comimos en silencio salvo por algunas palabras casi forzadas.

Sandra bajó justo cuando casi habíamos acabado.

—Será mejor que subáis. Alberto tiene una fiebre muy alta.

Hallamos a Alberto sudando y delirando. La fiebre le había subido hasta los cuarenta grados. Había que hacer algo y hacerlo pronto porque aquello podía ser lo que le diera la puntilla.

—Ana, envuelve el muñón con esa bolsa grande de plástico —ordené—. Vamos a meterle en la bañera. Sara, llénala con agua fría. Voy a necesitar que todas me ayudéis a meterlo dentro.

Alberto gimió de dolor al ser levantado. Aunque lo intentamos no pudimos ahorrarle los sufrimientos. El contacto con el agua fría le hizo estremecerse pero sirvió para bajar su temperatura a límites menos peligrosos. Era más que evidente que tenía infección y que había que administrarle antibióticos.

—Tengo que ir a un hospital a intentar encontrar fármacos para contrarrestar la infección —dije con un hilo de voz.

—Hace falta penicilina o algo parecido —indicó Sara.

—¿Cual es el centro sanitario más cercano a Llanes? —inquirí.

—Creo que en Arriondas hay un hospital —recordó Ana—. Hace unos años estuve por aquella zona, viendo el descenso de canoas por el Sella y me fijé en que había indicaciones hacia un hospital. El pueblo estará a unos veinte kilómetros de aquí.

—Me voy hacia allá ahora mismo.

—Voy contigo —se ofreció Sara.

—Preferiría que os quedaseis todas aquí. Así podéis velar a Alberto. En el caso de que le vuelva

a subir la fiebre, podáis meterlo de nuevo en la bañera. Si os quedáis sólo dos no creo que podáis moverlo con facilidad y podríais causarle más daño. Dadle aspirina o paracetamol cuando se despierte, que es lo único que tenemos para controlar la fiebre.

Con el asentimiento de Sara bajé al salón. Me llevé el fusil de asalto y mi *Glock*.

Preferí conducir el *cuatro latas* porque el Humvee lo veía demasiado aparatoso y el Xsara tenía una rueda con poca presión y no tenía tiempo de ajustarlo.

No había gran distancia hasta el hospital pero al tener que ir por la Autovía del Cantábrico se me hizo bastante lento por la gran acumulación de vehículos, que me obligaba a parar continuamente y a sortear obstáculos. A la altura de Ribadesella me incorporé a la carretera que me dejaría en la misma localidad de Arriondas.

Aunque no quería reconocerlo estaba casi aliviado de haber salido de la casa. Era bastante cobarde mi actitud, pero a esas alturas me encontraba muy saturado de problemas y el poder escapar un poco de todo eso me vendría bien.

Había varias indicaciones, a lo largo del recorrido por aquella carretera, que anunciaban el Hospital del Oriente de Asturias, que era adonde me dirigía. Al menos había confirmado que iba bien y que el lugar existía.

Arriondas estaba atestada de vehículos. Debió ser un lugar donde se concentró mucha gente. Algo lógico al haber un hospital. Por eso mismo no pude avanzar demasiado. Estacioné el coche a la entrada, antes de cruzar el río Sella, y me dirigí andando hacia el hospital.

A pesar de haber visto miles de cadáveres, no podía dejar de sorprenderme ante su aterradora visión. Tantas vidas que habían acabado tiradas en cualquier lugar, caminos, carreteras, acequias, aceras... Sobre todo me sobrecogía la visión de los más pequeños. Veía sus cuerpecitos, casi siempre cerca de sus madres o padres y me asaltaba una tristeza espantosa. Lo peor era cuando me encontraba como había visto innumerables veces, los cadáveres de pequeños solitarios. ¿Cómo habían llegado allí solos? ¿La pandemia se llevó a sus padres antes y vagaron sin encontrar ayuda? ¿Nadie fue capaz de apiadarse de ellos en aquellas circunstancias? Me acordé de la terrible historia de Alberto y sus pequeños y la congoja me subió hasta la garganta.

Pensé en que era posible que algún niño hubiese sobrevivido, que al igual que había supervivientes adultos los hubiera también infantes. Pero si para un adulto era difícil sobrevivir en aquel mundo, no podía llegar ni imaginar lo que representaría para un niño de corta edad. Por eso nunca habíamos visto ni oído, ni siquiera en boca de otros supervivientes con los que habíamos hablado de ello, de la presencia de ningún infante. Es más, las personas más jóvenes que había visto hasta ese momento habían sido Diane, la muchacha inglesa de diecisiete años y Cristian, uno de los acólitos de *Uno*, que debía rondar también esa edad. Tampoco habíamos visto a personas de avanzada edad, salvo Matías cuyo corazón no pudo aguantar más. Supuse que, al igual que los críos, ellos habrían sucumbido también por ser los más débiles. En aquel duro mundo sólo podían sobrevivir los que mejor se adaptasen, que solían ser los adultos sanos.

Crucé el Sella, por el puente del centro de la localidad, atestado de coches y camiones, bajo la incipiente lluvia. No hacía mucho frío pero se notaba la humedad, por eso lamenté no haber traído algo más de ropa. Pero con el chaleco puesto era muy engorroso moverse con más prendas.

La carretera me llevó a la parte de atrás del hospital. Ahí estaba el helipuerto con unas

descorazonadoras camillas con cuerpos que todavía estaban esperando el helicóptero de evacuación que nunca logró llegar.

El edificio estaba dividido en varios módulos. No tenía nada de especial y parecía más un colegio. Me recordaba vagamente al instituto de Santander. Había varios vehículos militares justo frente a la entrada. El lugar había sido custodiado por el Ejército, como la mayoría de los centros sanitarios.

Inspeccioné el interior de un camión militar. Encontré varias cajas de munición. Las saqué y las deposité en el suelo, con vistas a llevármelas cuando me fuese. Hallé varios cuerpos de soldados pero no quise registrarlos ni tomar sus armas. Tampoco las necesitábamos.

Nada más acceder por la puerta principal supe que el lugar debía estar atestado de cuerpos. El nauseabundo olor, que todavía flotaba en el ambiente, no auguraba nada bueno. Aún así no encontré ninguno por aquella zona por lo que supuse que estarían en las dos plantas superiores del edificio.

Iba registrando todo lo que encontraba: armarios, alacenas, mesillas, archivadores..., cualquier lugar donde pudiese haber algún medicamento. Buscaba antibióticos, que era lo más urgente, pero ya me conformaba con cualquier cosa. Pero todo estaba vacío. Supuse que las existencias de medicamentos acabaron durante la pandemia. A todos aquellos cadáveres, que yacían en las habitaciones e incluso por los pasillos y otros lugares, como el salón de actos y la cafetería, los habían suministrado, sin servir de nada, todas las medicinas disponibles.

Me senté en uno de los pocos lugares donde no había una camilla con un *fiambre*. Delante de una máquina de refrescos. Apoyé el fusil al lado y me quedé observando la larga longitud de aquel pasillo mientras bebía agua de la cantimplora que llevaba en mi pequeña mochila. Me quité el casco porque me empezaba a doler la cabeza. También la clavícula, en la que me golpeé con el cañón del fusil, cuando Carlos abrió de repente la aquella puerta. Pensé en el trote que había recibido mi cuerpo durante aquellos casi nueve meses desde que empezó la pandemia. Me había endurecido físicamente, eso estaba bien claro y ahora podía cargar muchísimas cosas sin terminar vomitando por el cansancio. Mis reflejos y fuerza habían aumentado considerablemente, algo no muy difícil dado mi antiguo estado casi catatónico producto del sedentarismo.

En mi interior también creí que me había endurecido, pero sólo era un espejismo. Pasados los meses de descubrimiento, y cierta euforia al hallarme en un mundo a mi disposición había pasado, con el transcurso del tiempo, a tener una constante sensación de fatalidad y de que en cualquier momento podía pasar algo malo, tal y como la propia experiencia me había enseñado. Antes vivía como una especia de realidad no asimilada, en la que yo parecía un personaje de cómic. Ahora me daba cuenta de que esa realidad era demasiado dolorosa. A pesar de tener a Sara en mi compañía y contar con su amor.

Era muy difícil no apartarse de los pensamientos negativos durante tanto tiempo. Todos los supervivientes que me había encontrado hasta el momento tenían cierto grado de pesimismo, más o menos llevadero, e incluso una persona como Ana, a la que conocí como una mujer de carácter radiante, ahora no era más que una sombra de lo que fue. Este mundo pasaba factura y no importaba lo bien que quisiera uno afrontarlo. Al final sabía que volvería a recuperar el optimismo, como ya había hecho otras veces, pero también sabía que volvería a sumirme en las sombras de vez en cuando. La clave era mantener un equilibrio entre aquellos dos estados antagónicos.

SEÑOR R

Me quedé un rato mirando las vacías cuencas oculares del cuerpo de una enfermera. Parecía que me estaba mirando fijamente. Pensé que si aquella escena se hubiera producido nueve meses atrás me habría muerto de miedo. Sin embargo, estaba bebiendo agua y comiendo una chocolatina sin inmutarme.

Miré el bolsillo de su raída bata blanca. Había una jeringuilla que sobresalía.

Eso era. No había medicamentos en ninguna parte del hospital, pero el personal médico podía llevar algo encima. Seguro que no todos los médicos utilizaron hasta la última dosis y algo se reservarían para ellos mismos o sus familias. Seguro que, cuando el mundo se vino abajo, el Juramento Hipocrático fue poco observado por muchos de ellos.

Me levanté y me acerqué al cadáver de la enfermera. Tenía una jeringuilla sin usar y varias dosis de algo que no pude determinar. Me llevé la jeringuilla, no así las dosis, que podían ser muy peligrosas si se administraban sin saber lo que contenían. Pero era un buen comienzo. Después de darle las gracias a la enfermera, empecé a registrar las batas y uniformes de todos los médicos y personal de enfermería que fui encontrando. Con mucho cuidado por si me pinchaba con alguna aguja.

De ese modo, y después de un par de extenuantes horas, logré dar con: diez jeringuillas precintadas; decenas de analgésicos comunes como aspirina, ibuprofeno y paracetamol; varias dosis de antibióticos como amoxicilina y penicilina, ideal para lo que estaba tratando de buscar; supositorios contra la diarrea; ansiolíticos como el diazepam; broncodilatadores para el asma; antihistamínicos y analgésicos opiáceos como varias dosis de morfina..., y oxicodona.

Estuve a punto de no llevarme esta última, más que nada para no tener la tentación tan a mano, pero si volvíamos a tener un caso parecido al de Alberto seguro que nos gustaría contar con ella.

Tenía un poco de todo pero en pocas cantidades. Deseché mucho de lo que había encontrado por no saber lo que era y porque algunas cosas estaban en malas condiciones.

Cuando ya me disponía a salir encontré, a un lado, varias sillas de ruedas. Una estaba en mal estado pero la otra podía servir para que, si Alberto lograba sobrevivir, pudiera moverse con ella. También me serviría en ese momento para transportar al coche las cajas de munición.

Nada más llegar a la casa supe que algo había cambiado. El Humvee no estaba.

—Sandra se ha ido —me avisó Sara nada más verme.

—¡Maldita zorra! —exclamé sin poder evitarlo—. ¡Encima se ha llevado el Humvee!

—Se iba a llevar el Xsara, pero tenía una rueda sin presión —explicó Ana —. Tampoco nos debe extrañar. Llevaba varios días sin dar señales de vida.

—Si eso no me importa —gruñí—, pero se ha llevado el Humvee sin permiso. Y con el misil que nos quedaba en el maletero.

—En realidad el permiso se lo dimos nosotras —añadió Sara, torciendo la boca como reconociendo que había metido la pata—. Nos lo pidió y le dijimos que sí. Con tal de que se fuera le hubiéramos dado cualquier cosa.

Me callé. Aunque se hubiera llevado el coche con permiso lo hizo sin estar yo presente, que también formaba parte del grupo. Me sentí como un estúpido. Sara, al darse cuenta de que habían cometido un error, al no haberme esperado, se me acercó.

—Lo siento, Miguel. Sé que teníamos que haber hablado antes contigo, pero había tanta tensión

aquí con ella que quisimos que se largase cuanto antes.

—Ahora estoy más tranquila —añadió Ana—. Esa chica siempre ha tenido una presencia siniestra. Siempre me dio *mal rollo*.

—Lo hecho, hecho está —me resigné—. He traído una silla de ruedas, munición y unas cuantas medicinas que le vendrán bien a Alberto.

Ana le puso una dosis de penicilina para ver qué tal le iba y le dejamos descansar. Aquella tarde, mientras estaba afuera, había despertado medio delirando pero había podido comer un poco. Lo suficiente para ir recuperando algo de fuerzas.

En la cena estuvimos algo más animados que por el día. Supuse que la marcha de Sandra había terminado por dejar la casa tranquila después de todo lo sucedido.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ana—. Me refiero cuando Alberto se recupere un poco y tenga fuerzas para moverse.

—No lo sé, Ana —negué con la cabeza—, no he pensado en nada de eso. Está visto que trazar planes no sirve de mucho.

—Estas un poco derrotista —dijo Sara con ternura—. Nos has ayudado mucho a todos y creo que es hora de que te devolvamos algo de todo eso. Necesitas descansar un poco, relajarte y tratar de ser positivo como siempre me has dicho.

La miré con cariño y esta me acarició la cara con su mano.

—Puede que tengáis razón y necesite darme un respiro, aunque no sé cómo dada nuestra situación actual. Pero no podemos quedarnos en esta casa.

Ana y Sara se miraron sorprendidas.

—Creo que este lugar empieza a caerme mal —continué—. Puede parecer una tontería pero aquí se nos han muerto dos amigos y casi perdemos a otro. Hay varias habitaciones con tantos rastros de sangre que parecen sacadas de una película de terror. No me gustaría permanecer mucho más tiempo aquí. Lo suficiente hasta que Alberto pueda moverse. Además, en Santander dejamos puesta una pintada que ha servido para que se nos echaran encima unos psicópatas. No podemos estar seguros de que ninguno más vaya a venir con malas intenciones.

—¿Por qué no nos acercamos un día y la borramos? —sugirió Ana.

—Lo haría si contemplase la posibilidad de quedarme todavía aquí.

—Por mi vale —convino Sara—. ¿Adónde vamos?

—Ya estamos metidos en diciembre —expliqué—. Dentro de nada llegará el invierno y aquí hará peor tiempo. Si nos vamos más al interior lo pasaremos mal. La meseta castellana es muy fría y ahora los pueblos y ciudades son construcciones que no irradian el calor de las calefacciones. Serán más heladoras aún. Como frigoríficos. Creo que la mejor solución será buscar un lugar donde los inviernos sean más templados. Así evitaremos las enfermedades víricas propias de la estación invernal, además de que para Alberto le vendrá bien para su recuperación. Es hora de que viajemos hacia el sur del país.

Las chicas dieron unos gritos de alegría. Por un instante la casa volvió a parecerse a aquel hogar que casi logramos encontrar.

***

SEÑOR R

A pesar de la administración de antibióticos, el estado de Alberto era bastante malo. No hacía falta ser un entendido para darse cuenta de que estaba más cerca de morir que de vivir. El muñón no tenía buena pinta, aunque tampoco sabíamos si esa apariencia era la normal en una cauterización tan traumática como la que sufrió. A diario le cambiábamos las vendas y cada varios días tratábamos de lavarle, aunque por su peso no lo podíamos hacer directamente en la bañera, sino que poníamos unos plásticos debajo de su cuerpo y con una esponja le intentábamos proporcionar algo de higiene.

Con la fiebre ya bajo control al menos no deliraba y lograba estar despierto bastante tiempo. Aprovechábamos esas ocasiones para proporcionarle un orinal, donde hacía sus necesidades, más mal que bien porque era muy incómodo para él. Apenas hablaba algo. Sus ojos estaban tristes, vacuos y expresaban que tenía pocas ganas de vivir. Ana, que le cuidaba bastante y hacía todo lo posible por que este estuviera cómodo, no le mostraba el menor cariño. Si alguna vez, en su delicada, corta y quebradiza relación, había sentido algo por él ahora eso era producto del pasado. El paso de nuevo de Sandra por la vida de Alberto no había hecho más que acabar con una relación ya de por sí poco consistente. A veces veía cómo Alberto miraba a Ana con esperanzas de que le devolviese cualquier gesto afectivo, pero una y otra vez chocaba con un muro infranqueable.

Yo solía pasar tiempo con él, hablándole de diferentes temas. Sobre todo de caza, que era lo que más le gustaba y que ahora nos tocaba realizar a Sara y a mí. De los planes de un futuro viaje hacia el sur, hacia algún clima más cálido y menos húmedo donde él y todos los demás pudiésemos recuperarnos un poco. Alberto escuchaba, pero muchas veces tenía la impresión de que todo lo que decía le entraba por un oído y le salía por el otro, en especial cuando fijaba la vista en un punto indeterminado, a través de la ventana en el exterior de la casa, sumiéndose en sus propios pensamientos.

Tal era su estado anímico que empezamos a temer que aquel decaimiento le pasara factura más que las propias heridas.

Los demás, sobre todo las chicas, manteníamos un cierto optimismo con el hipotético viaje al sur. Centrábamos todas nuestras expectativas y esperanzas en encontrar en otros parajes meridionales la estabilidad que necesitábamos. Ellas estaban mucho más alentadas en ese sentido y no había un día en que no se enzarzaran en buscar en un mapa alguna localidad de su gusto. "Hay demasiados sitios que nos gustan", decían sin decidirse. Yo me abstenía de proponer alguno porque me daba bastante igual.

Aquella tarde Sara tenía reservada una sorpresa. Con la ayuda de Ana se había cortado su maravillosa melena lacia y ahora lucía una media melena más práctica. Si bien me encantaba su pelo largo, ahora le daba también un aspecto muy favorecedor. Diferente. Estaba francamente hermosa.

—Ahora me costará menos tiempo lavarlo —explicó—. ¿Qué tal me queda?

—Estás preciosa, de verdad.

—¿Ves cómo le iba a gustar? —Ana sonreía ante mi embobada mirada.

—Aunque me cortase el pelo al cero te seguiría gustando —sonrió Sara.

—Seguramente —convine—. Pero de todas maneras no lo hagas, por si acaso.

Sara me sacó la lengua.

—Creo que no me vendría mal un buen corte de pelo —dije mientras pasaba mi mano sobre mi

cabello, que seguía siendo muy corto después del rapado, casi al cero, que me hizo Matías hacía poco más de un par de meses.

—Te quedaba mucho mejor como lo tenías antes, un poco largo —observó Sara.

—Entonces me lo dejaré como a ti te guste.

—Este Miguel, que rápido se rinde —se burló Ana.

—Si mi chica dice que me tire por un puente yo me tiro, y si me dice que me deje el pelo largo me lo dejo.

Nos reímos un buen rato. Había que aprovechar aquellos momentos distendidos para relajarse. No solían ser frecuentes, al menos con Ana de por medio. Sólo lamentaba que Alberto no nos acompañase. Sara y yo, en privado, si teníamos mucha complicidad y nos solíamos reír y bromear.

Día a día nos íbamos preparando para el viaje. Ya no había vuelta atrás. Todas las noches nos reuníamos en torno a una mesa con un mapa desplegado, para intentar localizar alguna ruta hacia nuestro destino probable. Llegamos a la conclusión de que lo mejor era intentar ganar el levante para desde allí bajar al sur. Eso nos evitaría pasar las mesetas castellanas en lo más crudo del invierno. Yendo por el levante las temperaturas serían mucho más suaves y era más fácil moverse.

Aprovechando una ligera mejoría del estado físico de Alberto, decidimos no postergar más la salida. Teníamos prisa porque el tiempo iba en nuestra contra. Hacía ya tiempo que las borrascas se habían adueñado de la zona y era raro que pasaran varios días sin llover. Decidimos que yo iría conduciendo el Xsara y transportaría a Alberto. Para ello habíamos plegado los asientos de atrás y dejado un espacio para que este pudiese ir tumbado de forma cómoda. Además, sobraba algo de espacio para cargar unas cuantas provisiones y armas. Viajar con Alberto me permitiría poder hablar a solas con él, ya que consideraba que le sería más cómodo sincerarse conmigo que delante de las chicas, sobre todo de Ana. Estaba seguro de que Alberto estaba muy amargado por su actuación a espaldas de esta y se avergonzaba de ello, además de que su estado físico le había hundido moralmente. Supuse que el viaje le vendría bien para su estado anímico. Pero no fue así, al menos al principio.

En el *cuatro latas* iban Sara y Ana con más provisiones. Para nuestro reparto en los coches creí que quedábamos compensados en cuestión de seguridad, dejando a las chicas juntas, ya que ambas se podían valer por sí mismas llegado el caso de un enfrentamiento o cualquier peligro, no así en el Xsara en el que sólo yo podría hacer frente a cualquier adversidad, al menos hasta que Alberto pudiera recuperarse lo suficiente como para poder valerse por sí mismo para ciertas cosas.

La ruta escogida era larga y se presumía dura, pero era la que mejor nos convenía para acercarnos al Mediterráneo. Partiríamos hacia Zaragoza, por las carreteras que pudiésemos transitar, hasta Barcelona o según el estado de lo que nos encontrásemos, desviarnos mucho antes hacia Teruel y desde allí tirar hacia Valencia para ahorrarnos el trayecto desde la ciudad Condal. Todo dependía en grado sumo de lo que la realidad nos impusiera, porque una cosa era trazar una ruta en un mapa y otra poder llevarlo a cabo. Todos teníamos la experiencia de viajes largos e intrincados, aunque yo me llevaba el primer premio en ese apartado. Aquello me hacía ser más cauto y continuamente avisaba a las chicas de que el viaje no iba a ser, ni mucho menos, rápido ni agradable como se podía presuponer. Les puse sobre aviso de que íbamos a viajar como un convoy militar: armados hasta los dientes y sin fiarnos de nada. Sólo así podíamos ir avanzando con relativa

seguridad.

En los siguientes días hicimos el acopio de víveres y material. Logramos meter en el *cuatro latas* uno de los dos generadores electrógenos que teníamos. Aunque eso nos quitó la mitad del espacio disponible en el vehículo. Aun así repartimos en ambos las armas, para poder disponer de ellas en cualquier momento. También hicimos el reparto equitativo de las provisiones de alimentos. Éramos conscientes de que durante el viaje consumiríamos las raciones de combate que teníamos y otros productos envasados, dejando a la suerte y el oportunismo la posibilidad de encontrarnos con alimentos frescos como verduras, frutas y lo que pudiésemos cazar o pescar. Otra vez haríamos una vida nómada y eso significaba que perderíamos muchas comodidades. De nuevo tendríamos que buscar lugares adonde dormir o encontrar agua y otras cosas. Y eso era algo agotador.

De todos modos, ahora que parecía que nos poníamos en marcha en nuestro plan, estábamos más animados, excepto Alberto. Decidimos no llevar la silla de ruedas porque ocupaba demasiado y de momento no iba a poder ser utilizada. Cuando Alberto estuviese recuperado ya habría tiempo de encontrar alguna.

Mientras estuviésemos en trayecto dejé bien claro que todos teníamos que estar preparados y eso significaba que dentro de los coches o cuando saliésemos fuera deberíamos llevar: chaleco antibalas, ropa cómoda y funcional, botas policiales o de montaña y un cuchillo multiusos que me encargué de repartir y que consideraba que era un arma muy funcional, que podía servir para muchas más cosas que su posible uso ofensivo. Salvo Alberto los demás iríamos constantemente armados con nuestras pistolas *Glock* de nueve milímetros, que tendríamos que tener enfundadas en el cinturón, al igual que varios cargadores de la misma. Si salíamos de los vehículos nos pondríamos los cascos sólo si sospechábamos algo, pero el uso del fusil de asalto era obligatorio.

Nos vinieron muy bien los *G36* especiales que capturamos a la banda de *Uno* en su día, que eran como los normales pero adaptados para fuerzas especiales, con cañón y guardamanos muy cortos y acople para linterna. Mucho más cómodos de manejar en el interior de los vehículos o de las casas en las que entrásemos a explorar. Además, al ser más compactos, eran mejor manejados por las chicas.

También metí en el Xsara el *M24* de tirador. Creí que esto le gustaría a Alberto y, más adelante, lo podría empezar a manejar de nuevo. Como no podía moverse como los demás esperaba que, más adelante, nos hiciese cualquier cobertura a distancia con aquel fusil. Aunque al hablarlo con él no mostró el más mínimo interés.

Nos habíamos puesto de acuerdo en que, si en cualquiera de los coches poníamos las luces de emergencia, quería decir que teníamos que parar. Esto servía por si habíamos visto algo sospechoso o queríamos descansar un poco o con necesidad de ir al baño. Después de cargar ambos vehículos metimos con mucho esfuerzo a Alberto en su ubicación en la parte trasera del Xsara.

Sin mucho más preámbulos y con cierta ansiedad ante lo desconocido, emprendimos la marcha. El Xsara primero y a pocos metros el Renault 4 con las chicas. Aunque no había querido hacerlo no pude reprimir echar una última y fugaz vista atrás, a través del retrovisor, a la casa que tanta felicidad y dolor nos había proporcionado.

****

SEÑOR R

Logramos llegar a Miranda de Ebro en un par de días. El trayecto, que no era excesivamente largo, se nos atragantó al principio por lo de siempre: carreteras intransitables a causa de la sempiterna marea de vehículos abandonados. Yendo por las socorridas vías locales y comarcales logramos empezar a avanzar con brío, abandonando Asturias, Cantabria y adentrándonos en el interior de la península.

Se notaba que estábamos a mediados de diciembre porque, a diferencia de la costa, donde se atemperaba el ambiente aunque lloviese, hacía un frío que empezaba a notarse de veras. Gracias a las calefacciones de los coches no íbamos mal en el interior, pero a la hora de salir al exterior tuvimos que ponernos unos buenos jerséis para acompañar a los abrigos, lo que era algo incómodo con los chalecos antibalas. Después de unas cuantas veces decidimos dejar los chalecos para las ocasiones que lo requiriesen.

El primer día pasamos la noche en Torrelavega y el segundo, ya en tierras palentinas, en un pequeño pueblo del que no supimos el nombre ya que no había cartel indicativo a la entrada y salida del mismo. Tampoco nos importaba.

De nuevo veíamos centenares de cuerpos a la intemperie o dentro de las casas o vehículos. El estado de los mismos, después de un caluroso verano y algo desangelado otoño, era de casi descomposición total, aunque los que encontrábamos en las casas solían presentar todavía rasgos visibles de lo que alguna vez fueron personas. De todos modos, no nos costó mucho volver a esa dura realidad y prácticamente ninguno le dábamos ya importancia a aquellos macabros avistamientos.

Alberto seguía mejorando de su terrible herida y ya comía por sí mismo. En las largas horas en las que compartíamos viaje no solía hablar mucho. Cuando lo hacía era por compromiso y siempre respondiendo a alguna pregunta que yo le hacía. Se mostraba distraído, ausente. Después del primer día me cansé de tratar de entablar una conversación con él y puse el reproductor de CD del coche de manera continua, intentando que la música solapase el amargo silencio que reinaba dentro.

A través del retrovisor podía ver como las chicas, al menos, se lo pasaban mejor. Reían, cantaban o hablaban. Que envidia me daban. Sólo cuando parábamos de manera esporádica a lo largo del día y al final de este para pernoctar, podía volver a sentirme como una persona al poder hablar con alguien. Los escasos ratos que Sara y yo disponíamos entonces eran aprovechados con mimo para estar juntos y sentirnos cerca.

Cuando salimos de Miranda de Ebro tuvimos la fortuna de encontrar un carril "habilitado" en la carretera que nos llevaría a Zaragoza. Aunque de vez en cuando debíamos sortear la invasión de los esporádicos vehículos en su interior, lo cierto es que aquel carril nos permitió avanzar muchos kilómetros de manera casi continua. Hasta entonces no habíamos visto nada sospechoso y confiábamos que esto no cambiase en el resto del viaje. No queríamos entrar en Zaragoza, porque eso significaría meternos en un lugar seguramente muy colapsado. Las grandes ciudades eran ratoneras. Nuestra idea inicial era intentar ir hacia Barcelona circunvalando la ciudad por el norte y siguiendo por la Carretera de Barcelona.

Justo antes de llegar a los arrabales de la capital aragonesa divisamos un cuartel del Ejército. Andábamos escasos de raciones de combate, tan apropiadas para los viajes, así que decidimos echar un vistazo. En los cuarteles siempre se encontraban cosas interesantes.

SEÑOR R

El lugar en cuestión no era muy grande, pero parecía que había sido un lugar importante. En las cercanías divisamos numerosos vehículos militares, cuerpos de soldados por doquier y numerosos civiles. Parecía que había habido algún tipo de enfrentamiento. Quizás aquellos civiles quisieron entrar en el cuartel porque creyeron que allí estarían a salvo. Nada nuevo bajo el sol ya que era una situación muy habitual que se dio en cualquier recinto militar. En todas partes todo el mundo hizo cosas parecidas. Y todos cayeron en el mismo error. Los militares, en aquellos atroces tiempos de la pandemia, no estaban para ayudar sino para mantener el control. Eso significó que utilizaron indiscriminadamente el uso de la fuerza.

Dejamos los vehículos en la entrada, ya que varios camiones la bloqueaban al tráfico rodado. Las chicas y yo, bien pertrechados, nos decidimos a entrar. Quisimos que uno de nosotros se quedase con Alberto, pero este farfulló, con mal humor, que no hacía falta porque sabía cuidarse por sí mismo. No quisimos insistir y lo dejamos solo dentro del coche.

El cuartel tenía dos edificios diferenciados. El más grande debió ser la residencia de los soldados. El otro, mucho más pequeño, era lugar de la plana mayor y las oficinas. Nos dirigimos hacia allí antes de buscar cualquier especie de almacén. Quizás en los lugares exclusivos para oficiales encontrásemos algo de provecho.

El sitio estaba vacío de cuerpos. Eso, al menos, nos permitió investigar con comodidad. Los amplios ventanales daban la suficiente luz natural como para no tener que encender las linternas y andar con más seguridad.

En las plantas superiores no encontramos nada destacado. Sin embargo, cuando íbamos a salir al exterior, Sara se percató de una doble puerta al fondo del pasillo principal de la planta baja.

—Quizás sea el acceso hacia alguna zona de almacenaje.

Nos dirigimos hacia allí con los fusiles preparados.

La puerta daba a un pasillo que desembocaba en otra puerta que a su vez daba acceso a una escalera que confluía en otra planta inferior. Encendimos las linternas porque no había nada de luz. En vez de una zona de almacén dimos con una especie de enorme acceso a una caja fuerte, o algo parecido, que destacaba en aquel lugar.

—Parece la caja de un banco —opinó Ana.

—Estando en un cuartel lo más probable es que sea una especie de bunker —deduje mientras alumbraba la puerta de acero que tenía un pequeño ojo de buey en el centro—. Además, no tiene apertura por fuera, lo cual corrobora mi teoría.

—¿Lo construyeron para ocultarse de ataques nucleares como en las películas? —indagó Sara.

—Es posible —respondí—. Estas cosas eran alto secreto. A saber cuántos bunker así habrá y qué demonios albergan.

—Seguramente haya cuerpos en el interior —dijo Ana, acercándose al ojo de buey para poder vislumbrar algo del interior.

Ana asomó el cañón de su fusil, donde tenía acoplada su linterna.

—No veo nada. Es un poco engorroso ver algo así. Enfocad vosotros mientras lo intento de nuevo.

Tanto Sara como yo dirigimos nuestros haces de luz al cristal. Ana se aproximó. Para no tapar la luz que le proporcionábamos se situó a unos pocos centímetros.

SEÑOR R

—Me temo que sigo sin ver nada... ¡Cielo Santo!

Ana se echó hacia atrás, por el susto y la impresión, casi perdiendo el equilibrio. Sara le ayudó a incorporarse mientras que yo seguía iluminando el ojo de buey.

Allí, surgido de la oscuridad total del interior del bunker, apareció la cara de un hombre.

Nos costó recuperarnos del susto, sobre todo a Ana, que se quedó pálida por la impresión.

Aquella cara, vista parcialmente, nos puso sobre aviso. Había alguien vivo ahí dentro. A pesar de que preparamos las armas no creímos necesario su uso después de razonar lo que habíamos visto.

—Creo que es obvio que dentro de ese bunker hay, al menos, una persona viva —recapitulé—. Ahora hay que averiguar cómo podemos comunicarnos con ella.

—¿Por qué demonios quieres hacer eso? —inquirió Ana, todavía muy nerviosa—. Si ha estado ahí todos esos meses será porque tiene medios para hacerlo y si no es así que salga de una maldita vez al exterior. Tiene cerradura interior.

—Lo mismo cree que ahí fuera todavía reina el caos —dedujo Sara.

—Sea lo que sea voy a ver si consigo contactar con él —dije acercándome al ojo de buey.

Con el dedo anular donde tenía mi anillo de casado, di varios golpecitos.

La cara no apareció.

—¡Hola! ¡Sal, no te haremos daño! —vociferé, siendo consciente de que en el interior seguramente sería imposible oír nada del exterior.

—Nada. Venga, vámonos ya —apremió Ana muy impaciente.

—Espera. Ahí al lado hay una especie de cajetín —señaló Sara.

Me acerqué al lado izquierdo de la puerta y hurgué en él. Para mi asombro, al abrir la tapa, descubrí un teléfono.

—Supongo que será para poder hablar con los de dentro sin tener que abrir el bunker —descolgué el auricular.

No se oía nada.

—No hay ninguna tecla para pulsar. Supongo que el simple hecho de descolgar el teléfono haya hecho sonar el aparato de dentro. Digo yo que será así.

Después de unos interminables segundos se encendió un pequeño piloto encima del cajetín. Alguien había descolgado el teléfono del interior.

—¿Hola? ¿Puedes oírme? —indagué después de oír un sonido y una respiración muy leve.

—¿Sois del Ejército? —preguntó una temblorosa voz de hombre al otro lado.

—No, somos supervivientes. Ya no hay Ejército, ni policía, ni nada que pueda llamarse civilizado. ¿Llevas ahí dentro desde la pandemia?

Hubo unos segundos de espera.

—Si —afirmó el hombre del bunker—. ¿Han erradicado ya el virus?

Los tres nos miramos sin saber qué decir.

—¿Quieres decir que tú no eres inmune? —no me lo podía creer.

—¿Vosotros si lo sois? ¿Acaso os han dado una vacuna? ¿Tenéis alguna dosis? —preguntó atropelladamente, alzando un poco la voz.

—No tenemos nada de eso. Tienes que saber que ahí fuera la inmensa mayoría de la población ha muerto. Apenas quedamos un puñado de supervivientes sin contacto entre nosotros.

SEÑOR R

—¡Oh, Dios mío! —logró articular el hombre antes de romper a llorar.

—Lo siento. Entiendo que te encerraste ahí antes de que el virus se extendiera.

—Si —afirmó entre sollozos—. Aquí dentro metieron muchísimos víveres, para que algunas personas pudiésemos subsistir, pero cuando empezó el caos y la gente empezó a enfermar me encerré yo mismo y no dejé que entrara nadie más. Eso me hubiera matado. Pero llevo aquí dentro demasiado tiempo. La luz del generador independiente terminó hace apenas un mes. Agoté las velas que me quedaban y estoy completamente a oscuras. Es terrible. No me atrevo a salir, por miedo a contagiarme, pero tendré que hacerlo de todas maneras porque los alimentos se me están acabando. Y ahora venís vosotros, pero sin vacunas ni nada...

Sara me aconsejó que cortase un momento para hablar entre nosotros.

—Me llamo Miguel —me presenté—. ¿Cómo te llamas?

—Lucas. Soy, o era, teniente de ingenieros.

—Bien Lucas, voy a colgar un momento y en seguida hablamos de nuevo.

—De acuerdo. Por favor, no me abandonéis —suplicó sollozando.

—Tranquilo. Asómate si quieres al ojo de buey aunque no puedas oírnos. Así, al menos, nos podrás ver.

—Prefiero no hacerlo. Llevo tanto tiempo sumido en la oscuridad que la luz de vuestras linternas me hace daño.

Colgué y me acerqué a las chicas.

—Esto no me gusta, Miguel —dijo Sara—. Ese tipo ha confesado que se metió él solito ahí dentro y dejó tirados a sus compañeros para salvarse el culo él mismo.

—Es verdad —convino Ana—. Y ahora quiere nuestra ayuda. Esos tipos son unos cobardes y suelen hacer cosas aberrantes para poder vivir. Puede jugárnosla en el futuro.

—De todos modos, no podemos hacer mucho por él —concluí—. Si no ha estado expuesto al virus en cuanto salga se va a infectar y al cabo de unos días morirá. Pero si se queda morirá de hambre o de sed. En su lugar yo saldría de una vez antes de quedarme demasiado débil.

—A lo mejor el virus ha desaparecido y ahora ya se puede vivir normalmente —indicó Sara—. Es decir, si antes no eras inmune como ese tipo.

—Ni idea, Sara. Lo que está claro es que habrá que ayudarle —determiné algo impaciente por coger de nuevo el teléfono.

—Miguel... —empezó a decir Sara intranquila.

—No te preocupes. Tenemos que ayudar a la gente que veamos en apuros. No podemos ser uno de esos grupitos de cabrones que tanto abundan ahora. Es hora de tener un poco de humanidad con alguien.

Descolgué el teléfono. Al instante Lucas hizo lo propio.

—Muchísimas gracias —dijo con sinceridad—. Creí que os ibais a ir.

—No, tranquilo. Intentaremos ayudarte pero has de saber una cosa. En estos meses hemos tenido problemas con supervivientes digamos..., descarriados. Por eso no te sorprendas de que vayamos armados y estemos un poco a la defensiva contigo. No te haremos daño, pero tenemos que saber que no nos la vas a jugar.

—No, por Dios. ¿Qué iba a hacer yo? Si estoy medio ciego y casi sin fuerzas. Creo que ya que

estáis aquí voy a adelantar mi salida prevista y a jugármela. Si todavía está el virus presente moriré, al menos, fuera de este lugar.

—Bien. Las máscaras antigás no sirven para frenar el posible virus, así que da igual que te la pongas o no. Si tienes armas será mejor que no las saques.

—De acuerdo. ¿Salgo ahora?

—Cuando quieras.

Hubo otro momento de largo silencio.

—Entonces voy a salir ya.

Las chicas prepararon sus fusiles, por lo que pudiese pasar, mientras que yo me mantenía frente a la puerta para recibir a Lucas.

Al cabo de unos instantes sonaron unos estridentes sonidos mecánicos y la enorme puerta comenzó a abrirse de manera muy lenta. En aquel momento, si todavía campaba la *Gripe X* a sus anchas, Lucas se habría contagiado. Con la tenue luz de las linternas, ya que las chicas apuntaban al suelo, surgió un hombre de unos cuarenta años, muy delgado, pálido y demacrado. No había duda de que había tenido que pasarlo mal dentro del bunker. Lucas nos miró con mucha dificultad.

—Tendrá que pasar un tiempo hasta que te acostumbres a la luz —expliqué al tiempo que le cogía del brazo para acompañarlo.

—Gracias, Miguel y a los demás que estéis aquí. Perdonad pero no puedo distinguir bien las formas.

Llevaba puesto una especie de mono militar de trabajo. Aproveché que Lucas se arrodillaba un momento, para ir acostumbrando su vista a aquella penumbra, para observar el interior.

Con la exigua luz de la linterna pude observar que era un lugar muy grande. Para sólo una persona sobraba espacio, aunque con el paso de los meses cualquier palacio no es más que una cárcel. Tenía una sala central y varias habitaciones contiguas. No quise indagar más, pero me estremecí al ponerme en la piel de Lucas en aquella oscuridad y en un lugar tan grande. Salvaría la vida durante la pandemia pero a qué precio.

—Será mejor que me acerque al coche a contarle a Alberto lo que hemos visto —sugirió Ana, rompiendo el silencio.

Al oír la voz de Ana Lucas sonrió.

—Qué agradable es escuchar de nuevo la voz de una mujer.

—Bueno, Lucas. ¿Te ves con fuerzas para salir de aquí? —pregunté haciendo caso omiso a su comentario.

—Sólo os pediría que, por favor, me facilitaseis unas gafas de sol para amortiguar un poco la luminosidad del exterior.

—Toma —le ofreció Sara—. Son de mujer, aunque supongo que dará igual.

—Muchas gracias. ¿Cuántos sois?

—Dos hombres y dos mujeres —respondí.

—¿Es cierto que no hay nadie más en el mundo? —indagó Lucas poniéndose lentamente en pie.

—Lucas, lo que vas a ver ahí afuera te va aponer los pelos de punta —le avisé—. Pero todos hemos pasado por ello y te acostumbrarás.

—Si vivo lo suficiente —sentenció lacónicamente el militar.

SEÑOR R

Nada más salir del edificio donde estaba situado el bunker, Lucas se quedó maravillado y sobrecogido, por el desolador silencio, sólo roto por el susurro del viento al pasar por entre las hojas de los árboles cercanos, o por el piar de algún pájaro que pasaba sobre nosotros en aquel momento.

—Te acabarás acostumbrando —dije adivinando sus pensamientos—. Choca mucho no oír nada más que los sonidos de la Naturaleza. Te das cuenta de lo ruidosos que éramos los humanos y que, en realidad, lo que impera en el mundo es la calma.

—Da cosa hasta hablar un poco alto —dijo Lucas sin elevar demasiado la cabeza a consecuencia de la luz. Aún con gafas de sol sentía bastantes molestias.

Le dimos algo de comer. A pesar de su aspecto no estaba muerto de hambre, ya que había estado racionando la comida. Estaba alicaído porque todos creíamos, incluido él mismo, que al abrir la puerta del bunker se había contagiado. O lo que es lo mismo: le quedaban menos de tres días para morir en cuanto empezase a desarrollar los primeros síntomas, que eran los estornudos y la fiebre alta.

—No me puedo ni imaginar lo duro que tuvo que ser estar encerrado en ese bunker tantos meses —dije todavía asombrado por la capacidad de aquel hombre al no haber perdido la razón por ello.

—En realidad no era un bunker para resistir un ataque nuclear —explicó Lucas—. Más bien era un almacén de alta seguridad. Se vació en su momento del armamento que se guardaba ahí y se preparó para albergar a gente durante los primeros días de la pandemia.

—Entonces, al final sólo tú pudiste entrar —apostilló Sara un tanto maliciosa.

—Si crees que cerré la puerta y eché el cerrojo, dejando a los demás fuera para salvarme, te diré que es verdad. Pero es importante que sepáis que el día que lo hice yo era el único que no estaba contagiado. Si hubiese dejado entrar a alguien más habríamos muerto todos. Fui un cobarde, pero tuve mi lógica.

—¿Cómo sabías que los demás estaban infectados y tú no? —inquirió Ana, todavía escéptica.

—Porque el personal médico me había administrado de forma experimental la vacuna *Dextrel 2*.

Nos miramos sorprendidos. Ninguno de nosotros había oído hablar de aquello.

—¿Qué era la *Dextrel 2*? —quise saber muy intrigado.

—Perdonad. Supongo que los civiles no tuvieron acceso a ello, ni supieron nunca de su existencia —comprendió Lucas deteniéndose un momento, mientras se ponía las manos en la cara para amortiguar un poco la luz—. La *Drextel 1* fue el último recurso que pudieron hacer los médicos militares de la OTAN para combatir a la pandemia. Era un potente antibiótico, una vacuna, que debido a la celeridad con la que tuvo que ser fabricada, era realmente peligrosa por sus efectos secundarios. Comprendedlo, no había tiempo material para ser probada ni siquiera en ratas, por lo que directamente se pasó a probarla con humanos. La *Drextel 1* fue peor que la propia *Gripe X*. No sé las cifras exactas pero los médicos hablaban de un 99,9% de fallecidos en los sujetos que la habían probado. Al parecer una empresa privada farmacéutica norteamericana supo de aquello y solicitó que se le pasasen unas dosis de *Drextel 1* para ir avanzando en una vacuna más efectiva. En otro tiempo los militares se hubieran negado en redondo, pero la civilización empezaba a desmoronarse. Viendo que estaban en un callejón sin salida les pasaron las muestras rápidamente. Todo esto se hizo en el mayor de los secretos y no se informó nunca a los medios de comunicación, para no dar falsas esperanzas y evitar que la población acudiera en masa a los centros militares.

SEÑOR R

—Entonces los militares sabían de la pandemia mucho antes de que empezase a notarse entre la población —interrumpió Sara.

—Pero no creas que mucho tiempo antes. Apenas una semana. Ese tiempo extra fue utilizado para buscar la vacuna de forma desesperada.

—¿Qué pasó con la farmacéutica norteamericana? —indagué.

—Desarrollaron la *Drextel 2* siguiendo lo que ya habían hecho los médicos militares. De pronto surgió la esperanza al comprobar que los primeros humanos que habían sido vacunados con ella no eran infectados por la *Gripe X*. Se animaron tanto que los muy hijos de puta de la farmacéutica quisieron sacar tajada de aquello para el futuro y empezaron a pedir a la OTAN cifras millonarias por pasar muestras a otros laboratorios y fabricar la *Drextel 2* de forma masiva. Ya veis, el mundo se iba a la mierda y las grandes corporaciones seguían a lo suyo.

—Y algo debió fallar —aventuró Ana.

—Era cierto que la *Drextel 2* funcionaba de maravilla, impidiendo que los sujetos vacunados fuesen infectados, pero aquella inmunidad sólo duraba dos días. Al cabo de ese tiempo el sujeto quedaba de nuevo infectado. No servían ya las nuevas dosis que se le administrasen. Simplemente, el sistema inmunitario parecía como si se olvidase de esa inmunidad. Así que, cuando todos los vacunados empezaron a infectarse de nuevo, empezó la verdadera preocupación. Los de la farmacéutica perdieron unos días preciosos en los que pudieron seguir perfeccionando la vacuna y no lo hicieron porque estaban muy ocupados elaborando los contratos de venta.

—Malditos cabrones —mascullé sin poder reprimir mi rabia.

—Antes de eso habían llegado a diferentes puntos del mundo muestras de la *Drextel 2* para probar en una gran variedad de personas. A España llegaron varias partidas que fueron suministradas a voluntarios. Algunos militares sabíamos lo que había pasado con la *Drextel 1* y no nos fiábamos de las informaciones positivas que había sobre esta segunda vacuna. Aún así me presenté de los primeros para que me la administraran. Si iba a morir al menos probaría una posible solución. Me la inyectaron y al día siguiente me ordenaron encerrarme en el bunker. Tenían pensado meter a más gente vacunada, pero el pánico hizo que las pocas dosis que quedaban volasen a otros lugares de gente con enchufe. Fui el único del cuartel con la *Drextel 2* administrada. Purifiqué el aire de dentro y me encerré antes de que fuese demasiado tarde. Lo demás ya lo sabéis. Nueve meses de soledad atroz.

—¿Se supo cual fue el origen de la *Gripe X*? —preguntó Sara—. ¿Fue cosa de los militares?

—Nadie nos dijo nunca nada sobre el origen. De verdad, creo que ellos tampoco lo sabían.

Seguimos andando hacia los coches. Alberto miró extrañado a Lucas. Ana ya le había advertido de lo que habíamos encontrado. El difícil carácter de Alberto con los extraños se había intensificado con el estado anímico en el que ahora se encontraba. Lucas también se sorprendió al ver la herida de este. Decidimos que Lucas fuese conmigo en el asiento de copiloto. Quedamos en pernoctar en algún lugar antes de llegar al desvío de las carreteras de circunvalación de Zaragoza, para poder decidir nuestro próximo destino.

Durante el trayecto Lucas parecía que se iba habituando algo más a la luz. Aún así tenía que hacer muchos esfuerzos para levantar la vista y mirar de frente.

—¿Quieres hablar de tu vida en el bunker? —pregunté para romper el silencio, ya que Alberto

dormía y Lucas se había quedado también un poco adormilado—. Me sorprende cómo se puede pasar uno nueve meses en aquel lugar y encima uno de ellos completamente a oscuras. Hay que tener una fortaleza mental enorme.

—No me importa hablarlo. De hecho estoy deseando relatar mi experiencia. Si logré sobrevivir durante tanto tiempo fue porque he sido siempre una persona muy cuadriculada. Como militar también estaba acostumbrado a aguantar muchas cosas. No sé, supongo que la sensación aquella de que no me quedaba otra fue la que me hizo resistir.

» Aunque no lo creas el último mes a oscuras, aun siendo terrible, no fue el peor. Los dos primeros meses son malos, pero los siguientes son peores. Al principio de mi encierro tenía todo lo que podía desear para sobrevivir. Luz proveniente de un generador, comida y agua en abundancia que tenía en palés en una de las salas contiguas. Velas, ropa, una lavadora, una pila con agua corriente procedente de un gran depósito donde poder adecentarme. Habían metido allí todo lo necesario para no morir de hambre o de sed, incluso tenía un reloj con el cual pude saber el tiempo y el día en el que estaba. Pero se habían olvidado de algo que también es muy importante para sobrevivir en esas condiciones. No habían tenido en cuenta dejar algo para combatir la soledad y el aburrimiento. No tenía nada con qué entretenerme. Ni un mísero libro, ni juegos, ni cartas, ya no hablo de un radio CD o algo parecido... ¡Nada! ¿Te puedes hacer una idea de lo que es estar, las horas que uno no pasa durmiendo, sin hacer absolutamente nada? Llegué a tal extremo que empecé a contar las cajas que había en cada palé de comida y agua embotellada. Conté todas las botellas, latas, baldosas del suelo, todo. Era necesario mantener mi mente ocupada con esas cosas para no caer en la locura. El tercer mes, cuando ya me aburría de contar, me puse a colocar los contenidos de los palés de otras formas. Tomaba una caja, la vaciaba, clasificaba su contenido, lo dejaba en un lado. Cuando ya tenía todas las cajas vacías con todos sus contenidos por todo el bunker, entonces tomaba las cajas vacías y las llenaba de nuevo. Perdí la cuenta de las veces que lo hice. A veces llenaba todas las cajas con agua o todas con comida. O ponía las cajas en un lado para luego volverlas a cambiar al otro. Era un jodido robot. El sexto mes empecé a dar muestras de cansancio psicológico y me dio por hacer ejercicio. Quería estrujar mi cuerpo y llevarlo al límite de la extenuación para poder dormir lo más posible. Lo poco que lo hacía nunca era profundo. Al final del séptimo mes ya no podía hacer nada más para mantenerme cuerdo. Para colmo empezaron a escasear las provisiones. Mi abuso del esfuerzo físico me había hecho consumir demasiado. Me había puesto como un toro, pero eso duró poco por la forzada dieta que tuve que mantener para racionar la comida. El último mes se fue la luz de forma definitiva y no me importó. Al menos ya no veía el bunker y no remiraba por millonésima vez las mismas cosas. Si no llegáis a venir hubiera salido al exterior al cabo de poco tiempo. Antes que volverme loco prefería morir por la *Gripe X*, como es el caso.

Lucas había hablado despacio, sin prisas. No le produjo ningún terror rememorar todo aquello y al terminar su relato dijo que se encontraba algo mejor. Era como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Por fin estoy preparado para morir en paz.

SEÑOR R

***

Pasamos la noche en un hotel de carretera, justo antes de llegar a la capital aragonesa. Ana dormía en la misma habitación que Alberto, aunque en camas separadas. Ella le proporcionaba la ayuda que este necesitaba, aunque nunca la pedía nada. Lucas durmió en otra habitación.

Al día siguiente nos surgió el gran dilema: ir a Barcelona o hacia Teruel para llegar a Valencia.

—¿Qué tal has dormido? —pregunté a Lucas nada más verlo. Se había vestido con ropa civil que había encontrado en varias habitaciones.

—No muy bien. Me despertaba continuamente y a veces pensaba que todavía estaba en el bunker.

—Y qué tal de..., quiero decir que si tienes...

—¿Si tengo algún síntoma de la *Gripe X*?

—Eso es —respondí algo avergonzado.

—De momento no noto ninguna molestia. Según pude ver durante la pandemia, había gente que tardaba muchos días en manifestar los primeros síntomas y en otras era casi instantáneo, así que... aún es un poco pronto para notar algo.

—Bien —dije mirando a través de los prismáticos—, creo que viendo la carretera de Barcelona podemos descartarla.

Esta vía estaba tan congestionada de vehículos que era casi imposible hallar algo de asfalto entre ellos. Por lo visto allí no habían podido "habilitar" un carril de emergencia.

—Seguiremos hacia la Autovía Mudéjar, que lleva a Teruel, para ver cómo está la cosa y ya decidiremos.

Subimos de nuevo a los coches y nos dirigimos hacia allí por la circunvalación hacia el sur, siempre evitando entrar en la misma Zaragoza. Teníamos todo lo necesario y era una tontería arriesgarse a entrar en una ciudad grande.

La Autovía de Madrid, que fue la que nos encontramos primero, sí tenía habilitado ese carril pero no nos interesaba dirigirnos hacia allí. La elección de destino quedó definitivamente zanjada en cuanto nos pudimos incorporar a la Autovía Mudéjar, en mucho mejor estado que las otras vías. No sólo tenía el típico carril acondicionado sino que, al menos en los primeros kilómetros, se encontraba bastante despejada de vehículos. En seguida comenzamos a avanzar.

Se notaba que habíamos abandonado el clima templado del norte y nos adentrábamos en las frías tierras aragonesas. Aunque todavía no había habido ninguna helada las temperaturas nocturnas eran realmente frías. Y más en las desoladas habitaciones de los hoteles o casas en las que pasábamos las noches.

Teníamos pensado parar cerca de Teruel a pasar la noche cuando Alberto, que estaba durmiendo en ese momento, empezó a gritar. Tanto Lucas como yo nos asustamos. Tras poner las luces de emergencia y detenernos comprobamos que había sido una pesadilla.

—Lo siento —se disculpó este en cuanto se despertó por el movimiento del coche al frenar—. He tenido un sueño tan real que creí que me moría.

—¿Sobre qué? —indagué aliviado de que no fuese nada grave.

—No lo recuerdo bien, pero terminaba con todas las extremidades cortadas.

Alberto debía sufrir mucho y estaba seguro de que no le estábamos ayudando demasiado. Pero, por otra parte, no disponíamos de tiempo para ello. La supervivencia diaria no dejaba mucho espacio a la solidaridad y el único momento en el cual podíamos hablar era cuando conducía, momento en que este siempre estaba callado como una tumba o dormitando.

Proseguimos el viaje y Alberto, quizás temiendo que volvieran a repetirse las pesadillas si se quedaba dormido, se mostró algo más comunicativo.

—Lo has pasado mal en el bunker, pero te puedo asegurar que los que quedamos fuera las hemos pasado canutas —masculló mirando a Lucas, que llevaba siempre puestas las gafas de sol. En este caso unas que había encontrado en el último hotel, devolviendo a Sara las suyas.

—Por lo que me ha contado Miguel es verdad —convino Lucas sin volverse.

—Ya lo puedes jurar. En este mundo de mierda parece ser que sólo los cabrones tienen las de ganar.

Alberto rumiaba las palabras con un tono muy severo. Lucas, al contrario, solía ser conciliador. Ya le había contado la manera en que Alberto había perdido la pierna y los problemas de seguridad que había con muchos supervivientes. Tampoco se extrañó demasiado.

—Me ha dicho Miguel que eres muy buen cazador.

—Era buen cazador, ahora no valgo para nada —replicó Alberto muy amargado. Empecé a pensar que era mejor que no hablara.

—Volverás a serlo, Alberto —traté de animarlo—. En cuanto logres recuperar tus fuerzas, volverás a cazar.

Este no dijo nada. Ni me miró. Tenía de nuevo la vista fija en el horizonte.

Lucas me miró de soslayo y luego me preguntó por cosas más personales.

—Supongo que Sara y tú sois pareja.

—En efecto. Es mi mujer. Aunque te cueste creerlo, un amigo que murió hace poco, nos casó de forma legal. Bueno, todo lo legal que se puede esperar en estas circunstancias. Fue una ceremonia muy bonita, todo simbólico, por supuesto.

—Me alegra de que en estos tiempos tan duros, en el que lo habéis pasado tan mal, al menos siga habiendo una esperanza para los buenos sentimientos. Yo no estaba casado ni tenía hijos, quizás por eso no recuerdo el pasado con excesivo dolor. Con tristeza sí, pero no he tenido que padecer los sufrimientos que alguno de vosotros habéis tenido que soportar por la pérdida de seres queridos.

—El dolor nunca se va —sentenció Alberto, saliendo fugazmente de su trance. Nos miraba con los ojos humedecidos.

Quise cambiar de conversación, para evitar que este recordara su terrible experiencia del pasado. No le convenía en esos momentos.

—Lucas, ¿qué grado tenías exactamente?

—Si te refieres al empleo, era teniente. No me imagines como un soldado combatiente. Más que nada era un burócrata en la Plana Mayor del cuartel. Estuve en ingenieros, por enchufe de mi padre, que era general. Pero ni era ingeniero ni me gustaba ser militar. Supongo que nunca me atreví a decírselo a mi padre, quien ya tenía labrada en su mente toda mi carrera. Casi me alegra saber que no voy a daros mucho la lata, no os serviría para nada.

SEÑOR R

Menudo plan tenía con los dos. Destilaban optimismo a raudales.

En el momento de parar a comer, Sara se acercó a mí de forma cariñosa.

—Te echo de menos —dijo pasándome un brazo por la cintura—. Estamos todo el día en la carretera y no tenemos tiempo para nosotros.

—Al menos te veo por el retrovisor —bromeé—. No te quejes, que tú por lo menos hablas y ríes. Alberto es deprimente y Lucas tampoco es la alegría de la huerta.

—A ver si llegamos a la costa y podemos estar un par de días en algún lugar. ¿Qué cosas te ha dicho el soldado?

—Era teniente y por lo que me ha comentado de oficinas y sin vocación. Ya te conté lo que le pasó en el bunker, aparte de eso poco más. Es un poco soso.

—¿No tiene todavía los síntomas de la *Gripe X*? —indagó Sara como si temiera sacar el tema.

—No. Lo cual no es de extrañar. Cabe la posibilidad de que el virus haya desaparecido. Han pasado ya nueve meses y es posible, incluso, que haya mutado y ya no afecte a los que antes quedaban infectados. O también puede ser que la vacuna esa, Des,... Dres... ¿Cómo se llamaba?

- *Drextel 2* —puntualizó Sara.

—Gracias. Es posible que hiciera a su organismo inmune a largo plazo. No sé. Sea lo que sea, si está contagiado, no durará más de una semana.

—¿Crees que tiene algún problema mental, por su encierro, que pueda suponernos una amenaza? —preguntó esta como si fuese una inspectora de policía.

—No creo que esté mal de la azotea. Parece bastante sensato, incluso para afrontar con dignidad su próxima muerte. Esperemos que llegado el momento no la líe. Oye, ¿qué tal lo lleva Ana?

—Ha superado lo del engaño de Alberto sin problemas. Está como cuando la conocí en Santander, muy alegre y optimista. Ella no estaba enamorada y eso ha facilitado las cosas. No le reprocha nada a Alberto y así se lo ha hecho saber, pero este está un poco ido. Miguel, creo que se está empezando a comer la cabeza demasiado y es posible que algún día nos de problemas.

Sara tenía razón. Por muy dura que hubiera sido su vida tenía que intentar reponerse y afrontarlo con firmeza. Sin embargo Alberto parecía que había optado por no hacerlo y era frustrante hablar con él e incluso ayudarlo a moverse. Estaba siempre en tensión y eso a la larga generaría dificultades.

—No te preocupes —traté de calmarla—. En cuanto pueda hablaré con él y le dejaré claro algunas cosas.

—Te lo agradezco, porque Ana se está empezando a cansar.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que se me presentase la ocasión de hablar a solas con Alberto. Aquella noche entré en su habitación, en el hotel de carretera que habíamos elegido para pernoctar. Me senté en la cama que estaba al lado de la suya.

—Alberto, tenemos que hablar.

—Ahora estoy muy cansado, Miguel. ¿Por qué no lo dejas para mañana?

—No, mañana me dirás lo mismo y al final no hablaremos.

—Joder... Vale, ¿qué pasa? —preguntó irritado.

—Mira, Alberto. Te considero mi amigo y te voy a hablar como tal. Así que no te molestes por lo que voy a decir porque creo que es mi deber como amigo.

SEÑOR R

—¿Y qué es eso tan importante que tienes que contarme sin falta?

—Que eres un gilipollas.

Alberto abrió los ojos sorprendido. No esperaba aquello.

—¿Qué coño te pasa? —inquirió este frunciendo el ceño.

—¿Qué te pasa a ti? —repliqué—. Estamos intentando ayudarte, como ir a un sitio más agradable por ti y te comportas como un engreído y un resentido.

—No lo entiendes...

—¡Claro que no lo entiendo! —exclamé subiendo un poco el tono de voz—. Se supone que todos estamos en el mismo barco, intentando sobrevivir y salir adelante y no haces más que poner las cosas más difíciles todavía. ¡Ni quieres ayuda ni te dejas ayudar! Todos nos damos cuenta de que has sufrido mucho y que parece que la vida la ha tomado contigo, pero te pedimos que por favor recapacites y mires al futuro con determinación. Alberto, tu actitud no nos lleva a ningún lado. ¿Qué crees que va a pasar? ¿Crees que te tenemos que pedir perdón por algo?, porque si es así lo haré con mucho gusto si eso hace que vuelvas a ser como el de antes.

—¡Es que nunca podré ser como el de antes! —gritó muy ofuscado—. ¡Por si no te has dado cuenta soy un lisiado!

—No, Alberto. No eres un lisiado. Perder una pierna no te convierte en un inútil. Hay muchas formas de que vuelvas a moverte, incluso de volver a andar si logramos dar con una pierna ortopédica. Si esa es tu excusa para volverte un amargado a nosotros no nos vas a convencer. Cierto que nosotros no podemos entenderlo, pero podemos ayudarte a que vuelvas a sentirte como una parte importante del grupo. Desde luego si te abandonas a tus pensamientos negros y a la desidia jamás serás útil. Entonces sí que te habrás vuelto un lisiado. Pero eso puedes evitarlo a poco que pongas de tu parte. No te dejes llevar por la desesperación.

—Miguel, te pido que por favor salgas de la habitación y me dejes dormir. Estoy muy cansado.

Le miré con resignación y me levanté de la cama dispuesto a irme. Antes de salir me di la vuelta.

—Alberto, la vida nos da unos palos tremendos. Si le plantas cara podrás volver a encontrar algo que te llene y te haga sonreír de nuevo. Pero sólo tú puedes decidir qué hacer. Si ser útil al grupo o un estorbo.

***

Después de tantos días alimentándonos a base de las monótonas raciones de combate y otras latas de conservas, teníamos el apetito por los suelos. Comíamos por comer, ya que la apatía que nos producía tan aburrida dieta empezaba a pasarnos factura. Lucas, que había estado nueve meses alimentándose de aquella manera, no rechistaba en absoluto y era el único que parecía resignado a esa dieta. Los demás, mal acostumbrados por haber vivido algunos meses en comunidad, echábamos de menos las frutas, hortalizas y la caza que habíamos estado consumiendo de manera regular.

Así que, mientras seguíamos nuestra ruta por la Autovía Mudéjar, contemplamos, a lo lejos, una pequeña manada de ciervos. No lo dudé y me detuve para intentar dar cuenta de algún ejemplar. Si lograba cazar alguno de ellos nos sobraría mucha carne que habría que tirar, pero bien valía el

esfuerzo de poder llevarnos a la boca algo de alimento fresco.

—Quedaros aquí —ordené a las chicas cuando me preguntaron por el motivo de la parada—. Voy a ver si podemos comer hoy de manera decente.

—Ten cuidado —rogó Sara.

—Tranquila, no tardaré mucho. Regresaré en una hora si no logro nada.

Me interné en los cercanos campos de cereales que había a la derecha de la autovía. Debido al abandono de las tierras había una cantidad ingente de vegetación de todo tipo que iban adueñándose de los campos cultivados. Todas esas inmensas tierras y campos cubiertos de masa vegetal eran un combustible ideal para los incendios. En ese momento, al principio del invierno, ya no había peligro de ello, pero los veranos en aquella zona eran terribles y era cuestión de tiempo que quedaran arrasados por algún fuego producto de las tormentas eléctricas estivales.

Era bastante incómodo andar por aquella maleza desordenada y salvaje que me cubría hasta el pecho. No creía que en un ambiente así hubiese lobos o perros asilvestrados porque no era el ambiente propicio de caza para los cánidos. Aún así iba bien atento y con mucho sigilo.

Portaba el fusil de tirador *M24*, para utilizar en cualquier momento, y a la espalda el *G36*. Como era la versión corta de este fusil se llevaba mucho más cómodamente que la versión estándar. Era preferible salir con toda la artillería posible, porque cuando había problemas no había nada mejor que un fusil de asalto para poder afrontarlo con seguridad. Ya había aprendido de mis errores del pasado.

Al girarme para ver los coches me di cuenta de que me había alejado bastante. Apenas los distinguía, pero había perdido también de vista a la manada de ciervos. Eché de menos a Alberto para aquellos menesteres. A él no se le habrían escapado.

Algo frustrado empecé a regresar cuando escuché un ruido a mi izquierda. Parecía que algo se deslizaba por allí. Pensé que podía ser cualquier animal, incluido un perro o un lobo, así que dejé en el suelo el *M24* y tomé el *G36* con determinación. Me quedé completamente inmóvil.

Nada.

Podía ser cualquier cosa: ratones de campo, topillos, algún gato...

Volví a coger el *M24* y seguí avanzando. Fue entonces cuando escuché los disparos provenientes de los coches.

Corrí todo lo que pude, presa de la angustia. Mi mente elucubraba teorías. ¿Un grupo de supervivientes errantes estaba agrediendo a las chicas y a los demás? ¿Lucas se había vuelto por fin loco?

Me detuve en seco al ver la escena a lo lejos. A través de la potente mira del rifle de tirador pude observar perfectamente el cuadro que se me presentaba.

Debía haber como un centenar largo de perros. No había duda de que era una enorme manada de animales famélicos, agresivos y desesperados. Rodeaban a los dos vehículos y se lanzaban a ciegas contra las puertas y parabrisas. Desde mi lejana posición podía oír los agudos chillidos de las chicas.

Empecé a disparar de inmediato. Iba acabando con los ejemplares que veía más agresivos y grandes. En contra de lo que esperaba eso no ahuyentó a los demás. Los animales estaban tan enrabietados y enloquecidos que no hacían mucho caso del sonido de mis disparos y ni siquiera se

mostraban curiosos. Atacaban sin cesar a los coches como si no existiera nada más a su alrededor.

Repasé mentalmente el número de balas que tenía para el rifle. No muchas y sobre todo muy pocas en comparación con el gran número de animales que había.

Algunos perros, en su frenesí, se atacaban entre ellos produciéndose terribles heridas. Algunos caían y no volvían a levantarse.

Tras abatir a un enorme mastín leonés el cerrojo del *M24* no se recuperó y comprendí que había acabado con toda la munición. Me di las gracias por haber tenido la genial idea de llevarme el fusil de asalto conmigo y me acerqué un poco más. Oí el rugido de los motores. Estaban arrancando. Si no lo habían hecho hasta entonces era porque querían esperarme, pero se debieron dar cuenta de que, si no salían de allí, no lo podrían hacer más adelante. Me agaché para no ser visto por alguno de los perros que estaban situados en el exterior de aquel ataque masivo y que se contentaban con ladrar y gruñir.

El Xsara y el Renault 4 salieron del enjambre con dificultad, atropellando a unos cuantos a su paso. Tocaban el claxon con la esperanza de espantarlos, aunque más bien parecía que aquello los enfurecía mucho más. La limitada mira de aumento del *G36* me permitió al menos observar cómo Lucas conducía el Xsara. También pude distinguir cómo Alberto tenía en sus manos un *G36*. Detrás de ellos salió toda la manada en una persecución sin esperanza. En seguida dejaron de perseguirlos y los coches lograron una cómoda ventaja.

Estaba a menos de doscientos metros de la carretera y podía oír los gruñidos de los perros más cercanos. Si me descubrían y me atacaban a la vez, iba a tener más que serios problemas.

Fui retrocediendo, intentando no llamar demasiado la atención. La abundante maleza no me permitió ir todo lo rápido que quise y empecé a oír por los lados a los perros moviéndose entre ella. No sabía si me habían detectado o estaban de paso.

Me di la vuelta y me topé de bruces con un dogo alemán de aspecto más que lamentable. Estaba famélico y presentaba una mirada inyectada en sangre. Una abundante y espesa baba blanca le caía del hocico.

Tenía la rabia.

El animal me miraba de manera muy agresiva. En seguida se puso a ladrar como loco. A mi espalda un coro de ladridos empezó a acompañarlo.

No tenía mucho tiempo antes de que se me echaran encima por lo que, después de descerrajarle un tiro, corrí todo lo que pude en paralelo a la carretera. Una fugaz mirada a mi espalda me bastó para comprender que no tardarían en darme alcance. Decidí entrar en la calzada porque allí, al menos, no podían esconderse entre la maleza.

En la mediana de la autovía descubrí un Seat Ibiza abandonado. Sin pensarlo dos veces me metí de lleno en su interior. Los cristales delanteros estaban destrozados y puesto que era la zona por donde me atacarían me situé en los asientos traseros, preparándome para empezar el tiroteo. Este no tardó en producirse ya que, a los pocos segundos, salieron de los campos más de medio centenar de perros.

Los primeros disparos fueron tiro a tiro, intentando economizar balas. En seguida me di cuenta de que no podía contenerlos de esa manera. Puse la posición del selector en tiro a ráfagas. En ese crucial momento, que no me llevó más de medio segundo, un perro aprovechó para morderme con

saña en el brazo derecho. Presa del pánico empecé a gritar y a disparar mientras el jodido chucho seguía allí agarrado.

La manada, que estaba siendo menguada de manera brutal, tuvo un momento de indecisión que aproveché para sacar el cuchillo y clavárselo en el cuello al perro que me tenía presa. El animal se movió de forma convulsa antes de morir de aquella horrible manera. La manada lo volvió a intentar al tiempo que introducía en el arma el último de mis cargadores. Me quedaba la pistola, pero si con un fusil de asalto apenas podía contenerlos...

Fue entonces cuando llegó la caballería.

Aprovechando que la mayoría de los perros estaban atacándome de forma enloquecida, Lucas y Sara habían vuelto de nuevo. Pitaban sin cesar para llamar la atención. Al principio no lo consiguieron y aprovecharon aquello para salir de los vehículos y disparar los fusiles de asalto contra ellos. Eso hizo que, por fin, los perros que quedaban se dispersaran asustados. No debían quedar más de una veintena.

Sara gritó mi nombre y al recibir mi contestación corrió a ayudarme. Ana estaba al volante del *cuatro latas* y para mi sorpresa el Xsara tenía el portón trasero abierto. Alberto asomaba por allí con su *G36* todavía humeante. Lucas lo había puesto en esa posición para que Alberto, mucho mejor tirador, diese cuenta de los perros.

Nos reunimos en torno a los coches, por si volvían los animales. Lucas observó con preocupación los cadáveres de estos.

—¡Te han herido! —exclamó Sara al ver mi brazo con desgarros en la ropa y sangre por toda la zona.

—No te preocupes. Me mordió uno, pero no de los grandes —traté de tranquilizarla aunque sabía que el asunto era más grave de lo que parecía.

—Es para preocuparse Miguel —terció Lucas echando un vistazo a la herida—. La mayoría de esos perros tenían la rabia.

—¿Y qué pasa entonces? —preguntó Sara mirando nerviosamente a Lucas—. Dime que eso no supone un problema grave.

—Puede serlo, Sara —dije acariciándola la cabeza—. Pero de momento no hay problema.

—Lo primero que hemos de hacer es lavar a conciencia esa herida lo más rápido posible —explicó Lucas—. Vamos a trabajar con la hipótesis de que estás infectado porque no podemos dejarlo pasar. Doy por hecho que no estás vacunado.

Negué la cabeza con gesto grave.

—Hay que conseguir la vacuna como sea.

—¿Es realmente urgente? —preguntó Ana asustada—. ¿Con qué tiempo jugamos?

—Ven aquí, Miguel. Yo te lavo la herida —dijo Alberto desde el coche—. He visto mordeduras de perros de caza y algo sé de lo que hay que hacer.

Con varias botellas de agua mineral y jabón, Alberto me lavó a conciencia toda la zona de la mordida. Dos hileras de pequeños puntos. No sangraba demasiado pero era obvio que tenía todas las papeletas de haber sido infectado por la rabia. Al echarme alcohol de 90º di un respingo por el fuerte escozor que me produjo. Luego me echó *Betadine* que llevábamos en el exiguo botiquín.

—Tenéis que saber una cosa —afirmó Alberto, mirando a Sara—. No debéis alarmaros. El SEÑOR R

periodo de incubación de la rabia es de entre dos meses a un año. Es decir, tenemos tiempo para encontrar la vacuna antirrábica. Una vez que lo hagamos, y si la administramos correctamente, no habrá nada que temer.

—¿Qué pasa si en ese tiempo no encontramos la vacuna? —indagó Sara sin poder evitar que sus ojos se humedecieran por la angustia—. Recordad cómo están ahora los hospitales.

Alberto bajó la vista sin decir nada. Su silencio fue bastante elocuente.

—Esos perros que hemos visto —continuó este—, y que están rabiosos, hace tiempo que pasaron el periodo de incubación. Ahora están en una fase muy avanzada de la enfermedad, la fase neurológica. Por eso están así de enloquecidos. En unos días habrán muerto todos.

—Sara tiene razón —dije empezando a inquietarme—. ¿Cómo vamos a encontrar una vacuna tan específica después del saqueo al que fueron sometidos los hospitales y centros de salud?

—Es difícil, pero escucha lo que te he dicho —Alberto me miró a los ojos—. El periodo de incubación nos da un cierto margen. Si hubiese sido el tétanos sería peor. Es posible que también te hayas contagiado de ello.

—De eso estoy vacunado —recordé sin entusiasmo.

—Cuando empecemos a encontrar hospitales, farmacias o centros veterinarios buscad todas las vacunas que podáis, porque vendrán bien para el futuro. La antirrábica más conocida es la *Mérieux*. Tenemos que empezar a pensar en hacer un botiquín decente para casos como este —aconsejó Alberto que, para nuestra sorpresa, parecía que había logrado dejar, al menos de momento, sus lamentaciones y aquella desgracia le había devuelto a la idea de que podía ser útil de nuevo.

—¿Alberto, vas a saber administrar las dosis recomendadas? —indagó Sara.

—Ya te digo que lo he visto hacer y entre los cazadores siempre hay alguno que ha tenido alguna experiencia. Lo normal es inyectar en los músculos deltoides un mililitro de la vacuna en cinco ocasiones: el primer día que la consigamos, el tercero, el séptimo, el decimocuarto día y al mes. Con eso basta.

—Parece fácil —dije tratando de elevar un poco la moral.

—Lo es —replicó Alberto—. Lo difícil será encontrar las dosis.

Así que nos metimos de nuevo en los coches con el objetivo de hallar cuanto antes la vacuna antirrábica. Lucas se ofreció a continuar conduciendo mientras yo permanecía como copiloto sumido en un angustioso silencio.

También era mala suerte. Después de sobrevivir a un virus, que había acabado con más de 6.000 millones de personas, ahora estaba infectado por otro que me había pasado un maldito perro rabioso.

***

El lugar más cercano, donde poder encontrar un Hospital, era Teruel. Esta era una ciudad pequeña por lo que no esperábamos más de un centro hospitalario. Gracias a las indicaciones por carretera pudimos dar con el Hospital Obispo Polanco, pero nuestras esperanzas se vinieron abajo al encontrarlo calcinado. Otro sitio devastado por aquella locura que fueron los caóticos días de la pandemia.

Todos intentaban darme ánimos a medida que íbamos pasando por lugares que, hipotéticamente,

podían tener alguna dosis de vacuna antirrábica y no lográbamos dar con ninguna. En Teruel pasamos un par de días, recorriendo la ciudad en busca de farmacias, centros médicos o clínicas veterinarias.

Aquella primera noche fue un poco triste porque Sara estaba muy alicaída por lo que me había pasado y las pocas perspectivas de poder encontrar una cura.

—No creo que pueda quejarme —dije en la cama mientras le acariciaba—. Lucas lo tiene mucho peor que yo. El está esperando el primer estornudo, o tener unas décimas de fiebre, para saber su final. Lo que no sé es cómo todavía no ha desarrollado ningún síntoma.

—A lo mejor era inmune ya de por sí —supuso Sara sin muchas ganas de hablar de Lucas.

—Sería demasiada casualidad. No sé, a lo mejor es eso. O su chute de *Drextel 2*, o puede que...

—Miguel —me interrumpió Sara—, eso no me interesa. Estoy preocupada por ti. No me imagino qué sería de mí si te pasara algo...

—Ya lo sé cariño, pero procuro no pensar demasiado en eso. No creo que me venga bien. Tengo un relativo optimismo por el margen que tenemos todavía. No es mucho tiempo pero no es algo inmediato. Alberto me ha comentado que incluso en los zoos, perreras, reservas de animales, casas de guardabosques y sitios así es posible encontrar esa vacuna. El espectro de lugares se amplía y seguro que esos no fueron saqueados, o al menos no tanto como los lugares más normales, como hospitales o centros de salud.

—Qué cosas. Eres tú el que me tiene que dar ánimos a mí —murmuró Sara, poniendo la cabeza en mi pecho, mientras se limpiaba una lágrima de la mejilla—. No te sirvo para nada.

—No digas eso. Sabes que si no fuera por ti ahora estaría sumido en un pozo. Eres lo que da sentido a mi vida, nunca lo olvides.

—Como me gustaría tener tu fortaleza de ánimo.

—¿Fortaleza? Creo que es más bien resignación. Hace un par de días le eché una bronca a Alberto por no afrontar la vida con coraje. Ahora tengo que ser yo quien lo demuestre.

Me levanté y Sara me inspeccionó la herida.

—Al menos no parece infectada —observó Sara poniendo unas vendas nuevas—. Alberto lo limpió muy bien.

—Ya lo creo, me echó un litro de alcohol. Eso me dolió más que la propia mordedura.

—Te lo ha dejado muy bien.

—Menos mal que ha salido de su letargo —recordé la firmeza y serenidad de Alberto en aquellos angustiosos momentos—. No hay como una catástrofe para acabar con alguien o sacar lo mejor de ella.

—Cuanto se nos echaron encima los perros me percaté de cómo Alberto cogía el fusil y empezó a disparar antes que nadie. Luego, cuando escapamos fue quien le dijo a Lucas que, cuando volviésemos a rescatarte, dejara el coche en aquella posición para poder disparar por el portón. Creo que esto le ha hecho ver que en verdad todavía nos es valioso.

—Lucas también lo hizo bien —apunté.

—Claro. Pero se comporta como un autómata.

—Compréndelo, mujer. Para él todo esto es un *shock*. Creo que se piensa que todavía está en un sueño o algo así. Hay que darle tiempo.

SEÑOR R

—A lo mejor el pobre no dispone de eso —concluyó Sara.

Sin embargo Lucas tuvo una buena idea que decidimos poner en marcha. Nos comentó que, si la mayoría de la población había huido hacia las capitales y estos a su vez habían salido de ellas, muriendo la mayoría en el trayecto, era más factible encontrar los medicamentos que necesitábamos en lugares poco transitados. No era lo mismo buscar en Teruel, donde su población habría saqueado los lugares estratégicos, que en los pueblos de alrededor, donde podríamos encontrar algún centro de salud más o menos en buen estado, e incluso con un poco de fortuna hasta intacto. Yo no confiaba en tener tanta suerte, pero sí que era verdad que siempre tendíamos a buscar lo necesario en las ciudades y poblaciones más grandes, cuando en cualquier pueblo se podía encontrar la mayoría de las cosas básicas.

Decidimos separarnos para abarcar más lugares. Siempre con la precaución al máximo después de lo ocurrido. Esa vez Sara vino conmigo en el *cuatro latas* y los demás se marcharon en el Xsara. Estos se dirigieron hacia el suroeste y nosotros en dirección contraria, quedando en el hotel donde nos habíamos alojado en Teruel para aquella noche.

—Vaya —dije mientras miraba como Sara conducía—. Volvemos a estar como hace tiempo.

—Yo al volante y tú mirando —añadió ella sonriendo.

Continuamos por la carretera, pasando por numerosos pueblos donde no lográbamos dar con ningún centro de salud o cualquier otro sitio susceptible de poder tener la vacuna. Según avanzaba el día, nos íbamos dando cuenta de lo difícil que iba a ser la tarea. Al anochecer, ya de vuelta a Teruel, teníamos los ánimos bastante bajos. El cansancio de estar todo el día buscando, pasaba su factura. A pesar de ello Sara me animó diciendo que al final daríamos con la dichosa vacuna costase lo que costase.

En el hotel todavía no estaban los demás. Nos quedamos en el desolado hall esperando a la luz de las velas. Unas raciones y unas asquerosas naranjas que habíamos logrado encontrar en el camino nos sirvieron de cena.

A las dos de la mañana, cuando estábamos dormidos en los sofás y tapados hasta las orejas por el frío del lugar, aparecieron los demás. A Alberto le habían conseguido una silla de ruedas y llegaba muy animado.

—¡Miguel, despierta, tenemos buenas noticias!

Lucas y Ana le seguían. Cuando me incorporaba para preguntarles qué tal les había ido me di cuenta de que entraba una mujer detrás de ellos.

—¿Quién eres tú? —inquirió Sara muy sorprendida.

La mujer se había acercado a la luz de las velas. Era rubia, con el pelo recogido en una coleta. De aspecto de mujer decidida, segura y con marcado acento francés afirmó:

—Soy la que va a salvar a tu chico por segunda vez.

Abrí los ojos como si hubiese visto un fantasma. Era Catherine.

***

—¡Feliz cumpleaños! —exclamé en cuanto Sara abrió los ojos.

Esta me miró y sonrió. Me dio un tierno beso en la mejilla. No quiso hacerlo en la boca hasta que habláramos con Catherine y nos confirmase si había algún tipo de peligro de contagio de la

rabia de esa forma.

—No te creas que yo me he olvidado del tuyo. Es el dieciséis de febrero.

—Menos mal que recuerdas la fecha, creo que sólo te lo mencioné una vez. Tenía pensado regalarte algo, pero los últimos sucesos y estar todo el día en la carretera...

—No te preocupes, lo comprendo. De hecho hoy no parece Nochebuena. Ya sabes, antes salías a la calle y había un jolgorio, una fiesta por las Navidades... A mis amigas nunca se les olvidaba por coincidir con una festividad tan destacada. Ahora no dan ganas de celebrar nada.

—En cuanto volvamos a instalarnos en algún sitio, y vivamos tranquilos, ya verás como querrás celebrar cualquier acontecimiento.

—Espero que así sea —afirmó Sara poniéndose en pie.

—¿Qué tal te encuentras después de cumplir veintiséis años?

—Muy bien —respondió—. Supongo que un "abuelete" como tú estará encantado de tener a una veinteañera en su cama.

—¿Encantado? ¡Si vieras la de caña que me metes, casi no puedo seguirte! Serán los achaques de la edad.

Sara me tiró la almohada a la cabeza. Llevaba el sujetador y las braguitas de color negro que tanto me gustaban y ella, sabedora de eso, no tenía prisa por cambiarse.

—¿Qué opinas de lo que dijo la mujer belga, la tal Catherine? —indagó, ya de manera seria, mientras se quitaba el sujetador para cambiárselo por otro.

—¿Sobre lo de la vacuna? —respondí de forma vaga a causa de la agradable visión que tenía ante mis ojos.

—Sobre todo en general.

Se refería a lo que Catherine nos había relatado la noche anterior. Llegaron tarde pero muy contentos por haber dado con una mujer que era médico y que para colmo, me conocía. La belga comentó, mientras cenaba algo entre nosotros, que al saber que era yo el que necesitaba la vacuna no dudó en acompañar al grupo de vuelta a Teruel.

Desde que me dejó en aquella gasolinera, pasando el *mono,* había estado recorriendo varios puntos de la geografía española. Gracias a la movilidad que le daba su moto no tenía los problemas a los que solíamos enfrentarnos nosotros con los coches y avanzaba mucho más rápido y a más distancia. Tras quedarse unos días en Barcelona, la cual nos dijo que estaba en unas condiciones horribles, fue avanzando hacia el sur, por el levante. Hasta que dio con una colonia de supervivientes, en un pueblo alicantino llamado Castelló de Cortes, cerca de Denia. Catherine, en un principio, estuvo viviendo con ellos un par de semanas, hasta que se cansó y siguió con su viaje a ninguna parte. Cuando Ana, Lucas y Alberto la vieron circulando por la carretera casi no lo podían creer. Lograron hablar con ella y esta, al darse cuenta de que no eran peligrosos, aceptó saber algo más de ellos.

Pero el antaño bien surtido botiquín de Catherine había menguado mucho. Las últimas provisiones médicas las había consumido en la comunidad que encontró. Aunque avivó la esperanza al decirnos que aquella gente disponía de dosis suficientes de la vacuna antirrábica porque las había visto al llegar.

Catherine, aun siendo aquella mujer seria que había pasado una terrible experiencia con el loco SEÑOR R

de la frontera, parecía más predispuesta a comunicarse que cuando estuvo conmigo. Quizás los largos y solitarios kilómetros en moto le habían hecho recapacitar. O las pocas semanas que estuvo en esa otra comunidad. Quién sabe, pero hasta sonreía de vez en cuando.

—Una cosa está clara —le dije a Sara—. Si aquellos de la costa tienen la vacuna habrá que acercarse a pedírsela.

—Catherine dijo que eran buena gente aunque un poco especiales. ¿A qué se referiría con eso?

—Anoche no nos dio tiempo a hablar mucho más, era tarde y estábamos cansados. Supongo que hoy nos pondrá al día.

—¿No te apetece que bajemos un poco más tarde? —pregunté mientras acariciaba los pechos desnudos de Sara.

—¿No será peligroso hacerlo en tu estado?

—¡Mierda! Es verdad. Habrá que preguntárselo a la doctora.

Efectivamente, Catherine nos recomendó abstenernos de todo contacto sexual incluidos los besos ya que mi saliva podía ser portadora.

—No tienes que vivir como un apestado —indicó Catherine—. Pero tienes que mantener unas normas básicas de conducta e higiene. En cuando se te haya administrado la vacuna podrás volver a besar a tu chica pasada una semana.

También comentó que, si bien tenía cierto margen en la incubación del virus, lo mejor era hacer las cosas de manera urgente para evitar riesgos innecesarios. Ella había conocido un caso de un hombre que empezó a mostrar los signos de la enfermedad sólo dos semanas después de haber sido mordido. No dio tiempo a que el tratamiento funcionase y murió. Catherine no era la mejor persona para dar ánimos, como comprobamos. Aquello impacientó a Sara, que constantemente nos arengaba a irnos cuanto antes a buscar a aquel grupo. La tranquilicé y le pedí a la belga que nos contara algo más de aquella gente para saber a qué atenernos.

» Es un grupo grande. De nueve personas. Pero no hay ninguna figura que se declare como líder, ni hombre ni mujer. Solo es un grupo de supervivientes reunidos que se creen más protegidos viviendo cerca, pero cada cual va lo suyo. Por lo que me contó Ana esta noche algunos de vosotros venís de otra comunidad de supervivientes más jerarquizada, donde cada uno tenía unos deberes para con los demás. Esta gente de Castelló de Cortes es todo lo contrario. Se escapa a cualquier clasificación que queráis hacer. Lo más cercano que se me ocurre es la palabra *hippie* y tampoco creo que sea eso. El primer superviviente que empezó a vivir allí es Josep. Este estuvo muchos meses recorriendo la costa y reuniendo a otros, si los encontraba, o poniendo pintadas, carteles y avisos por doquier con la situación del grupo. Así llegaron la mayoría. Por vuestra experiencia ya veo que esa forma de conseguir reunir a gente también puede atraer a sujetos descontrolados, pero creo que de momento ellos no han sufrido nada de eso.

» Hay algo que deberíais saber de esa sociedad o como la queráis llamar: son muy... ¿Cómo se dice en español? ¿Libertinos? No, liberales, eso. Puede que a alguno de vosotros, vivir de la forma en que ellos lo hacen, pueda suponer un choque. Veo, por ejemplo, que tú Miguel, has optado por mantener con Sara una relación formalizada tal y como se hacía antes. Esa gente no tiene algo así. Es decir, no conciben las relaciones formales. Allí cada cual puede tener las relaciones que quiera y con quien quiera, siempre que haya consentimiento mutuo, por supuesto. Eso parece ser que es una

de las pocas reglas que tienen. Es amor libre en su máximo exponente. Ya digo que eso puede chocar cuando los veíais la primera vez. A mí no me importó esa norma porque yo soy también muy liberal aunque en aquel momento yo sólo me quedé para vivir un poco tranquila, no por otras cosas. Casi ni los veía, excepto cuando nos reuníamos en una sala de fiestas, que tienen preparada como centro de reuniones. Por eso tampoco os puedo decir mucho más de ellos porque no quise profundizar en la relación con ellos. Pero eran buena gente, de eso estad tranquilos.

» He hablado de pocas reglas. Es verdad. Creo que Josep me las comentó al llegar. Es necesario que se acaten todas o, de lo contrario, no se puede formar parte del grupo. La regla principal es que la violencia, tanto física como verbal, está prohibida. Otra regla es que nadie está por encima de nadie. Como os he comentado no tienen líderes ni nadie organiza nada. Aunque el tal Josep ejerce como cabeza visible. Cada uno se busca su sustento, esa es otra regla. Luego, si quiere compartir algo con los demás no hay ningún problema. Por último, la regla que os he contado antes, no hay parejas estables porque todos los integrantes, según ellos, necesitan amar y ser amados. Para ellos tener parejas estables supone problemas de convivencia ya que surgirían después confrontaciones por celos y por amores o deseos no correspondidos. Por las dos semanas en las que estuve os puedo decir que todas esas reglas se acatan y que, a pesar de lo que pueda parecer, no tienen ningún problema. Entre todos se ayudan cuando pueden pero no están organizados a la vieja usanza. A veces hacen fiestas en la playa o en alguna casa. Vamos, que también se reúnen, pero como quien va a casa de los amigos o a pasar un día de picnic.

Catherine terminó de hablar y nos miró uno a uno esperando que le hiciéramos alguna pregunta.

—Parece una sociedad utópica —concluí—. ¿Será esa la única forma de que el ser humano no tenga problemas?

—A mí me pareció una buena manera de vivir —comentó Catherine—. Si no me he quedado allí es porque no me gusta estar atada mucho tiempo a un sitio. De todos modos no descarto ir allí más veces en el futuro, si se tercia. Ellos siempre dan la bienvenida a todos aquellos que vayan con buena voluntad.

—¿Cómo viven allí? —curioseó Alberto—. Me refiero a si están todos juntos en un mismo sitio.

—No, viven cada uno en su casa. En aquella zona hay muchas urbanizaciones y chalés a pie de playa. Cada uno tiene su propia casa. Está prohibido que compartan vivienda porque eso supondría que, de alguna forma, tienen un vínculo estable y eso no les gusta por las razones que ya os he expuesto.

—Vamos, que en realidad viven como se vivía antes —dijo Ana, animada con la perspectiva de vivir así—. Cada uno a lo suyo y de vez en cuando te encontrabas con la gente en la calle, en el mercado o la playa.

—En ese sentido, si es parecido —explicó Catherine—. Pero hay que buscar comida, agua y demás cosas cada uno por su lado. Así es algo más egoísta, aunque también hacen trueques o se regalan cosas. Me dijeron que si alguna vez alguno de ellos se encontraba muy necesitado no había ningún problema en que todos arrimaran el hombro para ayudarle a salir de esa situación.

—Parece demasiado perfecto —opinó Sara.

—A mí me gusta —dijo Ana.

SEÑOR R

—No está mal —convino Lucas.

Alberto resopló. Estaba claro que a él esa forma de vivir no le parecía la más adecuada en las circunstancias actuales.

—Yo creo que es un modo de vida egoísta. Porque no se trabaja para el bienestar de todos sino que cada uno va a lo suyo. Así no se puede prosperar.

—¿Y para qué quieres prosperar? —preguntó Ana—. La Humanidad prosperó tanto que ya ves. A lo mejor otras formas de vivir son mejores para el futuro.

—Eso si te gusta vivir como los monos, follando con cualquiera y sin ataduras con nadie...

—Alberto, es una opinión —traté de apaciguar los ánimos—. Hay que respetarla aunque no estemos de acuerdo. Además, si mal no recuerdo, en el instituto de Santander teníais cierta libertad a la hora de elegir pareja esporádica.

—No quería molestar —se disculpó—. En Santander había algo así pero como sabes sólo algunos se beneficiaron de ello y era más teoría que práctica.

Alberto miro de soslayo a Ana. Esta le devolvió la mirada y no precisamente de agradecimiento.

—Nos acercaremos para pedir la vacuna y luego que cada uno de nosotros decida lo que quiere hacer —propuse—. Si os va ese estilo de vida, vosotros mismos. Me temo que estar emparejado con Sara nos descarta a nosotros como hipotéticos inquilinos.

—Y que no se te ocurra pensar otra cosa —añadió esta sonriendo.

—Acercaros entonces —aconsejó Catherine—. Os darán la vacuna y más si les decís que fui yo quien os dijo la dirección. Con respecto a vosotros dos, que estáis emparejados, es posible que si lo habláis con ellos os permitan quedaros de alguna forma que no os obligue a tener que vivir separados.

—Sara y yo somos pocos amigos de las multitudes, aunque están sean de nueve personas. Estamos buscando un lugar tranquilo y poco transitado donde instalarnos para quedarnos a largo plazo.

—Vaya, sois menos sociables que yo —observó Catherine.

—No es eso, es que queremos vivir la experiencia de estar juntos. Con mucha gente creo que no podríamos conseguirlo de manera satisfactoria.

—Allí podríais tener vuestra propia casa alejada de los demás.

—Todavía estaríamos cerca —repliqué algo molesto por su insistencia.

—Ya lo capto —sonrió la belga—. Cuanto más lejos, mejor.

—Eso.

Catherine comentó que se quedaría hasta el día siguiente. Tenía pensado ir hacia Italia o seguir más hacia el este. En un momento dado se me acercó para hablar conmigo a solas.

—¿Qué tal llevas el tema de la oxicodona? Supongo que no volviste a tomar nada.

—No. También es verdad que, a veces, me entra algo de ansiedad y que lo primero que se me viene a la mente son esas jodidas pastillitas.

—Es normal —asintió—. Tienes que saber que jamás estarás curado de la dependencia al 100%, pero con el tiempo lograrás mantenerla en un segundo plano y poco a poco dejarás de pensar en ello de forma casi constante. Eso sí, nunca bajes la guardia y trata de no idealizar su consumo. Puede que creyeras que te encontrabas en la gloria tomándolas pero eso sólo ocurría hasta cierto punto. Lo

cierto es que estaban acabando contigo. Sigo insistiendo en lo que te dije. Si caes de nuevo tienes todas las papeletas de acabar muerto.

—Lo tendré en cuenta, gracias —dije sin mucho entusiasmo—. Una cosa, Catherine. Supongo que te habrán contado lo de Lucas y cómo le encontramos.

—Algo me han dicho.

—¿Crees que esa vacuna experimental que le metieron puede haberle dado inmunidad a largo plazo? O crees que el virus de la *Gripe X* ya pasó y que se ha librado. Lo digo porque no muestra ningún síntoma y ya debería tenerlos.

—No hay vacuna que haga eso sino a funcionado en un principio, Miguel. Es posible que el virus de la *Gripe X* haya pasado durante la llegada del buen tiempo. Pero si se comporta como la gripe estacional y siempre que haya sido de origen natural, es posible que este invierno hasta principios de primavera vuelva a campar por el mundo. Si es así, Lucas sobrevivirá de momento, pero en cuanto llegue de nuevo la *Gripe X*...

No hizo falta decir nada más.

***

Catherine se fue de la misma forma que la última vez. Bien temprano y sin despedirse. La noche anterior anunció que se iba por la mañana y que no hacía falta que saliésemos a despedirla. Esto último supusimos que fue con sarcasmo, porque ninguno de nosotros hubiera pensado hacer algo así.

—Se ha despedido a la francesa —bromeó Ana cuando se enteró de su marcha.

—Era belga, según me dijo —puntualizó Lucas un poco serio.

—Era broma, hombre —dijo Sara.

—Perdón. Es que todavía estoy un poco confuso. Además, me hubiera gustado hacerle un par de preguntas, relativas a los efectos de la vacuna experimental en mí, y otras cosas...

Todos sabíamos a qué otras cosas se refería. A una posible explicación de por qué no tenía los síntomas de la *Gripe X* y si eso quería decir que se había librado de ello. Sara me miró, como instándome a decirle lo que nos había contado al respecto. Negué con la cabeza. Era mejor decírselo en privado.

Después del desayuno reanudamos el viaje, esta vez con un destino claro: Castelló de Cortes. Seguiríamos por la A-23 hasta Valencia y luego intentaríamos ir por la AP-7, que nos dejaría muy cerca de nuestro destino. Todo esto estaba supeditado a que las carreteras estuvieran algo transitables. Aunque al ser en la costa de Levante lo dudábamos.

La nueva silla de ruedas de Alberto nos supuso un quebradero de cabeza, porque, si bien esta se podía plegar, no cabía en el escaso sitio disponible en los coches. Aunque el día antes había estado sentado en ella lo cierto era que todavía no se encontraba cómodo para utilizarla más a menudo. Pero este insistió mucho en llevarla por cuestión de emergencia. Si, por cualquier circunstancia, tenía que salir del coche y desplazarse no lo podría hacer en su estado y acabaría muerto por inanición en cualquier carretera o camino. La silla le daría, al menos, una opción.

Por eso tuvimos que apañar en el Xsara un hueco lo bastante grande para poder ubicarla, de manera que se pudiera sacar sin problemas. Para ello tuvimos que prescindir del grupo electrógeno

portátil. Alberto nos dijo, al ver nuestra cara de resignación, que en el Levante había muchos campings y que allí podríamos hacernos con otros grupos.

Volvimos a los puestos originales del viaje. Ana y Sara en el *cuatro latas* y nosotros en el Xsara. Alberto estaba algo más amigable, aunque todavía distaba de ser el de antes. Aún así parecía que mi pequeña reprimenda le había hecho comprender que la mejor actitud era la de sobreponerse a los golpes de la vida. Poco a poco esperaba que esto fuese así. Catherine le había puesto un refuerzo de la vacuna del tétanos, al igual que a Sara, que no creía que la tuviese puesta. La belga nos dijo que al llegar a Castelló debíamos pedirle dosis de esta vacuna para volver a ponerse nuevos refuerzos, al menos a Sara. También le había echado un vistazo al muñón de Alberto y opinó que estaba en buen estado y que no estaba infectado. Catherine hubiera sido un gran "fichaje" como garante de nuestra salud.

Lucas estaba algo muy retraído. Supuse que la espada de Damocles que pendía sobre él le impedía ser algo más sociable, pero debía ser duro levantarse cada mañana sin saber si empezaría a notar algún síntoma. Le hablé de lo que me había comentado Catherine y, como supuse, aquello no le ayudó en nada. Habría que esperar para saber si de verdad la *Gripe X* había desaparecido o no.

De vez en cuando veíamos algún perro solitario o pequeños grupos de ellos, pero no como aquel día del ataque. Aunque podían ser peligrosos daba pena verlos, porque ellos se habían tenido que buscar la vida de la misma forma que los pocos humanos que quedábamos. Estaban siendo diezmados por enfermedades como la rabia, sarna y múltiples infecciones o atacados por lobos y osos. Desde luego los perros no fueron los animales ganadores en aquella tragedia. De seguir así, por el número de cánidos que veíamos muertos, terminarían al borde de la extinción. Alberto, mucho más pragmático, dijo que se alegraría por ello ya que no eran más que un peligro para nosotros. Entonces me acordaba de *Zas* y del beneficio que me produjo su compañía.

La llamada Autovía Mudéjar, iba aumentando su densidad de vehículos, aunque por fortuna el carril libre se mantenía bastante bien despejado. La forma en que los militares llevaron a cabo esa tarea nos fue dada a conocer por primera vez aquella tarde en la que vimos dos carros de combate *Leopardo* con las palas, parecidas a las quitanieves, acopladas en la parte delantera. Uno de los carros iba unos metros por delante del segundo y se dedicaba a abrir brecha entre la marea de chatarra. El segundo carro de combate, equipado también con esa clase de pala, repasaba el camino por si había quedado algún vehículo. Una sistemática y contundente forma de habilitar vías de paso. Y al igual que ya había visto tantas veces los ocupantes no siempre tuvieron tiempo de salir de los vehículos. La vida por entonces, al igual que ahora, no valía nada.

Al poco de pasar a la provincia de Castellón nos detuvimos en el pequeño pueblo de Barracas. Entre Lucas y yo nos habíamos ido turnando, ya que la herida del mordisco, aunque no era grave, era todavía dolorosa y me costaba estar mucho rato conduciendo.

—Miguel —me llamó Ana—, ahora, cuando reanudemos el viaje te cambiaré el sitio. Será mejor que vayas con Sara. Es tontería que estéis separados.

—No te voy a decir que no, Ana. Te lo agradezco de veras.

—No hay de qué. Con tanto viaje soy consciente de que no podéis estar juntos salvo en las paradas. Por cierto, ¡feliz Navidad!

—Gracias, igualmente —dije dándome cuenta del día que era.

SEÑOR R

Me alegré de cambiar de coche. Ya no sólo por estar con Sara sino porque había ratos en que estaba muy incómodo yendo con Lucas, siempre callado y Alberto todavía muy a lo suyo. Esperaba que Ana, con su renovado espíritu, gracias a que le atraía la vida de aquella comunidad neo *hippie* de Castelló de Cortés, les insuflara un poco de ánimos a los dos hombres.

En Barracas decidimos montar el campamento. Es decir, escoger una de las casas que no tuviesen *bichos* y ocupar las habitaciones. No montábamos guardia alguna, aunque no era raro escuchar a alguno de nosotros siempre levantado. Yendo al baño, a comer o a beber algo. Si había notado algo en aquella nueva vida era que ya no se podía dormir a pierna suelta. Normalmente, y más estando en trayecto, costaba conciliar el sueño y una vez hecho no era muy continuo. Quizás por el estado de alerta en que nos manteníamos. El caso es que era raro que en cada hora no nos levantásemos alguno con cualquier excusa.

En una de esas salidas nocturnas al baño escuché unos ruidos extraños en la habitación que ocupaba Ana. Antes de fisgar un poco más, y cerciorarme de que no pasaba nada raro, me aseguré de que las puertas de las habitaciones de los demás estuviesen cerradas, no fuera a pasar que alguno de los hombres estuviese manteniendo relaciones con Ana. Algo, por otra parte improbable, porque Lucas estaba todavía muy alicaído de su voluntario cautiverio y Alberto además de que no podía moverse todavía sin la ayuda de varias personas lo tendría muy difícil después de lo que le había hecho a esta. Me acerqué más a la puerta y esta vez escuché como una especie de motor eléctrico. Regresé a mi habitación y desperté a Sara para contárselo, quien se asustó un poco al verme con la *Glock* en la mano.

—No sé qué demonios pasa ahí dentro, pero es algo mecánico. Voy a entrar por si Ana necesita ayuda.

Sara me miró. Para mi sorpresa, empezó a reírse, primero intentando no hacerlo de forma llamativa para pasar a carcajada limpia que tuvo que sofocar en la almohada. Me quedé bastante incómodo porque no sabía qué le había producido esa reacción. Incluso me miré por si se me había olvidado subirme la cremallera del pantalón.

—¿Me puedes decir de que te ríes?

—Qué inocentón eres. Anda, deja esa pistola y métete en la cama.

—¿Sabes de qué se trata?

—Digamos que es un..., *amiguito* que encontró Ana hace un tiempo.

—¿Amiguito? ¿Te refieres a un...?

—Exactamente. Ja, ja, ja.

—¡Qué corte! He estado a punto de abrir la puerta de una patada —aseguré rojo de vergüenza y más aún con las risas y lágrimas de Sara, que no podía dejar de reír. Me sentí como un completo imbécil.

—Tienes que comprenderlo —dijo Sara intentando recomponerse un poco—. Ana es una mujer muy fogosa. Y ahora está pasando hambre. Ja, ja, ja.

—No me extraña que vea con tan buenos ojos lo de la comunidad esa de *hippies* fornicadores —empecé a sonreír.

—Si aquello es como ella piensa me temo que nos vamos a quedar sin su compañía —Sara ya se puso más seria al decir aquello.

SEÑOR R

—¿De verdad se va a quedar simplemente por *trajinar* con alguien?

—No es sólo por eso, aunque es una buena excusa como otra cualquiera. Por si no lo has notado es un poco incómodo para ellos estar juntos. Me refiero a Alberto y ella. Creo que será lo mejor. Aunque también te digo que la perspectiva de que Alberto se quede también no le haría demasiada gracia.

—No sé qué vamos a hacer porque nosotros tampoco nos vamos a ir a vivir con Lucas y Alberto. Eso sí que sería incómodo.

—Ya lo pensaremos. De momento vamos a dormir, que estoy muy cansada y mañana nos espera otra dura jornada —zanjó Sara volviéndose hacia el otro lado, dando por concluida así la conversación.

Aquella noche no pude evitar pensar en Ana disfrutando con su *amiguito*. Desde que lo del perro rabioso no había tenido relaciones con Sara, ni siquiera un beso, por lo que estaba bastante necesitado, por decirlo de alguna manera. Después pensé en cosas más mundanas pasando y, poco a poco, el deseo dejó paso a la modorra que precede al sueño.

Llegar a las cercanías de Castelló de Cortes nos costó más de lo esperado. Como ya intuíamos, las carreteras empezaron a ponerse peor e incluso el famoso carril habilitado empezaba a perderse durante muchos kilómetros, teniendo que ir sorteando los numerosos vehículos que lo invadían o buscando alternativas en las siempre incómodas carreteras locales. Lo que nos hacía dar largos rodeos para avanzar poca distancia. Así conseguimos llegar a Sagunto en... ¡Doce horas!

Decidimos circunvalar la ciudad de Valencia porque no era nuestro destino y seguramente estaría más que colapsada. Al poco tuvimos que volver a internarnos en el interior porque era imposible circular por la autopista de la costa, que nos hubiera dejado en nuestro objetivo en muy poco tiempo.

Castelló de Cortes era una pequeña localidad costera, casi a mitad de camino entre Gandía y Denia. Típico pueblo invadido por urbanizaciones y construcciones hoteleras que atestaban la zona y que se alargaban a todo el ancho de la playa de los límites municipales, quedando prácticamente unidos a otros pueblos colindantes.

Antes fueron un hervidero de vida y ahora no eran más que lugares fantasmas, donde el frecuente viento de levante había arrastrado ingentes cantidades de arena al interior, empezando a acumularse y a borrar de forma primaria las huellas del paso de los hombres por aquel lugar.

Entre el grupo había una cierta preocupación por lo que nos íbamos a encontrar. Si bien era cierto que Catherine nos previno de que no eran gente peligrosa, sino todo lo contrario, no podíamos olvidar la de disgustos que habíamos tenido con otros supervivientes.

—Tenemos que ir bien armados —recomendó Alberto en una pausa antes de entrar en el pueblo —. Con pistolas y fusiles de asalto. Aunque para no parecer demasiado marcial, es mejor que estos los llevemos de alguna manera menos provocativa, quizás a la espalda.

—¿Menos provocativa? —se sorprendió Ana—. El mero hecho de portar un fusil de asalto, aunque sea a la espalda, es intimidatorio. Yo creo que es mejor que no llevemos arma alguna.

—Eso es un poco temerario —opiné, pensando en mi pasado turbulento con los descontrolados —. Ir desarmado no es una buena opción.

—Por supuesto que no —me secundó Alberto de inmediato.

SEÑOR R

—¿No sería mejor pasar de los fusiles e ir sólo con las pistolas? —recomendó Lucas mediando en la conversación—. Las pistolas enfundadas no deberían ser muy amenazantes. Supongo que comprenderán que unos supervivientes que lleguen del exterior estén armados. Incluso, si queréis, se pueden llevar por debajo de la ropa.

—Eso es más factible —asintió Ana—, aunque es mejor que alguno de nosotros no vayamos armados. Eso les daría más confianza.

—Como queráis, pero yo llevaré mi pistola —concluyó Alberto.

—Yo también —añadí.

Sara dijo que en su pequeña mochila llevaría escondida la suya, por si acaso. Lucas y Ana no quisieron portar ningún arma, por lo que al final nos íbamos a quedar un poco justos de armamento. Aunque en el fondo no creí que fuésemos a encontrar problemas.

A pesar de estar a finales de año la bonanza del clima era excepcional. Después de un verano caluroso y un otoño húmedo, al menos en el norte, parecía que seguía el buen tiempo instalado en aquella parte del país. No hacía tiempo para bañarse pero se podía estar con un jersey o una chaqueta sin ningún problema. Suponíamos que aquel clima tan benigno había sido un buen acicate para elegir aquella zona para instalar una comunidad de supervivientes. Los climas más fríos obligaban a disponer de una chimenea o una calefacción de gas como nos pasó en Llanes. Por lo tanto no era mala opción migrar como las aves y pasar, al menos las temporadas frías, en climas más cálidos.

—¡Este tiempo me da la vida! —exclamó Ana satisfecha—. Espero poder remojarme por lo menos los pies.

—Lo primero que hay que hacer es conseguir la vacuna antirrábica para Miguel —recordó Sara mirando a su amiga de forma circunspecta.

—Claro, pero una cosa no quita la otra —dijo Ana sonriendo.

Yo estaba un poco ansioso por vacunarme cuanto antes. No es que notase algún síntoma de la rabia, lo cual hubiese sido desastroso porque eso hubiese supuesto mi condena de muerte. Pero por eso mismo, cuando ya parecía que podía encontrar un remedio, estaba algo impaciente. También se juntó el desconocimiento de lo que nos esperaba y esa lejana, aunque no olvidada, sensación de necesitar la oxicodona. Ya En ese momento me di cuenta de lo que iba a suponer convivir con ello.

—¿Qué pensáis vosotros de cuál es la mejor manera de hacernos notar para que ellos vengan a nosotros y así favorecer un encuentro positivo? —pregunté tratando de desterrar de mi mente aquellos fantasmas.

—Creo que lo mejor es que nos acerquemos a la playa —sugirió Sara—, y quedarnos allí unas horas. Supongo que alguno de ellos se acercará por allí, a lo largo del día, a pasear o incluso a mojarse los pies.

Todos estuvimos de acuerdo y en seguida volvimos a los coches. Se notaba que había una cierta inquietud en todos nosotros. Nos dirigimos al centro del pueblo, por si veíamos algo por allí, pero aquello estaba bastante colapsado de vehículos, con un deterioro más que evidente a consecuencia de la climatología. Aquella zona debió sufrir los típicos episodios de gota fría tras el verano. Había mucho barro seco por todas partes, escombros, coches volcados y multitud de cuerpos descompuestos, tanto de animales como de humanos. En muchos garajes vimos pequeñas lagunas

producto de aquellas torrenciales lluvias y que, al no ser bombeadas, habían quedado como lugares insalubres debido al agua estancada. Por eso toda la zona apestaba, no como si fuese una ZCC, pero no era nada agradable. Optamos por salir al paseo marítimo e intentar acceder desde allí a la playa.

El enorme paseo marítimo también tenía las cicatrices de haber pasado por un abandono total. Mucha arena, palmeras caídas, coches empotrados en las balaustradas, cuerpos... Nada nuevo bajo el sol, por otra parte. La playa era enorme y con muchos restos varados de todo tipo. Distaba de ser un paraíso pero supusimos que la mayoría de las playas del mundo tendrían aquel aspecto. Ahora eran una especie de vertedero de todo lo que llegaba del mar y de lo que arrastraban del interior las lluvias torrenciales.

Sacamos algo de comer y dimos cuenta de ello mientras contemplábamos, de manera relajada, el ligero oleaje. Ana se acercó al agua y mojó sus manos con deleite. Estaba claro que a la chica le encantaba la playa.

—No creáis que está muy fría para la época que es —dijo al volver.

—Mójate los pies si quieres —propuse sonriendo—. Nosotros vigilamos.

—Esperaré a ver si encontramos antes a alguien. No quisiera que nos vieran a cada uno por un lado.

Lucas si se separó. Después de tanto tiempo encerrado en un espacio muy limitado veía aquella inmensidad con cierta veneración. Se acercó al agua y, ante nuestra sorpresa, se descalzó y se adentró un poco en el mar para mojarse hasta los tobillos.

—¡Ese sí que es un valiente! —exclamó Ana.

—Compréndelo, el pobre tiene que estar alucinando todavía, viendo cómo ha quedado el mundo —dijo Sara con gesto grave—. Yo estuve unos meses encerrada en un bloque de viviendas y la verdad es que cuesta hacerse a la visión tan desoladora que hay ahora. Da como vértigo.

—Lucas lo está llevando mejor de lo que esperaba —afirmé.

—Eso es porque vive cada día como si fuese el último —susurró Alberto—. A veces, cuando vamos en el coche, le observo como mira todo a través de la ventanilla. No quiere perderse nada. Y lo comprendo porque cada día que pasa es posible que sea el último.

Nos quedamos en silencio observando cómo Lucas remojaba sus pies en el mar.

Pronto empezó a anochecer y dudábamos si buscar algún sitio donde pasar la noche. En el propio pueblo o en los alrededores, ya que el estado de las casas cercanas era bastante deficiente. La buena temperatura no nos apremiaba en la decisión.

—Hacia el interior hay decenas de urbanizaciones que seguro estarán en mejor estado que las de primera línea de playa —supuso Alberto.

—Vamos hacia allá y mañana bien temprano volvemos aquí, a ver si tenemos más suerte —sugerí algo desanimado por no haber podido dar con ninguno de los habitantes de la comunidad de Castelló. Otro día más sin vacuna.

No hubo problemas en encontrar un lugar donde pasar la noche. Había tantas posibles casas que nos metimos en la primera que encontramos. Allí cenamos en silencio. Ninguno tenía muchas ganas de hablar. La decepción por no haber encontrado a nadie era bastante palpable.

—Es posible que mañana tengamos suerte —previno Ana sin excesivo convencimiento—. Lo mismo si hace buen día esa gente sale a la playa.

SEÑOR R

—Podemos hacer algún tipo de señal para que nos vean o nos oigan —propuso Sara.

—¿Cómo cual? —pregunté.

—Podemos ir por el paseo marítimo haciendo sonar los claxon de los coches o encender una fogata en la playa, quemando neumáticos para que salga humo negro. No sé, cosas así.

—Lo de los neumáticos es buena idea, el humo se verá a kilómetros —asintió Alberto—. Muy bien pensado, Sara.

—Gracias —esta sonrió complacida.

—Mañana intentaremos hacer eso, a ver si hay suerte —dije somnoliento—. Ahora me vais a perdonar pero me voy a dormir porque tengo mucho sueño.

—¿Estás muy cansado? —preguntó Sara algo alarmada. Uno de los síntomas de la rabia era el decaimiento general.

—Supongo que los nervios por la espera y los viajes en coche me han pasado factura.

—Que duermas bien, amigo —deseó Alberto en tono conciliador dando por cerrada aquella etapa autodestructiva.

Según subía por la escalera pude escuchar a este cómo le decía a Sara que no se preocupase, que todo se acabaría arreglando.

Cuando al cabo de un par de horas Sara entró en la habitación, y se recostó a mi lado en la cama, no pudo evitar ponerse a llorar abrazada a mí.

—Miguel, cúrate por favor, no me dejes sola en este mundo.

No dije nada. Ni yo mismo confiaba en poder cumplir aquello.

***

Tal y como había sugerido Sara, hicimos una pira con neumáticos, que fuimos recopilando de la zona centro del pueblo, donde había un taller que nos proporcionó la mayoría de ellos.

El fuego alcanzó unas buenas dimensiones. Demasiado enorme, quizás. Alberto bromeó comentando que si había algún superviviente en las Islas Baleares nos vería desde allí. Fue tal la magnitud del fuego, y por ende de su humo, que tuvimos que alejarnos bastante para no acabar abrasados o ahumados.

—Creo que nos hemos pasado —juzgó Sara al ver como una espesa y enorme columna de humo se elevaba al cielo.

—Si hay alguien por la zona seguro que ya sabe que hay alguien por aquí —dije mirando hacia lo alto, contemplando fascinado el humo negro que surcaba el cielo despejado de nubes y se iba disipando muy lentamente.

—Parece que ha surgido efecto —avisó Lucas señalando hacia la parte norte de la playa.

A lo lejos se divisaba la todavía difusa figura de alguien andando por la arena de la playa. Venía justo hacia nosotros.

—Ya está —concluyó Alberto—. Ahora veremos si hicimos bien en dejar los fusiles de asalto en los coches.

—No seas tan negativo —le recriminó Ana. No había duda de que entre los dos había una cierta fricción.

—Es un hombre —aseguró Sara poniendo las dos manos en la frente.

Como por un resorte mi mano se fue a la funda de la pistola. Con discreción, Alberto me lo hizo notar y me crucé entonces de brazos.

Era un hombre. Un tipo alto, quizás algo delgado para su altura, de pelo rubio oscuro que llevaba algo largo y barba de dos días, también rubia. Vestía unos vaqueros raídos y una camisa de cuadros abierta que dejaba ver una camiseta de promoción. Su aspecto, en general, era del típico surfero californiano. Iba desarmado.

Cuando estaba a apenas diez metros levantó la mano derecha en señal de saludo. Sonrió y dijo algo. La brisa soplaba en su dirección y no le pudimos oír bien.

—Hola, amigos —saludó en voz alta, mientras nos miraba a todos de forma curiosa. No tenía ningún miedo de nosotros. Quizás la silla de ruedas, en la que estaba Alberto y la compañía de dos mujeres hacía que no infundiésemos ninguna sensación de peligro.

Di un paso y le tendí la mano. El hombre me devolvió el saludo con mano firme sin dejar de sonreír enseñando unos inmaculados dientes blancos. Pensé en que si tenían dentista nos vendría bien que nos hicieran una revisión. Por la mirada de Ana supe que para las mujeres era un tipo muy atractivo.

—¿Estáis de paso o necesitáis ayuda? —indagó con un marcado acento.

—Una mezcla de las dos cosas —respondí sonriendo para no dar mala impresión—. Me llamo Miguel.

—William, pero me podéis llamar Will.

Parecía simpático. Quizás tenía treinta años pero era difícil saberlo por su físico. Uno a uno nos fuimos presentando y a cada uno saludaba con un: "hola, qué tal estás".

—Habéis tenido una buena idea con la fogata. De lo contrario no hubiese venido nadie por esta parte de la playa. No nos gusta porque está muy sucia. ¿Qué os ha hecho pensar que había alguien en el pueblo?

—Hace poco dimos con Catherine, una belga que nos recomendó este lugar por si queríamos unirnos o pedir ayuda —expliqué mirando fijamente a los ojos azules de Will, quien no dejaba de sonreír. Parecía como si estuviera *colocado*.

—¡Ah, Catherine! —exclamó al reconocer el nombre—. ¡Qué gran mujer! ¿Qué problema tenéis?

—Veras, hace poco nos atacó una jauría de perros, la mayoría estaban rabiosos. Uno de ellos me mordió y me es muy urgente ponerme la vacuna antirrábica cuanto antes. Catherine nos comentó que vosotros teníais acceso a esa clase de medicamentos. Por eso os pido que, por favor, me ayudéis.

Will escuchó también el relato, muy por encima, de nuestras últimas vicisitudes y se mostró sorprendido de que procediésemos de otra comunidad y que nos topásemos con supervivientes depravados y asesinos.

—No sé si disponemos de esa vacuna —dudó Will—, pero eso lo lleva Josep, así que deberéis hablar con él. Si la tenemos no te preocupes que te la administrará con mucho gusto.

Se lo agradecí y acto seguido nos pidió que le acompañásemos. Nos dijo que no hacía falta que lleváramos los coches ya que, según él, estaba a menos de veinte minutos de allí. Al percatarse de Alberto y su silla cambió de opinión y accedió a ir con nosotros en coche.

SEÑOR R

Will explicó que Josep nos pondría al corriente de todo. Durante el corto trayecto nos comentó que él era inglés y que le había sorprendido la pandemia mientras trabajaba en un bar en Benidorm. Nos explicó que estuvo yendo por la costa hasta que encontró a Laura. Una mujer de unos cuarenta y pocos años, con la cual estuvo recorriendo varias localidades, hasta que en Denia vieron los carteles que Josep había puesto por toda la zona, con la intención de reunir a otros supervivientes. No tardaron en dar con él y otros que ya estaban allí y se integraron en aquella nueva comunidad.

Will nos sugirió que parásemos a la puerta de un hermoso chalé. No habíamos bajado de los coches y un hombre nos salió a recibir. Will le saludó.

Era Josep.

Era un hombre de mediana edad, ya cerca o pasado la cincuentena de años. El sol y la vida en la playa le habían bronceado demasiado la piel, pero se conservaba muy jovial y en buena forma física. Tenía barba blanca y aunque tenía la "frente despejada" llevaba una larga coleta canosa. Parecía el típico turista con bermudas y chanclas. Una camisa hortera de flores adornaba el conjunto. Aquello no le hacía tener pinta de ser peligroso.

—Hacía tiempo que no veíamos a otros supervivientes —dijo saludándonos uno a uno, con un abrazo a los hombres y un par de besos en las mejillas a las chicas—. ¡Cuánto me alegro! Pasad a mi casa y hablaremos más cómodamente.

La casa era enorme y estaba muy bien cuidada. Se notaba que a Josep le gustaba crear espacios cómodos en ella porque estaba llena de detalles y rincones para sentarse y hablar. Todo muy *chill out*.

De nuevo, le comentamos un poco sobre nuestros avatares en los últimos meses. Sobre todo, la urgente necesidad de empezar el tratamiento contra la rabia.

—No te preocupes, Miguel —intentó tranquilizarme Josep—. Guardo todos los medicamentos en la despensa, que es el sitio más fresco de la casa. Así no se estropean por el calor. Creo que tengo eso que buscas, aunque tengo que mirarlo bien. Nunca lo habíamos necesitado. Si me perdonáis ahora mismo vuelvo. Si es urgente no hay que perder más tiempo.

Se levantó y nos dejó solos con Will. Este había estado mirando todo el rato tanto a las chicas como a los hombres.

—Si hubieseis venido sólo hace unos días podíais haber venido a la fiesta de Navidad que hicimos. ¡Fue genial! —rememoró el inglés—. Ahora estamos preparando la de Nochevieja.

Antes de preguntarle sobre aquello apareció Josep con un par de cajas pequeñas.

—Has tenido suerte. Tengo vacunas suficientes para tu tratamiento.

Sara no pudo reprimir su alegría y dio un sonoro grito de entusiasmo. Mi cara reflejó el alivio que aquello representaba.

—Catherine me dijo que tenía que administrarme una cuanto antes y otras cuatro dosis en días establecidos posteriores —dije—. La siguiente sería dentro de tres días y así hasta la última inyección que hay que poner en treinta días.

—¡Empecemos ahora! —exclamó Josep, muy animado—. Si quieres te la administro yo. Soy el encargado del botiquín y ya he puesto varias inyecciones.

Accedí y Josep procedió a inyectarme una primera dosis.

—Es posible que te de fiebre o vómitos —avisó sonriendo—. Ya sabes, todos los prospectos

dicen lo mismo. Will, por favor, ¿serías tan amable de avisar a todos los demás para hacer una reunión esta noche? Tenemos que presentaros al resto de nuestra familia.

Josep llamaba a su comunidad "familia" porque así se sentían todos. La forma de avisar al resto de miembros, cada uno con su casa situada en distintos puntos de varias urbanizaciones cercanas, era curiosa. Al parecer, en la playa de aquella zona había un edificio alto que había sido un hotel. Era el único de esa altura porque se libró de la ordenanza municipal que prohibió la construcción de edificios de más de cuatro plantas. Supuse que un sobre por aquí y otro por allá hizo posible que aquella horrenda edificación prosperase. Al menos les servía a los supervivientes para algo. En lo alto había un mástil donde se izaban varias banderas de colores y según la colocación y número de estas significaba algún mensaje ya establecido de antemano que todos los supervivientes conocían. Como el edificio se divisaba desde cualquier punto de Castelló no había problemas en que lo viesen todos si se hacía con tiempo y por el día.

Josep nos invitó a quedarnos a comer y esperar hasta la reunión de la noche. Mientras tanto nos habló un poco por encima de lo que era aquella familia y su funcionamiento. A grandes rasgos no difería mucho de lo que Catherine nos había contado.

» Somos cuatro hombres y cinco mujeres. Yo fui el primero en instalarme aquí. Antes vivía en Denia, pero cuando pasó la *Gripe X* perdí a mi familia y decidí instalarme cerca, porque siempre me ha gustado esta zona. Will es inglés, un buen chico que trabajaba en Benidorm en un pub para *guiris* de su país. También tenemos otra chica extranjera, Thea, que es noruega y que vivía en L'Alfàs del Pi, una población alicantina con una enorme colonia de noruegos. La pobre chica lo pasó mal durante la pandemia pero pudo esconderse y sobrevivir a la barbarie. Fue de las primeras en aparecer por aquí. Veamos, luego está Laura, que llegó con Will. Una gran mujer con un enorme corazón, ya lo veréis. Era de Valencia. El benjamín del grupo es Luna, una sevillana de diecinueve años, si mi memoria no me falla. Es simpatiquísima, aunque al principio os pueda parecer un poco tímida. Pero eso cambia cuando se la conoce, ya os lo digo. Luego tenemos a Ángel, un chico muy majo, muy sociable. ¿Sabéis que hace un par de años fue míster de alguna comunidad autónoma que tampoco logro recordar? ¡Imaginaos que brazos tiene! Más mujeres: Catalina que es la primera persona que me encontré tras instalarme aquí. Es un poco mandona pero cuando se la conoces veréis que es una tía de puta madre. Auténtica. Mª Ángeles, ¿qué os puedo contar de ella? Pues que es otra mujer excelente. Contad con ella para lo que queráis. Y por último está José Antonio, que es un poco serio pero buena persona. En fin, esta es nuestra pequeña gran familia.

» Me habéis dicho que Catherine os comentó algunas particularidades de nuestra vida. Veréis, desde un primer momento tuvimos claro que no queríamos vivir con obligaciones ni jefes. Como habéis podido comprobar la vida es muy corta e imprevisible como para perder el tiempo en cosas superfluas como las responsabilidades grupales. Aquí cada uno se busca la vida. No hay problemas para abastecerse si uno busca bien. En el interior hay miles de huertas y árboles frutales que aprovechamos para encontrar alimentos. Los hay que cazan, aunque en esto hay algunos que no compartimos esto, como yo por ejemplo, que soy vegetariano, pero lo respetamos. También se puede pescar y, en definitiva, es fácil mantenerse. No os creáis que somos egoístas, siempre que alguno tenga un problema se le ayuda, sin más. Como tú acabas de comprobar, Miguel, no tenemos reparos en hacerlo incluso con desconocidos.

SEÑOR R

» Tenemos pocas reglas pero son indispensables de cumplir si queréis formar parte de nuestra familia. También los llamo así, mi familia, pero no os asustéis que no es ningún homenaje a Charles Manson. También os digo que si alguna vez alguien se quiere ir o volver de nuevo, no hay problema alguno. Aquí no retenemos a nadie porque entre otras cosas no toleramos la violencia. Otra de nuestras máximas es que los convencionalismos anteriores ya no nos valen en este nuevo mundo. Eso de atarnos a una pareja nos parece egoísta, porque es como poner puertas al campo. Es limitar el amor y el deseo que, por otra parte, solo generarían problemas a la larga. ¿Qué quiere decir esto? Este quizás es el punto que más os puede chocar, pero tened en cuenta que, en una comunidad de miembros tan pequeña, habría muchos problemas de convivencia si cada uno de nosotros escogiese a alguien como pareja formal. Por eso es obligatorio que todos vivamos por separado y que entre todos mantengamos una actitud libre ante la vida y las relaciones. El sexo no es tabú para nosotros y lo vemos como algo natural, que no debemos ni queremos avergonzarnos. Podéis llamarlo amor libre, si queréis. ¿Por qué tenemos que conformarnos con amar a una persona si podemos hacer feliz a otras? ¿Por qué limitarnos a dar nuestro amor? ¿No es más bonito y divertido también, compartir ese amor? Eso es lo que hacemos aquí. Si pasáis un tiempo con nosotros veréis que ninguno de nosotros tiene ningún reparo en este aspecto.

Josep nos contó algunas otras cosas de la vida en común. A pesar de que cada uno vivía en solitario había frecuentes reuniones o fiestas entre todos. Eso fomentaba los vínculos entre todos y daba la posibilidad de hablar de los problemas y demás cosas de la vida en común. Nos dijo también que nunca habían tenido problemas entre ellos y que si había algún punto en el que alguien no estaba de acuerdo se hablaba y entre todos se buscaba una solución. Pero nada de votaciones o cosas parecidas.

—Parece que os va muy bien así —dijo Ana pensando que aquella era la forma en la que siempre le habría gustado vivir.

—Para nosotros es el tipo de sociedad perfecta, o al menos lo más cercana a la perfección —repuso Josep con orgullo.

—Entonces, y perdona la franqueza —intervino Alberto—, lo único que os une de verdad es el sexo.

—El sexo es una de las cosas que nos unen, pero no la única. Aunque cada cual se mantiene, y vive como quiere, ya he dicho que entre todos nos ayudamos en lo que sea. Sin ir más lejos ayudamos a instalarse a los recién llegados. Hace cuatro meses vino Luna desde Sevilla, quien ha sido la última persona en aparecer hasta que llegó Catherine. Entre todos le ayudamos a limpiar, amueblar y preparar su casa. También le ayudamos a saber cómo procurarse alimentos y cualquier otra cosa que necesitó o no sabía hacer.

—¿No sería mejor que entre todos buscaseis comida para todos? —inquirió Alberto, para el cual aquella forma de comunidad chocaba con sus ideas—. Os sería, digamos, más productivo. Incluso os ahorraríais trabajo y ganaríais más tiempo para vosotros.

—Para nosotros centralizar, por ejemplo, la búsqueda de alimentos, supondría que al final habría que elegir un jefe o jefa y obligar a la gente a adoptar unos horarios o tareas —explicó Josep —. Es posible que fuese más fácil o más productivo, pero con nuestro sistema cada cual busca lo que quiere y cuando quiere. En una sociedad sin obligaciones no podemos imponer nada. Así

evitamos la mayoría de las fricciones habituales que produce una sociedad jerarquizada.

—Josep, tienes que saber que Sara y yo somos pareja —dije sacando el tema aunque no tenía ninguna intención de quedarme allí para siempre—. ¿Qué supondría eso para vosotros?

—Qué lástima —respondió Josep, mirando a Sara con cierta decepción—. En fin, sintiéndolo mucho os tendría que decir que no podríais permanecer aquí de forma indefinida. No porque os miremos como apestados, ni mucho menos. Es una opción que habéis elegido de vivir tan respetable como la nuestra. Pero, por el futuro de nuestra forma de vida, no puede haber individuos con pareja estable y los demás sin ella. A la larga traería problemas como ya os he dicho. Os podéis quedar un tiempo, si lo deseáis, pero no de forma continua. Quién sabe, lo mismo probáis a vivir nuestra forma de entender la vida y os gusta. En ese caso podríais integraros plenamente si aceptáis este estilo de vida.

—Te lo agradezco, Josep —dije—, pero en cuanto termine el tratamiento nos iremos.

—¿Vosotros también os iréis? —preguntó Josep a los demás.

—Yo me quedo —anunció Ana ante la mirada complacida de Josep. Era algo que los demás ya intuíamos, por lo que no nos sorprendió.

—Yo no lo he pensado todavía. Pero este lugar me vendría bien para relajarme —dijo Lucas algo distante. Quizás intuía que su tiempo era limitado y que prefería pasarlo en un lugar agradable como aquel.

—Tomate el tiempo que quieras. Tampoco tenemos un plazo de admisión —dijo Josep sonriendo.

—No creo que me adaptase a vivir así —concluyó Alberto—. Aunque todavía no sé que voy a hacer.

—¿Y qué dice la señorita? —preguntó Josep a Sara—. Hemos oído la opinión de Miguel, pero no la tuya. Para nosotros cada persona toma sus propias decisiones.

—Claro que la tiene Josep, lo que pasa es que entre nosotros ya lo habíamos hablado antes —dije un poco molesto porque este creyera que yo hablaba por los dos de manera unilateral.

—Perdona si te he molestado. Entonces no digo nada —se excusó.

—Para que quede claro, yo soy de la misma opinión que Miguel —afirmó Sara de manera algo tímida—. No me veo viviendo como vosotros, lo siento.

—No te preocupes, querida —dijo Josep—. Si tus ideas son esas no tienes que excusarte por tenerlas. Otra cosa. Veo que varios de vosotros portáis armas. Aquí no nos hacen falta. Nunca las hemos necesitado, aunque José Antonio y Ángel tienen escopetas que sólo utilizan para cazar. Y aquellos jamás sacan las armas sino es para aquel cometido. Por lo tanto, si alguno va a querer vivir aquí va a tener que prescindir de las armas de fuego salvo una escopeta de caza como mucho.

—Ahí fuera las armas de fuego nos libraron de muchos peligros —dijo Alberto.

—Es posible. Aquí jamás tendrás que utilizarlas —aseguró Josep.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunté—. Es posible que algún día venga un superviviente, o varios, que no sean tan buenas personas. Te aseguro que ya hemos tenido muchas experiencias desagradables con tipejos así y si no hubiese sido por las armas nos hubieran matado.

—No puedo estar seguro, por supuesto. Supongo que lo solucionaríamos de alguna forma. Pero no podemos vivir con el miedo a encontrarnos con alguien así. El riesgo que supone la tenencia de

armas no compensa esa hipotética seguridad.

Alberto no comprendía esa postura y se negaba a dejar de hablar del asunto.

—Tampoco se puede vivir sin tener precauciones de seguridad. Si no lleváis armas como protección es porque no las habéis necesitado y creo que tenéis un poco idealizado este mundo como si fuese un lugar inofensivo. Pero el día que aparezca por aquí algún sujeto peligroso vais a lamentar no haberlo previsto.

Josep parecía un poco molesto con nuestra insistencia en el uso de las armas como medida de seguridad y no quiso hablar más del tema. Nos dijo que, si alguno de los miembros de la familia tenía un arma escondida en su casa era tema suyo, pero que por encima de eso había que acatar la regla de la no violencia que chocaba frontalmente con la posesión de armas para aquel uso. El tema de las armas fue lo que convenció a Alberto de no quedarse allí. Lo noté en su mirada.

Después de ese momento algo tenso pasamos a hablar de todo un poco. Josep se mostró interesado en nuestras peripecias y se quedó horrorizado al saber cómo Alberto perdió su pierna.

—Si lo deseas te puedo proporcionar unas muletas para que puedas usarlas cuando logres recuperarte. En el hospital de Denia encontré muchas cosas interesantes que nos han venido muy bien. Muchos medicamentos, entre ellos las vacunas antirrábicas que habéis visto y utilizado, y objetos de uso médico como muletas. Tenemos varios pares así que no me importa darte uno.

Josep parecía ser una persona muy desprendida con lo material. Alberto aceptó el ofrecimiento, aunque las muletas eran de las pocas cosas que no eran difíciles de encontrar, aunque no quiso que Josep se llevara una mala impresión de él tras el encontronazo con el tema de las armas.

Así pasamos el resto de la jornada, hasta que a las ocho de la tarde, ya con la oscuridad total, nos invitó a acompañarle para la reunión con los demás. Alberto y yo tuvimos que dejar las pistolas en los coches porque Josep creyó que era lo más conveniente para no asustar a nadie.

El lugar que aquella gente tenía para sus reuniones era el mismo espacio que utilizaban para sus fiestas. Y qué mejor sitio que una antigua discoteca playera. Josep nos contó que aquel lugar era como el templo de la familia. Un lugar que habían logrado dejar decente para sus usos. Al preguntarle si había alguien encargado del mantenimiento del mismo nos comentó que, como en todo lo demás, no había obligaciones para ello. Si se hacía una reunión o fiesta, entre todos recogían al término de la misma, al igual que entre todos preparaban cualquier evento. Como hasta ese momento todos habían colaborado sin problemas no se creyeron en la necesidad de imponer ciertas reglas para su uso, al menos para aquel único centro común.

De hecho la luz eléctrica provenía de un generador portátil que Ángel había encontrado, y había puesto, sin que nadie tuviese que decirle nada y él mismo iba de vez en cuando a llenar con gasóleo el depósito. Si alguna vez no podía hacerlo se lo pedía a José Antonio, pero nunca se exigía. Yo pensé que eso era porque había varias personas con iniciativa ya que si no hubiese sido así, ¿quién hubiera movido un dedo? El sistema *hippie* que tenían era bastante *sui géneris* y hasta ahora no les había ido mal porque priorizaba el hedonismo más absoluto a otra clase de necesidades. Preferían pasar algo de hambre antes que organizarse para encontrar comida. Habían decidido afrontar la dura vida de aquel nuevo mundo con la búsqueda del placer y la comodidad. Al menos no habían optado por la violencia como parecía que había hecho la mayoría de los supervivientes errantes.

En la puerta de la discoteca, y como si fuera un portero, estaba Will. Sonrió al vernos y nos dijo

SEÑOR R

que dentro estaban casi todos.

—He salido a fumar un poco. Dentro de la sala no se puede porque hay gente a la que le molesta y eso hay que respetarlo.

"Claro, faltaría más", pensé mientras observaba el porro de marihuana que tenía entre los dedos.

Afortunadamente para Alberto el acceso era bueno, ya que había rampa. El lugar estaba bastante oscuro, a pesar de que estaba funcionando el generador y había un par de luces encendidas. Josep nos explicó que, para no maltratar al generador, sólo se encendían las luces imprescindibles. Sólo cuando había alguna celebración procuraban tener más iluminación.

En la parte central había una gran mesa, que supuse sería algo provisional para cuando necesitasen hablar. Alrededor de ella estaban todos los miembros de la comunidad, excepto una persona, según conté.

Estaba algo nervioso ante la visión de tantos supervivientes desconocidos, que encima nos miraban con curiosidad. Parecía que nos íbamos a presentar a un casting porque nos quedamos de pie, frente a la mesa. Hubo unos instantes de silencio hasta que varios integrantes de la familia se levantaron y con gesto amable colocaron algunas sillas en torno a la mesa para que nos pudiésemos sentar. "Todo improvisado sin que nadie lo mandara", pensé con ironía.

Me llamó la atención la exquisita cortesía con la que nos recibieron y el tono desenfadado que tenían al hablar de cualquier tema. El *buen rollo* en su máxima expresión.

Josep nos invitó a que nos fuésemos presentando. Ellos hicieron lo mismo intercalándose entre nosotros. Me pareció un poco de colegio pero era una buena fórmula para romper el hielo.

La persona que más llamaba la atención, y tanto Lucas como Alberto coincidían conmigo, era Thea, la noruega. Era una joven de unos veinticinco años que era bastante impresionante. Decir que era guapa y atractiva era quedarse corto. Cuando uno se imagina a una escandinava siempre tiene en mente ese tópico que arraigó tan bien en la España de los sesenta, la del *landismo* que nos metió a los españoles las películas sobre suecas: rubias, cuerpazos de impresión, desinhibidas y en cierto modo ingenuas. Hacía unos años había tenido la oportunidad de viajar una semana a Suecia y allí pude comprobar que, si bien era cierto que había mujeres que encajaban con el tópico, la mayoría eran normales como en el resto del mundo. Aunque cueste creerlo había suecas feas, gordas, desgarbadas y hasta morenas. Sin embargo, en el caso de Thea parecía el tópico hecho realidad.

Después de aquella hermosa visión decidí "abrir plano" a otros para no parecer demasiado impactado, sobre todo delante de Sara. Catalina era una mujer de unos cuarenta años, muy normal de apariencia y que parecía la versión femenina de Josep en cuanto a mentalidad y vestuario.

José Antonio, el hombre serio que dijo Josep, se mostraba no obstante muy sonriente. En aquel momento hablaba con Sara y esta sonreía. Por primera vez sentí celos. Este parecía el más formal en la vestimenta; parecía que pasaba de la cuarentena.

El otro miembro del grupo que más llamaba la atención, aparte de Thea, era Ángel, el musculoso hombre que estaba justo en frente de mí. Con su sonrisa perfecta no hablaba demasiado pero se mostraba muy cortés. A la derecha de Alberto había una mujer madura de aspecto poco agraciado. Era Mª Ángeles. También parecía que había abusado del bronceado aquel verano y conversaba con Luna, la joven de diecinueve años que también era bastante guapa. En cierto modo se parecía físicamente a Sara. De estatura más bien menuda, pelo lacio oscuro y piel muy pálida. Se

mostraba algo retraída aunque nos miraba con curiosidad.

—Falta Laura. Ignoro por qué no ha venido. Supongo que no tardará —dijo Josep poniéndose de pie y hablando de aquella manera tan peculiar. Como pensando cada palabra, pero yendo al grano sin perderse en divagaciones superfluas.

Aunque ya nos habíamos presentado Josep iba hablando y cada vez que comentaba algo de alguno de nosotros repetía nuestro nombre. Supongo que lo hacía para que les quedara clara nuestra identidad a todos los demás.

Hizo un breve, pero muy buen resumen, de lo que nosotros le habíamos contado en su casa. Me di cuenta de cómo varios miembros de la familia torcían el gesto al enterarse de que Sara y yo éramos pareja. Sin saber si lo hacían por el desagrado al pensar que cómo era posible que unos supervivientes siguieran manteniendo esos convencionalismos, que ellos creían retrógrados, o porque se les eliminaba, de sus nuevos posibles amantes, a una chica guapa como Sara o incluso un hombre como yo.

Josep, al igual que hizo en su casa, no quiso zanjar nuestra futura convivencia con un no rotundo y volvió a comentar que podíamos quedarnos una temporada para que viéramos su estilo de vida. Supongo que Josep había confiado en que a Sara se le despertaran las ganas de cambiar al ver a Álex o Will y que a mí me hubiera sucedido lo mismo al contemplar a la espectacular Thea.

Cuando José Antonio tomó la palabra, y pasó a comentarnos algunas particularidades de la vida en esa comunidad, apareció por fin la última integrante del grupo que faltaba por conocer.

Laura era una mujer de unos cuarenta años muy bien llevados. Era muy hermosa. Rivalizando en ese aspecto con la noruega pero en versión española. Era alta, morena con una perfecta cabellera ondulada que caía como una cascada por sus hombros. Su piel, muy blanca, contrastaba con los bronceados lustres de los demás. Destilaba elegancia en cada paso y movimiento. Llevaba una hermosa blusa con varios botones desabrochados que dejaban entrever parte de su hermoso escote. Era la guinda que le faltaba al pastel que era aquel grupo.

Mi lado suspicaz me dijo que aquel retraso había podido ser premeditado. ¿Lo habría hecho a propósito la propia Laura para que nos quedásemos fascinados ante su aparición estelar? ¿O Josep lo había planeado para ponernos otro bombón con que tentarnos? Deseché aquellos pensamientos porque me pareció mal por mi parte juzgar a unas personas que no conocía. Pero la vida me había dado tantos palos que no me fiaba de nadie.

La reunión no se alargó demasiado. Se habló poco de la vida en común, porque en realidad, como cada cual vivía como quería. Sólo nos comentaron que las reuniones y fiestas si eran más o menos frecuentes. Fuera de aquello no solían quedar todos a la vez. Se veían en pequeños grupos o en parejas que iban y venían de un sitio a otro a pasar el día. Aunque vivir juntos estaba prohibido no había ningún problema en quedarse a dormir en casa de alguien, bien porque le apeteciese al anfitrión o porque hubiesen mantenido relaciones íntimas y deseaban pasar juntos esa noche. En realidad pudimos saber que eran muy discretos en sus idas y venidas.

Utilizaban las fiestas y reuniones para hablar entre ellos y sobre todo para procurarse una pareja sexual para ese día. En la reunión que mantuvimos hablaban de sexo sin ningún reparo, como pudimos comprobar e incluso, cuando nos despedíamos para volver cada uno por su lado, varios de los miembros de la familia aprovecharon para marcharse juntos o para quedar al día siguiente para

ir a algún sitio o cenar.

En un momento dado de la noche, cuando Josep nos pidió que viniésemos esa noche a dormir todos a su casa, porque ya era tarde, habló con la joven Luna en un aparte y ella asintió cuando este le preguntó algo. Luego nos dimos cuenta, porque ella también vino con nosotros, de que iba a dormir, o lo que fuese a hacer con Josep. Sara tuvo la misma impresión. Un hombre que pasaba de cincuenta años se veía grotesco al lado de una chica tan joven.

—Con razón le gusta este tipo de vida —le comenté a Sara cuando estábamos a solas en la habitación donde Josep nos acomodó—. En la anterior vida una chica tan joven no se hubiera ido con un tío tan viejo.

—Cómo qué no. Claro que pasaban cosas así —observó ella.

—Pero solían ocurrir porque el viejo tenía dinero y la chica de turno se aprovechaba de ello. Ahora no vale nada de eso.

—A Luna no pareció darle asco ni nada parecido. A lo mejor es verdad que lo del sexo lo llevan con naturalidad. Por mucho que diga Josep lo que está claro es que aquí cada uno va a lo suyo.

—A lo mejor Luna tiene que acceder porque si no la echan de la comunidad. ¿Y qué haría una chica tan joven ahí afuera? —pregunté sin esperar respuesta.

—Yo te repito que por las risas que llevaban los dos, no parecía muy chantajeada. Me parece que a ti lo que te pasa es que estás celoso de que un tipo que se parece a Papá Noel se esté tirando a esas bellezas —concluyó Sara riéndose.

—Esa es otra. ¿No te parecen todos demasiado guapos y atractivos? Me refiero a todos menos Josep, Catalina y Mª Ángeles, claro. Joder, parecen sacados de una serie de televisión.

—¿Estás sugiriendo que este grupo se carga a los feos y gordos que llegan, o han llegado, y que los entierran a las afueras para que abonen los naranjos?

—Está visto que no se puede hablar en serio contigo —dije mosqueado por la frivolidad que mostraba Sara.

—Miguel, mírame anda —pidió moviéndome la cara hacia sí—. No busques cosas raras donde no las hay. Simplemente tu idea de sociedad no encaja para nada en los cánones que tiene esta gente. Tú tienes una idea más formal. De otra época, nada más. Y al igual que a Alberto te choca mucho todo esto. No estás a gusto y te niegas a aceptar que haya gente que ha decidido llevar su vida de otra manera.

—¿Tú lo ves normal? Quiero decir, ¿a ti te gustaría vivir así?

—Yo no digo eso. Claro que no me gustaría vivir así, pero no por ello voy a prejuzgarlos y sacar conclusiones conspiratorias o paranoicas. Sé que por tus recientes experiencias has optado por ser muy cauto ante los nuevos supervivientes que encontramos, pero no puedes aferrarte a eso hasta parecer un Torquemada. Si de verdad te sientes tan incómodo mañana mismo nos vamos los dos. Le pedimos el resto de vacunas que te quedan por inyectar y a otra cosa.

Miré a Sara y me di cuenta de que tenía razón. Estaba sacando las cosas de quicio y no podía ponerme a juzgar a toda una comunidad por mis prejuicios.

—Nos quedaremos aquí, al menos un mes hasta que termine el tratamiento. También necesitamos descansar un poco y aquí hay buena temperatura. Nos ayudará a recargar las pilas. Eso sí, mañana mismo nos buscamos un lugar para nosotros solos. Que Alberto y los demás se busquen

la vida.

—Anda, ven a dormir, cascarrabias.

—Si, lo de *rabias* es muy apropiado.

Sara cayó en la cuenta y se rió con ganas. Era una pena que todavía no pudiese besarla, porque en aquel momento la hubiera amado con pasión.

Al día siguiente le contamos a Josep lo que pensábamos hacer. Quedarnos hasta la última inyección de la antirrábica, que sería en veintinueve días, y que después nos iríamos, porque no pensábamos cambiar nuestro parecer sobre una hipotética vida en aquella comunidad. Josep lo volvió a lamentar. Aunque de nuevo dijo que teníamos veintinueve días para recapacitar. No se podía negar que no era insistente, pero esa obstinación no me agradaba. Además, de manera un tanto sutil, nos comentó que de momento no podríamos ir a las reuniones, o fiestas que se hicieran a partir de entonces, porque eso estaba reservado a los miembros de "pleno derecho". Aunque eso sí, como al día siguiente iba a ser la Nochevieja tenían pensado realizar una, según sus palabras, "súper fiesta" en la discoteca y que estábamos invitados de manera excepcional. Ese día, decía, era para que todo el mundo disfrutara.

—Un día es un día. Aprovechadlo —dijo guiñándonos un ojo sin saber muy bien lo que quería decir con aquello.

Ana estaba encantada y ya había solicitado a Josep que contase con ella como integrante definitiva en la comunidad. Por lo pronto, y seguramente por eso, recibió en seguida muchas visitas para ayudarle a encontrar y adecentar un lugar donde residir. A Sara y a mí no nos dijeron nada.

Lucas también se mostró favorable a instalarse allí. Supuse que la visión de las hermosas mujeres le había terminado de convencer. No obstante, notamos que sólo Catalina se acercó con la intención de echarle una mano para su búsqueda de casa. Quizás su carácter distraído y ausente no había terminado de calar en los otros.

A Alberto, que aquella misma noche ya le había dicho a Josep que él se iría en cuanto lo hiciésemos Sara y yo, no recibió miramiento alguno por parte de nadie. Aquello me dolió, porque después de toda aquella hospitalidad de la que se había jactado Josep pareció que no era más que por interés.

Le dije a Alberto que nos acompañase a buscar una casa para los tres. No podíamos dejarlo tirado.

La actitud distante que empezaron a tener los miembros de la familia con Alberto no era igual que con Sara y conmigo. Los tres nos íbamos a ir y sin embargo era a él a quien ignoraban, no de forma descortés pero se notaba como no le hacían caso. ¿Era porque Alberto, además de no ser muy agraciado físicamente, tenía una minusvalía? ¿O era porque tenían esperanzas de que Sara y yo, o alguno de los dos, nos quedáramos finalmente con ellos?

Por lo pronto encontramos una urbanización a las afueras de Castelló, quizás algo alejado de la zona donde todos tenían sus domicilios, pero así nos sentíamos mejor. Al menos Alberto y yo porque a Sara le daba igual.

Como nuestra intención no era establecernos de manera definitiva sólo adecentamos dos habitaciones y el amplio salón. Aprovechando que parecía que se había instalado un caluroso anticiclón, aquella mañana Sara se había ido a la playa a dar un paseo con Ana. Alberto no quiso

acompañarme cuando le dije que iba a buscar a Sara.

En aquella parte la playa tenía mucho mejor aspecto que la parte más cercana al centro del pueblo. No había los restos que solía arrojar el mar, por lo que supuse que aquella zona era la que utilizaban los de la familia para bañarse y por eso parecía más limpia y cuidada. Si bien había multitud de algas y en el agua se veía, de vez en cuando, algún objeto flotando la mayor parte del lugar estaba en buen estado. Quizás alguno se dedicaba a limpiarla regularmente recogiendo lo que la mar iba dejando.

A lo lejos vi a Sara que estaba con los pies metidos en el agua hasta la rodilla. Permanecía allí quieta y parecía que estaba hablando. En seguida me di cuenta de que dentro del agua se distinguía una cabeza. Era Ana que se estaba dando un baño, a pesar de que el agua por esas fechas no tenía una temperatura ni mucho menos veraniega.

En cuanto me acerqué lo suficiente pude ver como Sara se empezaba a reír.

—¿Vienes a darte un baño?

—Qué dices. Tiene que estar congelada.

—Anda, date un baño como está haciendo Ana, que ya ves que no tiene frío.

—Quita, quita. No creo que esté el agua para darse un remojón.

—Ana me ha dicho que los de la comunidad se han estado bañando aquí muchas veces y estando el tiempo peor. Yo sólo me he metido hasta las rodillas pero Ana me está convenciendo todo el rato. Si tú te metes me animo yo también.

—Si no hemos traído bañadores.

—¿Y crees que Ana si? Según parece los de la comunidad siempre se bañan desnudos.

—Supongo que eso favorece el roce. Entonces, ¿Ana está ahora en pelotas?

—Eh, si nos bañamos cuidadito con las manos, y no me refiero conmigo —indicó Sara haciéndose la dura.

—Joder, es que es un corte. Yo paso.

Me quité la camisa y me quedé con los pantalones puestos. Me metí en el agua hasta los tobillos. Ana nos hacía señales.

—¡Qué pasa! —vociferó—. ¿No os metéis?

—¡Me da vergüenza bañarme desnudo! —exclamé mientras provocaba la risa de las dos mujeres.

Sara se acercó.

—En el embalse en el que estuvimos viviendo bien que te gustaba.

—Mujer, estábamos solos. Pero ahora...

—Como yo llevo ya dos horas aquí y tengo mucho calor, yo sí que me voy a bañar.

Entre los aplausos de Ana a lo lejos, Sara se quitó la ropa y la dejó a un lado, a resguardo de las olas. Con un fuerte grito de impresión nada más entrar, se echó a nadar en dirección a Ana para intentar entrar en calor.

Por un momento me quedé contemplando la escena. Ambas chicas se reían, nadaban y chapoteaban como si estuvieran en pleno verano. Y se lo estaban pasando muy bien. Tanto que empecé a sentir envidia. Sara observó que las miraba y volvió a animarme a acompañarlas.

"¡Qué demonios! Sólo se vive una vez", me dije en el momento en que me quitaba los

pantalones. Las chicas silbaron como si estuviesen en un partido de fútbol cuando me quité los calzoncillos.

Estaba fría, demasiado para mi gusto. Pero ya no podía volver atrás. ¿Habían pensado las chicas cómo nos íbamos a secar después?

Sara me abrazó en cuanto llegué. Más que nada para que con mi cuerpo le diese un poco de calor.

—Hay que estar locos. ¡Si estás helada! —exclamé sujetando a Sara.

—Al final has picado. Te hemos hecho bañarte —dijo Sara sonriendo mientras le temblaban los labios por el frío.

—Anda, vamos fuera. Ya os vale, ahora somos tres los pringados.

Se volvieron a reír y decidimos salir para que el sol nos secase.

Salimos sin vergüenza de ningún tipo y nos tumbamos. Ana se quedó de pie, mirando el mar, y extendiendo los brazos.

—Esto es vida, chicos.

Ana no era una chica guapa, pero había que reconocer que tenía buena figura. Me llamó la atención el tatuaje que lucía en la espalda. Uno de esos típicos tribales que se pusieron de moda hacía unos años. Sus pechos eran grandes, más de lo que parecían al verla vestida y sus caderas eran un poco anchas. Sin duda tenía su atractivo. Sara debió ver que la estaba observando con demasiado detenimiento.

—El mar es muy grande y hay más sitio a parte de donde está Ana —gruñó medio bromeando medio en serio. No había duda de que era muy celosa.

Ana se dio la vuelta y se rió.

—Sara, no le regañes, que es normal. Después de tanto tiempo ahora vernos así... Es natural.

—Vale, que me voy a poner colorado.

—Además, no te quejarás Miguel del cuerpazo que tiene tu mujer —dijo Ana mirando a Sara, quien se estiró sonriendo como si estuviese presentándose en un concurso de belleza.

—Tengo los pechos un poco pequeños —explicó resignada aunque parecía a gusto con la situación.

—A mí me gustan —añadí—. Con tu estatura y cuerpo no te pegaría tener unas ubres.

—Como las mías —completó Ana. Se notaba que le gustaba que la mirásemos. Quizás la excitaba.

Nos reímos un buen rato y nos quedamos boca arriba, calentándonos con el delicioso sol. Se estaba tan a gusto que no nos dimos cuenta de que, por la izquierda, se acercaban Will y Mª Ángeles. Los dos iban cogidos de la mano, dando un paseo por la playa. Nos habían visto y se acercaron a saludarnos. En ningún momento hicieron gesto alguno de extrañeza por vernos desnudos. Tal y como decía Ana debía ser algo normal entre ellos.

- *Hi* —saludó el inglés—. Me alegro de que estéis disfrutando de este día tan bueno.

Ana no se tapó pero Sara no pudo reprimirse y se sentó de manera que ocultaba su desnudez. A mí, la verdad, es que me daba ya igual aunque estaba deseando que se fueran.

—No queremos interrumpiros —se excusó Mª Ángeles.

—No te preocupes, estábamos secándonos —explicó Ana—. El agua estaba helada.

SEÑOR R

—Oye, Ana. ¿Quieres venir esta noche a mi casa? —preguntó Will con toda la naturalidad del mundo.

Ana se quedó un poco cortada, por lo inesperado de la propuesta.

—Eh, sí, claro..., pero no sé adónde vives.

—Yo te recojo —dijo Mª Ángeles—. Sé donde te has alojado.

—¿Es una especie de fiestecilla? —indagó Ana todavía sorprendida.

Will y Mª Ángeles sonrieron y dijeron que podía considerarse así. Ni a Sara ni a mí nos invitaron. Después de unas palabras corteses continuaron su paseo. Los tres nos quedamos un rato en silencio. Estuvimos hablamos como si aquello no hubiera pasado y al cabo de media hora Ana se excusó diciendo que se iba a comer y que ya nos veríamos.

—Supongo que no hace falta que te diga lo que es esa "fiestecilla" —dije cuando Ana se fue.

—Dímelo porque no sé a qué se refería. Soy un poco pánfila...

—Y luego dices que yo soy el ingenuo. Will se lo va a montar con las dos, el muy listo.

—No creo que a Ana le vaya ese tipo de cosas.

—Cuando estábamos en el instituto de Santander tenía unas ideas muy liberales, así que no te extrañe.

—¿Estás diciendo que era una pervertida? —inquirió Sara algo mosqueada.

—¡Joder, no! Sólo digo que, a lo mejor, no la conoces tan bien como crees en ese aspecto. Y tampoco pasaría nada. Oye, cada uno entiende la sexualidad como quiere. No te pongas a la defensiva, anda.

—Una cosa es que vayan a ir dos mujeres y otra que el inglesito ese se las vaya a tirar a las dos a la vez. A Ana no le van las tías.

—Ya es mayorcita para saber adónde se mete. Si creé que va a ir para jugar a las cartas o a charlar de películas es que le falta un hervor.

—Cuando te pones en ese plan no hay quien te aguante —espetó Sara molesta por mi forma de hablar de su amiga.

—No digo nada. Que no merece la pena discutir por estas cosas. ¿Sabes por qué discutimos tanto últimamente?

Sara me miró sonriendo porque sabía que iba a soltar una gracia. Hizo un teatral suspiro esperando la respuesta.

—Porque no podemos hacer el amor. Eso nos pone en tensión.

—Me temo que habrá que esperar algo más. Por lo menos hasta que te pongan la última inyección.

—¡Vaya, y yo que creía que estando así los dos de desnudos íbamos a hacer algo!

—Ya sabes que no podemos —susurró Sara mientras me abrazaba—. Si para mí también es difícil no poder ni siquiera besarnos. Ya me gustaría poder hacerlo de nuevo. ¡No sabes cuánto!

—Un mes todavía. Esperaremos, que se le va a hacer...

Por lo menos en aquel instante, en aquella playa, con aquellas risas y ese cálido sol acariciando nuestros cuerpos desnudos nos sentimos de nuevo a gusto con el mundo.

¿Cuánto nos duraría?

SEÑOR R

***

No parecía Nochevieja. Acostumbrado a Madrid, donde por aquellas fechas ya hacía bastante frío, en aquel momento, en la playa, disfrutábamos de un tiempo anormalmente bueno. Aunque tampoco sabía hasta que punto porque jamás había estado en invierno por aquella parte del país.

Aunque Josep nos había invitado a la supuesta "súper fiesta", que iban a celebrar esa misma noche, nadie había venido a hablarnos sobre ella o para indicarnos si hacía falta que echáramos una mano. Sara me recordó que éramos invitados y que teníamos que actuar como tales. Es decir, no mover un dedo porque además ellos mismos nos lo habían dejado claro. No éramos miembros de la comunidad y sólo estábamos invitados a esa fiesta como algo excepcional por ser el último día del año.

Alberto, que había vuelto a mostrar indicios de volver a su estado de irritabilidad y ausencia, como antes de salir de Llanes, no quiso saber nada de aquella celebración. Yo insistí en que fuese, porque no le íbamos a dejar solo. Pero supusimos que lo que no quería era encontrarse con Ana, después de saber, por un descuido de Sara la noche anterior al comentarlo, que se había ido con Will y otra mujer a la casa de aquel. Era posible que Alberto estuviese más enamorado de Ana de lo que quería admitir.

Antes de la hora de la comida llegaron Luna y Catalina a nuestra casa. Esta última era una especie de "lugarteniente" de Josep, ya que fue la primera persona que formó parte de aquella curiosa congregación. Era una mujer de unos cuarenta y pocos años, bastante mal llevados. Su piel, excesivamente bronceada, mostraba un envejecimiento prematuro. Sin embargo, Luna era todo lo contrario. Su pálida piel, muy parecida a la de Sara, demostraba que al menos esa chica sabía cuidarse en aquella zona.

Catalina, que llevaba la voz cantante, nos habló sobre la fiesta de aquella noche. Comentó que entre Ángel, José Antonio, Will, Thea y Laura habían preparado todo el *cotarro*, como ella lo llamó. No sé si fue mi impresión pero noté como un cierto tono de altivez o suficiencia al nombrar a las dos mujeres.

—Nosotras y Josep hemos logrado encontrar unas viñas con uvas con el suficiente lustre como para servirnos para esta noche. Hay de sobra —Catalina nos miró de manera muy fija a Sara y a mí. A Alberto sólo le prestó un segundo de atención para pasar a ignorarle durante todo el rato que estuvieron allí.

—¿Hace falta que llevemos algo? —dije mostrando una falsa sonrisa, porque no estaba motivado para ir a la fiesta, aunque no podía rechazarlo porque hubiese sido muy descortés por nuestra parte.

—Claro que no —dijo Catalina de manera tajante—. Como te digo, ya se ha preparado todo lo necesario. Además, no es la primera vez que se hace una fiesta. El local ya cuenta con la bebida necesaria y los juegos.

—¿Los juegos? —preguntó Sara intrigada.

—Si no sería muy aburrido estar bebiendo y bailando toda la noche —dijo Luna animándose a decir algo—. Los juegos es lo mejor de las fiestas, ya veréis como nos reímos.

Aquello me llamó la atención pero no me atreví a indagar más por miedo a que me mirasen

como a un imbécil.

—¿Hay que ir vestido de alguna forma especial, como en las Nocheviejas de antes? —preguntó Sara, esperando que no le dijesen que había que ir vestida de fiesta porque ella no tenía ningún vestido y ya no había tiempo para buscar.

—Nada de trajes de fiesta si te refieres a eso —negó Catalina—. No podemos tener aire acondicionado y hará bastante calor. Lo que solemos hacer es llevar ropa casual y lo más cómoda posible. Al cabo de un par de horas, con las luces y el espacio cerrado, hace mucho calor. Menos mal que el grupo electrógeno aguanta bien, pero no podemos ponerle también el aire acondicionado porque no lo soportaría. Los chicos podéis ir en pantalón corto y con una camisa informal, así estáis muy guapos. Muy *chill out*. Las chicas también lo tenemos fácil. Las que pueden lucir el tipo suelen ir incluso con bañador y un pareo. Pero las demás solemos ir con falda corta y un top. Todo es muy informal, ya os digo.

—Luego ya veréis que todo sobra —añadió Luna, quien se calló al ver como Catalina la miraba fijamente.

—¿Y eso? —indagué—. No me digáis que luego os destapáis.

—No si no quieres —repuso Catalina al ver nuestras miradas de inquietud—. No temáis que no vamos a obligaros a hacer nada.

Hablaron un rato y luego se despidieron, emplazándonos en el local a las once de la noche. Antes de irse les pregunté por Lucas, a quien no había visto desde hacía un par de días.

—Lucas ha estado durmiendo en varias casas hasta que logremos adecentar la suya. Ayer estuvo en la mía —explicó Catalina—. Es un poco callado al principio, pero caramba cuando se anima.

Se rió de una forma un tanto desagradable. No quise saber más de aquello porque me imaginaba que Lucas ya había experimentado la famosa convivencia de aquella familia.

En cuanto salieron por la puerta Alberto empezó a gruñir.

—¡Menuda fiesta va a ser! ¿Qué esperáis con esa panda de libertinos? No hace falta que os diga que esa gente se va a despelotar y a follar entre ellos como conejos.

—Eso no lo sabemos —repliqué—. Creo que, por cierto tono de Catalina cuando hablaba de las otras mujeres, no se llevan tan bien como pintan. No creo que en esas circunstancias se desmadren, al menos no todos. Y si vemos que la cosa empieza a degenerar nosotros nos largamos.

Sara estuvo algo nerviosa durante el resto del día. O porque no sabía qué ponerse o por lo que había dicho Alberto.

—Miguel, no sé qué pasará esta noche. Pero ya sabes que a mí esas cosas de amor libre no me gustan.

—Tranquila, a mí tampoco me va. En cuanto veamos que la situación va por ese lado nos vamos. Decimos adiós y que se queden con sus aficiones. De todos modos no creo que la fiesta vaya por ahí. Como he dicho esta mañana me da a mí que hay algo raro en algunos de ellos.

—¿Ya estás con las conspiraciones? —preguntó Sara sonriendo. Se acercó y me abrazó. A punto estuvimos de besarnos pero la conciencia no nos permitió hacerlo.

—Por cierto, me voy a ver a Josep para que me ponga la segunda dosis, que ya toca —recordé cayendo en la cuenta del tratamiento a seguir—. Tenemos que apuntarlo en alguna parte o se me va a olvidar la siguiente vez.

SEÑOR R

—¿Te importa que no te acompañe? Quiero ver que me voy a poner. Además, ese Josep me mira de una forma que me incomoda bastante.

—¿De qué forma?

—Bueno, no te preocupes, lo mismo son conspiraciones mías. Pero es una mirada algo... sucia.

Algo intranquilo por aquello avisé a Alberto, por si se animaba, pero no quiso saber nada del majadero de Josep, tal y como le llamó. Su carácter agrio había vuelto de nuevo.

Justo cuando estaba en la puerta de la casa de Josep pensé en que, a lo mejor, había alguien con este y podía interrumpirlos. Me quedé un rato inmóvil echándolo mentalmente a suertes. El propio Josep, que venía por el jardín desde la parte de atrás de la casa, me ahorró la decisión. Tenía varias herramientas de jardinería en la mano.

—Hola Miguel. ¿Vienes por la vacuna? Pensaba que no te acordarías. Aunque hubiera ido por vuestra casa más tarde. Por cierto, ¿no os habéis ido un poco lejos? Parece como si os hubiésemos desterrado.

—Es que nos gustó aquella parte porque está cerca del Marjal —dije recordando una zona húmeda que había en las cercanías adonde me había acercado un rato a ver.

—¿Ya habéis ido por allí?

—Sólo a dar un paseo.

—No es un buen lugar. Te lo digo porque cuando nos instalamos aquí, Catalina y yo fuimos un día por aquella zona y nos encontramos con cientos de cadáveres putrefactos en una amplia área. Al parecer lo habían utilizado como fosa común, pero lo único que hicieron con eso fue contaminar aquellas aguas.

—Gracias por decírmelo. Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

—Por cierto, la playa que está en frente de vuestra zona está bastante limpia.

—Nos ha costado mucho dejarla así —dijo con orgullo—. Como es la que más utilizamos solemos limpiarla cuando podemos. Aunque el mar nunca deja de lanzar objetos y cuerpos. No son muchos, pero es un goteo casi constante. Esto nos obliga a dejarlos en otras zonas. Los solemos depositar tierra adentro, en un cerro que hay allí detrás. Luego los quemamos para que no haya infecciones o atraiga a animales. Entra, te administraré la vacuna.

Me senté en el salón y después de que me la inyectase me invitó a una cerveza.

—Es del tiempo, pero supongo que ya sabes que tener algo frío en estos tiempos es un lujo.

—Lo sé. A veces daría mi alma por una cerveza bien fría.

—Esta noche podrás tomarte una. Sobre las nueve irá Ángel a encender el grupo y dejar así que se enfríen las neveras de la discoteca. Hasta podrás tomar una copa con hielo.

—¡Que lujo! —exclamé con verdadera alegría—. Una cosa, Josep...

—Dime.

—El primer día nos dijiste que entre vosotros hablabais sin tabúes sobre el sexo. Por eso te quería preguntar sobre lo que nos vamos a encontrar esta noche. Verás, esta mañana han venido Luna y Catalina a avisarnos sobre la hora de la celebración y comentaron que soléis hacer juegos y hablando de ello llegó a insinuar que un momento dado os quitáis la ropa.

Josep sonrió. Parecía que le divertía ver lo poco liberal que era yo.

—¿Crees que en un momento dado nos vamos a desnudar y a hacer el amor en una orgía

desenfrenada? —preguntó con cierta sorna.

—A mí me ha sonado así.

—Ja, ja, ja. No Miguel, no confundas que somos gente con mente abierta con que somos unos disolutos. Es cierto que, en algunas fiestas, alguno ha acabado en el baño, o en la parte de arriba con otra persona, pero... ¡Antes de la pandemia también pasaba eso en cualquier discoteca! Y también es verdad que, al final de la celebración, si ya ha amanecido, algunos se van a la playa a darse un baño para quitarse la resaca o continuar allí la juerga. Pero tú tranquilo, no va haber orgías ni nada parecido. Manteneros relajados, tanto Sara como tú, porque no os vais a sentir incómodos. Los juegos son para nosotros, pero son muy inocentes.

» Tenemos que hacer cosas como sorteos para hacer parejas u otros juegos para seguir manteniendo la ilusión y el deseo. Como ya habrás visto es muy fácil tener relaciones con cualquiera. Basta con preguntárselo sin rodeos a la persona que quieras y ya está. Así que comprenderás que ya nos tenemos todos un poco vistos y hay que hacer cosas así para divertirnos.

—¿Y si una persona se niega a mantener relaciones? —indagué interesado en saber los límites de aquella comunidad tan extraña—. Y no me refiero a que ese día no le apetezca hacerlo sino negarse siempre a tener sexo con una persona en particular.

—Hasta donde yo sé nunca ha pasado nada parecido. Miguel, tú no puedes comprender nuestra forma de ver el sexo porque veo que le das demasiada trascendencia. Vives en pareja y por lo tanto crees que el sexo es algo íntimo y exclusivo. Pero nosotros no pensamos así. El sexo es como un pasatiempo. Una divertida distracción, pero no lo tenemos idealizado. Si una persona quiere tener sexo con otra, no hay ningún motivo por el que esta se vaya a negar. Ha pasado que a veces uno no tiene ganas o simplemente porque una mujer está en esos días, ya me entiendes, o quiere hacer otra cosa, en ese caso no pasa nada. Al final, otro día, si no hay ningún otro inconveniente, se vuelve a intentar... Pero quiero que sepas que no hay ningún cupo ni obligación.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —indagué algo vacilante.

—Por supuesto.

—¿Has tenido relaciones con todas las mujeres de aquí? ¿Ninguna ha puesto alguna objeción por algún motivo como pueda ser la diferencia de edad? No quiero ofenderte, pero es obvio que choca un poco que puedas estar, por decirte un claro ejemplo, con Luna que es muy joven.

—Luna es mayor de edad, si te refieres a eso. Incluso en la anterior vida sería legal.

—No me refiero a eso. Ya sé que es legal, o al menos lo era. Me refiero a si...

—A si no le doy asco por hacerlo con un viejo como yo —concluyó Josep, que no había perdido la sonrisa y se mostraba dispuesto a hablar de cosas tan privadas.

—No quería decirlo de esa manera. Sino que si Luna no se siente algo cohibida.

—¡Desde luego que no! Volvemos a lo de antes. Tu forma de entender el sexo no tiene nada que ver a la nuestra. Si alguna vez Luna, u otra cualquiera, me hubiese rechazado por mi edad no pasaría nada, pero ya te digo que nunca ha habido ese problema. Si Luna consiente en estar a veces conmigo, como les pasa a las otras, es porque yo les hago sentir bien. Ellas me quieren y yo las quiero. Sabiendo eso las demás cosas, como la edad, no importan. Tú tienes más de treinta años, ¿me equivoco?

—Treinta y cinco —puntualicé sabiendo por donde iba.

—Sara parece muy jovencita. ¿Tiene la edad de Luna? Incluso algo menos, diría yo.

—Es algo más mayor. Tiene veintiséis años.

—No los aparenta en absoluto. A lo que voy es que tiene nueve años menos que tú y seguro que la edad no es algo que os planteé problemas.

—Esa diferencia de edad no se puede comparar con la tuya con Luna. Pero tranquilo, ya me lo has explicado bien y veo que si os va bien así yo no soy nadie para decir otra cosa.

—Es que quiero que sepas, Miguel, que aquí no se fuerza a nadie a hacer algo que no se quiera. Me gustaría que eso lo tuvieras claro porque si no tendrías entonces una idea equivocada de mí. Pensarás que soy un viejo verde y no es así.

—No pienso eso, Josep —mentí, porque en el fondo sí que me parecía eso.

—Me alegro. Y ahora será mejor que nos vayamos adecentando para esta noche.

Me despedí de él hasta la noche y volví a la casa donde les conté a Alberto y a Sara mi conversación con Josep.

—¡Menudo cerdo! —bramó Alberto—. Ese tío se está aprovechando de esta situación para tirarse a todas esas chicas.

—Ya has oído que todas están de acuerdo —apostilló Sara—. Si hay consentimiento no veo el problema. Nos puede dar un poco de repelús imaginarnos a una chica como Luna con alguien que parece su abuelo, pero ya habéis visto que ella es feliz así.

—En fin —concluí cansado de hablar del tema—, será mejor que cenemos algo para tener el estómago lleno, por si bebemos demasiado.

—Yo no voy a probar ni gota —dijo Sara—. Así te vigilo.

Nos despedimos de Alberto con sensación de culpa, por no haber insistido más para que nos acompañara, aunque en el fondo sabíamos que eso no serviría de nada.

Sara iba bastante jovial, con una camiseta de tirantes de color blanco y unos pantalones largos de lino del mismo color. Calzaba unas sencillas chanclas de vestir y en el cuello llevaba un elegante y sencillo colgante. La media melena la llevaba suelta aunque se había recogido el flequillo con una horquilla. Solamente se había pintado los labios con un rojo pálido, pero en realidad no necesitaba maquillaje alguno. Estaba radiante. Llevaba en la mano una chaqueta de lana fina para ponerse durante el trayecto.

—Vas demasiado guapa —dije entre el halago y cierta preocupación, porque era verdad que estaba preciosa. Entre tanta "hiena" que nos esperaba podían olvidarse de que aquella joya no estaba disponible.

Por el contrario, yo iba demasiado informal. Preferí ir preparado para una más que posible sofocante atmósfera con una camiseta de manga corta y pantalones cortos. Unas feas chanclas completaban el conjunto. Sara me riñó porque parecía que iba a la playa.

—Ya verás cómo no soy el único en ir así.

Pero me equivoqué.

No supe si Catalina había exagerado a propósito lo de ir de casual, o todos los demás habían cambiado de opinión, pero cuando llegamos el único que desentonaba era yo. Las mujeres era cierto que iban con ropa sencilla, pero toda ella era elegante, como bien había optado Sara. Los hombres también llevaban cosas sencillas pero iban arreglados. Abundaban las camisas de colores oscuros,

ajustadas y con las mangas vueltas como si de gigolós de discoteca se tratase. Pantalones de lino o telas ligeras, largos e incluso alguno corto... Parecían sacados de un anuncio. Mucha gomina y perfumes caros. Incluso relojes y joyas ostentosas para realzar, aún más, esa apariencia *cool*. Noté cómo alguno me sonrió al pasar, como burlándose de mi guisa de turista de chiringuito. A mí eso me daba igual porque no tenía que impresionar a nadie y aquellos aires de sofisticación que algunos se daban, acrecentaban aún más mis orgullosas maneras de barrio.

—Bonito conjunto —ironizó Catalina mirándome divertida al vernos llegar.

—Al menos me he cortado las uñas de los pies —solté queriendo parecer a propósito todo lo vulgar posible, como venganza por haber sido esta la que nos recomendó ir de aquella forma.

Supe que lo había hecho para intentar que Sara no destacase demasiado y fuese vestida de manera poco elegante, aunque a la vista estaba que no lo había conseguido, tal y como delataban las miradas de algunos hombres e incluso mujeres. Sara recibió varios elogios que, viniendo de ellas no me importaba, pero notaba las punzadas que daban los celos cuando era alguno el que las hacía.

Catalina, después de mi chabacana contestación, se fue a otra parte para no volver a hablarnos en toda la noche.

Lucas se acercó a saludarnos. Tenía mal aspecto y estaba algo alicaído. Al preguntarle por ello nos dijo que era por la falta de costumbre al mundo exterior.

—Esta vida —dijo—, agota a cualquiera.

Pero yo sabía que era otra cosa. Estaba enfermo, aunque no podía saber si era de la *Gripe X*, otra enfermedad o efecto colateral de la *Drextel 2*.

Josep nos recibió con gran amabilidad y admiró a Sara sin tapujos.

—¡Estas fantástica, querida! ¡Eres un verdadero ángel!

Sara estaba algo ruborizada porque odiaba que se fijasen demasiado en ella. Pero la luz del local, de luces ultravioletas, que destacaban los colores blancos como si fueran fosforescentes, no ayudaba a mantenerse en ese ansiado segundo plano. Su vestuario de color blanco era un faro en mitad de la noche. Además, notaba de nuevo ese algo sucio en la mirada de Josep que no la gustaba en absoluto.

—Tenía que haberme puesto algo más oscuro —se quejó Sara—. Cómo se nota que los demás ya se conocen esto.

—Aunque te vistas de negro seguirías destacando —la susurré al oído—. Las cosas bonitas brillan en la oscuridad

—Qué cosas me dices. Si pudiera te daba un beso.

José Antonio, el más serio de la familia, se acercó a nosotros. De momento, la gente no se movía demasiado. Iban a la barra y se ponían unas copas, y de ahí a algún corrillo a hablar. La música, un tanto retro, sonaba algo alta pero no impedía la conversación.

—Chicos, si queréis tomar algo venid y os sirvo —propuso con amabilidad.

—Gracias, José Antonio —dije con ganas porque tenía una sed tremenda. Era verdad que con las luces empezaba a hacer calor. En ese momento me reafirme en mi buena elección en el vestuario aunque pareciera un *guiri*.

—Ahora está el ambiente algo calmado, pero ya veréis cuando la gente empiece a animarse —dijo José Antonio sonriendo y metiéndose dentro de la barra—. ¿Qué va a ser, señores?

SEÑOR R

—Una cerveza, por favor. Me muero por saborear una bien fría.

—Ese es uno de los grandes placeres de la vida que todavía se puede disfrutar hoy. Ahora mismo te la pongo. ¿Y la señorita?

—Lo mismo, gracias.

Miré a Sara cuando José Antonio se dio la vuelta para sacar las cervezas y los vasos. Parecía un profesional.

—¿Una cerveza? —sonreí—. ¿No has dicho que no ibas a beber?

—Sólo una. Yo también tengo ganas de volver a probarla a pesar de que no he bebido mucho en mi vida. Además, hoy es Nochevieja.

José Antonio nos sirvió en unos largos vasos dos *Heineken* frías, aunque no heladas como esperaba. Pensé que tampoco podían exigir demasiado al grupo electrógeno. Mª Ángeles aprovechó que José Antonio seguía detrás de la barra para pedirle una copa.

—Hola chicos —nos saludó—. Estás muy guapa, Sara.

—Gracias —agradeció esta con timidez—. Por cierto, Mª Ángeles, ¿Has visto a Ana?

—No la he visto, lo siento —respondió Mª Ángeles quien, con la excusa de ir al baño, se fue al poco tiempo.

—Que tía más estirada —dije cuando se marchó.

—Que raro que no esté Ana, con lo que le gusta la marcha —dijo Sara dando un trago corto a su cerveza.

—Allí está Will. Quizás sepa algo.

El inglés estaba bailoteando. La espectacular Thea le acompañaba. No tenían ritmo y parecían dos robots, pero fueron los pioneros de la noche en saltar a la pista. No creí oportuno meterme en medio a preguntar así que nos quedamos esperando. Nos sentíamos un poco fuera de lugar porque todos hablaban en corrillos pero ninguno parecía querer acercarse a nosotros. En un momento dado, la otra *miss*, Laura, se acercó con una sonrisa.

—Chicos, que estáis aquí muy solos. ¿Por qué no os acercáis a hablar con nosotros? —sugirió poniendo su brazo alrededor de mi cintura. Noté como Sara la miró incómoda.

Nos acercamos al grupito, formado por la propia Laura, Ángel y Luna. Me di cuenta de que aquel era el grupo de los *guapos*, salvo por la ausencia de Thea y Will. En el otro extremo de la pista estaba Josep conversando alegremente con Lucas, Catalina, Mª Ángeles y José Antonio. Es decir, los menos agraciados físicamente. ¿Sería casualidad?

—Estábamos hablando de lo guapa que estás —elogió Laura mirando a Sara.

Esta bajó la mirada, cansada de que cada dos por tres se lo dijesen. Pero parecía que nadie de allí se percataba de eso.

—Además tienes una belleza muy natural, nada de artificialidades por el abuso del maquillaje —afirmó Luna con su característico acento andaluz.

—Gracias, pero me da un poco vergüenza que me halaguéis tanto.

—Anda, bribón, ¡qué suerte tienes de tener una mujer tan guapa! —exclamó Ángel como si fuese mi amigo de toda la vida. Yo sonreí condescendiente.

—Ya se va animando la cosa. Aunque reconozco que con esta música es difícil. ¿Qué es, de los ochenta? —preguntó Luna con cierta aversión.

SEÑOR R

—Si, y no está mal, lo que pasa es que eres muy joven para apreciarla —apostilló Laura—. Hay que poner un poco de todo porque la media de edad obliga a ello. Cambiando de tema, ¿qué tal lo lleváis con nosotros?

—De momento bien —dije sin saber muy bien qué decir para no molestarles—. Tampoco es que tengamos un contacto muy fluido y haya pasado mucho tiempo, pero nos alegra saber que sois buena gente. No es algo que abunde hoy en día.

—¿Es cierto que os intentaron matar cuando vivíais en el norte? —indagó Ángel como si estuviera hablando con un veterano de guerra.

—Varias veces. Hay muchos supervivientes que parece que este estado de Apocalipsis les saca lo peor que llevan dentro. Supongo que la ausencia de Ley es lo que tiene. Por eso es importante mantener la cabeza fría y ser consecuente con uno mismo. Si uno ha sido buena persona antes hay que seguir siéndolo. Lo más fácil es dejarse llevar por el "lado oscuro".

—Qué bueno, como en *La Guerra de las Galaxias* —se rió Ángel secundado por Luna. Desde luego, parecían muy superficiales si sólo se habían quedado con eso. Laura, al ser más madura demostró tener más sentido común.

—Antes de la pandemia no hacía falta ser buena persona, o tener trabajos normales, para seguir siéndolo ahora —opinó mientras jugueteaba con su copa y clavaba sus preciosos ojos en los míos.

—Claro que no, pero si antes había una predisposición de algunos individuos por, digamos, la vida loca ahora, sin sociedad alguna, están en su salsa y se han dejado llevar. Te aseguro que de todos a los que nos hemos enfrentado, la mayoría, por no decir el cien por cien, eran gente que en su vida anterior habrían fantaseado con ser unos cabrones.

—Por esa regla de tres yo sería también una mala persona —replicó Laura algo más seria—. Porque yo antes era prostituta de lujo en Barcelona y he frecuentado gente y lugares de vida loca como tú dices. ¿Eso me hace ser ahora una depravada o mala persona?

Me corté un poco. La sinceridad de Laura, teñida de cierta brusquedad por sentirse ofendida, me sorprendió. Su antigua ocupación al parecer no era un secreto para los demás. Tanto Ángel como Luna asintieron y me miraron esperando a ver qué decía sobre eso.

—Supongo que serás buena persona, pero no nos conocemos todavía lo suficiente como para asegurarlo —aseveró Sara entrando en batalla. No la gustaban las miradas que me echaba aquella. No había duda de que era una chica muy celosa.

Eso sonaba poco amistoso así que decidí enmendarlo de alguna manera.

—Lo que quiero decir Laura, y no te molestes por lo que he dicho, es que en base a nuestra experiencia, hemos dado con gente desalmada. Todos tenían en común el gusto por la violencia. Naturalmente, incluso en eso que llamo la vida loca, hay niveles y no todos están en el de depravados y psicópatas. Lo que quiero decir es que, si antes una persona era un desequilibrado o tenía fantasías con serlo, seguramente ahora en este mundo acabe por serlo. Pero tú... antiguo oficio no podría meterse dentro de ese grupo, ni mucho menos.

—Menos mal —dijo Laura sonriendo—, creí que ya estaba catalogada. En fin, supongo que nosotros, que nunca nos hemos topado con esa clase de locos, no podemos opinar tanto como vosotros y no te preocupes, ha quedado bien claro lo que querías decir.

El tono de Laura se había vuelto conciliador.

SEÑOR R

—¿Has matado a alguien, Miguel? —inquirió Ángel de sopetón—. Porque eso también te pondría en el lado de los malos.

Sara notó como aquel comentario me había enervado y antes de que yo saltara lo hizo ella.

—Veras, cuando algún día, espero que no, tengas a un puto loco que te encierre en una pocilga, te de una paliza y quiera utilizar un sacacorchos para meterlo en tu culo, entonces ya verás como tendrás que matarlo antes de que lo haga él. Te pido que no nos pongas al mismo nivel con tanta ligereza. La diferencia entre uno que mata parar defenderse y otro que lo hace por placer es muy grande. Tanto que hasta tú serías capaz de discernirla.

Ángel se quedó muy cohibido y hubo un silencio muy incómodo, sólo roto por la disculpa de Ángel, quien acto seguido se marchó con la excusa de ir al baño.

—Tenéis que perdonarlo —dijo Laura rompiendo el tenso momento con su cálida voz—. Durante todo el tiempo que llevamos aquí nunca hemos tenido que soportar las cosas que habéis sufrido vosotros. Aunque os parezca lo contrario Ángel no lo ha dicho con mala intención. Es una persona muy buena e inocente. No es la primera vez que mete la pata por no pensar en lo que dice.

La música bajó a un nivel mínimo y la voz de Josep atronó por toda la sala. Estaba hablando a través del micrófono de la megafonía.

—¡Señoras y señores, queda menos de cinco minutos para las doce de la noche! ¡Haced el favor de acercaros a la barra e ir tomando las uvas de la suerte!

Hubo unos gritos de jolgorio y todos fuimos a recoger las doce uvas que estaban envueltas en papel de aluminio con una cinta de color rojo como si fuera un regalito.

Sara aprovechó para acercarse a Will y preguntarle por la ausencia de Ana. Al cabo de unos instantes de conversación volvió con gesto grave.

—El inglés no sabe nada. Dijo que Ana se encontró ayer algo indispuesta pero que, en principio, nada que la evitase venir a la fiesta.

—Ya podía habérnoslo dicho antes —me extrañé—. Nos hubiésemos acercado a buscarla.

—Cuando terminen las campanadas nos vamos a verla.

—De acuerdo —asentí.

Por indicación de Ángel y Josep fuimos todos al centro de la pista de baile. José Antonio, que estaba en la cabina del DJ dijo por megafonía que iba a poner las campanadas en riguroso directo desde la Puerta del Sol de Madrid, lo que desató unas cuantas risas.

—En realidad —dijo Thea, que estaba a mi lado—, es una grabación de las campanadas de la torre de la iglesia de un pueblo cercano, hasta donde han ido a grabarlas hace un par de semanas.

No hacía falta tan obvia explicación pero la guapa escandinava lo contó tan convencida que no quise ser descortés. Uno no era de piedra y no pude más que sorprenderme ante la espectacular noruega. Para colmo vestía un top rojo con un pronunciado escote que la hacía aun más llamativa. Pensé que aquella gente ya tenía que estar muy acostumbrada a tener relaciones entre ellos porque Thea recibía menos atenciones de los hombres de lo que cabría esperar. En cualquier planeta normal si un hombre veía una chica así estaría toda la noche intentando conquistarla de cualquier manera o al menos suspirando por ella. Pero allí los hombres hablaban y tonteaban sin dedicar más tiempo a unas que a otras. Catalina y Mª Ángeles que eran a priori las menos agraciadas físicamente y que incluso tenían bastante tirantez en su carácter, eran igual de cortejadas que Thea o Laura, que eran

las más esculturales.

"A todo se cansa uno", pensé sonriendo. Nuestra llegada había supuesto, en un principio, un acontecimiento que agradecieron para poder salir de aquella rutina hedonista. Pero al saber que tanto yo como Sara no estábamos en circulación, les había hecho darse cuenta de que casi volvían a estar como antes. Porque Lucas y Ana no parecía que les hubieran alegrado demasiado. Al pobre Alberto lo habían desestimado para cualquier cosa desde el principio.

Pensando en esas cosas me di cuenta de que Will estaba bailando con Sara, mientras esperábamos la grabación de las campanas. Casi todos bailaban, pero la mayoría lo hacía por separado y en plan fiesta. Will, sin embargo, parecía que quería bailar un *agarrado* con Sara a pesar de que la música no invitaba a ello. Me puse un poco nervioso porque nunca había sentido tantos celos por alguien. Era una sensación nueva. Meses atrás, sin apenas supervivientes, era imposible sentir celos porque no había motivos. Pero ahora estábamos en una discoteca, donde había hombres mucho más guapos y fuertes que yo, con más labia para esos asuntos y mi mujer, para colmo, era la chica más guapa de la fiesta. Al menos tan guapa como Thea y Laura, pero lo que la diferenciaba de estas, aparte de ser una belleza más natural, era que Sara no había estado con ninguno de ellos, lo que a los ojos de aquellos representaba el mayor de los deseos. Sara se dejó agarrar por Will y bailó un poco con este, aunque notaba cómo se movía algo incómoda. Al cabo de unos segundos José Antonio volvió a bajar la música y a anunciar que quedaba menos de un minuto. Todos nos quedamos esperando con las uvas en la mano. Sara y Will dejaron de bailar. Esta me miró con un discreto gesto de alivio por haberse podido alejar de aquel pesado.

Se inició el audio de la grabación y empezaron a sonar unas campanadas. Nos reímos porque de fondo se escuchó un "Graba, graba, que ya está", de Ángel, y unos cuantos pájaros. Pero les quedó bastante bien. Tras la ingesta de uvas todos nos felicitamos, alguno más que a otros. Yo sólo di besos en la mejilla a las chicas, incluida a Sara y apretones de mano a los chicos. Los demás se dieron besos a discreción y abrazos más que efusivos. El punto fuerte lo protagonizaron tanto Thea como Laura, que entre los gritos de los demás que las jaleaban, las animaron a continuar su beso de felicitación con un prolongado morreo en toda regla. Sara y yo nos miramos pensando que aquella gente iba a empezar a desfasar en poco tiempo.

Mientras las chicas continuaban con su apasionado besuqueo noté, en una fracción de segundo, cómo Josep me miraba a mí, como si intentara estudiar mis reacciones ante aquel espectáculo. Otra vez tuve la sensación de que Josep trataba de tentarme para que nos quedásemos. Cuando volví a mirarlo este ya había fijado su atención en otra cosa.

Me fui a la barra, acompañado de Sara. Al cabo de unos segundos, Thea y Laura dieron por concluido su función con una ovación un poco carente de emoción.

—No me fío de Josep y por extensión de todos los demás —le dije a Sara aprovechando que estábamos solos y aún a riesgo de que me tildase de nuevo de paranoico.

—Esta vez te tengo que dar la razón. Yo tampoco me fío. ¿Has visto algo?

—Creo que el espectáculo de estas dos no es casual. Me da a mí que pretende tentarme. Además, ya he tenido esa sensación antes.

—¿Tentarte? Imagino que ver como una vikinga le mete la lengua hasta la garganta a una morenaza debe ser algo muy tentador —ironizó Sara—. Procura no caer en ello, amigo.

—Tranquila, mujer. Esta gente lleva una vida tan decadente que dudo mucho de que aguanten demasiado.

—¿A qué te refieres?

—¿No lo ves? Están aburridísimos. Con su búsqueda de la tranquilidad y el placer inmediato se han quedado sin ideas para seguir manteniendo el deseo. El sexo entre ellos debió entretenerles y saciarles un tiempo. Pero el mismo Josep me lo dijo, no con esas palabras, pero casi. Necesitan estímulos nuevos. ¿Has visto como Ángel y Will miraban a las chicas besándose? Las miraban como quien ve ordeñar a una vaca. No tenían deseo en los ojos y te puedo asegurar que era para tenerlo.

—¿Te han puesto caliente? —indagó Sara con malicia mientras fruncía el ceño.

—Lo que digo es que esta comunidad *chill out* se está muriendo poco a poco, si es que no lo está ya.

—¿Y qué sugieres?

—Nada. Esperaremos a completar mi tratamiento y nos iremos como teníamos planeado. Me gustaría hablar con Ana y Lucas para ver si tienen esa sensación. Si a ellos no les parece lo mismo entonces que hagan lo que quieran. De todos modos es el problema de esta gente, no el nuestro.

—Por cierto, vamos a buscar a Ana. Me tiene un poco intranquila.

Nos despedimos de todos. Aunque la mayoría se quedaron sorprendidos, y en cierta medida decepcionados, nos comprendieron. Thea, justo cuando le daba dos besos antes de irnos, me susurró al oído que si me había gustado lo que había visto en la pista podían repetirlo conmigo a solas. Estuve a punto de decirle a Josep que dejase de orquestar intrigas pero Sara, que había visto como la noruega me musitaba algo, me llevó casi en volandas a la salida.

Catalina nos había explicado el lugar del pueblo adonde Ana tenía su casa. Estaba relativamente cerca de la discoteca, así que no tardamos ni cinco minutos en coche. No se veía ninguna luz en el interior y supusimos que Ana estaría dormida. Llamamos varias veces a la puerta pero no nos abrió. Gritamos su nombre y esperamos unos instantes. Cuando estábamos a punto de darnos la vuelta la puerta se entreabrió, aunque Ana no salió. Nos miramos extrañados. Por señas le indiqué a Sara que se mantuviera detrás de mí.

—¿Ana? ¿Eres tú? —pregunté abriendo la puerta. El pasillo estaba muy oscuro. A la derecha, en el salón, se distinguía una tenue luz proveniente de alguna vela.

—¡Ana, somos Miguel y yo! —exclamó Sara—. ¿Estás bien?

Eché de menos mi *Glock*, que había dejado en la casa, cuando entramos en el salón. Efectivamente, una pequeña vela dejaba vislumbrar la estancia. En un sillón, justo en frente, estaba la reconocible figura de Ana, quien se encontraba con las manos en la cara.

—Ana, ¿te pasa algo? ¿Estás bien? —preguntó Sara algo preocupada.

Ana dio un respingo y empezó a sollozar amargamente. Se me puso la piel de gallina ante aquel lamento. Entonces levantó la cabeza y dejó ver su rostro aún con aquella exigua luz.

Tenía un ojo morado y grotescamente hinchado, además de varias contusiones muy escandalosas en la cara.

—Pero qué... ¿Qué ha pasado? —inquirí pasmado.

Ana volvió a taparse la cara con las manos y murmuró con voz entrecortada:

SEÑOR R

—Me han violado.

SEÑOR R

Enero

Alberto jugueteaba nerviosamente con su reloj de pulsera. El bonito *Rolex* que había llevado en nuestra boda y por el cual parecía sentir mucho aprecio. Daba vueltas a las manecillas, pulsaba los botoncitos y, en definitiva, intentaba no pensar. Pero era imposible.

Arriba estaba Ana, en la primera planta de la casa en la que nos habíamos instalado de manera provisional. Sara la acompañaba en todo momento bajando una sola vez al amanecer, para comunicarnos que había conseguido que se durmiera. Acto seguido subió algo de comida y agua. Y allí permaneció de nuevo por si se despertaba su amiga.

La noche anterior habíamos podido llevar a Ana en el coche con mucho esfuerzo. Estaba desolada emocionalmente, incapaz de comprender lo que había pasado. Sara me pidió que no interviniese y que la dejara hacer a ella. Sara había pasado por aquello y sabía cómo se sentía su amiga.

Al llegar a casa Alberto estuvo vociferando de rabia, hasta que le dije que eso no facilitaba las cosas y que había que mantener la tranquilidad, al menos de cara a Ana porque en aquel momento era lo que más necesitaba. Ya habría tiempo de averiguar lo sucedido y tomar medidas.

Así que los dos nos quedamos en el salón. Yo sentado en el sofá y Alberto en su silla de ruedas, al pie de la escalera. No hablamos nada durante ese tiempo.

Otra vez cambiaba la fortuna y otra vez era una desgracia la que sufríamos. A falta de algún dato definitivo que arrojase algo de luz a lo ocurrido empecé elucubrar hipótesis con los datos que ya sabíamos.

Ana se había ido con Mª Ángeles y Will a casa de este último. Eran las dos últimas personas que la habían visto y en la fiesta habían comentado que Ana se había marchado a su casa debido a una indisposición. ¿La violó Will con la complacencia de la otra mujer u ocurrió todo cuando esta se hubo marchado, si es que se fue? ¿Alguien visitó después a Ana en su casa? Lo que estaba claro es que había sido alguien de la familia y eso me hizo apretar los dientes porque confirmaría algo que ya había intuido. Que aquella gente estaba falta de inquietudes e instalados en la más pertinaz rutina por muy liberal que esta fuese. La violación de Ana, ¿formaría parte de esa búsqueda de emociones diferentes?

Me levanté para ir al baño, asqueado de pensar en aquello. Después me fui a la cocina a intentar

comer algo. Aquel había sido un desastroso inicio de año, pensé mientras masticaba una manzana. La casa estaba en total silencio, aunque justo cuando me lavaba las manos, empecé a oír de nuevo los gemidos de Ana.

Entré de nuevo en el salón y me encontré a Alberto mirando con impaciencia hacia la escalera. Para él era un tormento insufrible la situación y comprendía su angustia. Se había enamorado de Ana cuando entre ellos se acabó lo poco que hubo y ahora pasaba aquello.

—Creo que Ana le está hablando a Sara. Espero que pueda contarle quién es el culpable —dijo en un tono muy tenso. Había que ir con cuidado con él porque debido a lo que le pasó y su posterior deterioro en su carácter aquello podía ser la chispa que encendiese el polvorín que llevaba dentro.

—¿Quieres comer algo? —pregunté intentando tranquilizarlo.

No me respondió. Seguía con la mirada fija en lo alto de la escalera, intentando descifrar algo de aquellos susurros y gemidos provenientes de una de las habitaciones. Pero era imposible.

Me volví a sentar en el sofá. Casi sin darme cuenta, al poco rato, me quedé dormido en aquella posición.

No sé cuánto tiempo debió pasar cuando noté a Sara tocándome en el hombro. Me sobresalté como si hubiera estado durmiendo profundamente durante horas. A juzgar por la luz que entraba del exterior debió ser así. La verdad es que esas pocas horas de descanso, aún en esas condiciones, me habían venido muy bien. Seguía estando cansado pero ahora podía pensar con más claridad, algo vital para las horas que tendrían que llegar.

—Miguel, Ana me ha contado lo que le ha pasado —murmuró Sara—. Deberíamos hablar y pensar qué es lo que vamos a hacer.

—De acuerdo. Dame un minuto —asentí restregándome la cara con las manos para intentar despejarme totalmente.

Alberto se acercó con su silla al sofá y nos quedamos los tres formando un triángulo tenso y triste.

—Ana llegó con Will y Mª Ángeles a la casa del primero —empezó a relatar Sara—. Ana no es ninguna ingenua y sabía a lo que iba yendo allí. Ya conocéis su mentalidad, es una chica muy liberal y sin prejuicios. Yo creí que no le iban esas cosas, pero aunque me cueste creerlo a ella no le importó hacer, esto..., un trío con ellos. En fin, que Ana pasó la mayor parte de la noche en casa de Will y, antes de amanecer, dijo que se iba a su casa porque dormiría más cómoda allí para así poder estar lista para la fiesta de Nochevieja. A Will parece que no le gustó la idea porque quería seguir con la juerga esa misma mañana. Mª Ángeles debía conocer al inglés y dijo que ella también se largaba. Will se enfureció muchísimo y le dio un golpe a Ana en la cara. Esta se asustó y quiso escapar pero Will la volvió a meter de nuevo en la habitación. Para entonces Mª Ángeles ya había salido corriendo de la casa. Supongo que sabría lo que iba a pasar, pero no se atrevió, o no quiso, volver a ayudar a Ana.

—¡Entonces fue ese maldito bastardo de Will! —masculló Alberto con una ira creciente.

—Alberto, por favor. Ana necesita descansar —rogó Sara—. Es muy importante que duerma todo lo que pueda, porque la falta de sueño en esas circunstancias podría llevarla a hacer alguna tontería.

—Entonces está claro que Will fue quien la golpeó y la violó —recapitulé para cerciorarme de

que lo había entendido bien.

—Si, y ahora viene lo peliagudo. ¿Qué hacemos? —preguntó Sara con gesto cansado.

—Sería conveniente que te fueses arriba a dormir —le recomendé en voz queda—. Has tenido que aguantar esto tú sola y lo has hecho muy bien, pero debes descansar. Alberto y yo pensaremos en lo que hay que hacer.

Sara asintió agradecida. Estaba realmente cansada y triste por lo ocurrido, así que subió arriba a dormir antes de que Ana volviera a levantarse. Alberto esperó a oír que la puerta de la habitación se cerraba para empezar a hablar.

—Creo que no hace falta discutir mucho.

—¿Qué quieres decir? —inquirí.

—Vamos a ir a casa de ese puto inglés y le vamos a poner una soga al cuello.

—¿Hablas en serio? Creo que lo más lógico sería ir a ver a Josep y contarle lo ocurrido. Supongo que al ser un miembro de su comuna tomarán medidas.

—¡Y un huevo tomarán medidas! —espetó Alberto, bajando la voz al instante—. No me vengas con deliberaciones como hiciste en Santander, cuando Elisa mató a los otros. Este asunto hay que arreglarlo como entonces y no te preocupes porque yo seré quien se ocupe de él. No vamos a marear la perdiz con que si eso está mal o que si hay que hablar con no sé quién.

—Alberto. Deberías dormir un poco más y cuando despiertes lo hablamos.

—¡Vete a la mierda tío! ¡No me vengas con esas monsergas! ¿Qué habrías hecho si ese hijo de puta hubiese violado a Sara? Venga, dímelo con sinceridad. Pero no te atrevas a decirme que no lo sabrías porque te meto una hostia y todo.

Alberto estaba fuera de sí y me hubiera golpeado sin dudarlo. Pero tenía razón. No era a mi chica la que había sufrido esta vez sino la mujer de la que Alberto se había enamorado.

—Supongo que lo mataría. Pero escúchame un momento. Ese tipo no se va a ir de rositas por esto, tenlo por seguro. Sin embargo has de saber que no sabemos cómo van a reaccionar los miembros de la comunidad. Ya has oído a Sara, la otra chica se fue corriendo y durante la fiesta no quiso decir nada sobre ello. Eso es porque tiene miedo. ¿Y crees que es solamente por Will? Me apuesto lo que quieras a que Josep tiene más poder entre esta gente de lo que creemos y nos hacen creer. Le he visto cómo maneja a sus nenas para lo que quiere. Seguro que Josep supo anoche lo que pasó. Ahora es cuando entra en juego otra cuestión. Yo necesito todavía tres dosis de la vacuna antirrábica para mi total recuperación. Y las dosis están en casa de Josep. Si nosotros vamos y nos cargamos a Will de forma unilateral y luego se lo decimos a Josep este podrá decir que ha sido un asesinato porque no ha escuchado la versión del inglés. ¿Y entonces, qué? A saber. Seguramente no les hará ni pizca de gracia y no creo que se vuelva a molestar en darme las inyecciones que me faltan. Si, parece un poco prosaico pero no te olvides de que me va la vida en ello.

—¿Entonces, cómo quieres hacerlo? Nosotros tenemos buen armamento, no creo que esa panda de degenerados cuente con algo así —dijo Alberto algo más templado.

—Por eso te digo que trates de descansar. Creo que lo más acertado es ir a ver primero a Josep y contarle lo ocurrido. Luego veremos cómo se posiciona. Si acepta hacer una especie de juicio a Will no hay problema. Pero puede ser que lo niegue o que se ponga de parte de su pupilo y que no esté de acuerdo en castigarlo.

SEÑOR R

—¿Y entonces, qué pasaría? —interrumpió Alberto otra vez muy impaciente.

—Que yo mismo le pondré una soga al cuello a ese maldito cabrón.

Mientras todos dormían, o trataban de hacerlo, fui preparando de nuevo las armas. Otra vez aquel ritual ya familiar de preparar la pistola, reunir cargadores, otros de reserva, comprobar los *G36* compactos y sus respectivos cargadores. Parecía que iba a ver una guerra, pero era muy posible que después de hablar con Josep empezase una. No lo creía, pero cosas más raras había visto ya.

Me puse el cinturón con la pistola, para ir a hablar con Josep. Sabía que eso no le iba a gustar, porque representaba una amenaza, pero quería poner algo en la balanza, una medida un tanto autoritaria que creí necesaria para poder respaldar mis palabras llegado el momento.

Me subí al *cuatro latas*. Como medida de precaución escondí en el maletero un *G36*, aunque estaba seguro de que no sería necesario.

Era ya cerca de las seis de la tarde y estaba muy oscuro. Suponía que a esa hora Josep no estaría todavía durmiendo la resaca de la noche anterior. Como medida preventiva dejé el coche en la parte de atrás, por si llegaba algún otro a la casa, que no lo viese y supiera que estaba dentro.

La puerta del jardín de atrás estaba abierta. En la planta baja había una luz que provenía de una de las estancias. Era una de las habitaciones para invitados. Para mi sorpresa hallé a Josep. Pero este no estaba solo ya que Luna estaba con él. Ambos estaban desnudos y mantenían relaciones sexuales. Estuve unos pocos instantes allí sin saber muy bien qué hacer. No quise seguir mirando, porque me asqueaba pensar que alguien como Luna pudiera estar haciendo aquello con un tipo que la triplicaba en edad.

Me quedé inmóvil frente a la puerta principal. No sabía si llamar o esperar un poco más. Decidí estropearle a Josep su fiesta así que llame varias veces.

Pasaron unos cuantos interminables segundos y volví a aporrear la puerta, esta vez con algo más de energía. Entonces oí que alguien se acercaba.

—¡Voy, voy...! —gritó Josep con impaciencia— Miguel, qué sorpresa —dijo cuando abrió la puerta. Vestía un horroroso albornoz amarillo. Me percaté de que miró de soslayo mi pistola enfundada—. Ahora estoy un poco ocupado...

—No tardaré mucho. Es algo urgente y muy grave.

—Bien, habla. Te escucho.

Me molestó que no me dejara entrar aunque supuse que fue para que no viese a Luna o esta no escuchara lo que fuésemos a decir.

—Ana ha sido violada —solté sin andarme por las ramas.

—¿Qué? ¿Cómo...?

—Está en nuestra casa. Fue golpeada y violada por ese hijo de puta de Will.

—¿Will? ¿Dices que ha sido Will?

Josep hizo varios gestos un tanto forzados y teatrales.

—Tú ya lo sabías ¿verdad? —inquirí con gesto grave.

—¡Qué dices, Miguel! Me acabo de...

—¡Llevo un día muy jodido y no quiero seguir jugando! Sé que les dijiste a las chicas que hicieran aquel numerito en la discoteca y sé que aquí las cosas no pasan de manera casual. Aquí mandas más de lo que quieres que creamos. Aquí se hace lo que tú quieres, así que, antes de volver

a decirme que no sabías nada, quiero que tengas claro que los actos que ocurran a partir de ahora dependerán en gran medida de lo que vayáis a hacer con Will. Quiero decir que exigimos justicia y que si vosotros no nos la proporcionáis haremos lo que creamos oportuno.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Josep con voz áspera.

—Te estoy diciendo lo que va a pasar —sentencié, apretando las mandíbulas. En seguida se me pasó por la mente que aquello también podía ser mi sentencia de muerte porque Josep podría negarse a darme las vacunas.

—Primero, no me intimidas con esa pistola y esos malos modos —avisó Josep muy serio—. Estoy por encima de esas poses chulescas. Segundo, es cierto que Will me dijo algo ayer y que estaba muy arrepentido por ello. Había bebido mucho y se le fue la mano...

—¡No me tomes por un gilipollas, Josep! —exploté—. ¡Ese cabrón no había bebido! ¡Es sólo un violador de mierda!

Josep frunció el ceño. No estaba acostumbrado a que le gritaran y menos en su casa.

—Vas a tener que calmarte Miguel, porque así no vamos a ningún lado.

—Lo único que quiero es que me respondas a una pregunta y me marcharé.

—Tú dirás.

—¿Vais a castigar a Will por ello?

Josep me miró con displicencia. En aquel momento supe que Will no sería castigado, ni juzgado. No pasaría absolutamente nada.

—¿Te ha gustado ver como Luna me la chupaba? —preguntó de pronto Josep.

Le miré incrédulo. No daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo sabes. Te he visto hace un momento mirándonos. ¿Te has puesto caliente?

—Con esta gilipollez doy por sentado que vas a correr un tupido velo sobre lo que ha pasado. Bien, nosotros no.

Me di la vuelta y empecé a andar hacia la parte de atrás, de vuelta al coche.

—¿Sabes en quien estaba pensando mientras estaba con Luna?

Me frené y di la vuelta bruscamente.

—Será mejor que mantengas tu puta boca cerrada. Sé lo que vas a decir y será mejor que sepas que, si pronuncias ese nombre que tú y yo sabemos, va a ser lo último que hagas en tu vida. Y eso tampoco es una amenaza, es un hecho.

Josep no dijo nada. Sonrió y se metió dentro de la casa.

Allí me quedé, con el corazón a mil por hora por los nervios, mientras acariciaba la culata de la pistola.

Iba a necesitar una soga.

***

Aquella noche les conté a Alberto y a Sara lo ocurrido. Obviando la última parte a esta, para que no se preocupase, aunque luego se lo mencioné a Alberto a solas. Era evidente que Josep estaba obsesionado con Sara desde que llegamos y eso me preocupaba mucho. Con razón Alberto se lamentó de aquello porque habíamos perdido cualquier efecto sorpresa. Ahora Will y todos los

demás estarían al corriente. Si los demás vivían en la ignorancia de lo que había pasado, Josep se habría encargado de contarles cualquier patraña que nos dejase a mal nosotros. Sara estaba muy alarmada porque podría significar que ya no pudiese seguir con mi tratamiento.

—Tenemos que recuperar esas dosis —murmuró mirándome con angustia.

—Ya has visto como está la situación. Ahora no puedo ir de nuevo a su casa y pedírselas. ¡Joder, que tonto he sido! ¡Me he dejado llevar por la cólera!

—No tenemos muchas opciones —se resignó Alberto—. Seguro que nos están vigilando. En el caso de que pudiésemos salir a cazar al maldito inglés, fijo que este ya no está en su casa y si es así estará más que preparado.

—¿Y si tratamos de contactar con Lucas? —sugirió Sara esperanzada de conseguir más apoyo.

—A saber adónde está —contesté alicaído—. Y tampoco me fiaría mucho de él. Está muy a gusto aquí y no hemos tenido tanta confianza como para pedirle que lo deje todo y se una a nosotros.

—¿Cuándo te tienes que inyectar la próxima dosis? —quiso saber Alberto.

—El próximo día cuatro o el cinco de enero.

—Hay que hacer dos cosas: atrapar a Will y conseguir tu medicina —concluyó Alberto indicando algo que ya sabíamos. La cuestión no era el qué había que hacer sino el cómo hacerlo.

Decidí acostarme porque estaba cansado y abatido.

—Mañana pensaré mejor en todo esto. Ahora estoy muy cansado así que me voy a dormir algo. ¿Qué tal está Ana?

—No se ha levantado desde que te fuiste. Necesita mucho reposo así que no la he despertado para comer —respondió Sara mirándome con preocupación. Esperaba que todo aquello no hiciese rebrotar de nuevo sus problemas pasados.

Sin embargo, me levanté al día siguiente igual de abatido, sin ideas y con la terrible sensación de impotencia con la que me había dormido.

Me había acostado en una de las habitaciones pequeñas, supuse que debió pertenecer a alguna cría por los pósters de cantantes y actores que había en las paredes. Tumbado en la cama me puse a observar la habitación para no tener que pensar en el día anterior. La mesa estaba repleta de objetos propios de una quinceañera. Miraba todo aquello con una mezcla de nostalgia por la anodina y aburrida, pero segura, vida anterior. Quién me iba a decir a mí que estaría en aquella situación desesperada. Lo único bueno que había en mi vida era Sara y sólo por ello merecía la pena seguir luchando. Pero era tan duro y difícil aquel mundo...

Entonces me incorporé.

Se me estaba ocurriendo una idea. No es que fuese la mejor de las ideas pero era lo único factible que pude discurrir.

Alberto, que se había quedado dormido en su propia silla, se levantó sobresaltado cuando me oyó bajar por la escalera con mucha prisa.

—Por si no lo has visto ya los de la comunidad han izado la bandera de reunión —avisó este malhumorado por el sobresalto.

—¡Cojonudo! —exclamé con alegría, porque ese era un punto imprescindible de mi plan—. ¡Eso quiere decir que esta noche se van a reunir!

SEÑOR R

—Supongo que hablaran de nosotros y es posible que tengamos problemas.

—No hay tiempo para explicaciones —dije—. He de irme. Quedaros aquí y tened preparadas las armas. Me refiero a los fusiles. Si todo va bien esta noche vamos a arreglar el asunto de una vez por todas.

—¡Por fin vamos a ponerlos en su sitio! —aulló Alberto con rabia contenida—. ¿Adónde se supone que vas?

—Me voy a hablar de nuevo con Josep.

Antes de que Alberto añadiese algo ya había salido del salón. Mientras abandonaba la casa me quité el cinturón con la pistola. La dejé en la guantera del Renault 4 y me dirigí de nuevo hacia la casa del patriarca.

Después del día anterior no sabía cómo reaccionaría este al verme de nuevo. Pero era indispensable hablar con él. En contra de lo que hubiera sido aconsejable decidí no llevar la pistola para que no se sintiera cohibido, aunque lo dudaba vista su reacción anterior. No obstante, al haberle amenazado de muerte, Josep podría estar preparado esta vez.

Si quería jugar bien mis cartas debía ceder en algo, así que dejé la cuestión de seguridad en un segundo plano. Por ello aparqué justo frente a la puerta de la valla y pité varias veces. Bajé del coche y me acerqué a la puerta.

Josep salió de inmediato y me miró con gesto grave. No iba armado.

—Supongo que te habrás dado cuenta de que me necesitas para algo —dijo Josep saliendo al rellano de la puerta. Me detuve a un par de pasos. Aún así estaba muy cerca de él.

—Creo, Josep, que para tratar este asunto vamos a tener que hablar sin rodeos. Supongo que estarás de acuerdo conmigo en dejar actitudes amenazantes, o conversaciones ingenuas, sobre lo que sabemos y lo que no.

—¿Has venido a por tus vacunas?

—En parte sí. No niego que esas dosis que me faltan son algo importante para mí, pero también está la cuestión de Ana, que creo que es un asunto muy grave que hay que resolver.

—Me alegra ver qué prefieres arreglar este asunto dialogando. Lo de ayer no me gustó nada.

—Si te amenacé fue a causa de tu impertinencia. ¿Cómo esperabas que reaccionara ante la grosería que soltaste? —intenté no subir el tono.

—Admito que ante tu falta de respeto quise hacerte daño de alguna manera —respondió sin arrepentimiento alguno.

—Vamos a lo importante, Josep. Me gustaría saber por qué proteges a Will de un acto tan deleznable como el que ha cometido. Que sea un miembro de tu comunidad no lo exime de responsabilidad y además, te recuerdo que Ana, por lo menos hasta ayer, también estaba dentro de vuestra “familia”. ¿Es así como arregláis los problemas, tapándolos como si no hubieran ocurrido?

—Como arreglemos o no nuestros problemas es asunto nuestro. Tú mismo acabas de decir que ellos dos son miembros de nuestra comunidad, por lo tanto no te toca a ti pedir responsabilidades de ningún tipo. Nosotros haremos lo que tengamos que hacer.

—¿Y qué vais a hacer? Me da la impresión de que lo de ayer no ha sido una excepción. El tal Will lo ha hecho más veces, ¿verdad? ¿Lo saben los demás miembros o es algo que admitís entre todos?

SEÑOR R

—¿Qué es lo que quieres? —inquirió ignorando mis preguntas.

—Te voy a proponer un trato —di un paso hacia delante y me situé justo frente a Josep, que se sintió algo intimidado aunque enseguida recuperó su gesto altivo—. Tú me das las vacunas y nosotros nos vamos de aquí de inmediato. Eso sí, nos llevamos a Ana.

—¿Y os olvidáis del tema de Will? —indagó incrédulo.

—Mira Josep, voy a ser sincero contigo y espero que tú, al menos, tengas la decencia de serlo también. Me importa bien poco tu Will y aunque me jode lo que ha pasado soy consciente de que no podemos hacer mucho. Enrocarnos en esto sólo nos conduciría a un enfrentamiento que estoy seguro que ninguno de los dos queremos y menos por una tía. A mí Ana no es que me caiga bien precisamente y, en cierto modo, creo que su actitud tan liberal le ha llevado a eso. Con Sara y Alberto tengo que mantener cierto comportamiento sobre este tema pero espero que colabores y ya me encargaré yo de que no digan nada. Háblalo con tu gente, seguro que se mostrarán de acuerdo en dejar que Ana se vaya y en darme lo que necesito.

Josep me observó en silencio durante unos segundos.

—Vaya con el gran Miguel. El gran matador de supervivientes descarriados —ironizó viéndose por fin liberado para hablar sin tapujos—. Me alegra que veas que no hay más solución que la que has propuesto. Porque venir a por Will no era algo sensato, de verdad. Que no llevemos armas no quiere decir que no seamos capaces de portarlas si fuera necesario. Somos de mente abierta, no estúpidos. Con respecto a la sinceridad, bueno, no creo que tengamos tanta confianza como para eso, pero ya os mencioné que nuestra forma de ver el sexo es distinta a la normal. Hay gente aquí que le gustan los tíos y las tías indistintamente, otros son fetichistas, a mí me gustan jovencitas, como habrás visto. Si me estoy tirando a Luna créeme que es porque no hay otra con menos edad. Me da asco hacerlo con las viejas. Ya has visto que tenemos bellezas pero incluso estas son demasiado mayores para mi gusto. También están Catalina y otras que, chico, también hay que cumplir de vez en cuando con ellas para que no se sientan de menos. Como te decía hay gustos para todo. Alguno como a Will le gusta lo fuerte, ya me entiendes... Yo no soy nadie para decirle a este que no debe zurrar a las tías porque yo mismo sería un depravado en la anterior vida. En fin, yo haré lo propio con mi gente y les diré lo que quieren oír. Están acostumbrados a hacer lo que yo diga, así que no habrá ningún problema.

—Ahora eres tú el que me sorprende. Te has montado un mundo a tu gusto —dije sin dejar notar mi repulsa.

—Sólo le doy a la gente lo que quiere. Cuando me instalé por primera vez aquí y empezaron a llegar supervivientes me percaté de que el sexo era muy importante. Así que me preocupé de que tuviesen lo que buscaban. Hay varios miembros imprescindibles en esta comunidad, Will es uno de ellos y si a este le gusta zurrar a alguna chica de vez en cuando habrá que sacrificarse si no quiero que acabe largándose a otra parte. ¡Que te voy a contar a ti de lo duro que es este mundo!

Decidí seguir indagando más sobre su lado oscuro, algo que me daba nauseas pero creía importante que me corroborase.

—¿Has forzado a Luna para tener relaciones contigo?

—No te equivoques, amigo. Al que le gusta eso es a Will. Luna es una putita muy joven pero por eso mismo es muy fácil de convencer. Al cabo de unos meses no sabes lo que llegan a hacer

algunas mujeres porque les consigas ciertas cosas.

—¿Cómo cuales?

—Como ya sabes poseo un amplio botiquín, por llamarlo de alguna manera, que me surtí de muchos medicamentos en mis iniciales exploraciones. Uno de aquellos días hallé un camión médico del Ejército que estaba semi oculto en un garaje del Ayuntamiento de Denia. Supongo que en los tiempos de la pandemia lo utilizaron como puesto avanzado, qué se yo. El caso es que encontré mucho material que no había sido saqueado. Vacunas, como las que ya has probado, analgésicos, antiinflamatorios... Y *Prozac*, mucho *Prozac*, que como sabrás es un antidepresivo que causa gran dependencia. ¿Hace falta que siga o ya sabes por dónde voy?

—Vamos, que ese encanto para que las chicas hagan lo que quieres es porque las tienes enganchadas a esa mierda de droga. Si acceden a lo que les pides entonces les das una pastillita...

—Amigo, si has creído que unas tías tan guapas y con esos cuerpos puedan acostarse con un carcamal como yo, simplemente por mi labia, es que eres muy ingenuo. Eso me sirvió al principio pero, como ya te comenté hace unos días, a todo se cansa uno. Al cabo de unos meses ya me aburría hasta de ellas, y como sabes mi verdadera pasión son las más jovencitas.

—¿Por qué entonces ese interés por Sara? Ella es más mayor que Luna.

—Ah, Sara. Cierto que puede tener más edad, pero aparenta al menos la misma y sobre todo hay una cosa que la diferencia de Luna y de las demás. No tiene pinta de zorra. Es un ángel cuasi virginal. No va maquillada como un payaso como hacen las otras. No lo necesita, es simplemente perfecta, es...

—Vale, no hace falta que te recrees. No me tientes a hacer algo que ponga fin a nuestro acuerdo —amenacé visiblemente irritado.

—Acabemos ya —zanjó Josep también contrariado porque le hubiese interrumpido su diatriba —. Hablaré con los demás y les contaré que os tenéis que marchar porque preferís continuar vuestro peregrinaje. Mañana, a primera hora, te daré tus dosis y os largaréis en ese momento. Te aviso de que si volvéis por aquí ateneros a las consecuencias. Mi gente pueden ser unos pánfilos, pero os aseguro que yo no y junto con Will y alguno más que convezca os podemos plantar cara. Tengo escondidas algunas armas automáticas...

—Ahórrate el ultimátum, no pensamos volver nunca más.

Me di la vuelta y volví al coche. Arranqué y con un sonoro acelerón me fui de allí con cierto alivio.

En cuanto me detuve en nuestra casa me quité el jersey que llevaba puesto. Del bolsillo de la camisa de debajo saqué el pequeño reproductor grabador, que había encontrado en la habitación donde había dormido aquella noche.

Rebobiné y apreté el *play*. Al cabo de unos segundos, tras cerciorarme de que lo había grabado todo, lo apagué. Esbozando una amplia sonrisa me dirigí a la puerta.

Nada más llegar vi como Sara y Alberto me miraban esperando una explicación a mi frenética marcha. Les conté que había visto una grabadora en la mesa de la habitación donde había estado durmiendo.

—Aquello me dio la idea de volver a hablar con Josep y sacarle información comprometida para él si lo escuchaban sus acólitos. Lo mejor es que Alberto me dijo que esta misma noche habían

concertado una reunión en la discoteca. Así que lo único que tenemos que hacer es presentarnos allí y poner esta cinta por la megafonía.

—¿Y crees que te va a dejar Josep? —inquirió Sara.

—¡Claro que no! Pero nosotros no vamos a pedirle que por favor ponga esa cinta. La vamos a poner y punto.

—¡Joder, sí! —exclamó Alberto muy animado sabiendo que teníamos a Josep en nuestras manos.

—De todos modos, puede ser peligroso —avisó Sara con preocupación.

—Lo sé, cariño. Pero uno es ya perro viejo. Te aseguro que esta vez no nos cogerán por sorpresa. Esta vez vamos a ser nosotros los cabrones.

Para llevar a cabo mi plan necesitaba la ayuda de Sara y Alberto. Si este no estuviera sentado en silla de ruedas me hubiera bastado con él, pero en su situación no podía arriesgarme. Eso quería decir que Ana tendría que quedarse sola. Algo que no nos gustaba a ninguno porque podría intentar suicidarse. Pensamos, incluso, en atarla pero Sara lo desaconsejó porque podía ser contraproducente.

—Lo mejor es que se quede tranquila en su habitación. Creo que no tendrá ganas ni de levantarse. Voy a subir y le voy a decir que tenemos que irnos pero que volveremos en seguida.

Alberto me dijo que él estaría cubriéndome todo el rato cuando estuviésemos allí.

—Tú pon la cinta que yo me ocuparé de que no se mueva nadie. Me falta una pierna pero te aseguro que mi puntería sigue intacta.

—Eso se lo dejaré a Sara. Yo me quedaré también vigilándolos. No nos podemos fiar de este tipejo de Josep y de Will. Ignoro si hay alguno más que esté en el ajo pero actuaremos con prudencia. Ante la duda, ya sabes.

Sara nos comentó que, si bien le había dicho a Ana que se iba a quedar sola durante un corto espacio de tiempo, esta no había realizado ningún gesto de comprensión y simplemente miraba por la ventana, con la vista fija.

—Por experiencia sé que le va a costar mucho salir del pozo —dijo Sara con los ojos humedecidos—. Pero lo hará. Yo lo hice gracias a tu apoyo. Así que ahora tendremos que arroparla entre los tres.

Todos asentimos y sin perder más tiempo nos preparamos para la “operación”. Vestíamos con toda la parafernalia parapolicial que teníamos. No queríamos correr riesgos innecesarios y nos pusimos los chalecos antibalas, aunque no los cascos por resultar muy incómodos para lo que pretendíamos hacer. Además, no contábamos con que fuese a haber un enfrentamiento porque teníamos el efecto sorpresa de nuestra parte para evitarlo. Sólo íbamos a convencer a los miembros de su comunidad de que Josep y Will eran unas manzanas podridas que estaban drogando a varias mujeres para que aceptasen sus proposiciones. ¿Cómo se lo tomarían los demás después de escuchar la cinta? No lo sabíamos, pero por si acaso íbamos bien pertrechados: *Glock* para los tres, al igual que los estupendos *G36* versión comando, que iban de perlas para aquella situación.

—Sara, cuando lleguemos te pasaré la cinta. Irás a la cabina del DJ y la pondrás. Está rebobinada, así que sólo has de dar al *play*.

—¿Sabré cómo hacerlo?

SEÑOR R

—Seguro que sí. Debe haber algún tipo de reproductor que la admita y si no es así, no te preocupes. Metes de nuevo la cinta en la grabadora y lo arrimas al micrófono de la sala. Así también servirá. Y sobre todo ten cuidado. Alberto y yo estaremos vigilando pero mantente alerta todo lo que puedas.

—Descuida.

Nos montamos en el Renault 4 y nos encaminamos a la discoteca. La familia debía llevar ya algunos minutos reunidos. El acceso al local era accesible para discapacitados así que no tuve que ayudar a Alberto, salvo al bajar del coche.

La entrada estaba desierta pero la puerta abierta, señal inequívoca de que había alguien dentro. Yo iba el primero, con el fusil preparado. Sara me secundaba y Alberto cubría la retaguardia. Así no nos tropezaríamos con él. Al llegar justo a la puerta que daba acceso a la sala miré por la ventanita que había en la propia puerta y me cercioré de que no había nadie detrás. Si entrábamos por ahí no nos descubrirían porque el lugar de reuniones estaba a un lado de la propia pista central, justo al contrario que la cabina del DJ, lo cual nos venía muy bien para que no pudiesen acercarse allí una vez que empezase a emitirse la grabación.

Sara se quedó atrás, dispuesta a correr con la grabadora hacia la cabina, en cuanto Alberto y yo nos hiciésemos con el control de la situación. Era importante que todos los miembros de la comunidad estuviesen en el interior para no tener sorpresas. Alberto, muy a gusto en estos menesteres de armas, me indicó que me echase a un lado porque disponía de un pequeño espejo. Lo asomó por la esquina y escudriñó la sala. Se oían las voces de unos cuantos, incluida la de Josep que parecía que estaba explicando algo. Seguramente inventándose una historia sobre nuestra marcha.

Alberto me hizo una señal con el dedo de que todo estaba “OK”.

La familia estaba al completo. Era nuestra oportunidad. Miré a Sara y le guiñé un ojo para intentar reconfortarla un poco, aunque sabía que ella estaba pasándolo muy mal.

Salimos al unísono al centro de la sala, Alberto se situó en la parte derecha, mientras yo cubría la izquierda. Sara salió entonces y se fue directa a la cabina del DJ.

—¡Veis cómo no son de fiar! —vociferó Josep al vernos. Había mucha preocupación en sus ojos porque no esperaba aquello en absoluto.

Will y José Antonio hicieron amago de querer levantarse, pero un simple gesto con el fusil fue suficiente para dejarlos de nuevo pegados en las sillas. Algunas mujeres, como Catalina o Laura, estaban asombradas y se habían llevado las manos en la boca. Otras, como Mª Ángeles, parecía que no se habían sorprendido tanto. Lucas, con un aspecto realmente enfermizo, se quedó levantado mirándonos sin comprender nada.

—Lucas, siéntate, por favor —ordené. Este obedeció porque debió intuir la seriedad del momento.

—¡Quien intente algo le vuelo la cabeza! —avisó Alberto—. ¡Soy un experto tirador! ¡No me pongáis a prueba a una distancia de cinco metros!

—No va a pasaros nada —intenté apaciguar un poco el nerviosismo—, pero necesitamos que os quedéis unos minutos sentados en vuestras sillas. Tenéis que escuchar algo. Luego os liberaremos, pero tened en cuenta lo que ha dicho Alberto. ¡Sara, cuando quieras!

SEÑOR R

No sonó nada.

—¡Qué pasa, Sara! —exclamé. Se veía que estaba intentando encontrar algo.

—¡No sé adónde está el micrófono!

—¡Ángel! —le llamé—. ¿Dónde está el micro?

Este me miró sin comprender para qué demonios queríamos un micrófono. Le volví a instar, esta vez con el fusil y este indicó que estaba en uno de los cajones de la barra de al lado de la cabina.

Sara corrió hacia allí. Estaba demasiado nerviosa y sus gestos eran muy precipitados. Pensé que la iba a dar un ataque de ansiedad pero logró encontrar el maldito micrófono.

—¡Lo tengo! ¡Pondré la grabadora con el micro porque no encuentro nada para poner esta cinta tan pequeña!

—¡No te preocupes! ¡Tú dale!

Josep me miró y al observar a Sara comprendió lo que pasaba. Y lo que iba a ocurrir.

—¡No le hagáis caso! —chilló—. ¡Este cabrón me amenazó con matarme sino decía esas cosas que vais a oír! ¡Tenéis que creerme!

—¡Cállate de una vez y siéntate! —le increpé—. ¡Que sean ellos los que juzguen si esa grabación está hecha de forma coactiva!

De repente se oyó un crepitar con un acople muy desagradable. Al poco la voz de Josep resonó en la sala. En sonido no era muy bueno pero se entendía perfectamente. Los miembros de la familia escucharon todo sin moverse, asimilando cada frase y cerrando los ojos de vez en cuando, sobre todo al descubrir algunos que varias de las mujeres estaban enganchadas al *Prozac* para cumplir las exigencias de Josep y Will. Se enteraron de que Josep consideraba a las mujeres unas zorras y que tenía debilidad por las niñas. Aquello hizo resoplar de abatimiento a José Antonio. Thea y Laura miraban cabizbajas a la mesa, mientras que Catalina y Mª Ángeles aguantaban las lágrimas al oír que las llamaban viejas y que daban asco. Los hombres, excepto Will, también estaban taciturnos al saber que habían sido manipulados por un pederasta y se quedaron asombrados por la violación que había sufrido Ana por parte del inglés. Así cómo de la existencia de armas automáticas que creían prohibidas.

Acabó la grabación y se hizo un silencio sepulcral.

—¡Me amenazaba de muerte si no lo decía! —volvió a insistir Josep. Pero en los ojos de los demás sólo había una mezcla de reproche y repulsión. Will estaba muy incómodo porque sabía que nosotros veníamos a por él, por eso empezó a soltar excusas.

—¡Estaba borracho, lo juro! ¡Miguel, de verdad que no sabía lo que hacía!

—¿Es eso cierto, Mª Ángeles? —inquirió Alberto a la mujer, que ya no podía contener las lágrimas—. ¿Es verdad eso?

—No... Ese cabrón la pegó y la violó porque le gustaba hacerlo —respondió—, conmigo lo hizo una vez, pero fui tonta y le perdoné. Siento lo de Ana pero tenía miedo de que me hiciese algo peor si lo contaba.

—¡Will, levanta el culo de ahí y ponte frente a esa columna! —rugió Alberto con una rabia incontenible.

Will me miró. Todos me miraron. Sabían lo que iba a pasar.

SEÑOR R

—No podemos dejar esto sin castigo —aseveré sin mostrar compasión—. La clase de gente como Will nunca cambia. Volvería a pegar o a violar a alguna otra mujer. Incluso a asesinarla.

—¡Cambiaré, lo juro que lo haré! —sollozó como una cría histérica mientras las lágrimas le corrían por su cara de niñato.

—¡Levántate, coño! ¡O te disparo como a un perro! —volvió a amenazar Alberto, sujetando tan firmemente el fusil que tenía los nudillos blancos—. ¡Al menos muere como un hombre!

Nadie de la mesa intercedió lo más mínimo. Bien por miedo, porque estaban de acuerdo en la ejecución o, en el caso de Josep, porque tenían sus propios problemas.

Will, se agarraba a la mesa como quien se aferraba a una tabla en medio del océano, mientras gimoteaba y decía que lo sentía. Observé como Alberto movía su silla para acercarse al inglés. Lo iba a matar con mal ángulo, pero era un gran tirador y estaba seguro de que no fallaría.

Entonces, Sara dio un respingo y señaló al pasillo por donde habíamos entrado.

Vestida de forma desordenada, con el pelo alborotado y con la cara amoratada por los golpes, entró Ana.

Llevaba una pistola en la mano.

—Ana, déjalo. Nosotros nos ocuparemos de él —intenté que me diera el arma aunque sabía que era una batalla perdida de antemano.

—No te hagas más daño, cariño —rogó Sara, acercándose a ella. Ana le pidió con un gesto de la mano que se mantuviera inmóvil.

Se acercó a Alberto. Con un sutil gesto, le bajó el arma. La chica negó con la cabeza y Alberto se hizo a un lado.

Will la observaba con espanto. Todos vieron la “obra” de este sobre el cuerpo de la joven y hubo miradas de odio y reproche hacia su autor.

—Perdóname... —gimoteó el inglés mientras se arrodillaba frente a ella.

Ana no miró a nadie. Creo que no nos veía. Sólo tenía frente a sí a la persona que la había violado y golpeado de manera brutal. A la persona que le hizo tanto daño y que le había tratado como a una bolsa de basura.

El casquillo de la bala tintineó durante unos eternos instantes después del disparo, dejando sumida la sala en el más absoluto de los silencios.

***

Aunque ya habían pasado unos cuantos días, desde aquella trágica reunión, todavía estábamos algo impresionados por lo ocurrido.

Ana había matado a su agresor de manera fría y sin mostrar ningún sentimiento, ni siquiera de odio o venganza. Simplemente llegó y le descerrajó un tiro en la cabeza.

Después de unos momentos de verdadero *shock* grupal Sara consiguió que su amiga le diese el arma. Los demás miembros de la comunidad estaban tan impactados por aquello que no pudieron articular ni una palabra ni hacer ningún movimiento.

Sólo cuando Sara se llevó a Ana, tanto Alberto como yo bajamos las armas para no aumentar el nerviosismo. Entonces fue cuando alguno de ellos empezó a derrumbarse. Luna rompió a llorar y a llamar hijo de puta a Josep. José Antonio hizo amago de querer, incluso, golpearlo y los demás lo

miraban con repugnancia.

El reino de Josep había acabado. Todos le achacaban haber vivido en una mentira y otros, especialmente las mujeres que estaban enganchadas al *Prozac*, estaban muy avergonzadas.

Aunque lamentase no haber podido castigar de alguna forma a Josep, no podíamos condenarlo a nada que no fuese una ejecución o dejarlo libre. En aquel mundo no se podía encerrar a nadie porque eso era una gran complicación. Los miembros de la familia nos dejaron a nosotros la responsabilidad del destino de este. Éramos la "fuerza de ocupación" que había desmantelado aquello. Así que nos vieron como sus salvadores por lo que nos tocaba a nosotros decidir su futuro.

Instamos a la gente a que se fuesen a sus casas. Prometiéndolos que les avisaríamos para una próxima reunión, para discernir los pasos a seguir a partir de ese momento y nuestra decisión final. Dejamos bien claro que ellos no eran nuestros prisioneros ni nada parecido y que el único que iba a ser vigilado era Josep. Muerto Will habíamos zanjado la cuenta pendiente.

Alberto se mostró algo reacio a que todos los demás se fuesen tranquilamente. Tenía la duda de que algunos, sobre todo los hombres, pudiesen intentar hacernos algo, bien porque no se fiaban de nosotros o simplemente por venganza. Le dije que estaríamos atentos pero yo había visto a José Antonio y Ángel cuando escucharon la grabación. Ambos se habían quedado estupefactos por lo ocurrido y desde luego no miraban a Josep con ganas de intentar liberarlo ni de interceder por él.

Nos llevamos a este a su casa, sin ataduras ni nada parecido. Allí me dio las dosis de la vacuna antirrábica que me quedaban para terminar con el tratamiento y me enseñó su botiquín. Creo que esperaba que con esa concesión termináramos por dejarle libre. El botiquín lo tenía oculto en el sótano de su casa, en el lugar más fresco, para evitar que se estropeasen por el calor. En verdad era un botín médico. Había todo lo que nos había contado Josep que tenía y más... Incluida la oxicodona.

No voy a negar que me puse nervioso nada más verla y que Alberto, afortunadamente, se dio cuenta de ello. Rápidamente recogió toda la oxicodona y similares, diciéndome que él se encargaría de custodiarlas. Porque, si bien eran medicamentos muy adictivos, podían venir muy bien para paliar algún terrible dolor como el que él mismo sufrió. Se lo agradecí y le ordené que no me diese jamás una pastilla de aquello, ni siquiera si lo necesitaba de verdad.

Alberto y yo registrábamos la casa de Josep como si fuésemos del FBI. Perdido el poco respeto que le teníamos no dudábamos en desordenar todo de mala manera, Alberto en la planta baja y yo en la superior, tirando las cosas para llegar a otras y rompiendo multitud de objetos que caían al suelo con estrépito. Los dos disfrutábamos de ello y más viendo como Josep ponía cara de compungido al vernos destrozar el hogar que tanto le había costado formar. Nos seguía a todas partes pero no se atrevía a replicarnos nada y menos intentar algo por la fuerza. Ni siquiera con Alberto que, en teoría, podía parecer presa fácil por su silla de ruedas. Lo que buscábamos, en concreto, eran esas armas automáticas con las que nos había amenazado y que debían estar en aquella casa. Josep dijo que era un farol y que lo dijo sólo para asustarnos, pero que allí no íbamos a encontrar nada.

Pero de farol nada. El muy ladino tenía un cajón lleno de munición del calibre 5,56 x 45 Mm. OTAN debajo de la cama de una de las habitaciones secundarias. Al ser preguntado por ello no pudo seguir sosteniendo su mentira y declaró que los fusiles de asalto estaban escondidos en un

hueco debajo de un mueble del sótano. Allí descubrí cinco carabinas *M4*, los fusiles de asalto estándar del ejército norteamericano. Al preguntarle a Josep por la procedencia de aquellas armas nos contó que las había hallado en el consulado norteamericano en Valencia, donde estuvo registrando tras el holocausto de la pandemia. Le pregunté a Alberto si aquellas armas nos convenían más que nuestros *G36* y este contestó que, aunque los *M4* eran muy buenos fusiles, no se podían comparar con los nuestros. Además, los fusiles norteamericanos requerían un gran mantenimiento en limpieza, para tenerlos bien operativos, algo que los nuestros no necesitaban. Así que no había más que hablar. Alberto los inutilizó quitándolos el cerrojo para deshacerse de ellos posteriormente, así no habría peligro de que fuesen utilizados.

Nos llevamos a Josep, que pasó con nosotros los siguientes días. No lo teníamos preso aunque por las noches le cerrábamos en su habitación. Habíamos pensado en hacer una reunión con todo el mundo para el día siguiente porque en la cuestión de Josep teníamos claro que la responsabilidad, que nos habían pasado los miembros de la familia, no nos correspondía a nosotros. Lo que ellos decidieran hacer con él lo atacaríamos sin rechistar, siempre que no fuese volver a un *status quo*, lo cual no consentiríamos de ninguna manera.

Al día siguiente me dirigí al edificio donde colgaban la bandera de reunión para hacer saber a todos que aquella noche les esperábamos en la discoteca. Sara me avisó de que era muy posible que no acudiera nadie, o menos de los esperados, por miedo a nosotros y nuestras armas. Aunque el hecho de que hubiesen estado con total libertad durante ese tiempo quizás les habría dado confianza y habrían acabado por admitir que no éramos malas personas. Si alguno había tenido de verdad miedo de nosotros se habría largado.

—¿Quién te ha puesto la dosis de antes de ayer? —preguntó Sara.

—Alberto. No se le da mal hacer de enfermero. Al menos no me ha dolido ni me ha dejado el hombro dolorido.

—¿Qué vais a proponer esta noche?

—Creo que lo más conveniente es que esta gente lo decida por sí misma. Pero si me preguntan mi opinión les diré que, o bien obliguen a Josep a irse a otra parte, o sean ellos los que se marchen. No veo más solución que la separación.

—¿Y si dicen que quieren seguir como hasta ahora?

—No creo. He visto a Catalina, Mª Ángeles, José Antonio y los demás. Dudo que acepten una vida como la de antes. Además, hay varias chicas con dependencia al *Prozac*, eso tendrán que tenerlo en cuenta. Lo raro es que no hayan venido a vernos para pedirnos que les diésemos unas cuantas pastillas. ¿Has subido a ver a Ana?

—Hace un rato, pero lleva unos días en los que sólo sale para ir al baño. Me preocupa su estado. Intento comunicarme con ella pero es como si hablase con una pared.

—Si lográsemos que bajara, Alberto podría hablar también con ella. Me lo ha comentado, incluso que le subiésemos entre todos. Dice que intentará ir moviéndose con las muletas, aunque todavía le duele al hacer movimientos muy bruscos y con muletas tendría el muñón muy zarandeado. Creo que es pronto para eso, pero si conseguimos ayudar así a Ana él hará el esfuerzo.

—Habrá que intentarlo porque me quedo sin ideas —concluyó Sara con gesto grave—. Además, tenemos que irnos de aquí porque este lugar se me está haciendo cuesta arriba. Me pasa como te

ocurrió a ti con Llanes.

—A mí también —convine—. Los lugares donde hemos tenido problemas dejan de tener su encanto.

El estado de ansiedad de algunas de las mujeres, ya que no les era suministrada su dosis de *Prozac* habitual, hizo que varias de ellas, tal y como había dicho Sara, se acercasen a nuestra casa. Supuse que primero habían ido donde Josep, incluso registrándola, y al no hallar nada vinieron a nosotros. Eran Thea, Laura y Luna. Las recibimos con cortesía y las invitamos a entrar. No tenían temor sino algo de nerviosismo producto de la abstinencia. Alberto tuvo la precaución de mandar a Josep a su cuarto, donde Sara lo encerró con llave. No queríamos provocar una situación violenta.

—Sé que estás pensando que Josep se sirvió de un antidepresivo para obligarnos, en cierta manera, a mantener relaciones con nosotras —expuso Laura—. En ese punto te diré que no es del todo correcto. Él siempre nos ha tratado correctamente y si nos hemos acostado con él es por la misma razón que lo hemos hecho con los demás: era una filosofía de vida que nos gustaba. Otra cosa es la manipulación que ha hecho a veces aprovechando ese control que le daba por ser el suministrador. Sobre todo desde que llegasteis vosotros. Creo que estaba obsesionado con Sara y eso hizo apretarnos las clavijas para intentar convenceros de que os quedaseis. Pero la forma de persuadiros ya visteis que era de lo más inocente. Mostraros un poco de lo que os perdíais si os ibais.

—¿Y por qué entonces os suministró antidepresivos si tan bien vivíais? —inquirió Sara.

—En eso tampoco tuvo la culpa —añadió Thea como avergonzada—. Yo venía de pasar una horrible época post pandemia y estaba muy mal anímicamente. Una vez que Josep me integró en el grupo hablamos de ello y le pedí algún tipo de estimulante para que mis problemas no me atormentasen.

—Ya, y te aconsejó el *Prozac* —concluí circunspecto. El listo de Josep había conseguido que sus tretas pasasen inadvertidas o como producto de una ayuda desinteresada por su parte.

—Aunque el botiquín era amplio no había mucho más donde elegir —excusó Laura.

—Sólo por curiosidad —intervino Alberto—. ¿Habéis venido a por las pastillas o a intentar convencernos de que Josep no era tan malo?

“Buen disparo, cazador”, pensé. Alberto podía tener poco tacto pero no se andaba por las ramas.

—Si no hubiésemos escuchado aquella cinta seguramente os pediríamos que lo dejaseis libre —se animó a hablar Luna—. Pero después de saber la opinión que tenía de nosotros, especialmente de algunas, yo...

—Nos importa una mierda lo que pase con el —completó Laura—. Sólo queremos que nos deis las malditas pastillas..., por favor.

—Sobre el punto de qué hacer con Josep —dije— os emplazamos a la reunión de esta noche, porque esa es una cuestión que os compete a vosotros. Sobre las pastillas os diré que yo he pasado por lo mismo con la oxicodona. He sido, soy mejor dicho, un ex consumidor y sé cómo os sentís. Pero vais a tener que pensar seriamente en prescindir de ellas. Porque, tarde o temprano, se os acabarán y buscaréis otras cosas más fuertes y a medio plazo vais a tener un grave problema...

—Eso ya lo sabemos —cortó Thea muy nerviosa—. Por favor, no nos hagas suplicarte porque lo haremos si es necesario.

SEÑOR R

Sara me miró con preocupación y Alberto mantuvo su pétreo semblante sin mirarme. La decisión, por lo tanto, de nuevo era cosa mía. "De un ex-*yonki* a *yonkis*", pensé algo abatido.

—Os daré todo lo que tenía Josep guardado. Pero sabed que ya no hay más y que, por vuestro bien, vais a necesitar ayuda.

—Por favor, Miguel... —rogó Luna instándome a que fuese a buscar las preciadas pastillas. Debían estar pasándolo bastante mal.

Me levanté y al cabo de unos momentos regresé con el botiquín. Traje todo para que se cerciorasen de que no me quedaba con nada. Laura, intentando que no se notara su impaciencia, cogió las cuatro cajitas de *Prozac* que había y como una buena samaritana ofreció una a cada mujer. La sobrante la abrió para repartir su contenido de igual forma equitativa. La escena nos pareció muy triste.

Las chicas se fueron al poco rato, aunque no dijeron nada de ir por la noche a la reunión. Sara comentó que era una pena que unas chicas tan jóvenes y guapas estuviesen en aquella tesitura.

—Son malos tiempos para tener adicciones —comentó Alberto.

—Te rogaría que no trivializases con eso, Alberto —le pedí intentando aguantar mi malestar ante aquella simpleza—. Me jode bastante.

Este se dio cuenta y me pidió perdón. Asentí de mala gana con la cabeza y subí a ver a Josep para explicarle que aquella noche íbamos a volver a la discoteca y que esperaba que demostrase un poco de madurez.

Por la noche nos dirigimos en coche hacia la discoteca. Sara había optado por quedarse con Ana, ya que no creía que dejarla sola fuese conveniente. Alberto quiso llevar el fusil de asalto, pero me negué en redondo. Aunque no pude impedir que llevara la *Glock*. Yo opté por ir desarmado, porque no quería intimidar a nadie. De todos modos, sólo queríamos hablar. Josep iba al lado de Alberto, muy serio y taciturno, pensando en lo que le esperaba, aunque supuse que sabía que iba a salir mejor parado de lo que pensó en un primer momento, sobre todo tras la muerte de Will, en la que incluso debió temer por su vida. Fuese lo que fuese yo estaba decidido a dejar zanjado el asunto aquella misma noche e intentar irnos en uno o dos días más, dependiendo de Ana.

Para nuestra sorpresa, Ángel ya estaba allí y había habilitado el local como tenía por costumbre. Encendiendo el generador y preparando la mesa de reuniones. Debió haber limpiado los restos de sangre coagulada, así que nos evitó tener que hacerlo nosotros. Nos saludamos de forma fría y nos invitó a entrar. No quiso mirar a Josep.

Poco a poco, fueron apareciendo Catalina, Mª Ángeles, Lucas y José Antonio. Esperamos un rato más y, tras comprender que Thea, Laura y Luna no iban a aparecer, tal y como me temía, empezó la reunión.

Desde el principio quise dejar claro que el asunto principal a tratar era Josep y que, tras saber lo que pensaban hacer, tanto Alberto como yo nos iríamos. No nos interesaba la posible discusión que aquel grupo mantuviese sobre su futuro. Aquello no nos incumbía. Las mujeres mostraron su desacuerdo diciendo que no podíamos pasar de discutir del futuro de la familia cuando nosotros habíamos casi provocado su disolución. Alberto iba a dirigirla unas duras palabras en su réplica pero le acallé con un gesto de la mano.

—Déjalo, Alberto. Ya hemos dicho lo que opinamos al respecto. Si vosotros creéis que hemos

sido los culpables de esta situación es que no habéis entendido nada.

—No hagas caso a Catalina —intervino José Antonio—. Está, bueno, estamos todavía asimilando lo que ha pasado estos últimos días. Estamos muy desorientados.

—¿Qué pensáis hacer con Josep? —pregunté ignorando el comentario de José Antonio.

Este mismo tomó la palabra. Parecía claro que ya habían tomado una decisión entre ellos. Algo que agradecí porque nos ahorraba mucho tiempo.

—Por unanimidad, queremos que Josep se vaya cuanto antes.

—Ya has oído —dije mirándolo con dureza—. Supongo que con un par de días tienes más que suficiente para coger algunas cosas e irte.

—¿Puedo decir algo? —solicitó este.

Me encogí de hombros y dejé que fuesen ellos los que dieran permiso. Ángel declaró que todo el mundo tenía derecho a defenderse, incluso Josep. Nadie se mostró en desacuerdo, así que este se levantó, supuse que para hacer más énfasis en sus palabras.

—Sólo quiero que sepáis que lamento mucho que todo haya terminado así, pero debéis saber que siempre os he querido a todos y que jamás habría hecho algo que os pusiera en peligro.

—Si vas a decir tonterías mejor que no sigas —zanjó José Antonio—. Todos escuchamos la grabación. ¿Se te ha olvidado?

—Muchas cosas las dije por decir. Me pudo el orgullo. Era como si hubiera estado vacilando...

—Creo que ya has hablado demasiado —le interrumpió Catalina—. No quiero seguir escuchando a este hipócrita.

Josep bajó la mirada y se sentó musitando todavía unas disculpas.

—Creo que eso es todo. Alberto, Sara, Ana y yo nos iremos de aquí en cuanto estemos listos —anuncié levantándome con intención de marcharnos.

—¿No queréis saber nada de nuestro futuro? —preguntó José Antonio, quien al ver que negábamos con la cabeza nos rogó que les escucháramos.

—Oiremos lo que tengáis que decir, pero sin rodeos —accedí algo molesto por tener que esperar más tiempo. Aquel lugar se me hacía claustrofóbico por momentos.

—Veréis, varios de nosotros queríamos pediros que nos dejéis ir con vosotros —solicitó José Antonio ante nuestra atónita mirada. No esperábamos algo así.

—Vuestra forma de vida no casa con nuestras ideas. No funcionaría —zanjó Alberto sin piedad.

—Aceptaríamos vivir de otra forma. De todos modos, algunos ya estábamos cansados de cómo se hacían algunas cosas aquí —replicó José Antonio ante la mirada de reproche de Josep.

—Jamás os quejasteis por eso —dijo este con amargura—. Ahora, cuando se os acabó el chollo, vais de víctimas, pero todos os beneficiasteis de vivir así.

—No os enzarcéis en una discusión —tercié con impaciencia—. Yo lo resuelvo ahora mismo. No aceptamos que os incorporéis a nuestro grupo. Suena duro pero es mejor que, para la supervivencia de todos, cada cual se busque la vida. Los grupos grandes sólo dan problemas. Si os queréis disgregar hacedlo e iros por vuestra cuenta, que no os de miedo intentarlo.

—Pero yo también era de vuestro grupo y quiero seguir siéndolo —reivindicó Lucas apesadumbrado y con aspecto terriblemente cansado.

—No, Lucas —negué con la cabeza—. Tú aceptaste unirte a esta gente y ahora deberás afrontar

con ellos el futuro.

—Pero Ana también era del grupo.

—No vayas por ahí, amigo —avisó Alberto—. Ana ya ha sufrido bastante aquí. Se viene con nosotros y punto.

—Si habéis sido capaces de conseguir comida, agua e incluso electricidad, podéis volver a hacerlo. Es más, ni siquiera tenéis que moveros sino os apetece. Con Josep fuera podéis quedaros —expliqué tratando de darles algo de esperanzas. No en vano, en menos de una semana, se habían quedado medio desmantelados.

Las mujeres se mostraron apesadumbradas. Quedarse allí parecía ser la única opción. Su única esperanza era unirse a nosotros y tras nuestra negativa sólo les quedaba resignarse.

—Mª Ángeles y yo queríamos irnos —informó Catalina poniéndose en pie—. Pero si no quieres que nos unamos a vuestro grupo lo acataremos. Supongo que después de lo que ha pasado nos lo merecemos. Nosotras solas no nos atrevemos a salir a buscar otro lugar, por lo que nos mantendremos en esta zona. Ahora que Josep se va creo que podremos sobrevivir.

Todos parecieron estar de acuerdo. Cuando me acerqué a Alberto, para comentarle algunas cosas, Lucas se levantó. Tras dar un par de pasos hacia nosotros, se desplomó en el suelo. Corrimos a socorrerlo y le dimos la vuelta.

Para nuestro horror comprobamos que, de sus fosas nasales, brotaba una mucosidad espesa y tenía los ojos muy enrojecidos.

—¡Mierda! —exclamó Ángel aterrado—. ¡Tiene la *Gripe X*!

***

Todos se asustaron mucho por lo ocurrido. La presentación de los síntomas de la pandemia había llegado tarde al cuerpo de Lucas y por lo visto de manera muy virulenta. Normalmente toda la gente que en su día se infectó por la *Gripe X* presentaba al inicio una sintomatología muy parecida a la de una gripe normal. Pero lo que le pasó a Lucas nos hizo pensar que o que la gripe había mutado a algo peor o los efectos secundarios de la vacuna *Drextel 2*, que le fue administrada, le habían pasado factura.

Y eso nos inquietaba porque todos nosotros, excepto Lucas, habíamos desarrollado una inmunidad de forma natural a la anterior *Gripe X*. Ignorábamos si en una hipotética mutación del virus seguiríamos conservando esa protección. Así que hubo varias reacciones encontradas. Por una parte se dijo de aislar a Lucas, para mantenerlo en cuarentena, pero por otro lado ese aislamiento ya no tenía sentido porque Lucas había estado alternando con nosotros durante aquellos días previos. Por la cara de terror que puso Catalina este había estado intimando con ella.

Se impuso la cordura en este asunto y si se trataba de una nueva cepa de la gripe ya estábamos todos contagiados en el caso de que así fuera. No era, por tanto, necesario mantener aislado a Lucas. Le dejamos en su casa esperando el desenlace de aquello. Yo estaba seguro de que el culpable había sido la *Drextel 2*, que fue producida bajo unas condiciones especiales y no había sido probada para ver sus efectos a largo plazo. Quizás al salir del bunker el virus de la *Gripe X* precipitó la recaída. Para asegurarnos de que no era una infección común le administramos un antibiótico. Pero el tratamiento, al segundo día, pareció no surtir efecto alguno y lo suspendimos. Lucas había

recobrado el conocimiento a las pocas horas por lo que estuvo consciente desde entonces. No hablaba mucho y pude apreciar que se había hecho ya a la idea de que era su final. Desde que salió del bunker había estado esperando aquel momento y lo aceptaba con resignación.

—No puedo quejarme, Miguel —se sinceró aquella tarde—. He vivido más tiempo de lo que creía e incluso he podido conocer a gente estupenda. Tú, Sara, Alberto, Ana, Catalina,...

—Sabes que no podemos hacer nada, ¿verdad?

—Si, si..., tranquilo. Lo comprendo perfectamente. M muerte es una cuenta pendiente que voy a cumplir. Retrasé de forma artificial mi contagio y me salvé. Tenía que haber muerto junto con la mayoría de la población. El simple hecho de estar hablando contigo ahora, después de casi diez meses de aquello, es un milagro.

—Cuando te suministraron aquella vacuna experimental. ¿Os dijeron que tendría efectos secundarios a largo plazo?

—¿Crees que como mis síntomas son algo diferentes puede ser un efecto secundario en vez de la propia gripe?

—No tengo ni idea. Es una de las posibilidades que contemplamos. Otra de ellas es que se haya desarrollado una mutación de la *Gripe X*. En ese caso estamos preocupados porque nosotros podemos acabar siendo también infectados.

—Pero todos vosotros, todos los supervivientes, poseíais una inmunidad natural. No sé mucho de esas cosas pero no creo que podáis desarrollar los síntomas aunque mute el virus. Tendría que mutar demasiado, creo.

—No lo sabemos —negué con la cabeza—. Este asunto, como tantos otros, nos sobrepasa.

—Pase lo que pase sólo te pido una cosa.

—Dime.

—Que no os vayáis hasta que... Hasta que esto termine. No quiero quedarme solo de nuevo. Por favor...

—Descuida, Lucas. No pensábamos hacer nada de eso. Estaremos a tu lado.

Lucas me miró agradecido y se intentó incorporar para levantarse. Le miré sorprendido.

—¡Necesitas guardar reposo!

—Es posible, pero no me encuentro tan mal y no quiero desaprovechar mis últimas horas postrado en una cama. Quiero salir a la calle y sentarme en el porche para ver el cielo y sentir la brisa.

Le ayudé y se quedó allí sentado. En verdad tenía una gran entereza.

Al día siguiente Catalina lo encontró muerto, tirado en el suelo de aquel porche.

Aquella celeridad de la enfermedad prácticamente ratificó nuestras sospechas de que aquella muerte era debida a la vacuna *Drextel 2*.

Durante aquel tiempo habíamos estado preparando nuestra partida. Teníamos pensado utilizar de nuevo nuestros dos vehículos: el Xsara y el Renault 4. Los habíamos preparado para el viaje y vuelto a cargarlos con provisiones, herramientas y armas necesarias. Teníamos previsto volver a separarnos durante el viaje ya que Ana debía ir con Sara. Esta estaba muy preocupada por el estado anímico de su amiga, ya que no decía nada excepto con monosílabos y se pasaba la mayor parte del día dormitando o mirando fijamente hacia algún punto, con la mente puesta en otra parte. Alberto

había intentado hablar con ella con el mismo resultado que los demás.

Josep se largó una mañana, sin despedirse y con la amargura de saberse proscrito. A alguno le dio algo de pena esta situación pero yo, en el fondo, no estaba contento de dejar que un pederasta declarado vagase a sus anchas por el país. El único consuelo que tenía era que no había visto ningún niño superviviente.

Dos días después nos pusimos en camino con nuestros vehículos, sin mirar hacia atrás y sin ninguna despedida. Maldiciendo la hora en que llegamos a aquel lugar que tanto dolor nos había provocado.

Iniciábamos nuestro enésimo viaje. Esta vez continuando hacia el Sur.

***

La vida *on road* era más o menos igual todos los días. Solíamos ir por la carretera que bordeaba la costa mediterránea hacia el sur. A veces, a consecuencia del corte del carril habilitado teníamos que desviarnos por otras carreteras secundarias y eso nos obligaba a dar rodeos inmensos. Otras veces íbamos a buena velocidad aunque jamás logramos pasar de 90 kilómetros por hora. En definitiva, era un viaje lento y pesado.

Pasamos por San Javier en dirección a su zona de la playa, en Santiago de la Ribera, que estaba adyacente a una antigua base del Ejército del Aire, la cual nos podía venir bien. Asimismo, había un hospital donde intentaríamos buscar más medicamentos, sobre todo anti depresivos para Ana.

Acabamos instalándonos en un hostal en primera línea de playa. El lugar no era nada lujoso, pero con una cama para cada uno cumplía con nuestros modestos requerimientos. El hostal había tenido un restaurante en la planta baja bastante amplio que nos podía servir como lugar de reunión.

—¿Este lugar va a ser nuestra parada final? —indagó Alberto aquella noche, mientras los dos dábamos un paseo por el oscuro paseo marítimo de Santiago de la Ribera.

—No al menos para mí. Este lugar no está mal, pero yo busco un lugar más especial para Sara.

—¿Existe ese lugar? Creo que buscáis una quimera, perdona que te lo diga. Hemos pasado ya por muchos sitios y en todos ellos reina la desolación más absoluta.

—¿Desolación? Supongo que si lo miramos por las huellas pasadas de la Humanidad sí que es desolación, pero ahora es un mundo nuevo. Se supone que la tierra era así antes de que nosotros la invadiésemos. Me refiero al silencio y a la paz. Al ruido del mar. ¿Se oiría el murmullo del mar en este mismo paseo marítimo cuando había cientos de personas por aquí paseando? No. Sólo se oirían a ellos mismos, a los coches, a los gritos... Y fíjate ahora, que tranquilidad. Que olor más maravilloso a salitre.

—Es obvio que te encanta la soledad —resumió Alberto mientras sonreía.

Este iba manejándose cada vez mejor con la silla de ruedas y eso le daba ya cierta autonomía, lo cual repercutía en su mejoría de estado de ánimo.

—Siempre me ha gustado la soledad. Lo que pasa es que, tal y como vivíamos antes, era una soledad dañina. Porque no hay nada peor que vivir solo rodeado de gente. A la larga eso te va quemando. Pero ahora es lo que hay y créeme si te digo que me gusta. Cuando hablo de soledad me refiero a estar con mi nueva familia, en este caso Sara, Ana y tú.

—Hombre, gracias por lo que me toca. Me alegra que digas eso porque es la misma sensación

que tengo desde hace tiempo. Hemos pasado muchas cosas todos juntos y espero que sigamos así.

—Claro —asentí—. Sólo espero que Ana se recupere. Y lo hará, ya lo verás.

Alberto se detuvo y me miró.

—No quería decir esto delante de Sara, porque es muy amiga de ella, pero creo que Ana se está dejando.

—¿Qué quieres decir con que se está dejando?

—Que le da igual vivir o morir. Ojala me equivoque, pero eso sólo tiene un final.

—¡Alberto, tío, no me seas agorero! —exclamé muy molesto.

—Te hablo con conocimiento, Miguel. Debería habéroslo dicho antes pero, hace un par de días, vi a Ana intentando hacerse con una de las pistolas que guardamos de reserva en el coche. Creo que me vio acercarme y lo dejó, pero eso sólo puede significar que quiere acabar con su vida.

—A lo mejor quiere sentirse protegida —deduje buscando otra explicación—. Quizás piense que si hubiese llevado un arma aquel día podía haberse protegido y ahora quiere tener esa opción.

Alberto me miró y siguió avanzando.

—Es posible, Miguel. Pero también puede ser lo que te he comentado.

Seguimos andando por el paseo, cada uno con sus pensamientos aunque seguro que la protagonista de los mismos era la misma mujer.

***

Todas las mañanas intentábamos buscar algo para comer. Tal y como comprobamos el único inconveniente de aquella zona era que prácticamente no había nada para cazar. Al no haber bosque o campo, donde los grandes ungulados pudiesen alimentarse, quedaban los conejos como única alternativa y eso era insuficiente para dar de comer a cuatro personas, al menos dos veces al día. Alberto me sugirió que lo mejor era intentarlo de nuevo con la pesca. No era peligroso en aquel mar casi cerrado y eso supondría una buena fuente de alimentos frescos y sanos.

Como el propio Alberto no podía acompañarme, como hiciera en Llanes, le pedí ayuda Sara. Lo primero que hicimos fue buscar un pesquero de tamaño pequeño que funcionase y para eso subimos en una pequeña zodiac de la Cruz Roja para ir visitando varios buques que estaban amarrados cerca de la costa.

Vimos diferentes barcos de pesca, sobre todo los que no estaban varados o en muy mal estado. Subimos en un pequeño buque, muy similar al *Aurora* de Llanes, que parecía idóneo para nuestras pretensiones. El barquito, llamado *Tres amigos*, estaba sucio y descuidado, producto de tantos meses de inactividad y abandono. Sara en seguida abrió la rejilla que daba acceso al motor y empezó a toquetearlo. Ignoraba si los conocimientos de mecánica de esta llegarían a tanto. Un rugido ronco y una espesa humareda negra me sacaron de dudas. Lo había conseguido arrancar. Me metí en el estrecho puesto de mando mientras conminaba a Sara a agarrarse en algún sitio. Esta soltó el amarre de la boya y a golpe de motor, fuimos saliendo del enjambre de pequeñas embarcaciones, con nuestra zodiac atada de un cabo y remolcada por si nos era necesaria en un momento dado.

Nos fijamos en que a babor, a una corta distancia, se encontraba semi hundido el barco de pasajeros que hacía la ruta turística por la zona. Todavía se podían reconocer varios cuerpos

atrapados en las bancadas. Como la profundidad de aquellas aguas no llegaba a los siete metros era imposible que se hubiera hundido del todo estando de popa como estaba. Parecía como si lo hubieran bombardeado o algo así.

Giramos la cabeza hacia otro lado, para no seguir contemplando aquello, y nos dirigimos al sur. Habíamos subido a bordo varias cañas de pescar que encontramos por la zona y que esperábamos nos ayudaran a sacar algún pez de buen tamaño. Dentro del propio pesquero había unas pequeñas redes que de tan enmarañadas que estaban nos fueron completamente inservibles.

Al cabo de un par de horas pusimos fin al día de pesca. Quedaba poco combustible y teníamos que ir a la gasolinera del puerto a ver si podíamos llenar el depósito. No habíamos pescado más que una lubina de poco peso y dos doradas de igual porte.

La temperatura era buena, de algo más de quince grados. En aquella zona, en pleno invierno, las temperaturas nunca bajaban de diez grados lo que por las noches nos venía muy bien porque no eran necesarias calefacciones de ningún tipo. Con un par de mantas bastaba para abrigarse.

Alberto nos recibió como si del mismo Colón se tratase al llegar de descubrir América. Aunque la pesca había sido escasa había sido un logro haber podido llevar algo. Aquello nos subió mucho la moral. Sara dijo que la experiencia le había encantado, por lo que me rogó que siguiera contando con ella como grumete.

***

Los días pasaban de manera apacible. A pesar de que el escenario de playa y sol era muy parecido al de Castelló de Cortes, la sensación era diferente. Ana, que se había recuperado algo gracias a la medicación, hablaba mucho con Sara, quien pasaba casi todo su tiempo libre con ella. Todas las mañanas partíamos en el *Tres Amigos* a tratar de pescar algo. A veces se nos daba muy bien y otras no tanto, teniendo que compensar lo que habíamos logrado sacar del mar con las socorridas conservas.

Aunque en un principio nos habíamos instalado allí para pasar sólo un par de semanas lo cierto es que no teníamos prisa por irnos, ya que de momento teníamos cubiertas nuestras necesidades básicas de supervivencia y el clima era muy benigno. Al menos eso era lo que pensaba yo, porque pronto me daría cuenta de que no todo el mundo estaba tan satisfecho.

Una tarde Ana y Alberto nos pidieron hablar con nosotros. Nos sentamos en el Paseo marítimo y allí nos avisaron de que se marchaban.

—Supongo que tú, Sara, me comprenderás —susurró Ana con un hilo de voz—. Lo he pensado bien y creo que necesito alejarme de aquí y volver a mi hogar.

—Si te agobia la playa nos vamos mañana mismo los cuatro —replicó Sara de inmediato sin contar conmigo para nada.

—No quiero que pienses que soy una desagradecida, pero no quiero que os sacrifiquéis más por mí. Creo que con la compañía de Alberto lograré buscar la paz que necesito.

—Como bien dices, yo soy la única que puede comprenderte —dijo Sara con los ojos llenos de lágrimas—, y por eso te digo que la soledad no es el mejor remedio para lo que te pasa. Yo estuve meses sin Miguel y fue mucho peor.

—Para eso estará Alberto. Me apoyará en los momentos difíciles. Sara, de verdad que lo necesito, no me hagas rogar, por favor.

Ana la abrazó y susurró que no era por nosotros, que no nos confundiésemos. También dijo que esperaba poder volver a contactar con nosotros algún día, aunque sabíamos que en aquellas condiciones era algo difícil.

—Me voy porque la quiero e intentaré que olvide todo lo malo —explicó Alberto cuando nos apartamos para dejar a las mujeres que se despidiesen más íntimamente—. Por mí nunca me hubiera ido de vuestro lado. Pero si ella se va...

—Alberto, lo voy a sentir mucho. Ya sabes que os apreciamos como si fueseis de nuestra familia. ¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté, más que nada por Sara, quien iba a sufrir la separación más que ninguno.

—Espero que sea algo temporal.

—Sabes que no hay manera de localizaros. Si no sabemos adónde estáis de una manera fija ya me dirás tú cómo podremos volver a encontrarnos en el futuro.

—Cuando le pregunté a Ana adónde quería que nos fuésemos me dijo que quería volver a su pueblo en Guadalajara. Se llama Almeda, así que si alguna vez intentáis buscarnos allí estaremos. Como vosotros pensabais iros al sur me temo que no podremos ser nosotros quienes lo hagamos.

—Hace unos días pensaba que quedarnos por aquí no era mala idea para pasar el invierno, pero con vuestra marcha seguro que Sara querrá irse. Este sitio no le gusta porque le recuerda a Castelló de Cortés. Creo que teme que un día se presenten incluso los de allí.

Las chicas se levantaron y se acercaron a nosotros. Ambas habían estado llorando.

—¿Cuándo habéis decidido iros? —pregunté.

—En un par de días, como mucho —respondió Alberto—. Con vuestro permiso nos llevaremos el Xsara

—Sin problemas. Os dejaremos provisiones para una temporada. Si vais a ir al interior del país pasaréis frío, así que tenedlo en cuenta para buscar ropa de abrigo.

Ana y Alberto se fueron una mañana en la que el levante soplaba con furia. Este duro viento había hecho, desde la pandemia, que el paseo marítimo tuviese una buena capa de arena que llegaba hasta la carretera adyacente.

Fue una despedida muy emotiva, llena de abrazos, besos y lágrimas. Habíamos compartido muchas cosas juntos durante muchos meses y en aquel mundo solitario dolía, y mucho, perder a gente de confianza.

Ana arrancó el Xsara y se alejaron por las callejuelas en busca de su paz anhelada.

Sara me abrazó buscando consuelo. Se sentía muy sola. Las únicas personas con las que de verdad había tenido confianza se acababan de ir y el último que le quedaba era yo. Para ella era suficiente pero sus temores internos no le hacían ver el futuro cercano con optimismo. La vi tan decaída que la dije que ya volveríamos a verlos algún día y que no se viniese abajo por ello porque estábamos juntos y eso era lo importante.

—No puedo evitar sentirme triste —susurró con melancolía.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas alegre como antes? —inquirí mientras seguía abrazándola. Sara temblaba por el frescor de la mañana, o por otras causas.

—Vayámonos nosotros también. Encontremos un hogar viajando como lo hicimos al principio.

—Y lo haremos, te lo prometo. Pero creo que irnos ahora es un poco precipitado. Aquí podemos pasar bien el invierno, hasta que llegue la primavera y podamos movernos por cualquier sitio con más facilidad.

—¡Yo quiero irme ya! —exclamó algo desesperada—. ¡Este sitio no me gusta!

Me quedé pensativo durante unos instantes.

—Sara, nos vamos a ir pero no podemos desaprovechar las ventajas que nos ofrece este lugar. Hay mucha comida fresca saludable. Si volvemos a la carretera ya sabes que pasaremos penurias.

—Pero juntos pasaremos cualquier cosa —interrumpió casi sollozando.

La situación estaba derivando hacia algo más hondo. Me recordó a aquella discusión en la que acabé marchándome de su lado.

—Sara, de verdad que te entiendo. Pero parece como si aquí el único que no pudiese descansar un poco soy yo. Todos habéis buscado vuestras soluciones a vuestros problemas internos pero yo también tengo derecho.

—¿Qué problemas tienes, Miguel?

—En estos últimos meses me vi obligado a irme del lado de la persona que amaba. Estuve recorriendo lugares y descubriendo a gente excelente, como los amigos que se acaban de ir. Pero también descubrí lo peor del ser humano, la violencia, el horror, la sangre, la locura, las drogas, la muerte... Sara, yo también tengo derecho a estar cansado y a intentar reponerme. Aquí siento que estoy a gusto, que las terribles escenas que he tenido que presenciar se van disipando. Es posible que si volvemos a viajar hallemos la paz, aunque también es posible que volvamos a encontrar la locura y yo no sé si podré aguantarlo más, de verdad. Ahora soy yo quien necesita que te sacrifiques por mí.

—¿Por qué nunca me has contado tus miedos y angustias? —preguntó Sara con lágrimas en los ojos—. Estar juntos no quiere decir que sólo nos amemos físicamente. Tenemos que compartirlo todo.

—Lo siento Sara, pero aunque me duela decirlo tú fragilidad emocional de aquellos meses me impidió cargarte con más problemas, en este caso los míos.

—¿Me veías como una llorona quejica? ¿Esa es la imagen que te he dado?

—Sara, hace un momento me has dicho que te sientes triste. ¿Crees que después de contarte lo que he sufrido yo vas a estar más animada o podrías pasar de tu tristeza para combatir la mía? No, cariño. No te reprocho nada, pero tienes tendencia a venirte abajo y eso, seguramente, sea por el trauma que sufriste, pero tienes que ser consecuente con ello. Si yo he de hacer de tío fuerte lo haré, pero por favor permítete derrumbarme una sola vez.

Sara me miró. Era evidente que estaba dolida, muy frustrada por todo aquello. Y yo prácticamente le había echado en cara que no me había servido de mucho apoyo anímico aquellos últimos meses. Lo de recordarle que me había echado de casa tampoco fue muy elegante por mi parte.

—Perdóname, Sara. No quise decir eso. Soy injusto contigo porque me has ayudado mucho. Lo hiciste incluso cuando no estabas, con tu pensamiento. El saber que podría volver a verte.

No dijo nada. Se quedó un momento pensativa. Entonces se aclaró las lágrimas y me miró.

SEÑOR R

—Tienes razón. Como bien has dicho tengo que ser consecuente y no puedo reprocharte nada. Fui yo quien te echó de casa y por culpa de aquello lo has pasado muy mal. No estás muerto de puro milagro y yo, encima, me quejo de que estoy triste porque se ha ido mi amiga. No soy capaz de sacrificarme por ti. He sido una cría egoísta. Pero si esto te ayuda, si crees que permanecer aquí te servirá para olvidar tus miedos, me quedaré contigo. Ahora soy yo quien tiene que demostrar lo que te quiero. Tú lo has hecho muchas veces y no me he dado cuenta hasta ahora.

—Sara, no te fustigues. Yo no...

—No, Miguel. Lo digo en serio, perdóname y déjame cuidarte. Te prometo que no me derrumbaré y que tendrás a alguien en quien apoyarte.

La abracé sintiéndome culpable pero contento de que Sara me quisiese todavía como antes.

—Esto es lo que vamos a hacer —la susurré—. Nos quedaremos aquí un par de semanas más, preparando el viaje con tranquilidad y luego nos iremos. Creo que es un tiempo prudencial para descansar. ¿Te parece bien?

Sara me miró y me abrazó.

—Te quiero —murmuró apretándose contra mí.

Sara, parecía estar de mejor humor. Aunque también pudiera ser que se había obligado a estar con la moral alta. Nuestra conversación de hacía unos días al menos había servido para que sobrellevase mejor la falta de su amiga Ana. Se había concentrado en intentar hacerme feliz y en que yo olvidara los oscuros episodios de horror que había padecido.

También ayudó que terminase mi tratamiento de vacunación para la rabia. Al cabo de sólo un día nos desquitamos del periodo de abstinencia, con besos, caricias y horas metidos en la habitación, intentando quizás recuperar el tiempo perdido.

Febrero

Con el infatigable Renault 4 nos dirigimos esta vez al oeste, ya que más al sur se nos acababa la Península Ibérica. Íbamos camino de Andalucía.

Por la AP-7 seguíamos bajando al suroeste. Nuestra intención era ir por la costa, por Almería, Málaga, hasta llegar a Cádiz. En el trayecto esperábamos encontrar algún lugar donde poder pasar una temporada. Estábamos en pleno invierno y no nos apetecía ir hacia el interior porque haría demasiado frío. En la costa no se estaba mal y la temperatura solía ser bastante más agradable.

Habíamos pasado varios días en diferentes pueblos del camino. Aquella zona no tenía más que desolación por todas partes. La tierra árida almeriense dejaba ver los estragos de la pandemia sumados a los efectos devastadores de las lluvias torrenciales del otoño anterior. Vimos varias fosas comunes abiertas precipitadamente cerca de la autopista, hechas para contener a los que iban cayendo en el asfalto.

Aquellas imágenes, además de la de los pueblos por los que pasábamos a descansar, no contribuían demasiado a levantarnos en ánimo. Tuvimos que escoger una carretera local a la altura de Vera porque la autopista estaba tan congestionada en aquella zona que nos fue imposible avanzar. Nos vimos obligados a dar un nuevo rodeo. El enésimo en dos días. Esa forma de viajar era algo a lo que había que acostumbrarse en aquellos duros y colapsados días.

Llegamos a las Carboneras, un pueblo turístico con casitas de color blanco, enclavado en la reserva natural del Cabo de Gata y que nos llamó la atención porque no estaba desolado como otros pueblos que habíamos visto. No había demasiados cuerpos ni vehículos por lo que sospechamos que el lugar fue evacuado antes de que fuera demasiado tarde. El pueblo estaba en la falda de una montaña y Sara condujo el vehículo hasta una zona alta, donde había numerosas casas de buen aspecto. Parecía una urbanización de lujo. Consideró que estaban bien y que podíamos probar a quedarnos un par de días a descansar. Acepté resignado. Estaba empezando a notar que mi ansiedad estaba creciendo de nuevo en mí. Quizás había precipitado nuestra salida de Santiago de la Ribera.

Entramos en una de las casas, la primera de aquella urbanización. Esta contaba con una magnífica terraza exterior. Sara supuso, con razón, que desde aquella terraza y con esa elevación habría unas vistas increíbles del Mediterráneo. No tardamos en comprobarlo. La casa, de dos plantas, era sencilla pero bien amueblada y conservada. La terraza era en verdad grande y se accedía

a ella desde la habitación de matrimonio, en la primera planta. Desde allí divisábamos la pequeña y cercana isla de San Andrés, así como buena parte del pueblo y de la costa. Se tenía que disfrutar de unos amaneceres ciertamente hermosos.

Le dije a Sara que me iba a acercar al centro del pueblo, a ver si podía conseguir agua, que en aquella zona era bastante difícil conseguir de manera natural. Antes de la pandemia todos esos pueblos se surtían de agua de desaladoras. Ahora era un paraje semiárido donde las lluvias caían de forma torrencial sólo unos pocos días al año, predominando el resto con el continuo e implacable sol almeriense. Normalmente no había excesivos problemas para hacerse con agua, ya que solía haber muchas botellas de agua mineral en cualquier parte. A veces, en algunos bares o cafeterías, había verdaderos almacenes de botellas y garrafas de agua que nos hacía despreocuparnos del tema. Pero en aquel lugar, supuse que por el caos de la pandemia, la gente debió acaparar toda el agua posible, por si fallaba la desaladora. Algo que debió ocurrir, porque los establecimientos de hostelería estaban pelados de botellas. Debieron ser saqueados y eso me obligó a tener que entrar en las casas particulares, donde siempre se podían encontrar alguna. Lo malo era que eso me obligaba a forzar las puertas y a menudo tener que entrar en lugares infectos por la descomposición de cuerpos en su interior.

No se podía tener todo. En Llanes no había problema de agua y comida pero los inviernos eran húmedos y fríos. En el sur no había problema con la temperatura, pero había escasez de agua y comida. Los rebaños de ungulados del norte no habían llegado todavía por allí y dudaba que lo hicieran por la falta de pastos. Si quería cazar algo, tenía que conformarme con conejos o aves que tuviese la fortuna de encontrarme. La otra opción en aquellos pueblos costeros era salir a la mar a intentar pescar. Esa era la única posibilidad viable de hacerse con alimento fresco. También en esa parte del país había gran número de viveros e invernaderos, los llamados comúnmente “plásticos”. Amplias zonas de cultivo de regadío donde se había producido la mayoría de las frutas del país. Era paradójico, pero en la zona más seca de España estaba una parte importante del regadío. Ahora estaban lógicamente abandonados pero todavía se podían encontrar frutas y verduras en buen estado que iban creciendo asilvestrados, aunque la mayoría de los cultivos se habían secado y echado a perder por el clima y la falta de agua. Las pequeñas huertas que los jubilados de los pueblos solían tener en sus jardines solían ser el mejor sitio para intentar recolectar algo de provecho. Al igual que hiciera en Madrid decidí explorar las casas de la zona para dar con este tipo de terrenos.

Había vuelto a salir armado. Con el fusil de asalto a la espalda y la pistola al cinto. Sara quiso acompañarme pero con diversas excusas le dije que era mejor que se quedara en la casa limpiándola y preparándola para poder habitarla. No le hizo gracia quedarse de *maruja* pero tampoco quiso insistir.

Lo bueno de aquel pueblo es que no tenía edificios altos, tipo Benidorm, sino que eran bajos y con el mismo aspecto. Supuse que al estar situado en un paraje singular les obligaría a contenerse en altura. Pensé en la de kilómetros de costa que en España habían quedado para “pasto” de los *guiris* y especuladores, arruinando maravillosos paisajes sólo por construir ese horror de: “en primera línea de playa”. Qué poca humildad tuvo el ser humano con la tierra. Y así nos fue.

Llegué al paseo marítimo, muy similar a la de tantos otros pueblos por los que habíamos pasado. Muy arreglado y bonito, pero sin gracia ni personalidad. Al menos las playas no parecían en mal

estado, a pesar de los desechos que el mar lanzaba continuamente.

Aquella mañana me desperté temprano. Hacía fresco pero como solía ser habitual por allí, nada que no se pudiera aguantar con una fina chaqueta. Tenía pensado acercarme a un restaurante que había visto el día anterior y que no tenía aspecto de estar muy mal. Quizás pudiera encontrar agua en abundancia.

Varias gaviotas pasaron volando, evocando el aire marinero del lugar, a pesar de que los alojamientos turísticos se habían comido al pueblo pesquero que debió ser en su origen. Un perrito me salió al paso. Este me miró con curiosidad y salió huyendo en cuanto hice amago de acercarme. Me acordé del pequeño *wookie*. Supuse que en aquella zona los perros de pequeño tamaño no tendrían el problema de ser atacados por lobos y osos. Además, podían buscarse mejor la vida que los grandes, ya que por su tamaño podían meterse por huecos donde poder encontrar algo de sustento. Quizás esa fue la razón por la que no vi ni un sólo perro de gran tamaño. La Naturaleza era sabia y donde en un sitio sobraban animales lo compensaba en otros donde hacían falta.

El restaurante estaba saqueado. Por fuera, como la mayoría de los edificios de la zona, no parecía que lo estuviese, pero nada más entrar me di cuenta de que allí no encontraría nada. De todos modos entré en la cocina. Un cadáver seco y momificado me recibió. El riguroso clima árido del lugar había dejado los cuerpos más acartonados que un embalaje. Lo positivo de aquello era que ya no eran peligro de infección y el olor no era tan nauseabundo.

La nevera estaba abierta y no había más que alguna caja de fruta ya desecha. Ni rastro de botellas de agua. Había una puerta en la cocina que daba acceso a una especie de patio interior. Este estaba lleno de suciedad, trastos y miles de cagadas de palomas, que debían tener sus nidos en la parte superior. Olía mal a consecuencia de tanto excremento. Como eso podía ser un foco de infecciones me fui de allí en seguida. Sin embargo, antes de irme, me fijé que en la planta superior, que pertenecía a un edificio aledaño, había una ventana abierta y un goteo de un líquido que parecía agua corría por la fachada.

Quise investigar aquello porque podía ser que hubiera un aljibe de agua que su dueño hubiera preparado en los tiempos de la *Gripe X*. Quizás pudiera aprovecharlo.

Salí del restaurante y entré en el portal contiguo. Nada más empezar a subir los escalones, hacia la primera planta, me sobrevino el pestilente y familiar olor a cadáver en descomposición. Tenía que ser reciente porque los cuerpos ya no hedían así, al menos los que murieron en la época de la pandemia y días posteriores. Podía tratarse de un animal o incluso algún superviviente que hubiese muerto hacía poco tiempo.

Por precaución preparé el fusil de asalto. Aunque había bastante luz acoplé la linterna táctica al mismo, por si acaso. Ascendí con pasos imperceptibles, hasta el rellano de la escalera del primer piso.

Me puse un pañuelo en la cara a modo de improvisada mascarilla. Esto atenuó algo el tufo, aunque por su intensidad debía estar ya muy cerca de su origen. Hacía tiempo que no llevaba la máscara antigás como equipo básico porque prácticamente ya no había lugares malolientes. A no ser que fueran sitios muy húmedos, o con aguas residuales, donde los cadáveres flotasen sin poder descomponerse del todo y donde el olor tardaría años en desaparecer. Pero este no era el caso. Aún así el hedor no era como aquellas veces en Madrid, donde el hacinamiento de muchos cuerpos,

produjo olores apreciables a mucha distancia. En aquel piso solo debía haber un cuerpo o dos a lo sumo.

El cuarto que daba al patio interior, de donde provenía el hilo de agua, estaba lleno de botellas y garrafas de agua mineral. La mayoría vacías. Una garrafa de agua estaba tumbada cerca de la ventana. De varios cortes en la misma se filtraba poco a poco su contenido. Ahí estaba la explicación pero de allí no podía aprovechar nada.

Fue en la siguiente habitación donde descubrí el origen del olor a descomposición.

Después de más de diez meses, viendo miles de cadáveres, de todo tipo y condición, después de tanto vivido y recorrido, uno espera que su corazón se haya endurecido ante aquellas repetidas visiones y que así nos permita contemplar aquel nuevo mundo en toda su crudeza sin casi inmutarse.

No era así. Había momentos que afectaban de una manera especial. Aquel fue uno de ellos, sino el que más.

La visión de aquel niño muerto fue un varapalo tremendo. Había visto ya muchos cuerpos sin vida de niños de todas las edades, pero aquel crío había fallecido relativamente hacía poco tiempo. Eso quería decir que había sido un superviviente y que había muerto en la más completa soledad. No debía tener más de seis o siete años y debió morir a consecuencia de alguna enfermedad causada por alguna infección o por la mala alimentación. Eso daba igual. Seguramente si hubiésemos pasado por allí un mes atrás hubiera habido muchas posibilidades de que lo encontráramos vivo. Pero ahora estaba allí, tirado en una cama, encogido mientras algunas moscas revoloteaban todavía por encima.

Sin embargo, lo que terminó de encogerme el alma fue la visión de aquel osito de peluche que el niño había agarrado con fuerza en su postración. Era el símbolo de la inocencia, de lo inexplicable y absurdo de aquella situación, en la que un niño tuvo que sobrevivir solo durante meses con la única compañía de aquel amiguito de tela en el que había depositado sus deseos y angustias.

Otra losa más en mi mente que hizo que me derrumbase. Apoyado en el fusil, empecé a llorar amargamente. Lloraba por aquel niño, por todos los niños que habían acabado en la misma situación, por hallarse solos en un mundo que les era hostil. En la Naturaleza sólo los fuertes sobreviven. La Humanidad no era una excepción y por eso nunca habíamos encontrado niños o ancianos supervivientes. Era, a los ojos de los supervivientes, un mundo cruel.

Yo que me había jactado de haber sobrevivido todo este tiempo a innumerables peligros y horrores tenía ante mí a un pequeño que había logrado vivir casi el mismo tiempo con tan tierna edad. Un verdadero milagro con trágico final.

Durante aquellos meses sólo había enterrado a unas pocas personas. Normalmente a gente que había sufrido mucho y que se habían ganado su derecho a unirse a la tierra, en vez de permanecer tirados en una calle y desaparecer a consecuencia del paso del tiempo. Aquel niño del osito se lo merecía más que nadie.

Lo sepulté en el seco jardín que había frente a aquella casa. En aquella fosa, que tardé un par de horas en cavar, deposité al pequeño con delicadeza, como si su cuerpo fuese de cristal. Todavía con la congoja atravesada en la garganta le coloqué su osito de peluche de nuevo en sus petrificados brazos para que lo siguiera abrazando durante toda la eternidad.

—Adiós, pequeño —murmuré abatido—. Descansa en paz.

SEÑOR R

Me di la vuelta, cabizbajo y entristecido. Sólo quería regresar al lado de Sara para que me reconfortara con un cálido abrazo. En aquel momento lo necesitaba más que el aire para respirar.

***

A menudo solía admirar el mar desde la terraza. Me sentaba en una silla y apoyaba los pies en la balaustrada. Podía permanecer así mucho tiempo. Contemplando la inmensidad del mar, que gracias al sempiterno cielo despejado azul, parecía un mural gigantesco que me daba mucho sosiego. El rumor de las olas, algunas gaviotas o pajarillos acompañaban con su banda sonora aquellos apacibles momentos. Desde allí podía divisar, de vez en cuando, algún pequeño buque o bote a la deriva que desaparecían de la vista o terminaban varando en la costa.

Sara solía acompañarme algún rato, pero no aguantaba tanto tiempo sin hacer nada. No me lo decía pero intuía que no le gustaba verme así de inactivo.

Había dejado de recorrer casas o de callejear por el pueblo. Ahora era Sara la que se ocupaba de buscar agua y comestibles por la zona. Yo no quería, o no me atrevía a salir por si volvía a contemplar escenas tan desgarradoras como la del niño con su osito.

Sabía que tenía un problema. Era algo lógico después de tantos meses de vaivenes emocionales. También sabía que había vuelto a tener taquicardias y ansiedad como cuando me estaba quitando de la oxicodona. Para mi pesar, también sabía que estaba acercándome a esa línea imaginaria que divide el estado anímico normal de la depresión.

Sara intentaba hablar conmigo y saber el por qué de aquel súbito decaimiento. Si había sido por descubrir a aquel niño. Yo le dije que aquello había desencadenado algo en mi interior y que no podía sobrellevarlo sin su ayuda.

—Necesito sentir que estás conmigo —le decía y ella me abrazaba tratando de animarme—. Tengo la sensación de andar sobre un abismo.

—¿Pero por qué, no estás bien conmigo? —quiso saber muy preocupada.

—Es que no creo que sea algo de ti o mis sentimientos hacia ti. Es que no logro quitarme de la cabeza tantas cosas...

—¿Cuáles?

—Los horrores. Todo lo que he visto y sufrido. No sé qué me pasa, Sara, pero de repente, después de ver a aquel niñito, me ha venido todo de golpe. Como si hubiera pendido un gran peso sobre mí y se hubiera desplomado de repente. Catherine ya me avisó de que volvería a sufrir alguna vez episodios así.

—Por favor, Miguel, tienes que volver a ser fuerte como antes. ¿Cómo puedo ayudarte?

No supe que responder. Ella debió ver una gran tristeza en mi mirada porque en seguida se puso a llorar. Se recobró casi al instante y me abrazó de nuevo. En mi cabeza resonaban las palabras de Catherine: “si vuelves a probar una pastilla, te mueres”. A pesar de ello, en ese momento, no deseaba otra cosa en el mundo que meterme una de aquellas mortíferas píldoras de felicidad artificial.

Mi pulso se aceleró entonces como si estuviera fuera de control. Antes de poder reaccionar de alguna forma, caí al suelo desmayado.

Cuando abrí los ojos había pasado cerca de dieciocho horas desde que perdí el conocimiento. La

bella luz de la mañana inundaba la habitación y el olor a salitre hizo que me incorporase lentamente. Sara estaba allí, a mi lado, dormida en aparente placidez. Le acaricié el hombro y se despertó. En seguida me abrazó, sollozando y preguntando qué tal estaba. Según me dijo había tenido una fiebre tan espantosa que me tuvo que aplicar paños de agua durante varias horas. Me dio paracetamol que era de los pocos medicamentos de que disponíamos y por un momento creyó que no iba a salir de la taquicardia.

Durante mi intranquilo y largo sueño me había despertado varias veces delirando y gritando. Sara no quiso decirme qué cosas gritaba pero debieron ser aterradoras. Aunque tenía el cuerpo muy dolorido por la fiebre me encontraba mejor. Pude comer y beber, sentándome bastante bien. Sara, no sé si producto del cansancio de velarme durante toda la noche, o el susto que se había llevado, no dijo casi nada y sólo me sonreía mientras intentaba dormitar a mi lado.

Estaba claro que había pasado una de aquellas crisis conjeturadas por la doctora belga. En mi mano estaba que se repitieran o no. Estaba seguro que mi pesar de los últimos días había hecho que mi cuerpo bajara la guardia y el monstruo del deseo por las sustancias prohibidas se asomase de nuevo. Para evitar que aquello volviese a suceder tenía que afrontar los problemas como había hecho hasta entonces. Debía intentar no dejarme llevar por mis sentimientos más negativos. Debía mantenerme alerta para no deslizarme a través de aquella línea imaginaria. En definitiva, si no quería morir en otro ataque, debía estar dispuesto a superar cualquier cosa. Eso era lo que Catherine me previno, que aprendería a tener bajo control mi dependencia. Pero eso iba a ser duro. Aunque, después de todo, nadie dijo que aquella vida fuera a ser fácil.

Me volví a tumbar junto a Sara y le pasé el brazo por la cintura. Le olí el pelo como me gustaba hacerlo y la susurré varias palabras al oído. Ella se estremeció. Sin darse la vuelta, me agarró la mano derecha y la besó.

Así, bien acurrucados, nos quedamos dormidos.

***

Aunque me sentía otra vez mejor todavía parecía un paciente de un psiquiátrico esperando el alta. Sara creía que era mejor que esperase todavía un par de días para volver a salir, por si me daba otro ataque de ansiedad o pánico. Pero tenía que intentarlo, más que nada porque nos quedábamos sin agua. Aquel lugar no estaba nada mal, pero la escasez del preciado líquido nos hizo darnos cuenta de que allí no había mucho futuro.

No quise que ella me acompañase porque no quería sentirme como un enfermo. Debía superar mis temores por mí mismo. Así que, en principio, iba a bajar al pueblo en el coche, pero al intentar a arrancar me di cuenta de que el motor estaba muerto.

—A lo mejor se trata de la batería —indicó Sara abriendo el capó.

—No lo creo. Se la puse nueva en Santiago de la Ribera y funcionaba de maravilla. Joder, es un fastidio tener que buscar otro vehículo. Con lo difícil que es.

—No te preocupes —dijo Sara—. Seguro que un día de estos encontramos algo mejor. Hay que reconocer que el coche era ya muy viejo.

Asentí con desgana y me coloqué el fusil a la espalda, junto a la pequeña mochila que utilizábamos para ir recolectando provisiones y agua. Saludé con la mano a Sara e inicié el descenso

al pueblo. Para que esta se quedara más tranquila y comprobase que no estaba nervioso o desanimado, empecé a silbar una melodía.

Pasé de nuevo por el restaurante de la última vez y por la tumba que cavé en el jardín de enfrente. Respiré hondo y seguí el camino hasta la zona de los chiringuitos del paseo. Esperaba encontrar algo por allí, por lo menos alguna botella de agua. Para mi sorpresa logré dar con una lata de cerveza intacta, que estaba debajo de un montón de cosas, detrás de la barra de uno de aquellos locales. Ni corto ni perezoso la abrí y bebí con avidez. Estaba francamente mala, por lo caliente que estaba, pero no era tan desagradable como para no acabarla. No todos los días se podía disfrutar de una cerveza en la playa.

Volví a encontrar varios perros de pequeño tamaño que se peleaban por los despojos de una gaviota muerta. A lo lejos, en alta mar, se podía seguir divisando innumerables embarcaciones, sobre todo pequeños botes o buques de recreo que tenían las amarras más débiles. Pensé en los enormes buques que todavía seguirían a la deriva por todos los mares, como el tenebroso *Charles de Gaulle* ¿Cuántos supervivientes habrían muerto por no poder llegar a tierra firme?

Por no querer indagar dentro de los edificios, regresé sin nada en la mochila. Al menos, el paseo me había servido para cerciorarme de que no me volvía a dar un desmayo o que me quedaba petrificado en cualquier esquina. Me sentía optimista y eso era lo más importante.

En el momento que ascendía por la calle aledaña a la de la casa me di cuenta de que algo no iba bien. Nunca había tenido buena memoria e incluso se me olvidaban los nombres de gente que acababa de conocer un poco antes. Pero estaba seguro de que aquel enorme todoterreno no había estado allí al pasar la última vez. Además, había un detalle que lo delataba. No estaba tan sucio como todos los demás vehículos que había en la zona.

Tragué saliva y preparé el *G36*. Si alguien había aparcado justo en aquel lugar sólo podía significar que intentaba acercarse a la casa sin que le vieran. No era casualidad la llegada de aquel vehículo. Tenían que saber que nosotros estábamos allí. ¿Por qué sino aparcar en la calle de al lado pudiendo hacerlo justo frente a la casa? Eso demostraba que quien fuese quería pasar desapercibido. Aceleré el paso, angustiado por no saber a lo que me enfrentaba, y por el hecho de que Sara hubiera estado sola cerca de dos horas.

Fui por la parte de atrás del edificio. No oí nada, ningún ruido que pudiera avisarme de lo que estaba ocurriendo en el interior. La puerta de atrás, que daba acceso a la cocina, estaba abierta tal y como la habíamos dejado, así que pude entrar sin problemas. Dejé la mochila en el suelo y en completo silencio empecé a inspeccionar la casa. Primero la parte inferior.

No pensaba si aquel, o aquellos, desconocidos podían ser hostiles o no. Era probable que a lo mejor hubieran contactado con Sara y no hubiese problemas, pero por precaución era mejor ponerse en la peor de las situaciones. Que era que Sara estuviese retenida. No quería situarme en un escenario realmente catastrófico, como que estuviese muerta o herida.

Tras comprobar que la planta baja estaba despejada, inicié el ascenso hacia las habitaciones. Justo cuando ponía el pie en el primer escalón percibí un sonido proveniente de aquella parte. Parecía una tos y desde luego no de Sara.

Quité el seguro del fusil. Miré de reojo el cargador traslúcido y comprobé que estaba repleto. Es decir, tenía treinta balas de munición de guerra. Más que suficiente para llevarme por delante a uno

o dos hombres en un segundo. Si había más iba a ser como en el Oeste. La sorpresa volvía a estar de mi lado, lo que unido a mi experiencia me hizo acometer el asunto con confianza.

Cuando estaba a punto de terminar de ascender por la escalera escuché la voz de Sara. No supe lo qué decía pero era un verdadero alivio comprobar que estaba viva. Parecía como si estuviera enfadada. No llegaba a gritar pero el tono era más alto de lo normal en ella. Aún así no lograba adivinar nada salvo palabras sueltas que no me aclaraban nada.

Volví a oír la tos de antes. Era de un hombre.

Me acerqué hasta quedarme justo a la derecha de la puerta de la habitación de donde provenían los ruidos. Comprobé por enésima vez que todo en el arma estaba correcto para poder meterme en la boca del lobo en los siguientes segundos.

Patada en la puerta o giro rápido del pomo. Esas eran las dos posibilidades. Opté por lo segundo, porque aquellas no eran puertas típicas de piso de playa. Parecían firmes y no me apetecía volver a dislocarme el hombro. Pero girar el pomo suponía dejar el fusil sin el apoyo de una mano. Gracias al tamaño compacto de aquella arma pude aguatarla con la mano derecha mientras acariciaba el gatillo y con la mano izquierda asía el pomo de la puerta. Aquello me haría perder uno o dos segundos que podían ser preciosos.

Mentalmente conté hasta tres y giré el pomo de la puerta con determinación. Empujé la puerta y esta se abrió de golpe de forma muy violenta. Ya tenía bien agarrado el fusil de asalto cuando entré dentro.

Lo que vi me dejó helado.

A la izquierda de la habitación, junto a la cama, estaba Sara de pie. Desnuda salvo por unas braguitas. Tenía en sus manos una pistola automática y estaba apuntando a un hombre con gorra de béisbol que estaba a la derecha, junto al armario, arrodillado y cabizbajo. En el momento de mi irrupción Sara se sobresaltó y me apuntó bajando el arma al instante al comprobar que era yo.

El hombre también se había asustado y alzó la cabeza mirándome fijamente.

Era Josep.

Me costó reconocerlo porque estaba más delgado y parecía que había envejecido desde la última vez que le vi. Vestía de forma muy distinta a como lo había hecho en Castelló. Ahora no parecía un turista inglés sino un camionero. Había temor en sus ojos en cuanto me miró. Y era para tenerlo.

—¿Qué cojones ha pasado? —inquirí mientras notaba como una furia descontrolada recorría todo mi cuerpo.

—Menos mal que has venido —dijo Sara sin que su voz delatase que había sufrido algún tipo de daño por parte de aquel depravado—. No me atrevía a atarle, por si me la jugaba, así que hemos estado así casi una hora. Esperando que llegaras.

—¿Te ha...? —la angustia me impedía hablar.

—No. Pero no será porque no lo ha intentado —respondió Sara con una profunda mirada de desprecio.

—¿Tienes algo que decir antes de que te vuele la cabeza? —le pregunté casi escupiendo las palabras.

—¡Soy un enfermo, lo sé, pero no merezco que me mates así! —exclamó este alarmado.

—¡Ya lo creo que lo mereces, pederasta de mierda! —rugí presa de la ira.

—¡Miguel, espera! —exclamó Sara alarmada—. ¡No te precipites! Te conozco y sé que luego te arrepentirás.

—¿Cómo ha logrado dar con nosotros?

—Te lo explicaré. Hemos tenido tiempo para conversar. ¿Verdad, Josep?

» Según parece nos siguió cuando nos marchamos de Castelló. Nos estuvo vigilando en Santiago de la Ribera y también hizo lo mismo hasta que nos instalamos aquí. Sabía todos nuestros movimientos. Además, ha saboteado nuestro coche.

» El muy cerdo ha esperado hasta que te has ido para intentar raptarme y ser una especie de concubina. A los veinte minutos de irte yo estaba dormitando, todavía en la cama, cuando noté que alguien entraba en la habitación. Creí que volvías pero al girarme me lo encontré, sonriendo y con esa cara... ¡De jodido salido! Me dijo que me amaba y que quería hacerme feliz, que tú no eras capaz de valorar lo que tenías y que sabría cómo hacerme sentir especial.

» ¿Y cómo crees que quería hacerme sentir especial? Me obligó a desnudarme por completo. Mientras me apuntaba con una pistola no dejaba de manosearme los pechos. El cabrón decía que le gustaban mis pechos pequeños porque eran muy de adolescente y eso le ponía muy caliente. Creí que me iba a volver a pasar lo mismo otra vez. Otra violación, otro paso por el infierno. Pero no estaba dispuesta. Ya no soy la misma persona que hace meses. Para bien o para mal he cambiado y ya no me importaba morir si conseguía evitar aquello. Aprovechando que este animal estaba absorto, le propiné una buena patada en la entrepierna. Intentó apuntarme con la pistola, pero ya era tarde. Ya tenía dominada la situación. Le quité el arma y así hemos estado. Bueno, conseguí ponerme al menos las bragas porque este degenerado, después de todo lo que había pasado, seguía mirándome como un obseso. Qué asco de tío. No merece la pena gastar una bala con él.

—¿Me estás diciendo que has estado siguiéndonos y espiándonos porque estás obsesionado con ella? —inquirí haciendo un amago de darle con la culata del fusil.

—¡La amo! —aulló Josep—. ¡Te amo Sara y no quieres comprenderlo! Desde que te vi la primera vez supe que eras especial. Eras tan angelical, tan niña...

—¡Pero qué niña, hijo de puta! ¡Si tengo veintiséis años! —le increpó Sara, profundamente asqueada.

—Déjalo, Sara. Este pederasta se ha montado su película a falta de niños en el mundo con que satisfacer su degeneración.

—¡Te amo, Sara! Me retorcía de dolor al pensar que era otro el que te hacía el amor, el que tocaba esa pálida piel, el que te olía, el que te lamía esos pequeños pechos, el...

Le solté un culatazo tremendo. Su gorra cayó al suelo pero Josep, milagrosamente, se mantuvo de rodillas. De la sien le empezó a brotar un hilo de sangre. Me miró con rabia.

—¡Me llamas pederasta y tú también eres mayor para ella!

—¡Eres un enfermo de mierda! —le insulté con desprecio—. No merece la pena ni que te responda.

En mi interior pensaba en lo que hubiera pasado si aquel mal nacido hubiera dado con el pobre niño del osito de peluche. Eso me enervó aún más.

Otro culatazo lo dejó sin sentido en el suelo.

Pusimos los últimos bártulos en el interior del enorme todo camino que era el SsangYong con el

cual había venido Josep a Carboneras. Sara tuvo ciertos remilgos a la hora de elegirlo, por haber tenido aquel propietario, pero había que reconocer que era un vehículo en buen estado, grande y con tracción a las cuatro ruedas. Nos venía de perlas y más aún después de que el Renault 4 quedara inservible. Josep lo había saboteado quitando los manguitos de gasolina. Cualquiera se ponía a buscar otros.

Sara se animó a conducir la primera. Le gustaba la idea de ponerse al volante de aquel armario con ruedas.

Esta no miró hacia atrás en ningún momento, pero yo no pude evitar hacerlo. A través del retrovisor derecho pude ver fugazmente el cuerpo de Josep, suspendido de la terraza de nuestra antigua habitación, ahorcado como un miserable con un cartel en el cuello donde se leía "pederasta".

Sara tuvo razón y no valió la pena malgastar ninguna bala con él.

***

Nos levantamos pronto. Hacía algo de frío aunque con unas chaquetas y los jerséis puestos se podían aguantar la temperatura sin problemas. El lugar, otro hotel restaurante de carretera, era un antro pero nos sirvió para pasar la noche.

No me sorprendió demasiado que a ninguno de los dos nos hubiera planteado un dilema moral el ahorcamiento unilateral de Josep. Supuse que después de tanto tiempo en aquel mundo cruel se nos había endurecido el carácter.

Quizás un disparo hubiera sido más humano y el resultado hubiera sido el mismo, pero buscábamos, simple y llanamente, venganza. Queríamos una muerte humillante y violenta. Cada uno de nosotros por un motivo. Sara trataba de vengarse de alguna forma de aquel soldado que la violó. Al tener delante a otro hombre que lo había intentado debió bastarla para superar la barrera de lo racional. Por mi parte no sabía muy bien los motivos. ¿Por qué le puse aquella soga improvisada en el cuello, mientras este gritaba y suplicaba? ¿Por qué, sin ningún atisbo de piedad, le obligué a subirse a la balaustrada de la terraza y lo arrojé al abismo de una patada? Me daba miedo hurgar en mi interior y buscar una justificación para aquello. Me hubiera gustado poder decir que lo hice porque intentó violar a Sara, hacerle daño o raptarla. Pero lo cierto es que estaba lleno de ira, rabia y odio por todo lo que había sufrido yo hasta entonces. En él personifiqué a todos los monstruos con los que me había topado. Fue un desahogo primario del que no estaba orgulloso, pero del que tampoco me lamentada. Y eso si podía ser preocupante porque eso me podía llegar a poner al mismo nivel que aquellos con los que me había enfrentado.

Se notaba la potencia de aquel coche, comparado con la de los demás vehículos en los que habíamos circulado, con la excepción del Humvee de *Uno*. Sara conducía como siempre, con decisión y habilidad. Su pequeña figura parecía perderse detrás del volante pero no había duda de que el coche lo controlaba ella y no al revés. La bella domando a la bestia, pensé mientras dormitaba contemplando en la lejanía, a la izquierda, la costa y el precioso azul del mar.

En Almería se nos abrieron dos posibilidades. O bien dirigirnos hacia Granada, por el interior, ya que parecía que la carretera estaba algo mejor, o ir de nuevo hacia la costa, siguiéndola hacia Málaga. Estando a mediados de febrero supusimos que por la zona granadina y más por Sierra

Nevada, haría frío. Así que nos decantamos por seguir bordeando la costa andaluza. Allí el tiempo sería mucho mejor pero, por el contrario, tendríamos una autopista, la A-7, con los problemas de siempre. Pero con el SsangYong nos veíamos capaces de atravesar una casa entera si nos lo proponíamos, así que nos animamos. Además, Sara dijo que si lográbamos dar con algún pueblecito "mono" podríamos quedarnos una temporada.

—¿Crees que otros supervivientes habrán pensado lo mismo que nosotros? —preguntó Sara, que acababa de despertarse e iba bostezando en el asiento de copiloto—. Me refiero a que, al ser invierno, las condiciones climatológicas en el interior serán peores que en las zonas costeras del sur o el levante.

—Ya lo había pensado —respondí atento a la enorme fila de coches amontonados a los lados de la carretera—. Supongo que ir por esta enorme autopista costera, con este carril habilitado por los tanques es una alternativa más que viable. Por lo que es muy posible que podamos encontrarnos con otra gente.

—No me gustaría volver a vivir en un grupo —afirmó Sara con gesto serio—. Al menos no de momento.

Hubo un silencio algo prolongado. Sabía por qué lo decía. Me di cuenta de lo mucho que la había afectado la convivencia con la gente de Castelló de Cortés y no quise decir nada que la incomodara. Asentí y sonreí como dando a entender que no se preocupara por ello.

—Te aviso que nos queda poca comida y sólo tenemos una botella y media de agua —dijo Sara cortando aquel forzado mutismo.

—Vamos un poco apurados de provisiones. Tendremos que empezar a explorar en alguno de estos pueblos a ver si logramos dar con algo. ¿Probamos en el siguiente lugar? —pregunté mirando los paneles indicativos de la autopista, que señalaban la localidad almeriense de Adra a cinco kilómetros.

—Perfecto —convino Sara—. Veo que por esta zona hay también muchos invernaderos, quizás logremos sacar algo provechoso.

—Uf —resoplé—, acuérdate de los plásticos que hemos visitado hasta ahora. No son más que lugares con fruta podrida o seca. Esos lugares sin agua no sirven para nada.

—Miraremos las huertas de los *jubiletas,* como hacíamos hasta ahora.

—Seguro que nos irá mejor —asentí con la cabeza.

Adra estaba arrasada. No había ningún edificio en pie. Aquello nos extrañó porque si bien los saqueos habían sido generalizados, nunca habíamos visto nada igual. Unos recortes de periódico nos pusieron sobre aviso de que allí, en aquella pequeña localidad, hubo un motín del pueblo contra algunos soldados que se propasaron en sus funciones de garantes de la seguridad. El linchamiento de estos por parte de la turba que estaba encolerizada por las violaciones y desmanes de aquel grupo, derivó en un simple acto de venganza por parte del ejército, que acabó arrasando la localidad en una muestra más del nivel de locura que se alcanzó en aquellos terribles días. Por lo tanto, no encontramos nada y tuvimos que proseguir el viaje.

Durante varios días circulamos por la Autovía del Mediterráneo con desigual suerte. A veces podíamos avanzar a buen ritmo y otras, las más, estábamos obligados a serpentear por los montones de vehículos que encontrábamos en el camino. Nos desviábamos por carreteras secundarias y

dábamos rodeos para volver a conectar con la autopista más adelante. El avance se hacía lento y tedioso, pero no sucumbíamos al desánimo porque, de alguna manera, estábamos contentos de vivir y hacerlo juntos. Volvíamos a tener aquella complicidad como cuando nos fuimos de Madrid. Y casi podíamos decir que disfrutábamos de aquello.

En Motril encontramos una especie de economato clandestino en una sala de su Ayuntamiento, que debieron haber reunido unos cuantos durante el caos de la pandemia. Aunque aquella docena de esforzados ciudadanos, que habían montado una especie de "el Álamo", acabaron por sucumbir, nos permitió aprovechar su trabajo de y nos avituallamos con toda clase de conservas, herramientas e incluso munición para las armas. Por fin, la suerte parecía ponerse de nuestro lado.

—Es una pena que haya tanta escasez de agua por esta zona. Sería un lugar ideal para instalarse —dijo Sara, dejándose acariciar por los cálidos rayos de sol del mediodía.

—Voy a echar un vistazo a la gasolinera por la que hemos pasado. A ver si hay algo aprovechable.

Sara se metió de nuevo en el ayuntamiento y yo me encaminé hacia el este, donde a no mucha distancia estaba la gasolinera.

El paseo fue muy agradable, con el único sonido de los pájaros y la brisa que venía del Mediterráneo.

Las gasolineras eran un buen lugar donde poder proveerse de toda clase de cosas para los vehículos. No por lo que hubiera en estas, sino en los coches que solían copar los accesos a estas. Las baterías de todo tipo podían encontrarse más fácilmente allí que en cualquier otro lugar, así como la posibilidad de llenar el depósito de gasolina con los "donantes" que había. Por no hablar de la disponibilidad de un sin fin de objetos que se podían hallar en el interior de los vehículos. En definitiva, no solía ser un tiempo perdido ir a echar un vistazo por allí.

Aunque aquella estación de servicio no estaba demasiado bien surtida, encontré varias conservas de atún. Decidí desayunar allí mismo. Un pequeño perro de aspecto famélico se me acercó casi al momento. Sonreí, acordándome de *Zas* y le dejé una lata entera para él.

—Hoy es tu día de suerte, amigo.

Mientras comía de mi lata y miraba al perro cómo daba cuenta de la suya, observé con más detenimiento a mí alrededor.

Al instante dejé de masticar.

En uno de los postes de la gasolinera había unos cuantos carteles pegados. Uno de ellos me llamó la atención en particular. Aquella tipografía y maquetación la había visto antes.

—Joder... —murmuré.

Me acerqué y corroboré lo que ya sabía: que era un mensaje como los que ya habíamos visto en el norte, instando a los inmunes de la pandemia a acercarse al instituto bacteriológico más cercano. En este caso indicaba uno en Málaga capital.

Aquello me dio a entender que fue mucha más gente la que había estado implicada en aquel asunto durante la pandemia. No fueron cuatro como habíamos pensado hasta entonces.

Regresé al Ayuntamiento, donde Sara seleccionaba el material que nos íbamos a llevar. Cuando le conté lo que había descubierto se mostró muy sorprendida.

—Y lo has visto de casualidad. Supongo que si nos hubiéramos fijado más en otros sitios los

hubiéramos encontrado también.

—No me cabe ninguna duda —afirmé—. Esa gente se organizó y trató de encauzar a los inmunes hacia diferentes centros de investigación. No sólo a Santander. Es posible que en cada provincia hubiera un lugar así.

—Pero ya hemos visto que no les sirvió de mucho. Al menos, en el norte porque el instituto de Santander no tenía pinta de haber desarrollado ninguna investigación al respecto.

—Quizás no llegaron inmunes a tiempo para ello.

Sara me miró. Sabía lo que iba a decir a continuación.

—Y quieres ir a Málaga a echar un vistazo.

—Iré yo sólo. No comprometeré tu seguridad. Pero es importante aclarar este asunto.

Sara no dijo nada. No tenía ganas de volver a discutir. Asintió y me miró con preocupación. La abracé para reconfortarla y dar ánimos.

—No me olvido de lo que hemos hablado —murmuré—. Regresaré pronto.

Decidimos que me esperase allí, puesto que en Motril teníamos un buen lugar donde Sara podía establecerse durante unos días.

—Me gustaría regresar a Madrid —dijo Sara—. Volver a nuestra casa e intentar pasar allí el verano.

—¿Echas de menos la piscina? —bromeé.

—Allí tuvimos buenos momentos y creo que es un buen lugar donde poder establecernos una temporada. Necesito echar raíces en algún lugar.

—Ya lo había pensado. Con la *cafetera* podemos recuperar algunas comodidades ya olvidadas. Y ahora sabemos muchas cosas para conseguir la comida que nos faltaba. Somos unos supervivientes natos.

Sara me miró y pareció querer añadir algo. Debió pensarlo mejor porque se separó de mí y se puso de nuevo con lo que estaba haciendo.

—Ten cuidado, ¿vale?

***

Me llevé el enorme SsangYong. No pensaba estar más de cuatro o cinco días fuera. Me acercaría a la dirección del instituto bacteriológico que venía en el cartel de la gasolinera y echaría un vistazo. Nada más.

Pasé la noche en Vélez-Málaga y conseguí llegar a la capital malagueña en relativo poco tiempo. Había tramos de la Autovía del Mediterráneo muy despejados gracias al buen hacer de los chicos acorazados del Ejército.

Me adentré en la ciudad por el sur, siempre siguiendo el paseo marítimo. Primero por Pablo Ruíz Picasso hasta Antonio Machado. La calle donde se encontraba el instituto estaba muy cerca de allí. Al menos en teoría.

Dejé el coche en el paseo. Debido a su tamaño y a la densidad de vehículos por las calles aledañas era la mejor opción.

Con el fusil de asalto terciado en el pecho y la máscara NBQ en el cinturón, preparada para su posible uso de inmediato, me metí en la que pensaba que era la calle en cuestión.

SEÑOR R

Era la Avenida de Juan XXIII, una de las principales aunque colapsada vía del centro de la ciudad. Desde esta debía tomar otra calle más pequeña que, en teoría, debía dejarme en el lugar exacto.

No encontré nada. No vi ninguna indicación al estilo del centro de Santander. El lugar donde debía estar el instituto bacteriológico no era más que una especie de almacén cualquiera de distribución de pescado, tal y como indicaba el rótulo de su fachada.

¿Se confundieron de dirección? Me extrañó que fuera así. Aunque el caos y las prisas de entonces podrían haberlo provocado. Después de impresos se tendrían que haber dado cuenta y al menos lo debieron haber corregido con un rotulador o algo. Pero no fue así. En Vélez-Málaga también hallé aquellos carteles y en todos estaba la misma dirección.

Luego pensé que si aquella gente actuaba de una manera un tanto provisional, era posible que en algunas zonas no dispusieran de un verdadero centro bacteriológico.

Ya que estaba por allí bien podía echar un vistazo.

El almacén estaba cerrado. No parecía que el saqueo hubiera llegado hasta allí. No me extrañó mucho porque había visto muchas veces edificios donde la gente se había hecho fuerte y lo había defendido como si de un castillo se tratara. No sólo en sitios oficiales, sino también residenciales donde los vecinos se unieron para repeler las agresiones de los saqueadores. Una cosa tenían en común todos esos lugares fortificados, y era la abundancia de cadáveres a su alrededor. Normalmente, los saqueadores intentaban entrar y eran masacrados. Pero allí, cerca del almacén, no había ningún cuerpo, aunque sí se percibían señales de violencia, como numerosos casquillos de bala y agujeros hechos por las mismas en vehículos y edificios contiguos.

Según me acercaba noté que había algunos carteles pegados a la pared del mismo. Eran iguales a los que había visto en Motril y en otras localidades malagueñas.

Había dos posibles accesos al interior. En la fachada principal había una gran puerta doble de aluminio, que supuse sería el lugar por donde entraban y salían los camiones de descarga. Estaba cerrada. A su lado había otra más pequeña que también estaba bloqueada desde dentro. No me había llevado una escopeta, así que no intenté descerrajar la cerradura con el fusil. Me lamenté de mi dejadez en algo tan importante como la seguridad, al no haber traído tampoco casco, gafas protectoras, y botas policiales como en aquellos inicios después de la pandemia. Con el paso de los meses y las vicisitudes había relegado la protección a llevar sólo lo que tuviera más a mano. Por eso no me vi en la situación de poder forzar nada por las bravas.

Fui hacia la parte de atrás del almacén, que debía llegar hasta la otra parte de la manzana. A su lado había un edificio de oficinas algo más alto. Como tampoco había ningún acceso por allí pensé en echar un vistazo al otro edificio. Desde lo alto del mismo podría observar el techo del almacén. Quizás se me ocurriera una forma de entrar por allí. Los dos edificios estaban pegados y no tendría que arriesgarme a saltar.

La enorme oficina no había corrido la misma suerte que el almacén y presentaba un estado lamentable. La primera y segunda plantas estaban parcialmente quemadas, con numerosos cuerpos carbonizados en su interior. La tercera y cuarta eran plantas típicas de oficina, con puestos para los trabajadores similares al lugar donde había trabajado como administrativo. El recuerdo no me resultó nada evocador.

SEÑOR R

Desde uno de los pasillos se accedía a un cuarto de mantenimiento donde podía haber subido a la cubierta del edificio sino hubiera estado bloqueada. Estuve diez minutos intentando abrir la trampilla pero no se movió ni un milímetro.

Volví a la cuarta planta y desde allí me dirigí a las escaleras. Subí hasta arriba del todo, pero encontré también cerrada aquella puerta que daba a la zona superior del edificio.

Casi desistí cuando pensé en el hueco del ascensor. Si era posible hacerlo escalaría hasta la azotea. Sólo era una planta y no debía ser complicado.

Me equivoqué, fue complicadísimo.

Abrí con esfuerzo la puerta del ascensor en aquella cuarta planta. Miré hacia abajo, al foso, pero todo estaba tan oscuro que apenas veía a un par de metros. Hacia arriba llegaba la claridad de un hueco, al lado de la maquinaria del mismo. Tuve suerte, porque en muchos otros la parte de arriba no daba a ningún lugar sino que estaban cerrados. Las guías que estaban ancladas a la pared tenían unos travesaños cada cierta distancia que podían permitirme ascender. Si el contrapeso hubiera estado arriba hubiera sido imposible poder hacerlo. Al parecer, la cabina del ascensor debía hallarse entre la tercera y la primera planta. Por lo tanto, no tenía ningún obstáculo encima de mí.

Coloqué el fusil a mi espalda. Como tampoco había tenido la precaución de llevar una linterna estuve tentado a dar marcha atrás. Pero la distancia me parecía tan poca que me animé a intentarlo.

Puse la pierna derecha sobre el primer travesaño de las guías. Lo noté bien firme e inicié la subida. Aproveché el paracaídas del chasis para coger impulso hacia arriba y situarme a poca distancia del armario de la maquinaria. Ascendí otra vez poniendo mi espalda en la guía del contrapeso e impulsándome con las piernas con la guía derecha del ascensor al tiempo que me agarraba de los cables y tensores de sujeción del mismo. Preferí no pensar en la distancia que había hasta el foso, pero era consciente de que me la estaba jugando por algo que todavía no sabía si iba a poder hacer. Era más que probable que no pudiera acceder al almacén desde la cubierta superior y que tuviera que volver por el mismo sitio.

Llegué arriba sudando copiosamente y con las manos doloridas por el esfuerzo. Salí por el hueco, tras apartar sin problemas la débil verja y pude acceder por fin a la cubierta superior del edificio. Demasiado esfuerzo y peligro. Me regañé a mí mismo por creerme tan valiente. Podía haber muerto y Sara jamás se hubiera enterado. Hubiera creído que la había abandonado a su suerte.

Recobré el aliento antes de inspeccionar aquella zona.

Pasé la enorme instalación del aire acondicionado y la zona de gravilla, hasta tener el almacén a la vista. El desnivel era de un par de metros. Desde mi altura divisé una puerta de acceso de mantenimiento que debía dar al interior del almacén. Pero no sabía si estaría bloqueada o podría abrirla sin demasiados problemas. Si no era así, y tenía que regresar por donde había venido, la altura podía ser insalvable. Quizás encontrase algo por la azotea del almacén que me sirviera para auparme.

Decidí jugármela otra vez.

Me descolgué de la pared exterior del edificio de oficinas al contiguo. A pesar de no ser demasiada altura corroboré lo que ya temía: que si tenía que volver a subir lo iba a tener complicado.

Me dirigí a la puerta de acceso. Mi apuesta estaba echada e iba a comprobar si ganaba o tendría

que lamentarme por mi temeraria conducta.

Gané. La puerta estaba cerrada con llave pero no fue complicado forzarla. ¿Quién sería tan estúpido como para querer entrar por la azotea?

Con el fusil en ristre inicié el descenso casi a oscuras. Había una luz tenue que se fue intensificando según bajaba. Pasé por una puerta acristalada que daba a un patio interior donde estaban las dársenas de los camiones de carga. Como el techo por esa zona estaba acristalado entraba bastante luz.

Allí no había ningún camión y la enorme puerta de aluminio estaba bloqueada desde dentro con innumerables enseres y mobiliario. Por allí no se podía entrar ni salir. Desde luego, los que se hallaron dentro imposibilitaron a conciencia el paso de los saqueadores. También debió ser su propia tumba.

¿Dónde estaban los cadáveres?

Si se habían fortificado en aquel almacén debían estar cerca. A no ser que no fueran demasiados y se encontraran en otro lugar. Pero no parecía que hubiera demasiados sitios para ir. A parte de las dársenas había una minúscula oficina donde no encontré nada. Bajé por una escalera metálica a inspeccionar la planta baja. Con alivio comprobé que la pequeña puerta que estaba contigua a la de aluminio se podía abrir sin demasiados problemas. El temor a regresar al hueco del ascensor desapareció.

Más animado hallé una trampilla medio camuflada en uno de los bloques de hormigón que servían de dársena. Había numerosos carteles y folletos de los *bacteriológicos*.

La trampilla daba acceso a un pequeño sótano. Como no tenía linterna ni luz de ningún tipo, apenas pude ver algo más allá de un par de metros. Debía bajar a inspeccionarlo.

No esperaba encontrar ningún peligro porque la trampilla no se había abierto en mucho tiempo y allí no se podía esconder ninguna sorpresa. Salvo que hubiera cadáveres de los *bacteriológicos* ahí dentro, para lo cual ya iba preparado mentalmente.

El eco del sonido de mis pasos en aquel sótano me indicaba que este no era demasiado grande. Con la culata del fusil iba tanteando la oscuridad. Aunque sabía que allí no podía haber ningún peligro, no dejaba de tener un cierto temor que iba creciendo según pasaban los segundos.

Di con lo que parecían ser unas cuantas cajas de cartón apiladas. Unos pasos más y topé con la pared. Repetí la operación moviéndome en círculo y comprendí que aquel sitio tan sólo albergaba aquellas cajas. No había ningún cadáver ni otra cosa.

Zarandeé una de ellas. Sonó como si contuviera frascos de cristal en su interior. Me puse el fusil a la espalda y alcé una de las cajas con intención de llevarla hacia la luz y poder así inspeccionar su interior.

Había una docena de contenedores de plástico traslúcido con doscientos frasquitos cada uno. Cada frasquito tenía en su interior un líquido de aspecto similar al agua. No había ninguna etiqueta ni identificación en ninguna parte de aquellos recipientes de apariencia médica.

Todo aquello era muy extraño. En teoría, aquel lugar era el sitio que los *bacteriológicos* habían elegido como punto de encuentro para los inmunes, como así constaba en los carteles que había visto por la zona. Pero allí no había nada que se pareciera a un instituto de investigación. Lo único que podía considerarse como tal eran aquellas cajas llenas de frasquitos, que podían ser cualquier

cosa. Alcé la caja con la intención de llevármela. Quizás Sara supiera algo más, aunque no estaba muy seguro.

Cuando la deposité a un lado de la entrada de la trampilla me di cuenta de que tenía algo escrito a mano con rotulador en uno de sus lados. Una palabra y un número que me hicieron soltar una exclamación de sorpresa.

Decía: *Drextel 3*

***

Lucas había contado que a él le inocularon la *Drextel 2*. En ningún momento habló de una tercera versión de la vacuna. Ni siquiera mencionó que se había estado trabajado en ella. Se suponía que la *Drextel 2* era la última que se había conseguido desarrollar. Pero allí tenía tres cajas llenas de frasquitos y en las tres ponía el mismo rótulo escrito a mano.

Mi mente pensaba a velocidad frenética. ¿Sería posible que aquellos a los que había bautizado tan alegremente como *bacteriológicos* fueran los que acabaron por desarrollar una vacuna? ¿Fue efectiva o volvió a ser un fracaso? ¿Se hizo a la vez en todo el mundo? ¿Por qué buscaban inmunes? Al igual que el instituto de Santander, en el de Málaga tampoco se hallaron los cuerpos de los *bacteriólogos*. Parecía como si hubieran huido. Demasiados misterios e interrogantes que no podía ni intuir.

Antes de salir del almacén con la caja, subí de nuevo a la pequeña oficina. Necesitaba encontrar algunas respuestas y era posible que allí las hallara. La primera vez que había entrado en ella buscaba cadáveres o instalaciones médicas. En ese momento sólo buscaba papeles. Los había a montones, tirados por cualquier parte de la sala. Había tres mesas típicas de administrativo y una que parecía ser la de un posible *jefe* o encargado. Miré en todas ellas. En los archivadores, cajones y hasta debajo de las mismas. Todas eran facturas y papeleo típico de un almacén de distribución de pescado. Nada fuera de lo normal.

Algo desilusionado me senté en la silla del jefe. Me eché hacia atrás, recostado con los pies encima de la mesa. Necesitaba pensar y en aquella polvorienta poltrona bien podía hacerlo.

Debí quedarme dormido, porque me di un susto por algo que había soñado y a poco estuve de caer de la silla. Me reí como un estúpido al pensar que al antiguo jefe de aquel lugar seguro que le había pasado lo mismo muchas veces.

Me fijé en el cristal de la puerta de la oficina. Esta estaba abierta y sólo se veía que había algo pegado. Como ya había mirado hasta en los rincones pensé que no perdía nada.

El cartel estaba escrito a mano, en tinta azul común de bolígrafo y tenía un titular más que elocuente: *Distrib. Drextel 3*, seguido por un listado con una veintena de direcciones.

—Por todos los... —murmuré—. ¿Qué demonios es esto?

Mi dedo índice derecho recorrió aquel registro y encontró lo que temía: la dirección del instituto bacteriológico de Santander. Las otras direcciones eran de las principales capitales de provincia de España. La última de estas correspondía a la de Madrid. Esta estaba resaltada con un caótico subrayado a bolígrafo.

Allí podían estar las respuestas a todas las preguntas que se me agolpaban en la cabeza.

***

SEÑOR R

—No me gusta —afirmó Sara cuando supo todo lo que me había ocurrido en Málaga—. No creo que sea buena idea ir a aquel lugar de Madrid.

—No pasará nada porque allí no habrá nadie. Como tampoco hubo nadie en Santander y en el almacén de Málaga. Estoy seguro de que si fuéramos a las otras direcciones de este cartel tampoco hallaríamos nada.

—Entonces, ¿por qué quieres ir al de Madrid?

—Porque está puesto como si fuera el más importante de todos ellos. Algo lógico por ser la capital y la ciudad más grande del país. Es posible que allí demos con algo importante. Documentación o algo parecido.

Sara no parecía comprenderlo. Refunfuñaba, aunque no quería volver a negarse como aquella vez que la planteé visitar el de Santander.

—Creo que estos lugares eran meros almacenes de distribución —proseguí—. Tal y como indica aquí arriba.

—Pero Lucas dijo que...

—Lucas se encerró en un búnker, cariño. Sabía del tema de la *Drextel* hasta ese momento. Pienso, o quiero pensar, que se llegó a desarrollar *in extremis* otra variante de la vacuna. Y que era más secreta que las otras. Aunque no sé si pudo funcionar. Desde luego, no hemos visto supervivientes vacunados. Es de suponer que fue otra pifia. Pero esto nos permitirá comprender algo más de...

—¿De qué? —me interrumpió Sara, empezando a afectarla todo aquello—. ¿Qué vas a ganar sabiendo lo qué pasó con esa dichosa vacuna?

—Saber la verdad, Sara. O al menos, parte de ella. De todos modos, habíamos decidido ir de nuevo a Madrid. Nos instalaremos en nuestra antigua mansión y un día me acercaré a investigar. No me llevará tiempo.

Sara resopló abatida y se encogió de hombros. Haz lo que te dé la gana, quería decir aquello.

—¿Por qué te pones así? —inquirí—. No será peligroso. A veces me da la impresión de que te alteras demasi...

—Estoy embarazada —soltó.

Me quedé boqueando porque me había cogido por sorpresa.

—Sé lo que piensas —murmuró Sara, a punto de derrumbarse—. Estos últimos días me he hecho la prueba varias veces porque llevaba varias semanas sin que me hubiera venido la regla. Y todas las veces ha dado positivo. Esas cosas no fallan.

—Lo que si debió hacerlo fueron los preservativos.

—Eso ya da igual. Ahora centrémonos en el problema. Porque en verdad es un gran problema.

No pudo contenerse más y empezó a llorar.

La abracé con un nudo en la garganta. La vida se nos había vuelto a complicar un poco más. Otra vuelta de tuerca.

—Yo... No sé qué decir, cariño —en verdad no me salía nada que pudiera consolarla de alguna manera—. Sólo puedo prometerte que estaré a tu lado todo el rato y que lo afrontaremos juntos.

—Eso ya lo supongo —contestó esta, recuperándose algo del sollozo—. Tengo mucho miedo. Más que miedo, tengo terror a lo que pueda pasar. Ya habíamos hablado alguna vez de esto y mira,

SEÑOR R

ya estamos metidos de lleno en el lío.

Parecía que le había sentado bien llorar en mi hombro. Se recompuso un poco e incluso hizo amago de una tímida sonrisa.

—Siempre soñé con poder tener un bebé. Me alegra que sea contigo aún en estas condiciones.

—Matías me dijo una vez que los supervivientes debíamos acostumbrarnos a vivir como se hacía antaño. También en el tema de los partos. Hasta no hacía mucho tiempo nuestras abuelas parían en sus casas.

—No me hables de partos —rogó Sara con gesto aprensivo—. No de momento, por favor.

Aquel inesperado anuncio me había devuelto a la más que dura realidad y que los problemas no sólo no se atenuaban sino que se acumulaban. No quería pensar demasiado en el futuro a corto plazo. En el parto, en las posibles complicaciones, en los primeros meses del bebé sin ningún pediatra, sin vacunas, sin saber tantas cosas importantes del cuidado de un recién nacido. Me daba vértigo y me imaginaba que Sara debía tener esos mismos pensamientos multiplicados por cien.

—Todo saldrá bien —susurré—. Todo saldrá bien...

Después de aquella novedad en nuestras vidas, el tema de la *Drextel 3* había pasado a un segundo plano. Prácticamente ya no me importaba nada. Iba a ser padre y eso era lo único que tenía en la mente. Padre. Quién me lo hubiera dicho. Por una parte estaba aterrado con la idea, aunque más que nada por la seguridad de Sara y el bebé cuando nacieran. Por otra, me hacía feliz saber que Sara y yo íbamos a ser papás.

No hablamos mucho de todo aquello en el coche, según nos dirigíamos a Madrid. Habíamos pasado Granada hacía unos días sin ninguna novedad salvo lo de siempre: carreteras atestadas. Conectar desde allí hasta la Carretera de Andalucía fue mucho más fácil de lo que supusimos. Salvo en los núcleos de Jaén y Bailén, donde hubo mucha aglomeración, circulamos a buena velocidad por el carril habilitado por los militares. Aquella zona había sido de importancia estratégica y los militares se debieron ver con la necesidad de tener bien conectado el sur con el centro. En numerosas ocasiones vimos convoyes de camiones y blindados del Ejército. En esas ocasiones la densidad de vehículos aumentaba como consecuencia de ello, porque debieron ser puntos de control. Quitando esos inconvenientes, circulábamos mejor que nunca. Aunque siempre íbamos a una velocidad moderada para evitar problemas con algunos vehículos que de vez en cuando encontrábamos en el interior del carril.

—¿Dónde se supone que está el instituto o almacén, o lo que sea? —preguntó Sara rompiendo aquel prolongado silencio.

—No está en la propia capital sino en una zona intermedia entre Aravaca y Pozuelo de Alarcón.

—Zona cara.

—Bastante. Supongo que estará en algún sitio de oficinas o algo así. Por allí solía haber bastantes. En el listado no se detalla nada, salvo la calle. De todos modos, después de saber lo del embarazo voy a pasar del tema. Tenemos otras cosas en las que pensar.

—No sé —dijo Sara—. Ahora, después de pensarlo mejor, creo que quizás nos interese ir por allí.

—No hay quien te entienda, cariño.

—Ni yo misma lo hago. En serio, ahora pienso que es posible que cualquier información sobre

la pandemia o la *Drextel 3* nos venga bien.

—¿Por qué lo dices?

Sara parecía algo turbada con lo que iba a decir.

—Porque es posible que el bebé, cuando nazca... No sé, lo he pensado así sin más. Pero a lo mejor, no es inmune a la *Gripe X*.

Otro silencio embarazoso.

—Si es así —continuó— me gustaría estar segura de que esas vacunas que llevamos atrás servirían de algo en caso de... Ya sabes.

Lo sabía e ignoraba cómo responder a aquello y si íbamos a poder hacerlo después de visitar el instituto de Madrid. En todo aquel tiempo no habíamos hallado a ninguna superviviente embarazada o que hubiera tenido un bebé después de la pandemia.

***

Casi nueve meses después regresábamos a la Comunidad de Madrid. Después de tanto tiempo tenía algo de añoranza. Al menos, todo lo que se podía sentir por una ciudad muerta y desolada. Cuando salimos por primera vez hacia el norte, Sara y yo apenas habíamos empezado a profesar algo el uno por el otro. Ahora regresábamos casados y con una criatura en ciernes.

Después de una cansada semana, recorriendo hacia el norte la irregular Carretera de Andalucía, nos sentíamos exhaustos. Con ganas de regresar al punto de partida, aunque con la ansiedad de ir primero al instituto bacteriológico de Madrid, o lo que en realidad fuera este.

—¿Estás segura de querer ir primero a aquel lugar? —pregunté mientras conducía, llegando a la M-50 a poco más de diez kilómetros por hora debido a la congestión de la carretera.

—Ya ves cómo está esto. No estamos demasiado lejos y es mejor quitárnoslo de encima antes de nada. Lo malo de tener tantas horas para pensar es que no he dejado de hacerlo. Y me estoy angustiando demasiado.

—Nos acercamos al desvío hacia la M-50. Desde allí, si no está demasiado mal, iremos hacia Pozuelo y desde allí al instituto.

No pudimos acercarnos más. El descomunal colapso que sufrió Madrid en todos sus accesos empezaba ya por aquella zona. Con el enorme todoterreno que llevábamos era aún más difícil sortear aquel enjambre de chatarra en que se habían convertido todas las vías.

—Esto era lo que temía —dije—. Pensé que el sur estaría igual que las zonas del norte. Y no me he equivocado. Creo que hasta está peor.

—Entonces tendrás un plan.

—El plan es que nos bajemos, cojamos lo indispensable y busquemos una moto.

Sara me miró extrañada.

—Ya he comprobado que es la mejor forma de moverse cuando las carreteras están así. Créeme, cuando me echaste de casa tuve una moto estupenda con la que pude llegar a Santander.

Sara supo que bromeaba y me dio un pescozón. Había recuperado aquella sonrisa que tanto la favorecía.

Dejamos atrás al *SsangYong*. Apenas nos llevamos gran cosa. Mi fusil de asalto y una pequeña mochila con agua y provisiones enlatadas. Sara sólo llevaba su *Glock* al cinto.

SEÑOR R

—Mierda —dijo esta cuando empezamos a andar—. Nos dejamos las vacunas.

No me había acordado de la dichosa caja. Pesaba bastante como para ir con ella a cuestas demasiado tiempo. Pero no la podíamos dejar.

—Espera aquí —me dirigí a la marabunta de vehículos con la esperanza de encontrar algo que sirviera de carretilla.

No hizo falta demasiado tiempo dar con una mochila con ruedas. Toda aquella gente había intentado huir de Madrid llevándose consigo todo lo que pudieron meter en todo tipo de maletas, maletones, mochilas y bolsas. Pude hasta elegir.

—Esta mochila es mejor que un *trolley* rígido —le expliqué a Sara enseñándola una bola grande flexible—. Si damos con una moto podremos acoplarla mejor a ella con estos ganchos porta objetos.

Sara me miró algo dubitativa. Para que no abultara tanto, metí las frasqueras en varios envases de plástico duro para alimentos. Así, además de ocupar menos, protegerían los frasquitos mucho mejor.

Anduvimos mucho tiempo. Después de tantos meses no había ni una sola batería que funcionara. Las pocas motos que vimos, con posibilidad ser usadas, tenían aquella insalvable limitación, además de la poca presión de la mayoría de los neumáticos.

—Tardaremos días —se quejó Sara con amargura—. Y estoy muy cansada.

—Pasaremos la noche en aquel restaurante de carretera.

—Menos mal, porque no me siento con ánimos de ir mucho más lejos.

Sara se apoyó en mí mientras caminábamos entre los vehículos.

—Un momento —dije observando algo que me había llamado la atención—. Mira, es una bicicleta.

Entre varios coches había una bici de montaña. Aunque tenía las ruedas deshinchadas no parecía estar en demasiado mal estado.

—Ahora sólo hace falta dar con otra —sonreí. A Sara no le hizo mucha gracia la perspectiva de tener que pedalear—. Es nuestra mejor opción para movernos. Ya verás como avanzamos y sin demasiado esfuerzo.

Llevé la bici con una mano mientras que con la otra iba de la mano de Sara.

Aquella mañana, después de que esta se despertara en el interior de aquel restaurante de carretera, le di una buena sorpresa al presentarla a su nueva montura: una bici de ruedas grandes.

—Tiene una pinta lamentable —juzgó esta al inspeccionarla de cerca.

—La herrumbre es a consecuencia de haber estado a la intemperie tanto tiempo. Pero le he puesto aceite de coche en la cadena y va bastante bien. He inflado las ruedas con un inflador que he encontrado en un auto caravana. Allí es donde encontré la bici. ¡Ya podemos ir silbando la tonadilla de “verano azul” mientras nos movemos! ¿No es sensacional?

Sara me miró y se echó a reír ante aquella estupidez. Se rió tanto que se tuvo que sentar. No es que hubiera sido muy gracioso pero le sirvió como válvula de escape para hacer frente a sus miedos. Aquella risa que afloró sin pausa la hizo mucho bien.

—Te quiero —dijo abrazándome—. Gracias por no perder la esperanza.

—¿Acaso tú si lo has hecho?

SEÑOR R

No me respondió y se limitó a pasar su mano por mi cara en un cariñoso gesto.

Las bicicletas demostraron ser mejores aún que las motos para moverse por aquel entorno. Era algo físico pero muy eficaz. En unas horas conseguimos llegar hasta la M-40 y acortamos mucho por aquella vía. De vez en cuando tratábamos de poner en marcha alguna moto, pero sin resultado.

Como el peso de la mochila y el fusil era demasiado, opté por dejar este último. Me quedaba la *Glock* con la que me sentía protegido. No esperaba que quedaran aquellas manadas de perros del principio. Tras tanto tiempo no quedarían demasiados perros urbanitas. En el campo había más posibilidades de subsistencia para ellos. Estaba la amenaza de otros supervivientes, pero si los había dudaba de que se encontraran en las cercanías de aquellas autopistas.

En menos de día y medio nos plantamos en el lugar donde debía encontrase el centro o instituto de los *bacteriológicos* de Madrid.

—No hay ningún edificio con pinta de ser un centro o algo así —dijo Sara cuando observamos los bloques de aquella calle. Estábamos muy cerca de un Club de Campo y de la parte norte de la Casa de Campo.

—No te fíes. El de Santander parecía un colegio; el de Málaga era un almacén. Puede estar camuflado como cualquier otra cosa.

—¿Dónde está exactamente?

—En la Avenida de Lisboa sin número. Eso complica las cosas. Puede ser cualquiera de estos edificios.

Había varias docenas de ellos, en su mayoría oficinas. Podía ser cualquiera.

—Nos llevará mucho tiempo dar con él —objetó Sara—. Quizás tengamos que vivir por esta zona mientras lo hacemos.

—Andemos un poco a ver si hay suerte y damos con una pista.

Con las bicicletas no nos dio pereza en recorrer aquella gran extensión. Apenas había cuerpos por las calles y la calzada estaba muy despejada de vehículos. Aunque la mayoría de los edificios presentaban signos evidentes de haber sufrido algún tipo de saqueo.

—¡Espera, Sara! —exclamé deteniéndome a la puerta de un pequeño edificio de oficinas.

El cartel decía que era la sede de un grupo inmobiliario. Nada del otro mundo. Una oficina como otra cualquiera. Sin embargo, un detalle en aquel cartel me hizo caer en la cuenta de que estábamos ante el lugar que buscábamos.

—Es el mismo que el del instituto de Santander.

—¿El cartel? El de Santander era una especie de colegio, no una oficina.

—No lo digo por el rótulo, sino por los grafitis caóticos que lo llenan. Apostaría cualquier cosa a que sigue el mismo patrón que el de allí. Y si me hubiera fijado en el de Málaga doblaría la apuesta a que también tenía algo así.

Mi sonrisa de oreja a oreja evidenciaba mi satisfacción por haber dado con una de las claves de los *bacteriológicos*.

—Es una buena forma de señalar un lugar importante sin que lo parezca —asintió Sara—. Con tantos grafitis en las paredes y en cualquier lugar, este no llama la atención. Es perfecto.

Nos miramos sin saber qué paso dar entonces.

—¿Nos metemos ya? —pregunté.

—Cuanto antes, mejor.

A través del acristalamiento se podía ver parte del interior de aquel edificio de tres plantas. Aunque los cristales tenían algunos impactos producto de algún tipo de objeto, en general se conservaba bastante bien. La puerta de acceso, grande y doble, estaba bloqueada.

—Vamos a alejarnos un poco —previne a Sara—. Voy a disparar.

Vacié todo un cargador de la pistola en la cristalera. Los numerosos agujeros de bala resquebrajaron la superficie, aunque no la destruyeron. Con una de las papeleras de hierro que había por la zona, y que lancé con todas mis fuerzas, logré hacer un buen boquete por donde nos colamos.

—Menudo bloqueo —dijo Sara—. Si los saqueadores hubieran querido, habrían hecho lo mismo.

—Supongo que el edificio estaría vigilado por los *bacteriológicos* desde dentro y no se atrevieron a tanto.

La planta baja era amplia. Contenía una recepción en el centro de la misma y dos ascensores a cada lado. Una escalera se divisaba al fondo a la izquierda. Un poco más a la derecha de esta había una puerta. Eché un vistazo a esta última. Era una cafetería pequeña y sin nada de interés. No había ningún cuerpo aunque nos llegaba un ligero olor a descomposición que nos avisaba de que por algún lugar sí debía haberlos.

—Deberías quedarte aquí —aconsejé a Sara mientras sacaba la pistola y un pañuelo para ponérmelo en la cara. No teníamos ninguna máscara NBQ.

—Ni lo sueñes. No quiero quedarme sola de nuevo.

No insistí y nos encaminamos hacia las escaleras. Sara se puso otro pañuelo y también desenfundó su *Glock*.

La primera planta tenía buena luminosidad gracias al generoso acristalamiento que había por doquier. No parecía haber nada especial que hiciera pensar que estábamos en la teórica sede de los *bacteriológicos*.

—Lo que está claro es que estos centros que usaban no eran para investigación, sino más bien de distribución —dije examinando algunos de los papeles que por allí había. Ninguno de los cuales tenía nada que ver con lo que buscábamos.

—O eran unos meros lugares de reunión —opinó Sara—. Sigamos subiendo.

Según ascendíamos a la segunda planta el olor empezó a ser más fuerte.

—Vamos directos a una ZCC —dijo Sara con aprensión.

—Te dije que te quedaras abajo.

—Sólo avisaba, no me quejaba.

La segunda planta era muy similar a la precedente. Salvo que en el fondo este estaba despejado de mobiliario en su totalidad. Sara examinó la zona.

—Hay colchonetas y ropa de cama. Creo que este sitio era el que utilizaban para descansar, quien fuera quien estuviera por aquí.

—No parece que fueran muchos —dije—. Una docena si hacemos caso al número de sacos de dormir.

—¿Crees que puede haber alguno vivo?

—Lo dudo. Aunque nunca se sabe. Si esa *Drextel 3* funcionó, es posible. Por el olor que hay me

da a mí que si hay alguno con vida, no debe estar ya por aquí.

A mitad de camino de la escalera que nos llevaría hasta la tercera y última planta, el olor era nauseabundo. A pesar del tiempo transcurrido desde la pandemia, al ser un lugar cerrado casi herméticamente, había acumulado aquellos vapores de muerte sin posibilidad de que escaparan.

—Es imposible subir en estas condiciones —dijo Sara—. Debemos encontrar algunas máscaras.

Tenía razón. El misterio debía ser pospuesto un poco más. Dejé abierta la puerta que daba a la cubierta superior. Eso haría corriente con el enorme boquete que había abajo y ventilaría algo el sitio. Bajamos de nuevo y salimos al exterior donde el aire fresco nos sentó de maravilla. Hacía algo de frío pero no demasiado como para ser un incordio. Con las chaquetas de montañero que llevábamos íbamos bien pertrechados.

—Habrá que encontrar algún convoy militar o policial —dije—. Allí tendrán máscaras y podremos hacernos con alguna linterna o una escopeta.

Decidimos buscar por las cercanías un lugar donde pasar la noche o los días que fuéramos a quedarnos por allí.

Después de tantos meses ya no se oían ni a los pájaros. La comida escaseaba en una ciudad tan yerma. Todavía era pronto para que la naturaleza conquistara el cemento y los animales no tenían muchos sitios donde poder buscar algo que llevarse a la boca.

—Supongo que habrán vuelto al bosque —opinó Sara. Íbamos andando hacia los bloques residenciales que había en la proximidad.

—Si antes había silencio, ahora es tremendo. En momentos así es cuando uno echa de menos a los gorriones. Al menos, darían algo de vida a este erial. Ay, Sarita, que no sé si hemos hecho bien en regresar.

—No te desanimes —Sara sonrió y me cogió por la cintura mientras caminábamos—. Acuérdate de que en la mansión tenemos un precioso jardín y por los alrededores había mucho verde. Seguro que allí oiremos a los pájaros.

—Al menos, el *pequeño X* podrá corretear por allí sin peligro.

—¿El *pequeño X*? —Sara sabía por qué lo decía. Se echó a reír. Me reconforté al comprobar que podíamos hablar de ello sin caer en el desánimo.

—Habrá que ponerle un nombre. Digo yo.

Sara dejó de sonreír.

—Es mejor que no toquemos ese tema del nombre hasta que todo salga bien. ¿De acuerdo? Me tengo que ir haciendo a la idea poco a poco, pero no creo que nos venga bien ponerle un nombre o encariñarnos demasiado, cuando falta tanto para que nazca. Es posible que haya un problema y que...

—Vale, tranquila. No diré nada más sobre eso. Venga, que estábamos muy bien.

Sara me acarició el cabello de la nuca en señal de conformidad y seguimos hasta un anodino bloque de viviendas.

—Nos meteremos en el primer sitio que esté más o menos decente —dije sacando la pistola, más por precaución básica que por otra cosa. Dudaba que quedara por aquel lugar ni siquiera un gato.

Dormimos en un piso pequeño y nos levantamos bien temprano para buscar las máscaras.

SEÑOR R

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Sara quien por lo visto no tenía mucha intención de acompañarme.

—Cerca de aquí está la Carretera de Castilla. Era una vía importante, así que es posible que hubiera algún vehículo militar o hasta un *check point*.

Según me acercaba a aquella vía fui escuchando el agradable piar de los pájaros. Al estar cerca de la Casa de Campo las pequeñas aves podían encontrar sustento por la zona. Aquello me animó mucho.

La Carretera de Castilla estaba algo mejor que las autopistas, lo que me permitió sortear los obstáculos con relativa facilidad. Mi bicicleta, sin el peso extra de la bolsa con las vacunas, se movía mucho mejor y enseguida avancé un buen trecho.

Un aplastado camino de chatarra me avisó de que por delante habían ido unos cuantos blindados o carros de combate. A la media hora encontré a los causantes de aquel carril hecho a la mejor tradición de las unidades acorazadas: todo un destacamento de tanques.

Aquello me extrañó porque no había visto tantos en un mismo sitio hasta ese momento. La Carretera de Castilla era una vía importante, pero había muchas otras que lo eran aún más y no tuvieron aquel despliegue. ¿Por qué allí sí?

Conté una veintena de carros *Leopardo* del Ejército, una docena de *RG-31*, que eran unos blindados con una ametralladora montada sobre una torre, y un número indeterminado de *UROS* del Ejército de tierra, que eran muy parecidos al Humvee de *Uno* y su pelotón. Un enorme despliegue de tropas acorazadas y blindadas que supuse guardaría el acceso hacia el norte, donde estaba el Palacio de la Zarzuela y al este donde se encontraba el Palacio de la Moncloa, sedes de la jefatura del Estado y del Gobierno respectivamente. Aunque también pensé que podían hallarse por allí guardando el lugar de donde acababa de venir: del centro de los *bacteriológicos*.

No tuve dificultades en hacerme con un buen equipo. Después de mucho tiempo volví a equiparme como si fuera a la guerra. Aunque no pude coger todo lo que hubiera querido, ya que debía volver montado en la bicicleta. Me hice con un fusil de asalto, cargadores, una linterna y una máscara. No pude encontrar más que una sola de estas últimas que no estuviera usada por su antiguo propietario. Me negaba a utilizar la de alguno de los numerosos cadáveres por allí esparcidos. Sara tendría que quedarse sin poder entrar.

Intenté poner en marcha alguno de los *UROS*, pero no hubo forma, así que metí todo el material en una mochila militar, me la puse a la espalda y regresé con la bici por donde había venido.

—Se supone que los *bacteriológicos* repartieron octavillas y carteles de manera medio escondida —dijo Sara cuando le conté lo que había visto y mis sospechas de que aquel contingente militar pudiera guardar la zona de los saqueadores—. No tiene sentido que los protegieran.

—¿No te has fijado en lo poco saqueado que está este barrio?

—Por estas ciudades del oeste de Madrid vivieron muchos acaudalados. Si los militares protegían a alguien serían a ellos.

—Es posible —asentí—. En fin, que me voy ahora mismo a inspeccionar la tercera planta de ese edificio y acabar de una vez por todas con esto. Es pronto y podemos comer cuando regrese.

Le dejé el fusil a Sara, porque no esperaba ningún problema. Comprobé que la máscara cumplía su función y me despedí con una sonrisa y un tierno beso.

SEÑOR R

***

El olor a plástico y carbón activado de aquella máscara me hizo corroborar que no había duda de que no había sido utilizada antes. Subí hasta la tercera planta con confianza, deseando inspeccionar aquello, descubrir los cuerpos de los que allí estuvieran y darme la vuelta de nuevo en el menor tiempo posible. No me gustaba aquel sitio. En realidad, no me gustaba nada aquel asunto.

La *Drextel 1* había sido un fiasco de los militares. La *Drextel 2* de los civiles. ¿Y la *Drextel 3*, de quién sería obra? ¿De los extraterrestres?

Empujé con esfuerzo la entreabierta puerta que daba acceso a la planta. El cuerpo putrefacto de un hombre lo había impedido. Me ajusté todo lo que pude la máscara porque estaba seguro de que el olor debía ser bien notorio. A diferencia de las dos plantas más inferiores, aquella tenía echadas las cortinas haciendo que reinase en el lugar una inquietante penumbra. Mi mano estaba apoyada en la culata de la *Glock*, por si tenía que desenfundar como en el Oeste. En la otra mano portaba la linterna y recorría con su luz la enorme estancia diáfana. Allí no había mesas, ni sillas, ni ningún mobiliario, excepto lo que parecía ser una pequeña televisión de quince pulgadas que estaba al fondo de la sala. Ridículamente solitaria, encima de una no menos exigua mesa.

Descorrí varias cortinas, para obtener algo más de visión y me arrepentí de ello nada más hacerlo.

En buena parte de la pared izquierda había una fila de cuerpos tumbados en un extraño orden que me puso la piel de gallina. Eran una docena de cadáveres. La mayoría de adultos de ambos sexos, aunque pude distinguir el de varios menores. Cuatro de ellos tenían un disparo en la sien.

A pesar de que afuera hacía algo de frío, allí dentro me estaba asando de calor, y más con la máscara puesta. Los nervios y la creciente ansiedad tampoco ayudaban mucho.

Recorrí aquella tétrica fila y me detuve a inspeccionar a mí alrededor. Era evidente que aquello parecía un suicidio colectivo. Como si una mano “piadosa” hubiera ido uno por uno encargándose de ellos. Al fondo de la sala, detrás del pequeño televisor y la mesita, hallé al que con toda probabilidad había sido el ejecutor.

Un varón de aspecto y edad indeterminada a consecuencia del mal estado del cadáver, yacía justo enfrente del aparato de televisión. Una pistola automática se encontraba a poca distancia. El hombre se había pegado un tiro.

Me alegré de que Sara no hubiera visto aquello. En mi mente empezaron a agolparse preguntas sin respuesta posible. En toda aquella enorme sala sólo había doce cuerpos y varios de ellos con un disparo en la cabeza. El que parecía ser el culpable de ello estaba muerto frente a una diminuta pantalla. Aquello se me escapaba del raciocinio. Me pregunté si estaba ante otro psicópata, pero algo me decía que no era el caso.

Me agaché frente a la televisión. La mesita tenía un cajón desde donde salía un cable que iba conectado a la tele. Era una pequeña videocámara. El cable de corriente de la televisión desaparecía, por medio de un alargador, hacia una puerta. Comprobé que esta daba a la cubierta donde había un pequeño grupo electrógeno similar al que ya había utilizado en Llanes.

Aquel tipo, que parecía que había matado a algunas de esas personas, debió grabar algo. Quizás su confesión por los asesinatos que había perpetrado o un mensaje de amor a alguien. El grupo

estaba sin una gota de gasóleo. Debió estar funcionando tras la muerte de aquel hombre, hasta que se agotó el depósito. Aquello no fue un contratiempo porque cerca de allí estaba la garrafa con la que habían rellenado previamente el grupo. No quedaba mucho, aunque confié en que diera para visionar la cinta.

El motor funcionó algo renqueante al principio. Luego sostuvo el ritmo y desde la tercera planta me llegó el rumor de la estática de la televisión encendida.

Manipulé la videocámara y rebobiné el que parecía ser el único vídeo que contenía la misma. Apenas llegaba a los diez minutos de duración. Noté cómo mi respiración se aceleraba bajo la pantalla de la máscara. Intenté tranquilizarme.

—No es más que el mensaje de otro loco sobrepasado —me dije sin llegar a creérmelo demasiado. Por el lugar en el que estaba intuía que aquella cinta podía ser clave.

Pulsé al *play* y esperé.

La estática desapareció dejando ver a alguien que parecía estar manoseando la cámara que estaba debajo de la televisión. Este se echó hacia atrás. Era un hombre maduro de más de sesenta años. Enseguida me di cuenta de que aquel tipo era, o había sido, un conocido e importante banquero del país. Una de las mayores fortunas de Europa y del mundo. Siempre entre los cien de la lista *Forbes*. De los que decían que en España había que trabajar más y luego él siempre estaba en cualquier sarao deportivo o donde pudiera lucirse. ¿Qué hacía en un centro de los *bacteriológicos*? Miré al cadáver y no lo reconocí con el de la imagen. El disparo en la sien y la descomposición no permitían hacerlo.

—Para lo que has quedado —mascullé sin pena.

El hombre de la imagen pareció dudar, quizás con la intención de desistir de aquello. Se lo pensó mejor y entonces comenzó a hablar. Lo hacía de forma pausada, mecánica y con esa mirada de amargura y desolación que ya no me era extraña en aquel mundo. Ya la había visto antes en muchos otros hombres y mujeres, incluso la llegué a ver en un espejo.

» Bienvenido, seas quien seas. Hoy he matado a mi mujer. Ayer hice lo mismo con mis hijos. Hasta este momento sólo quedábamos unos pocos que me han rogado que terminara con sus sufrimientos. Bien, ya lo he hecho. Que Dios me perdone por ello.

» ¿Por dónde empezar? Esto es algo muy difícil. Si alguien del *Grupo* está viendo esto quiere decir que es posible que vosotros hayáis encontrado la vacuna definitiva. Nosotros no pudimos hacerlo. Pero el mal ya está hecho, la humanidad está acabada tal y como la hemos conocido. Los supervivientes regresaran a la vida simple, dura y llana. Sin subterfugios, sin conspiraciones... Quizás hasta haya venido bien todo esto, pero nadie debería haberse arrogado como un dios, ni siquiera nosotros. Si no es así, si sólo eres un curioso con la suerte de haber sido inmune aquí tienes una confesión de un asesino. Uno de tantos.

» Los que pertenecíamos al *Grupo* siempre nos hemos reído de aquellos buscadores de conspiraciones que creían que había sociedades secretas en el mundo formadas por grandes fortunas, gobernantes o banqueros. Y nos reíamos porque tenían razón y nadie los escuchaba. Era conocida la existencia de varios grupos o sociedades con nombres rebuscados que incluso se reunían en lujosos hoteles a la vista de todos para hablar como si estuvieran en una convención de dentistas. Esos no eran más que unos ricachones encantados de creerse que tenían algún tipo de

poder. Eran igual de estúpidos que los que los habían encumbrado. Al *Grupo* le vino bien su existencia para desviar la atención sobre los que de verdad manejábamos los hilos.

» La existencia del *Grupo* se remonta a mucho tiempo atrás. Para seguir con el lógico secreto nunca hubo nada por escrito de nuestras reuniones. Por no tener no teníamos ni nombre. Entre nosotros lo llamábamos simplemente el *Grupo*. ¿A qué se ha dedicado a lo largo de los tiempos aquel selecto montón de ricos? Ganar dinero. Ni más ni menos. Nos hubiera gustado poder decir que queríamos la libertad de los pueblos o acabar con el hambre del mundo, pero entre nuestras filas hubo terribles dictadores y codiciosos empresarios del mundo de la alimentación, farmacia, petroquímicas, armamento y cualquier otro gran colectivo clave. Lo único que nos unía era el afán de poder y eso sólo se conseguía con dinero. El *Grupo* ha sido quien ha puesto y quitado gobernantes. Quien ha creado y hundido países. Hemos sido los que han llevado a la guerra a quienes hemos querido para conseguir los objetivos que nos habíamos fijado. Somos, o éramos más bien, lo que creábamos las crisis económicas para beneficiarnos de ello. No creíamos en países ni fronteras. Nos reíamos de los nacionalismos y las banderas. La única bandera a la que seguíamos era la del dinero. Para nosotros el mundo se dividía entre los que éramos del *Grupo* y los demás.

» En los últimos años asistimos a la caída del comunismo cuando ya no nos sirvió para nuestros propósitos. El mundo se estaba convirtiendo en algo por fin nuestro de verdad. Se estaba globalizando económicamente. Hasta que algunos países empezaron a despegar demasiado. China o India podían llegar a superar a Estados Unidos en sólo unas décadas y eso podía acabar con nuestro modo de vida. La economía mundial estaba en peligro. Nuestro poder estaba en juego. Y había que hacer algo. Uno de los miembros del *Grupo* elaboró un plan en el cual su enorme grupo farmacéutico jugaba un papel importante. Según este memorándum la forma de socavar el poder de aquellos países era acabar rápidamente con su población, o al menos, con gran parte de la misma. Aquello colapsaría los sistemas económicos de aquellos países y nos daría un respiro. Había que crear un nuevo virus. Esa sería nuestra arma a utilizar. Un virus hecho a medida para acabar con el 30 y 40 % de la población de aquellos países. Ya habíamos ensayado con los virus otras veces para nuestros fines. Por ejemplo, cuando creamos el SIDA.

» La idea era que el resto de la población mundial no sufriera excesivos daños. ¿Quién sino trabajaría en nuestras fábricas y empresas? No nos interesaba la total aniquilación. Para ello se orquestó la patraña de una gripe nueva a la que había que hacer frente con una vacunación masiva de toda la población. Teníamos a las farmacéuticas, a los Gobiernos, a los medios de comunicación, a la ONU... Era un plan vasto pero podía hacerse. A los países que queríamos hundir se les suministraría una vacuna inservible. Al resto, la verdadera. Aquello, además de facilitarnos la tarea de acabar con ciertas economías nos duplicaría la nuestra, porque las dos clases de vacunas de fabricarían en nuestros laboratorios y las venderíamos a buen precio. Jugada redonda. Vacunar a tanta gente nos llevaría tiempo, quizás años, pero había que ser sistemáticos con esto. Todavía teníamos tiempo para hacerlo bien. Luego, echaríamos a *volar* el virus y a esperar. No podía fallar nada. Y sin embargo, lo hizo.

» Se inició la campaña de vacunación contra aquella gripe de pega en la mayoría de los países occidentales y asiáticos. África, como siempre, la dejamos al margen. Allí nos vendría bien que disminuyera drásticamente su población. Cuando el *Grupo* les metió el SIDA a finales de los

ochenta el asunto se nos fue de las manos y fue peor el remedio que la enfermedad.

» El virus fue más virulento e inestable de lo requerido. Mutó varias veces sin control y afectó por igual a todo el mundo. La estimación se disparó al 99,89% de la población mundial. La habíamos cagado y asistíamos a lo que parecía ser el final de la Humanidad. El *Grupo* se había lucido. La farmacéutica que elaboró las vacunas placebo y el virus tenía desarrollada una versión preliminar de la vacuna definitiva, porque con acierto habían pensado que si el virus mutaba, como finalmente hizo, podía haber problemas. Sin respiro se logró fabricar unas cuantas muestras que fueron derivadas a los miembros del *Grupo* en todo el mundo y a sus familiares más directos. Nos salvábamos el culo nosotros primero.

» Supimos que varios Gobiernos intentaron fabricar sus propias vacunas. La primera de ellas la hicieron los militares estadounidenses, la llamada *Drextel 1*. Fue un fracaso total. La gente moría por centenares de miles al día y el tiempo se acababa. Algunas farmacéuticas ajenas al *Grupo* desarrollaron la *Drextel 2* a partir de la *Drextel 1*. Resultó algo mejor, pero también fue un fracaso. El *Grupo* creyó entonces oportuno ceder nuestra vacuna para que fuera fabricada en masa. No queríamos que muriera más gente porque un mundo vacío no era lo que habíamos soñado. Necesitábamos a la gente para poder seguir amasando dinero. Los laboratorios fabricaron aquella nueva vacuna y la bautizaron como *Drextel 3*, a pesar de que no tenía nada que ver con las anteriores. Pero ya era tarde. El daño estaba hecho y no dispusimos de tiempo para distribuir la nueva vacuna. Todo se había colapsado. Nadie trabajaba ya en los laboratorios ni en las empresas de distribución. Las pocas muestras de *Drextel 3* que lograron producirse se amontonaban en las mismas industrias farmacéuticas sin que nadie pudiera repartirlas. El caos y la mortalidad se habían cebado con la población. En cada país, los propios miembros del *Grupo* fueron los encargados de señalar algunos lugares como centros de vacunación y distribución de las dosis.

» Decidimos ponernos nosotros mismos en marcha. El grupo y sus familiares vacunados intentarían sacar del atolladero a la *Drextel 3*. Imprimimos folletos, carteles u octavillas. Pero ya era tarde... Nuestra única oportunidad era que los inmunes al virus, de cuya existencia ya sabíamos, se unieran a nosotros para poder abarcar más, pero no conseguimos a nadie.

» Tras la hecatombe los miembros que quedábamos del *Grupo* en España y nuestros familiares vacunados nos reunimos aquí. En cada país supongo que habrá pasado lo mismo. Nos organizamos y pensamos que quizás era hora de empezar de cero. “Reiniciar” la vida en el planeta tal y como nos gustaría que hubiera sido. Nos sentíamos animados y pronto empezaron a surgir ideas. Habíamos sido la élite del país y era hora de demostrarlo.

» Hubiera ido todo bien hasta que algunos empezaron a enfermar. La *Drextel 3* tampoco era efectiva a largo plazo. Sus efectos apenas duraban unos meses. Todas las esperanzas de comenzar una nueva vida se vinieron abajo. Ya no teníamos científicos que pudieran desarrollar otra vacuna. No les dimos vacunas al principio de la pandemia. Habíamos sido unos egoístas, tal y como habíamos sido siempre.

» No pudimos hacer nada. Poco a poco fueron muriendo todos. A diferencia de la muerte por *Gripe X*, los vacunados con la *Drextel 3* sufrían una muerte horrorosa entre espasmos terribles. Muchos prefirieron suicidarse antes que pasar por ello. Yo... he dado muerte a unos cuantos que así me lo suplicaron. Y les ahorré a mis seres queridos el tener que dar su último aliento de aquella

horrible manera.

» Quizás sea bueno que los del *Grupo* desaparezcamos, seguramente habríamos acabado haciendo el mismo tipo de sociedad. Ahora me toca a mí... Es posible que si queda algún inmune con vida pueda levantar de nuevo este planeta. En este mundo todo es posible..., incluso acabar con la vida de seis mil millones de personas en menos de dos semanas.

El hombre miró con los ojos vidriosos a la cámara durante unos eternos segundos. Luego alzó una pistola y se voló la tapa de los sesos. El cuerpo cayó hacia atrás como si se tratara de un muñeco.

No me había dado cuenta de que mi máscara estaba muy empañada. No había perdido ojo a la grabación y estaba aterrado por lo que acabada de ver y escuchar. El ser humano estaba al borde de la extinción por culpa de un montón de avaros.

Me fui del edificio sin ninguna satisfacción por saber al fin la verdad. Si acaso estaba más intranquilo al corroborar que la *Drextel 3* no servía de nada. No quise pensar en lo que pasaría cuando el pequeño naciera. La esperanza de que aquella vacuna pudiera protegerlo si no era inmune se había desvanecido por completo.

Según iba en dirección al piso vi que Sara se acercaba andando. Tenía que saber la verdad, pero me daba miedo contársela.

—Me entraron ganas de pasear —dijo cuando nos encontramos—. Hace un día demasiado radiante como para quedarse en casa.

Sonreí casi por compromiso, porque el vídeo me había dejado helado. Sara lo notó de inmediato.

—Has descubierto algo, ¿verdad?

Asentí con la cabeza mientras pasaba mi brazo por sus hombros y regresábamos al piso.

—Supongo que nada bueno, a juzgar por tu mirada.

—Sara...

—Miguel —se detuvo—. No sé si quiero saberlo. Al menos, no de momento. Tan sólo dime si todas esas vacunas que hemos traído sirven de algo.

Sara alzó la cabeza. No pude sostener su mirada y aquello la sirvió para confirmar sus temores. Noté cómo se quedaba compungida.

—Nos queda mantener la esperanza —dije poniendo mi mano derecha en su vientre—. Al menos, eso se lo debemos.

***

Al día siguiente partimos hacia nuestra antigua morada en la Moraleja. Yo no había dormido apenas y eso se notó cuando nos pusimos en camino. El cansancio empezaba a pasarme factura al poco de partir, aunque aguanté sin rechistar para que Sara no se preocupase.

Esta parecía haber superado la decepción del día anterior. Quizás la perspectiva de regresar a aquella enorme casa, con el grupo electrógeno, la piscina, el jardín y la seguridad que nos proporcionaría, la hacía estar algo más animada con el futuro que nos aguardaba. Posiblemente por ello se me echó a los brazos en cuando paramos a descansar. En los últimos tiempos parecía que necesitaba sentirse querida, cuando antes parecía que la costaba.

SEÑOR R

Pasamos la Carretera de Castilla para internarnos por el centro de Madrid, una zona que ya conocía de mis anteriores correrías y que me inspiraba más confianza que tener que ir por la M-30 oeste hacia el norte, por un lugar que no sabía qué podía depararnos.

Al conectar con el Paseo de la Castellana el recorrido se nos hizo más fácil. La ciudad no había cambiado demasiado durante aquellos meses. Si acaso parecía más fría y sucia, pero todavía no se había empezado a desdibujar.

Pasamos la noche en un enorme piso de la zona de Retiro. Cenamos de manera frugal un par de latas de conserva. A pesar de todos los inconvenientes, Sara parecía muy fortalecida y por ende yo empecé a ver las cosas con optimismo.

—Vamos a vivir por fin de nuevo los dos solos —dijo nada más terminar de cenar, apoyando su cabeza en mi regazo mientras estábamos sentados en el sofá del salón de aquella vivienda.

—¿Te acuerdas cuando salimos de Madrid a buscar una vaca y un par de ovejas? —me reí.

Sara me secundó con ganas.

—Ahora lo pienso y me digo en qué estaríamos pensando —me enjuagué una lágrima porque no podía parar de reír—. Aunque el viaje nos ha dejado mella —me puse algo más serio—, creo que nos ha venido bien para conocernos. Es posible que de no haber salido hubiéramos acabado cansados de nosotros mismos. Ahora sé cómo sobrevivir y, lo más importante, sé cómo quererte.

Sara me apretó con fuerza asintiendo en silencio.

—Sabes —dijo esta tras un prolongado y meditado silencio—, si el *pequeño X* es un niño me gustaría que se llamara Matías, y Ana si es una niña.

—Creí que no querías hablar de ello.

—He pensado que tal vez convenga hacernos cuanto antes a la idea de lo que está por venir. No he podido evitar encariñarme ya con él, o ella. Negar que esté con nosotros nos haría parecer unos malos padres o algo así, y yo quiero que sienta que le queremos, aún cuando ahora no sea más grande que un guisante.

Sonreí y acaricié su pelo.

—Me gustan esos nombres... —dije hundiendo mi cabeza en el respaldo del sofá y cerrando los ojos para intentar dormir un poco. Me encontraba tan relajado que no me iba costar hacerlo.

Sara me miró y puso otra manta por encima con la intención de imitarme.

Antes de abandonarme al sueño percibí el alegre piar de un pájaro que sonaba en la lejanía, rompiendo aquel sobrecogedor silencio que lo llenaba todo.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

03/10/2011

SEÑOR R